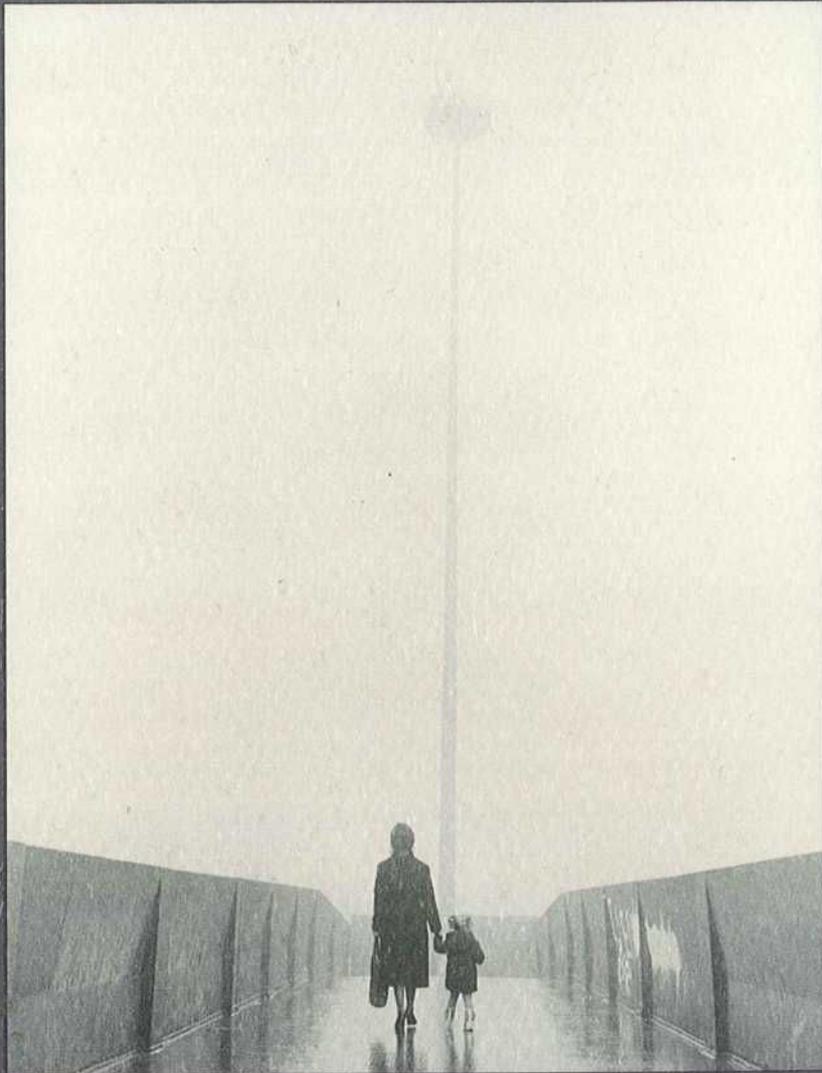


William Styron

La decisión de Sophie



La otra orilla



© 1976,1978,1979, William Styron

Título original: *Sophie's Choice*

Editor original: Random House Inc.

© 2007, de la presente edición en castellano para todo el mundo,

Edigrabel, S. A. para *La otra orilla*

Ronda de Sant Pere, 5, 4.ª planta,

08010 Barcelona

(Grupo Editorial Norma) www.norma.com

© por la traducción, Antoni Pigrau,
de la primera edición de Random House,
Inc. Nueva York, 1979 / Cedida por RHM

Primera edición: junio 2007

Diseño de colección: Jordi Martínez

Imagen de cubierta: Peter Marlow (Magnum Photos)

ISBN 10: 84-96694-35-6

ISBN 13: 978-84-96694-35-4

Depósito Legal: M-19.125-2007

Maquetación: Víctor Igual, S. L.

Impresión y encuadernación: Brosmac, S. L.

Impreso en España - *Printed in Spain*

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna i por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

Ex libris Armauirumque

William Styron
La decisión de Sophie
Traducción de Antoni Pigrau

Sophie es una muchacha polaca, dulce y de pálida hermosura que vive en una casa de huéspedes del Brooklyn de los años cuarenta junto a Nathan, un joven judío obsesionado por el pasado, y Stingo, el tercero en discordia, un joven procedente del Sur convencido de que llegará a ser un escritor de éxito. Tres personalidades que se relacionarán íntimamente en un ambiente en apariencia alegre y desenfadado, después de la guerra que ha azotado el mundo durante seis años.

La historia de una sola persona puede reflejar la de millones de ellas. A través de la experiencia de Sophie, viva imagen de la tragedia del holocausto, Styron incita a meditar sobre las cualidades del ser humano, tanto del que sufre como del que castiga. Una poderosa reflexión acerca del extraño modo en que una persona intenta superar su pasado y cómo éste puede acabar minando sus ansias de sobrevivir.

Estamos ante una novela que profundiza en la naturaleza del mal en el individuo y en el género humano. Styron puro.

En agosto de 1994 se reunieron en casa de William Styron, en Martha's Vineyard, Gabriel García Márquez, Carlos Fuentes y el entonces presidente de los Estados Unidos, Bill Clinton. Durante cinco horas hablaron de literatura y de política. ¿Qué libro le hubiera gustado escribir a Styron?, preguntó Clinton. Huckleberry Finn, de Mark Twain, fue la respuesta. ¿Y a Gabo? El conde de Montecristo, de Alejandro Dumas. ¿Y a Fuentes? Absalón, Absalón, de William Faulkner.

Sirva esta reunión a modo de ejemplo de la estirpe de este autor de las letras americanas, cuya obra perdurará.

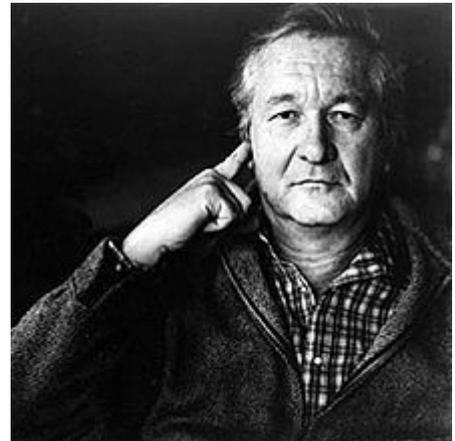
William Styron

William Clark Styron Jr. nació en Newport News, Virginia, en 1925 y murió en su casa de Martha's Vineyard, Massachusetts, el 1 de noviembre de 2006.

Tras su paso por los marines durante la Segunda Guerra Mundial, en 1947 se graduó en la Duke University y en 1951 irrumpió en el panorama literario con *Tendidos en la oscuridad*, que recibió el reconocimiento de la Academia Americana para las Artes y las Ciencias. Fue entonces cuando Styron se trasladó a París, hasta 1953, año en que contrajo matrimonio, regresó a su ciudad natal y publicó *La larga marcha*.

Autor de diversos ensayos y relatos, fue en el género de la novela en el que alcanzó una mayor notoriedad y éxito. En 1960 publicó *Esta casa en llamas*, otra de sus mejores obras, y en 1968 ganó el premio Pulitzer con *Las confesiones de Nat Turner*, una obra sobre la esclavitud que suscitó una encendida polémica. Pero fue con *La decisión de Sophie*, distinguida con el American Book Award en 1980, que dio origen a la adaptación cinematográfica de Alan J. Pakula protagonizada por Meryl Streep, cuando le llegó su consagración definitiva.

Tras sufrir una grave depresión en 1985, William Styron relató su lucha con la enfermedad en *Esa visible oscuridad* (1990), que fue galardonada con el National Magazine Award.



*A la memoria
de mi padre
(1889-19-78)*

¿Quién podrá enseñar a un niño cómo es? ¿Quién lo llevará hasta las estrellas y le pondrá la medida de la distancia en la mano? ¿Quién podrá amasar la muerte de un niño con ese seco pan oscuro, o dejarla allí, dentro de su redonda boca, como el corazón de una bella manzana?... Es fácil descubrir a los asesinos. Pero esto: abrazar la muerte, la muerte total, tan dulcemente, en el umbral de la vida, sin un lamento... esto es indescriptible.

De «La cuarta Elegía de Duino»;
RAINER MARIA RILKE

... busco la región esencial del alma, donde el mal absoluto se
enfrente con la fraternidad.

Lazare, 1974
ANDRÉ MALRAUX

Introducción*

Esta obra es la consecuencia directa de un extraño y apremiante sueño que tuve cierta mañana de los últimos días del invierno de 1974.

Hacia varios años que trabajaba en una novela basada en la infantería de Marina de los Estados Unidos en la guerra de Corea. Aunque en general estaba satisfecho de la marcha del libro, me encontré de pronto en un callejón sin salida, cosa que sucede a menudo a los escritores: en medio de lo que parece ser un torrente narrativo, algo falla de modo inexplicable, desaparece la inspiración y uno se encuentra «bloqueado» ante un abismo de temible desesperación. Forcejeé, pues, en vano durante varias semanas, incapaz de seguir escribiendo una sola línea. Y fue aquel sueño lo que me salvó de aquella situación de una manera casi milagrosa.

Ya no recuerdo los detalles del sueño, salvo que lo protagonizaba una muchacha a quien traté brevemente en 1947, cuando yo, recién salido de la universidad, vivía en una casa de huéspedes intentando escribir mi primera novela. Mujer joven y hermosa, polaca y católica, mostraba todavía las huellas de su larga permanencia en un campo de concentración. Aun cuando era bastante mayor que yo y se hallaba en plenas relaciones íntimas con un hombre que vivía en la misma casa, la gran atracción que sentí hacia ella me llevó a tratarla de cerca durante algún tiempo. Su inglés era pobre, hasta el punto de que a veces teníamos que recurrir al francés. Nunca me habló del campo de concentración, y yo no llegué a preguntarle nada sobre su pasado. Sin embargo, había en ella muchas cosas —las cifras tatuadas en su muñeca, su obvia lucha para recuperar la salud, algunos restos de dolor en sus ojos— que me intrigaban y me impulsaban a querer conocer la dura prueba por la que sin duda había pasado. Pero no llegaría a tener esta suerte. Quiso la casualidad que yo dejara la casa en un momento en que ella estaba ausente, por lo que no pude decirle adiós, y tampoco volví a verla jamás. Al correr de los años —como sucede con tantos rostros, con tantas presencias fugaces—, su imagen fue desapareciendo de mi memoria.

Con todo, al cabo de un cuarto de siglo la muchacha resucitó en mi sueño, y hoy tengo la certeza de que el destino, a través de aquella evocación onírica, me impulsó a escribir sobre la misteriosa sobreviviente tras dar entrada en mi imaginación a los secretos de su pasado.

Dejé a un lado mi estancada novela sobre la infantería de Marina, me senté aquella misma mañana a mi mesa de trabajo y, con indecible entusiasmo, escribí más de dos mil palabras de un primer capítulo sobre las circunstancias de mi vida que precedieron y me llevaron al encuentro con aquella muchacha polaca en Brooklyn.

Por lo tanto, esta obra puede considerarse en ciertos aspectos como una novela autobiográfica. Los episodios descritos en los dos primeros capítulos (y muchos de los rasgos de la persona del narrador que aparecen a lo largo del relato) corren parejos con hechos que me sucedieron realmente en mis años mozos. Pero todo lo demás es producto de mi imaginación, y el propio libro —estoy seguro de que el lector lo percibirá— es un

* Escrita por el autor para la edición española de la Biblioteca Franklin. (*N. del t.*)

sincero intento de afrontar el tema más formidable, trágico y desafiante de nuestro tiempo: la negra noche del alma humana cuando millones de inocentes sufrían y morían bajo la dominación nazi.

Así pues, la Sophie de este libro, a la que dio forma definitiva un extraño y penoso sueño que tuve hace cinco años, es, al menos así lo espero, una fidedigna personificación de aquel espantoso período de horror y sufrimiento.

I

En aquellos tiempos era casi imposible encontrar un apartamento barato en Manhattan, por lo que tuve que trasladarme a Brooklyn.

Esto sucedía en 1947, y lo más agradable para mí de aquel verano, que con tanta claridad recuerdo, fue el tiempo, suave y soleado, con fragancia de flores, como si los días se hubieran detenido en una perpetua primavera. Aquello me resultó providencial, más digno de agradecer que cualquier otra cosa, pues sentía que la marea de mi juventud se hallaba en uno de sus momentos más bajos. A mis veintidós años, luchando por convertirme en escritor, de la clase que fuera, me encontraba con que el ardor creativo que dos años antes me había casi consumido con esplendorosa e implacable llama, había ido vacilando, debilitándose poco a poco hasta quedar reducido a una tenue lucecita que apenas si brillaba en mi pecho, o en cualquier otro lugar donde hubieran residido mis más ávidas aspiraciones. No era que ya no desease escribir; ansiaba, aun apasionadamente, convertir en realidad la novela que por tanto tiempo había llevado cautiva en mi cerebro. Sólo se trataba de que, una vez escritos los primeros y cuidados párrafos, no podía crear los que debían seguirles, o —para remedar la observación de Gertrude Stein sobre un escritor menor de la Generación Perdida— me hallaba en posesión del jarabe, pero no podía escanciarlo. Por si esto fuera poco, casi no me quedaba dinero y me había autoexiliado en Flatbush..., para vagar, como otros paisanos míos, como otro joven sureño solitario y sin recursos, por el Reino de los Judíos.

Llamadme Stingo, que es el apodo con que se me conocía por aquellos tiempos, menos cuando no me llamaban de ningún modo. Este sobrenombre procede de mis días de alumno de una escuela secundaria privada, allá abajo, en el estado de Virginia, donde nació. Era una escuela de ambiente agradable a la que fui enviado a los catorce años por mi aturullado padre, que no sabía cómo manejarme desde la muerte de mi madre. Entre otras desidiosas cualidades mías destacaba, al parecer, un particular descuido por la higiene personal, por lo que pronto empezaron a conocerme como Stinky.* Pero los años pasaron. La desgastadora labor del tiempo, junto con un cambio radical de hábitos (en realidad, me sentía avergonzado por la obsesión a la limpieza a que había llegado), fue puliendo la áspera brusquedad del sobrenombre hasta convertirlo en el de Stingo, más agradable, o menos desagradable, y sobre todo de ecos más deportivos que Stinky. En cierto momento de mi treintena, mi apodo y yo nos separamos misteriosamente. Stingo se evaporó de mi existencia como un fantasma, aunque la pérdida me dejó indiferente. Pero en los tiempos sobre los que escribo ahora, todavía era Stingo. Aun así, alguien podría sorprenderse de que este mote esté ausente de la primera parte de esta narración; se debe a que en ella describo un triste y solitario período de mi vida en que, como el ermitaño de la cueva de la colina, raramente era llamado por nombre alguno.

Me alegraba que me hubieran echado de aquel trabajo —el primero en mi vida que había hecho con sueldo fijo, aparte mi servicio militar—, a pesar de que la pérdida de mi puesto venía a mermar mi ya modesta solvencia. Además, pienso ahora, me resultó útil

* En inglés «hediondo». (N. del t.)

aprender, ya en un momento tan temprano de mi vida, que en ningún tiempo ni lugar podría adaptarme al papel de empleado de oficina. En realidad, considerando cuánto había codiciado aquel cargo antes de poder ocuparlo, aún me sorprendía, cinco meses más tarde, el alivio y la satisfacción que sentí cuando me despidieron. En 1947, los empleos andaban escasos, especialmente en las empresas editoriales, pero un golpe de suerte quiso que encontrara trabajo en una de las mayores firmas editoras de libros, en la que me dieron el puesto de «redactor adjunto», un eufemismo que quería decir lector de originales. Mis nuevos patronos afinaban lo suyo, como podía verse por lo justo que resultaba mi sueldo —cuarenta dólares semanales—, aun contando con que los dólares de aquellos días se cotizaban más que los de hoy. En otras palabras, esto significaba que, una vez deducidos los impuestos, el anémico cheque azul que cada viernes dejaba sobre mi mesa la mujer que cuidaba de la nómina, suponía unos emolumentos netos de poco más de noventa centavos por hora. Pero no me desanimé, sólo por el hecho de que este sueldo de peón chino lo pagaba una de las editoriales más poderosas y ricas del mundo; joven, optimista y adaptable, me entregué a mi trabajo —por lo menos, al principio— lleno de grandes propósitos. Además, en compensación, mi empleo tendría sin duda su lado fascinante: almuerzo en «21», cena con John O'Hara, escritoras de mente brillante y preclara, pero de pensamientos carnales, que revolotearían por mi talentoso mundo de redactor, y así sucesivamente.

Pronto vi que nada de todo esto llegaría a hacerse realidad. En primer lugar, aunque la editorial —que había prosperado en gran manera con la publicación de libros de texto, manuales industriales y docenas de revistas técnicas pertenecientes a campos tan variados y misteriosos como la cría del cerdo, la ciencia funeraria o los plásticos extruidos— publicaba ciertamente literatura, novelada o no, como una producción secundaria (para la que requería la labor de jóvenes estetas como yo), su lista de autores apenas atraía la atención de alguien que se tomara en serio la literatura. Cuando entré en la empresa, los dos escritores más eminentes con que ésta contaba eran un almirante retirado, veterano de la Segunda Guerra Mundial, y un ex comunista excepcionalmente andrajoso, cuyas mea culpa, escritas por un «negro», lograban colarse en las listas de libros más vendidos. De autores de la talla de un O'Hara (aunque yo tenía ídolos mucho más ilustres, O'Hara representaba para mí el tipo de escritor con el que un joven redactor podía ir a tomar unas copas e incluso emborracharse), ni rastro. Además, había los deprimentes temas de los libros objeto de mi trabajo. En aquellos tiempos, McGraw-Hill & Company (pues éste era el nombre de la editorial para la que yo trabajaba) carecía en absoluto de brillo literario como consecuencia de haber abastecido el mercado con tanto éxito y durante tanto tiempo con sus pesadas obras tecnológicas. Era algo así como el caso de la inmensa y mercachiflera organización Montgomery Ward of Masters, que tuvo la desfachatez de montar un salón íntimo para la venta de pieles de visón y chinchilla que cualquiera del oficio podía reconocer como castor japonés teñido.

Por lo tanto, en mi categoría de último ganapán de la jerarquía del personal de aquella oficina, no sólo carecía de la oportunidad de leer manuscritos de mérito pasadero, sino que estaba obligado a surcar mi camino diario a través de obras, literarias o no, de la más baja calidad posible: montones de hojas llenas de manchas de café y de sudor de los dedos que habían pasado por ellas, cuyo aspecto de cosa usada y ruinoso proclamaba a

primera vista la terrible desesperación de su autor (o agente) y la función de McGraw-Hill como editor de últimos recursos. Pero a mi edad, con una plétora de literatura inglesa que me hacía ser tan salvajemente exigente como Matthew Arnold al insistir en que la palabra escrita ejemplifica sólo la seriedad y la verdad en su más alto grado, trataba el desamparado producto del frágil y solitario deseo de mil extraños con el magistral y abstracto hastío de un mono que se espulgara su pelambre. Era inexorable, cortante, insufrible, sin remordimientos. Desde la gran altura de mi acristalado cuchitril del vigésimo piso del Edificio McGraw-Hill —una torre verde arquitectónicamente impresionante, pero espiritualmente deprimente en la calle Cuarenta y dos Oeste— repartía por igual un desprecio que sólo habría podido mostrar quien acabase de leer *Siete tipos de ambigüedad* entre aquellos bodrios que se amontonaban en mi mesa y que parecían esperanzados, y a la vez temerosos, de que se descubriera su patituerta sintaxis. Se me había pedido que hiciera una descripción razonablemente completa de cada obra, por mala que fuera. Al principio me lo tomé como una diversión; disfrutaba de veras leyendo aquellas chapucerías, descargando toda la fuerza de mi venganza sobre aquellos originales. Sin embargo, después de algún tiempo, su implacable mediocridad llegó a hartarme, y empezó a fastidiarme la monotonía del trabajo, mi fumar incesante, la eterna vista de Manhattan cubierto de niebla, y el redactar informes tan severos como los que cito a continuación, salvados intactos de aquellos áridos y desalentadores tiempos. Los transcribo literalmente, sin paliativos.

Alta crece la zosterá, de Edmonia Kraus Biersticker. Novela.

Amor y muerte entre las dunas, los pantanos y el arándano del sur de Nueva Jersey. El joven protagonista, Willard Strathaway, heredero de una gran fortuna procedente de la recogida y empacado de la zosterá y recién licenciado por la Universidad de Princeton, se enamora salvajemente de Ramona Blaine, hija de Ezra Blaine, que es un izquierdista empedernido y líder de una huelga entre los recolectores de zosterá. El argumento es complejo y lleno de astucias, que tienen mucho que ver con una conspiración por parte de Brandon Strathaway —el magnate padre de Willard Strathaway— para eliminar al viejo Ezra, cuyo cuerpo, horriblemente mutilado, es encontrado una mañana en las entrañas de una máquina cosechadora de zosterá. Esto conduce a una serie de recriminaciones casi irremediables entre Willard —que, según la autora, tiene «un maravilloso y princetoniano modo de ladear la cabeza, además de una gracia verdaderamente felina»— y Ramona, «cuya ágil delgadez ocultaba apenas el oleaje de voluptuosidad que bajo ella se agitaba».

Verdaderamente horrorizado, sólo puedo decir que es muy posible que ésta sea la peor novela salida de pluma de mujer o de animal. Rechazarla lo antes posible.

¡Ah, listísimo y arrogante jovenzuelo! ¡Cómo gozaba, entre risas ahogadas, mientras destripaba aquellos desvalidos, desamparados e infraliterarios corderuelos! Además, no me arredra dar aquel suave puyazo en las costillas de McGraw-Hill y su tendencia a publicar fútiles libros «divertidos» que incluso podían ser extractados en las páginas del *Reader's Digest* como un avance de peso (aunque mis bromas contribuyeron, con toda probabilidad, a mi caída).

La compañera del fontanero, de Audrey Wainwright Smilie. Literatura no novelada.

Lo único que vale la pena de este libro es su título, que tiene suficiente gancho, y vulgaridad, para ser tragado por McGraw-Hill. La autora es realmente una mujer, casada —como deja entender el título— con un fontanero; ambos viven en un suburbio de Worcester, Massachusetts. Sin gracia alguna, aunque son visibles los esfuerzos para hacer reír en cada página, estas ilusiones de analfabetos son un intento de conferir romanticismo a lo que sin duda es una existencia de las más espantosas. Para ello, la autora pretende equiparar las vicisitudes cómicas de la vida doméstica de la pareja con las de un cirujano del cerebro en su hogar. Lo mismo que el médico, señala la autora, el fontanero es requerido día y noche por sus clientes; como el del médico, el trabajo del fontanero es complejo e implica exposición a los gérmenes; y ambos llegan a veces a casa oliendo mal. Los subtítulos de los capítulos son altamente demostrativos del humor que presiden, tan flojo que ni siquiera se presta a ser descrito como escatológico: «Apañó de un glu-glu o la rubia en la bañera», «Drenaje para los nervios» {*Drenaje*, ¿se da usted cuenta?}, «Período de flujo», «Estudio en marrón», etc. Este manuscrito llegó sucio y viscoso, después de haber sido ofrecido a y examinado por —según dice la autora en su carta— Harper, Simon & Schuster, Knopf, Random House, Morrow, Holt, Messner, William Solane, Rinehart y ocho editoriales más. En la misma carta, la autora expresa su desesperación respecto a este original —en torno al cual gira actualmente toda su vida— y (no bromeo) añade una velada amenaza de suicidio. Me disgustaría ser responsable de la muerte de alguien, pero es absolutamente necesario que este libro no se publique jamás. ¡Rechazarlo! (*¿Por qué he de seguir leyendo estas mierdas?*)

Nunca habría podido hacer observaciones como estas últimas, ni aludir de manera tan burlona a la editorial McGraw-Hill, si no hubiera sido por el hecho de que el redactor jefe, que estaba por encima de mí y leía todos mis informes, era un hombre que compartía mi desilusión respecto a nuestros patronos y al vasto y desalmado imperio levantado para sostenerlos. Hombre de mirada soñolienta, inteligente, derrotado, pero con una base de inextinguible buen humor, mi superior era un irlandés llamado Farrell que había trabajado por espacio de varios años en publicaciones de McGraw-Hill como *Espuma de goma mensual*, *El mundo de la prótesis*, *Noticias sobre pesticidas* y *El minero norteamericano a cielo abierto*, hasta que, hacia sus cincuenta y cinco años, fue destinado a la sección industrial y comercial de la casa, más tranquila y menos febril, donde las horas transcurrían para él en su despacho al ritmo de las chupadas que daba a la pipa mientras leía a Yeats y a Gerard Manley Hopkins, o examinaba por encima mis informes con aire tolerante, creo, pensando al mismo tiempo con avidez en su próximo retiro en el Ozone Park. Lejos de ofenderle, mis pullas a McGraw-Hill solían divertirle, cosa nada extraña dado el tono general de mis críticas. Hacía tiempo que Farrell había caído en aquella placidez sin ambiciones —que más bien parecía pereza— en la que la empresa editorial, como en una enorme colmena, acababa por sumir a sus empleados, incluso a los más ambiciosos; y como el hombre sabía que las probabilidades de que yo encontrara un original que no fuera condenable era de una contra diez mil, creo que pensaba que no había nada malo en que yo bromeara un poco. Uno de mis informes más largos (si no el más largo), que guardo todavía como un tesoro, sobre todo por haber sido el único que escribí cediendo a algo parecido a la

compasión, es éste:

Harald Haarfager, una saga, de Gundar Firkin. Poesía.

Gundar Firkin no es un seudónimo sino un nombre verdadero. Los nombres de los escritores tan malos como éste parecen extraños o artificiales hasta que uno descubre que son reales. ¿Puede tener esto algún significado? El original de *Harald Haarfager, una saga*, llegó sin que lo solicitáramos ni por correo ni a través de agente alguno; fue puesto en mis manos por su propio autor. Firkin apareció en la antesala hace una semana con dos maletas y una caja de cartón llena de originales. La señorita Meyers dijo que el hombre quería ver a un redactor. Era un tipo, según me pareció a mí, de unos sesenta años, algo cargado de espaldas, pero fuerte y de talla media; su rostro, que parecía curtido por el aire libre, mostraba unas cejas grises, una boca suave y los ojos más tristes y melancólicos que hubiese visto alguna vez. Llevaba un gorro de cuero negro de campesino, de esos cuyas orejeras pueden echarse hacia arriba o hacia abajo a voluntad, y un grueso chaquetón con cuello de lana. Tenía unas manazas de las que sobresalían unos nudillos ásperos y rojos. La nariz le goteaba un poco. Dijo que quería entregar un original. Parecía muy cansado, y cuando le pregunté de dónde venía, me dijo que acababa de llegar *en aquel momento* a Nueva York, después de un viaje de tres días y tres noches *en un coche de línea* procedente de un lugar llamado Turtle Lake, Dakota del Norte. «¿Sólo para entregar este original?», le pregunté. «Sí», me respondió.

Añadió entonces que McGraw-Hill era la primera editorial que visitaba, lo que me sorprendió, pues esta firma no suele ser la editorial preferida, ni siquiera entre escritores tan difícilmente reconocibles como Gundar Firkin. Cuando le pregunté cómo había llegado a aquella extraordinaria elección, contestó que, en realidad, había sido una cuestión de suerte. Ya sabía que McGraw-Hill no era la primera casa editora de su lista. Me contó que, al detenerse el coche de línea varias horas en Minneapolis, se había dirigido a la central de teléfonos en busca de las «páginas amarillas» de Manhattan. Como no quería cometer la gamberrada de arrancar una página de la guía telefónica, se pasó más de una hora copiando con un lápiz los nombres y direcciones de todas las editoriales de la ciudad de Nueva York. Tenía intención de comenzar por orden alfabético, creo que por Appleton, y agotar la lista, si era necesario, hasta Ziff-Davis. Pero cuando, después de la última etapa de su viaje, salió de la estación de coches de línea de Port Authority y vio que, a una manzana de casas hacia el este, se alzaba el monolito esmeralda de nuestra editorial con su intimidador letrero McGRAW-HILL, se olvidó del orden alfabético y se presentó aquí.

El hombre parecía tan agotado y aturdido —luego dijo que nunca había estado en ningún lugar al este de Minneapolis—, que pensé que lo menos que podía hacer era llevármelo a la cafetería de abajo. Allí sentados, me habló de él. Era hijo de inmigrantes suecos —su nombre primitivo era «Firking» pero, de algún modo, la «g» había desaparecido—, y había cultivado trigo toda su vida cerca de Turtle Lake. Veinte años antes, hacia los cuarenta, una compañía minera descubrió grandes depósitos de carbón en el subsuelo de sus tierras y, aunque nunca llegaron a excavarlas, aceptó su cesión a cambio de cobros a largo plazo sobre el precio puesto a la propiedad, lo que solucionaría todos sus problemas económicos durante el resto de su vida. Era soltero, y con demasiado apego a su manera de ser para abandonar las labores del campo, pero así también dispondría del

tiempo necesario para iniciar un proyecto que siempre había ansiado convertir en realidad. Se trataba de escribir un poema épico basado en uno de sus antepasados noruegos, Harald Haarfager, que en el siglo XIII había sido un conde, un príncipe o algo por el estilo. Huelga decir que mi corazón se hundió y se rompió a un tiempo ante tamaña noticia. Pero permanecía sentado, sin mover ni un músculo de mi rostro, mientras decía, sin parar de dar palmaditas a la caja que contenía el manuscrito: «Sí, señor. Veinte años de trabajo. Aquí está. Aquí lo tiene usted».

Pero mi estado de ánimo no tardó en cambiar. Firkin, a pesar de su aspecto de paleta, era muy inteligente y hablaba con mucha coherencia. Parecía haber leído mucho — mitología escandinava en especial —, y sus novelistas favoritos eran, claro, escritores como Sigrid Undset, Knut Hamsun y esos dos anticuados del Medio Oeste que son Hamlin Garland y Willa Cather. ¿Y si, después de todo, hubiese descubierto una especie de diamante en bruto, un genio no revelado? Al fin y al cabo, un gran poeta como Whitman sobresalió pese a su tosca excentricidad inicial y a haber comenzado ofreciendo de puerta en puerta sus discutibles originales. Así que, después de una larga conversación (yó había comenzado a llamarlo Gundar), le dije que me encantaría leer su libro, previniéndolo, sin embargo, de que McGraw-Hill no era particularmente «fuerte» en el campo de la poesía, tras lo cual volvimos a tomar el ascensor para regresar a mi despacho. Entonces sucedió algo horrible. Mientras me despedía de él diciéndole que comprendía su deseo de recibir una respuesta lo antes posible después de veinte años de trabajo, y asegurándole que procuraría leer cuidadosamente su manuscrito con la esperanza de poder contestarle al cabo de algunos días, me di cuenta de que se disponía a marcharse con una sola maleta de las dos que llevaba. Al mencionárselo sonrió y, volviendo hacia mí aquellos ojos graves, melancólicos y soñadores de hombre de tierra adentro, me dijo: «Ah, creí que ya se lo había figurado... Esta maleta contiene el resto de mi saga».

Lo digo *en serio*: debe de ser la obra literaria más pesada escrita jamás por mano humana. La llevé al departamento de envíos postales y la hice pesar por el muchacho encargado de la báscula, la cual marcó diecisiete kilos y medio: siete cajas de cartón de dos kilos y medio con un total de 3.850 hojas mecanografiadas. La saga está escrita en una especie de inglés que podría parecer de la pluma de Dryden imitando burlonamente a Spenser, si uno no conociera la terrible verdad: las noches y días de veinte años en la gélida estepa de Dakota, soñando en la antigua Noruega, garrapateando mientras el salvaje viento procedente de Saskatchewan ulula a través del ondeante trigo:

¡Oh, tú, gran jefe, HARALD, qué grande es tu dolor!
¿Dónde estarán los ramilletes con que ella se engalanó para ti?

El viejo solterón, llegando a la estrofa número cuatro mil, mientras el ventilador eléctrico agita el sofocante calor de la pradera:

No cantéis, nibelungos, no cantéis más
las canciones que HARALD hizo para ensalzarla;
sólo queda en el luto el recuerdo de lo que fuiste,

¡oh, negra maldición!
Es la hora de morir, como lo fue tiempo ha,
¡oh, funéreo verso!

Mis labios tiemblan, mi vista se empaña, no puedo seguir. Gundar Firkin se hospeda en el hotel Algonquin (donde tomó habitación tras habérselo sugerido yo con cruel inconsciencia) esperando una llamada telefónica que mi exceso de cobardía me impide hacer. En mi opinión debe rechazarse el libro, aun sintiéndolo, incluso con cierta pena.

Tal vez mis exigencias de perfección fueran demasiado elevadas o la calidad de los libros resultase horrorosa pero, en cualquier caso, no recuerdo haber recomendado la aceptación de uno solo de los libros que leí durante mis cinco meses en McGraw-Hill. Y he de reconocer la ironía implícita en el hecho de que, entre los libros que yo había rechazado, el único que encontró después una editorial dispuesta a publicarlo fue una obra que no decayó ni permaneció desconocida por falta de lectores. Desde aquellos días, he tratado de imaginarme la reacción de Farrell o de cualquier otro superior jerárquico cuando ese libro fue impreso por una editorial de Chicago un año después de que yo hubiera dejado el opresivo, enorme y macizo edificio McGraw-Hill. Sin duda mi informe debe de haber quedado grabado perennemente en la memoria de alguien situado en los más altos escalones de la firma, y este mismo veterano tiene que haber vuelto más de una vez a los archivos, con Dios sabe qué mezcla de crueles sensaciones de pérdida y de desaliento, para releer mi frío rechazo, con todas sus desastrosas cadencias llenas de pedantería.

...por lo tanto, representa un alivio, después de estos amargos meses, descubrir un original con un estilo de prosa que no causa fiebre, jaqueca o náusea; en este sentido, la obra es digna de algún elogio. La idea de un hombre a la deriva en una balsa ha de despertar cierto interés. Pero en su mayor parte se trata de una larga, solemne y tediosa navegación por el Pacífico, más adecuada, creo, para que la publique drásticamente podada y reducida, una revista como la *National Geographic Magazine*. Podría comprarla, tal vez, la editorial de alguna universidad, pero terminantemente no es para nosotros.

Así fue como traté ese gran clásico de la aventura moderna conocido por *Kon-Tiki*. Algunos meses más tarde, al observar que este libro seguía siendo, increíblemente, el número uno en la lista de bestsellers semana tras semana, llegué a justificar mi ceguera diciéndome que, si McGraw-Hill me hubiera pagado algo más de noventa centavos por hora, quizás habría sido más sensible al nexo existente entre los buenos libros y el vil metal.

Mi hogar era, en aquel tiempo, un minúsculo cubículo de dos metros y medio por cuatro y medio en un edificio de la calle Once Oeste, situado en el Village y perteneciente al grupo de construcciones University Residence Club. A mi llegada a Nueva York, este lugar me había atraído no sólo por su nombre, que traía a mi imaginación la camaradería propia de la Ivy League,* mesas cubiertas de bayeta en el salón de tertulia y, esparcidos

* Asociación atlética estudiantil que comprende varias de las universidades más distinguidas del este de los Estados Unidos. (*N. del t.*)

sobre ellas, ejemplares del *New Republic* y de la *Partisan Review*, criados de cierta edad con levita yendo de un lado a otro llevando mensajes y encargándose de todo lo que uno necesitara, sino por sus reducidos precios: diez dólares semanales. La semejanza con la Ivy League resultó ser, por supuesto, una necia ilusión. El University Residence Club no era más que un pequeño bloque sobre un hotel de mala muerte, y difería hasta tal punto de los apartamentos de la calle Bowery, por ejemplo, que la denominación de «privado» que se daba a los alojamientos era tan nominal que se reducía a una puerta cerrada con llave. Todo lo demás, incluida la pensión, se parecía mucho al resto del edificio, un hotelucho, excepto en los pequeños detalles. Paradójicamente, el decorado de los cuartos era admirable, casi elegante. Desde una ventana con incrustaciones de mugre, la única de mi habitación, que era interior y se hallaba en el cuarto piso, podía dirigir la mirada hacia el encantador jardín de una casa de la calle Doce Oeste, y a veces, contemplar a los que yo consideraba dueños de aquel edén: un hombre de aire joven siempre vestido con trajes de cheviot, a quien yo imaginaba como un astro ascendente de los que aparecían en *The New Yorker* o en *Harper's*, y su rubia y vivaracha esposa, sorprendentemente bien proporcionada que pirueteaba por el jardín en pantalones o en traje de baño, retozaba con un ridículo y excesivamente atildado podenco afgano, o yacía, piernas y brazos abiertos, en una poltrona marca Abercrombie & Fitch, donde yo la poseía de pensamiento, hasta quedar agotado, después de lanzarle con mi mirada un sinfín de dardos de deseo silenciosos, lentos y certeros.

Por aquel entonces, la sexualidad, o más bien su ausencia, con la ayuda de aquella monada de jardincillo, sin olvidar las personas que lo ocupaban, parecía ponerme delante para hacer aún más insoportable el degenerado carácter del University Residence Club y agravar mi pobreza, mi soledad y mi condición de marginado. Los clientes de aquel edificio, todos masculinos, la mayoría de media edad y aun más viejos, gente a la deriva o fracasada cuyo próximo paso atrás los conduciría a un barrio de mala vida, desprendían una agria emanación de vino y desesperación cada vez que nos ladeábamos para hacernos paso al cruzamos en los estrechos y descascarillados pasillos. No un viejo y amable conserje, sino algunos empleados con aspecto de reptil (todos con este tono de piel verdoso propio de los seres privados de luz diurna) montaban guardia en el vestíbulo, iluminados por la trémula luz de una bombilla que pendía del techo; también hacían funcionar el único y crujiente ascensor, misión que cumplían tosiendo y rascándose, llenos de hemorroidales torturas, durante la interminable ascensión al cuarto piso donde tenía mi habitación, en la que aquella primavera, noche tras noche, me confinaba como un anacoreta medio loco. La necesidad me había obligado a soportar todo esto, no sólo porque no tenía dinero suficiente para darme una vida más amena, sino porque, siendo relativamente nuevo en la metrópoli y sintiendo menos timidez que orgulloso retraimiento, carecía tanto de la iniciativa como de la oportunidad de hacer amigos. Por primera vez en mi vida, que a lo largo de los años había sido a veces neciamente gregaria, descubrí el dolor de la soledad no deseada. Como un criminal súbitamente reducido a solitario confinamiento, me encontré alimentándome de la grasa aún no quemada de unos recursos somáticos interiores cuya existencia apenas conocía. Cierta atardecer de mayo, en el University Residence Club, mientras contemplaba la mayor cucaracha que hubiese visto ramonear alguna vez mi ejemplar de *La poesía y la prosa completas de John Donne*, vi de

pronto el rostro de la soledad, y me percaté de que, sin lugar a dudas, era un rostro desagradable y despiadado.

Así pues, durante aquellos meses, raras veces varió mi programa vespertino. A las cinco de la tarde, al salir de McGraw-Hill, tomaba el metro de la Octava Avenida (cinco centavos) y, tras haber bajado en Village Square, me dirigía directamente a una tienda de comestibles selectos situada en una esquina cercana y compraba tres latas de cerveza Rheingold; todo lo que mi severa y presupuestaria conciencia me permitía. Y, de allí, a mi cuartito, donde me echaba en la cama de fragantes sábanas con olor de Clorox, lavadas hasta la transparencia, y leía hasta que se calentaba la última de mis cervezas (cosa de una hora o así). Por suerte, me hallaba en la edad en que leer es todavía una pasión y, por lo tanto, a falta de un matrimonio feliz, el mejor recurso posible para sobrellevar la soledad. De otro modo, no habría podido aguantar aquellos anocheceres. Pero yo era un lector inmoderado y, además, disparatadamente ecléctico, con una inclinación tan marcada por la palabra escrita —casi por toda palabra escrita— que rozaba lo erótico. Lo digo en sentido literal, y si no fuera porque he cambiado impresiones al respecto con personas que me confesaron haber tenido en su juventud esta misma sensibilidad, sé que ahora me expondría a la incredulidad y a la burla confesando que recuerdo muy bien los tiempos en que la perspectiva de pasar media hora de deleite leyendo la guía telefónica me causaba una ligera, pero perceptible, tumescencia.

En cualquier caso, leía siempre a aquella hora —*Bajo el volcán*, de Malcolm Lowry, fue precisamente uno de los libros que me mantuvo cautivo aquella temporada— y, a las ocho o las nueve, salía para cenar. ¡Qué cenas! De qué modo tan vivo subsiste todavía en mi paladar el sebooso resabio del bistec de Salisbury comido en Bickford's, o la vista de la tortilla del Oeste consumida en Riker's, en la que una noche, a punto de desmayarme, descubrí unas plumas casi incorpóreas y un pico embriónico... O el recuerdo del cartílago incrustado como un tumor en las chuletas de cordero en la cafetería Atenas, chuletas con sabor de oveja anciana, acompañadas de glutinoso puré de patatas rancio, visiblemente reconstituido con refinada astucia a base de algún excedente de patatas deshidratadas de algún almacén gubernamental. Pero yo era un inocente desconocedor de la gastronomía neoyorquina como lo era de muchas otras cosas, y como lo sería durante mucho tiempo hasta enterarme de que el mejor plato que se podía conseguir en la ciudad por menos de un dólar era un par de hamburguesas y un trozo de tarta en uno de los establecimientos White Tower.

De vuelta a mi cubículo, tomaba salvajemente un libro y me zambullía una vez más en mi mundo artificial para leer sin parar hasta las primeras horas de la madrugada. No obstante, en más de una ocasión me veía obligado a hacer lo que yo consideraba, lleno de fastidio, como mis «deberes en casa», es decir, la composición de elogios editoriales para las sobrecubiertas de los libros de próxima publicación por McGraw-Hill. A decir verdad, recuerdo que fui admitido en la editorial sobre todo como resultado de una prueba consistente en redactar uno de estos elogios para un libro ya publicado por McGraw-Hill: *La historia del Edificio Chrysler*. Mi lírico pero vigoroso texto impresionó tanto a Farrell que no sólo fue un factor determinante en mi obtención de la plaza, sino que obviamente le hizo pensar que yo podría producir semejantes maravillas para otros libros. Creo que lo decepcioné en gran manera cuando vio que yo no podía repetirme, ni una sola vez;

porque, sin que Farrell lo supiera y percibiéndolo yo sólo en parte, el síndrome de desesperación y agotamiento de que adolecía a veces McGraw-Hill había reaparecido. Sin querer admitirlo plenamente, yo había comenzado a detestar lo que era una caricatura de mi trabajo. Yo no era un redactor, sino un *escritor*, un escritor con el mismo ardor y las mismas alas encumbradas de los Melville, los Flaubert, los Tolstói o los Fitzgerald, que tenían el poder de arrancarme el corazón del pecho y quedarse cada noche con una parte de él, y, juntos o por separado, exhortarme a seguir su incomparable vocación. Mis intentos por producir elogiosas sobrecubiertas me llenaron de un profundo sentimiento de degradación, sobre todo por tratarse de ensalzar libros que no tenían nada que ver con la literatura, sino con su antagonista acérrimo: el comercio. He aquí un fragmento de una de estas alabanzas, que no pude terminar:

Del mismo modo que la epopeya del papel es básica para la historia de los sueños norteamericanos, el nombre de Kimberly-Clark es fundamental para la historia del papel. Tras haber comenzado como una humilde manufactura «de un solo caballo» en la soñolienta ciudad de Neenah, Wisconsin, a orillas de un lago, la Kimberly-Clark Corporation es ahora un verdadero gigante de la industria mundial del papel, con fábricas en trece estados de nuestro país y en otras ocho naciones. Por satisfacer un sinnúmero de necesidades humanas, muchos de sus productos —el más famoso de los cuales es, indudablemente, el Kleenex— se han vuelto tan familiares que sus nombres han pasado al lenguaje corriente...

Un párrafo como éste me exigía horas. ¿Debía decir «indudablemente» o «sin duda»? ¿«Sinnúmero» o «muchísimas»? ¿«Corriente» o «común»? Durante su redacción, no paraba de pasear por mi celda lleno de aturdimiento, pronunciando vocablos sin sentido a la vez que luchaba con el ritmo de la prosa y reprimía las ganas de masturbarme que, por alguna razón, siempre acompañaban esta tarea. Finalmente, vencido por el furor, me encontraba voceando «¡No! ¡No!» a las paredes de cartón de fibras, y luego me lanzaba hacia la máquina de escribir, con la que, mascullando aviesas palabras, mecanografiaba una variación del texto con rápida inspiración de estudiante de segundo año de universidad dotado de bastante mala intención, pero también por fortuna, de cierta voluntad de enmienda.

Las estadísticas de Kimberly-Clark causan vértigo al señalar:

—Se estima que si, durante un solo mes de invierno, todos los mocos recogidos al sonarse las narices con pañuelos Kleenex en los Estados Unidos y el Canadá se esparcieran sobre la superficie de juego del Yale Bowl, la capa así formada tendría un espesor de medio metro...

—Se ha calculado que si todas las vaginas que usan Kotex durante un solo período de cuatro días en los Estados Unidos se alinearan una al lado de otra, cubrirían un trecho tan largo como el que existe entre Boston y White River Junction, en Vermont...

Al otro día, Farrell, siempre bondadoso y tolerante, observaría con mirada irónica mis proposiciones sin dejar de mascar sú bolígrafo y, después de decir: «Esto no es

exactamente lo que teníamos pensado», sonreiría comprensivo entre dientes y me pediría que, por favor, hiciera un nuevo intento. Y por no encontrarme todavía en un estado de completo descamo, quizá porque algún vestigio de ética presbiteriana conseguía aún refrenarme, probaría de nuevo aquella noche, volvería a intentarlo con toda mi pasión y todas mis fuerzas... en vano. Después de sudorosas horas, abandonaría y volvería al relato de Faulkner titulado «El oso», o reanudaría la lectura de *Memorias del subsuelo* o *Billy Budd*, o, simplemente, como tantas otras veces, perdería el tiempo ante la ventana, mirando fijamente el jardín encantado. Y allá abajo, en el dorado atardecer primaveral de Manhattan, en un ambiente de indolente cultura, del que yo sabía que quedaría siempre excluido, comenzaría la velada en casa de los Winston Hunnicut, nombre pomposo e imaginario con que yo había bautizado a mi pareja de vecinos. La rubia Mavis Hunnicut aparecía sola en el jardín por un instante, vestida con una blusa y unos ajustadísimos pantalones largos; después de echar una rápida mirada furtiva al opalescente cielo vespertino, daría un súbito meneo a su hermosa cabellera con un gracioso movimiento de cabeza y después se inclinaría hacia delante para coger unos tulipanes del macizo de flores. En esta adorable posición, quizá no tuviera conciencia de los efectos que causaría en un solitario redactor adjunto de Nueva York. Pero... los está causando. Me siento dominado por la lujuria, es algo que puede tocarse, una especie de trompa de elefante hecha de deseo; es larguísima, se desliza hacia abajo sobre las mugrientas paredes del miserable edificio, se desenrolla a través de un seto y avanza, con un movimiento ondulante y obsceno, hasta un punto muy cercano a Mavis, que sigue con el trasero al aire. Como resultado de una silenciosa y rápida metamorfosis, soy yo mismo quien se halla ahora en aquel lugar; sí, priápico, famélico de hembra, aunque finamente controlado. Con suavidad, mis brazos rodean a Mavis, mis manos se ahuecan bajo sus pechos de miel que flotan, libres, dentro de la blusa. «¿Eres tú, Winston?», susurra ella. «No, soy yo — respondo, como amante suyo que soy —, deseo hacerlo como los perros, ¿quieres?» «Oh, sí, vida mía... enseguida», contesta mi adorada.

En estas demenciales fantasías, lo único que me impedía una cópula inmediata en la tumbona marca Abercrombie & Fitch era la súbita entrada de Thornton Wilder en el jardín. O de e. e. cummings. O de Katherine Anne Porter. O de John Fiersey. O de Malcolm Cowley. O de John P. Marquand. Era el momento en que, volviendo a la realidad con un pinchazo en la libido, me encontraba de nuevo tras los cristales de mi ventana, desde donde saboreaba, con anhelante corazón, una de las fiestas que solían tener lugar allá abajo. Me parecía perfectamente lógico que los Winston Hunnicut, aquella gregaria y vistosa pareja (cuya sala de estar a nivel del jardín me permitía, a veces, una mirada llena de celos a las modernas estanterías de estilo danés repletas de libros), tuvieran la ocasión y la enorme fortuna de vivir en un mundo poblado de escritores, poetas, críticos y otros tipos literarios; por eso, uno de aquellos atardeceres, mientras caía suavemente el crepúsculo y la terraza comenzaba a llenarse de gente bien vestida, habladora y sofisticada, discerní en la penumbra las caras de todos los inalcanzables héroes y heroínas en que siempre había soñado desde el momento en que mi desventurado espíritu se vio atrapado por la magia de la letra impresa. Aún no conocía personalmente a un solo autor de un libro publicado —con la excepción del viejo y andrajoso ex comunista que he citado anteriormente, el que olía a ajos y a sudor de antiguos encarcelamientos—, por lo que

aquella primavera las reuniones de los Hunnicut, frecuentes y de larga duración, dieron a mi imaginación la oportunidad de hacer los más fantásticos vuelos jamás llevados a cabo por un joven idólatra herido por el amor a las letras. ¡Allí estaba Wallace Stevens! ¡Y Robert Lowell! ¿Y aquel caballero del bigote, que miraba más bien furtivamente desde la puerta? ¿Era posible que fuese Faulkner? Se rumoreaba que en aquel momento se hallaba en Nueva York. La mujer de aspecto jovial, de peinado en forma de moño, con aquella interminable sonrisa... seguramente era Mary McCarthy. El hombre bajete de cara rubicunda y expresión sardónica no podía ser otro que John Cheever. Ya en la media luz crepuscular, una aguda voz de mujer gritó: «¡Irwin!», y, al flotar aquel nombre hasta mi mugriento observatorio, noté que mi corazón latía descompasadamente. En realidad estaba demasiado oscuro para poder asegurarlo, y además estaba vuelto de espaldas, pero ¿podía ser el hombre que escribió *Las muchachas con sus vestidos veraniegos* aquel tipo corpulento con aire de luchador cercado por un par de chicas con sus extasiadas caras vueltas hacia arriba como dos flores?

Todos aquellos asistentes a las fiestas de los Hunnicut —ahora me doy cuenta de ello— debían de pertenecer al mundo de la publicidad, a Wall Street o a alguna otra profesión hueca, pero por aquel entonces me mantenía firme en mi autoengaño. Cierta noche, sin embargo, poco antes de mi expulsión del imperio McGraw-Hill, experimenté un violento torbellino de emociones que marcó el final de mi contemplación del jardín. Aquella noche me hallaba ante la ventana, mi acostumbrado puesto de observación, con la mirada fija en el familiar trasero de Mavis Hunnicut, mientras ella se entregaba a los pequeños gestos y movimientos que me habían hecho desearla: aquel tirar de la blusa, aquel echarse atrás un rubio mechón con el dedo. No estaba sola; hablaba con Carson McCullers y con un pálido y alto personaje de aspecto inglés con cierto parpadeo de miope que no podía ser otro que Aldous Huxley. ¿De qué demonio estarían hablando? ¿Sartre? ¿Joyce? ¿De viejas cosechas de vinos? ¿De los soleados lugares del sur de España? ¿Del Bhagavad-Gîtâ? No, hablaban, pura y simplemente, de los alrededores —de estos alrededores—, porque el rostro de Mavis mostraba agrado y animación en tanto que no paraba de gesticular, señalando las paredes del jardín cubiertas de hiedra, la minúscula alfombra de césped, el surtidor burbujeante y el milagroso macizo de tulipanes de vivos colores que parecía caído del cielo, allí, en medio de tantas deformidades urbanas. «Si no fuera por...», parecía decir, con una expresión cada vez más adusta y enojada. «Si no fuera por...» Y entonces dio una airosa media vuelta para amenazar el University Residence Club con un pequeño y furioso puño, una monada de puño, pero tan prominente, tan cruentamente agitado que parecía imposible que no llegara a darme en la nariz. Me sentí iluminado por el más potente de los focos, y mientras mi dolorido corazón latía con desbocada fuerza, estoy seguro de que pude leer en sus labios: «¡Si no fuera por esa *horrenda mole que tanto ofende a la vista*, con toda esa *chusma* espiándonos!».

Pero estaba escrito que mi tormento en la calle Once no duraría mucho más. En cierto modo, me habría gustado que el fin de mi empleo hubiese sido provocado por el episodio de la *Kon-Tiki*. Pero el declive de mi suerte en la firma McGraw-Hill comenzó con la llegada de un nuevo redactor jefe, a quien yo llamé enseguida Weasel* (casi un anagrama de su verdadero apellido). Weasel fue incorporado a la editorial para darle un tono del que

* En inglés, «comadreja». (*N. del t.*)

carecía. En aquel tiempo, el hombre era conocido en los medios editoriales principalmente por sus relaciones con Thomas Wolfe, del que había sido editor después de dejar a Scribner y a Maxwell Perkins, y por haber ayudado a dar cierto orden y continuidad literaria al cúmulo de obras que el escritor dejó sin publicar a su muerte. Aun cuando se daba la coincidencia de que Weasel y yo éramos del Sur —relación que, en los alrededores de Nueva York, donde abundan los forasteros, tiende inicialmente a fortalecer las relaciones de los sureños—, nos miramos inmediatamente con mutua aversión. Weasel era un tipo casi cincuentón, tirando a calvo y francamente antipático. Nunca he sabido lo que pensaba exactamente de mí —sin duda, el estilo demasiado libre y desenfadado de los informes de los originales que yo leía tuvieron algo que ver con su reacción negativa—, pero siempre lo tuve por un hombre frío, impenetrable, sin humor, con el yo hipertrofiado y una actitud distante que dejaba adivinar al hombre que ha sobrevalorado fatuamente sus logros. En las reuniones del personal de la editorial, le gustaba decir cosas como: «Wolfe solía decirme...», o: «Cuando Tom me escribió tan elocuentemente poco antes de su muerte...».

Su identificación con Wolfe era tan completa que parecía su otro yo, cosa que me resultaba penosísima porque, como tantos otros jóvenes de mi generación, había sido un adorador de Wolfe, y habría dado cuanto tenía para poder pasar una tranquila y entrañable velada con un hombre como Weasel, sonsacándole nuevas anécdotas sobre el maestro y exclamando: «¡Caramba, esto no tiene precio!» y frases por el estilo ante cualquier maravillosa historia sobre el gigante y sus agudezas, sus correrías y sus tres toneladas de originales. Pero Weasel y yo evitábamos mutuamente todo contacto. Entre otras cosas, él era rigurosamente convencional, lo que le había permitido adaptarse enseguida a la idiosincrasia incolora y superconservadora de McGraw-Hill. En cambio, yo aún tenía muchos bríos en todos los sentidos de esta expresión, y debía tomarme a broma no sólo toda la orientación del sector de la editorial dedicado a la publicación de libros, que mis fatigados ojos veían como una tarea pesada y desagradable, sino también el estilo, las costumbres y los procedimientos del mundo de los negocios que se reflejaban en aquel lugar. Porque McGraw-Hill era, al fin y al cabo, a pesar de su seria apariencia literaria, un monstruoso paradigma del comercio norteamericano. Así que, con un hombre con tan poca imaginación al lado de los que llevaban el timón de la compañía, yo no podía por menos de pensar que no tardaría en encontrarme ante serios problemas y que mis días en McGraw-Hill estaban contados,

Un día, poco después de haber asumido su parcela de mando, Weasel me llamó a su despacho. Tenía un rostro ovalado y grasiento y unos ojos pequeños, de mirada hostil, como los de una comadreja, por lo que me parecía imposible que un hombre como aquél se hubiera ganado la confianza de alguien tan sensible a los matices de la presencia física como Thomas Wolfe. Weasel me indicó con la mano que me sentara y, después de pronunciar unas forzadas palabras de cortesía, fue directo al asunto, es decir, mi claro fracaso, desde su punto de vista, respecto a la necesidad de ajustarme a ciertos aspectos del «perfil» de McGraw-Hill. Era la primera vez que oía aquella palabra en una acepción distinta de la visión lateral de la cara de una persona, y, mientras Weasel hablaba, yo me sentía cada vez más desconcertado respecto a cuáles serían mis fallos, pues estaba seguro de que el bueno de Farrell no había hablado mal de mí o de mi trabajo. Pero resultó que

mis errores eran indumentarios y, tangencialmente por lo menos, políticos.

—He visto que no lleva usted sombrero —dijo Weasel.

—¿Sombrero?—respondí—. Pues... no.

Yo nunca había tenido gran afición a cubrirme la sesera, pues creía que los cubrecabezas tenían su lugar y su momento. A decir verdad, desde que había dejado la infantería de Marina dos años antes, jamás había pensado que llevar sombrero, gorra o gorro fuera algo a lo que alguien pudiese obligarte. La libre elección de lo que deseara ponerme era un derecho democrático que me asistía, y por esto no había concedido nunca la menor atención a este extremo.

—En McGraw-Hill, todos llevan sombrero —dijo Weasel.

—¿Todos? —contesté.

—Todos —replicó él con frialdad.

Sí, sí, al reflexionar un poco sobre lo que me estaba diciendo, me di cuenta de que era cierto: allí todos llevaban sombrero. Por la mañana, por la tarde y a la hora de comer, los ascensores y los pasillos eran un ondeante mar de sombreros de paja y de fieltro, todos colocados sobre el pelaje de corte uniforme y reciente del regimiento de paniaguados de McGraw-Hill. Esto era al menos cierto por lo que se refería a los hombres; en cuanto a las mujeres, la cosa parecía opcional, principalmente para las secretarias. Luego, la aserción de Weasel era indiscutiblemente correcta. Lo que hasta entonces me había pasado por alto, y no advertiría hasta aquel momento, era que llevar sombrero no era allí una cuestión de elegancia, sino algo obligatorio, como buena parte de la vestimenta del personal de McGraw-Hill, como las camisas abiertas marca Arrow con botones de arriba abajo y los holgados trajes de franela Weber & Heilbroner usados por cuantos llenaban la verde torre, desde los vendedores de libros de texto hasta los redactores —dominados siempre por la ansiedad— de la publicación *Aprovechamiento de los desperdicios sólidos*. En mi inocencia, no me había dado cuenta de que en ningún momento contribuí a esa uniformidad pero, al percatarme ahora de ello, reaccioné con una mezcla de resentimiento e hilaridad y, claro, no supe qué responder a la solemne indicación de Weasel.

—¿Podría preguntarle en qué otras cosas no me he ajustado al «perfil»?

—No puedo dictarle cuáles han de ser sus preferencias respecto a la lectura de periódicos, ni tampoco quiero hacerlo —respondió mi superior—, pero no está bien que un empleado de McGraw-Hill sea visto con un ejemplar del *New York Post*. —Hizo una pausa—. Este consejo es sólo por su bien. Huelga decir que puede usted leer lo que le guste, pero en su tiempo libre y en privado. No resulta... decoroso ver a los redactores de McGraw-Hill leyendo publicaciones radicales en su despacho.

—Entonces, ¿qué he de leer? —A la hora del bocadillo había adquirido la costumbre de bajar a la calle Cuarenta y dos para comprar un ejemplar de la primera edición vespertina del *Post* junto con un emparedado; devoraba ambos en mi despacho durante la hora que se me concedía. Era mi única lectura de prensa del día. Por entonces, no era tan políticamente ingenuo como para considerarme un indiferente, un «pasota», y leía el *Post* no por sus editoriales liberales o por las columnas de Max Lerner, que solían aburrirme, sino por su airoso estilo periodístico de gran ciudad y sus atractivos reportajes sobre el *haut monde*, especialmente los de Leonard Lyons. Sabía, pues, que mi respuesta a Weasel no iba a incluir mi propósito de renunciar a aquel diario, ni mi intención de detenerme en

Wanamaker's para comprar un puerco sombrero—. Me gusta el *Post* —dije algo irritado—. ¿Qué cree que debiera leer en su lugar?

—El *Herald Tribune* sería más apropiado —dijo arrastrando las palabras al estilo de su Tennessee y con una extraña frialdad—, o también el *News*.

—Pero si se publican por la mañana...

—Entonces, pruebe el *World-Telegram*. O el *Journal-American*. El sensacionalismo es preferible al radicalismo.

Sabía que el *Post* apenas si era radical, y estuve a punto de decirlo, pero me contuve. Pobre Weasel... Su frialdad de pescado no impedía que yo sintiera cierta lástima por él, pues me daba cuenta de que las riendas con que quería refrenarme no eran obra suya; algo me decía, en su manera de expresarse (¿acaso un leve indicio de disculpa o una débil y trasnochada muestra de simpatía de un sureño en contacto con otro sureño?), que en realidad él tampoco podía soportar aquellas disparatadas y sórdidas restricciones. Y también veía que, dada su edad y su cargo el verdadero prisionero de McGraw-Hill era él, irrevocablemente encadenado a su estilo trapacero y ruin y a su monomaniaca obsesión por el dinero, viniera de donde viniese —un hombre que ya no podría volverse atrás—, mientras que yo tenía, por lo menos, la libertad del mundo abierto ante mí. Recuerdo que mientras él pronunciaba su desastrosa sentencia —«El sensacionalismo es preferible al radicalismo»—, murmuré para mis adentros una despedida casi triunfante: «Adiós, Weasel. Adiós, McGraw-Hill».

Todavía lamento no haber tenido la valentía de marcharme al instante. En vez de ello comencé una especie de huelga de brazos caídos (cesación del trabajo sería un término más apropiado). Durante los días siguientes, aunque aparecía puntualmente cada mañana en la oficina y la dejaba en el momento preciso de dar las cinco, los originales se iban amontonando sobre mi mesa sin ser leídos. Al mediodía ya no hojeaba el *Post*, pero caminaba hasta un quiosco de periódicos que se hallaba junto a Times Square con el fin de adquirir un ejemplar del *Daily Worker* para leerlo —o tratar de leerlo— en mi despacho, si no con ostentación, al menos con atenta despreocupación, mientras mordisqueaba un emparedado de algo en escabeche permitido por la religión judía y otro de *pastrami*, esa especie de buey fuertemente sazonado. Y así saboreaba cada instante de aquel doble papel de comunista imaginario y de judío ficticio que había adoptado dentro de la fortaleza del poder blanco anglosajón. Me parece que en aquellos momentos anduve un poco chiflado, porque el último día de mi empleo me presenté al trabajo con una descolorida gorra de infante de Marina de las vulgarmente llamadas *pisscutter* (como la que llevaba John Wayne en *Arenas sangrientas*) como compañera de mi traje de algodón; e hice lo posible para que Weasel me viese de aquella manera para tener la seguridad de que no le había pasado inadvertido, como la tuve de que mi gesto le hizo jurar aquella misma tarde que aquel acto de rebeldía era el último en que me sorprendería...

Una de las pocas cosas tolerables de McGraw-Hill había sido el panorama que podía contemplar desde el vigésimo piso: una grandiosa perspectiva de Manhattan, de monolitos, minaretes y chapiteles, que nunca dejaba de reanimar mi decaído espíritu causándome aquellos vulgares, aunque genuinos, espasmos de alborozo y dulces promesas que, tradicionalmente, han abrumado a todos los jóvenes provincianos de Norteamérica. Siempre soplaban fuertes vientos alrededor de los parapetos de McGraw-

Hill, y uno de mis pasatiempos favoritos consistía en dejar caer una hoja de papel desde mi ventana y contemplar su gracioso descenso, su rápido paso por encima de las azoteas, ora planeando, ora dando tumbos, para desaparecer, como casi siempre, en los profundos y estrechos valles urbanos de los alrededores de Times Square. Aquel último mediodía, además de comprar el *Daily Worker*, tuve la inspiración de adquirir un tubo de un producto especial para hacer pompas de jabón (como el que suelen usar ahora los niños y que entonces era una novedad en el mercado). Al llegar a mi despacho, me puse a soplar en la ventana e hice media docena de estos frágiles, bellos e iridiscentes globos, pendiente todo el tiempo de sus aventuras a merced del viento con la ansiosa incertidumbre de quien se halla a punto de conseguir un goce sexual largo tiempo negado. Soltados uno a uno en el brumoso abismo, dieron más de sí de lo que yo había esperado, pues saciaron todos mis soterrados deseos infantiles de hacer volar globos hasta los últimos confines de la tierra. Brillaban a la luz del sol de la tarde como los satélites de Júpiter y eran grandes como pelotas de baloncesto. Un caprichoso golpe de viento ascendente los arrojó a gran altura sobre la Octava Avenida; se quedaron allí suspendidos durante unos momentos que me parecieron interminables, y suspiré de delectación al verlos avanzar de nuevo. Entonces oí chillidos y risas femeninas, y vi que se trataba de varias secretarias de McGraw-Hill que, atraídas por el espectáculo, se habían asomado a las ventanas de los despachos contiguos. Debió de ser su algazara lo que atrajo la atención de Weasel hacia mi exhibición aérea. Fuera como fuese, lo cierto es que oí su voz detrás de mí justo en el momento en que cesaba el alboroto de las muchachas y en que los globos se desviaban hacia el oeste para ir a caer, finalmente, en la deslumbrante arteria de la Octava Avenida.

Observé que Weasel dominaba muy bien su furor:

—Queda usted despedido en esta fecha —dijo con voz controlada—. Puede recoger el cheque de su liquidación a las cinco en punto.

«Allá usted, Weasel, está usted echando a la calle a un hombre que llegará a ser más famoso que Thomas Wolfe.» No pronuncié esta frase, estoy seguro de ello, pero las palabras temblaron tan palpablemente en mi lengua que aún tengo la impresión de que las proferí. En realidad, no dije absolutamente nada y me limité a mirar cómo el hombrecillo giraba sobre sus talones y desaparecía de mi existencia. Una rara sensación de libertad recorrió todo mi cuerpo, una sensación casi física, de bienestar, como si me hubiera quitado de encima una montaña de ropas sofocantes. O, para ser más exacto, como si hubiese permanecido sumergido durante demasiado tiempo en un mundo de lóbregas profundidades y, tras haber luchado por salir a la superficie, tuviera entonces la dicha de aspirar las primeras bocanadas de aire fresco.

—Has escapado por los pelos —me dijo Farrell después, confirmando mi metáfora con inconsciente precisión—. Se dice que son muchos los que se ahogaron en este lugar. Y ni siquiera se encontraron sus cuerpos.

Hacía rato que habían dado las cinco. Aquella tarde no salí tan pronto como de costumbre; tenía que recoger mis cosas, las que podía considerar como mías, y decir adiós a un par de redactores con quienes había hecho cierta amistad, además de cobrar mis últimos treinta y seis dólares y medio, y finalmente despedirme de Farrell, lo que resultó

más triste y penoso de lo que había supuesto. Farrell, entre otras cosas, reveló lo que yo habría podido sospechar desde el principio si realmente me hubiera importado o si hubiera sido más observador: que era un incurable bebedor solitario. Entró en mi despacho algo vacilante, justo cuando estaba metiendo en mi cartera de mano las copias de algunos de mis mejores informes de lectura. Los había retirado de los archivos, pensando especialmente en mi reseña sobre Gundar Firkin y su saga, y con el deseo de no quedarme sin mis consideraciones sobre *Kon-Tiki*, pues tenía la rara sospecha de que algún día podrían servirme como notas marginales.

—Has escapado por los pelos —repitió Farrell—. Anda, toma un traguito.

Me alargó un vaso y una botella, medio vacía, de una pinta de whisky de centeno Old Overholt. El whisky era fuertemente aromático y, en efecto, se notaba en el aliento de Farrell como si aquella emanación procediera de una hogaza de pan de centeno. Rehusé el trago, no por reticencia, sino porque en aquellos días sólo bebía cerveza barata norteamericana.

—Pues sí, al fin y al cabo no estabas hecho para este lugar —dijo, echándose al coleteo un trago de Overholt—. No era un sitio para ti.

—Había empezado a darme cuenta —asentí.

—Dentro de cinco años habrías sido un hombre cortado a la medida de la compañía. Al cabo de diez años te habrías convertido en un fósil. En un pedazo de mierda fosilizado a los treinta años. Esto es lo que habría hecho de ti McGraw-Hill.

—Sí, en cierto modo me alegro de marcharme —dije—, aunque echaré en falta el dinero que cobraba. Claro que tampoco daba para muchos lujos.

Farrell ahogó una risotada y dejó escapar un pequeño eructo. Su cara se acercaba tanto al prototipo irlandés de cara larga y labio superior saliente que poco le faltaba para parecer una caricatura. Rezumaba tristeza: algo intangiblemente ajado, agotado y resignado que me hacía pensar, con una punzada de agudo dolor en el corazón, en sus libaciones solitarias en su despacho, en sus veladas con Yeats y Hopkins, en la helada estación de correspondencia del metro para ir a Ozone Park. De pronto, tuve el presentimiento de que jamás volvería a verlo.

—Conque vas a escribir —dijo—. Quieres ser escritor, según veo. Una ambición estupenda. Yo también la tuve, en otro tiempo. Espero y deseo de veras que llegues a serlo, y que me envíes un ejemplar de tu primer libro. ¿Adonde te irás cuando comiences a escribir?

—No lo sé —respondí—. No puedo quedarme en la pocilga en que vivo. Tengo que salir de allí.

—Ah, con lo que a mí me habría gustado escribir... —susurró—. Quiero decir poesía. Ensayos. Una buena novela. No una gran novela, ¿comprendes?, sino una novela bonita, que tuviese verdadera elegancia y estilo. Una novela tan buena, por ejemplo, como *El puente de San Luis Rey* o *La muerte llega para el arzobispo...*, algo sin pretensiones, pero con una calidad lo más próxima a la perfección. —Tras una pausa, añadió—: Pero no sé cómo, me desvié. Creo que se debió a tantos años de trabajo editorial, sobre todo teniendo en cuenta su naturaleza más bien técnica. Me desvié al tener que trabajar con ideas de otra gente y con palabras que no eran mías, cosa que difícilmente puede conducir a un esfuerzo creativo, a la larga. —Hizo otra pausa, mirando el ambarino poso de su vaso—. O tal vez

fue esto lo que me desvió —dijo en tono lastimoso—. El néctar. Este creador de mil sueños. De todos modos, no llegué a ser escritor. No llegué a ser poeta ni novelista, y, en cuanto a los ensayos, sólo escribí uno en toda mi vida. ¿Sabes de qué trataba?

—No. ¿De qué trataba?

—Era para el *Saturday Evening Post*. Una pequeña nota que les envié relacionada con unas vacaciones que mi mujer y yo pasamos en Quebec. No vale la pena comentarla. Pero me dieron doscientos dólares por ella, y durante algunos días fui el escritor más feliz de Norteamérica. —De súbito, una gran melancolía pareció apoderarse de él, y dijo con una voz casi inaudible—: Me desvié.

Al verlo en un estado de ánimo tan cercano a la desesperación, no supe cómo darle consuelo, y sólo acerté a decirle, mientras seguía metiendo cosas en mi cartera de mano:

—Bueno, espero que seguiremos estando en contacto —aunque yo sabía que no sería así.

—Yo también lo espero —dijo Farrell—. Me habría gustado que nos conociéramos mejor. —Se quedó mirando el fondo de su vaso y cayó en un silencio tan prolongado que comencé a ponerme nervioso—. Me habría gustado que nos conociéramos mejor —repitió por fin con lentitud—. Más de una vez había pensado pedirte que vinieras a comer a casa, en Queens, pero siempre lo dejaba para otro día. Me recuerdas mucho a mi hijo, ¿sabes?

—No sabía que tuviera usted un hijo —dije algo sorprendido. Una vez, casualmente, oí que Farrell aludía con tono irónico a su estado de «hombre sin hijos», lo que me hizo suponer que no había tenido descendencia. Pero allí se detuvo mi curiosidad. En la atmósfera de gélida impersonalidad que se respiraba en McGraw-Hill, se consideraba como un acto de descaro (si no absolutamente impúdico) expresar siquiera el más tibio interés por la vida privada de los demás—. Pues yo creía... —comencé.

—¡Lo *tuve*... tuve un hijo estupendo! —Su voz se convirtió de repente en un sollozo, desconcertándome su tono, que tan pronto era de rabia como de lamentación. El Overholt había soltado en su interior toda la furia céltica, la misma furia que debía de acompañarlo cada día en las desoladas horas posteriores a las cinco de la tarde. Se levantó y, con paso inseguro, se dirigió hacia la ventana para contemplar a través de la luz crepuscular el siempre sorprendente espejismo de Manhattan incendiado por el sol poniente—. Sí, tuve un hijo —prosiguió—. Edward Christian Farrell. Tenía tu misma edad, veintidós años, y quería ser escritor. Era... era un *príncipe* del lenguaje, eso era mi hijo. Tenía un don que habría hechizado al mismísimo diablo, y algunas de las cartas que me mandó, largas, divertidas, inteligentes y llenas de sentido, eran las cartas más hermosas de cuantas se hayan escrito. ¡Ah, era un príncipe del lenguaje, mi chico!

Sus ojos se inundaron de lágrimas. Para mí, fue un embarazoso momento paralizador, un momento que todavía aparece alguna vez en mi vida, aunque con piadosa infrecuencia. Un hombre casi extraño me estaba hablando, en pasado, de una persona querida, poniéndome en un aprieto. Sin duda quería decir que tal persona murió. Pero ¡alto! ¿No podría simplemente haberse extraviado, víctima de la amnesia, o haberse convertido en un delincuente en perpetua huida? ¿Y si hubiese estado languideciendo patéticamente en un manicomio? En todos estos casos, el uso del pasado no habría sido otra cosa que un penoso eufemismo. Cuando Farrell recuperó el habla, sin darme todavía la menor pista sobre la suerte de su hijo, me volví y, desconcertado, seguí recogiendo mis

pertenencias.

—Quizá me lo habría tomado mejor si no hubiera sido mi único chico. Pero Mary, mi mujer, no pudo tener más hijos después del nacimiento de Eddie. —De pronto se detuvo—. Te estoy dando la lata con todo esto, ¿verdad?

—No, siga —le dije—, se lo pido. —Parecía tener una imperiosa necesidad de hablar y, como era un hombre bondadoso por el que sentía verdadera simpatía y además me había identificado hasta cierto punto con su hijo, pensé que sería una indelicadeza por mi parte no animarlo a desahogarse—. Siga, por favor —insistí.

Farrell se sirvió otro gran trago de whisky. Había llegado a embriagarse por completo y hablaba farfullando con la tristeza reflejada en su pecosa y macilenta cara en la luz menguante.

—Digan lo que digan, es cierto que un hombre puede vivir sus propias aspiraciones a través de la vida de su hijo. Eddie fue a la Universidad de Columbia, y una de las cosas que me emocionaron fue su manera de tomarse los libros, su don especial por las palabras. A los diecinueve años, a los diecinueve, ¿te das cuenta?, le publicaron un trabajo en *The New Yorker*, y Whit Burnett le aceptó un cuento para *Story*. Fue uno de los colaboradores más jóvenes, creo, en toda la historia de esta revista. Era su ojo, ¿sabes?, su ojo. —Farrell se golpeaba el ojo con el índice—. Vio cosas, ¿comprendes?, vio cosas que el resto de nosotros no solemos ver, y les dio vida y frescura. Mark van Doren me escribió una nota amable, más que amable, en la que me decía que Eddie tenía un don natural para las letras como no poseía ninguno de sus estudiantes. Mark van Doren, ¡imagínate! Todo un homenaje, ¿no te parece?

Se quedó mirándome como si esperase mi corroboración.

—Todo un homenaje —confirmé.

—Y después... y después, en 1943, se alistó como voluntario en la infantería de Marina. Dijo que prefería esto a esperar a que lo movilizaran. Se sentía fascinado por el ambiente de la Marina, pero era en realidad demasiado sensible para que lo ilusionara la guerra. ¡La guerra! —Profirió la palabra con repugnancia, como si fuera una indecencia que desease ignorar, y se detuvo un momento para cerrar los ojos y expresar su dolor con inclinaciones de cabeza. Luego me miró y dijo—: La guerra lo llevó al Pacífico, y estuvo en algunos de los peores lugares de la contienda. Habrías tenido que leer sus cartas, unas cartas maravillosas, alegres, elocuentes, sin el menor indicio de piedad por sí mismo. No dudó un solo momento que regresaría a casa y que volvería a Columbia para terminar los estudios y convertirse en el escritor que quería ser. Pasó el tiempo, y dos años más tarde, hallándose en Okinawa, lo alcanzó un «paco», bueno, un francotirador. En la cabeza. Era el mes de julio, y ya sólo se dedicaban a operaciones de limpieza. Lo habían ascendido a cabo. Le concedieron la Medalla de Bronce. No sé por qué sucedió. ¡Dios mío! ¿Por qué tuvo que suceder? ¿Por qué, Dios mío?

Farrell lloraba, no ostentosamente, sino con unas sentidas lágrimas cuyo brillo resbalaba por los bordes de sus párpados. Yo miré hacia otra parte con una vergüenza y una humillación que, años más tarde, aún puedo recordar junto con la febril sensación de mareo y náuseas que también experimenté en aquella ocasión. Esto puede ser ahora difícil de explicar, pues el paso de treinta años, junto con el cansancio y el cinismo engendrado por varias guerras norteamericanas llenas de barbarie, contribuyen a que mi

reacción de entonces parezca ahora romántica y anticuada. Pero permanece el hecho de que también yo fui infante de Marina como Eddie Farrell y de que, como él, ardía por ser escritor y enviaba desde el Pacífico cartas escritas con la sangre de mi corazón, con la misma extraña amalgama de pasión, humor y exquisita esperanza que sólo puede salir de la pluma de un hombre muy joven hechizado por la inminente aparición de la muerte. Y aún resulta más doloroso contar que también yo estuve en Okinawa, sólo unos días después que Eddie muriera (quién sabe si pocas horas después de que él fuese herido mortalmente..., me he preguntado a menudo), ya sin enemigos, sin miedo, sin peligro alguno, pero por obra y gracia de la historia, pudiendo contemplar un paisaje oriental arrasado, y aun así, lleno de paz; un lugar por el que yo deambulé sano y salvo y sin peligro alguno, pocas semanas antes de Hiroshima. Durante aquel tiempo —ésta es la triste verdad—, no oí ni un solo tiro disparado por el odio, y, si hemos de hacerle caso a mi pellejo, fui mimado por la suerte como pocos lo han sido, pero nunca he podido vencer la sensación de que me perdí algo a la vez terrible y magnífico. En relación con esta experiencia, o con mi falta de ella, nada me laceró tanto y tan profundamente como la breve y desoladora historia de Eddie contada por su padre; la historia de un muchacho que fue inmolado —siempre me parecerá así— en tierras de Okinawa para que yo pudiese vivir... y escribir. Mientras Farrell estuvo llorando bajo la luz del crepúsculo, me sentí empequeñecido, encogido, y no pude decir nada.

Farrell se levantó, se frotó los ojos y se quedó junto a la ventana, contemplando un Hudson que el sol había vuelto carmesí y en el que las negruzcas siluetas de dos grandes buques avanzaban hacia el mar, en dirección a los Narrows. El viento primaveral silbaba endiablado alrededor de los indiferentes y verdes aleros de McGraw-Hill. Cuando Farrell volvió a hablar, su voz llegó lejana, impersonal, para referirse así al pasado:

—Todo lo que el hombre estima
sólo un momento o un día permanece...
El grito del heraldo, la huella del soldado
exhausto de gloria y de poder:
las llamas de la noche, fueran las que fuesen,
el resinoso corazón del hombre alimentaron.

Luego se volvió hacia mí para decirme:

—Escribe con las entrañas, hijo mío —y, haciéndome adiós con la mano pasillo abajo, desapareció de mi vida para siempre.

Me quedé allí todavía un buen rato, pensando en mi futuro, que en aquel momento me parecía tan nebuloso y oscuro como aquellos horizontes envueltos en neblina que se extendían hasta más allá de los prados de Nueva Jersey. Era demasiado joven para que hubiera muchas cosas que me asustasen, pero no tan infantil como para no hacer caso de ciertas aprensiones. Aquellos irrisorios manuscritos que había leído eran, en cierto modo, un aviso: me mostraban lo triste que podía ser la ambición, especialmente cuando se trataba de la literatura. Yo quería ser escritor a toda costa, pero por alguna razón la historia de Farrell me afectó tan profundamente que, por primera vez en mi vida, me di cuenta del gran vacío que llevaba dentro de mí. Era cierto que había viajado mucho para mi edad,

pero mi espíritu había permanecido cerrado, desconocedor del amor y casi extraño respecto a la muerte. No podía saber entonces lo poco que tardaría en encontrarme ante ambas cosas, traídas por la pasión y la carne humanas, de las que me había mantenido apartado por culpa de mi presuntuosa y sofocante automutilación. Ni podía tampoco figurarme que mi viaje de descubrimiento consistiría en el traslado a un lugar tan extraño como Brooklyn. Entretanto, sólo sabía que bajaría por última vez de aquel vigésimo piso, dentro del aséptico y verde ascensor, para lanzarme a las caóticas calles de Manhattan y celebrar allí mi liberación con una cerveza canadiense y el primer bistec de lomo que comería desde mi llegada a Nueva York.

Después de mi solitario banquete de aquel anochecer en el restaurante Longchamps de la baja Quinta Avenida, conté mi dinero y calculé que, en aquel momento, mi fortuna era de algo menos de cincuenta dólares. Aunque, como he dicho, el trance en que me hallaba no me causaba verdadero temor, no podía por menos de sentirme un poco inseguro, sobre todo considerando las perspectivas de poder conseguir otro empleo, que eran casi nulas. Sin embargo, no hubiera debido preocuparme en absoluto, pues al cabo de dos días iba a salirme una ganga que me rescataría de aquella situación, al menos por lo que se refería al futuro inmediato. Fue un extraño y fenomenal golpe de suerte que, como otro increíble caso de buena fortuna en un momento posterior de mi vida, tuvo su origen en la institución de la esclavitud negra norteamericana. Aunque este regalo del destino se relaciona sólo indirectamente con la nueva vida que iniciaría en Brooklyn, su historia es tan poco corriente que merece ser contada.

Tiene que ver principalmente con mi abuela paterna, quien, cuando comenzó a hablarme de sus esclavos, no era más que una arrugada muñeca de casi noventa años: todo lo que quedaba de la distinguida dama que había sido. A menudo me ha costado creer que yo hubiera estado vinculado tan íntimamente con el Viejo Sur, que hubiera habido alguna generación de mis antepasados con negros bajo su autoridad, pero la hubo: nacida en 1848, mi *propia* abuela era dueña, a la edad de trece años, de dos doncellas negras apenas un poco más jóvenes que ella, a las que consideró como una de sus pertenencias más queridas durante todos los años de la guerra civil, pese a Abraham Lincoln y la proclama de emancipación. He dicho «queridas» sin ironía porque estoy seguro de que les tuvo mucho cariño, pues, cuando evocaba a Drusila y Lucinda (que éstos eran sus incomparables nombres) y me hablaba de ellas, su voz de anciana temblaba de emoción y no se cansaba de decirme cuánto quería a las muchachitas y cómo, en los helados inviernos de la guerra, tuvo que remover cielo y tierra para encontrar hilo de lana con que hacerles medias. Esto sucedió en Beaufort County, Carolina del Norte, donde ella había pasado toda su vida y donde yo la recuerdo. Durante los años treinta, cada Pascua y cada Día de Acción de Gracias, mi padre y yo dejábamos nuestra casa de Virginia para ir a verla, y durante todo el viaje conducíamos nuestro coche entre llanos y tierras pantanosas, entre campos, todos iguales, de cacahuets, tabaco y algodón, y entre miseras y decrepitas cabañas de negros, también todas iguales. Al llegar a la soñolienta pequeña ciudad de Pamlico River, saludábamos a mi abuela con suaves palabras y una ternura excepcional, porque muchos años antes había quedado casi totalmente paralizada de un ataque repentino. Fue, pues, al lado de su cama donde oí hablar por primera vez de Drusila y Lucinda, y de fiestas campestres, de cacerías de pavos, de reuniones de amigas para coser, de excursiones en bote por el río Pamlico y de otros placeres *ante bellum*, cosas que ella me contaba con su voz dulce, vieja y chillona, pero persistente a pesar de todo, hasta que su potencia se apagaba y la buena señora se dormía.

Con todo, es importante señalar que mi abuela nunca nos habló, ni a mi padre ni a mí, de otro pequeño esclavo, un chico con el gentil nombre de Artiste, que, como Drusila y

Lucinda, le había sido «regalado» por su padre, quien sin embargo poco después lo vendió. Como no tardaré en demostrar mediante dos cartas relacionadas entre sí, la razón de que ella nunca mencionara al muchacho tuvo sin duda que ver con la extraordinaria historia de su suerte postrera. En todo caso, es interesante hacer constar que el padre de mi abuela, después de realizar la venta, convirtió su producto en dólares de oro federales divididos en piezas de diferentes valores, seguramente previendo ya la desastrosa guerra que se avecinaba, y puso las monedas en una jarra de barro cocido que enterró debajo de una azalea en el fondo del jardín. Lo hizo, naturalmente, para evitar su posible descubrimiento por los yanquis, los cuales efectivamente llegaron en los últimos meses de la guerra, con sus centelleantes sables y su retumbar de cascos de caballo, para revolver el interior de la casa ante los aterrados e infantiles ojos de mi abuela en busca de un oro que no lograron encontrar. Puedo recordar, dicho sea de paso, la descripción que me hizo mi abuela de las tropas de la Unión: «Unos hombres guapos y arrojados, en verdad. Yo creo que sólo cumplieron con su deber al destrozarnos la casa pero, eso sí, no tenían cultura ni buenos modales. Estoy segura de que eran de Ohio. Hasta se llevaron los jamones, echándolos por la ventana». Al regresar mi bisabuelo de la terrible guerra con un ojo menos y una rótula hecha astillas —heridas, ambas, recibidas en Chancellorsville—, desenterró el oro y, cuando la casa fue de nuevo habitable, lo guardó en un ingenioso escondrijo de la bodega.

El tesoro habría podido permanecer allí hasta el día del juicio final, pues, a diferencia de los misteriosos y sensacionales hallazgos que a veces uno lee en los periódicos —paquetes de billetes de banco, montones de doblones españoles y otras riquezas por el estilo desenterradas por las palas de los trabajadores—, aquel oro parecía destinado a quedar escondido para siempre. Cuando mi bisabuelo murió a consecuencia de un accidente de caza hacia fines de siglo, las monedas no fueron mencionadas en su última voluntad (presumiblemente, por la loable razón de que había cedido el dinero a su hija). Cuando ésta, a su vez, murió cuarenta años más tarde, se refirió al oro en su testamento, especificando que se dividiera entre sus muchos nietos; pero por la debilidad mental propia de su avanzada edad se olvidó de indicar dónde se hallaba escondido el tesoro, confundiendo en cierto modo el escondrijo de la bodega con su caja de seguridad en el banco local, con el resultado de que este peculiar legado no rindió absolutamente nada. Y, durante siete años más, todo el mundo siguió ignorando su paradero. Pero mi padre, último hijo superviviente de los seis que había tenido mi abuela, fue al fin quien rescató el tesoro de su mohoso y olvidado escondrijo sólo conocido por las termitas, las arañas y los ratones. Durante su larga vida, mi padre siempre se preocupó por el pasado, por su linaje y el de su familia, y siempre fue un hombre respetuoso pero inquieto, un hombre capaz de sentirse tan dichosamente satisfecho escudriñando la correspondencia y las cosas y hechos importantes de un lejano y oscuro primo fallecido mucho tiempo atrás como lo estaría un estudioso especializado en temas Victorianos que diera con un cajón lleno de cartas obscenas de Robert y Elisabeth Browning desconocidas hasta hoy. Podemos, pues, imaginarnos cuál sería su alegría cuando, al examinar unos descoloridos paquetes de cartas de su madre, descubrió que una de ellas, escrita por mi bisabuelo, explicaba no sólo la exacta situación del escondrijo de la bodega, sino también los detalles de la venta del joven esclavo Artiste. Y así es como ahora dos cartas se entrelazan. La que transcribo a

continuación, que me escribió mi padre desde Virginia y que recibí cuando estaba haciendo la maleta para dejar el University Residence Club, dice mucho sobre varias de nuestras generaciones del Sur y, además, no poco sobre los grandes acontecimientos que se cernían en el horizonte moderno.

4 de junio de 1947

Mi queridísimo hijo:

Acabo de recibir tu carta del 26 de mayo pasado por la que me das cuenta de la cesación de tu empleo. Siento lo que te ha sucedido porque te pone en apuros económicos y yo no me hallo en condiciones de poderte ayudar mucho, agobiado como estoy todavía por los interminables problemas y deudas de tus dos tías de Carolina del Norte, que me temo padecen de senilidad prematura, y de una manera patética. Sin embargo, espero hallarme mejor situado pecuniariamente dentro de algunos meses, lo que me permitirá —al menos así lo espero— contribuir, aunque de manera modesta, a la realización de tus ambiciones de convertirte en escritor. Por otra parte, creo que no te será difícil prescindir de tu empleo en McGraw-Hill, firma que, según me has ido contando, no se distinguía precisamente por su liberalidad, además de no ser otra cosa que el portavoz y la fuente de propaganda al servicio de los desaprensivos potentados comerciales que han estado robando al pueblo norteamericano durante cien años o más. Desde que tu bisabuelo volvió tuerto y mutilado de la guerra civil, y junto con mi padre intentaron poner en marcha una modesta industria elaboradora de rapé y tabaco de mascar en Beaufort County sólo para ver sus sueños destruidos cuando fueron obligados a abandonar su negocio por aquellos piráticos diablos que eran Washington Duke y su hijo, «Buck» Duke... desde entonces, digo, desde que tuve conocimiento de aquella tragedia, he sentido un constante odio por el execrable capitalismo monopolista que atropella al hombre sencillo. (Considero una ironía el hecho de que te educaran en una institución fundada en el mal ganado lucro de los Duke, aunque, claro, la culpa no es tuya.)

Sin duda recordarás a Frank Hobbs, con quien el destino me ha impelido a trabajar en el astillero durante tantos años. Es un hombre bueno y formal en muchos aspectos, nacido en una parcela cacahuetera, allá en Southampton County pero, como podrás recordar, una persona de creencias reaccionarias tan puras que a menudo parece incluso un fanático retrógrado al lado de esta gente de Virginia y de su manera de ser y pensar. Por esto no acostumbramos a hablar de ideologías o de política. Después de la reciente revelación de los horrores de la Alemania nazi, sigue siendo un antisemita e insiste en que son los financieros judíos internacionales quienes monopolizan la riqueza, ahogando a los demás con su fuerza económica; cosa que me haría morir de risa si no se tratara de un punto de vista tan pedestre. Admito, con Hobbs, que Rothschild y Warburg son, sin duda alguna, nombres hebreos, pero intento explicarme que la codicia no es una tara racial sino un defecto humano muy generalizado, y entonces le pongo como ejemplo nombres como Carnegie, Rockefeller, Frick, Mellon, Harriman, Huntington, Whitney, Duke, sólo para mencionar unos cuantos. Esto apenas si le hace mella a Hobbs, a quien siempre

le es más fácil dirigir su bilis contra un blanco más fácil y omnipresente, sobre todo en esta parte de Virginia, por ejemplo; y no hablemos de la abundancia de negros que hay por aquí. Por eso hablamos poco de estas cosas; son demasiados mis cincuenta y nueve años para enredarme en una lucha a puñetazo limpio. Hijo mío, la cuestión no puede estar más clara. Si el negro es como es, si es «inferior», como suele decirse de él y signifique lo que signifique esta palabra, sólo se debe a que nosotros, la raza superior, lo hemos menoscabado tanto y lo hemos privado de tantas cosas, que el único rostro que pueden presentar al mundo es el de una rastrera inferioridad. Pero no es posible que el negro permanezca para siempre en esta inferioridad. Ignoro si el negro comenzará a recuperar plenamente sus derechos como para que yo pueda verlo todavía; no soy tan optimista, pero estoy seguro de que tú no morirás sin haberlo visto, y cree que daría todo lo que tengo para seguir con vida cuando llegue el día, que indudablemente llegará, en que Harry Bird vea a los hombres y a las mujeres de color sentados, no en la parte trasera del autobús, sino en cualquier asiento y viajando gratis, libres e iguales a los demás, por las calles de toda Virginia. Esto me haría acreedor al epíteto de «amigo de los negros», lo que, me consta, ya me llaman muchos a mis espaldas, incluido Frank Hobbs.

Y esto nos conduce, dando un rodeo, al punto principal de esta carta. Supongo que recordarás, Stingo, que cuando hace varios años tuvimos conocimiento de la última voluntad de tu abuela, todos quedamos chasqueados ante su alusión a una suma de monedas de oro que ella legaba a sus nietos y que nunca pudimos encontrar. Pero el misterio acaba de quedar aclarado. Como sabes, soy el historiador de la confraternidad local de los Hijos de la Confederación, y, hallándome dedicado a la tarea de escribir un largo ensayo sobre tu bisabuelo, examiné con detalle su voluminosa correspondencia con su familia, que incluye muchas cartas dirigidas a tu abuela. En una carta escrita en 1886 y fechada en Norfolk (en uno de sus viajes de negocios para su industria tabaquera, poco antes de que el malvado «Buclo Duke lo arruinara»), revelaba la exacta localización del oro, que no se hallaba en una caja de seguridad del banco (era evidente que tu abuela andaba completamente confusa al respecto en los últimos días de su vida), sino en un pequeño nicho tapiado con ladrillos en el sótano de la casa de Carolina del Norte. Dentro de poco te enviaré una fotocopia de dicha carta, pues, conociendo tu curiosidad por todo lo referente a la esclavitud, he pensado que, si alguna vez escribieras algo sobre tal institución, podrías encontrar en esta epístola algunos datos de sumo interés. Resulta que el dinero fue el producto de la venta de un negro de dieciséis años llamado Artiste, hermano mayor de las dos doncellas de tu abuela, Lucinda y Drusila. Las tres criaturas eran huérfanas cuando tu bisabuelo las compró a su vez en una subasta pública de Petersburg, Virginia, hacia 1850. Los tres negritos fueron traspasados a nombre de tu abuela, mediante la oportuna escritura. Las dos muchachas trabajaban y vivían en la casa, lo mismo que Artiste, el cual, sin embargo, era alquilado por distintas familias de la ciudad que lo empleaban en distintos trabajos.

Entonces sucedió algo desagradable, de lo que tu bisabuelo habla con mucho cuidado en su carta a mi madre. Al parecer, Artiste, que se hallaba en los primeros ardores sexuales de la adolescencia, cometió lo que tu bisabuelo llama en su carta un

«inadecuado atrevimiento» con una de las jóvenes beldades blancas de la ciudad. Esto, como era de esperar, causó un estremecimiento de amenazas y violencia que recorrió toda la comunidad, ante lo cual tu bisabuelo tomó la determinación que cualquiera en aquellos tiempos habría puesto en práctica. Sin pérdida de tiempo, se llevó a Artiste fuera de la ciudad, a New Bern, donde había un traficante de negros jóvenes destinados a trabajar en la extracción de trementina en los bosques de los alrededores de Brunswick, Georgia. Vendió a Artiste a dicho traficante por 800 dólares. Éste es el dinero que fue a parar al sótano de la vieja casa.

Pero la historia no termina aquí, hijo mío. Lo más conmovedor de la carta de tu bisabuelo es su relato de las aciagas consecuencias de este episodio, así como de los daños y remordimientos que tan a menudo se siguen, como he podido observar, de las historias sobre la esclavitud. Quizás hayas adivinado el resto. Resulta que Artiste no cometió tal «atrevimiento» con la muchacha blanca. La chica era una histérica que pronto acusó a otro negro del mismo delito y, al probarse que esta historia era falsa, la farsante perdió la serenidad y confesó que su acusación contra Artiste también había sido inventada. Podrás imaginarte la angustia de tu bisabuelo. En la carta de que te hablo, describe las pruebas de su culpa. No sólo cometió una de las acciones más imperdonables en un dueño de esclavos —disolver una familia—, sino que vendió a un inocente muchacho de dieciséis años al agotador infierno de los bosques de Georgia. Cuenta las indagaciones que hizo en Brunswick por correo y mediante mandaderos particulares, así como las ofertas que hizo para recuperar el muchacho a cualquier precio pero, por ser las comunicaciones de aquellos tiempos mucho más lentas y mucho menos seguras que las de ahora, y en la mayoría de casos inexistentes, Artiste jamás fue recuperado.

Descubrí los 800 dólares en el sitio exacto que él describió tan detalladamente a tu abuela. De muchacho, había apilado leña y amontonado manzanas a no más de quince centímetros del escondrijo. Las monedas, como puedes imaginarte, habían aumentado enormemente de valor con los años. Algunas de ellas se habían vuelto muy raras. Tuve ocasión de llevármelas a Richmond para que las examinara un tasador de monedas, un numismático, creo que lo llaman, y me ofreció algo más de 5.500 dólares, dinero que yo acepté puesto que este importe supone una ganancia del setecientos por ciento sobre el precio a que fue vendido el pobre Artiste. Esto representaría, en sí, una considerable suma de dinero pero, como sabes, las condiciones que tu abuela estipulaba en el testamento eran las de que el importe de ese oro debía repartirse por partes iguales entre todos sus nietos. Por lo tanto, las cosas podrían haberte ido mejor de lo que te han ido. A diferencia de mí mismo, que en esta era de superpoblación tuve la prudencia de engendrar un solo hijo, tus tías — mis hermanas, increíblemente dadas a la procreación — trajeron al mundo un total de once retoños, todos sanísimos y hambrientos, los pobres. Así que la parte que te corresponde del producto de la venta de Artiste equivaldrá a poco menos de 500 dólares. Te los enviaré por cheque certificado esta misma semana, según espero, o, a más tardar, tan pronto como quede ultimada esta operación...

Un abrazo de tu padre

Años más tarde pensé que si hubiera pagado mi diezmo, entregando a la NAACP (Asociación Nacional para el Progreso de las Personas de Color) una buena parte de lo que me tocó por la venta de *Artiste* en vez de guardarme el dinero, habría podido quedar absuelto de mi culpa, además de poder ofrecer pruebas de que pese a mi juventud me preocupaba por la situación de los negros hasta el punto de hacer un sacrificio. Pero al fin y al cabo, más bien me alegró de habérmelo embolsado por entero. Digo esto porque, al hacerse cada vez más disparatadas e insistentes las acusaciones de los negros a lo largo de los muchos años que me separan de aquel hecho, yo, como escritor —un escritor mentiroso, sin embargo—, había hecho redundar en mi provecho y ventaja las miserias de la esclavitud. Sucumbí a una especie de resignación masoquista; al pensar en *Artiste*, me decía a mí mismo: «¡Qué diablos!, el que fue un explotador racista será siempre un explotador racista. Además, en 1947, me hacían tanta falta 485 dólares como al más necesitado de los blancos, o como a un negro, como decíamos en aquellos tiempos».

Permanecí en el University Residence Club hasta que recibí el cheque de mi padre. Administrándolo bien, el dinero me duraría todo el verano. Pero ¿dónde viviría? El University Residence Club ya no me ofrecía esta posibilidad, ni física ni espiritual. Aquel lugar me había reducido a tal estado de absoluta impotencia que me encontré con que no podía siquiera entregarme a mis ocasionales diversiones autoeróticas, por lo que me vi limitado a la realización de ciertos trabajitos furtivos de bolsillo durante mis paseos de medianoche por Washington Square. Mi aislamiento era tan intensamente penoso que mi sensación de soledad rozaba lo patológico. Me daba perfecta cuenta de ello y pensaba que aún me sentiría más perdido si abandonaba Manhattan, donde al menos había algunas características del barrio y de las calles en que me había movido que me eran familiares y me servían de puntos de referencia que me ayudaban a sentirme en casa. Pero no podía permitirme los precios de Manhattan ni el alquiler del necesario aposento —hasta una simple habitación estaba por encima de mis medios—, lo que me obligó a buscar dónde albergarme leyendo los anuncios por palabras del periódico que ofrecían alojamiento en Brooklyn. Y así fue como, un hermoso día de junio, salí de la estación del tren conocido por BMT (Brooklyn-Manhattan Transit) con mi saco de marinero y mi maleta, respiré profundamente varias veces, llenándome los pulmones del intoxicante y fragante aire de Flatbush que tan bien olía con sus efluvios de escabeche, y caminé a lo largo de varias manzanas de casas bordeadas de verdeantes sicomoros hasta llegar al edificio de la señora Yetta Zimmerman, donde alquilaban cuartos para huéspedes.

La casa de la señora Zimmerman era tal vez, por su monocromía, el edificio más ingenuo de Brooklyn, si no de Nueva York. Era una casa de estuco y madera repartida de modo irregular, de un estilo indefinido perteneciente, me imaginé, a algún tiempo anterior o inmediatamente posterior a la Primera Guerra Mundial. Si no hubiese sido por su llamativo —y abrumador— color rosa, habría podido pasar inadvertida entre la vulgar homogeneidad de otras grandes viviendas de estilo inconcreto que rodeaban el Prospect Park. Desde las buhardillas y cúpulas del segundo piso, hasta la parte superior de las ventanas de la planta baja, la casa era de un implacable color rosa. Cuando la vi por primera vez, me recordó al instante la fachada de uno de aquellos castillos que aparecían

en último plano en la versión cinematográfica de la Metro-Goldwyn-Mayer de *El mago de Oz*. El interior también era de color rosa. Los suelos, las paredes, los techos e incluso la mayoría de los muebles de cada pasillo y de cada habitación también eran rosados, aunque variaban ligeramente de tono —debido a un pintado irregular—, desde un *rosé* de salmón fresco hasta un matiz más agresivo parecido al color acoralado de la goma de mascar hinchable; pero el rosa reinaba en todas partes, sin admitir la rivalidad de ningún otro color, de modo que, tras contemplar durante unos minutos mi posible habitación bajo la orgullosa mirada de la señora Zimmerman, primero me sentí divertido —era un aposento digno de Cupido que recordaba los femeninos gabinetes de las damas de otros tiempos, dentro del cual uno apenas podía contener la risa—, y después horrorosamente atrapado, como si me hallara en una tienda de golosinas de la cadena Barricini o en la sección infantil de los grandes almacenes Gimbels.

—Ya sé en qué está pensando —dijo la señora Zimmerman—: en el color rosa. Todos lo hacen. Pero es algo que fascina, que lo atrae a uno... Quiero decir que es un color bonito, realmente bonito. La mayoría de los inquilinos, en poco tiempo, prefieren el rosa a cualquier otro color.

Sin que yo le preguntara nada, añadió que a Sol, su marido —su último marido—, le había caído una ganga fantástica en forma de cientos de kilos de un excedente de pintura de la Armada...

—...de la que usaban para eso..., ¿sabe?

—¿Camuflaje? —dije al azar, a lo que ella respondió:

—Sí, eso es. No creo que la pintura rosa sirviera de gran cosa en esos barcos.

Añadió que Sol había pintado la casa él mismo. Yetta era rechoncha y expansiva, tendría unos sesenta años, y había en sus alegres facciones unos rasgos ligeramente mongólicos que le daban el aspecto de un Buda lleno de jovialidad.

Quedé convencido casi al instante. En primer lugar, el alojamiento era barato. Y después, rosa o no, la habitación de la planta baja que Yetta me enseñó era agradablemente espaciosa, aireada, soleada y limpia como una mancebía holandesa. Además, poseía el lujo de una cocinita y de un pequeño cuarto de baño privado en el que el retrete y la bañera destacaban, casi de modo discordante, sobre un fondo dominante de color menta. El uso privado que podía hacerse de todo aquello bastó para seducirme, pero había también un bidé, lo que daba al lugar un toque escabroso que, de forma irracional y electrizante, suscitó en mí nuevas posibilidades. También me encantó el resumen descriptivo que la señora Zimmerman me hizo de su establecimiento mientras me enseñaba la casa.

—Yo llamo a este lugar el Palacio de la Libertad de Yetta —decía a cada momento dándome un ligero codazo—. Nada me gusta tanto como ver disfrutar de la vida a mis inquilinos. Suelen ser gente joven, mis inquilinos, y me gusta ver cómo disfrutan de la vida. No es que no tenga mis normas, claro... —Levantó un rechoncho índice y se puso a enumerarlas en tono de sermón—. Regla número uno: apagar la radio después de las once de la noche. Regla número dos: cerrar todas las luces al salir de la habitación, pues no tengo por qué pagar más de la cuenta a la compañía eléctrica. Regla número tres: está terminantemente prohibido fumar en la cama; a quien encuentre fumando en la cama... a la calle. Mi último marido, Sol, tenía un primo que murió abrasado de esa manera, además de arderle toda la casa. Regla número cuatro: se pagará el correspondiente alquiler cada

semana, precisamente el viernes. ¡Y fin de las reglas! Todo lo demás tiene cabida en el Palacio de la Libertad de Yetta. Quiero decir que esta casa es un lugar para adultos. Entendámonos, esto no es un burdel, pero si quiere usted llevar una chica a su habitación de vez en cuando, llévela. Si se comporta usted como un caballero y no arma barullo, y siempre y cuando la saque de aquí a una hora razonable, Yetta no reñirá con usted por haber estado con una chica en su cuarto. Y lo mismo en lo que respecta a las señoritas que se alojan en mi casa, si su gusto es el de pasar un rato con un chico alguna que otra vez. Lo que es bueno para los patos es también bueno para las ocas, ¿no le parece?, y sepa que si hay algo que detesto es la hipocresía.

Esta extraordinaria manifestación de tolerancia —que yo sólo pude imaginar derivada de una singular apreciación de la *volupté* del Viejo Mundo— puso el sello final a mi decisión de trasladarme a la casa de Yetta Zimmerman, a pesar del problemático uso de la clase de libertad que se me había dado. «¿Dónde podría encontrar a la chica apropiada?», me pregunté. Me enfurecí de pronto contra mí mismo por mi falta de osadía, pero concluí que la licencia que me había concedido Yetta (pronto llegamos al nivel de llamarnos por nuestros nombres de pila) llevaba implícita la probabilidad de que este importante problema se solucionara por sí mismo. Aquellas paredes asalmonadas parecieron adquirir cierto brillo licencioso, lo que me hizo vibrar interiormente de placer. Y algunos días después pasaba a residir en aquel lugar, prometiéndome un verano de plena satisfacción carnal y de maduración filosófica en el que se cumpliría, además, la realización de la tarea creativa que desde hacía tanto tiempo me había propuesto llevar a cabo.

Mi primera mañana en el Palacio de la Libertad de Yetta, un sábado, me levanté tarde y caminé hasta una papelería de la avenida Flatbush, donde compré dos docenas de lápices Venus Velvet número 2, diez cuadernos de papel rayado amarillo y una maquinilla afiladora de lápices Boston que, con el permiso de Yetta, atornillé en el marco de la puerta de mi cuarto de baño. Entonces me senté en un rosado sillón de mimbre de respaldo recto ante un escritorio de roble, también pintado de color rosa, cuya madera de fibra gruesa y fuerte construcción me recordaba las mesas que usaban las maestras de enseñanza primaria de mi niñez, y, con un lápiz entre el pulgar y el índice, me encaré con la primera hoja de papel amarillo del cuaderno, cuya aridez ofendió mis ojos. ¡Qué debilitante e insultante resulta una página en blanco! Sin pizca de inspiración, me encontré con que nada manaba de mi imaginación y, aunque estuve allí sentado por espacio de media hora —y mi mente consiguiera a lo sumo tejer una maraña de ideas incompletas y nebulosos conceptos—, al ver mi estancamiento me negué a dejarme llevar por el pánico; al fin y al cabo, razoné, apenas si acababa de instalarme en un lugar cuyos extraños alrededores desconocía por completo. El mes de febrero anterior, durante mis primeros días en el University Residence Club, antes de comenzar a trabajar en McGraw-Hill, escribí una docena de hojas de lo que debía ser el prólogo de mi primera novela: la descripción de un viaje en tren hasta la pequeña ciudad de Virginia donde se desarrollaría la acción del libro. Aunque influido por el tono de los pasajes iniciales de *Todos los hombres del rey*, a pesar de emplear un ritmo semejante e incluso la misma segunda persona del singular para lograr el efecto, perseguido por el autor, de agarrar al lector por las solapas, y consciente de que mis párrafos eran como mínimo una imitación, sabía que una buena parte de ellos tenían

fuerza y frescura propias. Me sentía orgulloso de ello, era un buen comienzo; por esto los saqué ahora de su carpeta de papel manila y los releí, quizá, por nonagésima vez. Seguían gustándome y no veía la necesidad de cambiar siquiera una línea.

«¡Apártate, Warren, que aquí llega Stingo!», pensé. Volví a guardar las hojas de papel en la carpeta.

La hoja amarilla seguía impoluta. Me sentía nervioso, un poco lascivo, y para mantener el telón echado sobre el espectáculo de apariciones lujuriosas siempre prestas a resurgir en mi cerebro —que eran inofensivas, pero me distraían de mi trabajo—, me levanté y me puse a andar de un lado a otro de la habitación, que el sol bañaba de una excitante luz cárdena. Oí voces y pasos en la habitación de arriba —me había dado cuenta de que las paredes de aquella casa eran tan delgadas como el papel, y los techos poco menos—, lo que me hizo mirar al rosáceo techo. Comenzaba a detestar el omnipresente color rosa, y dudé seriamente de que llegase a gustarme, como había dicho Yetta. Por problemas de volumen y peso, sólo había traído conmigo los libros que consideré esenciales; su escaso número incluía el *American College Dictionary*, el *Roget's Thesaurus*, mi colección del *Drama griego completo* de John Donne, Oates y O'Neill, el *Manual Merck de diagnosis y terapia* (esencial para mi hipocondría), el *Libro de Oxford del verso inglés* y la Sagrada Biblia. Sabía que, poco a poco, iría formando mi biblioteca por temas. Entretanto echaba mano de lo que tenía, y, con el fin de estimular mi inspiración, me senté e intenté, leer a Marlowe, pero por alguna razón aquella airosa música no consiguió animarme como solía hacerlo.

Dejé el libro y me dirigí hacia el cuarto de baño, donde comencé a hacer inventario de las cosas que había puesto en el pequeño armario-botiquín. (Años después, quedaría fascinado al descubrir a un personaje de J. D. Salinger realizando la misma ceremonia, pero yo pido la prioridad.) Eso era para mí un ritual, profundamente enraizado en el terreno de inexplicables neurosis y urgencias materialistas por las que he pasado muchas veces, cuando la visión y la invención se me debilitan hasta llegar a una inercia total que me hace sentir el leer y el escribir como una fatigosa carga para el espíritu. Es una misteriosa necesidad de restablecer la relación táctil con las cosas corrientes. Uno a uno, con las puntas de los dedos, examiné los objetos que había dejado allí la noche anterior (en un pequeño armario de pared que, como todo, había sido presa de la demente y rosácea brocha de Sol Zimmerman): un bote de crema de afeitar Barbasol, un tubo de Alka-Seltzer, una maquinilla de afeitar Schick, dos tubos de pasta dentífrica Pepsodent, un cepillo de dientes del doctor West con cerdas de dureza normal, una botella de loción Royal Lyme para después del afeitado, un peine Kent, un paquete de hojas inyectables Schick, una caja de preservativos con «punta-receptáculo», un bote de champú anticaspas marca Breck, un tubo de hilo dental Rexall, un frasco de multivitaminas Squibb, una botella Astring-o-sol para enjuagarme la boca. Lo toqué todo con suavidad, examiné las etiquetas e incluso desenrosqué el tapón de la loción Royal Lyme para después del afeitado y olfateé su aroma de fruta cítrica, quedando considerablemente satisfecho de aquel examen higiénico-medicamentoso en el que invertí un minuto y medio. Cerré luego la puerta del armario y volví a mi escritorio.

Al sentarme levanté la mirada, y lo que vi a través de la ventana me hizo apreciar otro elemento que debía de haber influido en mi subconsciente y que sin duda me atrajo a

aquel lugar. Era una plácida vista del parque, de aquel rincón conocido como Parade Grounds. Los viejos arces y sicomoros que daban sombra a las aceras que lo rodeaban, y la luz del sol que salpicaba de brillantes manchas el prado ligeramente empinado de los Parade Grounds, conferían al panorama un encanto casi pastoral. Aquel sitio ofrecía un sorprendente contraste con otras partes del barrio más lejanas. Sólo unas cuantas manzanas más abajo, el tráfico de la avenida Flatbush podía compararse a un río turbulento. Era un lugar intensamente urbano, cacofónico, estrepitoso, pululante de nervios tensos y almas exasperadas; pero aquí, el verde arbóreo y la luz ligeramente empañada por el polen, la ausencia casi total de coches y camiones, el tranquilo caminar de las pocas personas que paseaban por los confines del parque, todo creaba la ilusión de un barrio periférico de una modesta ciudad sureña: Richmond, tal vez, o Chattanooga o Columbia. Sentía una fuerte punzada de nostalgia, y de pronto me pregunté qué diablos estaba haciendo allí, en aquel inimaginable Brooklyn, entre todos aquellos judíos, un lujurioso calvinista que no pinchaba ni cortaba.

Y a propósito... Me saqué del bolsillo un trozo de papel. Había casi garabateado en él los nombres de los otros seis inquilinos de la casa. Cada nombre y apellido había sido escrito por la ordenada Yetta en unas pequeñas tarjetas que ella misma había adherido sobre las puertas respectivas, y que yo había copiado a última hora de la noche anterior andando de puntillas por los pasillos sin otro motivo digno de mayor sospecha que el de mi rapaz curiosidad de costumbre. Cinco de los ocupantes se alojaban en el piso de arriba; el otro, en el cuarto que había frente al mío al otro lado del pasillo. Nathan Landau, Lillian Grossman, Morris Fink, Sophie Zawistowska, Astrid Weinstein, Moishe Muskatblit. Los nombres me gustaron sencillamente por su maravillosa y original variedad, después de los Cunninghams y Bradshaws con que me había criado. Me pregunté cuándo conocería a Landau y a Fink. Los tres nombres femeninos habían despertado en mí un intenso interés, en especial el de Astrid Weinstein, cuya habitación se encontraba fascinantemente próxima a la mía, al otro lado del pasillo. Estaba reflexionando sobre todo eso cuando, de repente, llegó hasta mí una conmoción —procedente de la habitación situada justo sobre mi cabeza— tan inmediata y lacerantemente identificable, tan instantáneamente reconocible para mis atormentados oídos, de naturaleza tan evidente, que evitaré, para definirla, los circunloquios que otros tiempos más perifrásticos habrían requerido y me tomaré la libertad de decir que aquello era el ruido, el griterío y el sonoro frenesí de dos personas jodiendo como dos furiosos animales salvajes.

Alarmado, miré al techo. La lámpara oscilaba con fuertes sacudidas como un títere movido por un hilo. Un polvo rosáceo se desprendía del revoque como cernido por un tamiz. Me temía que las cuatro patas de la cama aparecieran de un momento a otro a través del techo. Era terrorífico... No se trataba de la realización de un mero rito copulatorio, sino de un torneo, una batahola, una pelotera, un combate de lucha libre, el máximo ejemplo de desenfreno. Se expresaban en alguna forma de inglés, distorsionado con acento exótico, pero yo no necesitaba saber cuáles eran las palabras que empleaban. Las dos voces se fundían en una sola, gozosa, incitante, que lanzaba unas exhortaciones jamás oídas por mí. Y tampoco había oído nunca aquellas incitaciones a un mayor y mejor esfuerzo —a aflojar, a mantener la presión, a seguir determinada táctica, a aumentar la rapidez, la fuerza o la profundidad—, ni escuchado tales gritos de alegría al hacerse un

avance, ni semejantes gritos de desesperación por el terreno perdido, ni indicaciones tan estridentes sobre dónde situar la... pelota. Ni habría podido oírlo con mayor claridad si hubiese llevado unos auriculares especiales. Sí, se oía a la perfección y la duración del acto era verdaderamente heroica. La lucha se mantuvo aún por espacio de varios minutos, mientras yo, suspirando, hablaba conmigo mismo. Por fin, de repente, todo terminó; sólo oí cómo los participantes se iban a la ducha y hacían uso de ella. Me llegaron, a través del endeble techo, sus chapoteos y sus risas ahogadas; luego hubo lentas y suaves pisadas, más risas ahogadas, el chasquido de lo que parecía una juguetona palmada sobre un culo desnudo, y, como final, el arreatador y dulce latido del movimiento lento de la Cuarta Sinfonía de Beethoven procedente de un tocadiscos. Demencialmente aturrullado, fui hacia el botiquín y tomé una pastilla de Alka-Seltzer.

Poco después de volver a mi mesa, advertí que en la misma habitación tenía lugar una discusión cuya intensidad aumentaba por momentos. La tormenta se había presentado y había crecido con increíble rapidez. No podía oír las palabras, debido a algún caprichoso fenómeno acústico pero, por haber terminado el maratoniano acto venéreo, la acción llegaba a mis oídos con un detalle casi barroco. Lástima que lo que decían me resultara confuso e indistinto... De pronto, oí las pisadas de unos pies furiosos, el ruido de sillas apartadas con impaciencia, varios portazos y unas voces, cada vez más rabiosas, que difícilmente podía yo traducir en palabras comprensibles. Dominaba la voz del macho: un potente y furioso barítono que casi ahogaba al límpido Beethoven. En cambio, la voz de la hembra era quejumbrosa, defensiva, aunque chillona en algunos momentos, como temerosa, pero sumisa en general, con un cierto matiz suplicante. De repente, un objeto de cristal o porcelana —un cenicero o un vaso, no pude distinguir— se estrelló y se hizo pedazos contra una pared, y oí cómo las fuertes pisadas del hombre se dirigían hacia la puerta y cómo ésta se abría en el pasillo del piso superior. Entonces se oyó un tremendo portazo, y las pisadas masculinas resonaron hasta otro cuarto del segundo piso. Finalmente, después de veinte minutos de delirante actividad, la habitación escenario de la jarana quedó en lo que habría podido llamarse silencio provisional, un silencio sólo roto por el suave y desconsolado adagio procedente del tocadiscos, acompañado de los femeninos sollozos procedentes de la cama del cuarto de arriba.

No he sido nunca comilón, aunque me ha gustado elegir bien los platos; por eso nunca me siento a tomar el desayuno. No siendo tampoco un gran madrugador, prefiero esperar el placer del *brunch*, esa comida que suele hacerse a última hora de la mañana y que incluye desayuno y almuerzo. Después de la juerga que acabo de describir, me di cuenta de que el mediodía había quedado atrás y, al mismo tiempo, de que la fornicación y el zipizape a que había asistido de oído me habían dejado increíblemente hambriento, como si hubiese participado en todo lo que había tenido lugar allí arriba. Era tal mi apetito que había comenzado a salivar, e incluso a sentir un poco de mareo. Mi minúscula nevera y mi armario no contenían aún otras vituallas que Nescafé y cerveza, en vista de lo cual decidí salir a comer algo. Durante un anterior paseo por los alrededores, me había fijado en un restaurante que servía todo lo permitido por la religión judía. Era el Herzl's, situado en la avenida Church. Elegí aquel lugar porque nunca había tenido ocasión de probar el *echt*, es

decir, la auténtica cocina judía, y también porque... bueno, una vez en la avenida Flatbush, tal vez me decidiera por otro establecimiento. Así pues, no me preocupó que, por coincidir aquel día de la semana con el sabbat judío, el peculiar restaurante estuviera cerrado. Entré en otro —también judío pero presumiblemente no ortodoxo— llamado Sammy's, al que llegué después de caminar un buen trecho por la misma avenida. Pedí sopa de pollo con galletas sin levadura y luego el plato que allí llamaban *gefilte fish*, consistente en pescado relleno de huevos, miga de pan y carne de la misma clase de pescado, y para terminar unas tajadas de hígado (cosas que no podían serme más familiares después de mis amplias lecturas sobre las costumbres judías). Me sirvió un camarero de una insolencia tan monumental que pensé que su actitud era simple teatralidad para impresionarme. (A la sazón, yo aún no sabía que aquel grosero malhumor era un rasgo común a todos los camareros judíos.) Sin embargo, aquella actitud no me molestó en exceso. El lugar estaba atestado de gente, la mayor parte ya entrada en años; todos estaban ocupados con sus cucharas y sus platos de borscht, esa sopa de vegetales con judías rojas, y mascando patatas asadas. Y, sobre todo, mucho yiddish, un habla venerable que llenaba el aire húmedo y saturado de olores penetrantes con insondables guturales procedentes de un sinnúmero de gargantas medio obstruidas por el pollo y gargareantes en su grasa.

Me sentía curiosamente satisfecho, muy en mi elemento. «Disfruta del momento, Stingo», me dije. Como numerosos sureños de cierta ascendencia, reaccioné siempre afectuosamente ante los judíos, sobre todo hacia mi primer amor, Miriam Bookbinder —hija de un comerciante de efectos navales local—, que, ya a los seis años de edad, llevaba en sus hermosos ojos el misterio vagamente desconsolado e inescrutable de su raza; y más tarde experimenté una creciente empatía por las costumbres y tradiciones judías, que (estoy persuadido de ello) son principalmente accesibles para aquellos sureños que fueron machacados durante años y más años, con dureza de roca, por la angustiosa búsqueda de Abraham y Moisés, por los frenéticos hosannas de los salmistas, por las golosinas agridulces, por las portentosas historias y los seductores horrores comunes a la Biblia protestante y a la Biblia judía. Sin embargo, no quisiera caer en el lugar común de los que afirman que los judíos han encontrado una gran confraternidad entre los sureños blancos porque los blancos del Sur han poseído también un cordero inmolado, aunque más oscuro. En cualquier caso, sentado en Sammy's a la hora del almuerzo, me percaté de que me encantaba mi nuevo ambiente, así como de que —y no me sorprendí en absoluto de ello— un instintivo deseo de hallarme entre los judíos había sido, por lo menos en parte, el motivo de mi emigración a Brooklyn. Ciertamente, no habría podido hallarme a mayor profundidad del corazón de la judería en la mismísima Tel Aviv. Y, al dejar el restaurante, me confesé a mí mismo cierto agrado por el Menischewitz, que en realidad era un mal acompañante del *gefilte fish*, pero que tenía un almibarado parecido con el dulce vino moscatel que había conocido de niño en Virginia.

Mientras regresaba paseando a la casa de Yetta, me sentí de nuevo contrariado por lo que había sucedido en la habitación de arriba. Mi preocupación obedecía en gran manera, naturalmente, a mi egoísmo, porque sabía que si tales cosas seguían sucediendo con demasiada frecuencia, poco sería lo que dormiría y muy limitada iba a ser la paz de que disfrutara. Otra cosa que también me preocupaba eran las extrañas características del lance: la atlética alegría con que, de modo tan patente y exquisito, se había disfrutado del

amor, aunque luego éste se hubiese precipitado en la rabia, los sollozos y el descontento. Asimismo, lo que también me intrigaba era la cuestión de quién lo estuvo haciendo con quién. Me fastidiaba haberme visto llevado a este estado de lúbrica curiosidad, no haber trabado conocimiento con mis primeros coinquilinos simplemente con un «hola» y un sincero apretón de manos, en vez de verme sorprendido por un episodio de involuntario y acústico figoneo pornográfico protagonizado por dos extraños cuyas caras no había visto nunca. A pesar de la vida de fantasía que, como he contado, llevé hasta límites tan extremados durante *mi estancia en la metrópoli, no soy por naturaleza un entrometido*; pero la proximidad tan exagerada de los amantes —casi a punto de caerme literalmente sobre la cabeza— no me permitía seguir ignorando su identidad; debía conocerlos lo antes posible.

Mi problema quedó casi inmediatamente resuelto cuando vi al primero de los inquilinos de Yetta. Se hallaba de pie en el pasillo de la planta baja y estaba mirando el correo que el cartero había dejado en una mesa cerca de la entrada. Era un joven de unos veintiocho años, de amorfa gordura, hombros caídos y mirada huidiza; observé que su pelo era ensortijado y de color ladrillo, y que se movía con la brusquedad propia del indígena neoyorquino. Durante mis primeros días en la ciudad, consideré aquellas maneras tan innecesariamente hostiles que, más de una vez, me sentí empujado a algún acto próximo a la violencia, hasta que me di cuenta de que sólo se trataba de un aspecto del duro caparazón, semejante a la piel del armadillo, con que suelen rodearse los seres urbanos. Me presenté cortésmente:

—Mi nombre es Stingo —dije, mientras mi compañero de alojamiento repasaba los sobres y me dejaba oír, por toda contestación, su sonora respiración adenoidea.

Sentí como una llamarada en mi cogote, se me entumecieron los labios, y salí disparado hacia mi cuarto.

Entonces, le oí decir:

—¿Es tuyo, esto?

Y, al volverme, vi que sostenía una carta.

Por la letra del sobre, pude ver que era de mi padre.

—Gracias —murmuré encorajinado, cogiendo la carta.

—¿Te importa guardarme el sello? —dijo el pelirrojo—. Colecciono los conmemorativos.

Intentó mostrar algo parecido a una sonrisa; nada efusivo, sólo lo justo para que pudiese reconocerse como humano. Yo le respondí con un susurro mientras le dirigía una mirada vagamente amistosa.

— Me llamo Fink —dijo—, Morris Fink. Cuido de este lugar, más o menos, cuando Yetta está fuera, como en este fin de semana. Ha ido a Canarsie, a ver a su hija. —Señaló mi puerta con un movimiento de cabeza—. Veo que vives en el cráter.

—¿El cráter? —dije.

—Sí; yo estuve ahí hasta hace una semana. Al dejarlo, tú lo tomaste. Lo llamaba el cráter porque era como vivir en el cráter de una bomba, con toda aquella jodienda del piso de encima.

De súbito, se había establecido un vínculo entre Morris y yo. Desapareció mi tensión y dejé paso a una expresión de curiosidad:

—¿Cómo pudiste aguantarlo? Y, oye..., ¿se puede saber de quiénes se trata?

—La cosa no te molestará tanto si consigues que cambien la cama de sitio. Ya verás como, si lo hacen, apenas notarás el traqueteo. Se trata de que su cama quede sobre tu cuarto de baño. Yo conseguí que lo hicieran. Bueno, que lo hiciese él. Lo obligué a hacerlo aun tratándose del cuarto de ella. Insistí. Le dije que Yetta los echaría a los dos si no me hacía caso, y eso lo convenció. Me imagino que ahora ha vuelto a empujar la cama hacia la ventana. Dijo que allí se estaba más fresco. —Hizo una pausa para aceptar uno de los cigarrillos que le ofrecí—. Lo que debes hacer es pedirle que arrime de nuevo la cama a la pared.

—No puedo hacerlo —repliqué—. No puedo subir a decirle a ése, a un extraño, a decirle..., bueno, ya sabes lo que tendría que decirle. Sería muy embarazoso. No podría, palabra. ¿Y quiénes son, al fin y al cabo?

—Si quieres, se lo digo yo —me propuso Morris con un aire de seguridad que encontré simpático—. Haré que la cambie de nuevo. Yetta no puede pasarse el día vigilando si sus inquilinos se molestan entre sí. Ese Landau es un tipo duro de pelar, ya lo sé, y puede que me cueste un poco convencerlo, pero cambiará la cama de sitio, no te preocupes, te lo digo yo. No va a querer que lo echen de culo a la calle.

Así que era Nathan Landau, el primer nombre de mi lista, el gallo que la había armado; quedaba ahora por saber quién era su compañera de jaleo, pecado y confusión.

—¿Y la chica? —pregunté—. ¿La señorita Grossman?

—No. La Grossman es una puerca, va con todos. La de la bulla es la inquilina polaca, Sophie. Yo la llamo Sophie 2. No hay quien pueda pronunciar su apellido. Pero buenísima sí que lo está, esa Sophie.

Me di cuenta una vez más del silencio de la casa, de la extraña impresión que me dominaba de vez en cuando aquel verano desde que vivía lejos de las calles de la ciudad, en un lugar remoto, aislado, casi bucólico. En aquel momento, sólo oía los gritos de los niños que jugaban en el parque que empezaba en la acera de enfrente y el lento paso de un solo coche, cuyo inofensivo mido no permitía pensar en prisas. Simplemente, no podía creer que estuviera viviendo en Brooklyn.

—¿Dónde está ía gente de esta casa? —pregunté.

—Bueno, deja que te aclare una cosa —dijo Morris—. En este agujero, aparte quizá de Nathan, nadie tiene bastante dinero para hacer nada. Como ir a Nueva York a bailar en el Rainbow Room o permitirse cualquier otro lujo por el estilo. Pero eso sí, el sábado por la tarde todos se las piran. Van a algún lugar. Por ejemplo, la puerca de Grossman, que además no es cotilla, la tía... Pues, como decía, ésa se va a ver a su madre, que vive en Islip. Luego Astrid. Quiero decir Astrid Weinstein; se aloja ahí, frente a tu cuarto, al otro lado del vestíbulo. Es enfermera en el Kings County Hospital, lo mismo que la Grossman, pero ella no tiene nada de puerca. Una chica mona, aunque no para dejarte turulato. Corrientilla, ¿sabes? En realidad, una mosquita muerta. Pero de puerca, nada.

El corazón se me hundió.

—Sí, ¿y también va a ver a su madre? —dije con aire indiferente.

—Sí, hombre... También va a ver a su madre, sólo que a Nueva York. No sé por qué, pero estoy seguro de que no eres judío. Pues te diré algo sobre éstos: tienen que ir a ver a sus madres cada dos por tres. Una de sus manías.

—Sí, claro —contesté—. ¿Y los demás? ¿Adónde han ido?

—Muskatblit, ya lo verás, es enorme, y gordo, y estudia en una escuela rabínica. Moishe va a ver a su madre y a su padre, a algún lugar de Jersey. Lo que pasa es que no puede viajar durante el sabbat, y lo arregla marchándose el viernes por la noche. El cine lo tiene loco; así que el domingo se lo pasa en Nueva York de un cine a otro. Casi siempre va a cuatro o cinco. Y luego llega a las tantas de la noche, medio ciego de tanta película.

—Y, ah... ¿Sophie y Nathan? ¿Adonde van? ¿Hacen alguna otra cosa, además de...?

Estuve a punto de hacer un gesto que no dejara lugar a dudas sobre lo que quería decir, pero me detuve y cerré la boca un tanto perdido ante Morris, quien, con su locuacidad y su manera de informar tan libre y expresiva, había suplido entretanto mi falta de decisión y se disponía ya a seguir atiborrándome de datos.

—Nathan ha recibido toda una educación; es biólogo. Trabaja cerca de Borough Hall, en un laboratorio donde hacen medicinas, drogas y cosas de ésas. En cuanto a Sophie Z., no sé muy bien lo que hace. He oído que trabaja como recepcionista de un médico polaco que tiene un montón de pacientes polacos. Naturalmente, habla el polaco como una polaca. De todos modos, Nathan y Sophie son bichos de playa. Cuando hace buen tiempo, como ahora, van a Coney Island... A veces a Jones Beach. Y después vuelven aquí —se detuvo un momento e hizo un malicioso guiño—, a follar y a zumbarse. ¡Y cómo! Luego se van a cenar. Son grandes y buenos comedores. Ese Nathan gana una burrada de dinero, pero es un tío de lo más estrafalario. Un tipo rarísimo. Figúrate, tiene que ir al psiquiatra, según creo.

Alguien llamó a nuestro teléfono, y Morris dejó que sonara. Era un teléfono de pago sujeto a la pared; su repique me pareció excepcionalmente fuerte, pero más tarde supe que estaba graduado para que se oyera en toda la casa.

—Cuando no hay nadie por aquí, no contesto —dijo Morris—, No puedo soportar ese jodido teléfono, ni todos los recados que me dan por él. «¿Está Lillian? Soy su madre. Dígale que se olvidó el precioso regalo que le trajo el tío Bennie.» Bla, bla, bla... La repanocha, chico. O: «Soy el padre de Moishe Muskatblit. ¿Que no está? Pues dígale que su primo Max ha sido atropellado por un camión en Hackensack». Bla, bla, bla... y así todo el día. No hay quien soporte ese teléfono.

Dije a Morris que suponía que tendríamos ocasión de volver a vernos, y después de algunas bromas más volví a mi rosácea e infantil habitación y a la inquietud que había empezado a causarme. Me senté ante el escritorio. La primera hoja del cuaderno, con su vacío aún intimidante, me bostezó a la cara, como para dejarme ver una pizca de amarilla eternidad. ¿Cuándo llegaría a sentirme en condiciones de escribir una buena novela? Me puse a meditar, sin dejar de mascar uno de los lápices Venus Velvet. Luego abrí la carta de mi padre. Siempre esperaba esas cartas con placer anticipado, y me sentía dichoso de poder contar como consejero con aquel lord Chesterfield sureño que tanto me deleitaba con sus anticuadas disquisiciones sobre el orgullo, la avaricia y la ambición, sobre la intolerancia, la falsedad, los excesos venéreos y otros peligros y pecados mortales. Por sentencioso que pudiera mostrarse a veces, su tono no era nunca pomposo ni sermoneante, y yo saboreaba tanto la complejidad de pensamiento y sentimiento que reflejaban sus cartas como su simple elocuencia; siempre que terminaba de leer una de estas misivas, solía encontrarme muy cerca de las lágrimas, o a punto de estallar de risa, y en general me sentía inducido a releer ciertos pasajes de la Biblia, que era de donde

procedían las cadencias de la prosa de mi padre, así como mucha de su sabiduría. Esta vez, sin embargo, lo que atrajo mi atención fue un recorte de periódico que salió de entre los pliegues de la carta. Los titulares del recorte, que pertenecía a la gaceta local de Virginia, me pasmaron y horrorizaron de tal modo que perdí momentáneamente el aliento y mi campo visual se llenó de pequeños puntos luminosos.

Informaba de la noticia de la muerte por suicidio, a los veintidós años, de una hermosa muchacha de la que yo había estado enamorado, sin esperanzas de ser correspondido, durante algunos de los vacilantes años de mi adolescencia. Su nombre era María (que, según el modo de hablar del Sur, rimaba con «paria») Hunt, y fue tan febril mi apasionamiento por ella a los quince años, que ahora, en retrospectiva, parece un período de locura en pequeña escala... ¡María Hunt! ¡De qué modo el desaguisado de aquella desgraciada justificaba la demencial naturaleza de mi enamoramiento! Porque en la década de los cuarenta, mucho antes del amanecer de nuestra liberación, aún prevalecía la antigua caballerosidad, y las plásticas June Allysons de los sueños de cualquier muchacho eran semidiosas con las que uno podía alcanzar, a lo sumo, ciertas intimidades de tipo manual, aunque yo ni a eso llegué, pues, llevando mi abnegación a límites de locura, ni siquiera osé depositar un beso —como se decía entonces— sobre los labios cruelmente apetitosos de mi amada María. Por otra parte, no quiero dar con eso la calificación de platónicas a aquellas relaciones, porque en mi concepto de esta palabra hay un componente intelectual, y María no brillaba precisamente en este aspecto. A ello debe añadirse que, en aquellos tiempos de los cuarenta y ocho estados, cuando, en honor a la calidad de la cortesía pública, la Virginia de Harry Byrd se colocaba generalmente en el lugar número cuarenta y nueve de la lista —después de Arkansas, Misisipi e incluso Puerto Rico—, tal vez sea mejor dejar a la imaginación con el tono intelectual de un coloquio de dos quinceañeros. Nuestras conversaciones, corrientísimas, jamás fueron hendidas por esas grietas, por esos embarazosos momentos de silencio que suelen deberse a un exceso de actividad mental no expresada. Con todo, yo la adoraba con pasión, pero castamente; la adoraba por el inocente motivo de que su belleza era capaz de romperle a uno el corazón, y ahora descubría que había muerto. ¡María Hunt había muerto!

La llegada de la Segunda Guerra Mundial y mi implicación en ella fueron la causa de que María desapareciera paulatinamente de mi vida, aunque desde entonces volvió muchas veces a mis melancólicos pensamientos. Se había suicidado echándose por la ventana de un alto edificio, y quedé más que asombrado al enterarme de que esto había ocurrido hacía sólo unas semanas... en Manhattan. Más tarde supe que, en aquel momento, residía en la Sexta Avenida, a la vuelta de la esquina de donde yo me hospedaba. El hecho de que hubiéramos vivido durante meses en una zona urbana tan compacta como Greenwich Village sin siquiera habernos encontrado una sola vez era un signo de la inhumana vastedad de la ciudad de nuestros días. Con una pena tan intensa cercana al remordimiento, consideré si me hubiera sido posible salvarla, evitar que tomara tan terrible decisión, con sólo haber sabido que vivía en la ciudad y haber conocido su paradero aproximado. Tras leer el artículo una y otra vez, llegué muy cerca de un verdadero estado de perturbación mental, y me encontré gimiendo y lamentándome ante aquella despiadada historia de fatal desesperación juvenil. ¿Por qué lo hizo? Uno de los aspectos más conmovedores del caso era que el cuerpo de la muchacha, por complicadas y

oscuras razones, no se había podido identificar, pues había sido sepultado en la fosa común y no se había exhumado hasta varias semanas después para enterrarlo definitivamente en Virginia. Me sentía enfermo, trastornado por la horrorosa historia..., hasta el punto de que abandoné para el resto del día todo propósito de trabajar y, en el colmo del desánimo, busqué consuelo en la cerveza que había almacenado en la nevera. Más tarde, leí este pasaje de la carta de mi padre:

En cuanto al anexo de esta carta, querido hijo, he creído que naturalmente te interesaría, sobre todo teniendo en cuenta lo «encariñado» que estuviste de María Hunt hará cosa de seis o siete años. Solía recordar, divertido, aquellos tiempos en que te sonrojabas como un tomate a la sola mención de su nombre, pero ahora sólo puedo pensar en ello con la máxima aflicción. En vano nos preguntamos cuáles pudieron ser los designios del Señor en esta ocasión. Como ya debes de saber, María Hunt procedía de un hogar más bien trágico. Martin Hunt era un hombre casi alcohólico que estaba siempre sin trabajo y, respecto a Beatrice, creo que era una mujer infatigable y cruel en sus exigencias morales sobre la gente, especialmente, según me han dicho, con María. En cualquier caso, algo parece cierto: que eran muchas las culpas y la malquerencia que llenaban aquella casa. Sé que la noticia te afectará. Recuerdo que María era una muchacha de lozana belleza, lo que empeora esta triste circunstancia. Consuélate pensando en el hecho de que tal belleza estuvo algún tiempo entre nosotros...

Estuve pensando en María toda la tarde, hasta que las sombras se alargaron bajo los árboles que rodeaban el parque y los niños comenzaron a regresar a casa dejando desiertos y silenciosos los senderos que cruzaban los Parade Grounds en todas direcciones. Acabé por sentirme aturdido a causa de la cerveza. Tenía la boca seca y casi llagada de tanto fumar; me eché en la cama. Pronto caí en un profundo sueño, más invadido que de costumbre por las fantasías oníricas. Uno de los sueños me torturó hasta dejarme casi destrozado. Después de varias extravagancias sin sentido, de una espantosa pero corta pesadilla y de un drama de un solo acto expertamente construido, me acometió la alucinación erótica más brutal de cuantas hubiese experimentado. En un sereno prado iluminado por el sol, un aislado lugar rodeado de ondulantes robles, mi desaparecida María se hallaba de pie ante mí y, con el abandono de una prostituta, se desnudaba hasta quedar sin prenda alguna (ella, que jamás llegó a quitarse en mi presencia ni los calcetines...). Completamente desnuda, apetitosa como una manzana madura, con su pelo castaño cubriéndole parcialmente los cremosos pechos, deseable como nadie podría imaginarse, se acercó al sitio donde yo me encontraba, rígido como un palo, empezó a importunarme con palabras obscenamente agradables y libidinosas. «Stingo — murmuró—. Oh, Stingo, tómame.» Una tenue capa de transpiración cubría su piel como un afrodisíaco, y pequeñas gotas de sudor adornaban el oscuro pelo de su montecillo. Culebreó entonces hacia mí, cual una ninfa de húmeda boca y abiertos labios, se inclinó sobre mi vientre desnudo, canturreando sublimes obscenidades, dispuesta a tomar entre aquellos labios jamás besados por los míos el erecto mástil de mi pasión. Entonces, la película se atascó en el proyector. Desperté hecho una calamidad, presa de incontenible

desesperación, con la mirada fija en el rosáceo techo manchado por las sombras de la cercana noche... y dejé escapar un grito salvaje —más bien un aullido— lanzado desde la más honda cárcel de mi corazón.

Pero sentí enseguida que otro clavo venía a completar mi crucifixión: ya habían vuelto a empezar en el piso de arriba sobre el maldito colchón.

—¡Basta! —grité al techo, con los índices de mis manos hundidos en las orejas.

«¡Sophie y Nathan!», pensé. ¡Aquellos jodedores conejos judíos! Aun cuando habían amainado sus embates, mi oído me dijo que seguían en lo mismo. No era sin embargo el deporte desenfrenado de la vez anterior; no había gritos ni arias: sólo el chirrido de los muelles del colchón, rítmico, lacónico, medido, casi achacoso. No me bastó con que hubiesen suavizado el ritmo. Corrí —en realidad, volé— hacia la calle y me sumergí en la semioscuridad del anochecer. Sin ningún propósito definido, me puse a recorrer atolondradamente el perímetro del parque. Poco después, mi paso se hizo más lento, más reflexivo. Aún bajo los árboles, ahora paseando, comencé a preguntarme seriamente si no habría cometido una grave equivocación al trasladarme a Brooklyn. En realidad, no era mi ambiente. Había algo que, sutil e inexplicablemente, no andaba bien. Usando una expresión que había estado de moda algunos años antes, podía decir que la casa de Yetta emitía «malas vibraciones». Aún me duraba el estremecimiento que me había causado aquel despiadado y lúbrico sueño. Por su propia naturaleza, los sueños suelen ser difíciles de recordar, pero algunos quedan grabados para siempre en el cerebro. Por lo que a mí respecta, los sueños más memorables, los que lograron una realidad tan intensa como para hacer pensar que tenían raíces metafísicas, estuvieron siempre relacionados con la sexualidad o con la muerte. Como en el caso de María Hunt. Nunca ningún sueño me había producido tan duraderos temblores desde la mañana en que, casi ocho años atrás, poco después del entierro de mi madre —forcejeando por salir de las enmarañadas profundidades de una pesadilla—, soñé que miraba por la ventana de la habitación en la que en realidad me hallaba todavía durmiendo y veía, en medio del jardín de mi casa azotado por el viento y la lluvia, un satinado ataúd del que se destacó la cara de mi madre, encogida y destrozada por el cáncer, que se volvía hacia mí y me miraba con unos ojos saturados de indescriptible tortura.

Volví hacia la casa de Yetta. Pensé que lo mejor que podía hacer era regresar a ella, sentarme y contestar la carta de mi padre. Quería pedirle que me contara con detalle las circunstancias de la muerte de María, sin saber que en aquel momento mi subconsciente ya había comenzado a elaborar, con aquella muerte, lo que sería la idea germinal de la novela que tan lamentablemente estaba —es un decir— en suspenso sobre mi mesa de trabajo. Pero aquella noche no escribí ninguna carta. Porque, al llegar a la casa, conocí a Sophie en carne y hueso y quedé, si no instantáneamente, rápida e increíblemente enamorado de ella. Era un amor que, como tuve ocasión de ver en él transcurso de aquel verano, tenía muchas razones para pretender apoderarse de mi existencia. Pero he de confesar que, al principio, una de ellas era sin duda el lejano pero indiscutible parecido entre Sophie y María Hunt. Y lo que no he podido borrar aún de mi memoria (y que observé ya en el mismísimo momento en que la vi) no es tan sólo lo que yo habría podido

considerar, hasta cierto punto, como una réplica de la muchacha muerta, sino la desesperación que reflejaba su cara: la misma que debió de expresar el rostro de María, junto con las fatales sombras reveladoras de la persona que acabará por arrojarse de cabeza a la muerte.

Ya dentro de la casa, Sophie y Nathan se habían enzarzado en una discusión justo delante de la puerta de mi habitación. Oí con claridad sus voces en la noche estival, y los vi tan pronto como subí los escalones de la puerta principal.

—No pretendas que me trague eso, ¿me oyes? —oí que decía Nathan—. ¡Eres una farsante! ¡Eres una desgraciada, un pendón! ¡Sí, un pendón, eso es lo que eres!

—Tú también eres un pendón —oí que ella le replicaba—. Sí, un pendón, esto es lo que creo.

Sin embargo, no había agresividad en su tono.

—Yo no soy un pendón —rugió él—. No puedo ser un pendón, porque no soy una mujer, ¿lo entiendes, estúpida polaca? ¿Cuándo aprenderás a hablar como es debido? Yo podría ser un marica, o un macarra, pero no un pendón, chalada. No me vuelvas a llamar nunca eso, ¿me oyes? ¡Jamás!

—¡Tú me lo has llamado, a mí!

—Porque eso es lo que eres, estúpida... ¡Un pendón, además de una farsante, y una traidora! ¡Te abres de piernas ante el primer medicucho embaucador que te camela! ¡Maldita sea! —gritó con una voz llena de incontenible furor—. ¡Deja que me aparte de ti antes de que me dé por matarte, maldita puta! ¡Naciste puta y puta morirás!

—Escucha, Nathan... —oí su ruego.

Y, al cruzar la puerta de entrada a la casa, los vi a los dos, apretujados el uno contra el otro, distinguibles sólo por el oscuro relieve que formaban sobre el rosado fondo de la pared del pasillo, donde una bombilla de cuarenta vatios que colgaba del techo, casi oculta por una nube de mariposas nocturnas, convertía en claroscuro cuanto iluminaba. Nathan dominaba la escena por su altura y su fuerza: de anchas espaldas y poderosa mirada, coronado por una mata de pelo como la de los sioux, tenía el aspecto de un John Garfield, aunque más atenuado y más frenético, y también, como el bello rostro de Garfield, un rostro torcidamente agradable..., teóricamente agradable, diría yo, porque en aquel momento la cara de Nathan estaba ensombrecida por la pasión y la ira; era cualquier cosa menos agradable, con aquella expresión que sólo mostraba ansias de violencia. Llevaba un suéter de color claro y pantalones holgados, y parecía encontrarse cerca de la treintena. Tenía fuertemente agarrado el brazo de Sophie, y ella vacilaba ante su acometida como un capullo de rosa estremecido por la tormenta. Yo apenas si veía a Sophie bajo aquella luz tan lúgubre. Sólo podía distinguir su desgredada melena pajiza y un tercio de su cara, que sobresalía por detrás del hombro de Nathan: una temerosa ceja, un pequeño lunar, un ojo castaño y la amplia y bella prominencia de un pómulo eslavo por el que rodó una sola lágrima como una gota de mercurio.

Sophie había comenzado a lloriquear como una niña a la que hubiesen arrebatado algo.

—Nathan, debes escucharme, por favor —decía entre sollozos—. ¡Nathan! ¡Nathan! ¡Nathan! Siento haberte dicho eso.

Él rechazó su brazo con un movimiento brusco y se apartó de ella:

—Me causas una repugnancia in-fi-ni-ta —gritó—. Me das más que as-co. ¡Me voy de aquí para no matarte!

Dio media vuelta y se alejó.

—¡No te vayas, Nathan! —imploró Sophie con desesperación mientras alargaba ambas manos hacia él—. Te necesito, Nathan. Y tú me necesitas a mí. —Había algo de quejumbroso e infantil en su voz, que era débil de timbre, casi frágil, que se quebraba un poco en el registro ascendente y se hacía algo ronco en los tonos más bajos. El acento polaco daba un peculiar encanto a sus palabras o, pensé yo, se lo habría dado en circunstancias menos horribles—. ¡Por favor, Nathan, no te vayas! —gritó—. ¡Nos necesitamos el uno al otro! ¡No te vayas!

—¿Que nos necesitamos? —replicó Nathan, volviéndose hacia ella—. ¿Que yo te necesito a *tú* —Y entonces se puso a sacudir la mano que había extendido por completo hacia ella, mientras su voz se hacía más insegura y quejumbrosa—. Te necesito como una maldita e insufrible enfermedad. Como la peor que pueda existir. Te necesito como un caso de ántrax, ¿me oyes? ¡Como la triquinosis! Te necesito como un cálculo biliar. ¡Como la pelagra! ¡Como la encefalitis! ¡Como la enfermedad de Bright, rediablos! ¡Eres un carcinoma del jodido cerebro, eres una miserable puta! ¡Aaaaooooh-oh-oh! —Esto último fue un quejido vacilante de intensidad ascendente, un grito estremecedor en el que se mezclaba la furia y la lamentación de un modo que lo hacían casi litúrgico, algo parecido al canto fúnebre de un rabino iracundo—. Te necesito como la muerte —bramó con voz ahogada—. ¡Como la muerte!

Una vez más, Nathan se volvió y emprendió la marcha, y ella dijo de nuevo llorando:

—¡Por favor, Nathan, no te vayas! —Y luego—: Nathan, ¿adonde vas?

Ahora él se hallaba cerca de la puerta de la casa, apenas a dos pasos del umbral, donde yo me encontraba, irresoluto, sin saber si debía avanzar con disimulo hacia mi habitación o dar media vuelta y echar a correr.

—¿Que adonde voy? —gritó él—. Ahora mismo sabrás adonde voy... ¡Voy a tomar el primer metro que pase para irme a Forest Hills! Tomaré prestado el coche de mi padre y volveré aquí para cargar mis cosas en él. Y entonces desapareceré para siempre de este lugar. —De pronto, su voz disminuyó de intensidad, y su actitud se volvió más sosegada, casi normal, pero su tono se hizo dramático y furtivamente amenazador—. Después de eso, quizá mañana, ya te diré lo que haré. De momento, escribiré una carta certificada al servicio de inmigración. Les diré que no te dieron el visado que te correspondía. Les diré que debieran concederte un visado de prostituta si es que los conceden de esta clase. Si no, les diré que lo mejor que pueden hacer es volverte a embarcar para Polonia, porque aquí sólo te dedicas a alquilar el chocho al primer médico de Brooklyn con prisas chingadoras. ¡Vuelve a Cracovia, nena! —Ahogó una risotada de satisfacción—, ¡Ala, a Cracovia, nena!

Se volvió y se lanzó hacia la puerta. Al hacerlo, me rozó de frente, pero no llegó a chocar conmigo gracias al frenazo que dio y al giro que imprimió a su cuerpo. Yo no sabía si él pensaba que los había estado escuchando o no. Claramente falto de respiración, jadeando pesadamente, me lanzó una rápida mirada de arriba abajo. Tuve la sensación de que creía que los había estado escuchando. Considerando su estado emocional, me sorprendió el tono en que se dirigió a mí, pues aunque no podía llamarse afable, parecía al menos momentáneamente cortés, como si me hubiese excluido magnánimamente del

territorio de sus iras.

—Ah, tú eres el nuevo inquilino de que me habló Finie, ¿verdad? —consiguió decirme, entre jadeos.

Yo le contesté afirmativamente de la manera más breve y apagada posible.

— Eres del Sur, ¿no? —preguntó—. Morris me dijo que eras del Sur. Me dijo que te llamas Stingo. Yetta necesitaba un paleta sureño en su casa, para que hiciera juego con otros ejemplares que tenemos aquí. —Lanzó una sombría mirada hacia Sophie y luego me miró a mí para decir—: Lástima que no tengamos ocasión de conversar más ampliamente, pero el caso es que me voy... Me habría gustado tener una buena conversación contigo. —Aquí su tono cambió para volverse ligeramente siniestro, con una cortesía que no hacía sino afilar el más desnudo sarcasmo que yo hubiese oído desde hacía mucho tiempo—. Lo habríamos pasado muy bien charlando, tú y yo. Habríamos hablado de deportes. Me refiero a los deportes sureños. Como el linchamiento de negros, o morenos, como creo que los llamáis allí abajo. O de cultura. Podríamos haber hablado de la cultura sureña, y tal vez hubiéramos podido reunirnos todos aquí, en la querida casa de Yetta, para escuchar discos de todo aquello que cantan los patanes montañeses de aquellas tierras. Bueno, ya sabes a quiénes me refiero: Gene Autry, Roy Acuff y esa banda de portavoces de la cultura sureña clásica. —Me miró con mala cara todo el tiempo que estuvo hablando, pero ahora se abrió una sonrisa en su tenebrosa y alterada cara, y, casi antes de que yo lo advirtiera, ya había alargado la mano y cogido la mía para darle un buen apretón—. Sí, así habrían podido ir las cosas. Lástima... El bueno de Nathan tiene que marcharse. Quizá volvamos a vernos en otra vida, paleta sureño. ¡Hasta la vista, paleta sureño! ¡Hasta otra vida!

Y entonces, *antes de* que mis labios pudieran abrirse para protestar o contestar con una queja o insulto, Nathan dio la vuelta y tras haber bajado saltando los escalones de la entrada de la casa, se plantó en la acera, donde sus duros tacones de cuero dejaron oír un demoníaco clac-clac-clac que enseguida se alejó para desvanecerse bajo los ennegrecidos árboles, en dirección al metro.

Es bien sabido que los pequeños cataclismos —un accidente de coche, un ascensor atascado, un asalto violento presenciado por otras personas— pueden ser causa de una comunicatividad entre extraños que, en otras circunstancias, no sería natural. Después de que Nathan desapareciera en la noche, me acerqué a Sophie sin vacilar. No tenía idea de lo que le diría —sin duda, algunas torpes palabras de aliento—, pero fue ella quien habló primero, ocultando con sus manos crispadas un rostro cubierto de lágrimas:

—Es tan injusto conmigo... —dijo, entre sollozos—. ¡Y lo quiero tanto!

Cometí la vulgaridad a que suele recurrirse en el cine en casos semejantes, cuando el diálogo es un problema. Me saqué el pañuelo del bolsillo y se lo di en silencio. Ella lo tomó enseguida y se puso a secarse los ojos:

—Sí, ¡lo quiero tanto! —exclamó—. ¡Tanto! ¡Tanto! Sin él, moriré.

—Vamos, vamos... —dije, o algo igualmente desastroso.

Sus ojos me imploraban —a mí, a quien no había visto nunca— con la desesperada súplica de un preso ante el tribunal. «No soy una prostituta, señoría», parecía intentar decir. Yo me había quedado sin habla ante su candor y su apasionamiento.

—Es tan injusto conmigo... —repitió—. ¡Mira que decirme eso a mí! Es el único hombre con el que he hecho el amor en mi vida..., aparte de mi marido. ¡Pero mi marido

murió!

Y nuevos sollozos vinieron a sacudirla, y más lágrimas brotaron de sus ojos, convirtiendo mi pañuelo en una empapada esponja con iniciales. Su nariz, hinchada por el inflamatorio desconsuelo, y las rojizas manchas que las lágrimas habían dejado en su cara echaban a perder su extraordinaria belleza, pero no tanto como para que su hermosura en sí (incluyendo el lunar, felizmente situado, como un pequeño satélite, cerca del ojo izquierdo) me hiciera derretir en el acto: una clara sensación de licuefacción que no emanaba de la región cardíaca, sino, sorprendentemente, del estómago, el cual comenzó a agitarse como si protestara de un ayuno demasiado prolongado. Era tan fuerte mi deseo de rodearla con mis brazos, de darle consuelo, que mis ansias se habían convertido en un verdadero malestar pero, ay, una serie de inhibiciones de varia índole me tenía paralizado. Con todo, he de aclarar que me comportaría como un mentiroso si no confesara que, mientras tanto, mi mente fue forjando un plan de estricto autoprovecho que consistía, poco más o menos, si Dios me daba la suerte y las fuerzas necesarias, en recoger aquel rubio tesoro polaco y encargarme de él en sustitución de Nathan, aquel ingrato marrano que de manera tan injusta la había abandonado,

Entonces, una sensación de hormigueo en la parte más estrecha de la espalda me hizo sospechar que Nathan volvía a encontrarse detrás de nosotros, de pie sobre los escalones de la puerta de entrada. Me aparté de Sophie y disimulé como pude. Se las había arreglado para regresar con silencio fantasmal, y ahora nos estaba clavando su mirada a los dos con cara de muy pocos amigos, inclinándose hacia adelante con un brazo alargado hacia nosotros a través del marco de la puerta.

—Y otra cosa, puta, la última —dijo a Sophie—: los discos. Los álbumes de discos. El de Beethoven. El de Haendel. El de Mozart. Todos. Como no quiero tener que volverte a poner los ojos encima, toma los discos..., quiero decir que los saques de *tu* habitación y los pongas en la *mía*, sobre la silla de al lado de la puerta. El de Brahms ya te lo puedes quedar. Al fin y al cabo, te lo regaló Blackstock... Te lo quedas, ¿entendido? Los otros los quiero para mí. Asegúrate, pues, de que los dejas donde te he dicho. Si no lo haces, cuando vuelva para hacer las maletas te romperé los brazos, ¡los dos! —Tras una pausa, respiró hondo y susurró—: Te digo que te romperé los brazos, ¡palabra!

Esta vez se marchó definitivamente, dirigiéndose de nuevo a grandes zancadas hacia la acera y desapareciendo enseguida en la oscuridad.

Como no tenía, de momento, más lágrimas que verter, Sophie se fue sosegando:

—Gracias por su amabilidad —me dijo, suavemente, en el tono aturdido de quien ha llorado copiosa y largamente.

Alargó la mano y apretó en la *mía* el pañuelo, convertido en un guiñapo empapado.

Mientras hacía ese gesto, vi por primera vez el número que llevaba tatuado en la piel, bronceada por el sol, ligeramente pecosa, de su antebrazo: un número purpúreo, de cinco cifras por lo menos, demasiado pequeño para descifrarlo en aquella mortecina luz, pero grabado —pude verlo— con exactitud y pericia. Al disolvente amor que sentía en mi estómago, se añadió un repentino dolor, lo que me obligó a un movimiento involuntario e inexplicable (quizá poniendo por instinto las manos en lo que ocupaba mi mente en aquel instante) que me permitió coger suavemente su muñeca, con lo cual pude ver de más cerca el tatuaje. A pesar de todo, sabía que mi curiosidad podía resultar ofensiva, pero no pude

por menos de seguir adelante:

— ¿Dónde estuvo usted? —le pregunté.

Pronunció un nombre sibilante en polaco; comprendí, apenas, que era Oswiecim.

Entonces dijo:

—Estuve allí mucho tiempo. *Longtemps*. —Hizo una pausa—. *Vous voyez...* —Otra pausa—. ¿Habla usted francés? —dijo—. Mi inglés es muy malo.

—*Un peu*—contesté, exagerando mi soltura—, pero el francés que yo sé es un poco guarro.

Lo que quería decir que, a pesar de mi grosero alarde, eran muy pocas las palabras que podía decir en aquella lengua.

— ¿Guarro? ¿Qué es «guarro»?

—*Sale*, sucio —proseguí, atrevidamente.

— ¿Francés sucio? —dijo ella, con una ligera sonrisa. Después, queriendo saber si yo hablaba alemán, me preguntó—: *Sprechen Sie Deutsch?*

Frase que no provocó en mí siquiera un «Nein».

—Bah, no se preocupe —dije—, habla usted muy bien el inglés. —Luego, después de un momento de silencio, exclamé—: ¡Ese Nathan! No había visto nada parecido en mi vida. Sé que no es asunto mío, pero... ¡tiene que estar chiflado! ¿Cómo puede hablar de esa manera a quienquiera que sea? Yo creo que ha tenido usted suerte al librarse de él.

Ella cerró con fuerza los ojos y apretó los labios con expresión de dolor, como si resumiera en un momento todo lo que acababa de pasar:

—Nathan tiene razón en algunas cosas —susurró—, pero no en eso de que le fuera infiel. No me refiero a esto (siempre le he sido fiel), sino a otras cosas. Cuando decía que no me vestía bien, por ejemplo. O cuando decía que yo era un palo de gallinero porque no iba bien aseada. Entonces me llamaba puerca polaca y yo sabía que... sí, que lo merecía. O cuando me llevaba a aquellos bonitos restaurantes y yo siempre me *quedé* la...

Me interrogó con la mirada.

—Quedaba —dije. Sin exagerar, me veré obligado, de vez en cuando, a transcribir los deliciosos errores del inglés de Sophie. Su dominio del idioma era más que bueno y (según mi criterio, por lo menos) resultaba embellecido por sus pequeños tropiezos con los matorrales de la sintaxis o con los escollos de nuestros aviesos verbos irregulares—. Se quedaba ¿qué? —pregunté.

—Me quedaba la carta, la minuta o lista de platos, quiero decir. Solía quedármelas, me las guardaba en el bolso como recuerdo. Él decía que las cartas, sobre todo bien presentadas como aquéllas, cuestan dinero, y que lo que yo hacía era robar. En esto tenía razón, ¿sabe usted?

—Yo no creo que quedarse una carta de ésas sea un gran robo, por el amor de Dios —dije—. Sí, se lo repito, no es asunto mío, pero...

Claramente determinada a resistir mis intentos de ayudarla a recuperar el buen concepto de sí misma, me interrumpió diciendo:

—No, sé que lo que yo hacía no era correcto. Lo que él decía era cierto. Me comportaba mal en tantas cosas... Merezco que me haya dejado. Pero yo *nunca* le he sido infiel. ¡Nunca! Y ahora, sin él, ¡me moriré! ¿Qué puedo hacer? ¿Qué puedo hacer? —dijo—. Bueno, ahora he de subir a mi habitación.

Mientras Sophie subía la escalera tuve ocasión de contemplar a mis anchas su cuerpo, cubierto por un ajustado y sedoso vestido de verano. Era un hermoso cuerpo, con todas las prominencias, curvas, continuidades y simetrías necesarias para no defraudar al más exigente, pero había algo extraño en él; no era nada cuya ausencia pudiera notar la vista, y que desaparecía cuando se consideraba el cuerpo en su conjunto. Sí, era precisamente *aquello*, me daba perfecta cuenta. La extraña deficiencia se ponía de manifiesto al observar su piel. Poseía la enfermiza plasticidad, especialmente visible en la parte trasera de sus brazos, de las personas que han sufrido una extrema delgadez y cuya carne se encuentra todavía en las últimas fases de recuperación. Tuve también la impresión de que, bajo aquel saludable bronceado, permanecía la palidez de un cuerpo aún no recobrado por completo de una terrible crisis. Pero nada de eso disminuía cierta sexualidad maravillosamente despreocupada que tenía que ver, en aquel momento por lo menos, con la manera indiferente, pero sugestiva, de mover la pelvis y, con ésta, un trasero verdaderamente suntuoso. A pesar del hambre pasada, su nalgatorio estaba tan bien formado como la más fantástica de las peras que hubieran obtenido alguna vez el primer premio en un concurso de fruticultura; vibraba con mágica elocuencia y, desde aquel ángulo, excitaba de tal modo mis intimidades que, mentalmente, prometí a los orfanatos presbiterianos de Virginia una cuarta parte de mis futuras ganancias como escritor a cambio de tener entre mis manos ahuecadas —treinta segundos .bastarían— aquel estupendo culo, sin perder el compás. «Querido Stingo —me musité mientras ella seguía subiendo—, debe de haber algo parecido a la perversidad en esa obsesión que tienes por las partes posteriores.» Luego, al llegar a los últimos peldaños, se volvió, miró hacia abajo y me dedicó la más triste sonrisa que imaginarse pueda.

—Espero no haberle molestado con mis problemas —dijo—. Lo siento mucho. — Después se dirigió hacia su cuarto y añadió—: Buenas noches.

Aquella noche, me puse a leer a Aristófanes sentado en el único sillón confortable de mi habitación. Desde el lugar donde me hallaba podía ver, con la puerta medio abierta, parte del pasillo del piso superior. Hacia medianoche, vi cómo Sophie llevaba al cuarto de Nathan los álbumes de discos que éste le había ordenado que le devolviera. Cuando regresó, pude ver que todavía lloraba. ¿Cómo podía seguir de aquel modo? ¿Qué motivaba aquellas lágrimas? Luego puso una y otra vez en el tocadiscos el movimiento final de la Primera Sinfonía de Brahms, la que él, tan generosamente, le había permitido que guardara. Debía de ser el único álbum que le quedaba. Durante aquella larga velada, la misma música no cesó de filtrarse a través del techo con delgadez de papel: la señorial trompa de pistones que se mezclaba en mi cabeza con la flauta antifonal que, cual penetrante reclamo de pájaro —o pájara—, llenaba mi espíritu de una tristeza y una nostalgia que pocas veces había sentido con tanta intensidad. Pensé en el momento de la creación de aquella música. Era una música que, entre otras cosas, hablaba de una Europa de otros tiempos más tranquilos y pacíficos, bañada por el luminoso ocre de serenos atardeceres —llena de niñas con trenzas y delantal y niños corriendo tras el aro, de excursiones a los claros del Wiener Wald, el bosque vienés, y de fuerte cerveza bávara, de damas de Grenoble con sombrillas paseando al pie de los glaciares alpinos, de viajes en globo, de alegrías, de vertiginosos vales, de vino del Mosela, del propio Johannes Brahms, con su barba y su negro cigarro, creando sus titánicos acordes bajo las otoñales hayas sin

hojas del Hofgarten—, una Europa de dulzuras casi inconcebibles..., una Europa que Sophie, ahora sumergida en su dolor en el piso de arriba, nunca pudo haber conocido.

Cuando me acosté, aún sonaba la música. Y cada vez que uno de los rasposos discos de laca llegaba al final, y yo oía, en el intervalo que lo separaba del próximo, los inconsolables sollozos de Sophie, me agitaba y revolvía en mi lecho, preguntándome cómo era posible que un ser humano pudiese expresar tanto dolor. Me parecía casi increíble que Nathan pudiera inspirar aquella angustia. Pero estaba visto que así era, lo que me planteaba un problema. Porque, sintiéndome todavía resbalar, como he dicho, hacia ese estado enfermizo y muy vulnerable conocido por amor, ¿no era una locura pretender ganarme el afecto —y, más aún, aspirar a compartir la cama— de una mujer atada de modo tan exclusivo al recuerdo de otro amante? En realidad, mi actitud no era demasiado decorosa; se parecía mucho al asedio de una viuda que acabara de perder a su querido esposo. Por otra parte, Nathan me dejaba el camino libre, pero ¿no era una vana esperanza empeñarse en creer que podría llenar aquel vacío? Para empezar, tenía, lo recuerdo, muy poco dinero. Aunque hubiera conseguido romper la barrera, ¿cómo habría podido cortejar a aquella ex hambrienta con su afición a los restaurantes caros y a los discos costosos?

Por fin cesó la música, y ella cesó también en su llanto, pero después, el inquieto chirriar de los muelles de su colchón me hizo saber que se había acostado. Me quedé largo rato despierto, escuchando los leves ruidos nocturnos de Brooklyn (el lejano ladrido de un perro, el acercarse y el alejarse de un coche, un estallido de suave risa de un hombre y una mujer en la orilla del parque). Pensé en Virginia, en mi casa. Me venció el sueño, pero dormí mal; en realidad, caóticamente, encontrándome, una de las varias veces que desperté en la poco familiar oscuridad de aquel cuarto, muy cerca de una chusca penetración fálica —tras vencer el obstáculo de pliegues de ropa, dobladillos y montañas de húmedas sábanas— de mi desplazada almohada. Después volví a dormirme, pero sólo para despertarme sobresaltado poco antes del amanecer, en el silencio muerto de aquella hora, palpitante el corazón y con la mirada fija —una mirada fría como el mismo hielo— en mi techo, encima del cual dormía Sophie, dándome cuenta, con la cruel claridad de quien acaba de tener un sueño revelador, de que Sophie estaba predestinada a la peor suerte.

—¡Stingo! ¡Eh, Stingo! —oí, ya muy avanzada la mañana, una soleada mañana dominical de junio. Los gritos que habían interrumpido mi sueño procedían del otro lado de la puerta. Era la voz de Nathan, y luego la de Sophie—: ¡Stingo, despierta! ¡Despierta, Stingo! —Aunque tenía puesta la cadena de seguridad como todas las noches, la puerta no estaba cerrada, lo que me permitía ver, desde donde me hallaba echado, la radiante cara de Nathan y sus vivos ojos que me miraban a través de la ancha abertura que quedaba—. ¡Fuera de la cama! —dijo su voz—. ¡Vamos, ánimo, chaval! ¡Al ataque, chico! ¡Nos vamos a Coney Island! —Y, detrás de él, oí a Sophie que, como un aflautado eco de Nathan, repetía—: ¡Vamos, ánimo, chaval! ¡Al ataque, chico! —Su exhortación, que por cierto no contenía ningún *vous*, fue seguida de una argentina risa. Nathan se puso a sacudir la puerta y la cadena—. ¡Vamos, paleta sureño, al ataque! —dijo—. Supongo que no te vas a quedar ahí roncando como un perrazo de esos del Sur. —Su voz adquirió el almibarado y sintético tono del más profundo Dixieland; mis oídos, aunque medio dormidos, pero perceptivos, como los de un drogado, notaban la habilidad con que imitaba aquel acento—. Anda, nenito, sacude ya tus perezosos huesecitos —dijo, arrastrando las palabras como un recién llegado del Sur—. Y ponte el trajecito de baño. Nos lo vamos a pasar que ni en la Pompeya esa yendo en el coche a la playita de allá abajo y disfrutando de la monumental panzada que nos vamos a dar.

La cosa no me hizo reír —hablando sin exagerar—, ni mucho menos. Sus sarcasmos de la tarde anterior y, en general, los malos tratos dados a Sophie, habían trascendido a mis sueños durante toda la noche disfrazados de varias maneras y con la máscara de diferentes alusiones, y despertarse ahora para contemplar de nuevo aquella cara urbana de mediados de siglo entonando aquellas seudopacíficas y zalameras efusiones era, simplemente, mucho más de lo que podía tolerar.

—¡Fuera de aquí! —grité—. ¡Dejadme tranquilo!

Traté de darle a Nathan con la puerta en las narices, pero había puesto un firme pie en la abertura.

—¡Fuera! —volví a gritar—. Se necesita ser un caradura como tú para hacer estas cosas. ¡Quita ya tu maldito pie de la puerta y déjame tranquilo de una vez!

—Stingo, *Stingo*—dijo la voz aún con arrulladoras cadencias, pero empleando de nuevo el estilo brooklyniano—. Stingo, no te lo tomes así. No quise ofenderte, chico. Vamos, abre. Tomemos un café juntos y seamos buenos amigos.

—¡Yo no quiero ser amigo tuyo! —le aullé a Nathan.

El esfuerzo me causó un ataque de tos. Medio asfixiado por las mucosidades y el hollín producidos por tres veintenas diarias de Camels, era un milagro que aquello no me sucediera más a menudo, y yo mismo me sorprendía de la normalidad de mi coherencia. Cuando me volví hacia dentro, embarazado por el espasmódico ruido que hacía, comencé a sentir otra sorpresa, y no poco disgusto —que se fueron concretando en mi mente a medida que se me calmó el acceso—, motivados por el hecho de que el abominable Nathan se había materializado, como un genio del mal, al lado de Sophie, y de que además parecía

haber recuperado el mando. Por espacio de un minuto, o tal vez más, jadeé y me estremecí en las angustias de un espasmo pulmonar, teniendo que sufrir entretanto, por añadidura, la humillación de que Nathan se erigiera en genio de la medicina a mis expensas:

—Eso es tos de fumador, paleta sureño, y no de las leves. También tienes la cara macilenta y ojerosa de los viciosos de la nicotina. Mírame un momento, paleta sureño; mírame directamente a los ojos.

Yo le clavé la mirada, a través de unas pupilas que se cerraban por momentos, nubladas por la rabia y la aversión.

—No me llames... —comencé, pero mis palabras fueron interrumpidas por otro ataque de tos.

—Macilento, ésta es la palabra —prosiguió Nathan—. Lástima... Un chico de tan buen ver... El aspecto macilento proviene de la lenta y progresiva privación de oxígeno. Deberías dejar de fumar, paleta sureño. El tabaco causa el cáncer de pulmón. Y también es malo para el corazón.

(En 1947, puede recordarse, los efectos verdaderamente perniciosos sobre la salud provocados por el tabaco apenas si eran sospechados siquiera por los médicos, y las advertencias sobre sus posibles daños erosivos, si alguna vez llegaban a pronunciarse, eran recibidas por los sofisticados con burlón escepticismo. Era un cuento de viejas de la misma categoría que cuando a mí me decían que la masturbación causaba acné, verrugas, o la locura. Por esto, aunque la observación de Nathan era doblemente irritante en aquel tiempo, porque sumaba, según pensaba yo, la imbecilidad con la más clara malevolencia, me doy cuenta ahora de lo terriblemente acertada que resultaba en realidad, de lo típica que era de la inteligencia excéntrica, necia, atormentada, pero profundamente afilada y magistral, que yo también tuve que conocer y sostener, lo que me acarreó más de un reproche. Quince años después, mientras estaba luchando con éxito contra mi afición a los cigarrillos, recordaría la amonestación de Nathan —y, por alguna razón, especialmente la palabra «macilento»— como una voz que me advirtiera desde la tumba. Sin embargo, en aquel momento, las palabras de Nathan sonaban como una invitación al homicidio.)

—¡No me llames paleta sureño! —grité, recuperando la voz—. Soy un Phi Beta Kappa de la Duke University. No tengo por qué aguantar tus puercos insultos. ¡Saca el pie de la puerta y déjame tranquilo! —Me esforcé en vano por echar aquel pie fuera de la abertura—. Y no necesito consejos de pacotilla sobre el consumo de cigarrillos —me desgañité a través de las mucosidades de mi inflamada laringe.

Entonces, Nathan experimentó una notable transformación. Su tono se hizo de pronto justificativo, civilizado, casi contrito:

—Lo siento, Stingo —dijo—. Lo siento de veras. No quería herir tus sentimientos. Me perdonas, ¿verdad? No volveré a usar esa expresión. Sophie y yo sólo queríamos aprovechar este hermoso día de sol para darte una cariñosa bienvenida.

Aquel rápido cambio era realmente emocionante. Podría haberme hecho creer que había variado de actitud sólo para entregarse a otra forma de sarcasmo, pero mi instinto me decía que era sincero. De hecho, tuve la sensación de que había reaccionado con excesivo sentimiento, como suelen hacer a veces las personas cuando, después de azuzar demasiado a un niño sin pensar en las consecuencias, se dan cuenta de que le han causado verdadera congoja. Pero yo no iba a moverme de allí.

—¡Largo de aquí! —dije fría y firmemente—. Quiero estar solo.

—Lo siento mucho, amigo, de veras. Sólo quería bromear un poco llamándote así. No era mi intención ofenderte, palabra.

—Es cierto, Nathan no quería ofenderte —dijo Sophie cadenciosamente. Se había apartado de detrás de Nathan de modo que podía verla con claridad. Y algo en ella inflamó de nuevo mi corazón. A diferencia del lamentable aspecto que ofrecía la noche anterior, se la veía ahora contenta y animada a causa del milagroso retorno de Nathan. Casi se podía sentir físicamente su felicidad: irradiaba de su cuerpo en forma de pequeños destellos y vibraciones; se notaba en el brillo de sus ojos, en la vida de sus labios y en la expresión de triunfo que desprendían sus mejillas, como si se hubiese dado colorete. Aun en mi desastroso estado, después de la horrible noche que había pasado, aquella felicidad, junto con el incitante atractivo de su cara radiante, era algo que yo encontraba sumamente seductor, aunque no irresistible—. Por favor, Stingo —suplicó—. Nathan no quería ofenderte, ni herir tus sentimientos. Sólo queríamos hacer las paces y llevarte a disfrutar de este hermoso día de verano. Por favor... Te lo ruego, ¡ven con nosotros!

Nathan cedió —noté que su pie se retiraba de la abertura de la puerta— y yo también lo hice, aunque no sin una fuerte punzada moral al ver que tomaba de súbito a Sophie y se ponía a hocicarle la mejilla. Con el perezoso apetito de un ternero que husmease la sal del lamedero, le pasó su prominente nariz por la cara, lo que le hizo emitir una alegre risita, y cuando él, siguiendo su maniobra, le dio un golpecito rápido y ligero en el lóbulo de la oreja con la sonrosada punta de su lengua, ella dejó escapar, electrizada, la más fiel imitación de ronroneo gatuno que yo hubiera presenciado u oído nunca. Era una escena increíble: sólo hacía unas horas, Nathan le habría rebanado el cuello.

Luego, Sophie volvió a insistir en sus ruegos de que los acompañara. Yo, indefenso ante aquella reiteración, mascullé, por fin, resentido:

—Bueno, de acuerdo. —Pero cuando estaba ya soltando la cadena, cambié de parecer—. Espera —dije a Nathan—, me debes una explicación.

—Ya te la he dado —contestó. Su voz era respetuosa—. Te he dicho que nunca volvería a llamarte paleta sureño.

—No hablo de eso —repliqué—. Me refiero a lo del linchamiento y las demás idioteces que soltaste. Sobre el Sur. Es un insulto. Supongamos que te digo que quien tenga un apellido como Landau no puede ser otra cosa que un gordo y miserable usurero de nariz aguileña siempre a punto de engañar a los confiados gentiles. Te pondrías como una fiera. Como puedes ver, esos vituperios funcionan en ambas direcciones. Me debes otra disculpa.

Advertí que mi tono era demasiado pomposo, pero no di mi brazo a torcer.

—Muy bien, también me disculpo por eso —dijo de buen humor y afectuosamente—. Me doy cuenta de que no debí hablarte de aquel modo. Bueno, ¿lo olvidamos? Te pido perdón con toda mi buena fe.

Y también quiero que sepas que hablamos en serio al decirte que queremos que salgas hoy con nosotros. ¿Qué? ¿Lo dejamos así? Todavía es temprano. ¿Por qué no te arreglas y te vistes tranquilamente y luego subes al cuarto de Sophie? Encontrarás café, cerveza o lo que sea. Después nos iremos a Coney Island. Comeremos en un gran restaurante que conozco a base de pescado y mariscos y luego nos iremos a la playa. Tengo

allí a un buen amigo que hace unas horas extra los domingos como socorrista. Nos permite estar en una zona acotada de la playa, donde nadie puede echarle arena a la cara con los pies. Vienes, ¿no?

Dejando ver todavía mi enfurruñamiento, dije:

—Me lo pensaré.

—Vamos, sé buen chico y di que sí —insistió ella.

—Bueno, iré con vosotros —dije, y añadí con tibieza—: Gracias.

Mientras me afeitaba y me acicalaba no paré de pensar, desconcertado, en el increíble sesgo que habían tomado las cosas. ¿A qué tortuoso motivo, me preguntaba, se debía el gesto de Nathan? ¿Acaso Sophie lo había impelido a aquel acto de cordialidad para compensarla de lo mal que la había tratado la noche anterior? ¿O simplemente se proponía obtener algo que ocultaba? Conocía lo suficiente Nueva York y a su gente como para dar crédito a la idea de que Nathan podía ser un trapisondista que se hubiese empeñado en conseguir de mí algo tan vulgar y corriente como el dinero. (Eso me movió a comprobar si tenía bien guardados los cuatrocientos dólares y pico que había colocado secretamente en el fondo del armario-botiquín, en una caja que hubiera debido contener vendas de gasa Johnson & Johnson. Mi tesoro, en billetes de diez y veinte dólares, estaba intacto, y como otras veces su contemplación me hizo susurrar un pequeño canto fúnebre, y de agradecimiento, a mi espectral benefactor Artiste, que desde hacía años se estaba reduciendo a polvo allá abajo, en Georgia.) Aunque esta sospecha no parecía tener fundamento, sobre todo teniendo en cuenta la observación de Morris Fink sobre la buena situación económica de Nathan. Sin embargo, todas estas posibilidades bullían en mi cabeza mientras me disponía, con cierto recelo, a reunirme con Nathan y Sophie. Y mi conciencia me decía que lo que debía hacer era quedarme a trabajar, a tratar de alimentar con algunas palabras aquella bostezante y amarilla hoja aún vacía, aunque fuese con algunas frases anodinas elegidas al azar. Pero Sophie y Nathan habían puesto un estrecho cerco a mi imaginación. Una cosa me intrigaba de veras: la hociqueante distensión que se observaba entre los dos, aquella tierna paz restablecida pocas horas después de la más espeluznante trifulca de enamorados que hubiese podido imaginarme desde mi puesto de espectador de óperas italianas de cuarta categoría. Entonces consideré la posibilidad de que estuvieran locos o de que, como Paolo y Francesca, fueran unos marginados que compartieran algún terrible estado de perdición.

Morris Fink se mostró tan comunicativo como siempre, aunque no particularmente iluminador, cuando coincidí con él en el pasillo al salir de mi habitación. Mientras nos entregábamos a un preámbulo de banalidades, oí por primera vez el tañido de una campana de iglesia, lejano pero inconfundible, procedente de la avenida Flatbush o de sus alrededores. Me conmovió al traerme reminiscencias de los domingos del Sur, pero me desanimé un poco al pensar que las sinagogas no tenían campanarios. Por un momento cerré los ojos, mientras el repiqueteo decrecía hasta reducirse al silencio, y pensé en la familiar iglesia de ladrillo en una población costera, en la piedad y el silencio del sabbat, en el rebaño de ovejitas cristianas dirigiéndose al tabernáculo presbiteriano con sus libros de historia hebrea y catecismos judíos. Cuando volví a la realidad, Morris me estaba explicando:

—No, no es ninguna sinagoga. Es el templo de la iglesia reformada holandesa, en el

cruce de las avenidas Church y Flatbush. Sólo hacen sonar las campanas los domingos. A veces voy por allí, cuando ya han empezado el servicio. O a la escuela dominical. Sacudiendo sus cabezotas, cantan *Jesús me ama* y otras burradas por el estilo. Esas tías de la iglesia reformada holandesa son algo serio. Muchas de ellas parecen necesitar con urgencia, por la pinta que tienen, una transfusión de sangre... O una inyección de carne caliente. —Dejó escapar un impúdico bufido—. De todos modos, el cementerio es bonito, no creas. En verano, se está allí muy fresquito. Algunos de esos salvajes chavales judíos van allí por la noche sólo para hacer guarradas.

—Sí, claro, en Brooklyn hay de todo un poco, ¿verdad? —dije.

—Sí, y todas las religiones. Y gente de toda clase. Judíos, irlandeses, italianos, holandeses de esos de la iglesia reformada, negros... Desde que terminó la guerra, vienen muchos morenos. Williamsburg. Brownsville. Bedford-Stuyvesant. Son los sitios adonde se trasladan mayormente. Malditos monos... Así es como yo los llamo. Chico, odio a los negros. ¡Asquerosos monos! ¡Aaaa-gh!

Dio un respingo y, enseñando los dientes, hizo algo que interpreté como una mueca simiesca. Justo en aquel instante, los regios acordes de la *Música acuática* de Haendel, saliendo triunfantes de la habitación de Sophie, inundaban toda la escalera. Y, también desde arriba, me llegó, muy atenuada, la risa de Nathan.

—Tengo entendido que ya conoces a Sophie y a Nathan —dijo Morris.

Admití que sí, que los había conocido, por así decirlo.

—¿Qué te parece Nathan? ¿No te joroba, el tío? —Una súbita luz apareció en los ojos sin brillo de Morris, al tiempo que su voz se hacía conspiratoria—. ¿Sabes qué creo que es? Un golem, eso es lo que es. Una especie de golem.

—¿Un golem? —dije—. ¿Y qué diablos es un golem?

—Verás... no sé explicártelo con exactitud. Es un... eso judío. ¿Cómo se llama...? No es exactamente de tipo religioso; es más bien un monstruo. Es una invención, como Frankenstein, ¿sabes?, sólo que lo inventó un rabino. Está hecho de barro o de alguna mierda por el estilo, aunque parece un ser humano. Pero lo que pasa es que tú no puedes controlarlo. Quiero decir que no puedes programarlo y que, pese a comportarse como un ser humano normal, en el fondo es un jodido monstruo desbocado. Y a veces lo demuestra. Es lo que quiero decir de Nathan. Actúa como un maldito golem.

Con una vaga sensación de reconocimiento, pedí a Morris que acabara de aclararme su teoría.

—Bueno, esta misma mañana a primera hora, ¿sabes?, cuando tú aún dormías, supongo, voy y veo a Sophie que entra en el cuarto de Nathan. El mío está frente al suyo, al otro lado del pasillo, y puedo ver todo lo que pasa. Son las siete y media o las ocho. Naturalmente, oí la disputa de anoche y, por lo tanto, sé que Nathan se ha ido. Y, ahora, a ver si adivinas qué veo después. Pues esto es lo que veo: a Sophie llorando, no muy fuerte, pero todavía llorando, que se asoma por la puerta. Entonces, sale y se mete en el cuarto de Nathan dejando la puerta abierta; y se echa. Pero ¿sabes dónde se echa? ¿En la cama? ¡Qué va! ¡En el jodido suelo! Se echa en el suelo en camisón, pero no tal cual, sino con el camisón remangado, como si fuera un bebé. Me quedo mirándola un rato; tal vez diez, o quince minutos..., sólo pensando, claro está, en la chaladura que representa yacer así en el suelo de la habitación de Nathan, y entonces, de golpe y porrazo, oigo llegar un coche en

la calle, que luego se para; miro por la ventana y veo *que es Nathan*. ¿No lo oíste cuando entró? Hizo un estrépito de mil demonios con sus pisadas, sus portazos, y hablando consigo mismo.

—No, no lo oí. Estaba profundamente dormido —respondí—. Al parecer, mi problema acústico, ahí en el cráter, es puramente vertical. Todos los ruidos me llegan de arriba. No oigo absolutamente nada del resto de la casa, a Dios gracias.

—Como sea, Nathan sube las escaleras y va hacia su cuarto. Atraviesa la puerta y se encuentra a Sophie remangada y echada en el suelo. Él, con una zancada, pasa por encima de ella (que está despierta), y verás lo que le dice. Le dice: «¡Fuera de aquí, puta!». Sophie no dice nada, sólo llora, creo, allí echada, y entonces Nathan le dice: «Saca el culo de aquí, puta, que me voy», pero Sophie sigue sin decir esta boca es mía, si bien ahora empiezo a oír su llanto; llora y llora..., y entonces Nathan va y dice: «Contaré hasta tres, puta, y si cuando acabe de hacerlo aún no te has levantado y no te has apartado de mi vista, te patearé el culo hasta el año que viene por estas fechas». Y entonces cuenta hasta tres y ella no se mueve y entonces él se arrodilla y empieza a abofetearle la cara.

—¿Mientras está aún allí, echada?

—Sí, y siguió dándole de bofetadas. Y no flojas, no... En plena cara: una bofetada, y otra y otra, y otra...

—¿Y tú no hiciste nada? —le pregunté.

—Pues... Por si no lo sabías, he de decirte que físicamente soy un cobarde. Además, yo mido un metro sesenta y cinco, mientras que Nathan... ya sabes qué clase de tiazos es. Y aún te diré otra cosa. Sí, decidí llamar a la policía. Sophie empezaba a zollipar; aquellos sopapos en la cara debían de doler lo suyo. Por esto tomé la decisión de bajar aquí y llamar a la policía por teléfono. Yo no llevaba nada encima; no me pongo nada para dormir. Así que abrí mi armario con la intención de ponerme el albornoz y las zapatillas..., intentando ir deprisa, ¿sabes? Aquel bestia podía llegar a matarla. Sólo me entretuve un momento dentro del cuarto, cosa de un minuto, no creas... Es que no encontraba las malditas zapatillas. Entonces, cuando volví a la puerta..., ¿sabes qué?

—No puedo imaginármelo.

—Ahora las cosas han dado la vuelta. Todo está al revés, ¿comprendes? Ahora Sophie está sentada en el suelo con las piernas cruzadas, y Nathan como si dijéramos agachado, hacia adelante, con la cabeza hundida entre las piernas de ella. Eh, no quiero decir que le esté dando una lamida. Nada de eso. ¡El tío está llorando! Tiene la cara metida allá abajo y llora como un crío. Y ella no para, mientras tanto, de acariciarle el pelo y de decirle, muy bajito: «Bueno, hombre, bueno...», y luego oigo a Nathan que dice: «¡Dios mío! ¿Cómo he podido hacerte tanto daño?», y cosas por el estilo. Después: «Te quiero, Sophie, te quiero», y ella que vuelve a decir: «Bueno, hombre, bueno», y sale de su boca algo así como un cloqueo, y él, con su nariz en la entrepierna de ella, llora que te llora y venga repetir: «Te quiero, Sophie, te quiero». Qué asco... Por poco echo la primera papilla.

—Y después, ¿qué?

—No pude aguantarlo más. Cuando acabaron este rollo y se levantaron del suelo, salí, compré un diario de esos del domingo y me fui al parque, donde estuve leyendo cosa de una hora. No quise tener nada que ver con ninguno de los dos. Después de todo, ¿sabes lo que te digo? Te digo que... —Hizo una pausa y sus ojos me interrogaron,

malhumorados, esperando de mí alguna interpretación de aquella perversa mascarada. Como yo no tenía ninguna, Morris, decisivamente, dijo—: Es un golem. ¿Está claro? Un maldito golem.

Seguí mi camino, escaleras arriba, agitado mi espíritu como un negro y borrascoso mar de encontradas emociones. Volví a decirme a mí mismo que no podía enredar mi vida con la de aquellos morbosos personajes. A pesar del impacto que Sophie había producido en mi imaginación, y a despecho de mi soledad, estaba seguro de que buscar la amistad de ambos habría sido una verdadera temeridad. Pensaba así no sólo por el miedo a verme absorbido hacia el epicentro de una relación tan volátil y destructiva, sino porque debía enfrentarme con el hecho de que yo, Stingo, tenía otras cosas que hacer. Había venido ostensiblemente a Brooklyn «para escribir con mis entrañas», tal como dijo el bueno de Farrell, no para interpretar el desgraciado papel de comparsa en un torturado melodrama. En resumidas cuentas: les diría que no quería ir con ellos a Coney Island. Después los empujaría fuera de mi vida cortés y suavemente, dejando bien claro que yo era un ser solitario cuyo espíritu ansiaba tranquilidad, por lo que no debía molestárseme, en ningún momento.

Llamé con los nudillos y entré en el momento en que el último disco cesaba de tocar, cuando la gran barcaza con sus jubilosas trompetas desaparecía tras una curva del Támesis. La habitación de Sophie me chocó enseguida, de modo favorable, claro. Aunque sé muy bien cuándo una cosa ofende a la vista, nunca he tenido mucho sentido del «gusto» ni de la decoración; sin embargo, podía decir que Sophie había logrado triunfar, en cierto modo, sobre el inagotable e invencible color rosa. En vez de dejarse intimidar por lo rosáceo, había reaccionado contra el avasallador matiz llenando la habitación de colores complementarios como el naranja, el verde y el rojo (una encarnada estantería para libros aquí, un cubrecama albaricoqueño allá). Era así como había vencido a la omnipresente y pueril tonalidad. Estuve a punto de echarme a reír ante la alegría y la gracia con que había roto la monotonía de la pintura de camuflaje de la Armada. Y también había flores. En todas partes: narcisos, tulipanes y gladiolos. Brotaban de pequeños jarrones colocados sobre las mesillas y las repisas de la pared. Dominaba allí la fragancia de flores recién cortadas, y, a pesar de su abundancia, no daban al lugar la apariencia de habitación de un enfermo, sino más bien un ambiente de fiesta muy en consonancia con la alegría que respiraba el resto de la estancia.

Entonces, de pronto me di cuenta de que Sophie y Nathan habían desaparecido de mi vista. Mientras me preguntaba sorprendido dónde estarían, oí una risa ahogada y vi que se movía levemente un biombo que ocultaba un rincón del cuarto. Repentinamente, Sophie y Nathan salieron de detrás de él cogidos de la mano, con estudiadas e idénticas sonrisas de cómicos de variedades, y se pusieron a bailar una especie de pasodoble. Llevaban los más encantadores vestidos que hubiera visto jamás. En realidad parecían disfraces, pues eran muy anticuados. El de él era un traje de franela gris rayado de blanco y con americana cruzada: el mismo modelo que el príncipe de Gales había puesto de moda quince años antes; el de ella se componía de una falda de raso plisada de color ciruela de la misma época, una chaqueta de marinero y una boina que le caía sobre los ojos. Sin embargo, en aquellas reliquias no había nada que delatara su procedencia de una tienda de prendas de segunda mano o de baja categoría; se veía claramente que eran caras y que

les sentaban demasiado bien para que no fueran a medida. Yo me sentí desolado con las mangas remangadas de mi camisa Arrow y mis holgados pantalones de estilo indefinido.

—No te preocupes —dijo Nathan unos minutos después, mientras cogía una botella de cerveza de la nevera y Sophie preparaba queso y tostadas—. No te preocupes por las ropas que llevas. El hecho de que nos vistamos así no es razón para que tú te sientas incómodo. Es más bien una chifladura nuestra. —Yo me había dejado caer agradablemente en un sillón, sin ganas de poner en práctica mi decisión de dar fin a nuestra breve relación. Es casi imposible explicar lo que causó aquel giro en mis propósitos. Sospecho que fue una combinación de diversos factores. Lo bien que se estaba en aquella habitación, lo grotesco e inesperado de aquellos vestidos, la cerveza, el afecto que Nathan me demostraba y su evidente deseo de enmendarse y darme cumplida satisfacción... y los calamitosos efectos de Sophie en mi corazón. Todo esto había anulado mi fuerza de voluntad. Volvía a estar a merced de sus designios—. Para nosotros es un capricho y un pasatiempo —siguió explicando por encima, o a través, de un límpido Vivaldi mientras Sophie estaba atareada con su cocinita—. Hoy vamos vestidos como en los primeros años treinta. También tenemos vestidos de primeros de siglo, de los tiempos de la Primera Guerra Mundial, de los alegres años veinte, y aun de antes. Naturalmente, sólo nos vestimos de esta manera en domingo u otros días de fiesta y únicamente cuando vamos juntos.

—¿Y no os mira la gente? —pregunté—. ¿Y no os resulta muy caro?

—Sí que nos miran —dijo—. Esto forma parte de la diversión. A veces, cuando nos ponemos nuestros vestidos de los alegres años veinte, por ejemplo, causamos gran sensación. En cuanto a su precio, no son mucho más caros que las ropas corrientes. En la calle Fulton, hay un sastre que nos hace lo que queremos con tal que le describamos bien los modelos.

Asentí complacido. Aunque quizás un poco exhibicionista, todo aquello me parecía una diversión lícita e inofensiva. Ciertamente, con el buen parecido de ambos, realzado por el contraste entre las facciones ligeramente fuliginosas de él —propias de los oriundos del Mediterráneo oriental— y el pálido esplendor de ella, Sophie y Nathan formaban una pareja de aspecto agradable en todos los sentidos.

—La idea fue de Sophie —siguió explicando Nathan—. Una idea muy acertada. La gente es gris, monótona, pardusca, por la calle. Todos se ven iguales, andando de un lado a otro de uniforme. Los vestidos de esta clase tienen carácter. Estilo. Por esto nos divierte ver cómo nos mira la gente. —Hizo una pausa para llenarme el vaso de cerveza—. El vestido es importante. Forma parte del ser humano. Es un elemento de satisfacción estética, tanto para uno mismo como para los demás. Aunque esto es secundario.

Estaba visto que aquella iniciativa lo abarcaba casi todo. El vestido. La belleza. El ser humano. Qué forma de hablar para un hombre que, hacía sólo unas horas, había voceado tantas palabras salvajes... y que, si podía darse crédito a Morris, había ultrajado horriblemente a aquella dulce criatura que ahora, vestida como Ginger Rogers en una vieja película, se afanaba en los preparativos del pisco-labis que íbamos a tomar. Pero en aquel momento Nathan no podía ser más simpático ni afectuoso. Y yo, completamente relajado, con la agradable efervescencia de la cerveza extendiéndose ya hasta mis extremidades, convine conmigo mismo que lo que mi coinquilino decía tenía su mérito. Después de la horrorosa uniformidad en el vestir que trajo la posguerra, especialmente en una ratonera

para hombres como McGraw-Hill, ¿qué mejor aliciente para la vista que un poco de pintoresquismo y excentricidad? De nuevo (hablo con la ventaja a mi favor de poder juzgar a posteriori), Nathan se enredaba en improbables augurios sobre el mundo de mañana.

—Mírala, chico —dijo—, ¿no es estupenda? ¿Has visto alguna vez una muñeca como ésta? ¡Eh, muñeca, ven aquí!

—Estoy ocupada, ¿no lo ves? —dijo Sophie sin parar en su ajetreo—. Estoy preparando el *fromage*.

—¡Oye! —Y dio un silbido capaz de desgarrar cualquier tímpano—. ¡Eh, ven aquí! —Me hizo un guiño y me dijo—: No puedo apartar mis manos de ella.

Sophie fue hacia él y se sentó de golpe en sus rodillas.

—Dame un beso —dijo Nathan.

—Uno y basta —contestó ella, y lo besó ligeramente en un extremo de la boca—. ¡Ya está! Un beso es todo lo que mereces.

Mientras ella se retorció sobre las rodillas de Nathan, éste le mordisqueó la oreja y le oprimió la cintura, lo que hizo encender su rostro de un modo tan visible que yo habría jurado que él le había apretado un botón para dar paso a algún tipo de corriente.

—No puedo apartar mis manos de ti...i...i —susurró él.

Como a tantos otros, me llenan de embarazo las exhibiciones públicas de afecto —o de hostilidad, en las mismas circunstancias—, especialmente cuando soy el único espectador. Bebí, pues, un largo trago de cerveza, y miré hacia otro lado..., hacia la enorme cama, con su colcha de color albaricoque, donde mis flamantes amigos se habían entregado a la mayoría de sus expansiones y que, cual monstruoso artificio, había sido la causa de la mayor parte de mis más recientes molestias. No sé si un renovado ataque de tos me traicionó o si, como sospecho, Sophie se dio cuenta de mi aturullamiento, pero lo cierto es que ella se levantó de un salto de las rodillas de Nathan, diciendo:

—¡Basta! ¡Basta ya, Nathan Landau! Ya está bien de besos.

—Vamos... —se quejó él—. Sólo uno. El último.

—No, ni uno más —dijo dulcemente, pero con firmeza—. Anda, tomemos ya este poco de *fromage*, luego, al metro y a comer a Coney Island.

—Eres una tramposa —dijo él con voz juguetona—. Eres una calentapollas. Eres peor que cualquiera de las pelanduscas que han pisado Brooklyn alguna vez. —Se volvió hacia mí y me miró con fingida seriedad—. ¿Qué te parece esto, Stingo? Aquí me tienes, casi en la treintena. Me enamoro locamente de una *shiksa* polaca, y ella guarda su dulce tesoro tan estrechamente cerrado como la pequeña Shirley Mirmelstein, a la que intenté beneficiarme durante cinco años enteros. ¿Qué te parece esto?

Me hizo otro guiño.

—¡Qué desastre! —improvisé un tono jocoso—. Esto es una forma de sadismo.

Aunque estoy seguro de que guardé la compostura, la revelación que acababa de hacérseme me sorprendió enormemente: ¡Sophie no era judía! En realidad, tanto me daba que lo fuese como que no, pero aun así el hecho me desconcertó, y no podía negar que había cierta preocupación y un deje negativo en mi reacción. Como Gulliver entre los *hounyhnhnms*, me había creído un personaje único en aquel enorme barrio semítico y, simplemente, me chocó que en la casa de Yetta se alojara otro gentil. Así que Sophie era

una *shiksa*. «Bueno; punto en boca», pensé, sin dejar traslucir mi sorpresa.

Sophie puso delante de nosotros un plato con cuadritos de tostada sobre los que había derretido pequeños trozos de un dorado queso parecido al de Cheddar. Con la cerveza, sabían deliciosamente. El ambiente de convivencia de nuestra pequeña reunión, junto con la alcohólica suavidad que dominaba en ella, comenzó a animarme. Me sentí como un perro cazador que acabara de salir de la oscuridad de la fría espesura boscosa y se encontrase de pronto en medio del calor del sol de mediodía.

—Cuando conocí a ésta —dijo Nathan mientras ella se sentaba sobre la alfombra y, gozosamente, se apoyaba en la pierna de él—, no era más que huesos, harapos y una escasa madeja de pelo. Y eso fue un año después de que los rusos liberaran el campo de concentración donde ella se encontraba. ¿Cuánto pesabas, nena?

—Treinta y ocho. Treinta y ocho kilos.

—Unas ochenta y cinco libras. ¿Te imaginas? Era un espectro.

—Y ahora, ¿cuánto pesas, Sophie? —pregunté.

—Cincuenta kilos justos.

—Ciento diez libras —tradujo Nathan—, lo que todavía es poco para su complejión y estatura. Debiera pesar ciento diecisiete, pero ya las va alcanzando..., ya las va alcanzando. Dentro de poco, la habremos convertido en una de esas bellas y gordezuelas chicas norteamericanas rellenas de leche. —Con cariñosa indolencia, pasó el dedo por los pajizos mechones que sobresalían por debajo de su boína—. Sí, chico, era un espectro cuando me la llevé. Toma, bebe un poco de cerveza, nena, que te hará engordar.

—Estaba hecha una verdadera ruina —dijo Sophie, con un tono que quería ser alegre—. Parecía una bruja vieja..., o más bien eso..., eso que espanta a los pájaros. Sí, un espantapájaros. Casi no tenía cabellos y me dolían continuamente las piernas. Tenía el *scorbut*...

—El escorbuto —aclaró Nathan—. Quiere decir que tuvo el escorbuto, que por suerte le fue curado tan pronto como los rusos pasaron a encargarse de aquella pobre gente...

—*Le scorbut*..., quiero decir el escorbuto; eso es lo que tuve. ¡Y se me caían los dientes! Y tuve el tifus. Y la escarlatina. Y anemia. Todo. Era una ruina completa. —Había recitado la letanía de enfermedades sin dar muestras de autocompasión; al contrario, se había expresado con cierta viveza infantil, como si estuviera diciendo los nombres de una serie de animales domésticos—. Pero entonces conocí a Nathan y se puso a cuidarme.

—Teóricamente estuvo a salvo tan pronto como el campo de concentración fue liberado —explicó Nathan—. Es decir, tuvo la seguridad de que sobreviviría. Pero luego pasó mucho tiempo en un campo de desplazados. Había miles de seres allí, decenas de miles, y no se disponía siquiera de los recursos médicos necesarios para remediar todo el daño que los nazis les habían hecho. De modo que el año pasado, cuando Sophie llegó aquí, a Norteamérica, seguía afectada por un grave, muy grave, caso de anemia. Lo sabía muy bien.

—¿Cómo lo sabías? —pregunté, con verdadero interés por su competencia al respecto.

Nathan se explicó con brevedad y coherencia, y con una sincera modestia que me pareció encantadora. No era que él fuese médico, dijo. En realidad era graduado en ciencias por Harvard, en la especialidad de biología celular y del crecimiento. Eran sus

logros en este campo lo que le había permitido ser contratado como investigador por la Pfizer, una firma con sede en Brooklyn considerada como una de las mayores empresas farmacéuticas del país. Por lo tanto, sus antecedentes culturales y profesionales, pensé yo, eran irreprochables. No pretendía poseer extensos o complejos conocimientos médicos, y no solía aventurar, frente al profano, diagnósticos de enfermedades actuando como un aficionado; sin embargo, sus estudios y experiencia le daban una autoridad superior a la común en cuanto al reconocimiento de las irregularidades y dolencias del cuerpo humano, por lo que la primera vez que puso los ojos en Sophie («esta monada», murmuró con preocupada suavidad, retorciendo un mechón de su pelo) dedujo, muy acertadamente según luego se confirmó, que su aspecto demacrado obedecía a una anemia por deficiencia de hierro.

—La llevé a un médico, un amigo de mi hermano, que enseña en la Columbia Presbyterian. Está especializado en enfermedades de la nutrición. —Cierta tono de orgullo, no del todo desagradable por manifestarse junto con un tranquilo aire de autoridad, se coló en la voz de Nathan—. Me dijo que tenía razón, que había dado en el blanco. Una deficiencia crítica de hierro. Pusimos a esta monada bajo un tratamiento basado en dosis masivas de sulfato de hierro y comenzó a florecer como una rosa. —Se detuvo y bajó los ojos para mirarla—. Sí, una rosa. Una hermosa rosa. —Se pasó ligeramente los dedos por los labios y los llevó luego a la frente de ella, pasándole así su beso—. Eres estupenda —murmuró—, no hay ninguna como tú.

Ella volvió la cabeza hacia arriba para mirarlo. Estaba increíblemente hermosa, pero parecía algo cansada y un poco ojerosa. Pensé en la orgía de sufrimiento de la noche anterior. Acarició con suavidad la muñeca de Nathan, en la que se transparentaban varias venas azules.

—Gracias, *monsieur* jefe de investigación de la compañía Charles Pfizer —dijo. Por alguna razón no pude por menos de pensar: «Dios mío, querida Sophie, cuánta necesidad tienes de un profesor particular que mejore tu manera de dialogar»—. Y gracias también por *causarme* de florecer como una rosa —añadió al cabo de un momento.

De pronto, me di cuenta de que Sophie repetía, como un eco, la dicción de Nathan. Claro, él era su profesor empeñado en mejorar su manera de hablar, hecho que se me hizo enseguida más evidente al observar cómo corregía los detalles de sus frases como un meticuloso profesor de las escuelas Berlitz:

—No «de florecer» —le explicó—, sólo «florecer». Esta preposición no se usa delante del verbo en este caso. Debes acostumbrarte a estas diferencias, y a usar tu instinto.

—¿Instinto? —preguntó ella,

—Debes usar el oído para desarrollar un instinto. Puedes decir, volviéndonos a referir a la misma frase, «hacerme florecer», pero no «*causarme* florecer» y, menos aún, «*causarme* de florecer». Son peculiaridades de nuestra lengua que irás captando con el tiempo —le acarició el lóbulo de la oreja—, con esas orejitas tan monas que tienes.

—¿Qué modo de hablar tenéis! —exclamó Sophie y, con fingida preocupación, crispó su mano sobre la propia frente—. Demasiadas palabras. Fijaos, por ejemplo, en las muchas palabras que hay para decir *rapidité*. Me refiero a «rapidez». «Velocidad.» «Celeridad.» ¡Todo significa lo mismo! ¡Qué barbaridad!

—«Ligereza» —añadí.

—¿Y qué tal «presteza»? —dijo Nathan.

— «Diligencia» —sugerí.

—Y «prontitud» —dijo Nathan—, aunque es un poco forzado.

—¡«Aprisa»! —apuré yo.

—¡Basta! —dijo Sophie, riendo—. ¡Es demasiado! ¡Vuestra lengua tiene demasiadas palabras! En francés la cosa no puede ser más simple: se dice *vite* y ya está.

—Qué... ¿Un poco más de cerveza? —me invitó Nathan—. Terminaremos esta botella y luego nos iremos a Coney Island.

Observé que Nathan bebía poquísimo, a pesar de que era muy generoso conmigo, casi abrumadoramente, manteniendo mi vaso lleno de Budweiser con una atención constante. En cuanto a mí, he de confesar que, durante aquel breve tiempo, había comenzado a alcanzar tan alto nivel de hormigueante euforia que me costaba bastante controlarla. Era una exaltación sublime, como si estuviera colmado del sol de verano; me sentía animado, mantenido a flote por unos brazos fraternales que me amparaban y sostenían estrechándome entre ellos con compasivo amor. Claro que, a decir verdad, una buena parte de lo que me dominaba en aquel momento era la prosaica garra del alcohol. El resto se componía de una mezcla de elementos que comprendían lo que —en aquella época tan fuertemente cargada de términos psicoanalíticos— yo habría acabado por reconocer como una manifestación de la *gestalt* o psicología de la forma: la sensación de óptimo bienestar causada por aquel soleado día de junio, la extática pompa de la sesión informal del señor Haendel navegando por las aguas del río, y el ambiente de fiesta que se respiraba en aquella pequeña habitación, por cuyas ventanas abiertas entraba la fragancia de brotes primaverales que penetraban en mí como una inefable promesa de certidumbre que sólo recuerdo haber experimentado una o dos veces después de los veintidós años —o, digamos, veinticinco—, cuando la carrera que yo me había trazado parecía ser tan a menudo la consecuencia de una chifladura digna de compasión.

Con todo, mi alegría manaba de alguna fuente que yo no había conocido desde que me hallaba en Nueva York y que creía perdida para siempre (la camaradería, la familiaridad, las buenas horas pasadas entre amigos). Ya hacía tiempo que notaba que el frágil aislamiento en que me había escudado voluntariamente se estaba desmoronando por completo. Había tenido una gran suerte, pensaba, al conocer a Sophie y a Nathan —aquellos nuevos compañeros tan cariñosos, inteligentes y animados—, y me sentía tentado de alargar los brazos y estrecharlos contra mi pecho a los dos juntos, movido (al menos en aquel momento, a pesar de mi desesperada pasión por ella) por el más cariñoso, fraternal y limpio de los impulsos. «Querido Stingo —me murmuré a mí mismo, sonriendo bobamente a Sophie, pero brindando por mí con la espumosa cerveza—, has vuelto a la tierra de la vida.»

—*Salut!*, Stingo —dijo Sophie para corresponder a mi gesto, dando a mi vaso un golpecito con el que Nathan acababa de empujar hacia ella.

La grave y deliciosa sonrisa que Sophie me dedicó —unos dientes brillantes en medio de un rostro feliz y sin otro maquillaje que la limpieza, pero todavía marcado por las sombras de las privaciones—, me emocionó tan profundamente que dejé escapar un sonido, involuntario y sofocado, de satisfacción. Me encontraba muy cerca de la salvación total.

Sin embargo, tenía la impresión de que, por debajo de mi excelente estado de ánimo, algo no andaba bien. La terrible escena que había tenido lugar la noche anterior entre Nathan y Sophie habría debido advertirme que nuestra amistosa aproximación, con su ambiente de camaradería, sus risas y sus notas de intimidad, apenas si correspondía al estado de difícil equilibrio que existía entre ellos dos. Pero soy una persona que se deja desorientar con demasiada frecuencia por la mascarada exterior; tengo propensión a creer en cosas inverosímiles como la de que el terrible altercado de que había sido testigo era una lamentable —aunque rarísima— aberración en las relaciones de dos personas que se amaban en un ambiente en que predominaban las flores y los corazones enamorados. Supongo que la causa de mi ilusionada actitud residía en el hecho de que estaba tan necesitado de amistad, de que me sentía tan enamorado de Sophie y tan atraído al mismo tiempo, con perversa fascinación, por aquel dinámico joven —vagamente estrafalario e incitador a la travesura— que era su amado, que no me atrevía a considerar sus relaciones como no fuera bajo la luz más rosácea. Aun así, como he dicho, notaba que, inequívocamente, algo no encajaba con la situación. Debajo de toda la alegría, de toda la ternura, de toda la solicitud, presentía en aquella habitación una tensión perturbadora. No quiero decir que, en aquel momento, la tensión turbara la relación entre los dos amantes, pero sin duda existía; era una tirantez inquietante, que parecía emanar de Nathan en su totalidad. Se lo veía aturdido, nervioso; se había levantado y manoseaba los discos sin ton ni son; sustituyó de nuevo el de Haendel por el de Vivaldi, se bebió de un trago un vaso de agua con evidente agitación, se sentó y tamborileó con los dedos sobre su pierna siguiendo el ritmo de la música.

Entonces, se volvió de repente hacia mí y, mirándome escrutadoramente con unos tenebrosos ojos que no tenían nada de serenos, me dijo:

—Conque eres un viejo granjero, ¿eh? —Tras una pausa, y arrastrando ligeramente las palabras de un modo que me recordaba sus ofensas de aquella misma mañana, añadió—: Esos tipos, los confederados, me interesan de manera especial, ¿sabes? Todos. — Y recalcando el «vosotros», insistió—: Todos vosotros me interesáis mucho, muchísimo.

Comencé a sufrir —o a experimentar— algo parecido a una quemadura lenta. ¡Aquel Nathan se comportaba de modo increíble! ¿Cómo podía ser tan duro, tan rastrero, tan despiadado? Mi hormigueante euforia se evaporó como si miles de diminutas burbujas hubieran estallado a un tiempo. «¡Qué cochino!», pensé. ¡Me había preparado una trampa! De otro modo, ¿cómo podía explicarse su cambio de actitud si lo que se proponía no era acorralarme? O era torpeza o se trataba de una artimaña; no había otro modo de interpretar sus palabras después de que yo hubiera puesto, tan reciente e insistentemente, como condición a nuestra amistad —si así podía llamarse— que dejara de demostrarme su inquina hacia los del Sur. De nuevo, la indignación surgió en mi garganta como un hueso regurgitado, pero hice un último esfuerzo para conservar la paciencia. Puse en marcha el acento de mi sureño Tidewater y dije:

—Pues claro, Nathan, amiiiigo mío, vosootros, los de Brooklyn, también interesáis mucho a los de allá abaaajo...

Esto produjo un efecto claramente adverso sobre Nathan. No sólo no le hicieron la menor gracia mis palabras, sino que sus ojos destellaron agresivamente; me miró con implacable recelo, y por un instante habría jurado que podía vislumbrar en sus fulgurantes

pupilas la imagen del tipo estrafalario, del rústico sureño, del extraño que él veía en mí.

—¡Bah, vete a la porra! —le dije, comenzando a levantarme—. Me largo...

Pero antes de que pudiera dejar mi vaso sobre la mesa y ponerme de pie, me agarró por la muñeca. No era una presión brutal ni dolorosa, pero su fuerza e insistencia, junto con su falsa sonrisa, me mantuvieron pegado a la silla. Había algo tan desesperadamente ofensivo en aquella manera de cogerme que su gesto me heló la sangre.

—No se trata de bromitas —dijo. Su voz, aunque refrenada, estaba llena de turbulentas emociones. Las palabras que dijo entonces, pronunciadas con deliberada y casi cómica lentitud, fueron realmente pasmosas—. Bobby... Weed... ¡Bobby Weed! ¿Crees que Bobby Weed no merece otra cosa que tus ganas de... bromear?

—No he sido precisamente yo quien ha comenzado a hablar con ese acento de recogedor de algodón —repliqué. Y pensé: «¡Bobby Weed! Dios mío... Ahora la ha tomado con el caso del pobre Bobby Weed. He de escabullirme de aquí».

Entonces Sophie, que probablemente se había dado cuenta del súbito cambio de humor de Nathan, corrió a su lado y le tocó el hombro con una mano nerviosa y apaciguadora.

—Nathan —dijo—, basta de Bobby Weed. ¡Por favor, Nathan! Con lo bien que lo estábamos pasando... —Me echó una mirada afligida—. Toda la semana que habla de Bobby Weed. No puedo conseguir que deje de hacerlo. —Y volvió a rogar a Nathan—: Por favor, querido, ¡con lo tranquilos que estábamos!

Pero Nathan no quería dar su brazo a torcer.

—¿Qué me dices de Bobby Weed? —me preguntó.

—¿Qué puñeta quieres que te diga yo de él, eh? —grité, y me levanté soltándome de él con el mismo movimiento. Dirigí una mirada a la puerta y a los muebles que me separaban de ella e hice un rápido plan para salir de la habitación lo antes posible—. Gracias por la cerveza —murmuré.

—Yo te diré lo que debe decirse de Bobby Weed, amigo Stingo. ¡Es esto!: vosotros, los blancos del Sur, tenéis mucho de qué responder cuando suceden bestialidades como ésa. ¿Lo niegas? Pues escucha. Digo esto como alguien cuya gente sufrió en los campos de exterminio. Digo esto como un hombre que está profundamente enamorado de una mujer que los sobrevivió. —Alzó una mano y rodeó con ella la muñeca de Sophie mientras el índice de la otra se dirigía hacia mi pómulo atravesando el aire con un movimiento vermiforme—. Pero lo digo principalmente como Nathan Landau, como ciudadano común, como biólogo investigador, como ser humano, como testigo de la inhumanidad de unos hombres hacia otros hombres. ¡Digo que la suerte corrida por Bobby Weed en manos de los norteamericanos blancos del Sur es un acto de barbarie tan horrendo como cualquiera de los que llevaron a cabo los nazis mientras Hitler estuvo en el poder! ¿Estamos de acuerdo?

Me mordí interiormente la boca en un esfuerzo por mantener mi compostura.

—Lo que le sucedió a Bobby Weed, Nathan —contesté—, fue horrible. ¡Execrable! Pero no veo por qué hay que querer equiparar un crimen con otro, o concluir de tales hechos una estúpida escala de valores. ¡En ambos casos, se trata de espantosos atentados contra la humanidad! ¿Y te importaría apartar tu índice de mi cara? —Sentía las sienes húmedas y enfebrecidas—. No acepto de ningún modo esa maldita y enorme red que

intentas echar para atrapar con ella todo lo que tú llamas «vosotros, los blancos del Sur», ¡Por mí te vas a joder, porque no pienso tragarme ese anzuelo! ¡Soy *sureño* y estoy *orgulloso* de ello. No soy uno de esos puercos, uno de esos trogloditas que hicieron lo que hicieron a Bobby Weed! ¡Nací en Tidewater, Virginia, y, si me permites la expresión, me tengo por un caballero! ¡También me permito decirte que esta simplista estupidez tuya, esta ignorancia procedente de alguien tan inteligente como tú, me causa verdaderas náuseas! —Oí subir mi voz, trémula y cascada, ya fuera de todo control, y temí otro de mis desastrosos ataques de tos en el preciso instante en que Nathan se levantaba calmadamente hasta su máxima altura y quedábamos uno frente a otro. Pese a su amenazadora actitud y a su ventajosa posición de ataque, y aunque superara no poco mi volumen y estatura, me sentí impelido a pegarle un puñetazo en la mandíbula—. Nathan, aún he de decirte algo más. ¡Te estás comportando como el peor de esos llamados liberales neoyorquinos que sólo respiran hipocresía por todas partes! ¿Qué te da derecho a juzgar a millones de personas, la mayoría de las cuales preferiríamos morir antes que hacer el menor daño a un negro?

—¿Lo ves? —contestó él— Tu desprecio se nota incluso en el modo de pronunciar esa palabra. «Neeegro.» No puede ser más ofensivo.

—Es tal como lo decimos allí. Y sin la menor intención de ofender.

Y como te decía —proseguí lleno de impaciencia—, ¿qué te da derecho a juzgar a alguien? Yo encuentro tu postura altamente ofensiva.

—Como judío, me considero una autoridad en angustias y sufrimientos —dijo, y se detuvo un instante para mirarme, con tal desprecio y creciente aversión en sus ojos que creí verlo por primera vez—. Y, en cuanto a «esos llamados liberales neoyorquinos que sólo respiran hipocresía por todas partes», considero que es una respuesta que no puede ser más débil, risible e insustancial. ¿No eres capaz de percibir la simple verdad? ¿Acaso no puedes discernir el perfil de la verdad por terrible que sea? ¿Y pretendes ignorar que, al negarte a aceptar tu parte de responsabilidad en la muerte de Bobby Weed, te colocas en el mismo nivel moral que los alemanes que repudiaban al partido nazi, pero que contemplaban tranquilos y sin protestar cómo sus crueles miembros destruían vandálicamente las sinagogas y perpetraban la Noche de los Cristales Rotos o *Kristallnacht*? ¿No puedes ver tu propia verdad? ¿La verdad del Sur? Al fin y al cabo, no fueron los ciudadanos de Nueva York los que asesinaron a Bobby Weed.

La mayor parte de lo que decía —especialmente sobre mi «responsabilidad»— era tendencioso, desproporcionado, irracional, lleno de presunción y tremendamente erróneo pero, aun sintiéndolo en el alma, no podía contestar. Estaba momentáneamente desmoralizado. Del fondo de mi garganta salió un extraño sonido chirriante, al tiempo que me volvía hacia la ventana con un súbito movimiento totalmente desprovisto de gracia. Débil, impotente, aunque rabiando en mi interior, me esforzaba por expresar palabras que no podía articular. Me bebí de un solo trago la mayor parte de un vaso de cerveza, mientras miraba, con los ojos nublados por la frustración, las pastorales extensiones de césped de la avenida Flatbush iluminada por el sol, los susurrantes arces y sicomoros, las tranquilas calles, en las que sólo se observaba el tranquilo movimiento de una mañana de domingo: muchachos en mangas de camisa ocupados en lanzarse la pelota, juguetonas bicicletas, paseantes salpicados de sol en las aceras. La fragancia de la hierba recién cortada llegaba densa y fresca a mis ventanas nasales, recordándome las perspectivas y las

distancias de la campiña sureña: campos y veredas quizá no muy diferentes de los que recorrió Bobby Weed, el muchacho clavado por Nathan en mi cerebro, produciéndome una punzante lesión. Y, mientras pensaba en Bobby Weed, me asaltó una amarga y paralizadora desesperación. ¿Cómo podía aquel demoníaco Nathan invocar la sombra de Bobby Weed en un día tan hermoso como aquél?

Escuchaba la voz de Nathan que, detrás de mí, se había elevado, envalentonada y con reminiscencias de un rechoncho organizador comunista medio histérico y con una boca como un bolsillo rasgado que oí gritar cierta vez en el vacío empíreo de Union Square:

—Hoy, el Sur ha renunciado a todo derecho de relacionarse con la especie humana — me arengó Nathan—, Cada sureño es responsable de la tragedia de Bobby Weed. ¡Ningún sureño escapa a esta responsabilidad!

Me estremecí violentamente, mi cabeza se sacudió, y miré cómo la cerveza se iba quedando sin espuma en mi vaso. Mil novecientos cuarenta y siete. Uno, nueve, cuatro, siete. Aquel verano, cuando todavía faltaban casi veinte años para el mes en que ardiera la ciudad de Newark y la sangre de los negros corriera por los arroyos de las calles de Detroit, podían darse casos —si uno había nacido en el Sur y era sensible e ilustrado y consciente de la propia historia, impía y espantosa— en que uno tuviera que aguantar reprensiones tan ásperas como aquélla, aun sabiendo que tales reproches llevaban una fuerte dosis de renaciente abolicionismo procedente de personas demasiado convencidas de su propia rectitud y que atribuían a su postura una superioridad moral que sólo podía provocar tolerantes —pero nada alegres— sonrisas. De forma menos violenta, con sutiles codazos y arrogantes actitudes por parte de los difamadores de salón, los sureños que habían probado fortuna en el Norte tendrían que soportar estos y otros ataques semejantes durante una época que fue para ellos de irremediable aflicción y que terminó, por lo menos oficialmente, cuando cierta mañana de agosto del año 1963, en la calle North Water de Edgarton, Massachusetts, la joven mujer de pelo pajizo y rodillas con hoyuelos que era la esposa del presidente del club náutico e importante magnate de la inversión bancaria, fue vista mientras, blandiendo un ejemplar del libro de James Baldwin *La próxima vez, el fuego*, gritaba a una amiga estas palabras con tono desolado: «¡Querida mía, esto es lo que va a sucedemos a todos nosotros!».

Este presagio, de haber sido hecho dieciséis años antes, en 1947, no me habría parecido tan omnisciente. En aquellos días, el gigante negro, aunque ya había comenzado a agitarse, no era considerado como un problema importante para el Norte. Tal vez por esta misma razón —aunque habría podido refrenar honestamente las intolerables críticas yanquis que a veces me salían al encuentro (incluso el bueno de Farrell se había atrevido a algunas alusiones cáusticas)—, sentía en mi corazón el peso de la verdadera vergüenza por el parentesco que me veía obligado a reconocer con aquellos verdaderos infrahumanos anglosajones que fueron los torturadores de Bobby Weed. Estos hombres montaraces de Georgia —habitantes, casualmente, de la misma costa de pinos, cercana a Brunswick, donde Artiste, mi salvador, había trabajado, sufrido y muerto— hicieron de Bobby Weed una de las últimas víctimas —y, con seguridad, una de las más memorables— de la justicia del linchamiento que el Sur había de presenciar. El crimen que se le atribuyó al muchacho, muy parecido al de Artiste, era tan clásico que presentaba las características de un grotesco cliché: había echado un guiño, o faltado al respeto, o incomodado de algún modo (sin que

la clase de delito, que no llegó ni dé lejos a la violación, pudiera ponerse en claro), a Lula, la bobalicona hija de un tendero — ¡otro cliché!, pero cierto: la desconsolada y conejil cara de Lula había mostrado su enfurruñamiento desde las páginas de seis periódicos metropolitanos—, quien instigó a la acción inmediata, como afrentado papá de la ultrajada, al populacho local.

Yo había leído la información de aquella ruda venganza medieval tan sólo una semana antes en el metro de la avenida Lexington, aplastado entre una mujer enormemente gorda con una bolsa de compras de S. Klein y un portorriqueño con chaqueta de ayudante de camarero cuyo olor dulzón a brillantina de gardenia flotaba hasta mi nariz mientras él miraba embobado mi *Mirror*, compartiendo conmigo la contemplación de las diabólicas fotografías. Hallándose Bobby Weed aún con vida, le cortaron el pene y los testículos y se los metieron en la boca (detalle que no fue divulgado), y en el umbral de la muerte, pero consciente aún de todo, le dibujaron una serpentina «L» en el pecho con una flamante antorcha (una «L» que representaba ¿qué? ¿«Linchamiento»? ¿«Lula»? ¿«Ley y orden»? ¿«Love»?). Mientras Nathan seguía disparatando, recordé haber salido del metro medio mareado para sumergirme en la brillante luz estival de la calle Ochenta y seis, entre fragancias de salchichas, Orange Julius y metal chamuscado de las rejas del sótano, avanzando casi a ciegas hasta más allá del local donde se proyectaba la película de Rossellini que yo quería ver y que había motivado mi largo viaje. Sin embargo, aquella tarde no fui al cine. Sin saber cómo, me encontré en Gracie Square, junto al paseo que bordea al río, con la mirada fija, como si estuviera en trance, en la fealdad municipal de las pequeñas islas de la vía fluvial, incapaz de borrar de mi mente la mutilada imagen de Bobby Weed aunque no cesara de murmurar algunos versículos de la Revelación que, de niño, había aprendido de memoria: «Y Dios secará las lágrimas de los ojos de todos ellos. Y ya no habrá muerte, ni llanto, ni aflicción ni ningún otro dolor...». Quizá mi reacción fue excesiva, pero aun así, Dios mío, yo no pude llorar.

Llegó de nuevo a mis oídos la voz de Nathan:

— ¡Ni en los campos de concentración, fíjate bien, aquellos salvajes mandamases habrían llegado a esa bestialidad!

¿Habrían llegado a aquella bestialidad? ¿No habrían llegado a ella? Este punto no parecía ser de importancia capital, pero lo cierto era que yo estaba harto de aquella discusión, harto de un fanatismo con el que me sentía incapaz de enfrentarme, del que no sabía cómo protegerme; estaba harto de la visión de Bobby Weed y —a pesar de no sentirme cómplice, en modo alguno, de la abominación de Georgia— súbitamente harto de un pasado, de un lugar y de una herencia en los que no podía creer y cuya verdad no podía conocer a fondo. A riesgo de quedarme con la nariz rota, sentí el vano impulso de echar el resto de mi cerveza en el rostro de Nathan. Sin embargo, me contuve, tensé los hombros y dije con un helado tono de desprecio:

— Como miembro de una raza que ha sido injustamente perseguida durante siglos por haber, según se dice, crucificado a Cristo, tú... sí, tú, ¡maldita sea! ¡Tendrías que saber lo imperdonable que es condenar a todo un pueblo por lo que sea! —Y era tal mi exasperación que me descolgué con algo tan ofensivo para los judíos (los que habían escapado a los crematorios, sólo hacía un año y pocos meses, después de indecibles sufrimientos), tan cargado de incendiaria agresividad, que me hizo lamentar mis palabras

tan pronto como hubieron salido de mi boca. Pero no las retiré. Fueron éstas—: Y esto es válido para cualquier pueblo, pardiez, ¡incluso para los alemanes!

Nathan vaciló, luego se puso más rojo de lo que ya estaba, y yo creí sinceramente que había llegado finalmente la hora del gran espectáculo. Pero justo en aquel momento, Sophie salvó la desastrosa situación interponiéndose entre nosotros dos con su anticuado vestido.

—¡Basta de hablar de eso! ¡Parad ahora mismo! —exigió—. ¡Basta ya! Es un tema demasiado serio para discutirlo en domingo. —Su tono parecía ser jugueteón, pero sin duda hablaba en serio—. Olvidaos de Bobby Weed. Hemos de hablar de cosas bonitas. ¡Debemos ir a Coney Island a nadar, a comer y a pasarlo estupendamente bien!

Sophie, girando airosamente, se encaró con el iracundo golem, y quedé sorprendido, y considerablemente aliviado, al ver la rapidez con que conseguía quitarse de encima su papel de mujer sumisa y afligida para enfrentarse con Nathan de una manera realmente vivaz y retozona. Lo manipuló con su alegre encanto, con su belleza y su brío:

—¿Qué sabes tú de los campos de concentración, Nathan Landau? Absolutamente nada. Deja pues ya de hablar de esos lugares. Y no le grites más a Stingo. No le grites más sobre Bobby Weed. ¡Basta! Stingo no tuvo nada que ver con Bobby Weed. Stingo es un buen chico, es dulce. Y tú también eres dulce, Nathan Landau, y *vraiment, je t'adore, chéri* —dijo suavemente, y luego, tirando de él por la muñeca, cantó con la voz más alegre del día—: ¡A la playa! ¡A la playa! Haremos castillos de arena.

Y la tempestad terminó, las nubes tormentosas se alejaron sin más truenos, y el más soleado buen humor inundó la coloreada habitación, en la que ahora se oía solamente el aleteo de las cortinas movidas por una súbita e impetuosa brisa procedente del parque. Mientras los tres nos dirigíamos hacia la puerta, Nathan —cuyo aspecto y vestido recordaban un poco el de un elegante tahúr salido de una vieja *Feria de las vanidades*— rodeó mis hombros con su largo brazo y se disculpó de un modo tan sincero y honrado que no pude por menos de perdonarle sus tétricos insultos, sus fanáticas observaciones y demás extralimitaciones.

—Amigo Stingo, soy un estúpido, ¡un estúpido! —gritó en mi oído, con voz moleestamente alta—. No quiero decir que sea un zoquete; es una mala costumbre que he adquirido, esa de decir cosas a la gente sin preocuparme de sus sentimientos. Sé que no todo es malo, allá abajo, en el Sur. Mira, voy a prometerle una cosa. ¡Te prometo que no volveré a importunarte nunca más! ¿De acuerdo? ¡Sophie, tú eres testigo!

Comprimiéndome, despeinándome con unos dedos que se movían por mi cuero cabelludo como si amasaran algo pastoso, comportándose como un enorme perro grifón excesivamente cariñoso y metiendo la noble cimitarra que era su nariz en la coralina cavidad de mi oreja, pasó a mostrarme su lado cómico.

Caminamos, con la máxima alegría, hacia la estación del metro —Sophie entre nosotros dos, los brazos de ella enlazados con los nuestros—, y Nathan volvió al melifluo acento que imitaba con tanta precisión; esta vez, sin sarcasmos ni intentos de pincharme, aunque con una entonación capaz de engañar a cualquiera que hubiese nacido en Memphis o Mobile, casi me hizo ahogar de risa. Su gracia no residía tan sólo en la imitación; lo mejor de su comicidad era el producto de una sorprendente invención. Con la dicción tosca, hueca y apenas comprensible que yo había oído burbujear en las amígdalas

de toda clase de rústicos de mi tierra, se lanzó a una improvisación tan locamente cómica, tan real y tan sicalíptica que, en mi hilaridad olvidé por completo que implicaba a la misma gente que él había desollado viva momentos antes con implacable furor y sin piedad ni humor de ninguna clase. Estoy seguro de que Sophie no captó muchos de los matices de su interpretación, pero contagiada por el jocoso ambiente que Nathan y yo habíamos creado, se unió a mí en la fácil tarea de llenar la avenida Flatbush de ruidosas carcajadas. Y comencé a darme cuenta, aunque oscuramente, de que todo esto purificaba dichosamente las indignas y amenazadoras emociones que se habían agitado como una calamitosa tempestad en la habitación de Sophie.

A lo largo de una manzana y media de casas de una calle urbana, en la que dominaba la tranquilidad dominguera a pesar de la afluencia de paseantes, improvisó un argumento teatral de ambiente apalache en que un incestuoso y viejo granjero se dedicaba a retozar con una hija que Nathan había bautizado con el nombre de Ojo Sonrosado.

—¿Nunca un conejito llegó a chuparte el pito? —dijo Nathan con voz rústica y demasiado alta, dejando pasmadas a un par de matronas de la Hadassah* que miraban escaparates y se cruzaron con nosotros, con expresión escandalizada, en el momento en que Nathan, prosiguiendo su mojiganga, imitaba al granjero en el acto de copular con su mujer y hacía decir a ésta quejumbrosamente—: ¡Ya has vuelto a dejar embarazada a mi preciosa niña!

Su voz de falsete era un femenino y exagerado facsímil de la de una esposa-víctima débil de mollera y olvidada de Dios en casi todo, además de marchitada por su historia conyugal y atontada por sus retrógrados genes.

Tan imposible de reproducir como la exacta calidad de un fragmento musical, la traviesa y desvergonzada representación de Nathan —y su poder, que apenas puedo sugerir— tenía sus orígenes en cierta desesperación trascendente, aunque yo sólo comenzaba a darme cuenta de ello. Lo que sí había advertido, mientras me desternillaba de risa, era que en ello había algo de genial (cosa que no podría confirmar hasta veinte años más tarde ante las inflamadas actuaciones de Lenny Bruce).

Por ser ya más de las doce del mediodía, Nathan, Sophie y yo decidimos retrasar nuestro marítimo banquete de gourmet hasta el anochecer. Para llenar el vacío, compramos unos largos y hermosos emparedados de salchichas alemanas con *sauerkraut* y unas coca-colas (todo ello permitido por la religión judía para aquel día) en un pequeño quiosco, y nos llevamos nuestro refrigerio al metro. Ya en uno de los vagones, lleno de neoyorquinos hambrientos de playa con sus chillonas y berreantes criaturas, nos las arreglamos para encontrar un asiento donde sentarnos uno al lado del otro y consumir nuestro sencillo pero agradable condumio. Sophie se entregó totalmente a su emparedado mientras Nathan, vuelto de su arranque, intentaba conocerme mejor a pesar del bullicio que nos rodeaba. Ahora estaba encantador y preguntón, aunque sin exagerar, por lo que yo contestaba despreocupadamente sus preguntas. ¿Qué me había traído a Brooklyn? ¿A qué me dedicaba? ¿De qué vivía? Mi confesión de que era escritor pareció impresionarle y despertar su interés, y, en cuanto a mis medios de sustento, estuve a punto de volver a mi más sedosa jerigonza de hacendado sureño y decirle algo como: «Pues, verás..., había un negro, un esclavo de mi propiedad, que fue vendido...», pero pensé que esto acaso le

* Organización Sionista Femenina de Norteamérica. (*N. del t.*)

hiciera pensar que quería tomarle el pelo e inducirle a reanudar su agotador monólogo, por lo que me limité a sonreír ligeramente y a refugiarme en un enigma. Mi respuesta fue:

—Tengo una fuente de ingresos privada.

—¿Eres escritor? —dijo por segunda vez, con gran interés y evidente entusiasmo.

Hizo oscilar la cabeza hacia atrás y adelante como mínima expresión de lo maravillado que estaba, se inclinó sobre las rodillas de Sophie y me agarró el brazo por el codo. No me sentí acoquinado ni me dejé llevar por emoción alguna cuando sus ojos, ahora ponderativos, se clavaron en los míos y me gritó:

—¿Sabes una cosa? ¡Creo que vamos a ser grandes amigos!

—Sí, todos vamos a ser grandes amigos —repitió de pronto Sophie como un eco. Una encantadora fosforescencia envolvió su cara cuando el metro se sumergió en la luz del sol dejando atrás el claustrofóbico túnel y adentrándose en las extensas marismas del sur de Brooklyn. Su mejilla estaba muy cerca de la mía, enrojecida de súbita satisfacción, y cuando volvió a enlazar sus brazos con el mío y el de Nathan, me sentí con suficiente confianza para quitarle, cogiéndolo delicadamente entre mi pulgar y mi índice, un hilillo de *sauerkraut* que colgaba de la comisura de su labio—. ¡Sí, vamos a ser los mejores amigos del mundo! —gritó por encima del vocerío que llenaba el vagón, y dio a mi brazo un fuerte apretón que nada tenía que ver con el flirteo, claro, pero que significaba algo más que... bueno, indiferencia.

Definámoslo como un apretón tranquilizador de una mujer que, segura de su amor por otro hombre, deseaba conceder a un compañero recién encontrado los privilegios de su confianza y su afecto.

Pensé que contraía un endiablado compromiso, sobre todo considerando la feroz iniquidad de Nathan respecto a la custodia de tan exquisita presa, pero concluí que más valía tener aquella sabrosa migaja que desear el pan entero y quedarse sin nada. Devolví el apretón a Sophie con la torpe presión de un amor no correspondido y mientras lo hacía advertí que empezaban a dolerme las pelotas; así era de libidinoso. Antes de esto, Nathan había dicho que en Coney Island me presentaría a una muchacha que estaba «como para comérsela»; era una conocida suya y se llamaba Leslie. Representaba un consuelo con el que probablemente podía contar, suponiendo que sin salirme de mi papel de eterno violador en potencia, escondiendo decorosamente con lánguida mano el bulto de mi regazo. Pese a esta frustración intenté convencerme, con éxito parcial, de que era feliz; en realidad era más dichoso de lo que había sido desde tiempos inmemoriales. Estaba, pues, dispuesto a esperar las horas propicias, a confiar en lo que de bueno pudiera depararme el futuro, domingos como éste, por ejemplo (entrelazados con otros días prometedores que pudiese traerme el impetuoso verano). Me amodorré un poco. Me encontraba en un estado de suave ardor provocado por la proximidad de Sophie, por su brazo desnudo y húmedo contra el mío, y por la fragancia que despedía: un perturbador perfume vagamente vegetal que recordaba el tomillo. Sin duda, alguna oscura hierba polaca. Flotando en una verdadera ola de deseo, caí en un ensueño que se llenó de revoloteantes y vivas impresiones retrospectivas sobre mi desgraciado fisgoneo del día anterior. Sophie y Nathan, extendidos sobre el cubrecama de color albaricoque, dominaban la escena. No podía sacarme aquella imagen de la cabeza. ¡Ni sus palabras, sus furiosas palabras de amor, que no cesaban de Moverme encima!

Por fin, el erótico resplandor que bañaba mi ensueño palideció y se desvaneció, y otras palabras sonaron en mis oídos, lo que me hizo incorporar con un respingo. Sí, en algún instante de aquel pandemónium de frenéticas insinuaciones y ensordecedoras exigencias, en medio de los gritos y de los apagados murmullos, de las lujuriosas exhortaciones, ¿había oído yo *realmente* pronunciar a Nathan las palabras que ahora evocaba con un escalofrío? No, fue más tarde —iba recordándolo mejor—, en un momento de lo que entonces parecía su interminable conflicto; la voz de él me llegó retumbante a través del techo, con la ponderosa y mesurada cadencia de unos pasos dados por unas macizas botas, elevándose para decir, en un tono que podría haber hecho pensar en la parodia de un ataque de angustia existencial si no lo hubiesen acompañado los ecos de un terror auténtico y total: «¿No... lo... ves... Sophie? ¡Nos... estamos... muriendo! ¡Muriendo!».

Me estremecí violentamente, como si alguien hubiese abierto detrás de mí una puerta en pleno invierno ártico. La viscosa sensación que me acometió, en la que el día se oscurecía velozmente junto con mi alegría, no podía compararse en importancia a una premonición, pero me sentí de súbito lo suficientemente confuso y preocupado como para ansiar escapar desesperadamente de donde me encontraba, para querer salir corriendo de aquel vagón. Si, obedeciendo a mi ansiedad, así lo hubiera hecho, abandonando el tren en la próxima estación, y luego hubiese vuelto corriendo a la casa de Yetta Zimmerman para recoger mis cosas y huir lejos de allí, ésta sería otra historia, o probablemente no habría historia que contar. Pero me dejé llevar hacia Coney Island, asegurándome de que así contribuía a realizar el deseo de Sophie respecto a nosotros tres: que nos convirtiéramos en «los mejores amigos del mundo».

—En Cracovia, cuando era una niña —me dijo Sophie—, vivíamos en una casa muy vieja y en una calle antigua y tortuosa, no muy lejos de la universidad. Sí, la casa tenía muchísimos años; estoy segura de que hacía varios siglos que la habían construido. Te parecerá extraño, pero aquélla y la de Yetta son las únicas casas (verdaderas «casas», quiero decir) en que he vivido en toda mi vida. Porque, ¿sabes?, nací en aquella casa y en ella pasé toda mi niñez y luego, cuando me casé, seguí viviendo allí, hasta que llegaron los alemanes y tuvimos que irnos a vivir a Varsovia por algún tiempo. Yo adoraba aquella casa, era tranquila y llena de sombras. Hablo, naturalmente, del cuarto piso que ocupábamos, donde recuerdo que tenía mi propia habitación aunque yo era muy pequeña. Al otro lado de la calle había otra casa, también vieja, con chimeneas de esas... curvadas, y las cigüeñas habían construido sus nidos encima de ellas. Se dice cigüeñas, ¿verdad? Es curioso, en inglés siempre he tenido tendencia a mezclar esta palabra con «zancos». Bueno, pues recuerdo las cigüeñas de la chimenea de la casa de enfrente y lo iguales que eran a las cigüeñas de mi libro de cuentos de los hermanos Grimm que leía en alemán. Los recuerdo tan bien, aquellos libros..., y el color que tenían por fuera, y los dibujos de animales, pájaros y personas de la cubierta... Aprendí a leer el alemán antes que el polaco y, ¿sabes?, incluso hablé el alemán antes que el polaco; así que, cuando empecé a ir a la escuela religiosa, no paraban de importunarme por mi acento alemán.

«Cracovia es una ciudad muy antigua, ¿sabes?, y nuestra casa no estaba lejos de la plaza central, en cuyo centro hay un bello edificio de los tiempos medievales; *Sukiennice*, la llaman en polaco, que traducido a tu lengua significa «palacio de las ropas» o algo así, pues es donde había el mercado de toda clase de paños y telas. Después hay un reloj de torre, en la iglesia de Santa María; la torre es muy alta y, en vez de campanas, hay unos hombres de verdad que salen a una especie de balaustrada y tocan trompetas para dar la hora. Suenan muy bonito, por la noche. Aunque distantes y tristes, ¿sabes?, como las trompetas de las suites para orquesta de Bach, que siempre me hacen pensar en tiempos muy antiguos y en lo misterioso que es eso que llaman tiempo. De niña, acostada en la cama, en la oscuridad de mi habitación, escuchaba el ruido de los cascos de los caballos procedente de la calle (no había muchos automóviles en Polonia, por entonces), y poco antes de dormirme oía las trompetas que tocaban aquellos hombres de la torre, muy tristes y distantes, y me hacía preguntas sobre el tiempo..., ese misterio, ya sabes. O no me dormía enseguida y me ponía a pensar en los relojes. En el vestíbulo, sobre una mesita, había un reloj muy viejo que había pertenecido a mis abuelos, y una vez lo abrí por detrás y miré dentro de él mientras funcionaba, y vi una gran cantidad de ruedas y palanquitas, creo que se llaman escapes, y sobre todo, aquellas piedras preciosas (creo que casi todas eran rubíes) que brillaban al reflejar la luz del sol. Y así fue como la noche siguiente, ya acostada, me figuré que me encontraba dentro del reloj (¡tonta imaginación de una criatura!), donde me sentí flotar, como si volara, entre los muelles, entre las ruedas que giraban y las palanquitas esas que se movían de un lado a otro... y también vi los rubíes, rojos y brillantes, grandes como mi cabeza. Y, por fin, me dormí sin dejar de pensar en el

reloj, dentro del cual seguí en mis sueños.

»Son tantos los recuerdos que tengo de Cracovia, tantísimos... ¡Por más tiempo que pasara, nunca terminaría de contártelos! Fueron tiempos maravillosos, aquellos años de entreguerras, incluso para Polonia, que es un país pobre y ha tenido siempre un complejo de inferioridad, ¿sabes? Nathan cree que exagero cuando le hablo de aquellos tiempos tan buenos que tuvimos (bromea tanto sobre Polonia...), pero yo le explico cómo era mi familia y la vida maravillosamente civilizada que llevábamos, la mejor clase de vida que puedas imaginarte, créeme. «¿Qué hacíais los domingos?», me dice. «¿Echabais patatas a los judíos?» Cuando se trata de Polonia, sólo puede pensar en lo antisemitas que son los polacos y hacer chistes sobre ello, cosa que lamento y que me cuesta mucho soportar. Porque eso es verdad, quiero decir que Polonia tiene fama de poseer este espíritu tan antisemita que él dice, lo que me hace sentir avergonzada en muchas ocasiones, como tú, Stingo, cuando tienes esa *misère*, cuando te sientes apenado por culpa de los problemas con la gente de color en el Sur. Pero no creas, yo le digo a Nathan que sí, que esa mala fama de Polonia es cierta, pero que debe comprender... *vraiment*, debe comprender que no todos los polacos son iguales, que también hay allí mucha gente decente, como mi familia, que... Oh, es tan desastroso hablar de esto... Me entristece porque me hace pensar en cómo se lo toma Nathan; está obsesionado. Sí, será mejor que cambie de tema...

»Volvamos a mi familia. Tanto mi padre como mi madre eran profesores universitarios; por eso casi todos mis recuerdos están relacionados con la universidad. La de Cracovia es una de las universidades más antiguas de Europa; fue creada en el siglo catorce. Yo no conocía otra vida que la propia de la hija de dos profesores, y quizá por esto mis recuerdos de todo aquel período son tan tranquilos y civilizados. Algún día, Stingo, debes ir a Polonia, conocerla bien y escribir sobre ella. Es tan hermosa... Y tan desgraciada... Imagínate: los veinte años durante los que yo crecí y me eduqué allí fueron los únicos veinte años seguidos de libertad que tuvo en toda su historia. ¡Eso, después de siglos! Supongo que por eso oía decir tan a menudo a mi padre: «Estos días sí que son risueños para Polonia». Porque había libertad en todas partes por primera vez, ¿sabes?, en las universidades y en las escuelas: podías estudiar lo que se te antojase. Y supongo que ésta era una de las razones por las que la gente podía disfrutar tanto de la vida; estudiando y aprendiendo, escuchando música y yendo al campo los domingos, en primavera y en verano. A veces he pensado que casi amo tanto la música como mi propia vida, de veras, íbamos a todos los conciertos. De niña, en mi casa, aquella vieja casa, me quedaba despierta en la cama después de acostarme para escuchar cómo mi madre tocaba el piano en la planta baja (Schumann o Chopin era lo que tocaba, o Beethoven, o Scarlatti, o Bach... Era una pianista maravillosa). Sí, me quedaba despierta y oía cómo ascendía y se desvanecía la hermosa música que llenaba toda la casa, y yo me sentía caliente, confortable y segura en mi cama. Pensaba que nadie tenía unos padres tan maravillosos. Y reflexionaba sobre mí, sobre cuando creciera y dejase de ser niña y tal vez me casara y fuese profesora de música como mi madre. Poder tocar bella música como mi madre y casarse con un guapo profesor como mi padre, pensaba, era lo mejor que podía desear en la vida.

»Ni mi padre ni mi madre habían nacido en Cracovia. Mi madre era de Lodz y mi padre de Lublin. Se conocieron en Viena cuando eran estudiantes. Mi padre estudiaba

leyes en la Academia de Ciencias austríaca y mi madre estudiaba música en la misma ciudad. Ambos eran católicos, muy religiosos; crecí, pues, en un ambiente muy devoto, e iba siempre a misa con mis padres y también la oía en la iglesia de la escuela. Sin embargo, no quiero decir que yo fuera una fanática, ¿sabes? Creía mucho en Dios. Pero de todos modos, mi padre y mi madre no eran, ¿sabes...?, no sé la palabra exacta en inglés, *durs...*, sí, duros, austeros. No eran así. Eran muy liberales (incluso podría decirse que casi socialistas), y siempre votaban por los partidos obreros o por los demócratas. Mi padre odiaba a Pilsudski. Decía que era más catastrófico para Polonia que el mismo Hitler, y la noche en que aquél murió bebió mucho aguardiente para celebrarlo. Era un pacifista, mi padre, y aunque le gustaba hablar de los risueños que eran aquellos días para Polonia, yo sabía que *au fond* estaba triste y preocupado. Una vez oí que hablaba con mi madre (debía de ser hacia 1932), y decía: «En realidad, esto no puede durar. Habrá una guerra. El destino *no* ha permitido nunca que Polonia fuera dichosa por mucho tiempo». Recuerdo que lo dijo en alemán. En casa hablábamos en alemán con más frecuencia que en polaco. El *français* lo aprendí a hablar casi a la perfección en la escuela, pero aún hablaba mejor el alemán. Era la influencia de Viena, ¿sabes?, donde mis padres habían pasado tanto tiempo, y además mi padre era profesor de leyes, y el alemán era entonces allí casi la única lengua de los estudiosos. Mi madre era una excelente cocinera, al estilo vienés. Sí, eran muy pocos los guisos polacos que cocinaba; claro que no puede decirse que la cocina polaca sea *haute cuisine*, quiero decir de categoría. Aún recuerdo lo que guisaba en la gran cocina que teníamos en Cracovia: *Wiener Gulash Suppe* y *Schnitzel*, y, eso sí, recuerdo sobre todo el maravilloso postre que hacía; se llamaba budín Metternich y estaba lleno de castañas, mantequilla y piel de naranja.

»Sé que puedo parecer pesada al repetir siempre lo mismo, pero mi padre y mi madre eran maravillosos. En cuanto a Nathan, ¿sabes?, ahora está estupendo, está tranquilo, se encuentra en uno de sus buenos momentos..., períodos, decís, ¿no? Pero cuando se halla en uno de sus malos momentos, como cuando lo conociste (en una de sus *tempêtes* las llamo yo..., tempestades), se pone a gritar, y siempre me llama puerca antisemita polaca. Sí, usa ese lenguaje en tales ocasiones, ¡y me insulta con palabras inglesas y de yiddish que yo desconozco! Las que repite más son: «Asquerosa puerca polaca, cachonda *nafka, kurveh* me estás matando, me estás matando del mismo modo que vosotros, asquerosos puercos polacos, matasteis siempre a los judíos». Y yo intento hablarle, pero él no me escucha y sigue con su ataque de rabia, casi de locura; y he ido dándome cuenta de que cuando se halla en ese estado no es oportuno hablarle de los polacos buenos, como mi padre. Papá nació en Lublin cuando esta ciudad pertenecía a los rusos y había en ella muchos, muchos judíos que sufrían los terribles pogromos, es decir ataques, saqueos y matanzas. Una vez, mi madre me dijo (porque mi padre nunca me hablaba de tales cosas) que, cuando papá era joven, él y su hermano sacerdote arriesgaron la vida escondiendo a tres familias judías para protegerlas del pogromo de los cosacos. Pero sé que si intentara decir esto a Nathan durante una de sus *tempêtes*, sólo conseguiría que me gritara más fuerte y me llamara sucia y puerca mentirosa polaca. En esos momentos, tengo que ser muy *patiente* con Nathan, no creas. Sé que entonces es como si estuviera enfermo, que no está bien, y por eso miro hacia otro lado, guardo silencio y procuro pensar en otras cosas, en espera de que la *tempête* haya pasado, de que vuelva a

ser dulce y afectuoso, cariñoso y lleno de *tendresse*.

»Debe de hacer unos diez años, uno o dos antes de que comenzara la guerra, cuando oí decir a mi padre por primera vez la palabra *Massenmord*, lo que vosotros llamáis, creo, matanza, o carnicería. Fue después de lo que contaron los periódicos sobre la terrible destrucción de sinagogas y de tiendas judías que los alemanes llevaron a cabo. Recuerdo que primero mi padre dijo algo sobre Lublin y los pogromos que había visto allí, y entonces añadió: «Primero del este, y ahora del oeste. Esta vez será *ein Massenmord*». En aquel momento no comprendí muy bien lo que quería decir, supongo que, en parte, porque en Cracovia había un gueto, pero no tantos judíos corrió en otros lugares, y yo no los consideraba personas diferentes de las demás, ni los tenía por víctimas de la persecución de nadie. Creo que todo era ignorancia mía, Stingo. Entonces estaba casada con Casimir... Me casé joven, muy joven, ¿sabes?, y supongo que aún pensaría como una niña, que aún creería que aquella vida tan cómoda, tan tranquila y tan desprovista de peligros seguiría siendo siempre igual. Mamá y papá, Casimir y Zosia (Zosia es el nombre... cariñoso con que me llamaban, en vez de Sophie) viviendo todos felices en nuestra gran casa, comiendo *Wiener Gulash Suppe* y estudiando, y escuchando a Bach, ¡ay!, para siempre. Casimir era profesor auxiliar de matemáticas; lo conocí un día que mis padres dieron una fiesta para algunos de los profesores jóvenes de la universidad. Cuando Casimir y yo estuvimos casados, proyectábamos ir a Viena, como habían hecho mi padre y mi madre. Nuestros estudios serían muy parecidos a los de ellos. Casimir conseguiría su grado *supérieur* de matemáticas en la Academia austríaca y yo estudiaría música. Yo tocaba el piano desde que tenía ocho o nueve años, y tomaría lecciones de Frau Theimann, la famosa profesora que había enseñado a mi madre y que aún daba clases a pesar de que era ya casi una anciana. Pero aquel año se produjo la anexión, el *Anschluss*, y los alemanes entraron en Viena. Aquello era realmente terrorífico, y mi padre decía que la guerra no estaba lejos.

»Recuerdo tan bien el último año que estuvimos todos juntos en Cracovia... A pesar de todo, yo no podía creer que aquella vida pudiera cambiar alguna vez. Era tan feliz con Casimir (Kazik) y le quería tanto... Era tan generoso, cariñoso e inteligente. Como puedes ver, Stingo, sólo me atraen los hombres inteligentes. No puedo decir si amaba más a Kazik que a Nathan (a Nathan lo amo tanto que hasta me duele el corazón); bueno, creo que no debo comparar un sentimiento con otro. Sea como fuere, a Kazik lo quería mucho, mucho, y no podía soportar la idea de que la guerra estuviera tan cerca de nosotros ni la posibilidad de que él se convirtiera en soldado. Así que nos sacamos todos aquellos pensamientos de la cabeza, y aquel año fuimos a muchos conciertos, leímos muchos libros y fuimos con frecuencia al teatro además de dar largos paseos por la ciudad. Fue durante estos paseos cuando comencé a aprender el ruso. Kazik había nacido en Brest-Litovsk, que fue tanto tiempo de los rusos, y por ello hablaba aquel idioma tan bien como el polaco y podía enseñármelo con facilidad. Muy diferente de mi padre que, habiendo vivido también bajo dominación rusa, los odiaba de tal modo que siempre se negó a hablar aquella lengua a no ser que lo obligaran a ello. Durante todo aquel tiempo, yo seguía sin creer que aquella vida pudiera cambiar. Claro que habría algunos cambios, pero cambios naturales, ¿sabes?, como el de que Kazik y yo nos iríamos de la casa de nuestros padres para tener la nuestra y crear una nueva familia. Pero yo pensaba que eso ocurriría después

de la guerra, si la había, y que en todo caso sería muy corta porque los alemanes serían derrotados enseguida, tras lo cual Kazik y yo podríamos ir a Viena a estudiar como teníamos proyectado.

»Era tan estúpida como para pensar que las cosas irían de esta manera, Stingo. Claro que la culpa era un poco de mi tío Stanislaw, hermano de mi padre y coronel de la caballería polaca. Era mi tío favorito, lleno de vida, de risa franca, y con una maravillosa e inocente creencia en la grandeza de Polonia: la *gloire*, *tu comprends?*, la *patrie*, etcétera, como si Polonia no hubiese estado tantísimos años bajo los prusianos, los rusos y los austríacos, como si tuviese la *continuité* de Francia o Inglaterra u otros países semejantes. Venía a vernos a Cracovia con su uniforme, su sable y su bigote de húsar, y hablaba mucho y reía muy fuerte, y decía que los alemanes recibirían una lección si se atrevían a enfrentarse con Polonia. Mi padre hacía lo posible por seguir llevándose lo mejor posible con mi tío (le seguía la corriente, ¿sabes?), pero la mentalidad de Kazik era directa y lógica y, aunque de manera amistosa, discutía las ideas de tío Stanislaw y le preguntaba de qué iba a servir su caballería cuando llegaran los alemanes con sus tanques y sus tropas motorizadas y blindadas, es decir, lo que llamaban las divisiones Panzer. Pero mi tío contestaba que lo que importaba era conocer bien el terreno y que la caballería polaca, perfecta conocedora del suyo, maniobraría de modo que los alemanes fueran totalmente derrotados en tierra extraña, con lo que no tendrían otro remedio que dar media vuelta y marcharse. Y tú ya sabes lo que sucedió cuando tuvo lugar este enfrentamiento: *une catastrophe totale*, en menos de tres días. Fue todo tan descabellado, tan romántico y tan fútil... ¡Todos aquellos hombres con sus caballos! Y tan desastroso, Stingo, tan desastroso...

»Cuando los soldados alemanes entraron en Cracovia en septiembre de 1939, todos quedamos sorprendidos y aterrorizados y aunque, por supuesto, lamentábamos y detestábamos lo que nos estaba pasando, conservamos la calma con la esperanza de que todo aquello no nos perjudicara. En realidad, no puede decirse que la situación fuese mala, Stingo, me refiero al principio, pues creíamos que los alemanes nos tratarían con corrección. No habían bombardeado la ciudad, cosa que habían hecho con Varsovia, y ello nos hacía sentir un poco especiales y protegidos, salvaguardados..., se dice así, ¿verdad? El comportamiento de los soldados alemanes era muy bueno, y recuerdo que mi padre decía que aquello probaba lo que él creía desde hacía mucho tiempo, es decir, que el soldado alemán conservaba la antigua tradición prusiana basada en el código del honor y la decencia y que, por esto, nunca harían daño a la población civil ni se ensañarían con ella. También ayudó a tranquilizarnos oír hablar a todos aquellos soldados en alemán, lengua que casi podía considerarse nativa para nuestra familia. Ciertamente que, al principio, el pánico se apoderó de nosotros, pero después la situación no pareció tan mala. Mi padre estaba terriblemente preocupado por lo que estaba pasando en Varsovia, aunque nos dijese que debíamos seguir viviendo de la misma manera que antes. Decía, también, que no se hacía ilusiones sobre lo que Hitler pudiera pensar de los intelectuales, pero que en otros lugares, como Viena y Praga, se había permitido que los profesores continuaran su trabajo en las universidades, lo que le hacía suponer que él y Casimir también podrían hacerlo. Pasaron semanas y semanas sin que nada les sucediera, y pensamos que esta vez todo iría bien en Cracovia, quiero decir que la situación sería tolerable.

»Una mañana de aquel mes de noviembre fui a misa a la iglesia de Santa María,

aquella donde daban las horas con las trompetas, ¿sabes? En Cracovia solía ir a misa muy a menudo, pero después de la llegada de los alemanes todavía fui con más frecuencia, para rezar por el fin de la guerra. Tal vez te pareceré horriblemente egoísta, Stingo, pero creo que deseaba que la guerra terminara sobre todo para poder ir a estudiar a Viena con Kazik. Naturalmente, había muchas otras razones para rezar, pero la gente es egoísta, ¿sabes?, y yo me sentía muy afortunada al ver que mi familia no había sufrido ningún daño, y sólo deseaba que la guerra se acabara lo antes posible para que todo volviera a ser como antes. Pero aquella mañana, mientras rezaba en la iglesia, tuve una... *prémonition*, sí, eso, una premonición, y una aterradora sensación fue apoderándose lentamente de mí. No comprendía las razones de aquel miedo, pero puedo decir que de pronto mis megos cesaron, al tiempo que me sentía rodeada de un viento muy frío y muy húmedo que parecía atravesar toda la iglesia. Y entonces recordé la causa de mi sobresalto; fue algo que irrumpió en mí como un brillante destello. El nuevo gobernador general de la zona de Cracovia, un nazi llamado Frank, había convocado para aquella misma mañana, según dijo mi padre, al claustro de profesores en la *cour*, ¿sabes?, en el patio de la universidad, con el fin de comunicarles las nuevas normas, las reglas por las que deberían regirse bajo la ocupación. Total, nada. Una simple reunión informativa. Y, sí, había de celebrarse aquella misma mañana. A mi padre y a Kazik no se lo habían comunicado hasta el día anterior, ¿sabes?, cosa perfectamente lógica que no preocupó a nadie. Pero en aquel momento, alertada por aquel destello, presentí que iba a suceder algo muy, muy malo, y salí corriendo a la calle.

»Y, oh, Stingo... Como te digo: jamás volví a ver a mi padre ni a Kazik, nunca más. Al salir de la iglesia seguí corriendo, la universidad no estaba lejos... y, cuando llegué a ella, había una gran multitud cerca de la puerta principal, que daba al patio. La calle estaba cerrada al tráfico; sólo se veían algunos enormes camiones alemanes y varios cientos de soldados con rifles y metralletas. Había una *barrière*, y los soldados alemanes no me dejaron pasar. Entonces vi a la señora Wochna, una mujer de edad cuyo marido enseñaba *la chimie*, ¿sabes?, la química. Al acercarme a ella se puso a llorar, y en un ataque de histerismo se dejó caer en mis brazos diciendo: «¡Oh, Dios mío, todos se han ido! ¡Se los han llevado a todos! ¡A todos!». Yo no podía creerlo, no, no podía creerlo, pero otra mujer vino hacia nosotras, también llorando, y dijo: «Sí, es verdad. Se los han llevado, también se han llevado a mi marido, el profesor Smolen». Y entonces comencé a creérmelo, poco a poco, sobre todo al ver aquellos camiones cerrados que iban calle abajo en dirección oeste. No había duda, aquello era verdad... Me puse a llorar y fui presa de la histeria, como las demás. Corrí a casa y se lo dije a mi madre, y nos abrazamos llorando. Mi madre dijo: «Zosia, Zosia. ¿Adónde han ido? ¿Adónde se los han llevado?». Yo le contesté que no lo sabía. No lo supimos hasta un mes después, Mi padre y Kazik habían sido trasladados al campo de concentración de Sachsenhausen, donde fueron muertos a tiros el día de Año Nuevo. Asesinados sólo por ser polacos y profesores. Había muchos más, ciento ochenta en total, creo, pero la mayoría tampoco volvió. Poco después nos marchamos a Varsovia: necesitaba encontrar trabajo...

»Transcurridos aquellos largos años, en 1945, cuando ya había terminado la guerra y me encontraba en un campo de desplazados, en Suecia, solía pensar, como tantas otras veces, en aquellos días en que mi padre y Kazik fueron asesinados, y también en las

lágrimas que había vertido y en las que ya no podía verter. Sí, me preguntaba poiqué ya no podía llorar. Aunque te cueste creerlo, Stingo, te diré que me había quedado sin emociones. Me hallaba privada de todo sentimiento y tampoco me quedaban ganas de llorar. En aquel lugar de Suecia trabé amistad con una judía de Amsterdam que fue muy afectuosa conmigo, especialmente después de que yo intentara suicidarme. Supongo que no lo intenté con demasiada decisión; con un vidrio me hice un corte en la muñeca que no me sangró mucho, pero aquella anciana judía se mostró desde entonces aún más cariñosa conmigo. Hablamos mucho, aquel verano. Habíamos estado en el mismo campo de concentración, donde ella perdió a dos hermanas. Yo no comprendía cómo había sobrevivido, pues fueron tantos los judíos que murieron allí..., millones y millones de judíos pero, fuera como fuese, sobrevivió lo mismo que yo, como muy pocos de nosotros. Hablaba muy bien el inglés, además del alemán, y así fue como empecé a aprender esta lengua, el inglés, pues ya sabía que probablemente vendría a parar a Norteamérica.

»Era muy religiosa, aquella mujer, y siempre iba a rezar a la sinagoga que tenían allí. Me dijo que, a pesar de todo, seguía creyendo mucho en Dios, y una vez me preguntó si yo también creía en Él, en el Dios cristiano, pues ella creía en el Dios de Abraham. Decía que lo que le había sucedido aún le hacía creer más en Él, aunque conocía a algunos judíos que pensaban que Dios había abandonado al mundo. Y yo le contesté que sí, que en otro tiempo había creído en Dios y también en su Santa Madre, pero que entonces, después de aquellos años, podía compararme a aquellos judíos para quienes Dios había abandonado a la tierra para siempre. Le dije que estaba convencida de que Dios había dejado de poner su mirada en mí, de que se había vuelto hacia otro lado, y de que yo ya no podía rezarle como hice en otro tiempo en Cracovia. Ya no podía rezarle, como tampoco podía llorar. Y cuando me preguntó cómo sabía que Dios había dejado de poner en mí su mirada, le dije que lo único que sabía, sí, que lo único que sabía era que sólo un Dios, sólo un Jesús sin piedad y ya sin interés por mí, habría podido permitir que las personas que yo amaba fueran asesinadas y que yo sobreviviera con la vergüenza, con el pecado de no haberlas seguido. Era terrible que ellos hubiesen muerto de aquella manera, pero la culpa que yo sentía era más de lo que podía soportar. *On peut souffrir, sí, se puede sufrir, pero no se puede sufrir tanto.*

»Podrás pensar que es algo que no tiene importancia, Stingo, pero la tiene, y mucha, permitir que alguien muera sin poder despedirte de él, sin un *adieu*, sin una sola palabra de consuelo o de comprensión. Es terrible, cuesta mucho de soportar. Escribí muchas cartas a mi padre y a Kazik dirigidas a Sachsenhausen, pero siempre volvieron con el mismo sello: «Desconocido». Sólo quería decirles lo mucho que los quería, especialmente a Kazik, no porque lo quisiera más que a papá, sino porque en los últimos momentos que estuvimos juntos tuvimos un gran disgusto, y fue terrible. Casi nunca nos peleábamos, pero hacía más de tres años que estábamos casados y supongo que era natural que riéramos alguna vez. La noche anterior a aquel terrible día tuvimos un gran altercado, ni siquiera recuerdo por qué, de veras, y le dije «*Spandaj!*» (que en polaco es como decir: «¡Vete al infierno!»). Entonces dio media vuelta y me dejó sola; aquella noche no dormimos en la misma cama. Y jamás volví a verlo desde aquel momento. Por eso me fue tan difícil soportar que no hubiéramos tenido ni una despedida cariñosa, ni un beso, ni un abrazo... nada. Sé que Kazik sabía que lo amaba a pesar de todo, y yo sabía que él también

me quería, pero de todos modos estoy segura de que sufrió mucho al no poder llegar a decírmelo, al no poder decirnos el uno al otro que nos amábamos.

»Por todo eso, Stingo, vivo con esta culpa dentro de mí, una gran culpa de la que no puedo desprenderme, aun sabiendo que no hay razón para sentirla, como me hizo ver aquella anciana judía en Suecia cuando me dijo que nuestro amor, el de Kazik y yo, era lo más importante, y no cualquier pelea tonta. Pero aún siento esta culpa, con toda intensidad. Es curioso, Stingo; como tú sabes, he aprendido de nuevo a llorar, y quizás eso signifique que me he convertido otra vez en un ser humano. Por lo menos, en esto. En un trozo de humanidad, sí, eso, un ser humano. Con frecuencia lloro sola cuando estoy escuchando música; me recuerda Cracovia y aquellos años que se fueron. Sobre todo con cierta música lloro tanto que se me tapa la nariz, no puedo respirar y mis ojos lagrimean como un río. Es un fragmento de uno de los discos de Haendel que me regalaron por Navidad: «Sé que mi Redentor vivió». Me hace llorar por todas mis culpas, y también porque sé que mi Redentor no vive y que mi cuerpo será destruido por los gusanos, y que mis ojos nunca, nunca volverán a ver a Dios...

En el período sobre el que estoy escribiendo, aquel turbulento verano de 1947 en que Sophie me contó tantas cosas de su pasado y en que el destino me hizo caer, entrampado como cualquier incauto insecto de junio, en la increíble telaraña de emociones que eran las relaciones entre Nathan y Sophie, ella trabajaba como recepcionista a tiempo parcial en un apartado rincón de Flatbush, el consultorio del doctor Hyman Blackstock (nacido Bialystok). Hacía entonces algo menos de un año y medio que ella se hallaba en Norteamérica. El doctor Blackstock era quiropráctico, y había emigrado de Polonia hacía ya mucho tiempo. Entre sus pacientes se contaban muchos antiguos emigrantes judíos y otros, más recientes, también refugiados en Estados Unidos. Sophie había conseguido su puesto de trabajo en el consultorio del doctor poco después de su llegada a Nueva York en los primeros meses del año anterior, tras su llegada a Norteamérica bajo los auspicios de una organización de socorro internacional. Al principio, Blackstock (que hablaba muy bien el polaco, además de un perfecto yiddish) se sintió contrariado al ver que la agencia le había enviado una gentil, es decir, una joven que no era hebrea y que sólo sabía un poco de yiddish aprendido en un campo de concentración. Pero el doctor era también un hombre de buen corazón que, sin duda impresionado por la belleza de Sophie, por su situación y por el hecho de que hablaba un alemán perfecto, la favoreció con un empleo que ella necesitaba con verdadera urgencia, pues todo lo que poseía eran las sencillísimas ropas que le habían dado en el centro de desplazados de Suecia. Pero Blackstock no tenía por qué haberse preocupado; al cabo de pocos días, Sophie charlaba en yiddish con los pacientes como si acabara de salir de un gueto. Alquiló aquel cuarto barato en la casa de Yetta Zimmerman —el primer lugar que pudiera llamar hogar desde hacía siete años— inmediatamente después de conseguir el empleo. El hecho de trabajar sólo tres días por semana le resultaba tan provechoso para el cuerpo como para el alma, por así decirlo, pues empleaba sus días libres para perfeccionar su inglés en una clase gratuita del Brooklyn College y, en general, para integrarse en la vida de aquel barrio tan activo, vasto y bullicioso.

Me dijo que, desde que había llegado a nuestro país, nunca se había sentido aburrida ni preocupada. Estaba decidida a dejar atrás los trastornos del pasado —por lo menos, hasta donde se lo permitiera su vulnerable y atormentada memoria—, de modo que aquella enorme ciudad fuera para ella el Nuevo Mundo, tanto física como espiritualmente. Físicamente se sentía aún decaída, pero esto no le impedía participar en los placeres que se le ofrecían a su alrededor, como una criatura dejada en libertad en una confitería. La música en primer lugar; la sola posibilidad de oír música, me dijo, la llenaba de una *sensación de deleite semejante* a la que se siente ante lo que se sabe va a ser un banquete suntuoso. No pudo permitirse la adquisición de un tocadiscos hasta que conoció a Nathan, pero no le importaba; con la pequeña y barata radio portátil que se había comprado, podía escuchar la espléndida música que emitían aquellas emisoras de radio cuyas raras iniciales nunca llegó a descifrar —WQXR, WNYC, WEVD—, u oír las suaves voces que pronunciaban los fascinantes nombres de todos los potentados y príncipes musicales de cuyas armonías se había visto privada por tanto tiempo; hasta composiciones tan sobadas como la *Inacabada* de Schubert o *Eine kleine Nachtmusik* la emocionaban como si las oyera por primera vez. Y, por supuesto, estaban también los conciertos de la Academia de Música y, en verano, del Lewisohn Stadium, en Manhattan, donde podía escuchar música espléndida por un precio tan módico que la hacía virtualmente gratuita, como el Concierto para violín de Beethoven, interpretado una noche en el estadio por Yehudi Menuhin con tan voraz apasionamiento y tanta ternura que, allí sentada, casi en el borde exterior del anfiteatro, un poco estremecida bajo las destellantes estrellas, experimentó una serenidad y una sensación de consuelo que la sorprendieron, junto con la certeza de que había cosas por las que valía la pena vivir y de que le sería posible recuperar los trozos dispersos de su vida y reunidos de nuevo para volver a ser ella misma.

Durante aquellos primeros meses, Sophie estuvo sola la mayor parte del tiempo. Sus dificultades con el inglés (pronto vencidas, sin embargo) le causaban cierto retraimiento pero, a pesar de todo, la satisfacía encontrarse sola, gozaba de veras en la soledad, un lujo del que había estado necesitada durante los últimos años. Unos años en que también había estado privada de libros, de letra impresa de toda clase, por lo que se puso a leer con avidez el periódico polaco-norteamericano al que se suscribió y los libros que podía alquilar en una librería polaca de la calle Fulton que frecuentaba. Sentía predilección por las traducciones de autores norteamericanos; el primer libro que leyó, según recordaba, se llamaba *Manhattan Transfer*, de Dos Passos. Después leyó *Adiós a las armas* y *Una tragedia americana*, así como la obra de Wolfe *Del tiempo y el río*, tan pésimamente traducida al polaco que se vio obligada a romper la promesa que se había hecho, en el campo de concentración, de no volver a leer nada escrito en alemán durante el resto de su vida, y tuvo que decidirse por una versión alemana que encontró en una biblioteca pública. Quizá por ser esta traducción rica y bien realizada, o porque la visión de Norteamérica que Wolfe daba en su obra —lírica y trágica aunque optimista y no muy profunda— era lo que el alma de Sophie necesitaba en aquel momento —sobre todo teniendo en cuenta que ella era casi una recién llegada a estas costas, con un rudimentario conocimiento del panorama del país y su colosal extravagancia—, fue *Del tiempo y el río* el libro que más la entusiasmó de cuantos leyó aquel invierno y aquel verano. En efecto, Wolfe excitó de tal modo su imaginación que también intentó leer *Look homeward, Angel* [Mira hacia tu casa, ángel] en

inglés, pero tuvo que abandonar la tarea por encontrarla extremadamente difícil. Si para nosotros, los iniciados, nuestro idioma es una lengua cruel cuyas peculiaridades y caprichosa ortografía nunca parecen tan absurdas como en la letra impresa, ¿qué no sería para Sophie, cuya habilidad en leerlo y escribirlo siempre fue a la zaga de su, para mí, irregular y encantadora manera de hablarlo?

Lo único que conocía de Norteamérica era Nueva York —principalmente Brooklyn— y, con el tiempo, acabó por amar a la ciudad y por sentirse aterrorizada ante ella casi por igual. En toda su vida, sólo había conocido dos áreas urbanas: la pequeña Cracovia con su gótica placidez y, más tarde, el informe montón de escombros en que se convirtió Varsovia después de la *Blitzkrieg*, la guerra relámpago. Sus recuerdos más dulces —y aquellos sobre los que le gustaba explayarse— procedían de su ciudad natal, inmemorablemente paralizada en la visión de un friso de tejados y chimeneas y de tortuosas calles y callejuelas. Los años transcurridos entre Cracovia y Brooklyn la habían obligado —al menos como un medio de conservar la cordura— a hacer lo posible por borrar aquel período de su memoria. Por eso decía que, al despertar cada mañana en la casa de Yetta en una cama desconocida, rodeada de extrañas paredes de color rosa, mientras aún escuchaba medio ensoñada el débil y lejano estruendo de la Church Avenue, era tan incapaz, por unos largos segundos, de nombrarse o reconocer cuanto la rodeaba o incluso de tener conciencia de sí misma, que se creía dominada por un somnoliento trance, como una de las doncellas de aquellos cuentos de los hermanos Grimm de su niñez, y transportada, tras un encantamiento nocturno, a un nuevo y desconocido reino. Entonces, pestañeando, y con una sensación en que se mezclaban curiosamente la pena y la alegría, se decía a sí misma: «No estás en Cracovia, Zosia, estás en Norteamérica». Y luego se levantaba para enfrentarse con el pandemónium del metro y de los pacientes que esperaban la quiropráctica del doctor Blackstock.

Y con la incomprendible inmensidad de aquel Brooklyn tan hermosamente verde, tan hogareño, tan mugriento y bullicioso.

Con la llegada de la primavera, el cercano Prospect Park se convirtió en el refugio preferido de Sophie (un lugar que aún recuerdo con agrado, y en el cual una hermosa rubia podía pasear entonces sin peligro alguno). En una luz ligeramente empañada por el polen, llena de verdes sombras salpicadas de oro, los olmos y las acacias que se elevaban entre el césped y la ondeante hierba parecían preparar el escenario de una *fête champêtre* pintada por Watteau o Fragonard. Y era debajo de uno de aquellos majestuosos árboles donde Sophie iba a guarecerse en sus días libres o en los fines de semana, junto con lo necesario para otra maravillosa —y gastronómica— fiesta campestre. Más tarde me confesó, aún con un poquito de vergüenza, que se sintió completamente poseída, verdaderamente trastornada por la comida tan pronto como llegó a la ciudad. Sabía que tenía que andar con mucho cuidado al comer. En el centro de desplazados, el doctor de la Cruz Roja sueca que cuidaba de ella le dijo que su desnutrición era tan seria que probablemente hubiese causado cambios en su metabolismo más o menos permanentes y perjudiciales; le advirtió que debía ponerse en guardia contra la posibilidad de lanzarse a un inmediato y excesivo consumo de alimentos, especialmente de grasas, por fuerte que fuera la tentación. Pero esto le hacía la situación más divertida; la convertía en un agradable juego cuando entraba en una de las magníficas tiendas de *delikatessen* de la

avenida Flatbush para proveerse de lo necesario para uno de sus festines en el Prospect Park o, simplemente, por habersele abierto de pronto el apetito. El privilegio de poder elegir le producía una sensación casi dolorosamente sensual. Había tantas cosas para comer, tal variedad y abundancia de gollerías, que cada vez que se encontraba ante ellas se quedaba sin aliento y los ojos se le velaban de emoción. Entonces, con primorosa gravedad, escogía heroicamente de entre aquella fragante superabundancia: un huevo escabechado de aquí, una tajada de salami de allá, y medio pan moreno de centeno dulzonamente glaseado. Bratwurst. *Braunschweiger*. Sardinias. *Pastrami* caliente. Salmón ahumado. Una bolsa, por favor. Con una bolsa de papel marrón bien agarrada y la advertencia médica repetida mentalmente como una letanía —«Recuerda lo que te dijo el doctor Bergstrom: “No te atiborres”»—, emprendía su metódico camino hacia uno de los más apartados rincones del parque, o hacia un remanso del gran lago, y allí, mascando con prudencia, redescubriendo sabores olvidados, volvía a la página 350 de *Studs Lonigan*.

Notaba sus progresos. Como estaba experimentando un verdadero renacimiento, poseía algo de la lasitud y, a decir verdad, mucho de la debilidad y desamparo de una criatura recién nacida. Su torpeza era como la de un parapléjico que estuviera recuperando la movilidad de sus piernas. Había pequeñas cosas, pequeñas y ridículas cosas, que aún la confundían. Había olvidado cómo se unían los dos lados de la cremallera de una chaqueta que le habían dado. Sus desmañadas chapucerías la aterraban: una vez se echó a llorar cuando, al tratar de utilizar una loción cosmética de un tubo de plástico, lo apretó con una fuerza tan incontrolada que el producto se derramó a borbotones por encima de ella y le echó a perder el vestido nuevo que llevaba. Pero iba mejorando. A veces le dolían los huesos, especialmente las espinillas y los tobillos, y su andar adolecía aún de una vacilación que parecía relacionada con la falta de ánimos y el cansancio que con frecuencia se apoderaban de ella y que esperaba ansiosamente ver desaparecer para siempre. Con todo, si bien no gozaba todavía plenamente de la luz del sol, que era tanto como decir de una salud perfecta, se encontraba muy lejos de la oscuridad abisal en que estuvo a punto de perderse. Concretamente, hacía entonces sólo poco más de un año que, en el campo de concentración recién liberado, durante las últimas horas de una existencia que nunca más se había permitido recordar, una voz rusa —de bajo, pero áspera y corrosiva como la lejía— perforó su delirio, penetró su sudor, su fiebre, y la perruna suciedad de la yacija, de madera mal cubierta de paja en la que estaba echada, para decir impasible por encima de ella: «Creo que ésta también está acabada». Pero ella, por alguna razón, sabía que no lo estaba; verdad ahora confirmada, sin necesidad de decirlo (mientras estaba tendida, con brazos y piernas abiertos, en el césped cercano al lago), por los tímidos pero voluptuosos gorgoteos de hambre presagiadores del momento nada lejano en que sus dientes comenzarían a morder, en que sus ventanas nasales aspirarían los salados efluvios de los escabeches, el olor de la mostaza y la fragancia, con dejos de alcaravea, del whisky Levy judío.

Pero un atardecer de junio estuvo a punto de traer un desastroso final al precario equilibrio en que conseguía mantenerse. Un aspecto de la vida ciudadana que se inscribía negativamente en su registro de impresiones era el metro. Detestaba los trenes metropolitanos de Nueva York por su suciedad y su estrépito, pero más aún por la claustrofóbica proximidad de tantos cuerpos humanos, los empujones y el

amontonamiento de las horas punta que parecían neutralizar, si no borrar totalmente, aquella vida en privado que por tanto tiempo había estado buscando. Sabía que era una contradicción el hecho de que una persona que había sufrido tanta promiscuidad fuera ahora tan remilgada, se apartase tanto de las epidermis extrañas y evitara de aquella manera el contacto ajeno. Pero era así; no podía eludir aquella manera de reaccionar porque formaba parte de su nueva y cambiante identidad. Una de las últimas resoluciones que tomó en el atestado centro de refugiados de Suecia fue la de evitar, durante todo el resto de su vida, las aglomeraciones de gente. El ruidoso metro se burlaba de tan absurda idea. De regreso a casa cierto atardecer, después de haber salido del consultorio del doctor Blackstock, subió a un vagón que pronto estuvo aún más lleno de lo normal, no sólo abarrotado por la muchedumbre de siempre —brooklynianos de todos los colores y aspectos, sudados, en mangas de camisa y sin nada en la cabeza, dóciles y abatidos—, sino también, al cabo de poco, por un enjambre de vocingleros estudiantes que, con todos los avíos de un equipo de béisbol, irrumpieron en el tren en una estación de las afueras abriéndose paso a codazos en todas direcciones, con tanta rudeza y tal fuerza bruta que la sensación de opresión en el interior de aquella jaula se hizo casi insoportable. Despiadadamente empujada hacia un extremo del pasillo entre una montaña de elásticos torsos y resbaladizos y transpirantes brazos, Sophie se encontró, después de dar y recibir incontables pisotones, en la plataforma final del vagón, firmemente empotrada entre dos formas humanas cuya identidad, aunque fuera de modo abstracto, trató de discernir; pero de pronto, el tren moderó la marcha con un estremecimiento y un agudo y prolongado chillido, y se paró. En el mismo instante, se apagaron las luces. Un miedo nauseabundo se apoderó de ella. El perceptible disgusto que llenó el vagón, manifestado por una mezcla de lamentos y suspiros, fue ahogado por los broncos gritos de los muchachos, al principio tan ensordecedores y después tan continuos que Sophie, rígidamente inmovilizada en la más negra oscuridad, se dio cuenta de que ningún grito de protesta podría evitar que... la mano que se le acercó por detrás se deslizara hacia arriba, entre sus muslos, por debajo de la falda.

Si algo le sirvió de consuelo, al considerar más tarde aquella situación, fue el hecho de que, paradójicamente, aquel solapado ataque le ahorró el pánico que de otro modo le habría sobrevenido en semejante tumulto, con el opresivo calor y la absoluta oscuridad de un tren detenido en un subterráneo. Habría podido gritar como los demás, pero el dedo anular de la intrusa mano —trabajando con rápida habilidad de cirujano, increíblemente decidido en sus sondeos y en penetración— se encargó de que no lo hiciera, consiguiendo que el simple pánico fuera sustituido en la mente de Sophie por la más horrorizada y ofendida incredulidad: la de que alguien estuviera abusando de ella digitalmente. No se trataba de un torpe manoseo al azar, sino de un rápido asalto a fondo, para decirlo llanamente, a su vagina, a la que el dedo, como si actuara por cuenta propia, buscó cual perverso y serpenteante roedor y en la que, después de salvar la sedosa entrada, se hundió en toda su longitud, causándole dolor; menos dolor, sin embargo, que hipnótico pasmo. Oscuramente, tenía conciencia de un roce de uñas, y se oyó susurrar a sí misma: «Por favor», convencida de la banalidad, de la estupidez de la palabra, ya en el momento de pronunciarla. La exploración no llevaría, en total, más de treinta segundos de duración, cuando por fin la repugnante garra se retiró, dejando a Sophie estremecida en una

sofocante oscuridad que parecía no querer dejar penetrar el más leve rayo de luz. No pudo tener idea de lo que tardaron en encenderse las luces — cinco minutos, quizá diez —, pero cuando lo hicieron y el tren arrancó de nuevo con un confuso zarandeo general, se percató de que no tenía la menor posibilidad de saber quién era su atacante, probablemente inmerso entre la media docena de espaldas, hombros y abultados vientres masculinos que la rodeaban. Así que se las arregló para bajar del tren en la siguiente parada.

Un abuso sexual vulgar, cara a cara, pensó ella más tarde, habría sido para su espíritu y su identidad una violación mucho menos importante; no la habría llenado de tanto horror y repugnancia. Ninguna atrocidad de las que había presenciado durante los cinco últimos años, ningún ultraje de los que había sufrido — y había conocido ambas cosas hasta límites indecibles — llegó a aturdiría tanto como aquel grosero insulto. Una violación clásica, directa, aunque repelente, le habría permitido por lo menos ver la cara de su asaltante, le habría dado ocasión de expresarle, según la oportunidad que hubiese tenido de ello, mediante una mueca o una iracunda mirada, o incluso las lágrimas, algo: odio, miedo, maldición, repugnancia o, posiblemente, irónico desprecio. Pero aquel anónimo y repentino ataque en la oscuridad, aquella furtiva arremetida desde atrás, como una puñalada en la espalda dada por un vil merodeador que nunca podría conocer... No, aquello, no; habría preferido (me confesó muchos meses después, cuando la distancia que la separaba de aquel hecho le permitía considerarlo ya con una pizca de humor) un pene. En este caso, habría podido evaluar la perversidad del episodio y compararlo con algún otro de carácter semejante por el que hubiese pasado en otra circunstancia de su vida. Pero en aquel momento la intensidad del trauma que le había producido el desdichado lance sólo podía medirse por el modo como había trastornado el frágil equilibrio de su espíritu tan recientemente renovado, por la manera en que aquel asalto a su alma (puesto que así lo consideraba, tanto como a su cuerpo) la empujaba de nuevo hacia el pasado *cauchemar*, hacia la pretérita pesadilla de la que siempre estaba intentando librarse — cosa que conseguía muy lentamente a pesar de su cuidadoso empeño en lograrlo —, y que en realidad simbolizaba para ella, por su frívola maldad, la verdadera naturaleza del desvarío que era el mundo.

Ella, que había vivido tanto tiempo con el miedo a quedarse literalmente desvestida — lo que le había sucedido más de una vez —, y que con tanto afán había conseguido revestirse — de seguridad y cordura —, a causa de aquel incidente volvió a quedarse completamente desnuda. Y sentía de nuevo un frío que le helaba el alma. Sin dar un pretexto concreto para su petición — y sin contar a nadie lo que le había sucedido, ni siquiera a Yetta Zimmerman —, dijo al doctor Blackstock que necesitaba disponer de una semana, y se pasó casi todo aquel tiempo en la cama. Durante los días más hermosos del verano permaneció echada y con las persianas bajadas, con lo que sólo entraba algún pequeño rayo de luz en su habitación. Mantuvo siempre silenciosa la radio. Comía poco, no leía nada y solamente se levantaba para calentarse el té. En la profunda oscuridad, escuchaba los secos golpes de la pelota contra el bate, así como los gritos de los muchachos que jugaban en los campos de béisbol del parque, mientras pensaba amodorrada en la perfección, propia de una matriz, de aquel reloj en que de niña se había introducido imaginativamente, manteniéndose, sin rozarlo, sobre un muelle de acero, contemplando los escapes, los rubíes y las ruedas dentadas... Siempre amenazantes, se hallaban en el

borde de su conciencia la forma y la sombra, la aparición del campo de concentración (cuyo nombre había casi eliminado de su léxico privado, hasta el punto de que raras veces lo mencionaba o lo hacía objeto de sus pensamientos, pues sabía que sólo podía cruzar sus límites en el recuerdo con el riesgo de perder —es decir, quitarse— la vida). Si el campo volvía a hacerse demasiado cercano, como le había sucedido una vez en Suecia, ¿tendría fuerzas suficientes para resistir la tentación o volvería a usar el filo cortante, con más eficacia esta vez? Esta pregunta la ayudó a llenar las horas mientras permaneció allí echada aquellos días, mirando con fijeza el techo, en el que parpadeos de luz filtrados del exterior parecían nadar como pececillos sobre la desolada y rosácea superficie.

Sin embargo, providencialmente, la música vino a salvarla, como en otros tiempos. El quinto o sexto día de su encierro —sólo recordaba que era sábado—, despertó después de una inquieta noche llena de confusos y amenazadores sueños y, obedeciendo a un viejo hábito, alargó el brazo y conectó la pequeña radio Zenith que tenía sobre la mesita de noche. No lo hizo deliberadamente, fue un simple reflejo; si no había escuchado música durante aquellos días de morbosa depresión fue porque no podía soportar el contraste entre la abstracta pero inconmensurable belleza de la música y las dimensiones casi palpables de su dolorosa desesperación. Sin embargo, sin ella saberlo, debía de haber estado abierta y receptiva a los misteriosos poderes terapéuticos de W. A. Mozart, doctor en Medicina, porque ya los primeros compases de la gran *Sinfonía Concertante* en re bemol mayor la hicieron vibrar de pies a cabeza con espontáneo deleite. De pronto comprendió por qué le sucedía aquello, por qué aquella sonora y noble expresión tan llena de peculiares y estremecedoras disonancias inundaba su espíritu de consuelo, reconocimiento y alegría. Porque, aparte de su belleza intrínseca, era una obra cuya identidad había buscado durante diez años. La había conmovido casi hasta la locura cuando un conjunto de Viena visitó Cracovia aproximadamente un año antes del *Anschluss*. Sentada en la sala de música, escuchó aquella obra nueva para ella casi en trance, y dejó que se abrieran de par en par las puertas y ventanas de su mente para dejar paso a las lujuriantes, enlazadas e inquietas armonías y a las salvajes disonancias de inagotable inspiración. En un momento de su temprana juventud caracterizado por un perpetuo descubrimiento de tesoros musicales, éste era para ella un supremo y novedoso hallazgo. Sin embargo, jamás volvió a escuchar la obra, porque, como todo lo demás, la *Sinfonía Concertante* de Mozart (y el quejumbroso y dulce diálogo entre el violín y la viola, y las flautas, y las trompas de oscura garganta) fue barrida por el viento de la guerra en una Polonia que quedó tan asolada, tan aplastada por el mal y la destrucción que la propia noción de la música se convirtió en una absurda excrecencia.

Así, a lo largo de aquellos años de cacofonía en una Varsovia casi totalmente destruida por las bombas, y después, durante el tiempo pasado en el campo de concentración, el recuerdo de aquella obra se esfumó de su memoria, incluso su título, que acabó por confundir con los nombres de otras piezas musicales que había conocido y querido en tiempos que parecían ya muy lejanos. Hasta que todo lo que quedó de ello fue un borroso pero exquisito recuerdo de un momento de irrecuperable bienaventuranza, allá en Cracovia, en otra era. Pero aquella mañana, en su habitación, la sinfonía tanto tiempo perdida, resonando en la laringe de plástico de la pequeña radio barata, le produjo de súbito, junto con una notable aceleración del ritmo cardíaco, una sensación casi olvidada

alrededor de la boca que ella reconoció como una sonrisa. Se incorporó y permaneció escuchando varios minutos, sonriendo, conmovida, entusiasmada, mientras lo irrecuperable se hacía recuperable y comenzaba a diluir su cruel angustia. Luego, cuando terminó la música, y tras haber anotado cuidadosamente el nombre de la obra tal como lo mencionó el locutor, fue hacia la ventana y subió la persiana. Con la mirada fija en la meta del campo de béisbol que limitaba, por aquella parte, con el borde del parque, se encontró preguntándose a sí misma si tendría alguna vez bastante dinero para comprarse un tocadiscos y una grabación de la *Sinfonía Concertante*, y entonces se dio cuenta de que tal pensamiento significaba, en sí mismo, que estaba saliendo de la oscuridad.

Al pensar esto, advirtió también que le quedaba mucho camino por recorrer. La música podía haber mantenido a flote su espíritu, pero su aislamiento en la oscuridad había dejado su cuerpo débil y agotado. El instinto le dijo que aquello se debía a lo poco que había comido aquellos días, casi con los efectos de ayuno completo; sin embargo, no podía explicarse —y la preocupaba— la pérdida del apetito, la fatiga, los dolores en las espinillas como si se las hendieran de arriba abajo con un afilado cuchillo, y especialmente la brusca aparición de su período menstrual muchos días antes de lo debido y con una pérdida de sangre tan copiosa que parecía una hemorragia. ¿Podía anidar la causa de aquella anomalía en la violación de que había sido objeto en el metro? Al día siguiente cuando volvió a su trabajo, decidió pedir al doctor Blackstock que la examinara y le prescribiese un tratamiento. Sophie no era una ignorante en cuestiones médicas, por lo que tenía conciencia de la ironía que había en buscar la ayuda de un quiropráctico, pero hubo de abandonar cualquier reparo que hubiese tenido respecto a las peculiaridades del doctor cuando aceptó el empleo que tan desesperadamente necesitaba. Sabía, por lo menos, que cuanto aquél pudiese hacer estaba dentro de la legalidad y que, de los muchos pacientes que entraban y salían sin cesar de su consultorio (incluidos varios policías), algunos parecían haberse beneficiado de sus manipulaciones de la Columna vertebral: sus tirones, presiones y retorcimientos, amén de otras estratagemas corporales de que se valía en su sanctasanctorum. Pero lo más importante estaba en que él era una de las pocas personas que Sophie conocía lo suficientemente bien como para pedirle consejo, se tratara de lo que se tratase. El hombre le merecía, pues, cierta confianza, dejando aparte naturalmente el escaso sueldo que le pagaba. Y, además, el concepto que ella se había ido formando del doctor la inclinaba a tomárselo con humorística tolerancia.

Blackstock, un hombre robusto y bien parecido de unos cincuenta y cinco años, cuya avanzada calvicie no le restaba atractivo, era uno de esos benditos de Dios cuyo destino lo había conducido de la más dura pobreza de una aldea judía o *shtetl* de la Polonia rusa a las más sublimes satisfacciones que pudiera ofrecerle el éxito materialista norteamericano. Un dandy cuyo vestuario incluía chalecos bordados, anchas corbatas de seda fina y clavel en el ojal, un gran hablador y un gran contador de chistes (principalmente en yiddish): parecía flotar en una alegría y un optimismo tan radiantes que, sin duda alguna, habrían podido medirse por una luminosidad de varias bujías. Era un travieso seductor, obsequiador de chucherías y otorgador de favores, y hacía para sus clientes, para Sophie, y para quien quisiese ser su espectador, pequeños trucos de magia y juegos de manos. Considerando el difícil y doloroso estado de transición en que se hallaba, Sophie habría podido desalentarse ante aquel derroche de energía, aquellos ridículos chistes y jugarretas

pero, detrás de todo ello, vio tan sólo un deseo tan grande —e infantil— de atraerse el afecto de los demás que rechazó la posibilidad de que sus travesuras la ofendieran; además, a pesar de la frívola naturaleza de su humor, Blackstock había sido la primera persona que, desde hacía no pocos años, logró hacer brotar su femenina y franca risa.

En cuanto a su modo de hablar, aparte de arrollador, era sorprendentemente directo. Es posible que sólo un hombre de tan infatigable bondad como la suya pudiese recitar el vulgar catálogo de sus éxitos sin hacerse odioso. Él lo hacía, sí, en un híbrido inglés gutural cuyos armónicos dominantes —el oído de Sophie había aprendido a detectarlos— eran brooklynianos:

—Cuarenta mil dólares anuales brutos; una casa de setenta y cinco mil dólares en la zona más elegante de Saint Albans, Queens, libre de hipotecas, con alfombras de pared a pared, además de luz indirecta en cada habitación; tres coches, dos Cadillac-Fleetwood con todos los accesorios y un Chris-Craf de diez metros en el que pueden dormir cómodamente seis personas. Todo esto además de la más adorable y encantadora esposa que Dios pueda conceder. Y yo un hambriento chaval judío, un pobre *nebbish*, desembarcando en Ellis Island sólo con cinco dólares en el bolsillo y sin conocer ni a un solo prójimo. ¿Qué le parece? ¿Por qué no he de ser el hombre más feliz del mundo? ¿Por qué razón no he de querer que la gente ría y sea tan feliz como yo?

«Por ninguna razón», pensó Sophie un día de aquel invierno después de escuchar a Blackstock mientras éste la llevaba en el Cadillac a su consultorio, al regresar de una corta visita a su casa de Saint Albans.

Sophie lo había acompañado para retirar algunos papeles de la oficina auxiliar que él tenía en casa, donde pudo conocer a la esposa del doctor, una jovial rubia llamada Sylvia, vistosamente ataviada con unos pantalones bombachos de seda que le daban el aspecto de una odalisca turca, quien le enseñó toda la casa, la primera que ella veía en Norteamérica. Era un pintoresco laberinto de organdí y de estampados en el que, a aquella hora ya avanzada del mediodía, dominaba una purpúrea luz de mausoleo, y donde un enjambre de sonrosados cupidos de sonrisa afectada volaba paredes abajo para dar escolta a un gran piano de brillante color rojo y a unos rellenísimos sillones relucientes bajo fundas protectoras de plástico transparente. Por no hablar del cuarto de baño, donde todos los accesorios y adminículos eran tan negros como el azabache. Después, ya en el Cadillac-Fleetwood, con unas enormes iniciales —HB— en las puertas delanteras, Sophie observó fascinada cómo el doctor hacía uso de su radioteléfono, instalado recientemente a prueba en el coche de algunos clientes selectos, que en manos de él era un extraordinario instrumento amoroso. Más tarde, Sophie recordó el diálogo:

—Sylvia, monada, soy Hymie. ¿Me oyes fuerte y claro, guapa? Te quiero, chatita. Besos, besos, encanto. El Fleetwood acaba de dejar la Liberty Avenue y pasa por delante del Cementerio Bayside. Te adoro, vida mía. Toma, este besito es para ti, nenita. (¡Muá, muá!) Regreso dentro de unos minutos, monada. —Y unos momentos después—: Sylvia, encanto, soy Hymie. Te adoro, chatita. Ahora el Fleetwood se halla en el cruce del Linden Boulevard y la Utica Avenue. ¡Qué atasco! Besitos, monada. (¡Muá, muá!) Te envió muchos, muchos besos. ¿Qué? ¿Dices que vas a ir de compras a Nueva York? Cómprale algo bonito a tu Hymie, hermosa mía. Te quiero, encanto. Ah, querida..., se me olvidaba: toma el Chrysler. El Buick tiene averiada la bomba de la gasolina. Corto y cierro, monada.

—Y luego, con una mirada de soslayo a Sophie, acariciando el auricular—: ¡Qué instrumento de comunicación más sensacional!

Blackstock era un hombre verdaderamente feliz. Adoraba a Sylvia más que a la vida misma. Una vez dijo a Sophie que sólo el hecho de no tener hijos le impedía decir que era absolutamente el hombre más feliz de la tierra...

Como se verá oportunamente (y el hecho es importante para esta narración), Sophie me dijo aquel verano varias mentiras. Supongo que incurrió en algunas omisiones que entonces le eran necesarias para guardar su compostura. Quizá su cordura. Yo no la acuso, de ningún modo, porque mirándolo retrospectivamente, sus faltas a la verdad, dadas las circunstancias, la eximen de toda necesidad de disculpa. La parte de su relato referente a su niñez en Cracovia, por ejemplo —el soliloquio que he procurado transcribir con tanta fidelidad como mi memoria me ha permitido—, está compuesto sin duda casi totalmente de verdades. Pero contenía una o dos falsedades importantes, junto con algunas lagunas en puntos decisivos, como se aclarará en su momento. A decir verdad, al releer casi en su totalidad lo que llevo escrito, me doy cuenta de que Sophie me dijo una mentira ya momentos después de que nuestras miradas se cruzaran por primera vez. Fue cuando, terminada su espantosa pelea con Nathan, levantó hacia mí su mirada de desesperación para decirme: «Es el único hombre con el que he hecho el amor en mi vida..., aparte de mi marido». Aunque sin demasiada importancia, esta afirmación no era cierta (mucho más tarde lo admitió al confesarme que, después de que su marido fuera muerto a tiros por los alemanes —una verdad—, tuvo un amante en Varsovia), y si saco el tema a colación no es para insistir mojigatadamente en una veracidad absoluta, sino para señalar la cautela de Sophie en todo lo relacionado con la sexualidad. Y también para dar en este punto una idea de la dificultad que le supuso explicar a Blackstock el terrible malestar que la había acometido y preguntarle si podía deberse a la violación sufrida en el metro.

Se estremeció sólo al pensar que debía revelar su secreto, incluso a Blackstock, un profesional, un hombre en quien sabía que podía confiar. Era tan repulsivo lo que le había sucedido que ni siquiera durante los veinte meses pasados en el campo de concentración —con su diaria e inhumana degradación y su desnudez— se había sentido más mancillada. Sí, ahora se sentía más irremediabilmente ultrajada porque creía que Brooklyn era un lugar «seguro», y además su vergüenza se acentuaba por el hecho de ser católica y polaca e hija de su tiempo y lugar; es decir, una joven educada con una represión puritana y unos tabúes tan severos como los de cualquier otra doncella baptista de Alabama. (Tenía que ser Nathan, me dijo Sophie más tarde, con su libre y apasionada sensualidad, quien desatara en ella un erotismo que nunca había soñado poseer.) Añadamos a la vergüenza íntima propia de toda violación, por no decir cosa peor, la grotesca manera como había sido atacada. No era, pues, de extrañar que la turbación que experimentaba al pensar que debía contarle todo a Blackstock se le hubiera hecho insoportable.

Con todo, en el curso de otro viaje a Saint Albans en el Cadillac, hablando primero en rígido y estricto polaco, se las arregló para comunicarle su preocupación sobre su salud, su decaimiento, los dolores que sentía en las piernas y su extemporánea y excesiva menstruación, y luego, casi susurrando, el episodio del metro. Pero como ella ya había supuesto, Blackstock no entendió bien lo que le decía. Entonces, con una horrible y vacilante dificultad —que sólo después de mucho tiempo podría dejarle comprender,

hasta cierto punto, lo cómico de la situación—, le dio a entender que no, que el acto a que ella se refería no era el que él creía ni se había consumado de modo normal, y que no le resultaba menos repugnante y perturbador de su espíritu por sus insólitas características.

—¿Lo comprende usted, doctor? —susurró ella, hablando ahora en inglés—. Aún más repugnante y más odioso, precisamente por eso —añadió, echándose a llorar, como si con ello quisiera ayudarle a comprender lo que quería decir.

—Quiere decir... —la interrumpió— ¿un *dedo*...? ¿Se lo hizo con un...? —Y se detuvo delicadamente, pues Blackstock, en todo lo relacionado con la sexualidad, no era nada grosero. Y cuando Sophie le confirmó que aquello era lo que había querido decir, y le aclaró las circunstancias en que había tenido lugar, él la miró con compasión y murmuró amargamente—: *Oy vey*, qué mundo más *farshtinkener*...

El resultado final de todo eso fue que Blackstock admitió enseguida que la violación que Sophie había sufrido podía haber provocado, por su peculiaridad, los síntomas que habían comenzado a atormentarla, especialmente la excesiva menstruación. Concretando, su diagnóstico fue éste: el trauma que padecía, localizado en la región pélvica, había causado un pequeño pero nada despreciable desplazamiento de la vértebra sacra, con la consiguiente presión sobre el quinto nervio lumbar o sobre el primer sacro, o quizás ambas cosas; en cualquier caso, ello era sin duda suficiente para provocar la pérdida de apetito, la fatiga y los dolores en los huesos de que se quejaba, síntomas triunfalmente corroborados por la excesiva menstruación. Estaba bien claro, dijo a Sophie, que necesitaba un tratamiento consistente en masajes de la columna vertebral para que recuperara la función nerviosa normal y, con ella, la salud perdida. Dos semanas de tratamiento quiropráctico, le aseguró, la pondrían como nueva. Blackstock le confió que había llegado a considerarla como si fuera de la familia, por lo que no le cobraría ni un céntimo. Y, para acabar de animarla, insistió en que presenciara su más reciente número de prestidigitación, en el que un ramillete de sedas multicolores desaparecía repentinamente de sus manos para reaparecer, un instante después, convertido en diminutas banderas de las Naciones Unidas que fueron saliendo de su boca al tirar del hilo al que estaban adheridas. Sophie consiguió elogiar el juego de manos con una risa que saltó con dificultades de su garganta, pero se sintió al momento tan deprimida, tan desesperadamente deprimida que se creyó a punto de enloquecer.

Nathan se refirió cierta vez al modo en que él y Sophie se conocieron diciendo que había sido «cinematográfico». Quería decir con esto que no se habían sentido atraídos el uno hacia el otro en circunstancias corrientes, como haberse criado juntos o haber coincidido en la misma escuela, la misma oficina o el mismo barrio, sino de esa manera deliciosamente casual en que suelen hacerlo esos románticos extraños de los ensueños de Hollywood, esos seres predestinados a amarse cuyos destinos se entrelazaron ya desde la primera mirada en su encuentro fortuito: John Garfield y Lana Turner, por ejemplo, completamente flechados desde el instante en que sus ojos se encuentran en un café situado al borde de la carretera, o, más caprichosamente, William Powell y Carole Lombard con las manos y las rodillas en el suelo mientras buscan un huidizo diamante. Por otro lado, Sophie atribuía la convergencia de sus caminos simplemente al fracaso de la medicina quiropráctica. Más tarde, pensativa, me hacía a veces reflexiones como ésta: «Supongamos que el tratamiento del doctor Blackstock y el de su joven asociado, el doctor

Seymour Katz (que venía después de las horas normales de consulta para atender al prodigioso exceso de pacientes), hubiese dado resultado; supongamos que la cadena de acontecimientos que, empezando por aquel vandálico dedo, condujeron a la vértebra sacra y al quinto nervio lumbar no hubieran sido una quimera quiropráctica, sino que hubiesen terminado en un triunfo, en la alegría de mi salud completamente recuperada como resultado de dos semanas de aporreos, tirones y sopapos a mi espina dorsal».

Así pues, considerando esta suposición, si Sophie se hubiese curado de aquella manera, nunca habría conocido a Nathan; no había duda. La realidad fue que todo aquel vigoroso tratamiento a que se sometió sólo la hizo empeorar. Hizo que se sintiera tan mal que la obligó a vencer su deseo de no herir la sensibilidad de Blackstock diciéndole que ninguno de sus síntomas había desaparecido, mejor dicho, que cada vez eras más molestos y alarmantes.

—Pero, ¡muchacha! —exclamó Blackstock, meneando la cabeza—, ¡si tendría que encontrarse mejor!

Sí, habían transcurrido ya dos semanas de tratamiento cuando Sophie sugirió al doctor, con gran prudencia, que tal vez lo que necesitaba era un verdadero diagnóstico de un doctor en medicina. A pesar de su cautela, tales palabras le provocaron casi un acceso de ira, un tremendo estado de excitación que jamás había visto en aquel hombre tan benigno, patológicamente benigno.

—¿Un doctor en medicina, quiere? ¿Uno de esos presumidos de Park Slope que le robarán hasta el último céntimo? ¡Mejor será, muchacha, si sigue pensando así, que se ponga en manos de un veterinario!

Para desesperación de Sophie, le propuso entonces tratarla con Electro-Sensilator, un nuevo y sensacional aparato de aspecto complicado, que tenía aproximadamente la forma de una nevera y estaba provisto de gran cantidad de cables y esferas de aparatos de medición. Según Blackstock, el artefacto reordenaría la estructura molecular de las células óseas de su columna vertebral; y no podía fallar porque lo había comprado («por un centavo», dijo, recurriendo a su almacén de modismos norteamericanos) en el mayor centro quiropráctico del mundo, en algún lugar de Ohio o Iowa (estados cuyos nombres siempre confundía).

En la mañana del día en que estaba previsto que se sometiera al macabro abrazo del Electro-Sensilator, Sophie se levantó más dolorida y desmejorada que nunca. Era su día libre, lo que le permitió dormir durante buena parte de la mañana y no despertarse por completo hasta cerca de las doce del mediodía. Mucho tiempo después recordaría claramente aquella mañana, y también que, en su febril sopor —un medio sueño en que el lejano pasado de Cracovia se entremezcló, en un curioso estado de insensibilidad, con la sonriente presencia y las manos esculpidoras del doctor Blackstock—, veía la figura de su padre con misteriosa obsesión. Malhumorado, con una rigidez que su almidonado cuello de camisa, sus gafas sin montura de profesor y su traje de lana impregnado de humo de cigarro no hacían sino aumentar, la estaba sermoneando en alemán con la misma gravedad que ella recordaba de su niñez; parecía ponerla en guardia contra algo —¿se refería a su enfermedad?— pero, cada vez que ella se esforzaba por salir de su ofuscación como un nadador que intentara mantenerse a flote, las palabras del profesor se embrollaban y se escapaban de su memoria, permaneciendo tan sólo la imagen de su padre, siempre severa

e incluso vagamente amenazadora, que poco a poco se fue desvaneciendo. Por último — principalmente para sustraerse a la impresión que le había dejado aquella aparición—, haciendo acopio de toda su fuerza de voluntad, abandonó la cama para enfrentarse con la variopinta belleza de un espléndido día de verano. Ya levantada, se puso a temblar de pies a cabeza, y advirtió que había perdido por completo el apetito. Hacía tiempo que era consciente de la palidez de su piel, pero aquella mañana quedó horrorizada al mirarse en el espejo del cuarto de baño; estuvo a punto de dejarse llevar por el pánico: su cara ya no tenía aquel tono sonrosado, testimonio de un resto de vitalidad, que había conservado hasta entonces; era un rostro que le recordaba los blancos cráneos de antiguos monjes encontrados en el sepulcro subterráneo de una iglesia italiana.

Con su temblor en aumento, un temblor que ahora le recorría todos los huesos, los dedos de las manos —delgadísimas y exangües, como advirtió de pronto— y los fríos dedos y plantas de los pies, cerró con fuerza los ojos, en la anonadante y absoluta convicción de que se estaba muriendo. Y se le ocurrió el nombre de su enfermedad. «Tengo leucemia —pensó—, estoy muriendo de leucemia, como mi primo Tadeusz... y todo ese tratamiento del doctor Blackstock no es más que una farsa. Sabe que me estoy muriendo, y todos sus cuidados son pura ficción.» Un toque de histeria, casi perfectamente situado entre la angustia y la hilaridad, se apoderó de ella mientras pensaba en la ironía de morir de una enfermedad tan insidiosa e inexplicable tras haber sobrevivido a tantas otras dolencias y después de lo mucho que, de incontables maneras, había visto, conocido y soportado. Y a este pensamiento le siguió otro perfectamente lógico, aunque desesperante y torturador: el final que temía era quizá tan sólo el implacable modo elegido por el cuerpo para realizar la autodestrucción que ella no había conseguido llevar a cabo por su propia mano.

Sin embargo, fue capaz de dominarse y empujar el morboso pensamiento hacia los más remotos rincones de su mente. Se apartó un poco del espejo, se contempló narcisistamente, insistiendo en la observación de aquella belleza que tan familiar le era, pero prescindiendo de la blanca máscara, mirando más allá de ella, lo que le proporcionó un largo rato de relativa tranquilidad. Era el día de la lección de inglés en el Brooklyn College, y con el fin de recuperar las fuerzas necesarias para soportar el horrible viaje en metro y asistir a la clase, se hizo algo de comer. Fue una tarea salpicada de oleadas de náuseas, pero sabía que tenía que superar aquel mal momento. Por fin quedaron preparados, en su cocinita, los huevos con jamón, el pan integral y la leche. No sin esfuerzo, se puso a comer y, a poco de haber empezado, tuvo una inspiración... causada, al menos en parte, por la sinfonía de Mahler que emitía en aquel momento la WQXR en su concierto del mediodía. Por razones no demasiado claras, una serie de sombríos acordes del *andante* de la obra le recordaron el notable poema que el profesor le había leído, pocos días antes, al final de su lección de inglés (un ardiente, gordo, paciente y concienzudo joven graduado conocido en clase como el señor Youngstein). Seguramente debido a su perfecto dominio de otros idiomas, Sophie era, con mucho, la alumna más destacada entre aquella mezcla de esforzados alumnos de todos los colores y de distintas hablas, aunque la lengua que más abundaba en el grupo era el yiddish, usado por refugiados de todos los rincones de Europa donde había llegado la destrucción; las dotes lingüísticas de Sophie habían atraído sin duda el interés del señor Youngstein, pero era tan ajena al efecto que

podía causar su simple presencia física que no consideró la posibilidad de estarlo ejerciendo, perturbadoramente, sobre el joven profesor.

Aun así, no había duda de que el señor Youngstein, con todo su aturdimiento y toda su timidez, se había enamorado, y no poco, de Sophie, pero no se atrevía a otras insinuaciones que la sugerencia, hecha cada día desmañadamente, de que una vez terminada la clase se quedara un momento para poderle leer lo que él llamaba «poesía representativa norteamericana». Lo hacía con voz nerviosa, entonando los versos de Whitman, Poe, Frost y otros de manera bronca y nada musical, pero marcando claramente sus sílabas, mientras ella lo escuchaba con gran atención, emocionada a menudo, y a veces profundamente, por una poesía que de vez en cuando le proporcionaba interesantes y nuevos matices de la lengua que estaba perfeccionando, y conmovida también, hasta cierto punto, por la torpe y desmañada pasión que el señor Youngstein sentía por ella, expresada con miradas de fauno desde detrás de unas monstruosas gafas casi prismáticas. Se sentía a la vez halagada y apenada por aquel inexperto y estático enamoramiento, pero en realidad sólo podía responder a la poesía, pues el señor Youngstein, además de ser —con los veinte años que representaba— por lo menos diez más joven que ella, carecía totalmente de atractivo físico (lo que confirmaban, porejemplo, su notable gordura y sus ojos grotescamente desorientados). Con todo, su armonía con aquellos poetas era tan profunda y genuina que conseguía comunicar no poca de su esencia. Así, a Sophie la había cautivado en particular la encantadora melodía de unos versos que comenzaban así:

Por no poder esperar la muerte,
ella, bondadosa, me esperó a mí;
nadie más cabía en el carruaje,
sólo nosotros dos, y la inmortalidad.

Le encantaba escuchar cómo el señor Youngstein leía el poema, aunque en realidad deseaba leerlo ella misma con su inglés, ya muy mejorado, junto con otras obras del poeta, para aprendérselo todo de memoria. Pero hubo una pequeña confusión. Le había pasado por alto una de las inflexiones del profesor. Sophie creyó que este breve poema, esta visión de lo eterno escrita de modo tan simple y sublime, era obra de un poeta norteamericano cuyo apellido era idéntico al de uno de los novelistas que se habían ganado la inmortalidad. Por esto, de nuevo en la habitación de la casa de Yetta, Sophie recordó el poema al escuchar aquellos sombríos acordes de Mahler, y decidió ir, antes de que comenzara la clase, a la biblioteca del Brooklyn College para hojear la obra de este maravilloso artífice, que, en su ignorancia del tema, creía que era un hombre. Esta mala interpretación, con toda su inocencia, me hizo notar ella más tarde, fue en realidad la pieza decisiva en la composición del pequeño mosaico que, finalmente, llegaría a formarse para ofrecer la imagen de su encuentro con Nathan.

Lo recordaba todo tan bien... Tan pronto como emergía del sofocante calor del detestado metro, aparecía ante ella el soleado campus con sus extensos rectángulos de césped verde, su multitud de estudiantes de la escuela de verano, los árboles y los floridos paseos. Siempre sentía un poco más de paz en aquel lugar que en cualquier otra parte de Brooklyn; si bien aquella escuela superior se parecía a su venerable universidad polaca del

pasado —aún con reminiscencias de la antigua dinastía de los Jagellones— tanto como un reluciente cronómetro a un musgoso reloj de sol, la espontaneidad y despreocupación de sus estudiantes, el bullicio que producían entre clase y clase, su aspecto y su modo de sentir académicos, hacían que Sophie se sintiera allí relajada, cómoda, como en casa. Los jardines eran un sereno y florido oasis en medio del multitudinario ajetreo de una caótica Babilonia. Aquel día, mientras cruzaba el límite de los jardines, camino de la biblioteca, vio algo que desde entonces quedaría tan grabado en su mente que más tarde la llevó a preguntarse si no tuvo una relación simbólica, mística, con su acercamiento a Nathan y con la inminencia de la aparición de éste en su vida. Lo que vio Sophie fue de tono muy subido, considerando las decorosas normas del Brooklyn College y el hecho de que corrían los años cuarenta, y más que horror o sorpresa, lo que sintió fue una gran agitación, como si la inquieta y desesperada sensualidad de aquella pequeña escena hubiera tenido el poder de reavivar los rescoldos de un fuego que creía ya casi apagado para siempre. Fue la rápida visión, la instantánea en color de dos hermosos jóvenes de piel oscura arrullándose contra el tronco de un árbol: con los brazos llenos de libros, abandonados el uno al otro como David y Betsabé, se apretujaban y besaban con el hambre devoradora de dos animales que quisieran engullirse mutuamente su sustancia; sus nerviosas lenguas se exploraban glotonamente entre sí, carne vibrante apenas oculta por el negro manto de la abundante cabellera de la muchacha que caía sobre sus hombros como una cascada.

El instante pasó. Sophie, con la sensación de haber recibido una puñalada en el pecho, miró hacia otro lado. Apretó el paso por uno de los atestados paseos laterales, consciente de su febril arrebolamiento y del galopante latir de su corazón. Era inexplicable, y alarmante, la incandescente excitación sexual que sentía en todas partes, dentro de ella. ¡Después de no haber sentido nada desde hacía tanto tiempo, después de haber vivido tan largamente con los deseos aplacados! Pero ahora el fuego había llegado hasta la punta de sus dedos, alcanzaba el extremo de todos sus miembros, y sobre todo llameaba en el centro de su cuerpo, en algún lugar cercano a la matriz, donde no había sentido aquel insistente anhelo desde hacía incontables meses y años.

Pero aquella increíble emoción no tardó en disiparse. Ya había desaparecido en el momento en que entró en la biblioteca, mucho antes de que avistara al bibliotecario sentado detrás de su mesa: un nazi. No, por supuesto, no era un nazi; no sólo porque el nombre grabado en una placa lo identificaba como el señor Sholom Weiss, sino porque..., veamos, ¿qué podía estar haciendo allí un nazi, distribuyendo sabiduría humana, volumen tras volumen, en la biblioteca del Brooklyn College? De todos modos, Sholom Weiss, un hombre de rostro pálido y severo en su treintena, con unos lentes de agresiva montura de concha y una visera verde, era hasta tal punto el sorprendente doble de cada uno de los perversos, duros e insensibles burócratas y semimonstruos que había conocido años atrás, que provocó en ella la sensación de que había retrocedido súbitamente a la Varsovia de la ocupación. Y era sin duda este momento de *déjà-Vu*, este destello de identificación, lo que la hizo sentirse tan repentina e irremediabilmente abatida. Volviéndose a sentir sofocadamente enferma, preguntó a Sholom Weiss, con voz apocada, dónde podría encontrar el fichero con las obras del poeta norteamericano del siglo XIX Emil Dickens.

—En la sala de ficheros, primera puerta a la izquierda —murmuró Weiss sin el menor indicio de sonrisa, y, después de una larga pausa, añadió—: Pero no encontrará

usted tal ficha.

— ¿Que no encontraré la ficha? — dijo Sophie, desconcertada. Al cabo de un instante de silencio, preguntó—: ¿Podría decirme por qué?

— Charles Dickens es un escritor «inglés». No existe ningún poeta norteamericano con el nombre de Dickens.

Su voz era tan cortante y hostil que pareció producir a Sophie una verdadera incisión.

Invadida por unas súbitas náuseas, medio mareada y con un peligroso hormigueo recorriéndole las piernas como si mil agujas empezaran a clavarse en ellas, Sophie contempló con desapasionada curiosidad cómo la cara de Sholom Weiss, hoscamente inflexible y sumamente desagradable, flotaba en apariencia por encima de su cuello de camisa tras haberse separado de su cuello verdadero. «Me siento tan terriblemente enferma...», se dijo a sí misma como si se dirigiera a un solícito e invisible doctor, pero consiguió emitir balbuciente:

— Estoy segura de que hay un poeta norteamericano con el apellido Dickens.

Y, pensando que aquellos versos, aquellos reverberantes versos, con su música en miniatura tan llena de angustia mortal y de tiempo, serían tan familiares para cualquier bibliotecario norteamericano como los muebles de su casa, el himno nacional o su propia carne, Sophie notó que sus labios se separaban para decir: «Por no poder esperar la muerte...».

Se sentía horriblemente mareada. Por ello no se dio cuenta de que, entretanto, algún rincón del despiadado cerebro de Sholom Weiss había registrado la contradicción, y la insolencia, de que había sido objeto. Antes de que pudiera pronunciar la frase, oyó levantarse la voz de Sholom Weiss por encima de toda regla de silencio bibliotecaria consiguiendo que todas las cabezas se volvieran, incluso las más distantes. Con una bronca y áspera voz que quería ser susurrante, pero que estaba innecesariamente envenenada por una gran dosis de mala voluntad, replicó con toda la brutal indignación de que fuera capaz un subalterno con mando:

— ¡Oiga, ya le he dicho que esa persona no existe! ¡Como no quiera que se la pinte! ¡Esto es lo que le digo! ¿Me oye usted?

Sholom Weiss habría podido creer fácilmente que acababa de matarla con su lenguaje. Porque cuando Sophie despertó, un momento después, del breve desmayo que la hizo caer desplomada al suelo, el eco de las palabras de aquel hombre aún resonaba con insistencia en su mente. Sólo tenía la vaga impresión de que se había desvanecido justo en el instante en que él había cesado de gritarle; todo se había agitado a su alrededor y apenas sabía dónde se encontraba. La biblioteca, sí, allí estaba, pero al parecer se hallaba torpemente reclinada en una especie de sofá o poltrona bajo una ventana, no muy lejos de la mesa frente a la que se había desmayado, y se sentía tan débil..., y un repelente olor impregnaba el aire a su alrededor, una agria emanación que no pudo identificar hasta que, lentamente, al sentir aquella humedad —una gran mancha en la parte delantera de su blusa—, se dio cuenta de que había vomitado su última comida. Una húmeda y amplia costra de vómito parecido a hediondo lodo cubría casi todo su pecho.

Aun cuando se había dado cuenta de lo que le había sucedido, movió la cabeza de modo casi instintivo, consciente de que debía descubrir algo más... Sí, una voz, una voz

masculina, rotunda, poderosa, que increpaba a la figura encogida y sudorosa que casi daba la espalda a Sophie, pero a la que ella reconoció como Sholom Weiss al distinguir, aunque confusamente, su verde visera, ahora ladeada sobre una ceja. Sí, y un tono duro, imperativo, gravemente ultrajado, en la voz del hombre..., al que apenas podía ver debido a su estado y posición. No obstante, aquella nueva presencia hizo que un extraño y agradable escalofrío le recorriera la espalda, aun hallándose reclinada en el mismo sitio, débil y desamparada.

—Casi no lo conozco, Weiss, pero acabo de percatarme de que su educación es pésima. ¡He oído todas y cada una de las palabras que usted ha pronunciado porque me encontraba aquí mismo! —gritó—. Y he oído todas y cada una de las cosas intolerablemente rudas y ofensivas que usted ha dicho a esta muchacha. ¿No ha visto que es extranjera, desgraciado? ¡Si será estúpido! —Se había formado ante ellos un pequeño grupo de improvisados espectadores que, lo mismo que Sophie, podían ver temblar al bibliotecario como si lo azotaran fríos y huracanados vientos—. Es usted un mal judío, Weiss, uno de esos viles lameculos que fustigan a los demás judíos. Esta muchacha, esta bella y encantadora muchacha, sólo con pequeñas vacilaciones en su lenguaje, le ha hecho a usted una pregunta perfectamente lógica y aceptable, y usted la ha tratado como a cualquier porquería a la que se puede pisotear. ¡Debiera romperle esa maldita cabezota! ¡Habla usted de libros como podría hacerlo un fontanero! —De pronto, con todo el asombro que le permitía su aturdimiento, Sophie vio cómo el hombre daba un tirón a la visera de Weiss y se la dejaba colgando alrededor del cuello—. ¡Si será asqueroso! ¡Su sola presencia basta para hacer vomitar a cualquiera!

Sophie debió de perder otra vez el conocimiento, porque la próxima cosa que recordaba eran los fuertes dedos de Nathan que, maravillosamente expresivos, y manchados —cosa que la apenó— de pegajoso vómito, le aplicaban con sumo cuidado algo frío en la frente.

—Ya se ha recuperado, muñeca —le susurró Nathan—, pronto estará estupendamente. No debe preocuparse por nada. Uy, y con lo bonita que es... ¿Cómo es posible que sea tan bonita? Ahora no se mueva, todo va bien; total, un desmayito de nada. Así, quédese quieta y deje que el doctor cuide de todo. Bien, ¿qué tal? ¿Quiere un sorbo de agua? No, no intente decir nada; relájese y nada más. No tardará en encontrarse perfectamente.

Y la voz continuó su suave monólogo, arrulladora, tranquilizante, incitándola al reposo con sus murmullos; tan sedante resultó su dulce cantilena que a Sophie dejó de preocuparle que las manos de aquel extraño estuvieran verdosamente manchadas con sus agrios jugos, pero lamentó que el primer pensamiento que ella le había expresado, tan pronto como abrió los ojos, hubiera sido una tontería:

—Ay, creo que me estoy muriendo.

—No, no se está muriendo —le decía ahora con una voz llena de infinita y paciente fuerza, mientras sus dedos seguían llevando aquella exquisita frialdad a su frente—. No va usted a morir, vivirá más de cien años. ¿Cómo se llama, monada? No, no me lo diga ahora; quédese quieta, así, bien guapa. Su pulso es correcto, normal. Vamos, beba un sorbo de agua...

Hacia las dos semanas de haberme instalado confortablemente en mi rosáceo aposento, recibí otra comunicación de mi padre. Era una carta fascinante en sí, aunque apenas podía darme cuenta en aquel momento de la influencia que tendría sobre mi amistad con Sophie y Nathan y los turbulentos acontecimientos posteriores de aquel mismo verano. Como la última de las cartas tuyas que he citado —la que se refería a María Hunt—, este mensaje tenía que ver con una muerte, y, como el anterior —donde mi progenitor me hablaba de Artiste—, me trajo noticias sobre algo que podía llamarse herencia o su participación en ella. Transcribo aquí la mayor parte de la carta:

Hijo mío, hoy hace diez días que mi querido amigo y rival político y filosófico Frank Hobbs murió de repente en su despacho del astillero. Fue una trombosis muy rápida, casi instantánea, diría yo. Sólo tenía sesenta años, una edad que con cierta desesperanza he comenzado a ver que se halla virtualmente en la marea de equinoccio invernal de la vida. Su fallecimiento me afectó mucho y he sentido profundamente su pérdida. Sus opiniones políticas, por supuesto, eran deplorables —lo situaban, diría yo, a diez kilómetros a la derecha de Mussolini—, pero por otra parte era lo que nosotros, hijos de esta tierra, hemos llamado siempre «un buen chico», y echaré de menos su voluminosa y generosa, presencia, a pesar de su fanatismo, cuando íbamos al trabajo en el coche. Era, en muchos aspectos, un hombre trágico: solo, viudo, y doliéndose de su único hijo, llamado Frank como él, que como recordarás se ahogó cuando tenía unos veinte años, no hace mucho tiempo, en un accidente de pesca, allá en Albemarle Sound. Frank —el padre— no dejó herederos, y éste es el motivo principal de esta carta, así como la razón de que sea un poco larga.

Hace algunos días el abogado de Frank me llamó para decirme, con gran sorpresa por mi parte, que soy el principal beneficiario de su legado. Frank tenía poco dinero —simples ahorros— y carecía de inversiones, pues sólo había sido, como yo, un empleado con un buen sueldo dentro —o tal vez a horcajadas— del monstruoso leviatán conocido como negocios norteamericanos. Siento, pues, no poder anunciarte el inminente envío de un gordo cheque que aligere tus preocupaciones mientras te halles entregado a tus tareas literarias. Sin embargo, hace muchos años que Frank era propietario, y dueño ausente, de una pequeña granja cacahuetera en Southampton County, lugar relacionado con la familia Hobbs desde la guerra civil. Y es esta granja la propiedad que me dejó Frank, haciendo constar en su testamento que, aun cuando puedo hacer con la finca lo que me plazca, desearía que yo siguiera cultivándola como él, no pensando en las modestas ganancias que pueden obtenerse de veinticinco hectáreas de cacahuets, sino en disfrutar del agradable campo, con su verdor y frescura, donde está situada la granja, sin olvidar el encanto del pequeño río que discurre cerca de ella. Debió de darse cuenta de lo mucho que me gustaba el lugar, que visité varias veces con él al correr de los años.

Sin embargo, este extraordinario y conmovedor gesto de Frank me ha puesto, me

temo, en un aprieto. Si bien me gustaría hacer todo lo posible por no vender la finca, dudo de que mi temperamento, después de tantos años, siga siendo el adecuado para llevar una granja (aunque, de muchacho, sabía muy bien cómo se manejaban la pala y el azadón), incluso como propietario ausente, como lo era Frank; aun en este caso, el asunto requiere mucho trabajo y mucha atención y, además, mientras que Frank sólo pensaba en retirarse allí, yo me vería obligado a dejar mi trabajo en el astillero. De todos modos, la proposición es atractiva, claro está. Hay allí dos arrendatarios negros muy capaces y fiables, y puede decirse que el equipo está en buenas condiciones. La vivienda principal está muy bien acondicionada y sería un buen refugio para los fines de semana, sobre todo considerando su proximidad al maravilloso río donde se puede pescar. Los cacahuets producen ahora dinero, especialmente desde que la última guerra les abrió tantas nuevas aplicaciones. Recuerdo que Frank vendía la mayor parte de su cosecha a Planters, de Suffolk, adonde iba a parar para saciar la voraz necesidad norteamericana de mantequilla de cacahuete Skippy. Hay algunos cerdos, que, por supuesto, proporcionan los mejores jamones de la cristiandad. Hay también algunas hectáreas dedicadas a la soja y al algodón, cuya cosecha da también sus ganancias. Como puedes ver, hay varios aspectos en esta situación, aparte de los estéticos y los recreativos, que me tientan a echar una mano a las actividades agrícolas después de cuarenta años de ausencia del campo y el granero. Naturalmente, eso no me haría rico, si bien sospecho que podría aumentar siquiera un poco unos ingresos muy mermados por las necesidades de tus dos pobres tías de Carolina del Norte. Pero me veo inmovilizado por dichos escrúpulos y reservas. Y eso me lleva, Stingo, a hablarte de tu posible papel en este dilema hasta ahora sin resolver.

Lo que te propongo es que te traslades a la granja y te quedes a vivir en ella, actuando como su propietario en mi ausencia. Casi puedo notar tu desconcierto mientras lees mi sugerencia, y ver en tus ojos una expresión que dice, poco más o menos: «Pero si yo no sé absolutamente nada de ese maldito cultivo del cacahuete...». Y comprendo hasta qué punto todo esto puede parecerte inapropiado, especialmente teniendo en cuenta que has decidido probar suerte como escritor entre los yanquis. De todos modos, te pido que medites mi proposición, no porque no valore la necesidad de independencia que sin duda estás llenando en el (para mí) bárbaro Norte, sino en atención al descontento que me expresas en tus últimas cartas, de las que deduzco que tu situación no es muy floreciente, ni espiritual ni (por supuesto) económicamente. Allí, en primer lugar, tus obligaciones serían mínimas, pues Hugo y Lewis, los dos negros que viven en la finca con sus familias desde hace ya años, conocen muy bien todas las cuestiones prácticas de la granja, lo que te permitiría hacer las veces de una especie de señor rural cuya principal ocupación consistiría en escribir esa novela en que me dicen que te has embarcado. Y, además, no pagarías alquiler, y estoy seguro de que podría arreglar las cosas de modo que cobraras una pequeña remuneración suplementaria en pago de tus escasas responsabilidades.

Por último, te ruego que consideres el aliciente (que me he reservado hasta este punto) que representa la proximidad de la granja al antiguo hábitat del «viejo profeta Nat», el misterioso negro que atemorizó o (si me perdonas un término más acorde

con la realidad) hizo c...r de miedo hace muchísimos años, a una infeliz Virginia defensora de la esclavitud. Nadie sabe mejor que yo lo que te fascinaba el «viejo profeta», porque jamás he podido olvidar que, sin ser todavía más que un estudiante de segunda enseñanza, siempre estabas ocupado con tus mapas y tus cartas y los pocos datos que podías reunir sobre aquel extraordinario personaje. La granja de Hobbs está sólo a un paso, a un salto, del terreno en que Nat Turner inició su terrible y sangrienta misión, y estoy seguro de que si te decidieras a residir allí podrías obtener en buena medida el ambiente y la información que necesitas para ese libro que no dudo llegarás a escribir. Te ruego que reflexiones detenidamente sobre esta proposición, hijo mío.

Mentiría si ocultara la parte de interés propio que conlleva la oferta. Tengo mucha necesidad de un encargado que me vigile la hacienda, si es que he de conservarla. Pero también es cierto, y tampoco puedo ocultártelo, que siento un gran placer en tu nombre sólo con pensar que tú, ya en camino de convertirte en el escritor que yo no logré ser, pudieras aprovechar la espléndida ocasión de vivir en aquel lugar, para sentir, ver y oler la mismísima tierra que dio nacimiento a aquel hombre tan prodigioso y tan enigmático.

Hasta cierto punto, todo aquello era muy tentador; no podía negarlo. Mi padre había incluido en la carta varias fotografías en color de la amplia y vieja finca; rodeada de altísimas hayas que le daban sombra, la granja, de mediados del siglo XIX, no parecía necesitar —aparte de una capa de pintura— apenas nada para quedar convertida en confortable residencia de alguien que deseara, y pudiese, colarse fácilmente en la gran tradición sureña de los escritores-granjeros. La dulce serenidad de aquel lugar (gansos chapoteando por la hierba de un húmedo verano, el amodorrado porche con una mecedora, los buenos de Hugo y Lewis dirigiéndome una sonrisa, llena de blanquísimos dientes y sonrosadas encías, desde el volante de un fangoso tractor) me dejó, por un instante, fascinado de veras y herido por la nostalgia del Sur. La tentación era poderosa y conmovedora, pero me duró justo el tiempo de leer la carta dos veces más y de cavilar nuevamente sobre la casa y sus familiares alrededores, todo ello sumergido en una lechosa e idílica neblina según veía en las fotografías que tenía ante mí, cosa que tal vez podía deberse a un exceso de exposición de la película. A pesar de que la carta me emocionaba y poseía, pensando prácticamente, una lógica difícil de rebatir, llegué a la conclusión de que debía rechazar la invitación de mi padre. Si su carta hubiera llegado sólo unas semanas antes, cuando la marea de mi vida se encontraba en uno de sus puntos más bajos —después de haber sido despedido de McGraw-Hill—, habría aprovechado de mil amores la oportunidad. Pero entretanto la situación se había alterado radicalmente, pues había conseguido entenderme con mi entorno. Me vi, pues, obligado a contestar a mi padre con un dolido «no». Y, al mirar ahora hacia atrás y recordar aquel prometedor momento, veo que eran tres los factores que justificaban mi sorprendente y recién nacido optimismo. Sin señalarlos por orden de importancia, estos factores eran: 1) una súbita iluminación respecto a mi novela, cuyo futuro se había presentado hasta entonces opaco y poco prometedor; 2) mi descubrimiento de Sophie y Nathan; y 3) buenas perspectivas, casi garantizadas, de plena satisfacción sexual, por primera vez en mi insatisfecha vida.

Para empezar, unas palabras sobre el libro que quería escribir. En mi carrera de escritor, siempre me han atraído los temas morbosos: suicidio, violación, asesinato, vida militar, matrimonio, esclavitud. Ya en aquella temprana etapa sabía que mi primer libro se caracterizaría por cierto grado de morbosidad —lo sentía en mis huesos; algo que podía llamarse, posiblemente, «sentido trágico»—, aunque, a decir verdad sólo tenía una vaguísima noción del tema sobre el que, tan febrilmente me proponía escribir. No obstante, también es cierto que mi cerebro poseía ya lo que suele ser un valioso componente de toda novela: el lugar. Las imágenes, los sonidos, los olores, las luces y sombras y las profundidades y bajíos acuosos de la costa de Tidewater donde nací me estaban acuciando para que les diera realidad física sobre el papel, y yo apenas podía contener mi deseo —casi ardiente anhelo— de convertir todo aquello en palabras y frases. Pero de los personajes y el argumento, de una trama aceptable en la que poder entretrejer las vividas imágenes de mi-reciente pasado, nada de nada. A mis veintidós años de edad, apenas si me consideraba algo más que un frágil compuesto de entusiasmo y nervios de un metro ochenta de altura y sesenta y ocho kilos de peso sin gran cosa que decir. Pensaba partir de una estrategia patéticamente deductiva, falta de lógica y de propósito, en la que ambas cosas eran sustituidas por una amorfa apetencia de hacer con una pequeña ciudad del Sur lo que James Joyce había hecho con su milagroso microcosmos. Para alguien de mi edad era una valiosa ambición, salvo por el hecho de que, aun en el nivel de éxito —mucho más modesto— que pretendía alcanzar, no parecía haber modo de inventar réplicas de Stephen Dedalus y de los imperecederos Blooms.

Pero luego —y cuán cierto es que la mayoría de los escritores se convierten, más tarde o más temprano, en explotadores de las tragedias de los demás...— estaba María Hunt. Murió en el momento en que más necesitado me hallaba de esa maravillosa sacudida llamada inspiración. Y así fue como, durante los días que siguieron a su muerte, mientras el impacto de la noticia se iba borrando y me iba encontrando en condiciones de adoptar lo que habría podido llamarse un punto de vista profesional ante un grotesco final, me acometió una fabulosa fiebre descubridora. Una y otra vez, estudié con atención el recorte de periódico que mi padre me había enviado, y me fui entusiasmando al darme cuenta de que María y su familia podían servirme de modelo para los personajes de la novela. El desesperado derrumbamiento de un padre que es alcohólico crónico y también mujeriego; la madre, ligeramente desequilibrada y dada a una inflexible mojigatería, es conocida en el club de campo de la alta clase media y en los escalones más elevados del episcopado de la ciudad por su larga y sufrida tolerancia de la amante de su esposo, una oscura pueblerina con aspiraciones de ascenso social; y finalmente la hija, la pobre María, condenada ya desde el principio a ser la víctima de todas esas oscuras incomprensiones, mezquinos odios y rencorosos ataques que pueden convertir la vida de una familia burguesa en lo más cercano al infierno sobre la tierra... «¡Dios mío —pensé—, si esto es maravilloso! ¡Un don del cielo!» Y me di cuenta, encantado, de que, aunque inconscientemente, ya había compuesto la primera parte del marco que rodearía aquel trágico panorama: mi viaje en el traqueteante tren, el pasaje que tan neciamente había mimado y releído, se convertiría ahora en la llegada a la ciudad del cuerpo de nuestra heroína, exhumado del cementerio de pobres de Nueva York y enviado en un vagón de carga para su entierro definitivo en su lugar de nacimiento. Parecía demasiado bueno para

ser verdad. ¡Qué brutal oportunismo, el de algunos escritores!

Incluso antes de acabar de leer la carta de mi padre por última vez, lancé un delicioso suspiro y sentí que se estaba incubando la próxima escena, de modo tan palpable que casi podía alargar la mano y acariciarla, como si fuera un gran huevo de oro nacido en mi cerebro. Volví a mis hojas amarillas y tomé un lápiz. El tren estaría llegando a la estación cercana al río, un andén destartado lleno de polvo, calor y conmoción. Aguardarían al tren el afligido padre, la inoportuna querida, el coche fúnebre, un untuoso empleado de pompas fúnebres, quizás alguien más... Una persona fiel a la difunta. ¿Una mujer? ¿Un negro?

Recuerdo con notable claridad aquellas primeras semanas en la casa de Yetta.

En primer lugar, aquella magnífica oleada de energía creativa, el inocente y juvenil abandono que me permitieron escribir en tan poco tiempo las primeras cincuenta o sesenta páginas del libro. Nunca he redactado fácilmente o con rapidez, y ya entonces me vi obligado a buscar, con mayor o menor acierto, la palabra adecuada, a sufrir a causa del ritmo y de las sutilezas de nuestra magnífica pero inflexible lengua; sin embargo, estaba poseído por una extraña y animosa confianza en mí mismo, gracias a la cual escribía gozosamente mientras los personajes que había comenzado a crear parecían adquirir vida por sí mismos y la húmeda atmósfera del verano de Tidewater les iba dando una deslumbrante realidad casi tangible, como si tuviera ante mis ojos una película que fuese desenrollándose de su carrete y me dejara ver sus escenas en un misterioso color de tres dimensiones. Con qué cariño evoco ahora mi imagen de aquellos tiempos... Encorvado sobre la mesa de colegial de mi rosácea habitación, susurrando melodiosamente (como hago todavía) las frases que iba inventando, probándolas en mis labios como un obseso hacedor de versos, sintiendo entretanto la suprema satisfacción de saber que el fruto de aquel trabajo, pese a sus deficiencias, sería el más terrible e importante de todos los esfuerzos imaginativos del hombre... La Novela. La bendita Novela. La sagrada Novela. La todopoderosa Novela. Oh, Stingo, cómo envidio tus ya lejanas tardes de la Primera Novela (cuando aún faltaba tanto para la edad madura y las soñolientas y flojas temporadas de improductividad, de hosco fastidio ante la necesidad de inventar, cuando, por otra parte, surgían el yo y la ambición), aquellos tiempos en que tus anhelos de inmortalidad te impelían a la correcta colocación del guión o del punto y coma y en que tenías una fe infantil en una belleza que —estabas convencido de ello— debías producir por mandato del destino.

Otra cosa que también recuerdo muy bien de aquellos primeros días en la casa de Yetta es la nueva libertad y la seguridad que indudablemente sentí como resultado de mi amistad con Sophie y Nathan. Tuve el primer vislumbre de ello en el cuarto de Sophie aquel memorable domingo. Durante el tiempo que zanganeé en la colmena de McGraw-Hill, hubo algo enfermizo y autodestructivo en aquel apartarme de la gente para retirarme a un mundo de fantasía y soledad; para mí, aquella actitud no era natural, pues siempre me he sentido espontáneamente impelido hacia la amistad, lo mismo que horrorizado ante el miedo a la soledad que empuja a los seres humanos a casarse o a ingresar en el Rotary Club. Allí, en Brooklyn, llegué a un punto en que necesitaba desesperadamente tener amigos, y los encontré, lo que me permitió dar salida a mis ansiedades reprimidas y, a la vez, escribir. Ciertamente, sólo la más retraída y enfermiza de las personas puede trabajar

duramente día tras día sin contemplar con horror la perspectiva de una habitación silenciosa con sus cuatro paredes desnudas. Después de poner por escrito mi tensa y tremenda escena funeraria, tan llena de desolada aflicción, creí haberme ganado el derecho a unas cervezas y al compañerismo de Sophie y Nathan.

Claro que yo estaba predestinado a verme inmerso, con mis nuevos amigos, en un episodio de paroxismo de la misma intensidad emocional que estuvo a punto de acabar con todos nosotros en el momento de conocernos. Sin embargo, transcurriría bastante tiempo —por lo menos varias semanas— antes de que esto sucediera; lo que no impidió que cuando la tempestad volvió a desencadenarse fuera más horrible —y mucho más peligrosa que las riñas y los atroces momentos que he descrito—, y que su explosivo retorno me dejara totalmente confundido. Pero eso fue después. Entretanto, como una floral prolongación de la rosácea habitación en que vivía, cual una peonía que, llegada a la madurez, abriera sus pétalos, floreció, con gran satisfacción por mi parte, mi creatividad. Otro punto: no tuve que volver a preocuparme por el estrepitoso ruido de las prácticas amorosas en la habitación de arriba. Durante el año y pico en que Sophie y Nathan ocuparon habitaciones en el segundo piso, habían cohabitado de una manera impremeditada, flexible, conservando sus aposentos separados, pero durmiendo juntos en cualquiera de las dos camas según les pareciera más natural o conveniente en determinado momento.

Tal vez se debiera a la severa moralidad de aquella época el hecho de que, a pesar de la actitud relativamente tolerante de Yetta respecto a la sexualidad, Sophie y Nathan se creyeron obligados a vivir técnicamente separados —por unos pocos metros de pasillo cubierto de linóleo—, en vez de vivir juntos en una u otra de sus amplias habitaciones, con lo que no habrían tenido que fingir que eran buenos compañeros sin ninguna atracción sexual mutua. Pero aquéllos eran aún unos tiempos en que se veneraba el matrimonio y en que éste se observaba con fría y marmórea legalidad; y, además, allí estaba Flatbush, un lugar tan propenso a los excesos de la propiedad, y al entremetimiento como el más pequeño y atrasado pueblo del interior de Norteamérica. La casa de Yetta habría adquirido mal nombre si se hubiese divulgado que en ella hacía vida en común una pareja de «no casados». Así, el pasillo del piso de arriba no era otra cosa, para Sophie y Nathan, que un breve cordón umbilical entre lo que, en realidad, eran dos mitades de un gran apartamento de dos habitaciones. Lo que hacía ahora el ambiente más tranquilo y silencioso para mí era la decisión de mis dos amigos de dormir y entregarse a sus ensordecedores ritos amatorios en la cama de la habitación de Nathan, una estancia no tan alegre como la de Sophie, pero algo más fresca a pesar de la llegada del verano, según decía Nathan. Gracias a Dios, pensé, ningún otro alboroto se interferiría en mi trabajo y en mi estado de ánimo.

Durante aquellas primeras semanas, conseguí ocultar con éxito mi interés amoroso por Sophie. Reprimí tan cuidadosamente el fuego de mi pasión que estoy seguro de que ni ella ni Nathan pudieron detectar el erótico apetito que sentía cada vez que me hallaba en presencia de ella. He de decir, en primer lugar, que yo era ridículamente inexperto en tales lides, y que nunca me había insinuado a una mujer que hubiese dado tan claramente su corazón a otro. En segundo lugar, existía la simple cuestión de lo que yo consideraba abrumadora superioridad de Nathan en cuanto a la edad. Y no era un factor trivial.

Cuando uno acaba de rebasar la veintena, un margen de pocos años cuenta mucho más que en cualquier momento ulterior de la vida; es decir: Nathan tenía unos treinta años y yo veintidós, lo que lo convertía en el «mayor» de los dos con una fuerza que no habría tenido importancia diez años más adelante. También debe señalarse que Sophie tenía casi la misma edad que Nathan. Dadas estas consideraciones, junto con la desinteresada postura que por mi parte simulaba, estoy casi seguro de que nunca pasó por la mente de Sophie o de Nathan que yo pudiera ser un serio competidor en sus amoríos. Un amigo, sí. Pero un amante... Los dos se habrían echado a reír. Quizás esto explique el que Nathan nunca se mostrara reacio a dejarme solo con Sophie, y, más aún, siempre estimulara nuestro compañerismo cuando tenía que ausentarse. Nathan no cometía ningún error al mostrarse tan confiado, pues, al menos durante aquellas primeras semanas, Sophie y yo nunca pasamos de un accidental roce de dedos, a pesar de mi deseo. Me convertí más en oyente que en otra cosa, y juraría que mi maliciosa y casta indiferencia me permitió llegar a saber tanto del pasado de Sophie (o más) que Nathan.

—Admiro tu valentía, chico —dijo Nathan en mi cuarto a primera hora de cierta mañana—. Sí, admiro lo que estás haciendo: ponerte a escribir otra cosa sobre el Sur.

—¿Qué quieres decir? —le pregunté con genuina curiosidad—. ¿Por qué hay que ser tan valiente para escribir sobre él Sur?

Yo estaba sirviendo café en nuestras dos tazas una de las mañanas de la semana posterior a nuestra salida a Coney Island. Desafiando mis costumbres, hacía varios días que me levantaba poco después del amanecer para lanzarme a escribir, sin parar, con el frenético entusiasmo que he descrito, por espacio de dos horas o más. Había completado uno de los (para mí) fantásticos *sprints* (unas mil palabras, poco más o menos) que iban a caracterizar aquella etapa de la creación del libro, y me sentía un poco cansado; por eso acogí la llamada que hizo Nathan a mi puerta con los nudillos como una agradable interrupción de mi tarea. Había venido a decirme adiós o a intercambiar unas palabras antes de ir al trabajo, costumbre que había adquirido desde hacía varias mañanas y que a mí no me disgustaba. Aquellos días se levantaba muy temprano, me explicó, para llegar cuanto antes a su laboratorio de la Pfizer, donde se estaban efectuando varios e importantes cultivos bacterianos que requerían su observación. Había intentado explicarme detalladamente el experimento (tenía que ver con el líquido amniótico y el feto de un conejo, incluyendo complicados procesos en los que intervenían las enzimas y la transferencia iónica), pero abandonó la empresa con una sonrisa de comprensión cuando, habiendo superado mis alcances, se dio cuenta de mi fastidio y mi sufrimiento. Era culpa mía si alguna conexión mental había fallado, no de Nathan, porque él se había explicado con coherencia y precisión. Sólo sucedía que yo tenía poco talento o escasa paciencia para las abstracciones científicas, cosa que deploraba no poseer, en la misma medida que envidiaba la capacidad y la amplitud universal de la mente de Nathan: la facilidad, por ejemplo, con que podía pasar de las enzimas a la buena literatura, como hizo a continuación.

—No creo que, para mí, tenga mucho mérito escribir sobre el Sur —repuse—. Es el lugar que mejor conozco. Nuestros viejos campos de algodón.

—No me refiero a eso —contestó—. Sólo se trata de que te hallas al final de una tradición. Quizá pienses que soy un ignorante respecto al Sur, a juzgar por la manera tan

despiadada en que te atacué el domingo pasado (y, podría añadir, tan imperdonable) en relación con Bobby Weed. Pero ahora hablo de algo más: de escribir. El impacto de la literatura sureña se agotará dentro de pocos años. Deberá aparecer otro género para ocupar su lugar. Por esto digo que hay que tener agallas para escribir en el surco de una tradición tan gastada.

Me sentía algo irritado, pero mi irritación obedecía menos a la lógica y a la realidad de sus palabras que al hecho de que tan autorizado veredicto procediera de un investigador biológico que trabajaba para un laboratorio farmacéutico. Al parecer, no tenía nada que ver con su especialidad. Pero cuando tópicamente mencioné, con suavidad y cierta ironía, las vacilaciones del esteta literario, me desbordaron de nuevo sus conocimientos.

—Nathan, tú eres un experto en células, ¿no? —dije—. ¿Qué diablos sabes, entonces, de géneros y tradiciones literarias?

—En *De rerum natura*, Lucrecio dijo una verdad de importancia capital respecto al examen de la vida. Y es que el hombre de ciencia que se preocupa sólo de la ciencia, que no sabe disfrutar del arte, y enriquecerse con él, es un hombre deforme. Un hombre incompleto. Quizá sea eso, amigo Stingo, lo que hace que me interese por ti y por lo que escribes. —Hizo una pausa para sacarse un encendedor de plata, caro por su aspecto, y encender con él la colilla del Camel que yo tenía entre los labios—. Perdóname por ser cómplice de tu asqueroso hábito; esto lo llevo para encender los mecheros Bunsen —dijo bromeando, y luego continuó—: El caso es que hay algo que te había ocultado. Yo también quise ser escritor, hasta que, cuando me hallaba en la mitad de mis estudios en Harvard, me di cuenta de que nunca sería un Dostoïevski, por lo que volví mi aguda mente hacia los apasionantes arcanos del protoplasma humano.

—Así que querías dedicarte realmente a escribir... —dije.

—Primero, no. Las madres judías son muy ambiciosas cuando se trata del porvenir de sus hijos, y durante toda mi niñez se supuso que yo llegaría a ser un gran violinista: otro Heifetz u otro Menuhin. Pero con franqueza, me faltaba sensibilidad, genialidad, lo que no impidió que siguiera tremendamente enamorado de la música. Entonces decidí ser escritor. Éramos una buena cuadrilla, en Harvard, una cuadrilla de entusiastas estudiantes de segundo año que, durante algún tiempo, profundizamos en la vida literaria. Algo así como un Bloomsbury* en Cambridge, pero menos, más bien en plan jardín de infancia. Escribí algo de poesía y un montón de cuentos malísimos, lo mismo que mis compañeros. Cada uno de nosotros creía que iba a eclipsar a Hemingway. Pero terminé por darme cuenta de que, como literato, estaba emulando más bien a Louis Pasteur. Resultó que donde mejor podía demostrar mi talento natural era en la ciencia. Así fue como mi especialidad, que era la lengua inglesa, pasó a ser la biología. Fue una elección afortunada; estoy absolutamente seguro de ello. Ahora puedo ver que aquel entusiasmo mío por la literatura se debía al hecho de ser judío.

—¿Judío? —pregunté—. ¿Qué quieres decir?

—Pues que estoy completamente seguro de que la literatura judía va a ser la más

* Referencia al Grupo de Bloomsbury, conjunto de intelectuales y artistas británicos que se reunían en el barrio londinense de Bloomsbury (1904-1915); entre ellos cabe citar a Leonard y Virginia Woolf, al economista John Maynard Keynes y al historiador Lytton Strachey. (*N. del t.*)

importante de Norteamérica durante los próximos años.

—Ah, ¿sí? —dije, poniéndome un poco a la defensiva—. ¿Cómo lo sabes? ¿Por eso has dicho que admirabas mi valentía al escribir sobre el Sur?

—No he dicho que la literatura judía vaya a ser la única, sino sólo la más importante —contestó con tono suave y agradable—. Ni por asomo intento sugerir que tú no puedas añadir algo valioso a tu tradición. Sólo se trata de que los judíos, histórica y étnicamente, lograrán una notable proyección a través de la cultura en esta ola de la posguerra. Está escrito, eso es todo. Hay una novela que ya ha dado el ejemplo. No es un libro trascendental, es un pequeño libro, pero bien estructurado, la obra de un joven escritor de incuestionable brillantez.

—¿Cómo se llama ese libro? —pregunté. Y creo que mi voz adquirió tonos de enfurruñamiento cuando añadí—: ¿Y quién es ese brillante escritor?

—El título del libro es *Hombre en suspenso* —contestó—, y el autor se llama Saul Bellow.

—Bah, ¿ése? —dije, arrastrando las palabras.

—¿Lo has leído? —preguntó.

—Claro... —dije, con expresión de indiferencia.

—¿Qué te pareció?

Sofiqué un calculado bostezo.

—Creo que es bastante insustancial. —En realidad, podía decir mucho más de la obra, pero el espíritu mezquino que muestran a veces los escritores aún inéditos sólo me permitió expresar mi resentimiento más o menos veladamente—. Es un libro muy «urbano» —añadí—, muy «especial», ¿sabes? Huele demasiado a calle.

Sin embargo, tuve que admitir que las palabras de Nathan me habían causado cierta inquietud. En cambio, él seguía tan tranquilo, sentado frente a mí. «Supongamos —pensé— que ese sabio hijo de perra tiene razón y que la antigua y noble herencia literaria con la que he decidido probar suerte se estuviera agotando y detuviera su débil marcha conmigo aplastándome ignominiosamente bajo las ruedas del carro...» Nathan me había parecido tan seguro y enterado en otras cuestiones que también su augurio podía ser correcto en este caso, por lo que, en una súbita y horrible visión —sumamente degradante por la viveza de sus competitivas imágenes—, me vi a mí mismo en el décimo lugar de una carrera literaria, tosiendo en medio del polvo levantado por la horda de ligerísimos pies compuesta por los Bellows, los Schwartzs, los Levys y los Mandelbaums.

Nathan sonreía. Su sonrisa parecía ser perfectamente afable, sin el menor indicio de sarcasmo, pero por un instante su presencia me hizo experimentar lo que ya antes había sentido y que aún volvería a sentir: un efímero momento en que lo atractivo y estimulante que había en él parecía contrapesar algo sutil e indefiniblemente siniestro. Después, como si algo húmedo e informe hubiese cruzado la habitación para desaparecer al instante, quedé liberado de una sensación que me había puesto la carne de gallina y le devolví la sonrisa. Vestía lo que creo que se llamaba un traje Palm Beach, de color canela, de corte elegante y evidentemente caro, por lo que ni siquiera parecía un primo lejano de aquella salvaje aparición que se había presentado ante mí sólo unos días antes: un Nathan desgredado y desaliñado, con unos pantalones excesivamente holgados, increpando a Sophie en el vestíbulo. Y, de pronto, también aquella riña, con la airada acusación de él —

«¡Abriéndote de piernas ante el primer medicucho embaucador que te camela!»—, me pareció tan irreal como si la hubiese protagonizado el malo de una vieja película casi olvidada. (¿Qué había querido decir con aquellas locas palabras? Me pregunté si llegaría a descubrirlo algún día.) Mientras la ambigua sonrisa permanecía en su rostro, me di cuenta de que aquel hombre presentaba enigmas de personalidad más exasperantes y desconcertantes que cualquier otro que hubiese conocido.

—Bueno, menos mal que no me has dicho que la novela ha muerto —dije por fin, justo en el instante en que un sonido musical, tierno y celestial, bajaba suavemente del cuarto de arriba y obligaba a cambiar de tema.

—Es Sophie... Veo que ha puesto un disco —dijo Nathan—. Procuero que duerma hasta tarde por las mañanas, los días que no tiene que ir a trabajar. Pero ella dice que no puede. Dice que, desde la guerra, jamás ha podido volver a dormir hasta tarde.

—¿Qué música es?

Era algo muy familiar para mí, de Bach. Habría podido decir su nombre como si lo hubiese aprendido en un primer libro de música para niños, pero inexplicablemente lo había olvidado.

—Es de la cantata 147, la que se titula *Jesús, alegría de los deseos del hombre*.

—Te envidio por ese tocadiscos —le confesé— y por esas, grabaciones. Pero estas cosas son tan caras... Una sinfonía de Beethoven me costaría una buena parte de lo que antes ganaba en una semana.

Entonces se me ocurrió que lo que más había contribuido a afirmar la atracción que en aquellos días de naciente amistad sentía hacia Sophie y Nathan era nuestra común pasión por la música. El jazz sólo le gustaba a Nathan, pero me refiero, en general, a la música de la gran tradición, es decir nada que pudiera llamarse popular, y muy poco de ello compuesto después de Franz Schubert, con la notable excepción de Brahms. Como Sophie, y también como Nathan, me hallaba en ese momento de la vida (mucho antes del rock o el resurgimiento del folk) en que la música tenía para nosotros más valor que el comer y el beber, en que era un narcótico esencial, algo parecido al hálito divino. (Omití decirle cuánto del tiempo libre que me dejaba McGraw-Hill había sido invertido en las tiendas de discos, robando horas de música en las sofocantes cabinas que ponían a disposición de los eventuales compradores.) En aquel momento, la música era hasta tal punto mi razón de ser que si me hubiese visto privado por demasiado tiempo de esta o aquella arrebatadora armonía, o de determinado tapiz musical del barroco, de esos tan milagrosamente tejidos, no habría dudado en cometer los más peligrosos delitos para procurármelos.

—Cuando veo esos montones de discos que tenéis —dije—, se me cae la baba.

—Pues ya sabes, chaval, puedes ponerlos y escucharlos siempre que quieras. —Me había dado cuenta de que, desde hacía algunos días, me llamaba a veces «chaval». Esto, secretamente, me gustaba más de lo que él podía imaginarse. Es posible que, dada mi creciente y algo infantil admiración por él, hubiese comenzado a verlo como el hermano mayor que nunca había tenido..., un hermano, además, cuyo encanto y simpatía sobrepasaban de tal modo lo incierto y extravagante que había en él que no tardé en sacarme de la cabeza todas sus excentricidades—. Mira —prosiguió—, ¿sabes qué te digo? Pues que puedes considerar como tuyas las dos chabolas, tanto la mía como la de Sophie.

—Las dos ¿qué? —pregunté.

—Chabolas.

—¿Y qué es eso?

—Una chabola. Un cuarto, una habitación. —Era la primera vez que oía aquella palabra usada en la jerga del lugar. «Chabola.» No sonaba mal—. En cualquier caso, siempre que quieras oír los discos durante el día y Sophie y yo hayamos ido a trabajar, puedes subir y considerarte como en tu propia casa. Morris Fink tiene una llave maestra. Ya le he dicho que te deje entrar siempre que quieras.

—Oh, esto es demasiado, Nathan —dije—, pero, oh... gracias.

Su generosidad me había emocionado..., no, más aún, casi abrumado. Los frágiles discos de aquella época no habían evolucionado hasta convertirse en lo que son hoy: unos artículos baratos de gran consumo. La gente no era entonces tan liberal como nosotros a la hora de comprar discos. Eran objetos preciosos, por lo que jamás habían llegado a colmar la necesidad de música que yo tenía en mi vida; la perspectiva que Nathan me ofrecía me llenó, pues, de una alegría rayana en la voluptuosidad. La libre posesión de la sonrosada y núbil carne en que siempre había soñado no habría excitado tanto mi apetito.

—Los trataré con cuidado, puedes contar con ello —me apresuré a decir.

—Confío en ti —dijo Nathan—, pero tu cuidado no estará de más. La maldita goma laca se rompe con demasiada facilidad. Predigo algo que sucederá inevitablemente dentro de un par de años: un disco irrompible.

—Sería fantástico —dije yo.

—No sólo eso, sino comprimido..., fabricado de manera que puedas escuchar una sinfonía completa, por ejemplo, o toda una cantata de Bach grabada en un solo lado de un solo disco. Estoy seguro de que está al llegar —dijo, levantándose de la silla y añadiendo, en bien pocos minutos, su profecía del disco de larga duración a la del renacimiento de la literatura judía en Norteamérica—. Nos hallamos casi al borde del milenio musical, Stingo.

—Sí, y, oye, muchísimas gracias —le dije, verdaderamente emocionado.

—Olvidalo, chaval —contestó, mientras alzaba la mirada en dirección a la música—. No me des las gracias a mí, dáselas a Sophie. Me enseñó a disfrutar de la música como si la hubiera inventado ella, como si no me hubiese interesado hasta aquel momento. De la misma manera que me enseñó a vestirme, y tantas otras cosas... —Hizo una pausa y sus ojos se tornaron luminosos, distantes—. Me ha perfeccionado en todo. ¡Me ha enseñado a vivir! ¿No es una mujer fantástica?

Había en su voz la sobreexcitada reverencia con que a veces consideraba las obras de arte supremas. Sin embargo, cuando yo asentí, murmurando un débil «Sí, lo es», Nathan no tuvo ni la más ligera sospecha de mi desamparada y celosa pasión.

Como he dicho, Nathan me había animado a hacer compañía a Sophie; por eso no tuve reparos —cuando él se hubo marchado al trabajo— en salir al vestíbulo y utilizar el teléfono para decirle que quería hacerle una invitación. Era jueves, uno de los días libres de su trabajo en el consultorio del doctor Blackstock. Su voz no tardó en pasar del teléfono al rellano del piso superior, para gritar con alegría por encima de la barandilla:

—¡Sí, Stingo!

Poco después desapareció de mi mente. No era de extrañar. Con franqueza, mis pensamientos eran, en aquel momento: entrepierna, tetas, ombligo, barriguita, culo; todo ello perteneciente en exclusiva a la ninfa silvestre que había conocido el domingo anterior en la playa, la que estaba «para comérsela», y que Nathan me había presentado para contribuir a mi felicidad.

A pesar de mis lúbricas evocaciones volví a mi mesa de trabajo e intenté escribir cerca de una hora, sin prestar apenas atención a los ruidos de la casa, a las idas y venidas de sus ocupantes: Morris Fink susurrándose reproches a sí mismo mientras barría el porche de la entrada; Yetta Zimmerman taconeando escaleras abajo después de salir de sus habitaciones del tercer piso para dar a la casa la primera mirada del día; Moishe Muskatblit con su pinta de ballena marchándose hacia su escuela judía, silbando probablemente *La serenata del mono* con armoniosas y campanilleantes notas. Al cabo de un rato, mientras descansaba un poco de mi trabajo ante la ventana que daba al parque, vi a una de las enfermeras, Astrid Weinstein, que volvía, con aspecto preocupado, de su turno de noche en el Kings County Hospital. Tan pronto oí el portazo que dio al cerrar la puerta de su habitación, que se hallaba frente a la mía, la otra enfermera, Lillian Grossman salió precipitadamente de la casa camino del hospital. Era difícil decir cuál de las dos era menos atractiva: la esquelética Astrid, con una llorosa y afligida mirada que salía de unos ojos enrojecidos hundidos en una cara de palo, o Lillian Grossman, delgada como un gorrión hambriento y con una expresión dolorida y malhumorada que no debía de dar excesivos ánimos a los pacientes que tenía a su cuidado. Su fealdad partía el corazón. Por fortuna, pensé, no tenía que conformarme con la mala suerte de estar alojado bajo un techo tan frustrante, tan desprovisto de promesas eróticas. Al fin y al cabo, ¡tenía a Leslie! Comencé a sudar al tiempo que se desataba mi respiración, y algo como un globo en rápida dilatación se hinchaba dolorosamente en mi pecho.

Y así llegué a la noción de la plena satisfacción sexual, que es otra de las cuestiones que he mencionado hace poco y que considero como parte importante del disfrute de mi nueva vida en Brooklyn. En sí, esta epopeya, o episodio, o fantasía, tiene una relación muy poco directa con Sophie y Nathan, por lo que he dudado en reseñarla por ser quizás un material extraño más adecuado para otra historia y otro momento. Pero está tan vinculada con el contexto y el ambiente de aquel verano, que dejar esta narración sin aquella realidad sería como cortar a un cuerpo alguno de sus miembros: no un miembro esencial, pero tan imprescindible, pongamos por caso, como uno de sus dedos más necesarios. Además, aunque hago aquí estas reservas, noto un apremio, un evasivo significado en esta experiencia y en su desesperado erotismo sobre el que puede haber, cuando menos, importantes cosas que decir de aquel endiablado período de sexualidad.

En cualquier caso, mientras estaba reflexionando aquella mañana, tumescente en medio de mis interrumpidos esfuerzos literarios, tuve la sensación de que se me ofrecía una valiosa recompensa por el vigor y el celo con que había abrazado mi Arte. Como cualquier escritor que se precie, estaba a punto de recibir una merecida gratificación, aquel necesario complemento del duro trabajo —tan necesario como el comer y el beber— que hacía florecer el fatigado ingenio y endulzaba la vida entera. Sí, quiero decir que, por primera vez después de aquellos muchos meses en Nueva York, finalmente sin barreras y fuera de toda duda, iba a disfrutar de un poco de chocho. Esta vez la cosa era segura. En

cuestión de horas, con la misma infalibilidad que la primavera hace brotar las verdes hojas o que el sol se pone al declinar la tarde, mi cipote iba a clavarse firmemente en cierto lugar de una muchacha judía llamada Leslie Lapidus.

Aquel domingo, en Coney Island, casi me había garantizado —como no tardaré en demostrar— la posesión de su maravilloso cuerpo, y nos habíamos citado para el jueves siguiente por la noche.

Durante los días intermedios —en que esperé nuestro segundo encuentro con tal excitación que me sentí algo enfermo y tuve subidas y bajadas leves pero indiscutibles de fiebre—, estuve emborrachado por un solo pensamiento: esta vez lo lograría sin lugar a dudas. Todo estaba bien atado. ¡Era un hecho! Esta vez no habría impedimentos; el loco deleite de la fornicación con una chica judía de piel cálida y vientre ansioso, de insondables ojos y magníficas piernas bronceadas por el sol que casi prometían por sí mismas exprimirme la vida no era una tonta fantasía: era un *fait accompli*, un hecho prácticamente consumado, salvo por la terrible espera hasta el jueves. En mi breve pero febril vida sexual, nunca había sentido nada que pudiera llamarse seguridad de conquista (era raro el jovenzuelo que la tenía en aquellos tiempos), por lo que ahora experimentaba una sensación exquisita. Uno puede hablar del flirteo, de la emoción de la caza, de las delicias y los retos de la seducción difícil de conseguir; todo tiene sus recompensas peculiares. Sin embargo, es mucho lo que puede decirse de la deliciosa y pausada espera, de la seguridad de que ella te está aguardando, de que está a punto; en pocas palabras: que es pan comido. No era pues de extrañar que, durante las horas en que no estaba inmerso en mi novela, me pusiera a pensar en Leslie y en nuestra cita, y me viera ya, lleno de frenesí, chupando los pezones de aquellos pechos judíos «pesados como melones» que tan caros eran a Thomas Wolfe.

Otra cosa. Me estuvo preocupando, y mucho, la probabilidad de que lo que esperaba resultara bien, y que tuviera continuidad. Era lo que todo artista consagrado a su obra, aunque escaso de medios económicos, argüía yo, se merecía como mínimo. Además, parecía muy probable que, si jugaba bien mis cartas, siguiera siendo el exótico caballero sureño que Leslie había visto en mí y que tan locamente afrodisíaco le resultó en nuestro primer encuentro. Por lo tanto, si no tenía la desgracia de cometer desatinos, este don otorgado por Dios —o tal vez por Jehová— se convertiría en una relación continua, o incluso diaria. Podríamos retozar en la cama a cualquier hora del día, lo que sólo podría mejorar la calidad de mi rendimiento literario, pese a la insulsa teoría de la «sublimación» sexual. Dudaba, pues, de que nuestras relaciones tuvieran mucho de amor excelso, porque mi atracción hacia Leslie era en su mayor parte de carácter primitivo y sin la dimensión poética e idealista de mi soterrada pasión por Sophie. Leslie me permitiría probar por primera vez en mi vida, de modo tranquilo y exploratorio, todas las variedades de la experiencia carnal que hasta entonces sólo habían existido en mi cabeza como una vasta y orgiástica enciclopedia, incesantemente hojeada, de todo lo relacionado con la lujuria. Con Leslie podría por fin satisfacer un apetito básico cruelmente reprimido. Y mientras esperaba la llegada del jueves y de la cita que el destino me había deparado, el recuerdo de su imagen vino a representar para mí la sugestiva posibilidad de una comunión sexual que anulara para siempre la grotesca manera en que había llevado mi insatisfecho, congestionado y desaprovechado pene a través de la helada aridez de los años cuarenta.

Creo que una breve reflexión sobre dicha década podría servirnos ahora para revelar el origen de los devastadores efectos de Leslie sobre mi persona y explicar cómo se iniciaron. Es mucho lo que han escrito sobre la sexualidad, en forma de biliosas reminiscencias, los supervivientes de los años cincuenta; buena parte de ello, un justificado lamento. Pero los cuarenta fueron en realidad mucho peores: un período particularmente horrible para Eros, un puente vacilante entre el puritanismo de nuestros antecesores y la llegada de la pornografía pública. La sexualidad estaba saliendo de su clandestinidad, pero el modo de tratarla constituía una preocupación universal. El hecho de que aquella época se compendiará en la Señorita Calientapollas —representativa, ésta, de todas las atrevidas muchachas que la menearon a toda una retortijeante generación de jóvenes coetáneos permitiendo y concediendo jugosas libertades, pero negando el premio gordo con implacabilidad de escotillón de acero, para volver luego furtivamente al dormitorio de la residencia de estudiantes (¡Ah, aquella intacta membrana! ¡Ah, aquellas sigilosas incursiones en la sedaña ropa interior!)—, no es culpa de nadie; sólo de la historia, aunque fue una deficiencia de aquellos años. Retrospectivamente, uno debe considerar el cisma que se produjo como completamente terrible e irreconciliable. Por primera vez, hasta donde lo permitía la cautelosa sociedad, se estimuló la sensualidad y se dio vía libre al acercamiento carnal, prohibiendo, sin embargo, la plena satisfacción. Por primera vez, los automóviles tuvieron grandes, blandos y bien tapizados asientos. Esto creó una tensión y una frustración sin precedentes entre ambos sexos. Fue un período cruel para los aspirantes a ser algo más que admiradores, especialmente para los que no se destacaban por su atrevimiento.

Uno podía recurrir, por supuesto, a una «profesional», y la mayoría de los jóvenes de mi generación echaron mano de ellas... una sola vez, por lo común. Lo más maravilloso de Leslie, entre otras cosas, era su explícita promesa, una promesa que me daba la inmediata seguridad de que, a través de ella, podría redimirme de aquel simple y patético estrujamiento a dúo que había experimentado en otro tiempo y lugar, y que habría podido ser para mí un aleccionador congreso sexual aunque —el corazón me lo decía— no fue nada de eso. No resultó más que una ignominiosa cópula. Y lo más terrible fue que, aun cuando clínicamente pudo llamarse penetración completa, se me negó en ella del todo el éxtasis final que tantas veces había ensayado manualmente desde los catorce años. En pocas palabras: me consideraba a mí mismo un tipo estafalario, ni una cosa ni otra, un *demioierge*. Sin embargo, en mi caso no podía hablarse de patología, de nada que tuviese que ver con la siniestra represión psíquica que hubiese requerido cuidados médicos. No; mi bloqueo orgásmico obedecía tan sólo a la burla de que me hacían objeto el miedo y aquella sofocante característica del *Zeitgeist*, el espíritu de los tiempos, que convirtió la sexualidad norteamericana de mediados de siglo en un angustioso Mar de los Sargazos de aprensiones y sentimientos de culpabilidad. Era un estudiante de enseñanza media de diecisiete años cuando lo de mi iniciación. La comedia, que se representó con una vieja y cansada prostituta de los campos de tabaco en un pulgoso y baratucho hotel de Charlotteville, Carolina del Norte, terminó con resultado nulo, no sólo a causa de los hoscos dicitos que me lanzaba mientras yo le exprimía los ijares —por ejemplo: «Eres más lento que una tortuga coja»—, no sólo porque me encontraba insensibilizado por los mares de cerveza que había bebido para calmar mi ansiedad inicial, sino porque además,

lo confieso, durante los confusos preliminares, una combinación de miedo al contagio y tácticas para retrasar el final me habían conducido a enfundarme dos preservativos, desatino cuyo resultado observé con disgusto cuando, finalmente, ella se sacudió sin más mi cuerpo de encima.

Además de ser un desastre, el recuerdo de aquella experiencia no me sirvió de nada la tarde en que conocí a Leslie Lapidus. Es decir, que me encontré en una situación típica de los años cuarenta. Había practicado bastante el besuqueo en la oscuridad de varios cines; una vez, encallado en el frondoso y encubridor «túnel del amor» local conseguí, con el pulso locamente alterado y los dedos temblorosamente furtivos, unos segundos de lo que podría llamarse «teta desnuda»; y otra, embriagado de triunfo, pero casi desvanecido por el esfuerzo realizado, logré sacar de su sitio un sujetador sólo para descubrir un par de sucedáneos sobre un pecho más plano que una pala de ping-pong. El recuerdo sexual que tengo de aquel verano en Brooklyn está lleno —cada vez que, desesperado, abría las compuertas— de incómoda oscuridad, de sudor, de murmullos de reproche, de cintas y tendones de obstinada goma elástica, de lacerantes ganchos y corchetes, de prohibiciones en voz baja, de fenomenales erecciones, de cremalleras atascadas y de un miasmático olor a secreción de glándulas inflamadas y obstruidas.

Mi pureza era un Gólgota en mi interior. Por ser hijo único, a diferencia de los que han visto a sus hermanas desnudas, como cosa natural, yo no había contemplado todavía una mujer completamente desvestida (y eso incluye al viejo pingo del hotel de Charlotte, que guardó sobre su cuerpo una manchada y maloliente camisa durante toda la sesión). No recuerdo con exactitud las fantasías que alimentaba sobre mi primer simulacro de amor. No había idealizado la «feminidad» de manera tan tonta como la mayoría de los de aquel tiempo, por lo que estoy seguro de que no consideraba imprescindible ninguna excursión al altar antes de llevar a la cama a cualquier casta doncella. Más bien pensaba que, en algún feliz momento del futuro, encontraría a una chica alegre y cariñosa que, simplemente, me acogería con frenético gozo sin hacer caso de prohibiciones como la impuesta a su propia carne por las maliciosas protestantes que tanto me habían torturado en los asientos traseros de no pocos coches. Pero había un aspecto de la cuestión con el que no había contado. No había considerado la posibilidad de que la chica de mis sueños tampoco tuviera inhibiciones respecto al lenguaje: mis compañeras de otros tiempos no habrían sido capaces de pronunciar la palabra «pecho» sin ruborizarse. Y yo me había acostumbrado a dar un respingo cuando alguien con faldas decía «puñeta». Imaginaos, pues, lo que sentí cuando, el primer día que vi a Leslie Lapidus, unas horas después de habernos conocido, extendió sus soberbias piernas sobre la arena como una joven leona y, clavándome en la cara sus almendrados ojos, sugirió, con toda la silenciosa perversidad de una pagana ramera babilónica y usando los más increíbles y escabrosos términos, la aventura que me esperaba. Sería imposible exagerar mi conmoción, en la que el espanto, la incredulidad y una hormigueante anticipación de delicias se mezclaron torrencialmente. Sólo el hecho de que era demasiado joven para una oclusión de coronaria salvó mi corazón, que cesó de latir durante un número crítico de segundos.

Pero no fue tan sólo la sorprendente espontaneidad de Leslie lo que me enardeció. El aire que cabía en los límites del acotado triángulo de arena que Morty Haber, el vigilante socorrista amigo de Nathan, nos había reservado para aquella tarde de domingo como un

santuario social privado, se llenó con las palabras más puercas que hubiese oído jamás en lo que pudiera denominarse reunión mixta. Pero había algo más serio y complejo que eso. Era su sofocante mirada, que contenía un desafío directo y la esperanza de la correspondiente aceptación, una mirada de desnuda invitación, como un lascivo lazo echado alrededor de mi cuello. Se refería llanamente a pura acción, sin paliativos. Cuando recuperé por completo los sentidos contesté, con aquella lacónica, displicente y señorial voz de caballero virginiano (que mi vanidad me hacía creer que podía imitar) que la había cautivado desde el primer momento:

—Bueeeno, monaaada, ya que insistes de esta maneeera, supongo que podría darte un achuchón bien calentiiiito entre las sábanas.

La muchacha no podía imaginarse a qué velocidad latía mi corazón, después de su paro completo. Tanto mi dialecto como mi dicción eran puro artificio, pero consiguieron divertirla a más no poder y, obviamente, conquistarla. Mi estudiado y exagerado lenguaje la mantuvieron alternativamente divertida y fascinada todo el tiempo que estuvimos ganduleando sobre la arena. Recién graduada en una escuela superior, hija de un fabricante de molduras de plástico, y obligada por las vicisitudes de la vida y la reciente guerra a no viajar, partiendo de Brooklyn, hasta más allá de Lake Winnepesaukee, New Hampshire (lo que le había permitido, según me dijo riendo, pasar diez veranos en Camp Nehoc —apellido, este de Nehoc, muy extendido deletreándolo al revés—), me dijo que yó era la primera persona del Sur a quien hablaba y viceversa.

El comienzo de aquella tarde de domingo ha permanecido en mi memoria como un agradabilísimo borrón en medio de las emborronadas reminiscencias de toda una vida. Coney Island. Veinticinco grados centígrados en un aire dorado y efervescente. Fragancia de palomitas de maíz, manzanas acarameladas y *sauerkraut...* y Sophie tirándome de la manga, y luego Nathan insistiendo en que subiéramos a las más locas atracciones, cosa que hicimos. ¡Parque de las Carreras de Obstáculos! Arriesgamos el cuello no una vez, sino dos, en La Vuelta de Campana, el vértigo se apoderó de nosotros en un horroroso artefacto llamado La Punta del látigo, cuyo brazo de hierro nos lanzaba a los tres al espacio metidos en una barquilla en la que girábamos, sin parar de gritar, en órbitas excéntricas. Aquello llevaba a Sophie a arrebatos de algo que superaba la simple alegría. Nunca había visto a nadie, incluidos los niños, a quien aquellas diversiones causaran un alborozo tan genuino, un terror tan tremendo y un deleite tan espontáneo. Gritaba en éxtasis, con maravillosos chillidos que procedían de alguna primitiva fuente de arrobamiento situada mucho más allá de las sensaciones normales de dulce peligro. Permanecía agarrada a Nathan, escondida la cabeza bajo su brazo protector, siempre gritando y chillando hasta llenar sus mejillas de regueros de lágrimas. En cuanto a mí, estuve a la altura de mis amigos hasta cierto punto, pero no me atreví a dar el salto en paracaídas —sesenta metros—, una reliquia de la Exposición Internacional de 1939, atracción que nunca ha producido víctimas, pero que me llenó de vértigo con sólo mirarla.

—¡Stingo es un cobarde! —gritó Sophie tirándome del brazo, pero ni aun sus ruegos consiguieron arrastrarme.

Lamiendo un helado, contemplé cómo Sophie y Nathan, con sus anticuados trajes, se hacían más y más pequeños a medida que eran elevados, siguiendo los cables de guía, debajo de la ondeante tela; se detuvieron al llegar al punto de lanzamiento: una corta y

angustiosa espera semejante al tictac del tiempo en los momentos que preceden a la caída del condenado a la horca en la trampa que se abrirá a sus pies, y luego la caída a plomo hacia la tierra con un gran zumbido. El grito de Sophie, pasando por encima de la multitud que atestaba la playa, pudo haberse oído en los barcos que navegaban en el mar, a lo lejos. El salto fue para ella una borrachera definitiva que la hizo hablar del acontecimiento y burlarse de mí sin piedad por mi pusilanimidad hasta que se quedó sin aliento.

—¡Stingo, no sabes lo estupendo que es eso! ¡Tú no sabes divertirte! —me repetía mientras andábamos por el camino de tablas hacia la playa en medio de una apretada, codeante y abigarrada exhibición de carne humana bella y ondulante unas veces, corpulenta y angulosa otras.

Excepto Leslie Lapidus y Morty Haber, la media docena de jóvenes extendidos sobre la arena alrededor de la torre del vigilante eran tan desconocidos para Nathan y Sophie como para mí. Morty —agresivamente amigable, robusto y velludo, como correspondía a un salvador de vidas— nos presentó a tres jóvenes con calzones de baño Lastex llamados Irv, Shelley y Bert, y a tres muchachas color de miel deliciosamente redondeadas denominadas Sandra, Shirley y —¡sí, oh— Leslie. Morty era más que amigable, pero observé en los demás una adustez, incluso hostilidad (como sureño, yo solía dar la mano con gran espontaneidad, cosa a la que ellos, obviamente, no eran propensos, pues aceptaron mi palma como si hubiese sido un pejepalo), que me hizo sentir visiblemente incómodo. Al observar aquel grupo, no pude evitar cierto embarazo, por el espectáculo de mi huesudo pellejo y su palidez hereditaria. Mi palidez de señor aparcerero, mis sonrosados codos y mis rodillas escaldadas me hicieron sentir descolorido y desecado entre aquellos cuerpos tan suavemente oscuros y tan mediterráneos, relucientes como delfines debajo de su parasol. Cómo envidié su pigmentación, aquellos torsos de color de madera, de nogal...

Varias gafas con montura de concha y el rumbo general de la conversación, además de algunos libros esparcidos sobre la arena (entre ellos *La función del orgasmo*), me llevaron a la deducción de que me hallaba entre tipos intelectuales, y estaba en lo cierto. Todos se habían graduado recientemente en la escuela superior de Brooklyn o estaban relacionados con ella, salvo Leslie, que había estudiado en la escuela superior femenina Sarah Lawrence. Ella era también una excepción en medio de la frialdad general: magnífica, enfundada en su atrevido (para aquellos tiempos) traje de baño de dos piezas que revelaba, según recordé en aquel instante, el primer ombligo de mujer adulta que yo había podido ver en un vientre de verdad, fue la única del grupo que correspondió a la presentación que Morty Haber hizo de mí con algo más que una mirada de desconcierto y desconfianza. Sonrió, me dio una apreciativa mirada de arriba abajo, una mirada espléndidamente directa, y entonces, con un ligero movimiento de la mano, me invitó a sentarme a su lado. Sudaba saludablemente bajo el caliente sol y emitía un almizcleño olor femenino que me cautivó enseguida como a un abejorro. Completamente mudo, la contemplaba con hambrienta expectación. Era, indudablemente, el amor de mi niñez, Miriam Bookbinder, llegada a su plena sazón con todas las hormonas adultas en perfecta orquestación. Sus pechos parecían hechos para un banquete. La hendedura entre ambos, mítica fisura que no había visto jamás tan de cerca, mostraba una leve película de rocío. Cómo deseé enterrar mi nariz entre aquellos húmedos senos judíos con ahogados gritos de

alegre descubrimiento...

Después, cuando Leslie y yo comenzamos a charlar sin propósito definido (sobre literatura, recuerdo ahora, tema facilitado por la observación de Nathan de que yo era escritor), tuve conciencia de que la atracción de los extremos estaba funcionando a la perfección. Una judía y un *goy*, un gentil, afectados por la gravitación magnética. No me equivocaba: aquella ardorosa cordialidad que Leslie irradió sobre mí ya desde el primer momento, aquella maravillosa vibración, era uno de esos tangibles y súbitos sentimientos de plena sintonía que raramente se experimentan en la vida. Pero también teníamos cosas más simples en común. Leslie, como yo, se había especializado en lengua inglesa; había escrito una tesis sobre Hart Crane y era muy entendida en poesía. Pero afortunadamente su actitud, además de relajada, era muy poco académica. Esto nos permitió entregarnos a una conversación tranquila y despreocupada, aunque de vez en cuando mi atención se desviara hacia aquellos pasmosos pechos, y después hacia el ombligo, perfecta cavidad en la que, en una fantasía de un microsegundo, saboreé esa deliciosa limonada conocida por Kool-Aid o cualquier otro néctar parecido. Mientras hablábamos de otro graduado brooklyniano, Walt Whitman, me fue fácil no prestar toda mi atención a lo que Leslie decía. En la escuela y en otros lugares, había puesto en práctica demasiadas veces este truco cultural para ignorar que nuestro tema de conversación no era otra cosa que un preludio, una captación preliminar de mutuas sensibilidades, en que la sustancia de lo que se decía era menos importante que la supuesta autoridad con que se pronunciaban las palabras. Por ser en realidad una danza ritual de apareamiento, la artimaña permitía a uno no sólo desviarse, como en el presente caso, hacia la generosa carne de Leslie, sino percibir al mismo tiempo lo que llegaba a sus oídos en un segundo término. Hallándome en esta actitud, apenas comprendía las palabras que escuchaba; tanto las de Leslie como las de los demás. Por eso no pude creer lo que oía, y pensé al principio que se trataba de un nuevo juego verbal, hasta que me di cuenta de que no era una broma; había una tétrica seriedad en aquellos fragmentos de conversación, la mayoría de los cuales comenzaban con: «Mi psicoanalista dijo...».

Las interrupciones del diálogo que tenía lugar a mi alrededor, sus truncamientos, me desconcertaron y cautivaron al mismo tiempo; además, la franqueza sexual de aquellas palabras era para mí tan nueva que experimenté un fenómeno que no me había afectado desde que cumplí los ocho años: las orejas me quemaban. Al mismo tiempo, la novedad de la conversación me impresionó con tal fuerza que más tarde, por la noche, ya en mi habitación, me impulsaría a escribir con rapidez y exigiendo a mi memoria la mayor fidelidad posible, unas notas de lo hablado en aquella ocasión; notas que, ahora borrosas y amarillentas, he recuperado del pasado junto con otros recuerdos como las cartas de mi padre. Aunque me había prometido no abrumar al lector con demasiados apuntes de los muchos que hice aquel verano (es un recurso pesado y que rompe el hilo del discurso, denotando falta de imaginación) he hecho una excepción en este caso particular transcribiendo mi pequeño apunte tal como lo garabateé, para que sirva de testimonio irrecusable de la manera como hablaban algunas personas en 1947, año de gran auge para el psicoanálisis en la Norteamérica de la posguerra:

Muchacha llamada Sandra:

—Mi psicoanalista dijo que el problema de mi transferencia con él ha pasado del estadio hostil al afectuoso. Dijo que eso suele significar que el análisis puede seguir adelante con menos barreras y represiones.

Un largo silencio. Un sol cegador, gaviotas sobre el fondo de un cielo azul oscuro. Un penacho de humo en el horizonte. Un día magnífico, que pide a gritos un himno, algo así como la *Oda a la alegría* de Schiller. ¿Qué diablos les pasa a estos chicos? Nunca vi tal melancolía, tal desesperanza, tan aturdida solemnidad. Por fin, alguien rompe el largo silencio.

Muchacho llamado Irv:

—No te muestres demasiado afectuosa, Sandra. No fuera que te encontraras con el pito de ese doctor Bronfman dentro.

Nadie ríe.

Sandra:

—No bromees, Irv. En realidad, lo que has dicho es ultrajante. Un problema de transferencia no es cosa de risa.

Un silencio más largo que el anterior. Estoy estupefacto. Es la primera vez que oigo hablar de ese modo en una reunión mixta. ¿Y qué significa la «transferencia»? Siento que mi escroto presbiteriano se encoge. Estos personajes están realmente liberados. Pero siendo así, ¿por qué se muestran tan preocupados?

—Mi psicoanalista dice que todos los problemas de transferencia son serios, tanto si son de afecto como de hostilidad. Dice que prueban que no has podido vencer tu dependencia edípica.

Esto lo ha dicho una chica llamada Shirley; no tan estupenda como Leslie, pero también con grandes tetas. En efecto, como dijo Thomas Wolfe, estas muchachas judías tienen un maravilloso desarrollo mamario. Excepto Leslie, todos parecen encontrarse en un entierro. Advierto que Sophie, algo separada del grupo y medio echada sobre la arena, sigue la conversación sin tomar parte en ella. Toda la espontánea felicidad de que daba muestras en las atracciones ha desaparecido. Su hermoso rostro se ha ensombrecido y enmurrado. Pero es bellísima, hasta cuando está de mal humor. De vez en cuando, mira a Nathan —parece buscarlo, como si quisiera asegurarse de que está aquí— y sonrío mientras la gente sigue hablando.

Una que habla atropelladamente:

—Mi psicoanalista dice que la razón de que me cueste tanto llegar al orgasmo está en mi fijación pregenital. (Sandra.)

—Después de nueve meses de psicoanálisis, descubro que no es a mi madre a quien quiero tirarme, sino a mi tía Sadie. (Bert.) (Ligeras sonrisas.)

—Antes de empezar el psicoanálisis era completamente frígida, ¿os lo podéis imaginar? Ahora no pienso en otra cosa que en joder. Wilhelm. Reich me ha convertido en una ninfómana. Me refiero a la sexualidad cerebral.

Estas últimas palabras, dichas por Leslie mientras se daba unas ligeras palmadas en el vientre, produjeron tal efecto en mi libido que para siempre jamás la palabra «afrodisíaco» me parecería insípida. Me encontraba más allá del simple deseo, casi a punto

de desmayarme de lujuria. ¿Cómo era posible que no se diera cuenta de lo que me estaba haciendo con su lenguaje de concubina, con aquellas enloquecedoras palabras que asaltaban, como agudas flechas, el bastión de mi gentilidad cristiana sostenido hasta entonces por mis dolorosos refrenamientos y represiones? Estaba tan aturrido por la excitación que todo el soleado panorama marino —los bañistas, las espumeantes olas, e incluso el zumbante avión con su banderola a remolque: VIVAS EMOCIONES CADA NOCHE EN LA PISTA DEL ACUEDUCTO— lució con un brillo pornográfico, como si lo contemplase a través de un filtro amarotado. Observé a Leslie en su nueva posición (unas largas y morenas piernas fusionadas con un culo firmemente acolchado, una amplia y simétrica redondez que, según la dirección de sus movimientos, se deslizaba levemente hacia arriba o hacia abajo al final de una espalda ligeramente pecosa, lisa como la de una foca). Debió de presentir mis ansias de acariciar aquella suave superficie (ya que no su encantadora parte delantera, que yo ya había masajeadado mentalmente con la sudorosa palma de mi mano), porque no tardó en volver la cabeza para decirme:

—Oye, dame aceite, ¿quieres? Estoy medio asada.

Aquellos momentos de resbaladiza intimidad —el embadurnamiento de sus hombros con mi mano que esparció después la crema espalda abajo, hasta el comienzo de la hendedura de las nalgas, misterioso rincón de un sugestivo tono rubio, y que sobrevoló luego, con dedos como alas, el prominente trasero y las misteriosas regiones ocultas entre sus muslos brillantes de sudor— hicieron que aquella tarde quedase grabada en mi memoria por su singular extravagancia, pero también por la fuerte carga de placer con que me obsequió.

Dispusimos de cervezas traídas de un bar cercano, cosa que ayudó a prolongar mi euforia; ni siquiera cuando Sophie y Nathan me dijeron adiós —añadiendo ella, con un rostro visiblemente pálido, que se sentía algo mareada— y se marcharon precipitadamente descendí de las alturas de mi nube de jubiloso optimismo. (Recuerdo, sin embargo, que su marcha causó, por un momento, un incómodo silencio en el grupo que yacía sobre la arena, breve mutismo roto por la observación de alguien: «¿Habéis visto ese número que lleva tatuado en el brazo, ese tatuaje?».) Otra media hora de conversación psicoanalítica acabó por hartarme, lo cual, junto con los efectos del alcohol, me animó a preguntar a Leslie si quería caminar un poco conmigo para ir a algún lugar donde pudiéramos estar solos y charlar a nuestro gusto. Dijo que sí —el cielo se había nublado un poco, al fin y al cabo—, y fuimos a parar a uno de los bares de la playa, donde ella bebió un Seven-Up y yo contribuí a aumentar mi ardor con una lata tras otra de cerveza Budweiser. Pero dejemos que algunas de mis febriles notas continúen la opereta de aquella tarde:

Leslie y yo nos hallamos en el bar de un restaurante llamado Victor's. Me encuentro un poco achispado. Nunca había sentido en mi cuerpo tal electricidad sexual. Esta dríada judía tiene más sensualidad en uno de sus expresivos pulgares que todas las vírgenes guardadas bajo llave que llegué a conocer en Virginia y Carolina del Norte juntas. También ha mostrado su gran inteligencia al reforzar la observación de Henry Miller, en alguna de sus obras, de que toda la sexualidad está en la cabeza. Nuestra conversación discurre entre flujos y reflujos de majestuosas olas, como el mismísimo mar: Hart Crane, sexualidad,

Thomas Hardy, sexualidad, Flaubert, sexualidad, Schopenhauer y Nietzsche, sexualidad, Huckleberry Finn, sexualidad. He dirigido hacia ella todo el ardor de mi intelecto. La cosa está clara: si no nos halláramos en un lugar público, la poseería en este mismo instante. Le he tomado la mano por encima de la mesa, una mano húmeda, bañada de pura esencia de deseo. Habla con rapidez, en lo que he aprendido a detectar como acento brooklyniano de la clase alta, parecido al que suele oírse en Manhattan. Su expresión facial es encantadora, bellamente interrumpida por muecas y sonrisas maliciosas. ¡Adorable! Pero lo que más me cautiva es el hecho de que, desde hace más de una hora, no he cesado de oírle pronunciar palabras que en mi vida había oído decir a hembra alguna. Lo curioso del caso es que no me parecen sucias una vez acostumbrado a ellas. Se trata de palabras como «polla», «joder» y «chuparla». De vez en cuando, también suelta frases como «gozar a un tío», «cascársela» (algo que tiene que ver con Thoreau), «darle una buena mamada», «un bujarra», «se tragó su esperma» (Melville). (¿Melville?) Casi todo lo dice ella, aunque yo también pongo mi granito de arena en la conversación atreviéndome a referirme una sola vez, con estudiada despreocupación, pero increíblemente aturrullado, a «mi palpitante verga», bien consciente de que es la primera obscenidad de grueso calibre que he proferido jamás en presencia de una mujer. Al dejar Victor's me encuentro más que achispado, y con audacia suficiente para permitir a mi brazo que la rodee por su firme y desnuda cintura. Al mismo tiempo, le acaricio muy ligeramente el trasero, y la forma en que oprime mi atrevida mano con su brazo, así como el brillo que observo en sus oscuros ojos orientales cuando los dirige maliciosamente hacia mí, me dan la seguridad de que por fin, milagrosamente, he descubierto a una mujer libre de horrendos convencionalismos y mojigatería de que es víctima esta hipócrita cultura nuestra...

Me siento ahora algo mortificado al descubrir que casi todo lo arriba transcrito fue anotado sin el menor indicio de ironía (en realidad, solamente era capaz de rozarla «muy ligeramente»), cosa que sólo puede indicar lo trascendental que fue para mí aquel encuentro con Leslie, o lo estúpida y completa que resultaba la pasión de que era víctima..., o, sin ir más allá, de qué modo trabajaba mi sugestionable mente a la edad de veintidós años. Fuera como fuese, cuando Leslie y yo volvimos a la playa bajo la luz del atardecer, aún estremecidos por ardientes oleadas de pasión, nos echamos en la arena, bajo la torre del vigilante, lugar ya abandonado por el preocupado grupo de psicoanalizandos, que habían dejado tras de sí un ejemplar medio enterrado de la *Partisan Review*, varios tubos exprimidos de crema para la nariz y un montón de botellas de coca-cola vacías. Y así, prolongando aquel fascinante momento, recreándonos en el calor de la encantadora afinidad que nos unía, pasamos todavía una hora, o dos, atando los cabos sueltos de nuestra conversación, conscientes ambos de que aquella tarde habíamos dado el primer paso hacia lo que iba a ser un viaje por tierras salvajes e inexploradas. Yacíamos el uno al lado del otro, nuestros vientres sobre la arena. Al trazar suaves óvalos en su pulsante cuello con la punta de mis dedos, alargó la mano para acariciar la mía y dijo:

—Mi psicoanalista dice que los humanos seguiremos siendo enemigos de nosotros mismos hasta que sepamos que lo único que necesitamos, *enfin*, es una buena follada, un buen orgasmo.

Yo oí que mi propia voz, vacilante pero sincera, decía:

—Tu psicoanalista tiene que ser una persona muy inteligente. Leslie guardó silencio durante un largo rato, hasta que se volvió hacia mí para mirarme a los ojos con sostenida fijeza y lanzarme por fin, con genuino deseo, una lánguida pero directa invitación que causó el paro total de mi corazón y el desequilibrio completo de mi mente y mis sentidos:

—Creo que tú podrías producir un orgasmo de campeonato a cualquier chica.

Yacto seguido nos citamos, en cierto modo, para el próximo jueves.

Me encontré la mañana del jueves, como he dicho, sintiendo profundamente una bendición, que se acercaba por momentos, de una promesa cuya espera se hacía casi inaguantable. Sentado ante mi rosácea mesa de trabajo, me las arreglé, no obstante, para ignorar mi fiebre y mi malestar y gobernar mis fantasías con suficiente fuerza para conseguir dos o tres horas más de trabajo serio y bien hecho. Pocos minutos después de las doce, noté una sensación de vacío en el fondo del estómago. No había oído ningún ruido procedente de la habitación de Sophie en toda la mañana. Sin duda se había pasado la mayor parte del tiempo con la nariz metida en un libro, prosiguiendo con asiduidad su autoeducación. Su facilidad de lectura y su comprensión del inglés, aunque lejos de ser perfecta, había mejorado mucho en cosa de un año, es decir, desde que conoció a Nathan; casi ya no recurría a las traducciones polacas, y ahora se hallaba profundamente interesada por el *Faulkner de bolsillo* de Malcolm Cowley, autor que la seducía y la dejaba perpleja a un tiempo. «¡Esas frases —me había dicho— que avanzan como una serpiente loca!» Pero era lo bastante adicta a la lectura como para maravillarse ante la complejidad y la turbulenta fuerza de la narrativa de Faulkner. Yo casi me había aprendido de memoria aquella colección que, en la escuela superior, me había catapultado hacia la obra completa de ese escritor, y había sido por recomendación mía —en el metro o en algún otro lugar durante el memorable domingo de nuestra primera salida— que Nathan había comprado el primer volumen para dárselo a Sophie a principios de la semana siguiente. Y yo había empezado a ayudar a Sophie, con verdadero placer, a interpretar a Faulkner, no sólo describiéndole ciertos lugares del oculto y vernáculo Misisipi, sino mostrándole algunas de las buenas sendas para penetrar en las arboledas y cañaverales de su retórica.

A pesar de todas las dificultades, estaba emocionada e impresionada por la tempestuosa manera en que aquella prosa había irrumpido en su mente. «Escribe como alguien, ¿sabes?, que estuviera poseído —me dijo uno de aquellos días, y luego añadió—: Se ve bien claro que, a él, nadie lo ha psicoanalizado.» Su nariz se arrugó con un gesto de desagrado al hacer esta observación aludiendo, obviamente, al grupo de bañistas que tanto la habían irritado el domingo anterior. Al principio yo no me di cuenta, pero lo cierto era que aquel coloquio freudiano que a mí me había fascinado, o, en el peor de los casos, divertido, a Sophie le había resultado tremendamente odioso, cosa que le hizo abandonar bruscamente la playa con Nathan. «Esos extraños tipos tan obsesionados con ellos mismos cuidando tan melindrosamente de sus pequeñas... costras... —se había quejado en un momento en que Nathan no estaba presente—. ¡Detesto esa clase de —y aquí pronunció una bella frase a la que yo di valor de perla auténtica— “infelicidad no ganada”!» Aunque me di perfecta cuenta de lo que quería decir, me sorprendió la vehemencia de su hostilidad, lo que me hizo pensar —y me lo preguntaba aún a mí mismo mientras subía la escalera para llevar a Sophie a nuestra proyectada merienda en el parque— si ello no se

debería a algún resto de intolerancia que le hubiese quedado de aquella rígida religión que, como yo sabía, había abandonado.

Mi intención no era pillar a Sophie por sorpresa pero, al ver que la puerta de su habitación estaba medio abierta y que ella se hallaba vestida «decentemente» —como solían decir las chicas de aquellos tiempos—, entré sin llamar. Llevaba una especie de bata y se encontraba en el otro extremo de la habitación, peinándose frente a un espejo. Me daba la espalda y era muy probable que no hubiese advertido mi presencia, pues seguía arreglándose su lustrosa y rubia cabellera con un siseante sonido apenas audible en el silencio del mediodía. Yo, todavía con una excesiva carga de lascivia —algún resto, me imagino, de mis ensueños relacionados con Leslie—, sentí el súbito impulso de acercarme a Sophie para hociar su nuca y, al mismo tiempo, llenar mis manos con sus pechos. Pero sólo pensarlo era ya algo irracional y desmedido, y, antes de que fuera tarde, me di cuenta de que ya bastaba con haber atentado de aquella manera contra su intimidad; dejé, pues, de contemplarla en silencio y me anuncié con una tosecilla. Sophie se volvió hacia mí con un respingo de sorpresa y, al hacerlo, reveló un rostro que no olvidaré en mi vida. Pasmado, me hallé —por fortuna, no más de un fugaz instante— ante una vieja bruja cuya parte inferior de la cara se había hundido sobre sí misma, dejándole por boca una profunda y tortuosa arruga y con una expresión que traslucía la más decrepita vejez. Era una máscara marchita y estremecedora.

Estuve a punto de dar un grito, pero ella se me adelantó con una especie de resuello al tiempo que se tapaba la boca con las manos y huía hacia el cuarto de baño. Me quedé clavado en el mismo sitio, intrigado y apabullado, escuchando los pequeños ruidos que me llegaban del otro lado de la puerta que Sophie había cerrado tras de sí... y me di cuenta, por primera vez desde que entré, de que la sonata para piano de Scarlatti había estado sonando todo el rato en el tocadiscos. Luego dijo:

—Stingo, ¿cuándo aprenderás a llamar antes de entrar en la habitación de una dama? —El tono de su voz era más irónico que malhumorado, y entonces, sólo entonces, me di cuenta de lo que había presenciado. Le agradecía que no se hubiese enfadado, y me sentía emocionado por su generosidad de espíritu. Yo mismo, ¿cómo habría reaccionado si alguien me hubiese sorprendido sin mis dientes? Y en aquel instante Sophie salió del cuarto de baño, aún con un ligero rubor en las mejillas, pero sosegada, incluso radiante, con todos los hermosos componentes de su cara reunidos en una alegre apoteosis gracias a la odontología norteamericana—. Bueno, vámonos al parque —añadió—, me estoy desmayando de hambre. ¡Soy el mismísimo avatar del hambre!

Aquel «avatar», por supuesto, era quintaesencialmente faulkneriano, y me chocó tanto la manera en que había usado la palabra, y era tal la alegría que sentía ante aquella belleza femenina recuperada, que reaccioné —y me desahugué— con una serie de ruidosas risotadas.

—*Braunschweiger* con whisky de centeno... y con mostaza —dije yo.

—¡*Pastrami* caliente! —contestó ella.

—Salami y queso suizo con *pumpernickel* —proseguí—, y algo de escabeche, medio agrio.

—¡Basta, Stingo, que me estás matando! —gritó con una risa de oro—. ¡Vámonos ya!

Y al parque nos fuimos, pasando antes, naturalmente, por las Himelfarb's Deluxe

Delikatessen.

Si Nathan pudo proporcionar a Sophie aquella soberbia dentadura, fue gracias a su hermano mayor, Larry Landau. Y aunque fue el certero —si no profesional— diagnóstico de Nathan lo que con tanta exactitud señaló la naturaleza de la enfermedad de Sophie poco después de su accidentado encuentro en la biblioteca del Brooklyn College, su hermano también contribuyó a encontrar una solución que remediara aquel problema. Larry, a quien yo conocería aquel mismo verano en circunstancias muy violentas, era cirujano urólogo con una amplia y creciente clientela en Forest Hills. Aproximadamente a sus treinta y cinco años, el hermano de Nathan había hecho una brillante carrera en su especialidad, y era digna de señalar su valiosa y original labor investigadora, realizada en otro tiempo a pesar de su juventud —cuando era ayudante de la Escuela de Médicos y Cirujanos de Columbia—, sobre la función renal, con unos resultados que causaron sensación en los círculos profesionales. Nathan me mencionó cierta vez este hecho en tonos muy admirativos, demostrando que estaba orgulloso de su hermano. Larry también se había distinguido en la guerra. Siendo teniente del cuerpo médico de la Armada, dio valerosas y extraordinarias muestras de habilidad quirúrgica bajo los ataques de los kamikazes a bordo de un portaaviones condenado a la destrucción frente a las Filipinas; la hazaña le valió la concesión de la Cruz de la Armada (condecoración pocas veces conseguida por un oficial médico, y menos por un judío difícilmente tolerable en una Armada antisemita). No era, pues, de extrañar que en 1947, año de recientes y gloriosos recuerdos bélicos, Larry fuese para Nathan un héroe del que poder jactarse y sentirse orgulloso.

Sophie me dijo que no supo cuál era el nombre de su salvador hasta muchas horas después de que Nathan la rescatara de la biblioteca. Lo que más profunda e indeleblemente recordaba de aquel primer día y de los siguientes era su pasmosa y sincera ternura. Al principio —quizá porque sólo lo recordaba inclinado sobre ella murmurando: «Deje que el doctor cuide de todo»—, no pensó que aquellas palabras podían haber sido pronunciadas en broma, pues creía que Nathan era médico, y así siguió creyéndolo ante la autoritaria amabilidad con que la mantuvo contra su brazo durante todo el viaje en taxi a la casa de Yetta. «Tendremos que reanimarla de algún modo —recordaba Sophie que le dijo, en un tono medio jocosos que hizo aparecer en sus labios el primer indicio de sonrisa desde que se había desmayado—. No puede seguir desmayándose usted por las bibliotecas de Brooklyn dando esos sustos de muerte a la gente.»

Había en su voz algo tan comprensivo, tan amigable y bondadoso, tan cuidadoso, y era tal la confianza que le inspiraba su sola presencia, que cuando entraron en la habitación de Sophie (caliente y sofocante en el declinar de la luz solar de la tarde, y donde tuvo otro breve desvanecimiento que la hizo desplomarse contra él), ella no se turbó en absoluto al sentir que Nathan la desabrochaba y le quitaba su sucio vestido y que, con una delicada pero firme presión, la empujaba lentamente para que se echara en la cama, donde quedó extendida sin más vestimenta que unas bragas. Se sentía mucho mejor, las náuseas habían desaparecido. Pero allí echada, mirando hacia arriba e intentando corresponder a la

enigmática y triste sonrisa de aquel extraño, volvió a sentir la somnolencia de antes y aquel decaimiento que le llegaba hasta el tuétano de los huesos. «¿Por qué estoy tan cansada? —se oyó decir a sí misma con voz débil—. ¿Qué me pasa?» Aún creía que él era médico, por lo que respetó su mirada silenciosa, vagamente afligida, tomándola por una actitud profesional, diagnosticadora..., hasta que advirtió que los ojos de él se detenían de pronto en el número grabado en su brazo. Ella alzó bruscamente la mano (cosa extraña, porque hacía mucho tiempo que aquella señal había dejado de preocuparla) para cubrirse pero, antes de que pudiera hacerlo, él le cogió la muñeca con suavidad y le tomó el pulso como había hecho en la biblioteca. Nathan guardó unos momentos de silencio, durante los cuales ella se sintió totalmente segura y tranquila. Unas palabras reconfortantes, consoladoras, dichas a su oído con aquel encantador toque de jovialidad, la sacaron de su amodorramiento: «El doctor cree que necesita usted una píldora bien gorda que devuelva su color a esta hermosa piel blanca». De nuevo, ¡el doctor! Entonces, beatíficamente, se adormiló sin llegar a soñar nada y, cuando volvió a abrir los ojos, el doctor, ¡ay!, se había ido.

—Sí, Stingo, se había ido. Hace ya mucho tiempo de ello, pero recuerdo muy bien el terrible pánico que sentí. Era muy extraño aquello, ¿sabes? ¡Ni siquiera lo conocía! ¡No sabía ni su nombre! Había estado con él una hora, creo que aun menos, y él se había ido, y yo me quedé con aquel pánico, aquel profundo pánico y aquel miedo de que no volviera jamás, de que se hubiese ido para siempre. Fue como perder a una persona muy próxima..., muy allegada.

Un antojo romántico me incitó irremisiblemente a preguntarle si se habían enamorado en el acto. ¿Habría podido ser el ejemplo perfecto, quise saber, de ese maravilloso mito conocido por amor a primera vista?

Sophie dijo:

—No, no fue exactamente de ese modo... No creo que aquello fuera amor. Pero tal vez estuviese muy cerca de serlo. —Hizo una pausa—. No lo sé. De todos modos, fue muy tonto lo que me sucedió. ¿Cómo era posible que sintiese aquel vacío por haberse marchado un hombre al que sólo había tratado cuarenta y cinco minutos? *Absolument fou!* Una verdadera locura, ¿no crees? ¡Cómo esperaba que volviese!

Nuestras meriendas, almuerzos o comilonas campestres tuvieron lugar en todos los rincones, ya soleados, ya umbrosos, del Prospect Park. No puedo recordar exactamente cuántas de estas salidas hice con Sophie (media docena, por lo menos), ni me vienen tampoco con mucha claridad a la memoria los sitios en que estuvimos echados sobre la hierba: las rocosas oquedades, las veredas y los apartados senderos adonde llevábamos nuestras grasientas bolsas de papel marrón, nuestros cartones de medio litro de leche, amén de la antología de poesía norteamericana de Oscar Williams, con las puntas de las hojas abarquilladas y los márgenes sucios de tan manoseados, mediante la cual intentaba continuar la educación poética de Sophie que el regordete señor Youngstein había comenzado algunos meses antes; recuerdo muy bien, sin embargo, uno de aquellos sitios: una península herbosa, casi siempre solitaria a aquella hora en los días laborables, que se proyectaba en el lago. Era el lugar preferido de seis grandes cisnes de mirada belicosa que

costeaban la zona como filibusteros a través de las cañas, interrumpiendo su navegación sólo el tiempo justo para patojear en la hierba y atrapar con el pico, competitivamente y con agresivos siseos de sus mudas gargantas, las migajas de nuestros panecillos u otros desperdicios. Uno de los cisnes, un macho notablemente menos ágil que los demás y de cuello mucho más corto, tenía una herida cicatrizada cerca de un ojo —sin duda por un encuentro con algún salvaje bípedo brooklyniano—, a consecuencia de la cual había quedado probablemente con aquella mirada extraviada que tanto nos llamó la atención. A Sophie le recordaba a su primo Tadeusz de Lodz, que había muerto muchos años antes de leucemia.

Me fue imposible hacer el salto antropomórfico necesario para imaginarme el parecido que pudiese existir entre un cisne y determinado ser humano, pero Sophie juraba que se parecían como dos gotas de agua, y empezó a llamarle *Tadeusz* y a murmurarle glóticas palabritas polacas mientras le echaba los restos de comida que habían quedado en su bolsa. Raras veces había visto perder la serenidad a Sophie, pero la conducta de los otros cisnes, tan voraces y poco respetuosos con el derecho de prioridad, la pusieron furiosa y le hicieron insultar a aquellos rechonchos bastardos, a los que fastidió favoreciendo a *Tadeusz* con una mayor cantidad de desperdicios. Su vehemencia me sorprendió. Yo no podía relacionar aquella enérgica protección del desvalido con hechos de su pasado —porque en aquel momento aún no era capaz de hacerlo— pero, dejando aparte cualquier otra consideración, su defensa de *Tadeusz* no pudo ser más divertida ni simpática. Con todo, tengo otro motivo —personal— para insistir en la imagen de Sophie entre los cisnes. Ahora recuerdo, después de mucho exprimir mi cerebro, que fue allí, en aquel promontorio, ya casi al final de aquel verano, durante una de aquellas tardes que para nosotros duró hasta que el sol comenzó a ponerse a lo lejos, detrás de Bay Ridge y Bensonhurst, donde Sophie me dijo, con una voz que tan pronto reflejaba confianza como desesperación, pero en términos de gran preocupación por los furiosos arrebatos de que Nathan había dado muestras durante buena parte del año que llevaban juntos, que lo adoraba, y que incluso entonces (en el momento en que me lo estaba diciendo) lo consideraba sin lugar a dudas su salvador, pero también su destructor...

El mismo día de su accidentado primer encuentro, Nathan, con gran alivio para ella, volvió a su habitación media hora después de haberla dejado, se acercó a su cama para mirarla con sus benévolos ojos y le dijo:

—Vas a venir conmigo; quiero que mi hermano te vea. ¿De acuerdo? He hecho algunas llamadas por teléfono.

Sophie quedó perpleja, no tanto por el súbito tuteo, que aceptó, como por la inesperada proposición. Él se sentó en la cama a su lado.

—¿Por qué quieres llevarme a que tu hermano me vea? —preguntó ella.

—Mi hermano es médico —contestó él—, uno de los mejores. Podrá ayudarte.

—Pero tú... —empezó, y luego se detuvo un momento—. Yo creía...

—Creías que era médico —dijo él—. No, soy biólogo. ¿Cómo te sientes?

—Mejor, mucho mejor —respondió ella, y era cierto, sobre todo a causa de la reconfortante presencia de Nathan.

Había traído consigo una bolsa de comestibles, que abrió para extraer su contenido y colocarlo, rápida y diestramente, sobre la gran repisa de madera situada no lejos de los

pies de la cama, que le servía de mesa de cocina.

—¡Qué rica de banquete! —le oyó decir ella.

Él ahogó una risotada, pues se había entregado a una parodia del nervioso y superatento tendero de Flatbush. Su modo de moverse le recordó a Danny Kaye (a quien había visto muchas veces: una de sus pocas obsesiones cinematográficas); parecía él mismo al efectuar aquel rítmico y absurdo inventario de las cosas que había traído, y se volvió hacia ella, a la que aún sacudía una silenciosa risa, para mostrarle un bote con una etiqueta blanca cubierto de heladas perlas de agua.

—Consumé madrileño —dijo con naturalidad—. He encontrado una tienda donde lo conservan en hielo. Quiero que lo pruebes. Después podrás nadar cinco millas seguidas, como Esther Williams.

Sophie se dio cuenta de que había recobrado el apetito; así se lo comunicó un ansioso espasmo de su estómago vacío. Él le vertió el consomé en uno de los baratos tazones de plástico que formaban parte de la escasa vajilla de Sophie y ella se incorporó sobre un codo para tomárselo con verdadero gusto, saboreando la fría y gelatinosa sopa. Cuando hubo terminado, dijo a Nathan:

—Gracias. Ahora me siento mucho mejor.

Sophie volvió a sentir la intensa mirada de Nathan que, sentado junto a ella, guardó silencio durante un buen rato y, a pesar de lo mucho que confiaba en él, comenzó a encontrarse un poco incómoda. Por fin, Nathan dijo:

—Me jugaría cien dólares con cualquiera a que lo que tienes es una grave anemia. Es posible que te convenga ácido fólico o vitamina B doce. O, muy probablemente, hierro. Oye, nena: ¿has comido lo necesario, últimamente?

Ella le dijo que, exceptuando el corto período de unas semanas inmediatamente anteriores a su encuentro con él, había comido, por espacio de seis meses, mejor y con más abundancia que en cualquier otro momento de su vida.

—Sólo tengo el problema —añadió— de que no puedo comer mucha grasa animal. Pero de todo lo demás, lo que quiera.

—Entonces debe de ser falta de hierro —dijo Nathan—. Por lo que me cuentas, lo que has comido contenía más ácido fólico y vitamina B doce de lo necesario. Sólo se precisa una pizca de ambas cosas. Pero el hierro se comporta a veces como un tramposo. A veces, cuando tienes carencia de él, no se deja atrapar de nuevo —hizo una pausa, quizá consciente de la aprensión que mostraba la cara de Sophie (causada por el desconcierto y la confusión subsiguientes a lo que él le había dicho), y le sonrió tranquilizadamente—, pero es una de las cosas más fáciles de tratar cuando has dado en el clavo.

—¿Dado en el clavo?

—Sí, cuando se sabe que el problema es sólo ése. Es algo muy fácil de curar.

Por alguna razón, Sophie no se atrevía a preguntar a su benefactor cómo se llamaba, aunque se moría de ganas de saberlo. Aprovechando la circunstancia de tenerlo sentado junto a ella, lo observó con disimulo y quedó convencida de que su aspecto era sumamente agradable (no podía negarse que era judío, con aquellas líneas y planos simétricos, en medio de los cuales destacaba su fuerte y prominente nariz como un vigoroso adorno personal, para no hablar de unos ojos inteligentes y luminosos que podían pasar de la compasión al humor con increíble rapidez, facilidad y naturalidad). Una vez más, su sola

presencia la hizo sentirse mejor; la invadía una soñolienta fatiga, pero las náuseas y aquel gran malestar habían desaparecido. Y, de pronto, tuvo una feliz inspiración. A primera hora del día, después de mirar los programas de radio en el *Times*, se sintió contrariada al ver que, a causa de su clase de inglés, se perdería la *Sinfonía Pastoral* de Beethoven que la WQXR emitiría a primera hora de la tarde. Era algo así como su redescubrimiento de la *Sinfonía Concertante*, aunque con una diferencia. Recordaba esta sinfonía muy bien, con la misma claridad de otros tiempos —de nuevo, la reminiscencia de aquellos conciertos de Cracovia—, pero allí, en Brooklyn, por no tener tocadiscos y hallarse al parecer en el lugar indebido en el momento apropiado, la *Pastoral* la había rehuído por completo, anunciándose siempre de modo exasperante, pero no dejándose escuchar, cual un magnífico pero mudo pájaro que se escabullera volando de su persecución por entre la frondosidad de un oscuro bosque.

Entonces se percató de que, gracias al contratiempo sufrido aquel día, podría por fin oír la música deseada; en aquel momento, le parecía más decisiva para su existencia que aquella conversación sobre la forma de medicarla, por alentadora que fuese.

—¿Te importa que ponga la radio? —dijo, casi sin darse cuenta.

Apenas había dicho estas palabras cuando él alargó la mano para conectarla, precisamente unos segundos antes de que la Orquesta de Filadelfia, con sus susurrantes instrumentos de cuerda, vacilante al principio y estallando después jubilosamente, comenzara ese embriagador himno a la tierra floreciente. Experimentó una sensación de belleza tan intensa que creyó morir. Cerró los ojos y los mantuvo firmemente cerrados hasta el final de la sinfonía, momento en que volvió a abrirlos, turbada por las lágrimas que le resbalaban por las mejillas sin poder evitarlo, y sin ser capaz de decir algo coherente a aquel samaritano que aún la estaba observando con seria y paciente preocupación. Tocó ligeramente el dorso de su femenina mano con la punta de sus dedos.

—¿Lloras porque esta música es tan hermosa? —le preguntó Nathan—. ¿Incluso a través de esta pequeña radio?

—No sé por qué lloro —contestó ella después de una larga pausa durante la cual se reanimó—. Tal vez lloro porque cometí un error.

—¿Un error? ¿Qué quieres decir? —preguntó él.

Sophie, de nuevo, esperó un buen rato antes de decir:

—El error de haber escuchado esta música. Creía que la última vez que oí esta sinfonía fue en Cracovia, de niña. Pero al escucharla ahora me doy cuenta de que aún la escuché otra vez, en Varsovia. Se había prohibido tener aparatos de radio, pero aun así oí la *Pastoral* transmitida desde Londres. Ahora recuerdo que fue la última música que escuché antes de ir... —y se detuvo.

¿Qué diablos le estaba contando a aquel extraño? ¿Qué podía importarle? Cogió un Kleenex del cajón de su mesita de noche y se secó los ojos.

—Esto no es una buena respuesta —dijo él, y luego prosiguió—: Has dicho «antes de ir...». Antes de ir ¿adonde? ¿Quieres decir al lugar donde te hicieron esto?

Lanzó una aguda mirada al tatuaje.

—No puedo hablar de esto —dijo ella de súbito, sintiendo su brusco modo de contestar, que hizo enrojecer a Nathan y lo obligó a musitar con voz aturdida:

—Lo lamento. ¡Lo lamento! Soy un desvergonzado intruso... A veces, soy un

estúpido. ¡Un estúpido!

—No digas eso, por favor —se apresuró a decir Sophie, confundida por aquel tono que tanto la había desconcertado—. No quise ser tan... —Buscó mentalmente la palabra adecuada y la encontró en francés, en polaco, en alemán y en ruso, pero no en inglés, por lo que repitió—: Lo lamento.

—Tengo el vicio de meter la narizota donde no la llaman —dijo él, mientras ella observaba cómo su cara iba perdiendo el rubor que le había producido su inconveniencia. Luego, de pronto, añadió—: Debo irme. Tengo una cita. Pero oye... ¿puedo volver esta noche? ¡No me contestes! Volveré esta noche.

¿Cómo iba a contestar? Después de haberla rescatado de aquel naufragio (no considerando estas palabras como una figura del lenguaje, sino como una verdad literal, puesto que expresan lo que Nathan había hecho sólo dos horas antes: recogerla y sacarla en brazos de la biblioteca hecha una piltrafa para conducirla hasta un lugar junto al bordillo, desde donde llamó a un taxi), sólo podía asentir con un movimiento de cabeza, decir sí con una sonrisa..., una sonrisa que permaneció en sus labios hasta que cesó de oírle bajar ruidosamente la escalera. Después de aquel momento, el tiempo avanzó penosamente para ella. Y se sorprendió de la impaciencia con que esperaba oír de nuevo sus pisadas, lo que sucedió hacia las siete de la tarde, cuando volvió con otra voluminosa bolsa de comestibles y dos docenas de las más fascinantes rosas amarillas de tallo largo que ella hubiese visto. Ahora estaba levantada y se sentía casi totalmente recuperada, pero él le ordenó que se relajara y, además, le aconsejó:

—Te lo mego, deja que Nathan se encargue de todo.

Era la primera vez que Sophie oía el nombre de su protector. Nathan. ¡Nathan!
¡Nathan, Nathan!

Nunca, nunca, me dijo ella, olvidaría aquella comida, la primera que hicieron juntos, ni la gracia casi sensual con que hizo y condimentó un guiso a base de cosas tan simples como hígado de ternera y puerros.

—Un plato lleno de hierro —proclamó, inclinándose, la *frente* bañada en sudor, sobre el caliente y crepitante plato—. No hay nada como el hígado. Y los puerros... ¡repletos de hierro! También mejoran el timbre de la voz. ¿Sabías que el emperador Nerón se hacía servir puerros cada día para conseguir una sonoridad vocal más profunda? Siéntate. Basta ya de ajeteo —ordenó—. Es a mí a quien le toca actuar. Lo que necesitas es hierro. ¡Hierro! Por esto vamos a comer también espinacas y una buena ensalada.

Sophie se sentía cautivada por la manera en que Nathan, además de cocinarle a la perfección lo que más le convenía, salpicaba su trabajo con detalladísimas observaciones sobre el valor nutritivo y gastronómico de ciertos alimentos.

—El hígado con cebolla es algo generalmente apreciado, pero con puerro, ¿sabes, monada?, es algo sensacional. Estos puerros no son fáciles de encontrar; los he conseguido en un mercado italiano. Es tan evidente como esa naricilla de tu bella pero pálida cara que necesitas ingerir grandes cantidades de hierro. De ahí las espinacas. No hace mucho tiempo, ciertas investigaciones permitieron descubrir que el ácido oxálico que contienen las espinacas tiende a neutralizar gran parte del calcio necesario para nuestra nutrición y que tú sin duda necesitas también. Qué le vamos a hacer... pero contienen además tanto hierro que, a pesar de eso, te van a dar un buen empujón vivificador. Ya lo verás. La

lechuga también...

La comida fue excelente y sobre todo restauradora, pero el vino resultó ambrosiaco para Sophie. En los tiempos de su temprana juventud, en Cracovia, siempre había visto vino en casa y lo bebía habitualmente, pues su padre tendía a un hedonismo que le hacía insistir (en un país tan desprovisto de viñedos como, por ejemplo, Montana) en que los succulentos platos vieneses que su madre guisaba fueran acompañados con regularidad de selectos vinos de Austria o de las llanuras húngaras. Pero la guerra, que tantas cosas había eliminado de su vida, la privó también de un placer tan simple como el del vino, y desde entonces no se había preocupado por recuperar aquella costumbre, aun cuando se hubiera sentido tentada a ello en los alrededores de Flatbush, cuyos vecinos eran adictos del Mogen David. Pero no tenía noción de esto... ¡de esta bebida de dioses! El contenido de la botella que Nathan había traído era de una calidad tal que Sophie se sintió llevada a redefinir la naturaleza de las sensaciones gustativas; si no hubiese ignorado la mística de los vinos franceses, Nathan no habría tenido que decirle que era Château-Margaux, o que pertenecía a la cosecha de 1937 —la última de las grandes vendimias de la preguerra—, o que le había costado la pasmosa suma de catorce dólares (aproximadamente, la mitad del sueldo semanal de Sophie, como ella misma observó con incredulidad al dar una mirada al precio marcado en la pequeña etiqueta autoadhesiva), o que habría mejorado su *bouquet* si hubiese habido tiempo para decantarlo primero. Nathan no paraba de hablar amenamente de todo esto. Pero ella sólo sabía que el sabor de aquel vino le daba una sensación de delicia sin igual, le proporcionaba un agradabilísimo y vivificante calorcillo que se extendía hasta la punta de los dedos de sus pies, cosa que confirmaba la validez de las máximas antiguas sobre las propiedades del vino. Algo confusa y agradablemente mareada, se oyó decir:

— ¿Sabes qué te digo? Pues que eso debe de ser lo que te hacen de beber en el paraíso cuando has muerto después de haber llevado en la tierra una vida de santo.

La contestación de Nathan no fue directa, aunque pareció escuchar complacido la observación de Sophie. Luego, mirándola con fingida gravedad a través del rojo poso de su vaso, dijo corrigiéndole:

—«Hacen de beber», no. Basta con «hacen beber». —Luego añadió—: Perdóname. Soy un empedernido y frustrado maestro de escuela.

Terminado el banquete, lavaron los platos juntos. Después se sentaron el uno frente al otro en las dos incómodas sillas de respaldo recto, los únicos muebles para sentarse que había entonces en la habitación. De pronto, la atención de Nathan fue atraída por los libros —pocos— alineados en un estante sobre la cama de Sophie: las traducciones polacas de Hemingway, Wolfe, Dreiser y Farrell. Se levantó un momento y examinó los libros con curiosidad. Dijo algunas cosas que demostraban que estaba familiarizado con aquellos escritores; habló con especial entusiasmo de Dreiser, y le confesó que, en sus tiempos de la escuela superior, había leído de cabo a rabo y de un tirón *Una tragedia americana* pese a su enorme extensión «casi dejando la vista en la proeza», y después, en medio de una rapsódica descripción de *Nuestra Carrie*, que aún no había leído, pero que le recomendaba insistentemente (asegurándole que era la obra maestra de Dreiser), se detuvo sin terminar la frase que estaba pronunciando y la miró con unos cómicos ojos saltones que la hicieron reír, diciendo:

—¿Sabes una cosa? No tengo la más remota idea de quién eres. ¿A qué te dedicas, muñequita polaca?

Sophie guardó un largo silencio antes de contestar:

—Trabajo para un médico; por horas. Soy su recepcionista.

—¿Un médico? —dijo él, con evidente interés—. ¿Qué clase de doctor?

Sophie vio que le iba a ser muy difícil pronunciar la palabra. Pero lo intentó, y lo logró:

—Es un... un quiropráctico.

Sophie casi pudo ver el espasmo que recorrió el cuerpo de Nathan al escuchar aquella palabra.

—Un quiropráctico. ¡Un quiropráctico! ¡No es extraño que hayas tenido problemas!

Ella intentó justificarse con una excusa tonta y poco convincente:

—Es un hombre muy bondadoso... —comenzó—. Es lo que vosotros llamáis... —recurriendo de pronto al yiddish— un *mensh*. Se llama Blackstock.

—*Mensh, shmensh...* —dijo él con expresión de disgusto—. Una chica como tú trabajando para un charlatán...

—Fue el único trabajo que pude encontrar cuando llegué aquí —lo interrumpió ella—. ¡No podía hacer otra cosa!

Ahora hablaba algo irritada y resentida, y lo que dijo, o la brusquedad con que lo hizo, obligaron a Nathan a disculparse en el acto:

—Ya lo sé —dijo—. No debiera haberte hablado de ese modo. No es asunto mío.

—Quisiera encontrar algo mejor, pero no tengo la preparación adecuada —dijo Sophie, más calmada—. Comencé mi educación hace mucho tiempo, pero no pude terminarla. ¿Sabes? Soy una persona muy incompleta. Quería ser profesora, enseñar algo, música, ser profesora de música..., pero fue imposible. Por esto trabajo como recepcionista en ese consultorio. El empleo no está mal, *vraiment...*, aunque me gustaría hacer algo mejor, algún día.

—Siento lo que te he dicho.

Ella lo miró, conmovida por la aflicción que él parecía sufrir por su torpeza. Que ella recordara, nunca había conocido a nadie hacia quien se hubiese sentido atraída con tanta rapidez. Había algo tan intensamente atractivo, tan enérgico y ameno en Nathan... Su tranquilo y firme dominio de las situaciones, su mímica, sus imitaciones, su cómica manera de referirse a algunos aspectos de la medicina y del arte de cocinar que, según ella intuía, no era otra cosa que un leve disfraz de su preocupación por su salud. Y, por último, aquella torpe vulnerabilidad y aquellos autorreproches que, de una manera remota e indefinida, recordaron a Sophie el proceder de un muchacho. Por un instante, deseó que la conmoción que sentía se prolongara, pero fue un sentimiento que pronto se desvaneció. Ambos guardaron silencio por unos momentos, mientras un coche se deslizaba en la calle, donde la lluvia había empezado a caer y el tañido de campanas de una lejana iglesia esparcía nueve notas en el vasto y reverberante silencio de mediados de verano. De la lejanía, seguramente de Manhattan, llegaba un débil retumbo de truenos. Había oscurecido, y Sophie encendió su solitaria lámpara de mesa.

Quizá la culpa fuera de aquel seráfico vino, o de la tranquila y desinhibidora presencia de Nathan, pero se sintió impelida a detenerse en el punto donde había cesado

de hablar, tanto más cuanto que su inglés, aunque usado con más o menos facilidad según los momentos, parecía fluir ahora con una autoridad que orillaba todos los obstáculos, como si poseyera unas notables facultades idiomáticas casi totalmente ignoradas por ella misma:

—No me queda nada del pasado. Y ésta es una de las razones por las que, ¿sabes?, me siento tan incompleta. Todo lo que ves en esta habitación es norteamericano, nuevo; los libros, mis ropas... No me queda nada en absoluto de Polonia, de cuando era jovencita. Ni siquiera tengo una fotografía de aquellos tiempos. Una cosa que siento mucho haber perdido es mi álbum de fotografías. Si lo hubiese podido conservar, ahora tendría ocasión de mostrarte muchas cosas interesantes: cómo era Cracovia antes de la guerra, por ejemplo. Mi padre era profesor de la universidad, pero era también un fotógrafo estupendo..., aficionado, pero muy bueno, ¿sabes?, y muy sensible. Tenía una máquina fantástica, y cara: una Leica. Recuerdo que en una de las mejores fotografías que tomó y que más lamento haber perdido, pues estaba en ese álbum, figurábamos mi madre y yo junto al piano. Entonces yo tenía unos trece años. Habíamos acabado de tocar, supongo, una composición para cuatro manos. Recuerdo que mi madre y yo teníamos un aspecto muy feliz. Ahora, el solo recuerdo de aquella fotografía es un símbolo para mí, un símbolo de algo que era y que habría podido ser, y ahora ya no puede ser. —Hizo una pausa, interiormente orgullosa de la facilidad con que empleaba los distintos tiempos gramaticales, y miró hacia arriba para observar a Nathan, que se había inclinado ligeramente hacia adelante, totalmente absorto ante aquella efusión—. Supongo —prosiguió Sophie— que te das perfecta cuenta de que no me apiado de mí misma por eso. Hay cosas mucho peores que no poder terminar una carrera o no llegar a ser lo que nos habíamos propuesto. Si esto fuera lo único que hubiese perdido, me daría por satisfecha. Para mí, habría sido maravilloso seguir la carrera musical que tanto deseaba terminar. Pero me lo impidieron. Hace siete..., ocho años que no he leído una nota de música, y ni siquiera sé si ahora me acordaría de cómo se lee la música. En cualquier caso, ya ves por qué no me hallo en condiciones de escoger mi trabajo, por qué tengo que aprovechar ese empleo.

Nathan dejó transcurrir unos instantes de silencio y, con aquella llaneza capaz de desarmar a cualquiera, aquella forma directa de expresarse que tanto le gustaba a Sophie, dijo:

—Tú no eres judía, ¿verdad?

—No —respondió ella—. ¿Creías que lo era?

—Primero supuse que lo eras. No hay muchas chicas rubias en el Brooklyn College y sus alrededores. Luego te observé mejor en el taxi. Entonces pensé que eras danesa, o tal vez finlandesa..., una escandinava oriental. Pero con esos pómulos eslavos... Finalmente, por deducción, te consideré hija de Polonia, adiviné, y perdona, que eras de extracción polaca. Después, cuando mencionaste Varsovia, tuve la seguridad de ello. Eres una bella hija de Polonia, una hermosa dama polaca.

Ella sonrió, consciente del rubor de sus mejillas, y dijo:

—*Pas de flatterie, monsieur*. Dejémonos de lisonjas.

—Entonces —continuó él—, ¿por qué todas esas absurdas contradicciones? ¿Qué diablos hace una *shiksa* polaca tan guapa como tú en el consultorio de un quiropráctico

llamado Blackstock, y dónde puñeta aprendiste el yiddish? Y, para terminar, ¡qué diantre!, vas a tener que soportar de nuevo mi entrometida nariz, porque te diré que me preocupa tu situación, ¿comprendes?, y he de saber estas y otras cosas. Sí, para terminar, ¿dónde te tatuaron ese número en el brazo? No quieres hablar de ello, lo sé. Detesto hacer preguntas, pero creo que has de decírmelo.

Sophie dejó caer su cabeza hacia atrás, contra el deslucido respaldo de la rosácea y crujiente silla. Pensó con resignación que, si se lo contaba ahora por encima, tal vez saciaría su curiosidad y con un poco de suerte no tendría que explicarle cosas más sombrías y complejas que se veía incapaz de revelar o describir a nadie. Claro que, por otra parte, también podía resultar absurdo y ofensivo ser tan enigmática, tan ostentadamente reservada respecto a algo que, al fin y al cabo, todo el mundo debería haber sabido.

Sin embargo, pasaba algo raro: la gente, allí, en Norteamérica, pese a todos los hechos publicados, a las fotografías y a los noticiarios cinematográficos, parecía no haberse enterado de lo que había sucedido y, en el mejor de los casos, sólo de manera vacía y superficial. Buchenwald, Belsen, Dachau, Auschwitz: nada más que estúpidas consignas. Esta incapacidad de comprender las cosas a un nivel de conciencia real era otra de las razones por las que tan raramente había hablado a alguien de ello, dejando aparte el lacerante dolor que sentía al evocar aquella parte de su pasado. En cuanto a este dolor sabía, ya antes de hablar, que lo que estaba a punto de decir le causaría un sufrimiento casi físico, como el de volver a abrir, desgarrándola, una herida casi totalmente curada..., como el de querer andar con una pierna rota antes de que se soldara por completo el hueso; pero Nathan había demostrado ampliamente, después de todo, que sólo quería ayudarla; y ella sabía que necesitaba la ayuda que él le brindaba —podría decirse que desesperadamente—, además de que se había hecho acreedor, por lo menos, de un esquemático bosquejo de su historia reciente.

Así pues, empezó a hablar de ello a Nathan, teniendo a su favor el tono neutro, totalmente desprovisto de sensacionalismo, que era capaz de emplear:

—En abril de 1943 fui enviada al campo de concentración Auschwitz-Birkenau, en el sur de Polonia. Se hallaba cerca de la ciudad de Oswiecim. Antes había vivido en Varsovia. Residí allí durante tres años, desde principios de 1940, que fue cuando tuve que dejar Cracovia. Tres años es mucho tiempo, y aún faltaban dos más para que terminara la guerra. A menudo he pensado que habría podido vivir aquellos dos años a salvo si no hubiese cometido una *méprise...*, perdóname, una equivocación. Esta equivocación no pudo ser más tonta; me detesto a mí misma cuando pienso en ello. Con el cuidado que tenía... Era tan cuidadosa, tan cauta, que me avergüenza admitir lo que me sucedió. Hasta entonces, ¿sabes?, pude permanecer al margen de todo. No era judía, no vivía en ningún gueto; no podían detenerme, pues, por este motivo. Tampoco trabajé para nada que pudiera estar relacionado con la Resistencia; *franchement*, me parecía demasiado peligroso; podía verme envuelta en una situación en que... Bueno, prefiero no hablar de eso. De cualquier modo, puesto que no trabajaba para la Resistencia, tampoco tenía que preocuparme de que me detuvieran por esta razón. Me detuvieron por un motivo que a ti te parecerá muy absurdo: por llevar carne a Varsovia desde la casa que unos amigos míos poseían en el campo, muy cerca de la ciudad. Estaba terminantemente prohibido tener carne, pues debía destinarse

en su totalidad al consumo del ejército alemán. Pero me arriesgué a que me cogieran para poder alimentar mejor a mi madre. Mi madre estaba muy enferma; tenía, ¿cómo lo decís?... *la consumption*.

—Tuberculosis —dijo Nathan.

—Sí. Había tenido la tuberculosis años antes, en Cracovia, aunque luego se curó. Pero volvió a manifestársele en Varsovia, ¿sabes?, con aquellos inviernos tan fríos, sin nada con que calentarse y casi sin alimentos, pues todo era para los alemanes... En realidad, estaba tan enferma que todos creían que moriría. Yo no vivía con ella, aunque tampoco estaba muy lejos. Pensé que si conseguía aquella carne podría ayudar a que el estado de mi madre mejorara. Así que un domingo me fui a aquel pueblo y compré un jamón, cosa que, como te he dicho, estaba prohibida; pero al regresar a la ciudad, dos agentes de la Gestapo me dieron el alto y descubrieron el jamón. Me detuvieron y me llevaron a la prisión de la Gestapo en Varsovia. No me permitieron volver al lugar donde vivía, y nunca volví a ver a mi madre. Mucho más tarde supe que había muerto algunos meses después de mi detención.

En la habitación de Sophie, la atmósfera se había vuelto húmeda y sofocante, por lo que mientras ella hablaba Nathan se levantó para abrir la ventana de par en par. Una fresca brisa agitó ligeramente las rosas amarillas que él le había traído, y la estancia se llenó del rumor de la lluvia. La llovizna se había convertido en aguacero y, poco más allá de los prados del parque, los rayos parecían hender, de vez en cuando, un roble o un olmo con un instantáneo fulgor casi simultáneo con el retumbar de un trueno. Nathan se quedó junto a la ventana, contemplando aquella súbita tempestad vespertina con las manos enlazadas detrás de la espalda.

—Sigue, sigue —dijo—. Te escucho.

—Pasé muchos días y noches en la cárcel de la Gestapo. Después, me llevaron en tren a Auschwitz. El viaje duró dos días y una noche completos; en tiempos normales, el tren hacía el mismo recorrido en seis o siete horas. En Auschwitz había dos campos de concentración completamente separados: el de Auschwitz y, a unos pocos kilómetros de distancia, el llamado de Birkenau. Había entre los dos campos una diferencia que debe tenerse en cuenta, pues mientras que el de Auschwitz era usado como campo de trabajo, trabajo de esclavos, el de Birkenau sólo se utilizaba para una cosa: el exterminio. Cuando bajé del tren me seleccionaron, pero no para ir a... a... a Birkenau y a las... —Con disgusto, Sophie sintió que su delgada capa exterior de frialdad comenzaba a estremecerse y a agrietarse y su compostura a descomponerse; advirtió un trémulo quiebro en su voz. Tartamudeaba, pero no tardó en recuperar el dominio de sí misma—. No para ir a Birkenau y a las cámaras de gas, sino a Auschwitz, para trabajar. Fue así porque yo tenía la edad apropiada, y también buena salud, para el trabajo. Estuve veinte meses en Auschwitz. Cuando llegué, a todos los que eran seleccionados para morir se les enviaba a Birkenau, pero poco después en Birkenau sólo se mataba a los judíos. Quiero decir que se convirtió en un lugar destinado solamente al exterminio de judíos. Había aún otro sitio, no muy lejos de allí: una vasta *usine*, una fábrica, en la que producían *cautchouc... synthétique*. Los prisioneros del campo de concentración de Auschwitz también trabajaban en esta... fábrica, pero los prisioneros de Auschwitz servían, sobre todo, para ayudar a exterminar a los *juifs* de Birkenau. Por lo tanto, el campo de Auschwitz llegó a componerse casi sólo de

personas que los alemanes llamaban arias, las cuales trabajaban para mantener los crematorios de Birkenau. Para ayudar a matar judíos. Pero hay que tener presente que se contaba con que los prisioneros arios, finalmente, también morirían. Cuando la fuerza y la *santé* hubieran desaparecido de su cuerpo, cuando fuesen inútiles, también serían eliminados, a tiros o con el gas de Birkenau.

No era mucho el tiempo que Sophie había invertido en decir todo esto, pero su dicción iba derivando rápidamente hacia el francés y se sentía muy fatigada a causa de su enfermedad —fuera la que fuese—, por lo que decidió hacer su crónica aún más corta de lo que se había propuesto. Prosiguió, pues, de este modo:

—Sólo que yo no morí. Supongo que tuve más suerte que otros. Durante algún tiempo, me hallé en una situación más favorable que la de otros prisioneros por conocer el alemán y el ruso, especialmente el alemán. Esto supuso una ventaja para mí, ¿sabes?, porque durante aquel tiempo comí mejor, me vestí algo mejor y conservé fuerzas suficientes para sobrevivir. Pero esta situación no duró mucho tiempo, al menos el que yo quería que durase, y al final estaba como los demás. Pasé hambre, y por haber pasado hambre tuve el *scorbut...*, escorbuto, creo que decís en vuestra lengua..., y después el tifus y la *scarlatine*. Como he dicho, estuve allí veinte meses, pero sobreviví. Sé que si hubiese estado veinte meses y un día en aquel lugar, estoy segura, habría muerto. —Hizo una pausa—. Ahora dices que tengo anemia, y creo que debes de estar en lo cierto. Lo digo porque, después de que me liberaran de aquel horrible sitio, hubo un médico, un doctor de la Cruz Roja, que me dijo que tuviera cuidado porque podía desarrollármese eso. La anemia, quiero decir... —Su agotada voz se desvaneció en un suspiro—. Pero me había olvidado de ello. Había en mi cuerpo tantas cosas que andaban mal, que me olvidé de ésa; precisamente de ésa.

Permanecieron silenciosos por algún tiempo, escuchando las ráfagas del viento y el tamborileo de la lluvia. El aire, limpio tras la tempestad, entraba en frías rachas a través de la ventana abierta, trayendo del parque un olor de tierra empapada, de frescor y limpieza. El viento iba amainando y el retumbar de los truenos se alejaba hacia el oeste, en dirección a Long Island. Al poco rato, sólo llegaba de la oscuridad exterior el leve sonido de un intermitente goteo y una suave brisa, solamente alterados por el distante rumor de los coches que se deslizaban por las calles mojadas.

Pero luego recordó que no era preciso que se fuera, al menos en aquel momento. La última parte de *Las bodas de Fígaro* sonaba en la radio, y la escucharon juntos sin hablar —ella tendida en su cama y él sentado en una silla a su lado—, mientras las mariposas nocturnas revoloteaban alrededor de la débil luz de la bombilla de la lámpara que colgaba sobre ellos. Sophie cerró los ojos, adormilada, a punto de cruzar el umbral de un extraño pero tranquilo sueño en que la alegre música redentora se mezclaba, en suave confusión, con la fragancia de la hierba y la lluvia. En cierto momento notó en su mejilla, con un movimiento tan ligero y delicado como el del ala de una mariposa, el roce de las yemas de los dedos de Nathan que describieron una suave y corta trayectoria, de unos dos segundos de duración... Luego no sintió nada más y se durmió.

Con todo, vuelve a ser necesario hacer constar que tampoco esta vez Sophie fue

completamente sincera en la narración de hechos pasados, aun considerando su intención de que el relato resultara lo más breve posible. Me enteré más tarde, cuando ella misma me confesó que había omitido muchos hechos decisivos en la historia que contó a Nathan. En realidad, no mintió (como hizo conmigo respecto a uno o dos importantes aspectos de sus primeros años en Cracovia), ni tampoco inventó o deformó nada esencial; y es fácil justificar casi todo lo que dijo aquella tarde a Nathan. Su breve observación de la función de Auschwitz-Birkenau —aunque, por supuesto, muy simplificada— es básicamente exacta y, en cuanto a la naturaleza de sus varias enfermedades, no exageró ni minimizó nada. Por lo que se refiere a todo lo demás, no hay motivos de duda: su madre, con su enfermedad y su muerte, el episodio de su detención por haber comprado y transportado vituallas prohibidas y su rápido envío a Auschwitz... ¿Por qué, entonces, omitió ciertos elementos y detalles que nadie habría podido esperar, razonablemente, que incluyera en su relato? Probablemente por la fatiga y la depresión que sentía aquella tarde. Y por muchas otras razones, al fin y al cabo, pero la palabra «culpa» que descubrí aquel verano, aparecía a menudo en su vocabulario, y ahora me percaté de que un tremendo sentimiento de culpabilidad siempre presidió las constantes evaluaciones que se veía obligada a hacer de su pasado. También llegué a darme cuenta de que tendía a ver su historia reciente a través de un filtro de autorrepulsión, fenómeno nada raro, al parecer, entre las personas que han pasado por pruebas tan duras como las que ella soportó. Simone Weil escribió sobre esta clase de sufrimiento: «Los grandes padecimientos mortifican el alma, hasta lo más profundo, con la autorrepugnancia, el autodesprecio e incluso el odio a sí mismo y el sentimiento de culpabilidad que, lógicamente, el delito debiera originar y que, en cambio, no suele producir». Es, pues, muy posible que este complejo de emociones, especialmente aquel corrosivo sentimiento de culpabilidad junto con una simple pero apasionada reticencia, hubieran sido la causa de que Sophie silenciara ciertas cosas. Por lo general, se mostraba reservada respecto a su permanencia en las entrañas del infierno —reservada hasta la obsesión—, y si ella lo quería así era una actitud que debía respetarse, fuera cual fuese su motivación.

Sin embargo, es preciso aclarar ahora —aunque el hecho será seguramente revelado en el curso de esta narración— que Sophie era capaz de confiarme cosas que nunca, en toda su vida, habría dicho a Nathan. Había una razón muy simple para ello. Estaba tan caóticamente enamorada de él que su amor más bien parecía demencia; y la mayoría de las veces es a la persona amada a quien se le ocultan las más horribles verdades sobre uno mismo, aunque sólo sea por el humanísimo motivo de evitarle penas inútiles. Pero al mismo tiempo, Sophie necesitaba exteriorizar ciertas circunstancias y acontecimientos de su pasado; creo que, sin tener conciencia de ello, buscaba a alguien que sustituyera a los confesores religiosos de quienes tan fríamente había prescindido. Yo, Stingo, cumplía todos los requisitos. Mirando hacia atrás, comprendo que sin duda le habría resultado insoportable —hasta el punto de poner en peligro su salud mental— guardar en absoluto secreto ciertas cosas; esto se evidenció especialmente a medida que fue avanzando el verano, con su ambiente de brutales emociones y con el estado de las relaciones entre Sophie y Nathan que llegaron muy cerca de una ruptura total. En aquellos momentos de máxima vulnerabilidad para ella, su necesidad de expresar su sufrimiento de palabra era tan imperiosa que podía compararse al inicio de un grito; y yo siempre estaba a punto de

escucharla con mi oído incansable y mi canina idolatría. También comencé a ver que, si las peores partes de la pesadilla que Sophie había vivido eran tan absurdas e incomprensibles como para que una persona tan persuasible como yo no las aceptara sin algunos reparos —aunque no con abierto desafío—, no hubieran sido aceptadas en ningún caso por Nathan. No le habría creído o habría pensado que se había vuelto loca. Incluso, en uno de sus arranques, quizás hubiese intentado matarla. ¿Cómo habría podido reunir la habilidad y las fuerzas necesarias para contar a Nathan, por ejemplo, el episodio en que se vio implicada con el Obersturmbannführer Rudolf Franz Höss, teniente coronel de las SS y comandante de Auschwitz?

Antes de volver a Nathan y a Sophie, a sus días y meses de convivencia y a otros acontecimientos, detengámonos un instante en Höss. Höss figurará más adelante en nuestra narración como uno de los villanos principales de nuestro reparto de personajes, pero tal vez sea más oportuno empezar a hablar ahora de este moderno monstruo gótico. Después de haberlo borrado de su memoria desde hacía mucho tiempo, me dijo Sophie, había irrumpido recientemente en su conciencia justo unos pocos días antes de que yo fuera a residir en lo que habíamos acabado por llamar el Palacio Rosado. También en aquella ocasión un vagón del metro, en las profundidades del subsuelo de Brooklyn, fue escenario del horror de Sophie. Estaba hojeando un número de *Look*, de varias semanas atrás, cuando la imagen de Höss apareció bruscamente en una página, causándole tal sobresalto que el grito ahogado que salió de su garganta hizo estremecer, en un movimiento reflejo, a la mujer que estaba sentada a su lado. En aquella fotografía, Höss se hallaba muy próximo a un ajuste de cuentas definitivo. Su rostro era una máscara inexpresiva. Esposado, demacrado y sin afeitarse, el jefe del campo de concentración había sido sacado de su encierro, evidentemente, para hacer un cortísimo viaje. Su cuello estaba rodeado por una cuerda que pendía de una rígida horca metálica, en torno a la cual se veía un grupo de soldados polacos que se aprestaban a hacer los últimos preparativos para mandarlo cuanto antes al otro mundo. Mirando más allá de la vil figura, que tenía la cara pasmada e inexpresiva como la de un actor que interpretara a un zombie en el centro del escenario, los ojos de Sophie buscaron, encontraron y luego identificaron el borroso pero indeciblemente familiar telón de fondo: la achaparrada mole del primitivo crematorio de Auschwitz. Dejó caer la revista y bajó del tren en la siguiente estación, tan trastornada por aquella terrible intrusión en su memoria que anduvo vagando por los paseos cercanos al museo y al jardín botánico durante varias horas antes de aparecer por el consultorio del doctor Blackstock, quien dijo, al ver su cara de enajenada:

—No habrá visto usted un fantasma..., supongo.

Sin embargo, al cabo de dos o tres días, ya había conseguido expulsar aquella imagen de su mente. Durante los meses que precedieron a su juicio y ejecución, Rudolf Höss redactó un documento —cosa desconocida por Sophie y, en general, por todo el mundo— que, dentro de los límites de su relativa brevedad, dice tanto como podría expresar una obra dedicada totalmente a describir una mente arrebatada por la embriaguez del totalitarismo. Tendrían que pasar años antes de que se tradujera al inglés (de un modo excelente por Constantine Fitz-Gibbon). Ahora convertida en un volumen llamado *El campo de concentración de Auschwitz visto por las SS* —publicada por el museo del estado polaco existente hoy día en el campo de concentración—, esta anatomía de la psique de

Höss puede ser examinada por todo aquel que tenga sed de saber sobre la verdadera naturaleza del mal. Sí, debieran leerla en todo el mundo los profesores de filosofía, los ministros del Evangelio, los rabinos, los chamanes, todos los historiadores, políticos y diplomáticos, las personas de cualquier sexo o credo que claman por la libertad, los abogados, jueces y criminólogos, los comediógrafos de vanguardia, los directores cinematográficos, los periodistas..., en pocas palabras, todo aquel que se preocupe, siquiera remotamente, por influir en la conciencia de sus semejantes. Y esto incluye a nuestros queridos hijos, esos incipientes líderes norteamericanos que ahora son estudiantes de octavo curso, quienes deberían leerlo junto con *El guardián entre el centeno* de Salinger, *El Hobbit* y la Constitución. Porque en esta confesión se descubre que, en realidad, no sabemos nada sobre el mal verdadero: pues la imagen que de éste se da en la mayoría de novelas, películas y obras teatrales es mediocre si no falsa: generalmente, una mezcla de violencia, fantasía, terror neurótico y melodrama.

Este «mal imaginario» —citando de nuevo a Simone Weil— es «romántico y variado, mientras que el verdadero mal es tenebroso, monótono, estéril, aburrido». Indudablemente, estas palabras caracterizan a Rudolf Höss y el modo de funcionar de su mente, un organismo tan abrumadoramente banal que podría ser un paradigma de la tesis con tanta elocuencia expresada por Hannah Arendt algunos años después de que fuera ahorcado. No puede afirmarse que Höss fuera un sádico; tampoco era un hombre violento o particularmente amenazador. Podría incluso decirse de él que poseía cierta ética en el cumplimiento de sus obligaciones. En efecto, Jerzy Rawicz, el editor polaco de la autobiografía de Höss, él mismo superviviente de Auschwitz, tiene la clarividencia necesaria para censurar a ciertos compañeros de cautiverio por las declaraciones que hicieron, responsabilizando a Höss de palizas y torturas. «Höss nunca se habría rebajado a hacer tales cosas —insiste Rawicz—. Tenía deberes más importantes que cumplir.» El comandante de Auschwitz era un hombre hogareño, como tendremos ocasión de observar, pero también un ser dedicado ciegamente a un deber y a una causa; así pues, se convirtió en un mero servomecanismo, en el cual se consiguió un vacío moral tan perfecto, tan limpio del menor escrúpulo o remordimiento de conciencia, que sus propias descripciones de los abominables crímenes que perpetraba diariamente parecen flotar a menudo fuera del mal, separados de él, como fantasmas de una retina inocencia. No obstante, este autómatas estaba hecho de carne y hueso, como usted y como yo; había sido educado como un cristiano y habría podido ser sacerdote católico; los cargos de conciencia, e incluso los remordimientos, aparecen en él como si se viera atacado por una extraña enfermedad, y es esta fragilidad, la reacción humana que se agita dentro del implacable y obediente robot, lo que contribuye a que sus memorias sean tan fascinantes, tan horripilantes e ilustrativas.

Bastarán sólo unas palabras sobre los primeros años de su vida. Nacido en 1900, el mismo año y bajo el mismo signo astrológico que Thomas Wolfe («Ah, Fantasma perdido, por el viento afligido...»), Höss era hijo de un coronel retirado del ejército alemán. Su padre quería que entrara en el seminario, pero estalló la Primera Guerra Mundial y, cuando Höss no era más que un mozalbete de dieciséis años, ingresó en el ejército. Participó en varios combates en Oriente Medio —Turquía y Palestina— y, a los diecisiete años, fue el militar con grado de clase de tropa más joven de las fuerzas armadas alemanas. Después de la guerra se afilió a un grupo nacionalista militante, y en 1922

conoció al hombre que lo subyugaría durante todo el resto de su vida: Adolf Hitler. Fue tanta la impresión que los ideales del nacionalsocialismo y su líder causaron a Höss, que se convirtió en uno de los primeros en llevar de buena fe el carnet del partido nazi. Pronto aprendió que el asesinato era el principal deber de su vida. Su primera víctima fue un maestro llamado Kadow, jefe de una facción política liberal que los nazis consideraban contraria a sus intereses. Después de cumplir seis años de reclusión de una sentencia de cadena perpetua, Höss optó por la agricultura en Mecklemburgo, se casó y, al correr del tiempo, fue padre de cinco hijos. Parece ser que aquellos años fueron muy duros para él, dedicado a cultivar el trigo y la cebada cerca del tormentoso Báltico. Su necesidad de una vocación más estimulante fue colmada cuando, hacia 1935, se encontró casualmente con un antiguo amigo de los primeros días de la *Bruderschaft* o Hermandad, Heinrich Himmler, quien le persuadió con facilidad de que abandonara el arado y la azada y probara las ventajas que podían ofrecerle las SS. Himmler, cuya biografía lo revela, entre otras cosas, como un insuperable catador de asesinos, adivinó seguramente en Höss a un hombre hecho a la medida para la importante clase de trabajo que tenía prevista, pues Höss, durante los siguientes dieciséis años de su vida, ocupó el cargo de comandante de varios campos de concentración o estuvo situado en los escalones más altos relacionados con su administración. Antes de Auschwitz, su puesto más importante fue en Dachau.

Höss llegó a establecer lo que podría llamarse unas fructíferas —o por lo menos simbióticas— relaciones con el hombre que sería su permanente superior: Adolf Eichmann. Eichmann estimulaba las dotes naturales de Höss, lo que condujo a algunos de los más notables adelantos en *die Todentechnologie*, la tecnología de la muerte. En 1941, por ejemplo, Eichmann comenzó a darse cuenta de que el problema judío era fuente de intolerables molestias, no sólo por la obvia inmensidad de la tarea que se acercaba, sino sobre todo por las simples dificultades prácticas que implicaba la «solución final». El exterminio masivo, llevado a cabo hasta entonces por las SS en unas proporciones relativamente modestas, se efectuaba disparando a las víctimas con armas de fuego —lo que presentaba problemas derivados del simple derramamiento de sangre, la ineficacia y la poca habilidad de los ejecutores—, o bien mediante la introducción de monóxido de carbono en un espacio herméticamente cerrado, método que era también ineficiente y prohibitivo por el gasto de tiempo que requería. Fue Höss quien, tras observar la eficacia de un compuesto hidrocianúrico llamado Zyklon B cuando se usaba en forma de vapor contra las ratas y los insectos que infestaban Auschwitz, sugirió estos medios de liquidación a Eichmann, quien, según el propio Höss, aceptó la idea en el acto, si bien más tarde lo negó. (No se comprende cómo estos experimentos estaban tan atrasados. Los gases de cianuro ya se usaban en ciertas cámaras de ejecución norteamericanas desde hacía más de quince años.) Höss tomó a novecientos rusos como conejos de indias y comprobó que aquel gas era adecuadísimo para despachar seres humanos, por lo que a partir de entonces se empleó para eliminar incontables prisioneros de Auschwitz y a recién llegados de cualquier origen, aunque después de primeros de abril de 1943 sólo se utilizó contra los judíos y los gitanos. Höss fue también un innovador en el uso de técnicas como campos de minas en miniatura con el fin de que éstas estallaran al ser pisadas por los prisioneros que se fugaban o los que rebasaban determinados límites prohibidos, vallas conectadas a corriente de alto voltaje para electrocutarlos y —un capricho del que estaba

orgullosos— una jauría de feroces perros alsacianos y dóbermans conocidos por *Hundestaffel* —algo así como «escuadrilla perruna»— que dieron a Höss una mezcla de alegrías y sinsabores (fuente de constante preocupación a lo largo de sus memorias), pues los perros, pese a haber sido entrenados en la más feroz persecución de los prisioneros, incluyendo el matarlos a mordeduras, se volvían a veces torpes e ingobernables, además de poseer una rara habilidad para encontrar escondidos rincones donde echarse a dormir. En gran parte, sin embargo, sus originales ideas y la fertilidad de su inventiva tuvieron suficiente éxito como para que pueda decirse que Höss —en una perfecta parodia del modo como Kock, Ehrlich, Roentgen y otros alteraron el aspecto de la ciencia médica durante la gran floración científica alemana de la segunda mitad del siglo pasado— llevó a cabo en el concepto global de muerte masiva una duradera metamorfosis.

Por razón de su importancia histórica y sociológica, debe señalarse que de todos los coacusados de Höss en los juicios que tuvieron lugar en Polonia y Alemania después de la guerra —los sátrapas y carniceros de segunda categoría que formaban las filas de las SS en Auschwitz y otros campos de concentración—, sólo unos pocos eran de procedencia militar. Pero eso no debiera sorprender a nadie. Los militares son capaces de crímenes abominables; ejemplos de ello sólo en los tiempos más recientes: My Lai, Grecia, por citar sólo un par de ellos. No obstante, equiparar la mentalidad militar con el verdadero mal y atribuirlo de modo exclusivo a los coroneles o a los generales es una falacia «liberal»: el mal secundario, del cual es con frecuencia capaz el militar, es agresivo, romántico, melodramático, estremecedor y orgásmico; el mal verdadero, el sofocante mal de Auschwitz —tenebroso, monótono, estéril, aburrido—, fue perpetrado casi exclusivamente por civiles. Así, descubrimos que las listas de los miembros de las SS con destino en Auschwitz-Birkenau casi no contenían soldados profesionales, sino que en ellas aparece una muestra representativa de la sociedad alemana: camareros, panaderos, carpinteros, propietarios de restaurantes, médicos, un bibliotecario, un funcionario de correos, una camarera, un empleado de banco, una enfermera, un cerrajero, un bombero, un funcionario de aduanas, un asesor jurídico, un fabricante de instrumentos musicales, un especialista en construcción de máquinas, un ayudante de laboratorio, el dueño de una empresa de transportes... La lista sigue con una continua enumeración de las ocupaciones más comunes y familiares. Sólo cabe añadir la observación de que el mayor liquidador de judíos de la historia, el torpe Heinrich Himmler, se dedicaba a la cría de pollos.

En realidad, no hay ninguna revelación en todo esto: en los tiempos modernos, la mayor parte de los daños atribuidos a los militares han sido aconsejados y consentidos por la autoridad civil. Respecto a Höss, su caso es más bien una anomalía, tanto más cuanto que su carrera antes de Auschwitz se dividía entre la agricultura y la milicia. La evidencia de los hechos demuestra que siempre estuvo excepcionalmente dedicado a lo que él consideraba su deber, y es precisamente esta rigurosa e inflexible actitud de su espíritu — el concepto del deber y la obediencia por encima de todo, que permanece firme e imperturbable en la mente de todo buen soldado— lo que hace que sus memorias sean tan desoladoramente convincentes. Al leer su enfermiza crónica, uno llega a convencerse de que Höss es sincero cuando expresa sus reparos —incluso su secreta repugnancia— ante determinados gaseamientos, cremaciones o «selecciones», y de que concurren oscuras dudas en los actos que tuvo que cometer. Uno tiene la sensación de que detrás de él,

mientras escribe, acecha la presencia espectral del muchacho de diecisiete años, el brillante y prometedor Unterfeldwebel —el subsargento del ejército de otra época en la que distintas nociones del honor, el orgullo y la rectitud impregnaban el código prusiano—, y de que el chico queda perplejo ante la abominable depravación en que él mismo, convertido en hombre, se ha encenagado. Pero esto pertenece a otro tiempo y lugar, a otro Reich, y el muchacho es desterrado a la más lejana oscuridad llevándose consigo el horror, que retrocede y se desvanece mientras el condenado ex Obersturmbannführer garrapatea infatigablemente para justificar sus bestiales hazañas en nombre de una insensata autoridad, de la llamada del deber y de la obediencia ciega.

Uno queda convencido, hasta cierto punto, por la ecuanimidad de esta afirmación: «Debo subrayar que nunca he odiado personalmente a los judíos. Es cierto que los he tenido por unos enemigos de nuestro pueblo. Pero precisamente por esto no he visto diferencia alguna entre ellos y los demás prisioneros, por lo que los he tratado siempre de la misma manera. Nunca hice distinciones. En cualquier caso, el sentimiento de odio es ajeno a mi modo de ser». En el mundo de los crematorios, el odio es una temeraria y desenfrenada pasión incompatible con la monotonía de la tarea cotidiana. Especialmente si un hombre se ha dejado extirpar todas estas perturbadoras emociones, la cuestión de discutir una orden o de desconfiar de ella se vuelve académica; Höss obedece inmediatamente:

«Cuando, en el verano de 1941, el Reichsführer de las SS [Himmler] me dio la orden de preparar en Auschwitz las instalaciones para el exterminio masivo, y de llevar a cabo personalmente este exterminio, yo no tenía la menor idea de su importancia y consecuencias. Era sin duda una orden extraordinaria y monstruosa. Sin embargo, las razones que había detrás de la orden me parecieron correctas. No reflexioné sobre ellas en aquel momento: me habían dado una orden y yo debía cumplirla. El hecho de que aquel exterminio de judíos fuera o no necesario, era algo sobre lo que yo no podía permitirme opinar, pues mi perspectiva no era lo suficientemente amplia.»

Y comienza la carnicería bajo la estrecha, vigilante e impasible mirada de Höss:

«Yo tenía que mostrarme frío e indiferente ante hechos que habrían roto el corazón a cualquiera con sentimientos humanos. Ni siquiera podía desviar la mirada cuando me sentía horrorizado; no podía permitir que mis emociones naturales llegaran a conocimiento de mis superiores. Tenía que mirarlo todo con frialdad: por ejemplo, cómo las madres eran introducidas en las cámaras de gas con sus hijos, que lloraban o reían inocentemente según los casos...

»En una ocasión, dos pequeñuelos estaban tan entregados a su juego que se negaron a que su madre se los llevara. Incluso los judíos del Destacamento Especial se mostraron reacios a recoger a las criaturas. La implorante mirada en los ojos de aquella madre, que seguramente sabía lo que estaba sucediendo, es algo que nunca olvidaré. La gente ya estaba dentro de la cámara de gas y empezaba a alborotarse, por lo que tuve que actuar. Todos me miraban. Hice una señal con la cabeza al oficial de guardia más joven, quien cogió en brazos a los niños, a pesar de su llanto y de la resistencia que ofrecían, y los llevó hasta el interior de la cámara de gas, junto a su madre, que lloraba de la manera más desesperada y conmovedora. Mi piedad era tan grande que ansiaba esfumarme de la escena: sin embargo, no pude dar la menor muestra de emoción. [Arendt escribe: "El

problema estaba no tanto en el modo de dominar la propia conciencia como en la manera de vencer la piedad animal que sienten todos los hombres normales en presencia del sufrimiento físico. El truco que usaban... era muy simple, y probablemente muy eficaz; consistía en volver aquellos instintos hacia sí mismos. Con lo que, en vez de decir: '¡Qué cosas más horribles he hecho a la gente!', los asesinos podían decir: '¡Qué cosas más horribles he tenido que contemplar mientras cumplía con mi deber! ¡Cómo ha pesado aquella tarea sobre mis hombros!'"] Tenía que verlo todo. Tenía que observar, hora tras hora, de día y de noche, el traslado y la cremación de los cuerpos, la extracción de sus dientes, el corte de su pelo, toda la espeluznante e interminable tarea. Tenía que soportar durante horas el horrible hedor de los cadáveres, desde que se abrían las fosas hasta que los cuerpos eran sacados de ellas para ser quemados.

»Tenía que contemplar el interior de las cámaras de gas a través de una mirilla de observación y vigilar el propio proceso de la muerte, porque los doctores querían que así lo hiciese... En más de una ocasión, el Reichsführer de las SS envió a Auschwitz a destacados líderes del partido y a oficiales de las SS para que pudieran ver por sí mismos cómo se llevaba a cabo el exterminio de los judíos... Me preguntaban repetidamente cómo yo y mis hombres podíamos contemplar aquellas operaciones y cómo era posible que las soportáramos. Mi invariable respuesta era que la férrea determinación con que debíamos cumplir las órdenes de Hitler sólo era posible sofocando todas las emociones humanas.»

Pero el mismo granito se habría conmovido ante aquellas escenas. Un convulsivo desaliento, jaquecas, ansiedad, estremecedoras dudas, temblores internos, un pesimismo melancólico —el *Weltschmerz*— que deja atrás toda comprensión..., todo eso abruma a Höss mientras el proceso de la muerte, del asesinato, alcanza su momento culminante. Se siente sumergido en mundos que están más allá de la razón, de la cordura, de cualquier creencia, de Satanás. Y, sin embargo, su tono es lastimoso, elegiaco: «Tan pronto como comenzaron las ejecuciones masivas, dejé de ser feliz en Auschwitz... Si me encontraba profundamente afectado por algún incidente, me era imposible volver a casa con mi familia. En tales casos, montaba en mi caballo y cabalgaba hasta que había ahuyentado la terrible imagen. A menudo, por la noche, recorría los establos para buscar alivio entre mis queridos animales. Cuando veía a mis hijos jugando felizmente o a mi esposa encantada con el más pequeño, con frecuencia me asaltaba este pensamiento: "¿Cuánto tiempo durará nuestra dicha?". Mi esposa nunca pudo comprender mis malos humores; los atribuía a alguna preocupación relacionada con mi trabajo. A mi familia, nada le faltaba en Auschwitz. Mi esposa o mis hijos tenían asegurada la satisfacción de cualquier deseo que expresaran. Los niños podían vivir libres y sin trabas. El jardín de mi esposa era un paraíso de flores. Los prisioneros nunca perdían la oportunidad de demostrar su amabilidad con mi esposa o mis hijos, con lo que atraían nuestra atención. Ningún prisionero puede haber dicho nunca que recibiera malos tratos en nuestra casa. El mayor placer de mi esposa habría sido el de hacer un regalo a cada uno de los prisioneros que, de un modo u otro, estaban relacionados con nuestro hogar. Los niños no cesaban de pedirme cigarrillos para los prisioneros. Estaban especialmente encariñados con los que trabajaban en nuestro jardín. Toda mi familia mostraba una gran afición por la agricultura y un intenso amor a los animales, cualquiera que fuese su clase. Cada domingo, tenía que llevarlos a todos a visitar los establos, y nunca pasábamos por alto las perreras donde guardábamos los

perros. Los dos caballos y el potrillo eran nuestros predilectos. Los niños siempre tenían animales en el jardín; los prisioneros no cesaban de traérselos. Tortugas, martas, gatos, lagartos: siempre podía verse algo nuevo e interesante en aquel lugar. En verano, mis hijos chapoteaban en el pequeño estanque del jardín o en el río Sola, aunque su mayor alegría era bañarse con papá. Pero él tenía tan poco tiempo para estos placeres infantiles...».

Y fue a aquel palacio encantado adonde fue a parar Sophie durante el otoño de 1943, en un tiempo en que las ondeantes llamas de los crematorios de Birkenau resplandecían tan intensamente que el mando militar alemán de la región —situado a cien kilómetros de distancia, cerca de Cracovia— llegó a temer que los fuegos atrajeran incursiones aéreas enemigas, y en que, de día, un azulado velo procedente de la combustión de la carne humana oscurecía la dorada luz otoñal del sol e iba a posarse sobre todas las cosas, sobre el jardín, sobre el pequeño estanque, sobre el huerto, sobre los establos, sobre los setos, con su leve pero penetrante hediondez de osario. No recuerdo que Sophie me hubiera dicho que Frau Höss le hubiese entregado ningún regalo, pero el hecho de que ella, durante su breve estancia bajo el techo del comandante, no fuera maltratada de ningún modo y en ningún momento, lo mismo que los demás prisioneros, confirma la confianza que uno pueda tener en la veracidad del relato de Höss. A pesar de todo, tal como fueron las cosas, Sophie no tuvo precisamente motivos de agradecimiento.

—Ya ves, pues, Stingo —me dijo Sophie el día de nuestra primera salida al parque—, de qué manera Nathan me salvó la vida. ¡Fue fantástico! Estaba muy enferma, desmayándome, cayéndome, y entonces llegó... ¿Cómo lo llamáis...? Sí, el príncipe encantador, y me salvó la vida. Y fue tan fácil..., ¿sabes?, algo realmente asombroso, como si hubiera tenido una varita mágica y me hubiese tocado con ella. Me puse bien muy pronto.

—¿Cuánto tiempo pasó? —dije—. Entre el momento en que...

—¿Quieres decir entre el momento en que me encontró y mi curación? Muy poco. Algo así como dos o tres semanas. *Allez!* ¡Vete! —gritó echando una piedrecita al mayor y más agresivo de los cisnes que invadía nuestra zona gastronómica de la orilla del lago—. ¡Fuera! A ése lo detesto, ¿sabes? Es un bribón. Ven aquí, *Tadeusz*, ven...

Imitó un pequeño cloqueo para atraer a su patoso favorito y le ofreció los restos de un panecillo. Vacilante, el marginado se acercó, con sus plumas alborotadas y una torcida mirada de desamparo, para picotear las migajas mientras ella recuperaba el hilo de la conversación.

Yo la escuchaba con atención, toda la que me permitían otras preocupaciones respecto a las próximas horas. Quizá porque mi inminente encuentro con la divina Lapidus me había hecho oscilar entre el éxtasis y la aprensión, intenté calmar ambas emociones bebiendo varias latas de cerveza, con lo que violé la regla que me había impuesto a mí mismo sobre la ingestión de alcohol durante el día o mientras estuviera trabajando. Pero necesitaba algo que moderara mi monumental impaciencia y redujese la velocidad a que latía mi galopante pulso.

Consulté mi reloj de pulsera y descubrí, con mareante expectación, que sólo me separaban seis horas del momento en que me encontraría llamando a la puerta de Leslie. Unas nubes semejantes a cremosas burbujas, como sacadas de una película de Walt Disney, avanzaban serenamente hacia el océano, proyectando moteadas alternancias de luz y sombra sobre nuestro promontorio, donde Sophie hablaba de Nathan y yo la escuchaba con el trasfondo sonoro del tráfico de las distantes avenidas de Brooklyn, cuyo rumor llegaba de modo intermitente, como débiles cañonazos de algún lejano ceremonial.

—El hermano de Nathan se llama Larry —prosiguió Sophie—. Es una persona estupenda, y Nathan lo adora. Al día siguiente, Nathan me llevó al consultorio que Larry tiene en Forest Hills. Larry me hizo un examen exhaustivo, y recuerdo que, mientras duró, no paró de decir: «Creo que Nathan tiene razón respecto a usted... Tiene un instinto natural para la medicina realmente increíble». Pero Larry aún no estaba seguro; aunque creía en la probabilidad de que Nathan estuviera en lo cierto en cuanto a la deficiencia que yo tenía. Estaba tan terriblemente pálida, entonces... Después de examinarme y de explicarle todos los síntomas que sentía, consideró que no podía ser otra cosa que lo que Nathan decía. Pero naturalmente, tenía que estar seguro. Así que me reservó hora para que me viera un amigo suyo, un *spécialiste* del hospital de Columbia, el hospital presbiteriano. Es un doctor de deficiencia...

—Un doctor especializado en deficiencias dietéticas —dije, atreviéndome a dar una

definición muy razonable.

—Sí, eso es. Ese doctor se llama Warren Hatfield, y estudió medicina con Larry antes de la guerra. Bueno, entonces, aquel mismo día Nathan y yo juntos fuimos en coche a ver al doctor Hatfield. El coche era de Larry; Nathan se lo había pedido prestado, y en él cruzamos el puente para dirigirnos al hospital de Columbia. Lo recuerdo tan bien, Stingo, aquel viaje en coche al hospital... El coche de Larry es un *décapotable*, un convertible, ¿sabes? Toda mi vida, desde mi infancia en Polonia, había deseado ir en un convertible como los que veía en las revistas ilustradas y en el cine. Era una ilusión tonta, sí, la de viajar en un coche abierto, pero por fin lo había conseguido, y al lado de Nathan, con los rayos del sol sobre nosotros y el viento soplando a través de mi pelo. Era tan extraño... Todavía estaba enferma, ¿sabes?, pero ¡me sentía bien! Quiero decir que, de algún modo, sabía que me pondría bien, que me..., eso, restablecería. Y todo gracias a Nathan.

«Recuerdo que era a primera hora de la tarde. Nunca había estado en Manhattan de día. Sólo por la noche, en el metro; veía pues entonces, por primera vez, el río a la luz del sol y los increíbles rascacielos de la ciudad en el claro cielo. Era todo tan bonito y majestuoso que me entraron ganas de llorar de emoción. Entretanto, observaba a Nathan por el rabillo del ojo mientras hablaba rápidamente de Larry y de todas las maravillas que había hecho como médico. Hablaba de medicina, y decía que estaba seguro de que tenía razón respecto a mi estado de salud, sobre el modo de curarme y otras cosas. Y no sé cómo describir la sensación que experimenté, mirando a Nathan, mientras subíamos hacia Broadway. Estaba... conmovida. Sí, conmovida por la manera como aquel amable y cariñoso amigo había aparecido en mi vida, sus cuidados y su sincero deseo de que me restableciera. Fue mi salvador, Stingo, eso es lo que fue para mí, y yo nunca había conocido a nadie a quien poder llamar así...

»Y sí, tenía razón, ¿sabes? Estuve tres días en el hospital de Columbia, donde el doctor Hatfield me examinó e hizo los análisis necesarios, con lo que quedó demostrado que Nathan estaba en lo cierto. Me faltaba mucho hierro. Bueno, también me faltaban muchas otras cosas, pero no eran tan importantes. Era hierro lo que más necesitaba. Y mientras estuve en el hospital, Nathan vino a verme cada día.

—¿Y qué sensación te produjo todo eso? —pregunté.

—¿Sensación? ¿A qué te refieres?

—Verás... no quisiera pecar de entrometido —proseguí—, pero acabas de describirme uno de los más apasionados y hermosos encuentros de que haya oído hablar. Sin embargo, después de todo, no podéis dejar de sentirnos como dos extraños. En realidad, tú no conoces bien a Nathan, no sabes cuáles son sus motivaciones, aparte de que, como es evidente, se siente muy atraído hacia ti. —Hice una pausa y luego dije con lentitud—: De nuevo, Sophie, te mego que me interrumpas si crees que entro en un terreno demasiado personal, pero siempre me he preguntado qué sucede en la mente de una mujer cuando se presenta un hombre tan fuerte y decidido, tan atractivo y bien dispuesto y..., bueno, usando la expresión de antes, te salva del naufragio,

Guardó silencio por un momento, con una expresión pensativa en su bello rostro. Luego dijo:

—A decir verdad, me hallaba muy confusa. Hacía tanto tiempo, tantísimo, que no había tenido, ¿cómo podría decirlo? —hizo una nueva pausa para encontrar la palabra

adecuada—, ningún contacto con un hombre, con ningún hombre..., ya sabes qué quiero decir. No era una cosa que me preocupara mucho en aquel momento, pues estaba recomponiendo tantas otras cosas de mi vida... Mi salud, por ejemplo, la más importante de ellas. Por aquel entonces sólo sabía que Nathan me estaba salvando la vida, y no me preocupaba demasiado lo que sucedería después. Claro que, de vez en cuando, pensaba en lo que debería a Nathan por todo aquello, pero ¿sabes..., Stingo?, la cosa me parece ahora curiosa: todos aquellos pensamientos tenían que ver con el dinero. Esta cuestión era la que más me inquietaba. Por la noche, en el hospital, no podía dormir pensando una y otra vez: «Fíjate, estás en una habitación privada. Y lo que está haciendo el doctor Hatfield vale centenares de dólares. ¿Cómo podré pagarlo?». Me imaginaba cosas terribles. En la peor de mis fantasías me veía pidiendo un préstamo al doctor Blackstock: él me preguntaba para qué quería el dinero y yo le explicaba que era para pagar aquel tratamiento, y entonces se enfadaba conmigo por hacerme curar por un doctor en medicina. No sé cómo Nathan no comprendía el aprecio que yo sentía por el doctor Blackstock. En cualquier caso, yo no quería herirlo, y entretanto mis pesadillas sobre el dinero no podían ser peores...

«Bueno, no tengo por qué ocultarte nada. Al final, Nathan lo pagó todo; alguien tenía que hacerlo, pero puedo decirte que en aquel momento yo no tenía nada de qué avergonzarme. En pocas palabras: estábamos enamorados y, en cuanto al dinero, no fue mucho lo que tuvo que pagar, porque como era de esperar Larry no quiso cobrar nada, y entonces el doctor Hatfield hizo lo mismo. Estábamos enamorados, y yo fui mejorando con aquella gran cantidad de pastillas de hierro que tomaba, exactamente lo que necesitaba para hacerme de florecer como una rosa. —Se detuvo para dejar escapar de sus labios una risita ahogada—. ¡Maldito «de»! —exclamó, en tono afectuosamente burlón, imitando el modo de corregirla propio de Nathan—, ¡De florecer, no! ¡Sólo florecer!

—Es increíble la manera como se ocupó de ti. Nathan debería haber sido médico.

—Quiso serlo —murmuró Sophie tras un corto silencio—, tenía grandes deseos de ser médico. —Hizo una pausa, y el buen humor de unos momentos antes se desvaneció para trocarse en melancolía—. Pero eso es otra historia —añadió, mientras una sombría y tensa expresión recorría su rostro.

Noté en ella un súbito cambio de humor, como si la feliz reminiscencia de los primeros días que pasaron juntos hubiera sido oscurecida (quizás a causa de mi comentario) por la conciencia de algo más, algo perturbador, dañino y siniestro. Y en aquel mismo instante, con mi interés de novelista incipiente, observé cómo, de pronto, su transformado rostro parecía casi ahogarse en la más negra de las sombras, proyectada sobre ella por una de aquellas nubes tan extrañamente coloreadas que oscureció un instante al sol y nos hizo sentir un momentáneo escalofrío otoñal. Sophie se levantó con un breve temblor convulsivo y se quedó de espaldas a mí, con las manos fuertemente agarradas a sus desnudos codos, como si la suave brisa que se había levantado penetrara hasta el fondo de sus huesos. No pude evitar que su triste mirada y su gesto me recordaran de nuevo la angustiada situación en que yo los había sorprendido sólo cinco noches antes, así como lo mucho que me quedaba por comprender de aquellas extrañas relaciones. Había muchos puntos por dilucidar. Morris Fink, por ejemplo. ¿Qué explicación podía tener la función de títeres que éste había presenciado y me había

descrito? ¿Aquella atrocidad de que Nathan había pegado a Sophie hallándose ella echada en el suelo? ¿Cómo podía encajar aquello con lo demás? ¿Cómo podía casar aquella escena con el hecho de que a lo largo de los días siguientes —de los que yo mismo fui testigo— la palabra «éxtasis» sólo habría podido describir insulsamente y de modo muy incompleto la naturaleza de sus relaciones? ¿Y cómo podía ser aquel compasivo individuo —cuya ternura y cariño Sophie recordaba con tanta emoción que, de vez en cuando, mientras me hablaba, hacía llenar sus ojos de lágrimas— el mismo hombre convertido en terror viviente que yo había tenido ocasión de ver poco tiempo antes desde el umbral de la casa de Yetta?

Preferí no insistir sobre aquel tema, cosa que parecía indicarme la polícroma nube que, siguiendo su camino hacia el este, permitió que la luz nos bañara de nuevo; Sophie sonrió, como si los rayos del sol hubieran disipado su momento de melancolía y, echando las últimas migajas a *Tadeusz*, dijo que tenía que volver a la casa de Yetta. Me explicó, con cierto entusiasmo, que se había hecho con una fabulosa botella de borgoña para la cena de ambos y que aún tenía que ir al supermercado para comprar los correspondientes bistecs; hecho esto, añadió, se pasaría el resto de la tarde luchando tenazmente por comprender «El oso», aquel relato faulkneriano.

—Me gustaría conocer personalmente a ese señor *Wiil-yam* Faulkner —comentó mientras caminábamos tranquilamente de regreso a la casa— para decirle que, cuando no sabe cómo terminar una frase, pone las cosas muy difíciles para los lectores polacos. Pero ¡ah, Stingo, cómo escribe ese hombre! A veces me siento en el Misisipi. Oye, Stingo, ¿nos llevarás alguna vez al Sur, a Nathan y a mí?

La vivaz presencia de Sophie se alejó, y luego desapareció de mi mente tan pronto como hube entrado en mi habitación y, de nuevo, me sentí aturrullado por uno de aquellos pensamientos sobre Leslie Lapidus que me daban la impresión de haber sido golpeado de súbito con un martillo de fragua. Mi despiste me había hecho creer que aquella tarde, mientras las horas discurrían una tras otra hacia nuestra cita, mi acostumbrada disciplina y mi supuesto desapego me permitirían seguir con mis ocupaciones habituales, es decir, garrapatear nuevas ideas en mi cuaderno de notas, escribir a algún amigo del Sur o, simplemente, leer medio echado en la cama. Era mucho lo que ya había ahondado en *Crimen y castigo*, y aunque mis ambiciones como escritor quedaban muy por debajo de la pasmosa categoría y complejidad del libro, desde hacía varias tardes me entregaba a él verdaderamente maravillado, centrada mi admiración en Raskolnikov, cuya endemoniada y sórdida carrera en San Petersburgo parecía (salvo el asesinato) muy análoga a la mía en Brooklyn. Aquella lectura me había afectado con tal fuerza que especulé —no vanamente, sino con cierta momentánea seriedad que me daba escalofríos— sobre qué consecuencias físicas y espirituales habría experimentado si también yo hubiese cometido un pequeño homicidio de tintes metapsíquicos consistente, por ejemplo, en hundir un cuchillo en el pecho de alguna inocente vieja como Yetta Zimmerman. A pesar de que el morboso talante del libro me repelía, su atractivo vencía cada tarde mis repugnancias. Fue, pues, aún mayor el tributo que pagué aquel día a la manera en que Leslie Lapidus había tomado posesión de mi intelecto y de mi mismísima voluntad, puesto que aquella tarde no leí una sola página del libro.

Ni escribí carta alguna ni anoté en mi cuaderno ninguna de las frases aforísticas — que iban de lo mordaz a lo apocalíptico, imitando, en cuanto a estilo, lo peor de Cyril

Connolly y de André Gide— mediante las cuales me esforzaba por iniciar una carrera secundaria como escritor de diarios. (Hace ya tiempo, destruí muchas de estas destilaciones de mi psique juvenil, de las que guardé sólo unas cien páginas de valor nostálgico, incluidas las notas sobre Leslie y un tratado de novecientas palabras — sorprendentemente ingenioso y festivo para un diario tan lleno, por otra parte, de ansiedades, temores y pensamientos profundos— sobre las virtudes relativas, supuestos coeficientes de fricción, fragancia, etcétera, de los diferentes lubricantes que había usado en la práctica del Vicio Secreto, de entre las cuales salió ganando el producto jabonoso Copos de Marfil bien emulsionado a la temperatura del cuerpo.) No, nada de eso. Contra todos los dictados de mi conciencia y de la ética del trabajo calvinista, y aunque no estaba nada cansado, permanecí echado de espaldas en mi cama, inmovilizado como si me hallara al borde de la postración, confundido por la evidencia de que el estado febril que llegó a dominarme durante aquellos últimos días había provocado una agotadora crispación de mis músculos, y de que uno podía enfermar de verdad, incluso gravemente, a causa del éxtasis venéreo. Me había convertido en una zona erógena equivalente a la superficie total de mi cuerpo. Cada vez que pensaba en Leslie retorciéndose desnuda entre mis brazos, tal como estaría dentro de pocas horas, mi corazón daba una salvaje embestida que habría podido ser peligrosa para un hombre de más edad.

Mientras yacía en la rosácea luz de mi habitación y los minutos de la tarde se arrastraban con lentitud, se unió a mi enfermizo estado una incredulidad cercana a la demencia. Hay que recordar que mi castidad se hallaba casi intacta. No estaba sólo a punto de yacer mucho mejor que en aquel momento; me había embarcado en un viaje a Arcadia, a la Tierra Prometida, a las estrelladas regiones de terciopelo negro situadas más allá de las Pléyades. Traía de nuevo a mi memoria (¿cuántas veces había evocado su sonido?) las claras indecencias que Leslie había pronunciado y, mientras lo hacía, el visor de mi mente volvía a dar forma a cada hendedura de sus húmedos y succulentos labios, a la ortodóntica perfección de sus brillantes incisivos, incluso a una sutil mota de espuma en el borde del orificio bucal. Me parecía el más fabuloso de los sueños de un fumador de opio la casi seguridad de que, antes de que terminara aquella misma noche, en cualquier momento del circuito oriental del sol y antes de que éste volviera a salir por Sheepshead Bay, aquella boca sería... No podía permitirme tales pensamientos sobre aquella resbaladiza boca y sus inminentes empleos. A las seis en punto salté de la cama y me di una buena ducha, y luego me afeité por tercera vez desde que había comenzado el día. Por último, me vestí con mi traje de tela de algodón con listas acresponadas —el único que tenía y que había representado la sustracción de veinte dólares de mi tesoro— y salí decidido de la habitación hacia la más grande de mis aventuras.

Fuera, en el pasillo (que yo recuerde, casi todos los acontecimientos trascendentales de mi vida han ido acompañados de imágenes satélites vivamente iluminadas), Yetta Zimmerman y el pobre y elefantino Moishe Muskatblit estaban enzarzados en una violenta discusión.

— ¿Usted, que pretende ser un hombre bueno, es capaz de hacerme esto? — gritaba Yetta a medias con una voz más llena de compasiva severidad que de verdadero enfado—. ¿Que le han robado en el metro? ¡Cinco semanas le he dado para pagarme el alquiler, cinco semanas de la generosidad y bondad de mi corazón, y ahora me sale con este cuento

chino! ¿Cree usted, joven, que soy tan tonta e inocente como para creerme esta historia? ¡Jo!

Fue un «¡Jo!» tan incrédulo, tan lleno de desdén, que vi vacilar a Moishe con toda su sudorosa gordura dentro de su negro traje de aspecto eclesiástico.

—¡Pero si es la verdad! —insistió él. Era la primera vez que lo oía hablar, y su voz juvenil (de falsete) me pareció apropiada a la voluminosa gelatinosidad de su físico—. Le digo la verdad; me quitaron la cartera del bolsillo, en la estación del metro de la calle Bergen. —Parecía que iba a llorar—. Fue un hombre de color, un hombre de color, bajito, ¡pero cómo corría! ¡Corría tan deprisa! Desapareció escaleras arriba antes de que yo pudiese gritar. Oh, señora Zimmerman...

Otro «¡Jo!» habría sido demasiado, por lo que Yetta dijo:

—¿Debo creerme esta historia? ¿Debo creérmela aunque me la cuente un hombre que es casi un rabino? La semana pasada me dijo usted... La semana pasada me juró por lo más sagrado que dispondría de veinticinco dólares el jueves por la tarde. ¡Y ahora se descuelga con la historia del carterista! —La rechoncha mole de Yetta se echó hacia adelante con ademán belicoso pero una vez más me di cuenta de que había en su actitud más fanfarronería que amenaza—. Llevo treinta años al frente de esta casa sin haber desahuciado nunca a nadie. Estoy orgullosa de no haber echado a nadie a la calle, excepto... Sí, hay una excepción: un tío estrafalario, en 1938, al que sorprendí vestido con ropa interior de mujer. ¡Después de todo esto, si Dios no me ayuda, tendré que desalojar a un casi rabino!

—¡Por favor! —chilló Moishe, con mirada implorante.

Sintiéndome un entrometido empecé a comprimirme para escabullirme entre la pared y ambas masas, o entre las dos, y me excusé con un murmullo cuando Yetta me dijo:

—Vaya, vaya... ¿Adónde va usted, Romeo?

Pensé que aquello se debía a mi traje, recién lavado y ligeramente almidonado, a mi pelo emplastado y sobre todo, sin duda, a la loción Royal Lyme para después del afeitado con la que —recordé de pronto— me había rociado tan generosamente que olía como un jardín tropical. Sonreí, no dije nada y seguí comprimiéndome, deseoso de escapar tanto a la disputa como a la atención vagamente sensual de Yetta.

—Apostaría a que, esta noche, una afortunada muchacha va a convertir su sueño en realidad —dijo ella, ahogando una risotada.

Hice revolotear una amistosa mano con dirección a Yetta y, mirando disimuladamente de reojo al acobardado y afligido Muskatblit, me zambullí en el agradable anochecer de junio. Mientras me apresuraba escaleras abajo para dirigirme al metro, aún pude oír, por encima de las débiles protestas del insolvente inquilino, la áspera y grave voz femenina que seguía con su furioso parloteo, aunque con una paciente y tolerante bajada de tono que me sugirió, mientras se perdía detrás de mí, que era muy poco probable que echara a Moishe del Palacio Rosado. Sólo faltó aquello para acabarme de convencer de que Yetta era una buena mujer; buena de veras.

Sin embargo, el intenso sabor judío de la escena —semejante al recitado de una ópera cómica yiddish— me hizo sentir cierta aprensión sobre otro aspecto de mi fogosa cita con Leslie. Meciéndome hacia el norte en un vagón del metro agradablemente vacío, intenté aturdido leer un número del *Eagle* de Brooklyn, con sus preocupaciones parroquiales, pero

abandoné el esfuerzo, y al ponerme a pensar de nuevo en Leslie se me ocurrió que mis pies nunca habían cruzado el umbral de un hogar judío. ¿Cómo sería? Me hice ésta y otras preguntas. De pronto pensé, preocupado, si iría vestido adecuadamente y, aunque fugazmente, se me presentó el dilema de si habría debido llevar sombrero o no. «No, por supuesto», me dije para tranquilizarme. Eso era sólo en la sinagoga (¿o no?), y cruzó como un rayo por mi mente el sencillo templo de ladrillo amarillo que albergaba la Congregación Rodef Sholem en mi ciudad natal de Virginia. Situada al otro lado de la calle, sólo un poco más abajo de la iglesia presbiteriana —igualmente sencilla en su estilo arquitectónico religioso, floreciente en Norteamérica durante los años treinta, con los rasgos dominantes de su lóbrego color de fango y la piedra pómez y la pizarra empleadas en su construcción— donde de niño, y ya camino de convertirme en muchacho, observaba mis devociones dominicales, la silenciosa sinagoga aislada del exterior por contraventanas, con sus severos portales de hierro colado y la estrella de David tallada, en su intimidante quietud parecía representar para mí cuanto pudiese haber de aislado, misterioso e incluso sobrenatural en los judíos y la judería, así como en su oscura y cabalística religión.

Podría parecer extraño, pero los judíos en sí no me resultaban tan enigmáticos. En los distintos niveles externos de la vida civil de aquella activa ciudad sureña, los judíos eran asimilados totalmente y de buen grado, y se convertían en unos participantes excepcionales: comerciantes, médicos, abogados..., todo el espectro de la vida burguesa. El teniente de alcalde era judío, y la gran escuela superior local estaba ejemplarmente orgullosa de sus equipos casi siempre ganadores y de su rara avis, una hábil y atlética entrenadora de baloncesto judía. Y también me daba cuenta de que los judíos parecían adquirir otra personalidad o manera de ser. Era precisamente fuera de la clara luz del día y el bullicio de los negocios, en que los judíos desaparecían para encerrarse en su cuarentena y en el aislamiento de su siniestro culto asiático —con la oscura sospecha de incienso, cuernos de carnero, ofrendas con sacrificios, tamboriles, mujeres veladas, lúgubres himnos y fúnebres lamentos en una lengua muerta—, donde la confusión comenzaba para un muchacho presbiteriano de once años.

Era demasiado joven, supongo, y demasiado ignorante, para establecer el necesario vínculo entre el judaísmo y el cristianismo. Del mismo modo, no podía darme cuenta de la grosera paradoja —hoy, naturalmente, obvia para mí— de que, después de la Escuela Dominical, me quedara contemplando, pestañeante, el sombrío y siniestro tabernáculo del otro lado de la calle (aturdido mi pequeño cerebro con el episodio pasmosamente aburrido del Libro del Levítico que me había hecho tragar, con su lectura, un pudoroso correligionario llamado McGehee, cuyos antecesores de los tiempos de Moisés adoraban árboles y aullaban a la luna en la escocesa isla de Skye) tras haber absorbido un capítulo de la antigua historia, imperecedera y siempre irreveleada, de la misma gente cuya casa de oraciones yo observaba con profundo recelo y con estremecido e indefinible temor. Abraham e Isaac sólo me inspiraban pensamientos lúgubres. ¡Dios mío, qué cosas más inconfesables debían de suceder en aquel sagrado lugar pagano! Y también durante los sábados, mientras los gentiles segaban sus campos o compraban en el gran almacén de Sol Nachman. Como joven lector de la Biblia, sabía a la vez mucho y muy poco sobre los hebreos, por lo que aún no estaba en condiciones de tener una imagen clara de lo que pasaba en la Congregación Rodef Sholem. Mi fantasía infantil me hacía pensar que

tocaban el *shofar* —o, dicho de otro modo, soplaban un cuerno de carnero—, cuyas rudas notas sonaban hasta un lugar permanentemente oscuro donde se hallaba una carcomida y vieja arca y un montón de rollos de pergamino. Mujeres encorvadas que sólo habían comido aquel día lo permitido por su religión, y que llevaban la cara cubierta y vestían camisas de pelo, sollozaban ruidosamente. No se cantaban himnos animosos; sólo monótonas cantinelas en las que se repetía con desapacible insistencia una palabra que sonaba como «adenoides». Espectrales y huesosas filacterias se agitaban en la oscuridad como pájaros prehistóricos y, por todas partes, rabinos con sus casquetes murmurando en una lengua gutural mientras se disponían a iniciar sus salvajes ritos: circuncisión de machos cabríos, quema de bueyes y destripamiento de corderos recién nacidos. ¿Qué otra cosa podía pensar un muchacho tras un empacho de Levítico? No podía comprender cómo mi adorada Miriam Bookbinder, o Julie Conn, la grácil entrenadora de baloncesto de la escuela superior a quien todos idolatraban, pudiera sobrevivir a tal ambiente sabático.

En Nueva York, diez años después, me hallaba más libre de aquellas falsas apreciaciones, pero no lo suficiente para no sentir una cierta aprensión ante lo que podría hallar en casa de los Lapidus en mi primera visita a un hogar judío. Poco antes de bajar del metro en Brooklyn Heights, me encontré especulando sobre los atributos físicos de la casa que estaba a punto de visitar, y —como con la sinagoga en otros tiempos— abundaron en mis pensamientos las asociaciones con la oscuridad y la lobreguez. No era ahora la excéntrica fantasía de mi niñez. No preveía nada tan sombrío y glacial como los mugrientos pisos de casas situadas junto a la vía del ferrocarril, que había visto descritos en ciertas historias de la vida de una ciudad judía en los años veinte o treinta; sabía que la familia Lapidus tenía que encontrarse a años luz de los barrios bajos y de esas aldeas judías llamadas *shtetl*. Sin embargo, es tanto el poder de la prevención y el prejuicio largamente mantenidos que, sin el menor indicio en que basarme, esperaba, como digo, hallarme en una morada de sombría e incluso fúnebre opresión. Veía oscuras habitaciones revestidas de nogal oscuro y llenas de muebles de roble del antipático estilo *mission*, imitación del de las misiones españolas decimonónicas en California; sobre una mesa se encontraría el Menorah* con sus velas, pero apagadas, y no lejos, encima de otra mesa, estaría la Torah, o tal vez el Talmud, abierto en una página recién leída con piadosa atención por el viejo Lapidus. Aunque escrupulosamente limpia, la casa olería a cerrado y estaría falta de ventilación, por lo que llegaría hasta mí el olor del pescado relleno que se estaría friendo en la cocina; aquí, una rápida mirada mía podría descubrir a una vieja con la cabeza cubierta por un pañuelo —la abuela de Leslie— que sonreiría ante la sartén, pero que no diría nada por no hablar inglés en absoluto. La mayoría de los muebles de la sala de estar serían cromados, semejantes a los de una clínica de reposo. Preveía una cierta dificultad cuando hablase con los padres de Leslie: la madre, patéticamente gruesa, como sucede con todas las madres judías, se mostraría tímida y recelosa y guardaría casi completo silencio; el padre sería más abierto y agradable, pero capaz de hablar sólo de su negocio —plásticos inyectados— con una voz fuertemente influida por los sonidos palatales de su lengua materna. Sorberíamos Manischewitz y mordisquearíamos un poco de *halvah*, mientras mis maltratadas papilas gustativas estarían ansiando desesperadamente una botella de Schlitz. Y, volviendo al vagón del metro que me

* Candelabro usado en el culto judío. (*N. del t.*)

conducía a todo aquello, mi principal y acuciante preocupación, otra vez en primer plano —¿dónde, exactamente en qué habitación, sobre qué cama o diván de aquel entorno tan reprimido y puritano cumpliríamos Leslie y yo nuestro glorioso pacto?—, fue de pronto interrumpida cuando el metro llegó estruendosamente a la estación de la calle Clark.

No quisiera exagerar mi primera impresión ante la visión de la casa de los Lapidus, ni su verdadero aspecto en contraste con mis conclusiones anticipadas. Pero lo cierto es que la casa en que vivía Leslie (y, después de los muchos años transcurridos, conservo su imagen tan brillante como un centavo de cobre recién acuñado) era tan sorprendentemente suntuosa que pasé varias veces por delante de ella sin detenerme. No podía concebir que aquella mansión de la calle Pierrepont correspondiera realmente al número que Leslie me había dado. Cuando, por fin, la identifiqué sin lugar a dudas, me paré frente a ella lleno de admiración. El edificio, un caserón de arenisca oscura cuyo estilo imitaba el griego clásico, estaba algo separado de la calle por una zona de césped atravesada por un serpenteante camino particular para coches. Vi en él un hermoso y limpio sedán Cadillac de color marrón oscuro: su impecable aspecto delataba el esmero con que era cuidado, hasta el punto de que bien podría haberse exhibido en una exposición.

Me quedé plantado un buen rato en el mismo sitio, es decir, en la acera de la civilizada avenida bordeada de árboles, empapándome de aquella auténtica e inspirada elegancia. Brillaban suavemente varias luces en el interior de la casa, ya envuelta en la penumbra del anochecer, como un conjunto que irradiaba tal armonía que me hizo recordar de súbito algunas de las residencias que se alzaban a lo largo de la Monument Avenue, allá en Richmond. Entonces, en un arranque de vulgaridad, se me ocurrió que aquella imagen podría haber sido un anuncio de esos que aparecen en las revistas de páginas satinadas para anunciar coches de categoría, whisky, diamantes o cualquier otra cosa que sugiera un refinamiento exquisito y extremadamente caro. Pero sobre todo, la casa trajo a mi memoria la elegante y aún bella capital de la Confederación: una asociación no muy acertada, quizá, pero que fue subrayada, en rápida sucesión, por el jinete negro de hierro colado medio inclinado que me sonrió con sus sonrosados labios cuando me acerqué al pórtico, y por el gracioso comportamiento de la doncella que me hizo entrar. Esplendorosamente negra, uniformada con volantes y fruncidos, me habló en un acento que mi oído, infaliblemente orientado, pudo identificar como perteneciente a la región situada entre el río Roanoke y Currituck County, en la parte alta del este de Carolina del Norte, justo al sur de la frontera de Virginia. Al preguntárselo, me lo confirmó diciendo que, en efecto, era del villorrio de South Mills «en el mismísimo ombligo», según ella dijo —o sea, en el centro—, de la zona pantanosa conocida por Dismal Swamp. Aún riendo ahogadamente por el ingenio que yo había demostrado en localizar su lugar de procedencia, hizo girar los ojos y dijo:

—¡Adelante!

Luego, esforzándose por recuperar la compostura, frunció los labios y murmuró con una voz ligeramente yanquificada:

—La señorita La-piidus vendrá enseguida.

Yo, tras la cantidad de cerveza cara que había bebido horas antes, me sentía un poco alumbrado. Después, Minnie (que así se llamaba, como supe más tarde, la vivaracha negrita) me condujo a una enorme sala de estar de nacarada blancura de ostra, llena de

voluptuosos sofás, majestuosas otomanas y sillones tan cómodos que su solo aspecto resultaba pecaminoso. Todos estos muebles estaban distribuidos sobre una mullida y espesa alfombra que ocupaba toda la estancia y que era también blanca, sin la menor mancha ni indicio de suciedad. Había librerías por todas partes, llenas de toda clase de volúmenes (verdaderos libros, nuevos y antiguos, muchos de los cuales parecían, por su aspecto ligeramente sobado, haber sido leídos). Me arrellané profundamente en un sillón de cremosa piel de ante plantado entre un etéreo Bonnard y un estudio de Degas que mostraba a unos músicos durante el ensayo. El Degas me resultó familiar al instante, pero no podía decir con exactitud de dónde lo conocía... hasta que, de pronto, recordé haberlo visto reproducido en un sello de correos de la República Francesa que formaba parte de la colección filatélica que reuní en los últimos tiempos de mi niñez. «¡Dios mío!», fue todo lo que pude pensar.

Por supuesto, me había hallado todo el día en un estado de semiexcitación erótica. Al mismo tiempo, no estaba preparado en absoluto para tal opulencia, que mis provincianos ojos sólo habían vislumbrado en la página del *New Yorker* y en el cine, pero que nunca habían presenciado realmente. Aquel choque cultural —una súbita fusión de la libido con una violenta impresión de sucio pero bien gastado lucro— me hizo experimentar una perturbadora mezcla de sensaciones durante el rato que permanecí allí sentado: aceleración del pulso, marcada intensificación de mi febril estado, súbita salivación y, finalmente, una espontánea y exorbitante erección contra mis calzoncillos Hanes Jockey que me duraría toda la noche en cualquier posición que me encontrase: sentado, de pie, y hasta andando, con cierta dificultad, entre la multitud de comensales en Gage & Tollner's, restaurante adonde más tarde llevé a cenar a Leslie. Mi equiparación temporal con un semental fue un fenómeno relacionado con mi extrema juventud que raras veces vi reaparecer (y nunca con tanta duración después de los treinta años de edad). Anteriormente había experimentado varias veces este priapismo, pero nunca con tanta intensidad y jamás en circunstancias que no fuesen exclusivamente sexuales. (Digno de mención es el caso en que me encontré a mis dieciséis años en un baile de la escuela, cuando una de las arteras coquetas que he mencionado —de las cuales Leslie era afortunadamente la antítesis— me hizo pasar por todos sus fraudulentos trucos: lanzándome el aliento al cuello casi rozándolo con sus labios, haciéndome cosquillas en la sudorosa palma de la mano con la punta de los dedos, e insinuando su ingle cubierta de raso contra mi entrepierna con una osadía tan decidida, aunque disimulada, que sólo la fuerza de voluntad propia de un santo, tras varias horas de estas triquiñuelas, me permitió apartarme de la empalagosa vampiresita para sumergirme en la noche con mi irreductible hinchazón.) Pero en casa de los Lapidus no fue necesaria tal exasperación corporal. Allí bastó que se combinaran la idea de la inminente aparición de Leslie con el excitante convencimiento —lo confieso sin vergüenza— de aquella plenitud pecuniaria. También pecaría de falta de franqueza si no admitiera que a la dulce perspectiva de la cópula yo añadía la fugaz imagen del matrimonio, si las cosas seguían aquel derrotero.

No tardaría en enterarme, de manera casual —por Leslie y por un amigo de media edad de los Lapidus, un tal señor Ben Field, que llegó con su esposa aquella misma noche casi pisándome los talones—, que la fortuna de los Lapidus provenía de un simple trozo de plástico no mayor que el índice de un niño o que el vermiforme apéndice de un adulto.

Bernard Lapidus, según dijo el señor Field mientras acariciaba su puro Chivas Regal, había prosperado durante la Depresión, en los años treinta, fabricando ceniceros de plástico. Estos ceniceros —ampliaría más tarde Leslie— eran del tipo con que todo el mundo estaba familiarizado: generalmente negros, circulares y estampados con inscripciones como STORK CLUB, «21», EL MOROCCO o, con caracteres más plebeyos: CASA BETTY o BAR JOE. Eran muchos los que robaban estos ceniceros, por lo que la demanda que así se producía era interminable. Durante aquellos años, el señor Lapidus fabricó los ceniceros por centenares de miles, y el funcionamiento de su pequeña fábrica de Long Island le permitió vivir confortablemente con su familia, primero en Crown Heights y luego en uno de los barrios selectos de Flatbush. Fue la Segunda Guerra Mundial lo que le trajo la transición de la mera prosperidad al suntuoso lujo de la mansión de la calle Pierrepont, del Bonnard y del Degas (y del paisaje de Pissarro que pronto vería: la vista de una callejuela de los suburbios del París del siglo XIX, una mezcla tan lograda de serenidad y belleza que se me hizo un nudo en la garganta).

—Poco antes de Pearl Harbor —siguió contando el señor Field con su instructivo tono—, el gobierno federal abrió un concurso entre los industriales de plástico inyectado para la fabricación de un insignificante objeto de apenas diez centímetros de longitud y de forma irregular, con una protuberancia en un extremo que debía encajar con absoluta precisión en una abertura de la misma forma, pero invertida.

Su valor era de una fracción de centavo, pero como el contrato, que el señor Lapidus consiguió, exigía su producción por decenas de millones, aquel chisme representó para él una nueva Golconda, una nueva fuente de enormes ingresos: era un componente esencial de la espoleta de las granadas de artillería de setenta y cinco milímetros disparadas por el ejército y la Marina durante la Segunda Guerra Mundial. En el suntuoso cuarto de baño que más tarde tuve necesidad de visitar, había una réplica de aquella pequeña pieza de resina polímera (pues éste era el material, según me dijo el señor Field, de que estaba hecha) enmarcada detrás de un cristal y colgada en una pared. Aturdido, la contemplé durante un largo rato, pensando en las innumerables legiones de japoneses y alemanes que habían sido mandados a las dulzuras de la otra vida gracias a la existencia de aquel chirimbolo, fabricado con tan mezquino material y una forma tan desagradable a la sombra del puente de Queensboro. La reproducción que tenía delante era de oro de dieciocho quilates, y su presencia era la única nota de mal gusto que podía observarse en la casa. Cosa disculpable, sin embargo, aquel año, en que el fresco olor de la victoria aún llenaba el ambiente norteamericano. Leslie, más tarde, se referiría a él llamándolo «el Gusano» preguntándome si no me recordaba «un espermatozoide gordo» (imagen impresionante, pero estremecedoramente contradictoria, si se considera la función aniquiladora del Gusano). Hablaríamos de esto filosóficamente y con cierta extensión, pero al final, y de la manera más inofensiva, la muchacha mostraría una actitud más bien despreocupada hacia el origen de la riqueza de su familia, haciendo la observación de que no podía negarse que «el Gusano nos ayudó a comprar algunos impresionistas franceses estupendos».

Por fin apareció Leslie, hermosa y rubicunda, con un vestido negro de punto que se adhería y adaptaba a sus ondulantes redondeces de un modo dolorosamente atractivo. Me dio un húmedo beso en la mejilla, momento en que noté los efluvios de una inocente agua

de tocador que olía a algo tan fresco como un narciso y que, por alguna razón, la hacía tres veces más excitante que las calentapollas que había conocido en Tidewater, aquellas absurdas vírgenes empapadas de su almizcleño perfume de odaliscas. Esto era clase, verdadera clase judía. Una chica con suficiente seguridad para vestir de aquella manera no podía ignorar en absoluto lo que era la sexualidad. Poco después se unieron a nosotros los padres de Leslie: un hombre de cincuenta años y pico, pulcro, bronceado por el sol y de mirada zorruna, aunque agradable, y una bella mujer de pelo ambarino y de aspecto tan joven que parecía la hermana mayor de Leslie. Por eso me costó creer a Leslie cuando, más tarde, me dijo que su madre había terminado los estudios en la escuela superior femenina Barnard el año 1922.

El señor y la señora Lapidus se quedaron apenas lo suficiente para que yo pudiera tener una ligera impresión de ellos. Una impresión —de cierto grado de cultura y buenas maneras expresadas con naturalidad en un ambiente sofisticado— que me hizo avergonzarse de mi burda ignorancia y de la disparatada y simplista premonición de sordidez material y espiritual a que me había entregado en el metro. Claro que sabía tan poco, al fin y al cabo, sobre ese mundo urbano de más arriba del Potomac, con sus complejidades y rompecabezas étnicos... Equivocadamente, había creído que iba a encontrar una vulgaridad estereotipada, previendo que el padre de Leslie sería alguien como Schleppeerman (el cómico judío del programa radiofónico de Jack Benny, con su acento de la Séptima Avenida y una infinidad de solecismos). En cambio, descubrí a un patricio de habla suave, perfectamente identificado con su suntuoso entorno, cuya voz poseía las claras y agradables vocales y la delicada languidez de Harvard, universidad por la que según supe después se había licenciado en química con *summa cum laude*, lo que más tarde le permitió producir el victorioso Gusano. Tomé un trago de la excelente cerveza danesa que me habían servido. Como he dicho todavía estaba un poco bebido, y me sentí feliz..., feliz y satisfecho de ver que aquella realidad era muy superior a cuanto me había imaginado. Luego vino otra maravillosa y agradable revelación. Mientras la conversación seguía su curso en la amable noche, comencé a darme cuenta de que el señor y la señora Field habían venido a reunirse con los padres de Leslie para pasar un largo fin de semana en la casa de verano que los Lapidus poseían en Jersey. De hecho el grupo no tardaría en marcharse en el Cadillac marrón. Vi, pues, que Leslie y yo nos quedaríamos solos, lo que nos permitiría retozar a nuestro antojo. Mi copa estaba colmada, sí, y su contenido se derramaba, y fluía como un río por la inmaculada alfombra, y atravesaba la puerta de la casa, y corría calle Pierrepoint abajo, a punto de atravesar todas las fronteras carnales de Brooklyn. Un fin de semana solo con Leslie...

Pero pasaría aún una media hora antes de que los Lapidus y los Field subiesen al Cadillac y partieran en dirección a Asbury Park. Entretanto, se hablaba de trivialidades. Al igual que mi anfitrión, el señor Field era un coleccionista de obras de arte, por lo que la conversación giraba sobre el tema de sus próximas adquisiciones. El señor Field se había prendado de un Monet en Montreal y creía que podría hacerse con él por treinta, con un poco de suerte. Por unos segundos, mi espina dorsal se convirtió en un carámbano. Era la primera vez que oía a alguien de carne y hueso (tan distinto de cualquier personaje cinematográfico...) decir «treinta» como abreviación de «treinta mil». Pero la suerte me reservaba aún otra sorpresa. En aquel punto se mencionó el Pissarro, y, como yo no lo

había visto, Leslie saltó del sofá y me dijo que me acompañaría a verlo. Juntos, fuimos hacia la parte trasera de la casa hasta encontrarnos en lo que, con toda evidencia, era el comedor. Allí, la deliciosa visión —una tranquila tarde de verano en la que las verdes vides se mezclaban con unas ruinosas paredes y la eternidad— captaba la última y oblicua luz del verano. Mi reacción fue totalmente espontánea:

—¡Qué hermoso! —me oí susurrar.

—¿Verdad que es fantástico? —dijo Leslie.

Una al lado del otro, contemplábamos el paisaje. En la oscuridad sólo rota por la iluminación particular del cuadro, su cara estaba tan cerca de la mía que yo notaba la pegajosa fragancia del jerez que había bebido. De pronto, su lengua se coló en mi boca. A decir verdad, yo no había dirigido ninguna invitación a aquel prodigio de lengua; sólo me había vuelto hacia Leslie para observarla, esperando que la expresión de deleite estético que pudiera descubrir en su rostro correspondiera a la que yo sentía en el mío. Pero no pude ni vislumbrar su cara, tal fue la increíble rapidez con que aquella lengua se me adelantó. Sumergida en mi boca abierta de sorpresa y retorciéndose en ella como un raro animal marino, casi me dejó sin resuello mientras parecía buscar un punto inalcanzable cerca de mi campanilla; se meneaba, pulsaba y se contorsionaba para barrer una y otra vez mi bóveda bucal; creo que, por lo menos una vez, dio la vuelta completa sobre sí misma. Resbaladiza como un delfín, menos húmeda que deliciosamente mucilaginoso y con sabor a amontillado, tuvo por sí sola la fuerza suficiente para echarme hacia atrás, contra la jamba de una puerta, donde me mantuve apoyado, indefenso y con los ojos fuertemente cerrados, en espera de que terminara aquel éxtasis lingual. No sé lo que aquello duró, pero cuando por fin se me ocurrió corresponder, o intentar hacerlo, y comencé a desenvainar mi lengua con un sonido gutural sentí que la suya se encogía como una vejiga deshinchada y que su boca se separaba de la mía; apretó, sin embargo, su cara contra mi mejilla y me dijo en un tono agitado:

—No podemos, ahora.

Me pareció sentirla temblar, pero lo que no podía negarse era la pesadez de su respiración. La rodeé fuertemente con mis brazos y murmuré:

—Oh, Leslie... Les...

Era todo lo que podía decir, dadas las circunstancias.

Entonces se deshizo de mi abrazo.

La sonrisa entre dientes que exhibió después me pareció algo inadecuada a nuestra turbulenta emoción, pero su voz adquirió un tono suave, divertido e incluso fútil que, por lo que parecía significar, casi me enloqueció de deseo. Era el tono que ya conocía, aunque aflautado esta vez con una vibración más dulce; con un susurro casi inaudible y mirándome con fijeza, me dijo:

—Sí, joder... Hacer una buena follada...

Luego se volvió y regresó a la sala de estar.

Poco después, habiéndome refugiado en un cuarto de baño estilo Habsburgo con un techo de catedral y la grifería de oro, busqué en mi cartera y cogí un preservativo prelubricado que asomaba por un extremo de su envoltura de delgada chapa metálica y lo metí en uno de los bolsillos laterales de mi chaqueta, bien a mano, procurando recuperar, entretanto, mi compostura frente a un amplísimo espejo en cuyo marco revoloteaban

innumerables querubines de oro. Pude quitarme las manchas de lápiz de labios que me ensuciaban la cara, una cara que, con gran desaliento por mi parte, tenía el color cereza propio de un acceso de fiebre de cuarenta y dos grados. Nada podía hacer contra aquello, pero en cambio me tranquilizó comprobar que mi chaqueta de algodón, aunque pasada de moda y un poco más larga de lo que entonces se llevaba, tenía el mérito de ocultar, con mayor o menor éxito, la bragueta de mis pantalones y la intransigente rigidez que encerraban.

¿Habrían debido preocuparme, por inoportunas, las palabras que pronunció el padre de Leslie unos minutos después? Mientras nos despedíamos de los Lapidus y los Field en el camino particular de grava, el señor Lapidus besó a su hija y le dijo tiernamente, casi murmurando:

—Serás buena, ¿verdad, mi princesita?

Tendría que dejar pasar años, y estudiar bien la sociología judía, además de leer libros como *Adiós, Columbus* y *Marjorie Morningstar* para llegar a conocer la existencia de la arquetípica princesa judía, su *modus vivendi* y su significado en el orden de las cosas. Pero en aquel momento, la palabra «princesa» no tenía para mí otro sentido que el de una broma cariñosa; me estaba riendo interiormente de aquel «Serás buena» cuando el Cadillac, con sus parpadeantes luces traseras, desapareció en la oscuridad. Con todo, cuando nos quedamos solos noté algo en la actitud de Leslie —supongo que podría llamarse superficialidad— que me dijo que era necesaria cierta calma; y esto a pesar de la presión interna a que habíamos ya llegado y de su furiosa invasión de mi boca, la cual, de repente, volvía a tener sed de más lengua.

Me atreví resueltamente con Leslie, tan pronto como nos hallamos de nuevo en la parte interior de la puerta principal, intentando rodearle la cintura con mi brazo, pero ella se escabulló con una tintineante sonrisita y con la observación —demasiado enigmática para que yo pudiera comprender su exacto significado— de que «con prisa, mal se guisa». Sin embargo, no me desagradaba —estaba más que deseoso de ello— que Leslie asumiera el control de nuestra mutua estrategia, que estableciera el cronometraje y el ritmo de nuestra velada permitiendo así que los acontecimientos avanzaran en armónicas gradaciones hasta el gran *crescendo*, por apasionada que fuera, por anhelante que se sintiese, por más que su ardiente deseo igualara el mío, Leslie no era, al fin y al cabo, tan rudamente puerca como para que yo pudiese invocar el derecho a poseerla entonces y allí mismo, sobre la alfombra que cubría toda la estancia. Mi instinto me decía que, a pesar de sus ansias y de su reciente abandono, quería ser mimada, halagada y seducida como cualquier otra mujer, lo cual me encantaba, puesto que la naturaleza había programado las cosas de aquella manera precisamente para aumentar también el deleite del hombre. Me hallaba, pues, muy bien dispuesto a tener paciencia y a esperar el momento oportuno. Por ello no me sentí en absoluto contrariado cuando, sentado más bien remilgadamente junto a Leslie y debajo del Degas, entró Minnie trayendo champán y (una de las varias cosas que iba a saborear aquella noche por primera vez) caviar fresco de esturión blanco. Esto provocó unos momentos de broma entre Minnie y yo, un pequeño diálogo de sabor sureño que, como era de esperar, Leslie encontró encantador.

Como ya he indicado, me quedé perplejo al descubrir, cuando me fui a vivir al Norte, que los neoyorquinos tendían a menudo a mirar a los del Sur con extremada hostilidad

(como hizo Nathan al principio) o con divertida condescendencia, como si fuéramos una especie de bufones. Aunque yo sabía que Leslie se sentía atraída por mi lado «serio», también me consideraba dentro de esta última categoría. Casi había olvidado —hasta que Minnie reapareció— que, a los ojos de Leslie, yo era una exótica novedad; mi calidad de sureño era mi mejor arma de galanteo, por lo que la esgrimí a partir de aquel momento, y ya durante toda la velada, lo mejor que pude. La chacota que reproduzco a continuación, por ejemplo (un intercambio de palabras que veinte años más tarde nadie se habría podido imaginar), hizo que Leslie, alborozada, palmoreara sus estupendos muslos con gran regocijo.

—Minnie, me estoy *muriendo* por alguna comidita de allá abajo. Manduca de gente coloradota. Nada de lo que comen estos sosos comunistas del Norte.

—¡Mmmm! ¡Yo también! ¡Oh, cómo me zamparía ahora unos salmonetes bien salados! ¡Salmonetes con gachas de maíz! ¡A eso le llamo yo *comer*!

—¿Y qué me dice de un buen plato de *judías* hervidas?

—¡Vamos! —Fuertes risotadas difícilmente contenidas—. ¡No me hable usted de *judías* hervidas! ¡Me pone tan hambrienta que creo que voy a *morirmel*

Más tarde, en Gage & Tollner's, mientras Leslie y yo cenábamos bajo luz de gas, a base de almejas y cangrejos a la imperial, me acerqué, como en ningún otro momento de mi vida, a la más pura amalgama de felicidad sensual y espiritual que pueda concebirse. Estábamos sentados, muy juntos, a una mesa situada en un rincón, lejos del bullicio de la multitud. Bebimos un extraordinario vino blanco que me avivó el ingenio y me solté de tal modo la lengua que conté a Leslie la verdadera historia de mi abuelo paterno —el que perdió un ojo y una rótula en Chancellorsville— y la falsa historia de mi tío abuelo por parte de mi madre, cuyo nombre era Mosby y que fue uno de los grandes guerrilleros de la guerra civil. Digo «falsa» porque Mosby, un coronel virginiano, no tenía conmigo el menor parentesco; la historia, sin embargo, era bastante auténtica y pintoresca, y la referí con tan atractivos adornos y desde un ángulo tan sugestivo, sin olvidar unos buenos toques de impetuosa bravura, y fue tal la manera como me recreé en cada uno de los efectos dramáticos y cómo llegué astuta y paulatinamente a un encantador y suave final, que Leslie, fulgurantes los ojos, se echó hacia adelante y me agarró la mano como lo había hecho en Coney Island; noté que la palma de la suya estaba húmeda de deseo, o al menos eso me pareció.

—Y entonces, ¿qué pasó? —me dijo, cuando yo hice una pausa para conseguir un mayor efecto.

—Pues mi tío abuelo —proseguí— llegó por fin a rodear aquella brigada de la Unión en el valle. Era de noche, y el general que la mandaba dormía en su tienda. Mosby entró en ella y, en una oscuridad total, hurgó las costillas del general y lo despertó. «¡General», le dijo, «levántese, tengo noticias de Mosby!» El general no reconoció aquella voz pero, creyendo que quien le hablaba era uno de sus hombres, se alzó de la cama y exclamó: «¡Mosby! ¿Lo ha atrapado usted?», y Mosby contestó: «¡No, señor! ¡Es él quien lo ha atrapado a usted!».

La respuesta de Leslie a esta anécdota no pudo ser más satisfactoria: un gutural alarido de contralto profundamente apreciativo que hizo volver las cabezas de cuantos se encontraban en las mesas más próximas y provocó una mirada admonitoria de un viejo

camarero. Cuando la risa se hubo apagado, ambos quedamos silenciosos un momento, con la mirada fija en la copa de coñac que indicaba el final de nuestra comida. Entonces fue ella, no yo, quien sacó a colación el tema que —yo lo sabía— no había dejado de dar vueltas sin cesar tanto en su cabeza como en la mía.

—Hay algo que resulta cómico, de aquellos tiempos. Me refiero al siglo diecinueve. Quiero decir que nunca te imaginas a aquella gente jodiendo. Todos esos momentos de libros e historias, y no hay ni una palabra que indique que jodieran alguna vez.

—Victorianismo —dije yo—. Pura mojigatería.

—Algo de eso tiene que haber. Mira, yo no sé mucho sobre la guerra civil, pero siempre que pienso en aquellos tiempos..., quiero decir que alguna vez, gracias a *Lo que el viento se llevó*, me entrego a alguna fantasía sobre aquellos generales, aquellos jóvenes y apuestos generales del Sur, a caballo de sus corceles, con sus barbas y bigotes negros y su pelo ensortijado. Y no hablemos de aquellas preciosas muchachas con miriñaque y calzones largos... Por más que leas sobre aquella gente, siempre te quedas sin saber si jodían o no. —Hizo una pausa y me apretó la mano—. Quiero decir, ¿no te dice nada la posible imagen de una de aquellas encantadoras chicas con el miriñaque levantado, y uno de aquellos apuestos oficiales..., quiero decir, los dos, jodiendo como locos?

—Sí —dije con un repeluzno—; sí, me dice mucho: me ayuda a profundizar mi concepto de la historia.

Eran más de las diez y pedí que nos trajeran más coñac. Aún nos quedamos otra hora más, durante la cual Leslie, como en Coney Island, con suavidad pero de modo irresistible, cogió el timón de la conversación, conduciéndonos hacia turbios remansos e insondables lagunas en que yo nunca me había aventurado con una mujer. Mencionaba a menudo a su psicoanalista, quien según decía le había permitido acceder a la conciencia de su yo primitivo y, algo más importante todavía, percatarse de su energía sexual, la cual no sólo había requerido que se le abriera paso y que fuese liberada para ponerse en marcha en ella de modo saludablemente bruto (su propia palabra), con la perfección con que la notaba ahora en su interior. Mientras ella estaba hablando, a mí el benigno coñac me había permitido pasar, suavísimamente, la yema de mis dedos por el borde de sus expresivos labios, de un bermellón con brillo de plata gracias a su lápiz labial.

—Era tan poca cosa, yo, antes de recurrir al psicoanálisis... —dijo con un suspiro—. Excesivamente intelectual, sin la menor conciencia de mi relación con mi cuerpo, con la sabiduría que mi cuerpo podía darme... Sin conciencia de mi chumino, sin conciencia de mi maravilloso botoncito, sin conciencia de nada. ¿Has leído *El amante de lady Chatterley*, de D. H. Lawrence?

Tuve que decir que no. Era un libro cuya lectura había tenido que demorar, pues, por encontrarse encarcelado —como un vesánico estrangulador— detrás de los alambres de las estanterías cerradas con llave de la biblioteca de la universidad, no tuve acceso a él.

—Léelo —me dijo, con voz de pronto ronca e intensa—, léelo, por tu salvación. Una amiga mía pasó uno de matute al venir de Francia; te lo prestaré. Lawrence es la respuesta... Ah, sabe tanto de todo eso del joder... Dice que cuando jodes te trasladas al mundo de los dioses oscuros. —Al decir estas palabras me estrechó la mano, que quedó entrelazada con la suya a escasos milímetros de la tumefacción de mi entrepierna, y clavó sus ojos en los míos con una mirada tan llena de pasión y certidumbre que tuve que

recurrir a todo el dominio de mí mismo para evitar, en aquel mismo instante, un abrazo a lo bruto en público—. Ah, Stingo —recalcó—, te lo digo en serio: joder es trasladarse al mundo de los dioses oscuros.

—Entonces, vamos a ese mundo de los dioses oscuros —dije, prácticamente descontrolado, mientras hacía una señal al camarero para que me trajese la cuenta.

Algunas páginas atrás he citado a André Gide, cuyos diarios personales yo intentaba emular. Cuando estudiaba en la Universidad Duke leí al maestro, con dificultades, en francés. Admiraba sus diarios desordenadamente, y consideraba la probidad y la implacable autodisección de Gide como parte de una de las hazañas verdaderamente triunfantes de la civilizada mente del siglo XX. En mi diario, al comienzo de la última parte de mi crónica sobre Leslie Lapidus —una Semana de Pasión, advertí más tarde, que empezó con aquel triunfal domingo en Coney Island y terminó con mi crucifixión en la madrugada del viernes, allí en la calle Pierrepont—, tuve presente a Gide y parafraseé de memoria algunos de sus ejemplares pensamientos y observaciones. No quiero insistir aquí sobre este pasaje, excepto para señalar la admiración que expresé entonces por escrito, no sólo por las terribles humillaciones que Gide fue capaz de soportar, sino por la valiente honestidad con que pareció siempre determinado a registrarlas: cuanto más catastróficas eran sus humillaciones o frustraciones, subrayé, más purificado y luminoso era el relato de Gide en su *Journal* (una catarsis en la que también el lector podía participar). Aunque no lo recuerdo con certeza, debió de ser una catarsis de la misma clase lo que intenté conseguir en aquella última parte sobre Leslie, la que ahora incluyo aquí omitiendo mi meditación preliminar sobre Gide. Pero debo añadir que sucedió algo curioso con aquellas páginas. No mucho después de haberlas escrito, desesperado, debí de arrancarlas del libro —parecido a un libro mayor de contabilidad— en que yo llevaba mi diario y meterlas, formando un fajo mal doblado, entre las últimas hojas del propio libro; tuve la suerte de encontrar casualmente dichas anotaciones cuando estaba creando de nuevo el desenlace de aquella necia payasada. Lo que también sorprende es el tipo de escritura que aparece en aquellas hojas: no la letra plácida y legible de colegial con que solía escribir, sino un salvaje y precipitado garrapateo indicador de la atropellada velocidad de mis trastornadas emociones. Sin embargo, el estilo, como puede verse ahora, posee una tranquilidad, una mordaz ironía que el mismo André Gide habría tal vez admirado si hubiera podido leer con atención estas humilladas páginas:

Tengo ahora suficiente experiencia para prever lo que me sucederá tan pronto como entremos en el taxi después de dejar Gage & Tollner's. Naturalmente, me encuentro en aquel momento tan fuera de mí por culpa de la cochina lujuria que envuelvo a Leslie con mis brazos antes de que arranque el coche. En el acto, tiene lugar la repetición de lo ocurrido cuando fuimos a ver el Pissarro. Su saqueadora lengua vuelve a estar dentro de mi boca como un sáballo que se agita en aguas arriba para salvar su preciosa vida. Nunca hubiera creído que esta manera de besar fuera tan descomunal, tan expansiva. Pero es obvio que ha llegado el momento de que yo ejecute mi papel, y así lo hago. Mientras bajamos por la calle Fulton le correspondo

«dándole la lengua», cosa que visiblemente no le desagrada, pues responde con pequeños gemidos y estremecimientos. Al llegar a este punto, estoy tan caliente que hago algo que siempre quise hacer, allá en Virginia, al besar a una chica, pero a lo que nunca me atreví por sus escandalosas connotaciones. Lo que hago es mover lenta y rítmicamente la lengua hacia dentro y hacia fuera de su boca con largos y copulatorios movimientos, ad libitum. Esto hace gemir de nuevo a Leslie, que aparta sus labios lo justo para decir: «¡Dios mío! ¡Qué vas a pensar que pienso!». Esta recatada y extraña exclamación no me desanima, pero me desconcierta a medias. Es imposible describir mi estado en ese momento. Poseído de una especie de frenesí controlado, decido que ha llegado el instante de empezar a avanzar de veras. Así pues, con gran delicadeza deslizo la mano hacia arriba de modo que me permita recoger en su oquedad la parte inferior de su delicioso pecho izquierdo, o derecho; ahora no recuerdo cuál. Y en este instante, con una incredulidad casi total por mi parte, con una firmeza y una decisión por la de ella que vencen mi delicada cautela, coloca su brazo en una posición protectora que significa claramente: «No te propases». Su actitud es desconcertante, tanto que pienso que uno de nosotros ha cometido un error, que ha fallado nuestro sistema de señales, que ella ha querido gastarme una broma (una broma pesada) o algo por el estilo. Por lo tanto, poco después, con mi lengua todavía hurgando en su gárganta y sin que ella haya dejado de gemir, avanzo la mano hacia su otra teta. ¡Wham! Lo mismo de la otra vez: el súbito movimiento de protección, el brazo que baja, lanzado, como una de esas barreras de los pasos a nivel ferroviarios. «¡Prohibido el paso!» Es realmente increíble.

(Estoy escribiendo a las ocho de la noche, viernes. Consulto mi *Manual Merck*. Ateniéndome a lo que dice el *Merck*, es casi seguro que sufro un grave caso de «glositis aguda», una inflamación de la superficie de la lengua que es de origen traumático, pero sin duda agravada por las bacterias, virus y toxicidades de toda clase adquiridas durante cinco o seis horas de un intercambio salival sin precedentes en la historia de mi boca, y supongo que en la de nadie. El *Merck* me informa de que este estado es pasajero, y de que se remedia con un descanso total de la lengua, cosa que es bueno saber, pues parece que comer algo o beber más de unos sorbos de cerveza equivaldría a un suicidio. Pronto caerá la noche, estoy escribiendo solo, en mi cuarto de la casa de Yetta. No puedo ni siquiera soportar la presencia de Sophie o de Nathan. A decir verdad, sufro una desolación y una desilusión que nunca habría creído posible.)

Volvamos a mi pugna en el taxi. Naturalmente, aunque sólo sea para conservar la razón, he de pensar en algún motivo que explique justificadamente la extraña conducta de Leslie. Es comprensible, considero, que Les, lógica y simplemente, no quiera entregarse a excesos en un taxi. Perfecto. Una dama en el taxi, una prostituta en la cama. Dando por buena esta hipótesis, me contento con otra ración de trabajo lingual, más laberíntico si cabe que el anterior, hasta que el taxi llega a la mansión de la calle Pierrepont. Bajamos del coche y entramos en la oscura casa. Mientras Leslie abre la puerta principal, me hace notar que es jueves, es decir, la noche libre de Minnie, y yo lo interpreto como una alusión a la soledad de que disfrutaremos. En la

suave luz del vestíbulo, mi miembro, en una auténtica posición rampante, da la impresión de querer perforar mis pantalones. También observo en ellos una mancha parecida a la meada de un perrillo: es la secreción precoital.

(*Ah, André Gide, prie pour moi! ¡Sí, ruega por mí! Este relato se me está haciendo intolerable. ¿Cómo puedo explicarme, y hacer creíble, la disparatada tortura de las próximas horas? ¿Sobre qué espaldas debe caer la culpa de este gratuito sufrimiento? ¿Sobre las mías, las de Leslie, del *Zeitgeist*, ese espíritu de los tiempos, del psicoanalista de Leslie? Sin lugar a dudas, alguien tiene mucho de qué responder por haber abandonado a la pobre Les en su frío y desierto *plateau*. Que así es como ella llama —*plateau*— a ese limbo solitario, por el que vaga helada y sin amparo.)*

Comenzamos de nuevo, hacia medianoche, en un sofá situado debajo del Degas. En algún lugar de la casa hay un reloj que da las horas. Así es como me doy cuenta de que a las dos de la madrugada sigo, en cuanto a progresos, en el mismo sitio que cuando estaba en el taxi. Nos hallamos enzarzados en una desesperada y casi silenciosa lucha decisiva. He empleado todas las tácticas del libro, intentado sobarle las tetas y los muslos y alcanzarle la entrepierna con la mano. No ha sido posible. A no ser por su abierta cavidad bucal y su lengua tan prodigiosamente activa, se la podría considerar encerrada en una armadura. La imagen marcial también es apropiada en otro sentido porque, poco después, emprendo mis más agresivas incursiones en la semioscuridad de la sala de estar, pasando los dedos por el arco de su muslo o tratando de meter mi garra entre sus rodillas, juntas y cerradas como una mordaza. A cada uno de mis atrevimientos saca de un tirón su batiente lengua de mi boca para susurrar cosas como éstas: «¡Alto ahí; coronel Mosby!» o: «¡Atrás, Johnny Rebk Todo ello dicho con una imitación regular de mi acento confederado, con voz alegre y entre risas ahogadas, pero con un tono de autodomínio que resbala sobre mi persona como agua helada. De nuevo, como en otros momentos de este rompecabezas, apenas si puedo creer lo que está sucediendo; simplemente, no puedo aceptar el hecho de que después de su arranque inicial, de sus inequívocas invitaciones y sus ardientes y seductoras palabras, esté cayendo en estas ultrajantes triquiñuelas. En algún momento posterior a las dos de la madrugada, y ya al borde de la locura, recurro a algo que sé que provocará una drástica reacción de Les... más drástica de lo que pueda haber predicho. Estoy seguro de que, en medio de nuestra titánica lucha, lanzará un grito capaz de dejarnos a ambos sin respiración... cuando se dé cuenta de lo que tiene en la mano. (Esto después de haber abierto silenciosamente la cremallera de mi bragueta y haberle puesto la mano en mi verga.) Sale disparada del sofá como si alguien hubiese encendido un fuego debajo de él, y en aquel momento la velada, junto con todos mis infelices sueños y fantasías, se convierte en un montón de paja.

(*Ah, André Gide, comme toi, je crois que je deviendrais pédéraste! ¡Si, acabaré pederasta, como tú!*)

Más tarde llora desconsoladamente mientras, sentada a mi lado, intenta explicarse. Por alguna razón, su tremenda dulzura, su desconsuelo, su remordimiento y su manera de expresarse me ayudan a dominar mi feroz indignación. Si bien, en los primeros momentos, sentí deseos de azotarla hasta dejarla

sin vida, o de coger el valiosísimo Degas y dejárselo por collar después de rompérselo en la cabeza, ahora por poco la acompañaría en su llanto; lloraría mi desventura y mi frustración, pero también lloraría por ella, y por su psicoanálisis, que tanto la ha ayudado a forjar su insensata postura. Voy enterándome de todo eso mientras el tictac del reloj avanza hacia el amanecer, después de haber quitado de en medio mis majaderas quejas y objeciones. «No quiero ser quisquilloso o irrazonable —le susurro en la oscuridad cogiéndole la mano—, pero lo cierto es que me hiciste creer otra cosa. Dijiste y lo repito exactamente: “Creo que tú podrías producir un orgasmo de campeonato a cualquier chica”. —Hago una larga pausa para exhalar el humo azul de mi cigarrillo a través de la semioscuridad. Luego prosigo—: Pues sí, podía hacerlo. Y quería hacerlo. —Hago un alto—. Eso es todo.» Después de otra pausa, también larga, y de varios sollozos acompañados de aspiraciones nasales, Leslie responde: «Sé que dije eso, y si mis palabras te hicieron creer otra cosa, lo siento, Stingo. —Aspiración nasal, nueva aspiración. Le doy un Kleenex—. Pero no dije que yo quisiera hacerlo. —Más aspiraciones nasales—. También dije “a cualquier chica”. No dije “a mí”.» Al oír esto, lanzo un bramido capaz de hacer temblar a un muerto. En algún momento situado entre las tres y las cuatro de la madrugada oigo la sirena de un buque, un grave zumbido, lúgubre y quejumbroso, procedente, a través de la noche, del puerto de Nueva York. Me recuerda mi hogar y me llena de indescriptible aflicción. Por algún motivo, aquel zumbido y el pesar que me abrumba hacen que me resulte mucho más difícil de soportar la abochornada —y a la vez atractiva— presencia de Leslie, ahora tan sorprendentemente inalcanzable como una flor de la jungla. Me cuesta creer que, con tan tristes pensamientos en la cabeza, mi verga siga alardeando de tiesura, rígida y amenazadora como una lanza. ¿Sufriría alguna vez san Juan Bautista una privación como la mía? ¿Y Tántalo? ¿Y san Agustín? ¿Y la Pequeña Nell?*

Leslie es, literal y simbólicamente, totalmente lingual. Su vida sexual se centra por completo en su lengua. No es, pues, de extrañar que la enardecida promesa que fue capaz de hacerme mediante ese órgano suyo tan hiperactivo tenga una correlación con las palabras enardecedoras —pero para ella absolutamente vacías de sentido— que le gusta pronunciar. Seguimos aún sentados, y en silencio, en el mismo sitio. Entretanto, recuerdo el nombre de un absurdo fenómeno cuyo conocimiento me llegó a través de mis lecturas durante un curso de psicología en la Universidad Duke: «coprolalia», el uso compulsivo de un lenguaje obsceno, frecuente en las mujeres jóvenes. Cuando por fin rompo el silencio y, zumbonamente, insinúo la posibilidad de que ella pueda ser víctima de esta enfermedad, no parece tan insultada como herida, y se pone a sollozar de nuevo. Por lo que parece, he abierto alguna herida dolorosa. Pero no, insiste ella, no es esto. Al cabo de un rato, para de sollozar. Y entonces dice algo que sólo unas horas antes habría considerado como una broma, pero que ahora acepto, tranquilamente y sin sorprenderme, como la más pura y dolorosa de las verdades. «Soy virgen», me confiesa con una voz débil y compungida. Después de un largo silencio, contesto: «No hay nada malo en eso, lo

* *Personaje de Almacén de antigüedades*, de Charles Dickens, que sufre continuas desventuras en compañía de su abuelo. (N, del t.)

comprendo. Pero creo que eres una virgen morbosa». De nuevo la sirena de un buque zumba en el puerto, y es tanta la nostalgia y la desesperanza con que me conmueve que no me costaría mucho echarme también a llorar. «Me gustas mucho, Les — consigo decirle—. Sólo pienso que no es justo que me hayas tomado el pelo de esa manera. Eso es algo muy duro para un hombre. Es terrible. No puedes imaginártelo.» Soy incapaz de darme cuenta de si sus palabras tienen o no relación con lo que acabo de decir cuando ella me contesta con la más desolada de las voces que haya podido oír: «Es que, Stingo, tú no puedes imaginarte lo que es criarse en una familia judía». De momento, no da más explicaciones.

Pero finalmente, cuando llega la aurora y una profunda fatiga se apodera de todos mis huesos y músculos —incluido el bravo músculo del amor, que comienza a flaquear y a encogerse después de su tenaz vigilia—, Leslie me describe con todo detalle la oscura odisea de su psicoanálisis. Y me habla, por supuesto, de su familia. Su horrible familia. Una familia que, a pesar de su barniz civilizado y despreocupado, según Leslie es un verdadero museo de monstruos de cera. El despiadado y ambicioso padre cuya religión es el plástico inyectado, y que no ha dirigido a su hija más de veinte palabras desde que era niña. La repelente hermana menor y el estúpido hermano mayor. Y sobre todo la madre, que, sea o no válida la teoría de Barnard, ha dominado despóticamente la vida de Les desde que la sorprendió, cuando tenía tres años de edad, con el dedo en el chumino y la obligó a llevar, según ella, las manos entablilladas durante varios meses como profilaxis contra la masturbación. Leslie me vuelca todo esto con un terrible ímpetu, como si yo fuera uno de tantos profesionales del psicoanálisis y hubiese escuchado, durante más de cuatro años, sus angustias y desgracias. Ya ha salido el sol por completo. Leslie bebe café. Yo bebo Budweiser, y Tommy Dorsey deja oír su orquesta desde una gramola Magna vox de dos mil dólares. Agotado, oigo el torrente de palabras que Leslie sigue derramando sobre mí, pero me llegan amortiguadas, como a través de varias capas de lana. Aun así, trato de juntar con coherencia todas las piezas del rompecabezas: un revoltijo de confesiones con una ensalada de términos como reichiano, adleriano, discípulo de Karen Horney, sublimación, gestalt, fijación y otras cosas que conocía, pero de las que nunca había oído hablar en tales tonos, cuestiones cuyo dominio se reserva, allá en el Sur, a Thomas Jefferson, al tío Remus* y a la Santísima Trinidad. Estoy tan cansado que apenas me entero de dónde va a parar cuando habla de su actual psicoanalista, el cuarto, un «reichiano», igual que cuando alude a su *plateau*. Yo no paro de pestañear, demostrando la urgente necesidad de dormir que tengo. Pero ella no cesa de hablar, de mover esos húmedos y preciosos labios judíos que acabo de perder para siempre. Por si esto fuera poco, advierto de pronto, con absoluta certeza, que mi pobre y querido cipote, por primera vez desde hace muchas horas, se ha encogido por completo, haciéndose tan pequeño como el Gusano cuya réplica cuelga de la pared del papal cuarto de baño, a pocos pasos de aquí. Bostezo ferozmente con notables efectos sonoros, pero Leslie no me presta la menor atención, terca en su propósito de demostrarme que no he de dejarme llevar

* *El tío Remus* es un libro de cuentos populares negros norteamericanos (1880) de Joel Chandler Harris, que son contados a un muchacho blanco por el tío Remus. (*N. del t.*)

por malas interpretaciones del asunto y que, como sea, debo comprenderla. Pero no sé si, en realidad, quiero comprenderla. Mientras ella sigue perorando, sólo puedo pensar desesperadamente en la obvia ironía de que, si a través de aquellas frías aprendizas de arpía de Virginia había sido traicionado principalmente por Jesús, ahora acababa de ser igualmente estafado, en manos de Leslie, por el insigne doctor Freud. Un buen par de astutos judíos, ya lo creo.

«Antes de que yo alcanzara este *plateau* de vocalización —oigo decir a Leslie a través del surreal delirio de mi cansancio—, no habría sido posible que pronunciara ninguna de las palabras que te he dicho. Ahora soy completamente capaz de vocalizarías. Me refiero a todas esas palabras tan fáciles de articular y que todo el mundo debería decir sin reparos. Mi psicoanalista, el doctor Pulvermacher, decía que la represión de la sociedad en general es directamente proporcional a la dureza con que se reprime su lenguaje sexual.» Lo que digo como respuesta va mezclado con un bostezo tan profundo y cavernoso que mi voz parece el rugido de un animal salvaje: «¡Sí, claro... —bramo—, con eso de “vocalizar” quieres darme a entender que puedes decir “joder”, pero que no puedes hacerlo!». Su respuesta es un borrón en mi cerebro de sonidos imperfectamente registrados, de muchos minutos de duración, del que sólo puedo recuperar la impresión de que Leslie, ahora engolfada en algo llamado terapia *orgánica*, será introducida, dentro de pocos días, en una especie de caja, donde, tranquilamente sentada, absorberá con paciencia una cantidad de ondas de energía del éter que quizá le permitan subir al próximo *plateau*. Al mismísimo borde del sueño, vuelvo a bostezar y le deseo, sin pronunciar palabra, el mayor de los éxitos. Y entonces, increíblemente, me quedo adormilado a pesar de que me está diciendo que tal vez algún día... ¡Algún día! Tengo un extraño y confuso sueño en que el deleite se mezcla con el más lacerante de los dolores. Puede que mi sueño sólo haya durado unos momentos. Lo cierto es que cuando despierto—y doy una pestañeante mirada a Leslie, que se halla todavía en pleno soliloquio—, me doy cuenta de que he permanecido pesadamente sentado sobre mi mano, que me apresuro a retirar de debajo de mi trasero. Los cinco dedos están momentáneamente deformados y sin tacto. Esto ayuda a explicar mi desagradable sueño, en el que, abrazando ardorosamente a Leslie una vez más, he conseguido por fin acariciar un pecho desnudo, que sin embargo, como si fuera una húmeda bola de masa de pan, cae de mi mano, la cual ha quedado estrechamente aprisionada en el borde de un cruel sostén hecho de madera y alambre.

Hoy, después de los muchos años que me separan de aquellos hechos, puedo ver cómo la porfía de Leslie —de hecho, su inexpugnable virginidad— fue un buen contrapunto para la larga narración que me sentía impelido a escribir. Dios sabe lo que habría sucedido si Leslie hubiese sido realmente la muchacha lujuriosa y experta que personificó... Era tan apetitosamente deseable que no sé cómo habría podido evitar convertirme en su esclavo. Esto habría tendido sin duda a apartarme del ambiente vulgar y despreocupado del Palacio Rosado de Yerta Zimmerman y, por lo tanto, de la serie de acontecimientos que se estaban cocinando y que constituyen el móvil principal de esta historia. Eso no quita que el

abismo entre lo que Leslie me prometió y lo que me entregó fuera tan lacerante para mi espíritu que me puse físicamente enfermo. No fue nada realmente grave —nada más que un fuerte estado gripal combinado con un profundo desaliento psíquico—, y durante los cuatro o cinco días que estuve en cama (tiernamente cuidado por Nathan y Sophie, que me trajeron sopa de tomate y revistas), tuve ocasión de percatarme de que había llegado a un punto extremadamente crítico de mi vida. Este punto había tomado la forma de una escabrosa roca hecha de sexualidad contra la que yo, de manera obvia pero inexplicable, había chocado con gran peligro de zozobrar.

Sabía que mi aspecto era presentable, que poseía una buena inteligencia, que no estaba desprovisto de simpatía y que tenía el don de la locuacidad sureña, cualidad que, no lo ignoraba, podía darme cierto encanto nigromántico y azucarado (que no tenía nada que ver con la sacarina). El hecho de que, pese a estas brillantes dotes y al considerable esfuerzo que había desplegado para explotarlas, no fuese aún capaz de encontrar una muchacha que quisiese trasladarse conmigo al mundo de los dioses oscuros, tenía para mí todas las características —según pensaba, todavía acostado y calenturiento, con la mirada fija en un número de *Life*, irritado aún por la imagen de Leslie Lapidus en la que no paraba de hablar a la luz de un amanecer lleno de frustración— de una situación desgraciada pero, por dolorosa que ésta fuese, tenía que mirarla sólo como un mal golpe de suerte, de la misma manera que la gente suele aceptar cualquier deficiencia incurable pero a la larga soportable, como un irreprimible tartamudeo o un labio leporino. No podía llamarme «Stingo, el gran follador», y debía conformarme con las cosas tal como eran. Sin embargo, en compensación, razoné, tenía metas más elevadas. Al fin y al cabo, yo era un escritor, un artista, y es bien sabido que muchas de las más famosas obras de arte del mundo habían sido realizadas por hombres que, ahorrando sus energías y entregándose por completo a su vocación, no habían permitido que una noción equivocada de la primacía de la entropía subvirtiese sus grandes anhelos de belleza y verdad. «Adelante, pues, Stingo —me dije a mí mismo, tratando de recuperar mis decaídos ánimos y disponiéndome a reanudar mi trabajo—. Deja atrás la lascivia, somete tus pasiones a otra portentosa visión que, dentro de ti, pugna por nacer.» Estas monacales exhortaciones me permitieron abandonar la cama durante la semana siguiente, y sentirme fresco y purificado —aunque algo mutilado— y en condiciones de continuar intrépidamente mi lucha con las hadas y demonios de todas clases, con los payasos, los enamorados y las madres y los padres llenos de congoja que comenzaban a acudir en tropel a las páginas de mi novela.

Jamás volví a ver a Leslie. Aquella mañana nos separamos con un mutuo sentimiento de grave y lastimoso afecto; ella me pidió que la llamara pronto, pero nunca lo hice. No obstante, apareció a menudo en mis fantasías eróticas hasta mucho tiempo después, y a lo largo de los años surgió muchas veces en mis pensamientos. A pesar de los momentos de tortura que me infligió, le he deseado siempre la mejor suerte, doquiera que haya ido a parar y dejando aparte lo que haya sido finalmente de ella. Siempre he tenido la vana esperanza de que el tiempo pasado dentro de su caja orgónica la haya conducido a la plenitud que anhelaba y que, trascendiendo la mera «vocalización», haya alcanzado un *plateau* más alto. Pero jamás he dudado, aun cuando esto no hubiese tenido éxito —como no lo tuvieron los demás tratamientos a que se sometió—, que las siguientes décadas, con los extraordinarios progresos científicos en cuanto a cuidados y mantenimiento de la

libido, trajeran a Leslie la más plena satisfacción de su potencialidad sexual. Puede que me equivoque, pero ¿por qué será que mi intuición me dice que Leslie encontró finalmente el galardón de la plena felicidad? No sé por qué, pero de todos modos así es como la veo ahora: una mujer sensata y pulcra, aún hermosa, que encanece con elegancia y que se adapta de, buen grado a la edad madura, muy mirada respecto al uso de palabras malsonantes, cariñosamente casada, filoprocreativa y (estoy seguro) multiorgásmica.

Aquel verano hizo un tiempo generalmente bueno, pero hubo atardeceres húmedos y calurosos. Cuando esto sucedía, Nathan, Sophie y yo íbamos, volviendo la esquina de Church Avenue, a un «salón de cóctel» —¡Dios mío, qué nombre!— llamado Maple Court. Eran relativamente pocos los bares bien concurridos en aquella parte de Flatbush (cosa que siempre me había llamado la atención y que Nathan me aclaró al decirme que las borracheras no eran el pasatiempo favorito de los judíos), pero en ese establecimiento siempre se notaba cierta, aunque no excesiva, afluencia de público. Éste se componía principalmente de clientes asalariados como porteros irlandeses, taxistas escandinavos y capataces del ramo de la construcción, junto con típicos blancos —es decir, anglosajones y protestantes— de nivel social indeterminado que, como yo mismo, por la razón que fuese, se habían extraviado en el barrio. Había también, según me pareció, varios judíos dispersos, algunos de aspecto un poco furtivo. El Maple Court era amplio, más bien descuidado, con mala iluminación y un ligero olor a filtraciones de agua, pero a nosotros tres nos atraía el lugar, especialmente en las noches de verano bochornosas, por su instalación refrigeradora de aire y por su ambiente sencillo y tranquilo. Tampoco eran despreciables sus precios; la cerveza valía aún diez centavos la jarra. Supe que el bar había sido construido en 1933, para celebrar y capitalizar la derogación de la Prohibición, y sus espaciosas, e incluso algo cavernosas, dimensiones respondían al proyecto original de incluir en él una pista de baile y de atracciones.

Pero estos orgiásticos planes nunca llegaron a realizarse, porque los primeros propietarios del local, a quienes se debía la idea, no se habían dado cuenta de que el barrio elegido para su establecimiento estaba tan consagrado al orden y a la propiedad como una comunidad de baptistas o de menonitas. Las sinagogas dijeron «no», lo mismo que la Iglesia Reformada holandesa.

Así pues, el Maple Court no consiguió el permiso necesario para su apertura como sala de fiestas, y todos los elementos de la brillante, dorada y cromada decoración, incluidas las arañas previstas para que giraran encima de los frívolos bailarines esparciendo sus destellos como en una película de Ruby Keeler, cayeron en el olvido y el descuido y fueron adquiriendo una lamentable capa de humo y suciedad. La plataforma elevada, en forma de óvalo, que constituía el centro del bar y de la pista y que había sido diseñada de modo que zalameras profesionales del strip-tease pudieran exhibir sus largas piernas y menear el trasero bien a la vista de tontos y desvagados, estaba ahora llena de polvorientos letreros y enormes imitaciones de botellas que anunciaban marcas de whisky y cerveza. Y había otra imagen sin duda más triste ofrecida por el mural que decoraba extensamente una de las paredes: una buena pieza de Art Déco realizada por una mano experta, compuesta por siluetas de músicos de jazz, coristas y bailarinas que hacían repiquetear sus tacones con el horizonte de Manhattan por fondo; nunca mostró su risueño rostro a los alegres y bulliciosos jaraneros con que se pensaba llenar la sala, sino que con el tiempo se fue agrietando y emborronando por la humedad hasta convertirse en una larga y sucia franja horizontal donde toda una generación de beodos de la vecindad

había apoyado sus cabezas. Era en un rincón de la frustrada pista de baile, justamente debajo de este mural, donde Nathan, Sophie y yo nos sentábamos en los sofocantes atardeceres de aquel verano.

—Siento que no te hayas entendido con Leslie, chaval —me dijo Nathan una noche, después del desastre de la calle Pierrepont. Estaba claramente decepcionado y algo sorprendido de que sus celestinescos esfuerzos no hubieran tenido éxito—. Tenía la seguridad de que habíais hecho buenas migas, más aún, de que estabais hechos el uno para el otro. Aquel día, en Coney Island, me dio la impresión de que la chica iba a devorarte. Y ahora me dices que todo salió mal. ¿Qué pasó? No puedo creer que Leslie te fallara en el momento.de...

—No, eso no, todo fue bien en la parte sexual —mentí—. Quiero decir que, por lo menos, me «adentré» en su intimidad.

Por varias y vagas razones, no podía decir la verdad sobre nuestro calamitoso encuentro, sobre aquella tremenda lucha entre dos seres vírgenes. No habría sido muy halagüeño, tanto para mí como para Leslie, hablar con demasiada claridad del asunto. Me embarqué, pues, en una floja invención, aunque estaba seguro de que Nathan se había dado cuenta de mi improvisación —la risa no cesaba de sacudir sus hombros— y terminé mi falso reportaje con algunos adornos freudianos, el principal de los cuales consistía en una pretendida confesión de Leslie: que sólo había podido alcanzar el clímax con negros oscuros como el carbón provistos de penes colosales. Nathan me miraba sonriendo, con la expresión de quien es objeto de una tomadura de pelo y la acepta con benevolencia; cuando hube terminado, me puso la mano en el hombro y me dijo con el tono comprensivo de un hermano mayor:

—Lo siento por ti y por Leslie, chaval, sucediera aquella noche lo que sucediese. Y yo que había creído que era la chica ideal para ti... Está visto que, a veces, la química falla.

Acabamos por olvidarnos de Leslie. Aquellos anocheceres en el bar, yo era el que más bebía de los tres. A veces íbamos antes de cenar, pero en general solíamos ir después. En aquellos tiempos, casi nadie pedía vino en un bar —especialmente en un lugar de tan poca categoría como el Maple Court—, pero Nathan, siempre a la vanguardia en tantas cosas, solía componérselas para que le sirvieran una botella de Chablis —y un cubo donde mantenerlo fresco— que les duraba, a él y a Sophie, la hora y media que acostumbábamos a permanecer allí. El Chablis nunca hizo más que relajarlos agradable y dulcemente, lo que se reflejaba por un mayor brillo en la oscura cara de él y por un tierno enrojecimiento en el rostro de ella.

Nathan y Sophie eran ahora para mí como una pareja de amigos casados; éramos inseparables, y sólo me preocupó alguna vez la posibilidad de que alguno de los clientes más sofisticados del Maple Court nos mirara como un *ménage à trois*. Nathan era tan maravilloso, tan encantador, tan perfectamente «normal» que, si no hubiera sido por las lamentables alusiones (a veces, hechas inadvertidamente en el curso de nuestras salidas al Prospect Park) a los terribles momentos que habían ensombrecido el año que llevaban juntos, yo habría borrado por completo de mi memoria aquella cataclísmica escena en que los sorprendí al verlos por primera vez, del mismo modo que no habría dado importancia a ciertos indicios que revelaban un lado más oscuro de su ser. ¿Qué otra cosa podía pensar en presencia de un hombre de personalidad tan electrizante y arrebatadora al que

consideraba como una mezcla de hermano mayor, de confidente y de gurú, a un hombre que tan desinteresadamente me había tendido la mano en mi soledad? Nathan, incluso cuando bromeaba, no se desprendía de la calidad que tenían todas sus manifestaciones. Desplegaba la maestría de un intérprete consumado en la más insignificante de sus imitaciones o parodias, prácticamente todas judías, que era capaz de llevar a cabo con gran intensidad, y muchas de ellas eran verdaderas obras maestras. Cierta vez, cuando aún era un muchacho, hallándome con mi padre en el Tidewater Theatre, donde se proyectaba una película de W. C. Fields (creo que era *My little Chickadee*, con Mae West), presencié algo que sólo existe como frase hecha o sólo sucede en las comedias de tres al cuarto: vi a mi padre arrebatado por un ataque de risa tan tremendo que lo hizo resbalar de la butaca y caer literalmente en medio del pasillo. Parece increíble, pero yo hice lo mismo en el Maple Court cuando presencié a Nathan en lo que recuerdo como su «farsa del club de campo judío».

Ver representar a Nathan esta popular escena suburbana fue como ver actuar a dos personajes completamente distintos. El primero de ellos era Shapiro, quien en un banquete intentaba una vez más proponer como socio a un amigo cuya entrada en el club había sido rechazada por sus miembros en varias votaciones. La voz de Nathan se hizo sumamente empalagosa, con huecos de vacía necesidad y un perfecto acento yiddish al interpretar el papel de Shapiro cantando, esperanzado, las virtudes de Max Tannenbaum, su protegido y segundo personaje:

—¡Para describir las excepcionales cualidades de Max Tannenbaum me veo obligado a usar todo el alfabeto! ¡Voy a decirles cómo es este portentoso ser humano de la A a la Z! —La voz de Nathan era ahora sedosa, llena de astucia. Shapiro sabía que uno de los socios del club, que en aquel momento estaba dando soñolientas cabezadas, pensaba votar contra Tannenbaum. Shapiro confiaba en que este enemigo, un tal Ginsberg, no se despertaría. Nathan-Shapiro dijo—: A, es Admirable. B, es Benefactor. C, es Cautivador. D, es Delicioso. E, es Educado. F, es Fraternal. G, es Generoso. H, es honrado. —Las entonaciones sublimes y amaneradas de Nathan eran impecables, sus reiterativos elogios, hilarantes hasta lo increíble; la garganta me dolía de tanto reír, un velo empañaba mis ojos—. I, es Increíblemente pacífico. —En este punto, Ginsberg se despierta, el índice de Nathan corta con furia el aire, su voz se vuelve sentenciosa, arrogante, insufrible, formidablemente hostil. A través de Nathan, el terrible, el testarudo Ginsberg vocifera—: ¡J, Jajá, ahora verán ustedes! —Pausa majestuosa—. ¡K, es un Kike!* ¡L, es un Lelo! ¡M, es un Memo! ¡N, es un don Nadie! ¡O, es un Obtuso! ¡P, es un Papanatas! ¡Q, es un Quídam! ¡R, es un Rojo! ¡S, es un Simple! ¡T, es un Tonto! U, Uf, ¿quién puede quererlo? V, Vosotros no lo queréis, claro... WX Y... yo tampoco. ¡Zorro! ¡Votaré en contra de él!

Fue una estupenda exhibición de ingenio. La inspirada farsa de Nathan era de una comicidad tan desquiciada, de una necesidad tan sublime que me encontré emulando a mi padre, medio ahogado de risa, sin fuerzas para controlarme, cayéndome de mi grasienta silla hacia un lado al no poder conservar el equilibrio. Noté que los clientes del bar nos miraban con cara de pocos amigos, preguntándose cuál sería la causa de nuestro delirio. Volviendo en mí, miré a Nathan temerosamente admirado. Ser capaz de hacer reír de

* Término despectivo equivalente a «judío». (*N. del t.*)

aquella manera era un don del cielo, una bendición.

Pero si Nathan sólo hubiera sido un payaso, aunque hubiese demostrado la misma fuerza y plenitud en sus exhibiciones, pronto se habría convertido, por supuesto, a pesar de sus estupendas dotes, en un pesado de tomo y lomo. Tenía demasiada sensibilidad para mostrarse como un perpetuo comediante, y eran tantas las cosas por las que se interesaba seriamente que no podía permitir que los ratos que pasábamos juntos se quedaran en una mera payasada, por imaginativa que hubiera sido. También añadiré que siempre observé que era Nathan —quizá, también en este caso, por ser el mayor de los tres, o quizás a causa de la fuerza electrizante que irradiaba su presencia— quien establecía el tono de nuestra conversación, aunque su tacto innato y su sentido de las proporciones le impedían acaparar la escena. Y aun cuando era muy poca la gracia que yo tenía en contar historias o chistes, siempre me escuchaba. Era, supongo, lo que se llama un *polimato*, una de esas personas que saben mucho sobre casi todo; sin embargo, era tanta su afectividad y sensatez, y tan grande su tacto al mostrar sus conocimientos, que nunca sentí ante él ese desafiante resentimiento que se experimenta a veces al escuchar a alguien que exhibe todo su saber con un exceso de locuacidad, y que no suele ser otra cosa que un tonto erudito. La amplitud de sus conocimientos era pasmosa, hasta el punto de que yo debía tener en cuenta a cada momento que estaba hablando con un científico, con un biólogo (yo no dejaba de pensar que era un prodigio como Julian Huxley, cuyos ensayos había leído en la escuela superior), con un hombre que podía hacer un sinfín de citas y alusiones literarias, tanto clásicas como modernas, y que en una hora, justificadamente y sin esfuerzo, creaba una amalgama de Lytton Strachey, *Alicia en el país de las maravillas*, el celibato de Lutero, *El sueño de una noche de verano* y los hábitos de apareamiento de los orangutanes de Sumatra, hasta convertir todo esto en un ramillete de seductoras ideas fácilmente comprensibles que con gracia, pero con estricta armonía, exploraban las relaciones existentes entre el voyeurismo y el exhibicionismo sexuales.

Todas sus exposiciones me parecían muy convincentes. Se mostraba tan brillante respecto a Dreiser como sobre la filosofía del organismo de Whitehead. Y lo mismo cuando se refería al suicidio, tema que parecía preocuparlo un tanto y que tocó más de una vez, aunque de un modo que no podía llamarse morboso. Una de las novelas que más estimaba, decía, era *Madame Bovary*, no sólo por su perfección formal sino también por el modo en que Flaubert había resuelto el motivo del suicidio: la muerte de Emma por autoenvenenamiento le parecía tan hermosa e inevitable que podía considerarse como uno de los símbolos supremos de la condición humana en la literatura occidental. Y una vez, hablando de la reencarnación (sobre la cual dijo que no era tan escéptico como para excluirla rotundamente), se entregó a una de sus extravagantes bromas pretendiendo que en una vida anterior había sido el único monje albigense judío, un fraile llamado Saint Nathan le Bon, que promulgó una sectaria y loca teoría sobre la tendencia obsesiva a la autodestrucción, basada en el razonamiento de que, como la vida es un mal, hay que llegar lo antes posible al fin de la misma.

—Lo único que no había previsto —observó— es que luego vendría a parar a este jodido siglo veinte.

No obstante, a pesar de la ligera inestabilidad que Nathan demostraba con esta preocupación, durante aquellas efervescentes veladas nunca le noté el menor indicio ni de

la depresión y el negro desespero a que había aludido Sophie, ni de aquellos violentos arrebatos cuya furia ella había experimentado tan de cerca. Nathan era hasta tal punto la personificación de cuanto yo consideraba atractivo —y que incluso habría deseado poseer en toda su extensión—, que no podía por menos de sospechar que el lado sombrío de la imaginación polaca de Sophie había forjado las riñas y las zozobras a que aludía alguna vez. Aquello, razonaba yo, debía de formar parte del contenido mental, perfectamente explicable, de todo polaco.

No; lo encontraba demasiado benévolo y solícito para que representara una amenaza como las que ella había mencionado (incluso contando con sus momentos de mal humor). Mi libro, por ejemplo, mi novela en flor. Nunca olvidaré aquella valiosa efusión suya de verdadero afecto. Pese a sus anteriores manifestaciones sobre el hecho de que la literatura sureña estaba pasando de moda, su fraternal preocupación por mi obra había sido constante y alentadora. Cierta mañana, mientras tomábamos el café, me preguntó si podría ver las primeras páginas que había escrito.

—Claro que sí, ¿verdad? —insistió con aquella oscura y ceñuda expresión que tan a menudo daba a su sonrisa la apariencia de un benigno reproche—. Somos amigos, ¿no? No quiero entrometerme en tu trabajo. No haré comentarios, ni siquiera me permitiré la menor sugerencia. Sólo me gustaría ver lo que has hecho.

Me quedé aterrado,,, aterrado por la simple razón de que nadie, absolutamente nadie, había puesto los ojos en mi montón de sobadas hojas amarillas de sucios márgenes, y porque era tan grande mi respeto por la opinión de Nathan que sabía que si mostraba desagrado por el fruto de mis esfuerzos, aunque fuera involuntariamente, su actitud reduciría seriamente mi entusiasmo e incluso mis posibilidades de seguir adelante con éxito. Sin embargo, me arriesgué a ello una noche, rompiendo la noble y romántica resolución que había tomado de no permitir que nadie viese el libro mientras le faltase una sola frase (y aun entonces, sólo el editor Alfred A. Knopf en persona). Le di unas noventa hojas, que él leyó en el Palacio Rosado mientras Sophie y yo lo esperábamos en nuestro rincón del Maple Court, comentando las reminiscencias de su vida infantil en Cracovia. Mi corazón se puso a latir descompasadamente tan pronto como Nathan, después de cerca de hora y media, entró bruscamente en el bar dejando la noche a sus espaldas; inundada la frente de sudor, se dejó caer frente a mí, sobre la silla contigua a la de Sophie. Su mirada era inexpresiva; no reflejaba ninguna emoción. Yo temía lo peor. «¡Cállate! —estuve a punto de pedirle—. ¡Me has dicho que no harías comentarios!» Pero su juicio se cernía en el aire como el inminente estrépito de un trueno.

—Has leído a Faulkner —dijo con lentitud, sin ninguna inflexión en la voz—, has leído a Robert Penn Warren. —Hizo una pausa—. Estoy seguro de que has leído a Thomas Wolfe, e incluso a Carson McCullers. Sí, rompo mi promesa de no criticar nada.

Y yo pensé: «¡Maldita sea! ¡Cómo me has calado! Lo que he escrito no es nada más que un montón de basura de segunda mano». Habría querido hundirme por entre las baldosas de color chocolate con salpicaduras de cromo del Maple Court y desaparecer entre las ratas por las cloacas de Flatbush. Cerré apretadamente los ojos pensando: «Nunca debí enseñar mi obra a ese farsante. Ahora va a soltarme un rollo sobre literatura judía...», y, precisamente en aquel instante, di un brinco al sentir que sus grandes manos me agarraban los hombros y sus labios me ensuciaban la frente con un húmedo beso. Abrí los

ojos de par en par, estupefacto, casi sintiendo el calor de su radiante sonrisa.

—¡Veintidós años! —exclamó—. ¡Y sí, Dios mío, sabes escribir! Claro que has leído esos libros... No habrías podido escribir nada sin leerlos. Pero los has absorbido, chaval, y los has hecho tuyos. Te has expresado con tu propia voz. Son las cien páginas más apasionantes de un escritor desconocido que nadie haya leído jamás. ¡Dame más!

Sophie, contagiada por su entusiasmo, se agarró al brazo de Nathan, resplandeciente su rostro como el de una *madonna*, mirándome como si fuese el autor de *Guerra y paz*. Traté de borrar mi estúpida expresión con un tropel de palabras sin sentido, casi a punto de desmayarme de placer; más feliz, creo —corriendo sólo el riesgo de caer en la hipérbole—, que en cualquier otro momento que entonces recordara de una vida de memorables realizaciones, no totalmente reconocidas, claro. Y el resto de la noche lo dedicó a hablar de mi libro, animándome hasta el entusiasmo, cosa que, desde lo más profundo de mi ser, sabía que estaba necesitando desesperadamente. ¿Cómo podría haber dejado de estar irremisiblemente prendado de aquel amigo, salvador, hechicero y mentor que de tal modo engrandecía mi mente y mi vida? Nathan era tremenda e inevitablemente encantador.

Y llegó el mes de julio, con un tiempo para todos los gustos: días calurosos, después sorprendentemente fríos, días húmedos en que los paseantes del parque iban abrigados con chaquetas y jerséis, y, finalmente, varias mañanas seguidas en que las tempestades gruñían y amenazaban sin llegar a desencadenarse. No me habría disgustado quedarme a vivir para siempre en el Palacio Rosado de Yetta, o durante los meses, e incluso años, que necesitase para escribir mi obra maestra. No era fácil cumplir con mi promesa, dictada por unos pensamientos quizá demasiado elevados. No aceptaba muy complacido mi lamentable estado de soltería (por llamar de algún modo la existencia que llevaba). Pero aparte de esto, encontraba que la rutina establecida en compañía de Sophie y Nathan era una de las situaciones más satisfactorias en que pudiera encontrarse un escritor en ciernes. Animado por la apasionada confianza en mis facultades que Nathan me había demostrado, escribía como un demonio, contando siempre con que, cuando me acometiera el cansancio a causa de mis esfuerzos, casi siempre encontraría a Nathan y a Sophie, juntos o por separado, dispuestos a compartir una confidencia, una preocupación, una broma, un recuerdo, un emparedado, un café, una cerveza, o a Mozart. Remediaba de momento mi soledad, y con mi creatividad desatada no podía ser más dichoso...

No podía ser más dichoso, y lo fui hasta que una mala racha de acontecimientos que turbaron mi bienestar me hicieron percatarme de lo mal que Sophie y Nathan se habían llevado (y se llevaban todavía), cosa que habría podido advertir antes si no hubiese ignorado los evidentes temores y presentimientos de Sophie, ni sus alusiones a la seria desavenencia que existía entre ellos. Luego hubo una revelación todavía más siniestra. Por primera vez desde la noche de mi llegada a la casa de Yetta hacía más de un mes, comencé a ver cómo Nathan rezumaba, casi cual una exudación venenosa visible, su capacidad latente de ira y desorden. Y también empecé a comprender, poco a poco, que el trastorno que lo estaba destrozando tenía un origen doble, quizá proveniente tanto del oscuro y atormentado fondo de su propia naturaleza como de la omnipresente realidad del pasado inmediato de Sophie, con su humeante secuela —tal vez procedente de las mismas

chimeneas de Auschwitz— de angustia, autoengaño y, sobre todo, culpa...

Una tarde, alrededor de las siete, me hallaba sentado a nuestra mesa habitual del Maple Court, bebiendo una cerveza y leyendo el *New York Post*. Esperaba a Sophie —que llegaría de un momento a otro después de su jornada en el consultorio del doctor Blackstock— y a Nathan, quien me había dicho aquella mañana, después del café, que se uniría a nosotros hacia las siete, tras dejar lo que preveía como una jornada especialmente larga y dura en el laboratorio. Me sentía un poco rígido y afectado porque llevaba corbata y camisa limpia y, además, mi único traje, que no me había vuelto a poner desde la noche de mi desastre con la «princesa» de la calle Pierrepoint. Me había contrariado descubrir una mancha de lápiz de labios, de un bermellón débil pero todavía llamativo, en el borde interior de la solapa, aunque con mucha saliva conseguí hacer desaparecer la comprometedor señal casi por completo o, por lo menos, lo suficiente para que mi padre no la advirtiera. Si me había vestido de aquella manera era porque debía ir a recoger a mi padre a la estación de Pensilvania, a la que llegaría, procedente de Virginia, en un tren de última hora de la tarde. Una semana antes había recibido una carta suya en la que me anunciaba una breve visita. Su motivo era bondadoso y nada complicado: decía que me echaba de menos y que, no habiéndome visto desde hacía tanto tiempo (nueve meses o más, según mis cálculos), quería renovar personalmente nuestro mutuo cariño y predilección. Era el mes de julio, estaba de vacaciones, y pensó que lo mejor que podía hacer era venir a verme. Había en su gesto algo tan inquebrantablemente sureño, tan anticuado, que casi era paleontológico, pero aun así me enterneció el corazón, incluso más allá de mi sincero afecto por él.

También sabía la inversión de capital emocional que hacía mi padre al aventurarse en la gran ciudad, lugar que detestaba sobremanera. La poca gracia que le hacía Nueva York no era el odio primitivo, terriblemente solipsista, que yo había tenido ocasión de observar en el padre de un amigo mío de la escuela superior, natural de una de las zonas más húmedas y palúdicas de Carolina del Sur: la negativa de este hombre del campo a visitar Nueva York se basaba en una apocalíptica y obsesiva fantasía en cuya escena central se veía a sí mismo sentado en una cafetería de Times Square junto a un enorme y maloliente negro instalado en una silla casi pegada a la suya que no cesaba de rozarlo con un cuerpo rebosante por todas partes (sin que importara que se moviera con brusquedad o que se comportara cortésmente, pues el hecho capital era la proximidad), lo que le obligaba a cometer una compulsiva brutalidad: cogía una botella de Heinz Ketchup y golpeaba fuertemente con ella la cabeza del bastardo, pollo que era condenado a cinco años en Sing Sing. La aversión a la ciudad por parte de mi padre no era tan bestial, aunque bastante intensa. Ninguna invención monstruosa, ninguna filantrópica idea racista movía la imaginación de mi padre: un hombre amante de la libertad para todos y un demócrata jacksoniano. Detestaba Nueva York sólo por lo que él llamaba su «barbarie»: su falta de cortesía, su total bancarrota en el estimable campo del buen comportamiento público. El tono desconsiderado y regañón del guardia de tráfico, el estridente insulto de las bocinas, las voces innecesariamente altas de los habitantes de Manhattan descomponían sus nervios, acidificaban su duodeno y minaban su compostura y su buena voluntad. Yo tenía muchas ganas de verlo, y me conmovía enormemente que hiciera aquel largo viaje al Norte y que se dispusiera a soportar el bullicio y el estrépito de la metrópoli, con sus

bntales y turbulentas olas humanas, con el solo objeto de visitar a su único retoño.

Esperaba a Sophie con cierta inquietud. Entonces mis ojos se detuvieron en algo que captó por completo mi atención. En la tercera página del *Post* había aquella tarde un artículo, acompañado de una fotografía poco halagadora, sobre el senador Theodore Gilmore Bilbo, racista y demagogo de Misisipi. Según allí se contaba, Bilbo —cuyo rostro y manifestaciones saturaron los medios de información durante los años de la guerra y los inmediatamente posteriores— había sido ingresado en la clínica Ochsner de Nueva Orleans para ser sometido a una operación de cáncer de boca. Del artículo en cuestión se podía inferir, entre otras cosas, que a Bilbo le quedaba muy poco tiempo de vida. En la fotografía ya parecía un cadáver. Había en ello una gran ironía, por supuesto. «El hombre» que se ganó el desprecio de la gente «de derechas» en todas partes, incluso en el Sur, por emplear públicamente —y sin miramientos ni rodeos— palabras despectivas para los negros como *nigger*, *coon* y *jigaboo*, había contraído el cáncer en aquella parte tan simbólica de su anatomía. El pequeño tirano de los bosques de pinos que había llamado «italianote» al alcalde La Guardia de Nueva York, que se había dirigido a un miembro judío del Congreso como «Querido *Kike*» (término no menos despreciativo para un hebreo), tenía un carcinoma tan avanzado que pronto inmovilizaría su mandíbula y silenciaría su mala lengua. Era demasiado, claro, pero el *Post* destacaba la ironía con la delicadeza de un camión de veinte toneladas. De todos modos, después de leer el artículo di un largo suspiro, sintiéndome terriblemente contento de que el viejo diablo estuviera a punto de desaparecer. Podía decirse que Bilbo era, de todos los que tan cochinemente habían empañado la imagen del moderno Sur, su principal lenguaraz; no era en realidad el tipo representativo de los políticos sureños, pero a causa de sus chismorreos y de la importancia que se daba a sí mismo, representaba para los crédulos, e incluso para algunos no tan crédulos, la imagen arquetípica del terrateniente sureño que ensuciaba el nombre de cuanto hubiera de bueno y decente —e incluso de ejemplar— en el Sur, con la misma seguridad y la misma perversidad que los anónimos subantropoides que habían asesinado recientemente a Bobby Weed. Por lo tanto, le dije a Bilbo, de pensamiento: «Me alegro de verte partir para siempre, viejo y malicioso pecador».

Sin embargo, cuando ya más sereno reflexioné con mayor sensatez sobre la suerte de aquel hombre, me asaltó otro sentimiento: supongo que habría podido llamarlo pena (una pena poco profunda, pero pena al fin). «Qué manera más horrible de morir... —pensé—. Esa clase de cáncer tiene que ser espantosa... Con todas aquellas células monstruosamente metastatizantes tan cerca del cerebro..., invadiendo, como repugnantes gorgojos microscópicos, las mejillas, los senos nasales, las cuencas de los ojos, la mandíbula..., llenando la boca con su fulminante virulencia, hasta que la lengua se pudra y se deforme, ya muda para siempre...» Me estremecí. Pero no era simplemente el terrible golpe que el senador había sufrido lo que me causaba aquella vaga y extraña angustia. Era algo más, algo abstracto y remoto, intangible y no obstante preocupante para mi espíritu. Yo sabía algo sobre Bilbo..., algo más de lo que sabía el ciudadano corriente de Norteamérica con un interés marginal por la política, y sin duda algo más que los redactores del *Post*. Aquel conocimiento mío no era, muy profundo, naturalmente, pero aun en mi superficial comprensión sabía que se me habían revelado algunas facetas del carácter de Bilbo que daban la pujanza de la carne y la pestilencia del verdadero sudor a la chata imagen que de

él solía aparecer en la prensa diaria. Lo que yo sabía de Bilbo no constituía ningún atenuante para él —seguiría siendo un truhán de primera clase hasta que el tumor lo ahogara o hasta que su excrescencia rebasara el umbral de su cerebro—, pero me había permitido percibir al menos, más allá del prototipo de cartón piedra del villano del Sur, al hombre de carne y hueso.

En la escuela superior —donde, aparte de la «creación literaria», mi única preocupación seriamente académica fue el estudio de la historia del Sur de los Estados Unidos—, escribí un largo ensayo sobre aquel extraño y abortado movimiento conocido por populismo, prestando especial atención a los demagogos y a los soliviantadores del populacho que tan a menudo ejemplificaron su peor lado. Recuerdo que mi trabajo, fruto de muchos esfuerzos y reflexiones, resultó verdaderamente original para un muchacho de poco más de veinte años, por lo que me valió una brillante «A» en unos tiempos que esta nota máxima era difícil de obtener. Basándome —y no poco— en el magnífico estudio de C. van Woodward sobre Tom Watson de Georgia, y concentrándome en otros atormentados héroes populares como «Pitchfork Ben» Tillman, James K. Vardaman, «Cotton Ed» Smith y Huey Long, demostré que el idealismo democrático y la preocupación honesta por el hombre corriente fueron virtudes comunes a aquellos hombres, por lo menos al principio de su carrera, junto con una oposición concomitante y estentórea al capitalismo monopolista, a los peces gordos de la industria y los negocios y al gran capital. Extrapolé entonces de esta proposición un argumento demostrativo de cómo aquellos hombres, básicamente honrados e incluso visionarios al principio, acababan por renunciar a sus propósitos a causa de su fatal debilidad frente a la tragedia racial sureña. Cada uno de ellos, en mayor o menor grado, se vio finalmente obligado a sacar partido del antiguo miedo y odio a los negros de los granjeros sureños pobres para agrandar lo que ya había degenerado en ruines ambiciones y ansias de poder.

Aunque no me extendía mucho sobre Bilbo, mi pequeña investigación me permitió saber (con sorpresa por mi parte, dada la imagen verdaderamente despreciable que proyectaba en los años cuarenta) que también él encajó en cierto momento en ese molde tan clásicamente paradójico. Bilbo, de modo muy parecido a los demás, comenzó guiándose sólo por principios elevados y, al igual que los otros, mientras estuvo al servicio público —según descubrí— aportó reformas y contribuciones sin duda ventajosas para el bien común. Puede que todo ello no fuese mucho, en comparación con sus nauseabundas declaraciones, que habrían producido escrúpulos al más empedernido reaccionario de Virginia, pero sí era algo. También me había parecido uno de los más despreciables partidarios del odioso dogma nacido más abajo de la frontera Dixon-Mason* —pensaba yo mientras contemplaba aquella desagradable figura cubierta con un holgado traje estilo Palm Beach, aquel hombre cuyo cuerpo yo consideraba ya en manos de la muerte, sorprendido por el fotógrafo mientras, tras pasar junto a una palmera, entraba cabizbajo en una clínica de Nueva Orleans—, y una de sus principales y más desgraciadas víctimas. Así pues, sólo un ligerísimo suspiro de pena acompañó la despedida que le murmuré. De pronto, reflexionando sobre el Sur, pensando en Bilbo y después de nuevo en Bobby Weed,

* Frontera Dixon-Mason: antigua línea de demarcación entre Pensilvania y Maryland considerada como frontera entre los estados esclavistas (los del Sur) y los del Norte de los Estados Unidos, a la que se dio el nombre de los dos agrimensores británicos que la trazaron. (*N. del t.*)

fui presa de un instante de aguda desesperación. «¿Hasta cuándo, Señor?», imploré a las mugrientas e inmóviles arañas que pendían del techo.

En aquel momento vi a Sophie: empujaba la empañada puerta de la entrada principal del bar, donde un oblicuo rayo de luz dorada daba exactamente, con el ángulo apropiado, en la bella y brusca curva de sus pómulos bajo sus ojos ovalados, en los que se notaba una leve sombra de ensoñamiento asiático, así como en el resto de su cara, sobre todo en su nariz fina, larga y ligeramente respingona («una *schnoz* polaca», según la llamaba Nathan) que terminaba en una pequeña y graciosa bolita. Había momentos en que, mediante un gesto espontáneo como éste —abrir una puerta, cepillarse el pelo o echar pan a los cisnes del Prospect Park (cosas que tenían que ver con el movimiento, la actitud, la inclinación de la cabeza, el levantar los brazos o la oscilación de las caderas)—, creaba una imagen de belleza realmente pasmosa. Al inclinarse, levantarse o menearse, Sophie evidenciaba una exquisita e inimitable particularidad que indudablemente lo dejaba a uno sin resuello. Quiero decir que esto me sucedió a mí literalmente, pues, en perfecta sincronía con el sorprendente efecto que ella produjo en mis ojos al verla en la entrada del bar —parpadeante ante la súbita oscuridad, empapado todavía de oro vespertino su pajizo pelo—, oí que mi boca dejaba escapar, no con mucha frecuencia, pero de modo perfectamente audible, algo muy parecido a medio hipido. Por lo visto, seguía insensatamente enamorado de ella.

—Stingo, qué bien vestido vas, ¿adónde tienes que ir?, estás muy guapo con tu *cocksucker*...* —dijo de un tirón, ruborizándose y corrigiendo la última palabra pronunciada ahogando una deliciosa risa mientras yo también acuñaba mentalmente la palabra *seersucker*, se sentó a mi lado y escondió la cara contra mi hombro—. *Quelle horreur!*

—Se te nota el tiempo que llevas con Nathan —le dije, uniéndome a su risa.

En efecto, el léxico sexual de Sophie procedía por entero de él. Me había dado cuenta de ello a partir del momento en que un día, hablándome del puritanismo de los padres de familia de Cracovia (cuya conciencia no quedó tranquila hasta que consiguieron que pusiera una hoja de higuera en cierta parte de una reproducción del *David* de Miguel Ángel) dijo que querían cubrir su *schlong*.

—Las palabras sucias suenan mejor en inglés o en yiddish que en polaco —dijo Sophie, una vez recuperada de su acceso de risa—, ¿Sabes cuál es la palabra equivalente a follar, en polaco? Es *pierdolic*. Creo que no tiene la misma calidad que la respectiva palabra inglesa: *fuck* me gusta mucho más.

—A mí también me gusta más *fuck*.

El giro de la conversación me aturrullaba un poco, pero también me excitaba (otra cosa que Sophie había absorbido de Nathan era un inocente candor al que aún no había podido acostumbrarme), por lo que procuré cambiar de tema. Yo fingía indiferencia, pero lo cierto era que su presencia me electrizaba hasta lo más profundo del estómago; me enardecía de un modo que el perfume que ahora llevaba hacía aún más perturbador: la misma fragancia vegetal, nada sutil, húmedamente arcillosa y provocativa que había estimulado mis ansias libidinosas el primer día que salimos los tres juntos para ir a Coney

* Juego de palabras fácilmente comprensible si se considera que en inglés *cocksucker* equivale al término vulgar español «chunapollas» y que *seersucker* es la denominación que se da en inglés a la «tela de algodón con listas acresponadas», de la que está hecho el traje de Stingo. (*N. del t.*)

Island. Ahora el perfume parecía emanar de entre sus pechos, que con gran sorpresa por mi parte se exhibían más generosamente que de costumbre, apetitosamente enmarcados por una blusa de seda de bajo escote. Era una blusa nueva, estaba seguro, y no precisamente del estilo que ella prefería. Desde que la conocí —y hacía ya varias semanas de ello— se había mostrado siempre exasperantemente conservadora y decorosa en el vestir (aparte de sus gustos por los disfraces, que compartía con Nathan y que era otra cuestión), y llevaba ropas sin duda pensadas para no atraer los ojos sobre su cuerpo, en especial sobre la parte superior del torso; era demasiado púdica, incluso para un tiempo cuya moda despreciaba olímpicamente la figura femenina y la dejaba fuera de combate. Yo siempre había visto su busto suelto bajo la seda o el cachemir, o cubierto por el nailon de un traje de baño, pero nunca de manera clara u ostentosa. Sólo me quedaba el recurso de teorizar sobre la posibilidad de que ello se debiera a alguna prolongación psíquica de la mojigatería con que debió enfundarse en la rígida comunidad católica de la Cracovia de la preguerra, hábito que le resultaría difícil de abandonar. También, y en menor grado, creo que era muy probable que no quisiera exponer al mundo las señales que hubieran dejado en su cuerpo las privaciones del pasado. Su dentadura, a veces, se le desencajaba. Su cuello tenía aún algunas pequeñas arrugas impropias de su edad, y la carne flojeaba en la parte posterior de sus brazos.

Pero por entonces la campaña para recobrar su salud y su tersura llevada a cabo por Nathan había comenzado a dar fruto; por lo menos, parecía que ella así comenzaba a creerlo, porque había liberado sus medios globos —muy bonitos, por cierto, y ligeramente pecosos— cuanto había podido sin tener que dejar de ser una dama, y yo los contemplaba con enorme interés apreciativo. Las tetas, pensé, eran el gran atractivo de los norteamericanos. A mí me hicieron desviar ligeramente el foco de mis sueños eróticos centrados sobre todo en su trasero de pera tan armoniosamente proporcionado, tan dolorosamente deseable. No tardé en descubrir que se había vestido con aquellas ropas de vampiresa porque aquella noche iba a ser muy especial para Nathan. Había anunciado a Sophie que nos revelaría, a ella y a mí, algo maravilloso respecto a su trabajo. Iba a ser, dijo Sophie repitiendo las palabras de Nathan, «una noticia bomba».

—¿Qué quieres decir? —pregunté.

—Su trabajo —contestó—, sus investigaciones. Me ha dicho que nos hablaría de su descubrimiento. Por fin conseguirá lo que Nathan llama gran descubrimiento.

—¡Estupendo! —dije, verdaderamente entusiasmado—. ¿Te refieres a esa cosa sobre la que se mostraba tan... misterioso? Vamos, que por fin se ha salido con la suya. Eso es lo que quieres decir, ¿verdad?

—¡Eso es lo que me ha dicho, Stingo! —Sus ojos brillaban—. Esta noche nos lo explicará.

—Dios mío, es tremendo —dije, sintiendo un pequeño pero vivo estremecimiento interior.

En realidad era muy poco lo que yo sabía sobre el trabajo de Nathan. Aunque me había dado muchos detalles generalmente impenetrables de la naturaleza técnica de sus investigaciones (enzimas, transferencia iónica, membranas permeables, etcétera, y también el feto de aquel pobre conejillo), nunca me reveló —ni yo, por discreción, se lo pregunté— nada referente al objetivo final, a la meta justificativa de aquella empresa biológica tan

compleja y, sin duda alguna, tan profundamente desafiante. Asimismo sabía, por lo que Sophie me había confiado, que la había mantenido totalmente al margen de su proyecto. Mi más reciente conjetura —exagerada hasta para un ignorante como yo (precisamente por entonces comenzaba a echar de menos las plácidas horas *fin de siècle* de mis tiempos de la escuela superior, con su total inmersión en la poesía metafísica y la literatura de calidad, su indolente desdén por la política y el primitivo y sucio mundo, su cotidiano homenaje a la *Kenyon Review*, a la Nueva Crítica y al ectoplásmico señor Eliot)— era que estaba creando vida, obtenida totalmente en una probeta. Quizá Nathan estaba creando una nueva raza de *Homo sapiens*, de hombres más delicados, más bellos, más justos y más listos que los endemoniados seres que debía soportar nuestra época. Incluso me imaginaba un pequeño Superman embrionario logrado por Nathan en la Pfizer, un homúnculo de tres centímetros, con su mandíbula cuadrada, su capa y su «S» emblazonada sobre el pecho, a punto de saltar a su sitio en las páginas en color de *Life* como otro milagroso artefacto de nuestros días. Pero todo eso no eran más que fantasías sin fundamento, y lo cierto era que me hallaba completamente a oscuras. La repentina noticia de Sophie sobre nuestra próxima iluminación fue para mí una verdadera sacudida eléctrica. Lo único que quería en aquel momento era saber más sobre el asunto.

—Me telefoneó esta mañana al sitio donde trabajo —explicó Sophie—, al consultorio del doctor Blackstock, y me dijo que comiéramos juntos al mediodía. Quería explicarme algo. Por su voz, parecía entusiasmado. Trabajamos tan lejos el uno del otro... Además, Nathan suele decir que nos vemos tanto que almorzar juntos es quizás un poco... *de trop*. Pues bien, aun creyendo que es demasiado, como él dice, me llamó esta mañana e insistió en su deseo. Así que nos encontramos en ese restaurante italiano que hay cerca de Lafayette Square, donde estuvimos el año pasado poco después de conocernos. ¡Si supieras lo entusiasmado que estaba! Parecía muy agitado. Y, mientras comíamos, ha empezado a contarme lo que había pasado. Fíjate bien, Stingo. Me ha dicho que esta mañana él y su equipo, su equipo de investigación, ¿sabes?, han conseguido de pronto el gran descubrimiento que esperaban... o, al menos, están a punto de hacerlo. Si lo hubieras visto... ¡No podía comer de tanta alegría! Y, ¿sabes, Stingo?, mientras comíamos y él me contaba todo aquello, yo no paraba de recordar que fue en aquella misma mesa donde un año antes me habló de su trabajo. En aquella ocasión me dijo que lo que estaba haciendo era un secreto. Que no podía revelar a nadie de qué se trataba; ni a mí. Pero recuerdo esto: recuerdo que me dijo que si el proyecto tenía éxito sería uno de los mayores adelantos médicos de todos los tiempos. Éstas fueron exactamente sus palabras, Stingo. Dijo que no se trataba sólo de su trabajo, que había otros colaboradores, pero que estaba muy orgulloso de su contribución. Y luego volvió a decir: «¡Uno de los mayores adelantos médicos de todos los tiempos!». Incluso comentó que le darían el premio Nobel.

Hizo una pausa, y observé que también ella se había contagiado de aquel entusiasmo: lo decía bien a las claras la rubicundez de su rostro.

—Sophie —dije—, esto es fantástico. ¿Qué crees que es? ¿Te ha insinuado algo?

—No, me ha dicho que tendría que esperar hasta la noche. No, podía revelarme el secreto hasta ese momento final. Es esa reserva que hay en las compañías que fabrican drogas y medicamentos, como la

Pfizer, lo que hace a veces tan misterioso a Nathan. Pero yo lo comprendo.

—¿Crees que pueden tener tanta importancia unas horas de más o de menos? —dije. Sentía una impaciencia insoportable.

—Él ha dicho que sí, que la tienen. De todos modos, Stingo, sabremos muy pronto de qué se trata. Es increíble. ¿No te parece formidable? —dijo estrujándome la mano hasta que los dedos se me entumecieron.

«Es el cáncer —estuve pensando durante el pequeño soliloquio de Sophie. Había comenzado a rebosar de orgullo y satisfacción, a sentirme partícipe del entusiasmo que ella demostraba—. Es la curación del cáncer —me decía—; ese increíble monstruo, ese genio científico al que tengo el privilegio de poder llamar amigo, ha descubierto una cura para el cáncer. —Por señas, dije al camarero que trajera más cerveza—. ¡Una puñetera cura para el cáncer!»

Pero en aquel instante me pareció que el estado de ánimo de Sophie había experimentado un cambio sutilmente perturbador. Su entusiasmo y su alegría cedieron un poco, y una nota de preocupación —de aprensión— apareció en su voz. Era como si estuviera añadiendo un pensamiento tardío, ingrato y triste, a una carta en la que hubiese mostrado la máxima alegría posible —aunque ficticia— ante la necesidad de terminarla con una posdata desagradable. (P. D. Quiero divorciarme.)

—Entonces —prosiguió Sophie— hemos salido del restaurante, pues ha dicho que antes de volver al trabajo quería comprarme algo para celebrar su éxito, su descubrimiento. Algo elegante y sexy. Así pues, hemos ido a aquella tienda tan bonita, en la que ya habíamos estado antes, y me ha comprado esta blusa y esta falda. Y estos zapatos. Y varios sombreros, y bolsos. ¿Te gusta esta blusa?

—Despampanante —dije, convencido de mi admiración.

—Es muy... atrevida, me parece. Pero lo que quería decirte, Stingo, es que mientras estábamos en la tienda, cuando ya había pagado las compras y estábamos a punto de marcharnos, vi algo extraño en Nathan. Se lo he notado otras veces, aunque no muy a menudo, pero siempre me asusta un poco. De pronto dijo que tenía dolor de cabeza, aquí detrás, en el cogote. También se puso muy pálido y sudoroso..., agitado, ¿sabes? Me dio la impresión de que todo aquel entusiasmo y nerviosismo era demasiado para él y de que se sentía mal como resultado de tanta agitación. Le dije que debía volver a casa, volver a su habitación de la casa de Yetta y acostarse, tomarse la tarde para descansar, pero no, repuso que tenía que volver al laboratorio pues quedaba mucho por hacer. Decía que el dolor de cabeza era terrible. Yo sólo quería que volviera a casa y descansara, pero él repetía que tenía que regresar a la Pfizer. Así que se tomó tres aspirinas de las que le ofrecía la señora de la tienda, con lo que pronto se calmó, y desapareció aquella agitación. Se quedó tranquilo, incluso *mélancolique*. Y entonces, se despidió de mí con un beso muy suave y me dijo que esperaba verme por la noche, aquí..., contigo, Stingo. Quiere que vayamos los tres al restaurante Lundy's para celebrarlo con una cena de pescado y mariscos. Para celebrar su obtención del premio Nobel de 1947.

Tuve que decirle que no. Me consternaba tener que pensar que a causa de la visita de mi padre no podría asistir a la juerga conmemorativa. ¡Vaya contratiempo! El augurio de tan fabulosa noticia era tan inquietante, me había puesto de tal modo sobre ascuas, que no podía creer que estaría ausente cuando fuese revelada.

—No puedes imaginarte cuánto lo siento, Sophie —dije—, pero he de ir a recoger a

mi padre a la estación de Pensilvania. Aun así, pienso que tal vez Nathan pueda decirme, por lo menos, en qué consiste el descubrimiento. Cuando mi padre se haya ido, podremos salir a celebrarlo cualquier otra noche.

Sophie no parecía escucharme con demasiada atención, pues oí que seguía hablando con una voz que me pareció más débil y llena de presentimientos:

—Espero que, cuando venga, esté mejor. A veces, cuando se entusiasma de ese modo y se siente muy dichoso... le dan estas terribles jaquecas y suda tanto que empapa las ropas como si lo hubiese sorprendido la lluvia. Entonces se acaba la felicidad. Claro, Stingo, que no le sucede siempre que se alegra por algo... pero ¡a veces la alegría lo hace tan... extraño! Se pone tan agitado, *tellement agité*, lo ves tan feliz y entusiasmado que parece un avión que suba y suba y que, al llegar a la estratosfera, donde el aire es tan fino..., tenue, no pueda seguir volando por falta de apoyo y no tenga otro remedio que dejarse caer hacia abajo. ¡Quiero decir «abajo», hasta el fondo, Stingo! ¡Ojalá se haya recuperado por completo!

—Claro que sí, ya estará estupendamente —le aseguré, algo inquieto—. Quienquiera que debiese (y pudiese) contarnos lo que va a decirnos Nathan tendría derecho a mostrarse un poco especial, ¿no te parece?

Aun cuando no podía saber en qué consistían los profundos temores que con toda evidencia la atormentaban, confieso que sus palabras me intranquilizaron. De todos modos, procuré apartarlas de mi mente. Sólo quería que Nathan llegara con la noticia de su triunfo y con la explicación de su insoportable y exasperante misterio.

La gramola automática se puso a tocar estruendosamente cuando alguien echó unas monedas. El bar comenzaba a llenarse con sus grises clientes de siempre: muchos de ellos gente de media edad con predominancia masculina, personas de cara descolorida aun en pleno verano, gentiles nordeuropeos de flácida barriga y de mesurada sed que cuidaban del funcionamiento de los ascensores y de las instalaciones sanitarias de los «pueblos» judíos de diez pisos que se extendían, bloque tras bloque de pajizo ladrillo, en la zona de detrás del parque. Aparte de Sophie, eran pocas las mujeres que se aventuraban a entrar en aquel local. Nunca vi allí ni una buscona (la convencionalidad del barrio y el cansancio y la flojedad de la clientela excluían incluso la idea de tal deporte). En cambio, aquella especialísima tarde había dos monjas; sonrientes, se nos acercaron con una especie de tintineante cáliz de hojalata y murmuraron una súplica de caridad en nombre de las Hermanas de San José. Su inglés era un disparatado chapurreo. Parecían italianas y eran feísimas, especialmente una de ellas, que tenía en la comisura de la boca un lobanillo del mismo color, forma y tamaño que aquellas cucarachas del University Residence Club, con el aditamento de unos pelos que crecían en ella como barbas de maíz. Aunque desvié la mirada, no me quedó otro remedio que rebuscar en mi bolsillo, de donde saqué dos monedas de diez centavos; Sophie, sin embargo, enfrentándose con la repiqueteante copa profirió un «¡No!» con tal vehemencia que las monjas se echaron atrás con un gruñido simultáneo y se esfumaron. Yo me volví hacia ella, sorprendido.

—Dos monjas: mala suerte —dijo malhumorada, y luego, tras una pausa, añadió—: ¡Las odio! ¿Has visto qué aspecto más horrible?

—Creía que habías sido criada como una dulce muchacha católica —dije con tono cariñosamente burlón.

—Lo fui —contestó—, pero ya hace mucho tiempo. De todos modos, detestaría a las monjas aunque me importara la religión. ¡Tontas y estúpidas vírgenes! ¡Y con ese horrible aspecto! —La recorrió un escalofrío, meneó la cabeza—. ¡Horrorosas! ¡Cómo aborrezco esa estúpida religión!

—Pues lo encuentro extraño, ¿sabes, Sophie? —la interrumpí—. Recuerdo que, sólo hace unas semanas, me estuviste hablando de tu devota niñez, de tu fe y todo eso. ¿Cómo es posible que...?

Pero volvió a menear la cabeza con un vivo movimiento de negación y posó sus finos dedos sobre el dorso de mi mano:

—No insistas, Stingo; esas monjas me huelen tanto a *pourri*... a podrido... Tengo la sensación de que huelen mal. Esas monjas tan rateras... —dudó, pareciendo perpleja.

—Creo que quieres decir rastreras —la corregí.

—Sí, rastreras, que se arrastran ante un Dios que tiene que ser un monstruo, Stingo, si es que existe. ¡Un monstruo! —Hizo una pausa—. No quiero hablar de religión. La odio. Es para los *analphabetes*, ¿sabes?, para los imbéciles. —Dio una mirada a su reloj de pulsera y me hizo notar que eran más de las siete. Su voz denotaba ansiedad—. Ay, espero que Nathan esté bien.

—No te preocupes, está estupendamente, ya verás —reiteré con mi voz más tranquilizadora—. Debes tener en cuenta, Sophie, que Nathan ha estado bajo una tremenda tensión con esta investigación, sobre todo en esta fase final, se trate de lo que se trate. No es de extrañar que el esfuerzo lo haya hecho comportarse de una manera, bueno..., irregular. ¿Comprendes lo que quiero decir? No te inquietes por él. También yo tendría dolor de cabeza si hubiera tenido que soportar esa sobrecarga de trabajo, especialmente en los momentos finales de un descubrimiento tan importante. —Hice una pausa. Me sentí impelido a repetir—: Se trate de lo que se trate. —Y le di unos golpecitos en la mano—. Y ahora relájate, te lo ruego. Llegará de un momento a otro, estoy seguro.

En este punto, volví a referirme a mi padre y a su llegada a Nueva York (mencionando cariñosamente el aprecio que me tenía y el apoyo moral que me había prestado, aunque sin aludir al esclavo Artiste y al papel que había jugado en mi destino, pues dudaba de que Sophie tuviera suficiente conocimiento de la historia norteamericana como para poder comprender, al menos por entonces, la compleja deuda que yo tenía con el muchacho negro), y luego pasé a hablarle, en términos generales, de la suerte que tenían los jóvenes —relativamente pocos— que, como yo, podían contar con padres tolerantes, abnegados y con una fe ciega en un hijo lo bastante temerario como para intentar arrancar unas cuantas hojas de la rama de laurel del arte. Me estaba achismando un poco.

—Los padres con esta amplitud de miras y un espíritu tan generoso andan muy escasos —afirmé sentimentalmente, comenzando a sentir el hormigueo de la cerveza en los labios.

—¡Qué suerte tienes de que tu padre siga con vida! —dijo Sophie con voz distante—. ¡Si supieras cómo echo de menos al mío!

Me sentí un poco avergonzado —no, avergonzado, no; más bien inoportuno— al pensar de pronto en lo que algunas semanas antes me había contado sobre su padre, sobre la suerte que había corrido al ser detenido junto con los demás profesores, sobre el trato que recibieron —peor que si fueran cerdos— al llevárselos en aquellos sofocantes

camiones, sobre las metralletas de los alemanes, sobre Sachsenhausen y sobre su fusilamiento en las heladas nieves de Alemania. «Dios mío... -pensé—. ¡No son pocos los sufrimientos que nos hemos ahorrado los norteamericanos en nuestra época!» Sí, cumplimos valientemente con nuestro deber de guerreros, pero ¡qué reducida fue la cantidad de padres, hijos y abuelos que perdimos en comparación con el martirio de aquel enorme número de europeos! Nuestro empacho de buena suerte estuvo a punto de ahogarnos.

—Ahora —prosiguió— hace mucho tiempo que no lo añoro como antes, pero todavía lo echo de menos. Era tan buen hombre... y la cosa es aún más terrible si piensas, Stingo, en esa mala gente de todas las nacionalidades: polacos, alemanes, rusos, franceses... Toda esa mala gente que se escapó, gente que se dedicó a matar judíos y que hoy sigue viviendo tan tranquila. En la misma Alemania.

Y en algunos países de Sudamérica. ¡Y mi padre, aquel buen hombre, tuvo que morir! ¿No basta eso para hacerte perder la fe en este Dios? ¿Quién puede creer en un Dios que te vuelve las espaldas de esa manera?

Este arranque se produjo tan inesperadamente que me sorprendió, sus dedos aún temblaban ligeramente, pero pronto se calmó. Y de nuevo —como si hubiera olvidado que ya me lo había contado, o tal vez porque encontraba cierto consuelo, aunque triste, en repetirlo— bosqueja el retrato que ella se imaginaba de su padre cuando en Lublin, muchos años antes, salvó a muchos judíos de un pogromo con peligro de su vida.

—¿Cómo decís *l'ironie* en vuestra lengua?

—¿Ironía? —dije.

—Sí, es una ironía que un hombre como aquél, un hombre como mi padre, arriesgara la vida por los judíos y pagase su gesto con la muerte, y que tantísimos asesinos de judíos sigan viviendo en este momento.

—Yo diría, Sophie, que no es tanto una ironía como la manera en que suelen suceder las cosas en este mundo —concluí algo sentenciosamente, pero con seriedad, dándome entonces cuenta de que buena parte de la vaga inquietud que sentía se debía a la necesidad de vaciar mi vejiga.

Me levanté y me dirigí, oscilando ligeramente, hacia los lavabos de hombres, sintiendo bajo la superficie de mi piel los ardientes efectos de la Rheingold, la enardecedora pero astringente cerveza de barril que servían en el Maple Court. Tuve una grata sensación al encontrarme en los urinarios, donde, ligeramente inclinado hacia adelante, pude contemplar mi claro y salpicante chorro mientras Guy Lombardo, o Sammy Kaye, o Shep Field, o cualquier otra pegajosa e inocua orquesta, retumbaba con un estruendo amortiguado por las paredes que me separaban de la gran sala del bar. Era maravilloso tener veintidós años y estar un poco bebido, sabiendo que todo iba bien en mi mesa de trabajo, estremeciéndome de felicidad al sentirme poseído por mi propio ardor creativo y tener conciencia de esa «gran certidumbre» que Thomas Wolfe siempre ensalzaba: la certidumbre de que la fuente que manaba de mi juventud nunca se secaría, y de que las angustias sufridas en el crisol del arte encontrarían su recompensa en una fama imperecedera, en la gloria y en el amor de hermosas mujeres.

Mientras tan dichosamente orinaba, tenía ante mis ojos los omnipresentes dibujos e inscripciones murales de los homosexuales (debidos, Dios lo sabía, no a los clientes del

Maple Court, sino a un tráfico cuyos miembros dejaban sus mensajes en las paredes de cualquier lugar —por inverosímil que pareciese para sus fines— donde se desenvainaran atributos masculinos) y, complacido, contemplé una vez más la caricatura de la pared, manchada por el humo y la humedad, pero aún con toda su picardía: compañera, por su estilo, del mural de la gran sala, era una obra maestra de la inocente obscenidad de los años treinta; en ella se veía al Ratón Mickey y al Pato Donald en posturas de mirones, espionando, a través de los intersticios del seto de un jardín, a la pequeña Betty Boop, que, mostrando toda la encantadora voluptuosidad de sus muslos y pantorrillas, se agachaba para hacer pipí. De súbito, algo me alarmó con la fuerza y rapidez de un puyazo; noté una horrible presencia impropia de aquel lugar, un aleteo de negros buitres que me inquietó en gran manera..., hasta que advertí que las dos monjas mendicantes se habían equivocado de lavabo. Desaparecieron con la velocidad del rayo, graznando en italiano. Supuse que, al menos, habían tenido ocasión de dar un vistazo a mi *schlong*. ¿Era aquella inoportuna entrada, que se sumaba al mal augurio que Sophie había visto poco antes en la aparición de las monjas, el presagio del desdichado contratiempo que nos reservaba el próximo cuarto de hora?

Oí la voz de Nathan, por encima del susurrante ritmo de Shep Field, tan pronto como comencé a acercarme a la mesa. Era una voz no tan alta como increíblemente firme, que hendía la música como una sierra de cortar metales. No obstante, el tono reflejaba su alteración. Ello me indujo momentáneamente a retroceder, pero no me atreví, y además había en el ambiente algo indefinible que me empujó hacia la voz y hacia Sophie. Y tan absorto se hallaba Nathan en la rencorosa perorata que estaba impartiendo a Sophie, tan fijas parecían ser sus ideas en aquel momento, que pude esperar de pie junto a la mesa durante varios minutos, escuchando con incómoda inquietud cómo Nathan la intimidaba y atormentaba sin que se diera cuenta de mi presencia.

—¿No te tengo dicho que la sola y única cosa que te pido es fidelidad? —dijo.

—Sí, pero...

Sus palabras fueron arrolladas por la impetuosidad de las de Nathan.

—¿Y no te he dicho que si alguna vez te encontraba con ese Katz, si volvía a sorprenderte con él fuera de las horas de trabajo, aunque sólo andaras diez pasos al lado de ese tipo, te rompería la cara?

—Sí, pero...

—¡Y esta tarde te vuelve a traer a casa en su coche! Fink te vio. Y no sólo eso, sino que haces subir a tu cuarto a ese seductor de pacotilla, y te pasas una hora con él. ¿Cuántas veces te has vendido? ¿Dos? ¡Las proezas que hará ése con su polla de quiropráctico!

—¡Nathan, deja que te lo explique! —imploró ella.

Estaba perdiendo la compostura por momentos, y su voz se quebró.

—¡Cierra tu maldita boca! ¡No hay nada que explicar! Te lo habrías callado si mi buen amigo Morris no me hubiera dicho que os ha visto a los dos yendo escaleras arriba.

—No me lo habría callado —gimió Sophie—. ¡Te lo habría dicho ahora! ¡Si aún no he tenido ocasión, querido!

—¡Calla!

De nuevo, la voz se hizo más heladamente dominadora, más hiriente y avasalladora que fuerte. Me habría gustado salir de allí, pero había quedado clavado detrás de él,

esperando, lleno de dudas. Mi euforia alcohólica se había desvanecido y me notaba los latidos de la sangre en la nuez de la garganta.

Sophie persistió en su súplica:

—¡Nathan, escúchame! La única razón por la que lo llevé a mi cuarto fue el tocadiscos. El cambio automático no funcionaba, ya lo sabías; se lo he dicho y él se ha ofrecido para arreglarlo. Ha dicho que es un experto en estas cosas. Y sí, lo ha arreglado, querido, ¡y eso fue todo! Ya lo verás..., cuando regresemos lo haremos tocar...

—Oh, sí, seguro que Seymour es un experto —la interrumpió Nathan—. ¿Te manipula el espinazo mientras te jode? ¿Aprovecha la ocasión para ponerte las vértebras en orden con sus viscosas manos? Ese mierdica impostor...

—¡Nathan, por favor! —imploró ella inclinándose hacia él.

La sangre parecía haber desaparecido de su cara, cuya expresión era de infinito dolor.

—Sí, eres una tía buena, y lo sabes, pero a mí no me enredas —dijo él lentamente y con sarcasmo.

Era obvio que había ido a la casa de Yetta al salir del laboratorio; hice esta deducción no sólo por su alusión a los ultrajantes chismes de Morris Fink, sino también por su indumentaria: vestía su traje de lino color blanco ostra, el más elegante que tenía, y unos gemelos de oro ovalados brillaban en los puños de su camisa hecha a medida. Olía agradablemente a un agua de colonia ligera pero de perfume nada vulgar. Estaba, pues, bien claro que aquella noche quería hacer un buen papel, con su elegancia, al lado de Sophie, y que había ido antes a su habitación para transformarse en el figurín que teníamos delante. Pero al entrar en su cuarto o al salir de él le habían dado las pruebas de la traición de Sophie —o lo que él había considerado como tales—, y no había la menor duda de que la celebración no sólo estaba siendo abortada, sino que iba a ser sustituida por un desastre de consecuencias incalculables.

Yo seguía quieto en el mismo sitio, aunque muy alterado interiormente; retuve el aliento para escuchar lo que Nathan comenzó a decir a continuación:

—No eres más que un pudín polaco relleno de carne. Abusando de mi condescendencia, te dejas degradar y sigues trabajando con esos charlatanes, esos médicos de caballos. Malo es que aceptes el dinero que ellos consiguen estirando los espinazos de los viejos ignorantes y crédulos judíos que acaban de bajar del barco procedentes de Danzig, con dolores que pueden ser reumáticos o podrían deberse a un carcinoma, pero que quedan sin diagnosticar porque esos embaucadores, que lo mismo podrían recetar aceite de serpiente, les hacen creer que un simple masaje en la espalda les devolverá una esplendorosa salud. Malo es que quieras convencerme de que debes continuar esa vergonzosa colaboración con dos granujas curanderos. Pero no puedo soportar la puerca idea de que, además, a mis espaldas, permites que cualquiera de los dos te la meta en el chocho...

Sophie intentó interrumpirlo:

—¡Nathan!

—¡Calla! Ya estoy harto de ti y de tu conducta prostibularia. —No hablaba en voz alta, pero había algo afectadamente salvaje en su furia contenida, que parecía más amenazadora que si toda su rabia se hubiese traducido en gritos; era una cólera helada, de tono chirriante y agudo, casi burocrático, y su elección de la frase «conducta prostibularia»

resultaba incongruentemente rebuscada y rabínica—. Creía que habrías visto la luz, que abandonarías esa manera de ser después de aquella escapada con el doctor Katz. —El acento sobre doctor fue una perfecta expresión de mofa y desprecio—. Creía que habrías hecho caso de mi advertencia después de aquel escabroso resbalón en su coche. Pero no, veo que las bragas se te calientan demasiado aprisa en la entrepierna. Por esto, cuando te atrapé en plena sesión de juegos de manos con Blackstock, no me sorprendí, en vista de tu predilección por penes quiroprácticos...’ Como digo, no me sorprendí, pero cuando te di aquel bocinazo para que acabaras de una vez con todo aquello, creí que te corregirías lo suficiente como para abandonar tan inconfesable y degradante promiscuidad. Pero no, volví a equivocarme. La libidinosa savia que corre frenéticamente por tus venas polacas no te permitiría un momento de descanso, y hoy te has abandonado de nuevo al ridículo abrazo (ridículo, sí, si no fuera tan vil y degradante) del doctor Seymour Katz.

Sophie había empezado a lloriquear y mantenía su pañuelo contra la nariz con unos dedos de blancos nudillos.

—No, no, querido —oí que respondía entre suspiros—. No es verdad, en absoluto.

La pomposa y didáctica perorata de Nathan habría podido ser, bajo otras circunstancias, vagamente cómica —burlona de su propio contenido—, pero ahora estaba hasta tal punto llena de una amenaza tan real, de una rabia y una convicción tan inexorables, que no pude reprimir un pequeño estremecimiento ni ignorar la sensación de que, a mis espaldas, se acercaba hacia nosotros —con sordos pasos que parecían resonar sobre un patíbulo— una horrorosa e indefinible calamidad, lo que me hizo lanzar un gruñido claramente audible por encima del sermón. Después, mi atención se fijó en el hecho de que aquel terrible ataque a Sophie era casi idéntico al primero que presencié, precisamente la noche en que conocí a la pareja; las dos escenas se diferenciaban sólo por el tono de voz, muy fuerte la de semanas atrás y singularmente equilibrada y contenida la de ahora, aunque no menos siniestra. De pronto, tuve conciencia de que Nathan había advertido mi presencia. Las palabras que me dirigió fueron de tono moderado, pero aguzadas, eso sí, con una hostilidad increíblemente fría y pronunciadas sin mirarme:

—¿Por qué no te sientas al lado de la *première putain* de la avenida Flatbush?

Me senté sin decir nada: la boca se me había secado y no veía el modo de articular palabra. Entonces Nathan se levantó y dijo:

—Me parece que una botellita de Chablis no nos irá mal como anticipo de nuestra celebración.

Al oír estas palabras de Nathan, dichas declamatoriamente como el resto de su discurso, me quedé con la boca abierta, aún sin poder decir nada. De repente, tuve la impresión de que estaba ejerciendo un severo control sobre sí mismo, como si intentara evitar que toda su robusta figura volara hecha pedazos o se desmadejara como una marioneta sostenida con hilos. Por primera vez aquella noche, vi cómo le corrían brillantes hilos de sudor cara abajo, aun cuando nuestro rincón estaba ventilado por un airecillo casi helado. También había algo extraño en sus ojos, pero no podía decir de qué se trataba en aquel momento. Intuía en él una actividad nerviosa conmocionada y febril, un frenético intercambio de corrientes entre neuronas en las caóticas sinapsis que tenían lugar en cada milímetro cuadrado de su piel. Se hallaba tan agitado emocionalmente que casi parecía estar electrizado, como si se encontrara inmerso en un campo magnético. Sin embargo,

todo quedaba refrenado bajo una tremenda compostura.

—Lástima... —dijo, en un tono de lóbrega ironía—. Lástima, amigos míos, que nuestra celebración no pueda tener lugar en el ambiente de exaltado homenaje que yo había previsto para esta noche. Homenaje a las horas dedicadas al logro de una noble meta científica que precisamente hoy ha visto la luz del triunfo; homenaje a los días y a los años de investigación desinteresada y altruista de un equipo que, por fin, ha conseguido una gran victoria sobre uno de los mayores azotes que acosan a la humanidad sufriente... Lástima —volvió a decir, tras una prolongada pausa que se hizo casi insoportable por el peso que cada segundo tuvo sobre sus dos únicos oyentes— que nuestra celebración tenga tan vulgares motivos... a saber, la necesaria y salutífera ruptura de mis relaciones con mi dulce sirena de Cracovia..., esa inimitable, esa incomparable, esa hija de la alegría trágicamente infiel, gema de Polonia y precioso regalo para los concupiscentes quiroprácticos de Flatbush...: ¡Sophie Zawistowska! Pero ¡esperad, nos falta el Chablis con que brindar por eso!

Como una niña aterrorizada que se agarrara a su padre en el vórtice de un tumulto, Sophie me estrujó los dedos. Ambos nos quedamos mirando cómo Nathan se abría paso a codazos hacia el mostrador del bar a través de una multitud de bebedores en mangas de camisa. Luego me volví para mirar a Sophie. Sus ojos reflejaban aún el espanto que le había producido la amenaza de Nathan. En adelante, siempre definiría la palabra «perturbación» teniendo presente la imagen de intenso terror que ofrecía Sophie en aquel momento.

—Ay, Stingo... —se lamentó—, sabía que esto sucedería. Sabía que me acusaría de serle infiel. Siempre lo hace cuando se halla en una de estas extrañas *tempêtes*. Ay, Stingo, no puedo soportarlo cuando se pone así. Y estoy segura de que esta vez me dejará.

Intenté calmarla:

—No te preocupes, se le pasará —le dije, aunque tenía poca fe en mis palabras.

—No, Stingo; va a suceder algo terrible, ¡lo sé! Siempre se pone así, pero esta vez le noto distinto. Sí, primero lo ves entusiasmado, lleno de alegría..., pero después se deprime y cuando está deprimido le da por decirme que le he sido infiel y que quiere dejarme, pero hoy creo que lo dice de veras... —Volvió a estrujarme la mano con tanta fuerza que creí que me haría sangrar con sus uñas—. Y lo que le he dicho es verdad —añadió con frenética rapidez—. Me refiero a Seymour Katz. No hubo nada, Stingo, nada en absoluto. Ese doctor Katz no significa nada para mí; sólo es alguien para quien trabajo, del mismo modo que trabajo para el doctor Blackstock. Y es cierto eso de que me ha arreglado el tocadiscos. No hizo otra cosa en mi habitación: arreglar el tocadiscos, y nada más. ¡Te lo juro!

—Te creo, Sophie —le aseguré, confuso por el embarazo que me producía el raudal de palabras con que ella quería convencerme de lo que estaba ya convencido—. Sí, mujer, lo que tienes que hacer es calmarte —le dije, inútilmente.

Lo que sucedió poco después fue para mí inimaginablemente horrible y disparatado. Y ahora me doy cuenta de lo erróneas que fueron mis apreciaciones, de la poca maña con que me enfrenté a la situación, de la falta de sensatez y de la ineficacia con que traté a Nathan en un momento en que toda delicadeza era poca. Lo digo porque si me hubiese limitado a seguir la corriente a Nathan y a tranquilizarlo con adulaciones, hubiera podido ver cómo desfogaba todo su furor —por irracional e intimidante que fuese— hasta llegar,

por agotamiento, a un estado en que me habría sido fácil manejarlo, sin que yo chocara tanto con su cólera. Habría podido dominarlo. Y también me percaté ahora de que entonces sólo di muestras de una asombrosa y pueril inexperiencia: no tenía la menor idea de que Nathan —a pesar de su obsesivo tono de voz, de su turbulenta oratoria, del sudor que perlaba su rostro, de su expresión extraviada, de su increíble tensión, pese a ser el puro retrato de la persona cuyo sistema nervioso, en su totalidad, hasta su más diminuto ganglio se halla en los horrores de una fiera convulsión— podía ser peligroso por su estado de perturbación. Sólo pensé que se estaba comportando como un solemne majadero. Eso era debido, en gran medida, a mi edad y a mi inocencia. Al ser ajenos a mi experiencia los estados violentos y trastornados en los seres humanos —por haber estado menos relacionado con el lado gótico de la crianza sureña que con los gentiles y bien educados—, consideré el arrebató de Nathan como una pasajera anomalía de su carácter, como una momentánea pérdida de la compostura, antes que el producto de una aberración de la mente.

Esto último era tan cierto como durante aquella primera noche, semanas antes, en el vestíbulo de la casa de Yetta, cuando, mientras injuriaba a Sophie y me importunaba hablándome de linchamientos y llamándome «paletó sureño», tuve ocasión de captar en sus insondables ojos una mirada de salvaje y fugaz discordia que convirtió en agua helada la sangre de mis venas. Fuera lo que fuese, mientras permanecía allí sentado junto a Sophie, aturdido por el malestar que sentía y apenado por la espantosa y súbita transformación que había sufrido el hombre al que tanto apreciaba y admiraba, pero herido e indignado por el sufrimiento que estaba provocando en Sophie, decidí trazar el límite hasta donde yo permitiría que Nathan continuase su hostigamiento. Me propuse evitar que siguiera amedrentando a Sophie de aquella manera. Tendría, pues, que andarse con pies de plomo, pensé, si no quería enfrentarse conmigo. Esta decisión habría sido muy razonable tomada con respecto a un buen amigo que sólo se hubiese dejado llevar por el mal humor, pero lo era apenas (y yo aún no tenía siquiera el mínimo de sabiduría para comprenderlo) ante un hombre en el que la paranoia se manifestaba de repente como un huésped furioso y alborotador.

—¿No te has dado cuenta de esa mirada tan peculiar que tiene? —murmuré a Sophie—. ¿No será que ha tomado demasiadas aspirinas de las que le diste, o algo por el estilo?

La inocencia de esta pregunta era, ahora lo advierto, casi inconcebible, sobre todo considerando lo que llegaría a revelármeme como la causa de aquellas pupilas dilatadas, grandes como dos monedas de diez centavos; pero por aquel entonces, eran muchas las cosas que aún estaba aprendiendo.

Nathan volvió con la botella de vino, ya abierta, y se sentó. Un camarero trajo tres vasos y los colocó delante de nosotros. Me tranquilizó ver que la expresión del rostro de Nathan se había relajado algo y ya no era la máscara rencorosa de unos minutos antes. Pero una fiera tensión, como contenida por una camisa de fuerza, subsistía en los músculos de las mejillas y el cuello, y el sudor también seguía fluyendo: se veía en su frente en forma de gotitas, que parecía hacer juego —noté sin venir a cuento— con el mosaico de gotas condensadas sobre la botella de Chablis. Y entonces me di cuenta, por primera vez, de las dos grandes medias lunas que empapaban la tela de su traje en las

axilas. Vertió vino en los vasos y, aun cuando evité mirar la cara de Sophie, vi que temblaba la mano con que sostenía su vaso. Yo cometí el grave error de dejar abierto bajo mi brazo el número del *Post* que había estado leyendo, precisamente en la página que mostraba la fotografía de Bilbo. Vi que Nathan le dirigía una mirada de enorme y maliciosa satisfacción.

—He leído este artículo mientras venía en el metro —dijo, levantando su vaso—. Propongo un brindis por la muerte lenta, larga y dolorosa del senador de Misisipi Mushmouth Bilbo.

Guardé silencio por un momento. Y no levanté el vaso como lo había hecho Sophie, pues estaba seguro de que ella lo había levantado sin saber por qué y sólo obedeciendo a un oscuro movimiento reflejo. Finalmente, dije con toda la naturalidad de que fui capaz:

—Nathan, quiero proponer un brindis por tu éxito, por tu gran descubrimiento, sea lo que sea. Por esa cosa tan estupenda en que, según me ha dicho Sophie, has estado trabajando. Te felicito. —Alargué el brazo hacia él y, con suavidad, le di unas afectuosas palmaditas en el suyo—. Y ahora, dejémonos ya de porquerías —añadí con la intención de poner en el ambiente una conciliadora nota de humor—, y relajémonos mientras nos cuentas exactamente, que ya es hora, ¡qué diablos vamos a celebrar! ¡Hoy, chico, queremos que todos los brindis sean por ti!

Un desagradable escalofrío recorrió mi cuerpo al notar la brusca deliberación con que apartó mi mano de su brazo.

—No es posible —dijo, clavándome su penetrante mirada—. Mi sentimiento de triunfo ha sido seriamente comprometido, si no totalmente anulado, por la traición de alguien a quien yo amaba. —Aun cuando no me sentía aún capaz de mirar a Sophie, oí sus roncros sollozos—. Esta noche, no habrá ningún brindis por la victoriosa Higia, diosa de la salud. —Sostenía su vaso en alto, con el codo apoyado sobre la mesa—. En su lugar, brindaremos por una muerte bien dolorosa del senador Bilbo.

—Brindarás tú —dije—, yo no. Yo no brindaré por la muerte de nadie, dolorosa o indolora, y tú tampoco debieras hacerlo. Tendrías que saberlo mejor que los demás. ¿No trabajas acaso para la curación de tus semejantes? Esto no es cosa de broma, ¿sabes? Es una barbaridad eso de brindar por la muerte. —Mi súbito tono pontifical fue algo que me salió espontáneamente sin que pudiera reprimirlo. Levanté mi vaso—. Por la vida, por tu vida, por la nuestra —propuse con un gesto que incluía a Sophie—, por la salud. Por tu gran descubrimiento. —Había cierto tono de súplica en mi voz, pero Nathan permaneció inmóvil y ceñudo, negándose a beber. Yo, frustrado, sintiendo un espasmo de desesperación, bajé lentamente mi vaso. Por primera vez sentí agitarse en mi abdomen un indicio de creciente furor; era un cúmulo de indignación que avanzaba con lentitud y se dirigía, en partes iguales, contra la odiosa actitud dictatorial de Nathan, contra su cruel manera de tratar a Sophie y (apenas podía creer en la realidad de mi reacción) contra la horrible maldición que había lanzado a Bilbo. Al ver que no contestaba a mi contrabrandis dejé el vaso sobre la mesa y dije, con un suspiro—: Al diablo, pues.

—Por la muerte de Bilbo —insistió Nathan—, por los gritos de dolor de su lucha postrera.

Sentí que la sangre afluía, escarlata, a algún lugar situado detrás de mis ojos, y mi corazón se puso a latir con fuerza. No me fue fácil controlar la voz:

—Nathan —dije—, en cierto momento, no hace mucho, te dediqué un cumplido. Dije que, a pesar de tu profunda animosidad contra el Sur, por lo menos te quedaba un poco de sentido del humor, a diferencia de la mayoría de la gente. A diferencia del típico asno liberal de Nueva York. Pero ahora empiezo a ver que cometí un error. No me gusta Bilbo ni me ha gustado nunca, pero te equivocas si crees que voy a bromear con su muerte. Me niego a brindar por la muerte de un hombre. Sea quien sea.

—¿No habrías brindado por la muerte de Hitler? —replicó enseguida, con un brillo de malicia en sus ojos.

Yo le respondí con la misma rapidez:

—¡Claro que habría brindado por la muerte de Hitler! ¡Pero esto es una cuestión completamente distinta! ¡Bilbo no es Hitler! —Mientras contestaba a Nathan me di cuenta, con desesperación, de que estábamos repitiendo en sustancia, ya que no con las mismas palabras, el coloquio en que nos enzarzamos aquella primera tarde en el cuarto de Sophie. Yo creía erróneamente que, desde aquella ensordecedora discusión que tan cerca estuvo de convertirse en lucha, él había abandonado su tenebrosa idea fija sobre el Sur. En este momento, había en su comportamiento el mismo torrente de furia y rencor que me asustó de veras aquel radiante domingo, un día que, por otros conceptos, parecía ya tan agradablemente lejano. Ahora volví a asustarme, aún más que entonces, llegando incluso a presentir que esta vez nuestra disputa no acabaría con amables disculpas, bromas y, menos aún, con un amistoso abrazo—. Bilbo no es Hitler, Nathan —repetí con voz temblorosa—. Permite que te diga una cosa. Durante el tiempo que te he tratado, aunque no lo suficientemente largo, claro, para formarme un mal concepto de ti, me has impresionado hasta el punto de hacerme creer que eras una de las personas más cultas y refinadas, más simpáticas y comprensivas que hubiese conocido...

—No me abrumes con elogios —me cortó—. Las lisonjas no te llevarán a ninguna parte.

Su voz era irritante, desagradable.

—Esto no son lisonjas —proseguí—. Lo que digo es sólo la verdad. Pero escucha lo que quería decirte. Tu odio por el Sur, que a menudo equivale a una clara manifestación de odio hacia mí, o de desagrado en el mejor de los casos, resulta espantoso en alguien que, como tú, es tan culto y juicioso en muchos otros aspectos. Muestras un primitivismo sin límites, Nathan, al ser tan ciego ante la verdadera naturaleza del mal...

A la hora de discutir, especialmente cuando la disputa es acalorada y llena de mala voluntad, siempre he sido el más blando de los contendientes. Mi voz se quiebra y se vuelve chillona; sudo. Aparece en mi rostro una tonta sonrisa. Y, aún peor, mi mente alza el vuelo hacia regiones imprevisibles, mientras mi lógica, con la que puedo contar siempre en más plácidas circunstancias, abandona mi cerebro como una ingrata bribonzuela. (Durante algún tiempo creí que podría ser abogado. Pero esta profesión legal, y los tribunales, en los que mi imaginación me hacía representar dramas a lo Clarence Darrow, sólo perdieron un incompetente zoquete cuando me volví hacia el campo literario.)

—¡No tienes el menor sentido de la historia —continué, lanzado, con una voz que había escalado una octava—, en absoluto! ¿Se debe quizás a que vosotros, los judíos, por haber llegado recientemente a este país y vivir en la mayoría de los casos en las grandes ciudades del Norte, sois unos cegatos, unos indiferentes ante cuanto significa interés,

conocimientos o comprensión del trágico cúmulo de acontecimientos causantes de la locura racial que existe allá abajo? Has leído a Faulkner, Nathan, y aun así muestras una estúpida e intolerable actitud de superioridad hacia aquellos lugares. ¿No ves que Bilbo no es tanto un villano como un infeliz rebrote de un sistema ya caduco? —Hice una pausa, tomé aliento y dije—: Te compadezco por tu ceguera. —Y allí habría terminado y en eso lo habría dejado todo si me hubiese dado cuenta de la serie de golpes verbales que le estaba asestando pero, como he dicho, el buen sentido solía abandonarme en el curso de discusiones tan agitadas como aquella, por lo que mi energía semihistórica me lanzó a regiones de increíble insensatez—. Además eres incapaz de advertir hasta qué punto fue Theodore Bilbo un hombre de grandes realizaciones —insistí, mientras ecos de mi disertación de la escuela superior resonaban por toda mi cabeza con el ritmo de verso libre propio de un montón de fichas de apuntes leídas una tras otra—. Cuando era gobernador, Bilbo llevó a cabo importantes reformas en Misisipi —recité—, incluyendo la creación de una comisión para el trazado de nuevas autopistas y de una junta para la amnistía. Fundó el primer sanatorio para tuberculosos. Añadió adiestramiento manual y el manejo de las máquinas agrícolas a las asignaturas escolares. Y, finalmente, introdujo un programa para combatir las garrapatas...

Mi voz perdió de pronto toda su fuerza.

—Introdujo un programa para combatir las garrapatas —dijo Nathan.

Sorprendido, me di cuenta de que la bien dotada voz de Nathan imitaba perfecta y burlescamente la mía, pedante, pomposa, insufrible.

—Se declaró y extendió ampliamente, entre las vacas de Misisipi, algo llamado fiebre de Texas —persistí sin poderme controlar—. Bilbo era un hombre pragmático...

—¡Oye, chalado —me interrumpió Nathan—, no seas payaso! ¡La fiebre de Texas! ¡No irás a decirme ahora que la gloria del Tercer Reich fue una red de autopistas jamás igualada en el mundo y que una de las gracias de Mussolini consistió en hacer que los trenes llegasen sin retraso!

Había conseguido deshincharme, el tío (debí darme cuenta tan pronto como me oí pronunciar la palabra «garrapatas»). La sonrisa que apareció fugazmente en su rostro, el sardónico destello de dientes y el parpadeo con que demostró haber advertido las vacilaciones de mi derrota ya se habían disuelto, pero sostenía con firmeza el vaso que había bajado.

—¿Has terminado ya tu conferencia? —me preguntó con una voz demasiado fuerte. La amenaza que oscureció su cara me causó un tremendo terror. De súbito, levantó el brazo y se bebió el vino de un solo trago—. Este brindis —anunció con tono categórico— es en honor de mi completa separación de vosotros, miserables.

Al oír estas palabras, una punzada de pesar atravesó mi pecho. Sentí que una fuerte emoción me quemaba como un llanto interior.

—Nathan... —empecé, conciliador, tendiéndole la mano.

Volví a oír los sollozos de Sophie.

Pero Nathan ignoró mi gesto.

—Separación —dijo, dando un golpecito con su vaso al de Sophie—. De ti, traidora y quiropráctica zorra de Kings County. —Hizo lo mismo con mi vaso y me dedicó estas palabras—: Y de ti, triste desperdicio sureño. —Sus ojos estaban tan faltos de vida como

dos bolas de billar, y el sudor caía a raudales por su rostro. Yo era tan intensamente consciente (a nivel visual) de aquellos ojos y de la piel de su cara bajo la trémula transparencia del sudor, como (a nivel puramente auditivo, con una sensibilidad tan cruda que me hacía creer que mis tímpanos se asomaban rítmicamente al exterior de las orejas) de las voces de las hermanas Andrew que llegaban restallantes de la gramola automática: «*Don't Fence Me in!*». Nathan añadió—: Y ahora quizá me permitiréis que yo os dé también una pequeña conferencia, a vosotros dos. Tal vez pueda hacer algo para aliviar la podredumbre que lleváis dentro.

Sólo mencionaré lo peor de su diatriba. En total no debió de durar más de unos cuantos minutos, pero me parecieron horas. Sophie fue el centro de su furioso ataque, el cual llegó tan cerca de lo intolerable para ella como para mí, que no tuve otro remedio que escuchar y verla sufrir. En cambio, yo me libré con una reprimenda verbal relativamente ligera, con la que me distinguió en primer lugar. Lo que sentía por mí no era verdadero odio, dijo. Sólo desprecio. Y, aun así, su desprecio era apenas personal, prosiguió, puesto que no podía hacérseme responsable de haber sido educado en mi lugar de nacimiento. (Dijo todo esto con una burlona mueca y una voz controlada y suave que de vez en cuando, incongruentemente, se hacía cantarina e imitaba el acento negro, el mismo que yo recordaba de aquel lejano domingo.) Durante largo tiempo, dijo, había creído que yo era un buen sureño, un hombre emancipado, un hombre que de algún modo consiguió escapar a la maldición del fanatismo que la historia había legado al Sur. No era tan neciamente ciego como para no ver (a pesar de mis acusaciones) que existían, ciertamente, buenos sureños. Y como tal me había considerado hasta hacía poco. Pero mi actual negativa a unirme a su execración de Bilbo no hacía más que validar lo que ya había descubierto sobre mi «arraigado» e «incorregible» racismo al leer aquella noche la primera parte de mi libro.

Mi corazón se encogió literalmente ante aquellas palabras.

—¿Qué quieres decir? —pregunté con una voz que más bien era un lamento—. Creía que te gustaba...

—Posees un vigoroso talento según el modo tradicional del Sur. Pero también arrastras los viejos clichés. No quiero herir tus sentimientos, pero la vieja negra, al principio del libro, la que espera con los demás la llegada del tren... Es una verdadera caricatura sacada de *Amos «n» Andy** Tuve la impresión de que leía una novela de alguien que se había formado escribiendo guiones a la antigua usanza para cómicos de la legua, con el inevitable y gracioso actor disfrazado de negro. Sería divertida, esa negra de guardarropía de tu narración, si no fuera tan inconsistente. Es posible que estés escribiendo el primer libro de cómics del Sur.

¡Dios mío, qué vulnerable era! Me había sumido en una repentina desesperación. ¡Si aquello lo hubiera dicho alguien que no fuese Nathan! Pero con aquellas palabras había socavado la confianza que yo tenía en mi obra, y la alegría con que trabajaba en ella, gracias a los ánimos que él me había dado poco antes. Aquella brutal y súbita repulsa era tan demoledora, que comencé a sentir que ciertos puntales de mi propio espíritu se estremecían y desintegraban. Con un nudo en la garganta intenté responderle, pero mi

* Programa radiofónico muy popular en Estados Unidos durante los años veinte y treinta. Se emitía todas las noches y el papel de negros corría a cargo de dos blancos que imitaban el típico acento sureño. (*N. del t.*)

protesta, por más que me esforcé, no logró salir de mi boca.

—Has sido contaminado de mala manera por esa degeneración —prosiguió—. Es algo que no puedes evitar. Algo que no contribuirá a que tú o tu libro resultéis más atractivos, claro está, pero que por lo menos te convierte más en un vehículo pasivo del veneno que en su..., ¿cómo podría llamarlo?, propagador voluntario. Como, por ejemplo, Bilbo.

Aquí su voz perdió de pronto la desmayada calidad gutural propia de los negros que tenía y, a través de una hábil metamorfosis, el acento sureño se esfumó para ser reemplazado por unos trabajosos diptongos polacos que eran una imitación casi perfecta del lenguaje de Sophie. Y entonces su dureza primitiva se transformó en franco hostigamiento.

—*Peut-être* después de estos meses —dijo, bajando la mirada hacia Sophie— *poudrias* explicar el *mistieirio* de tu presencia entre *nousoutros*... —De súbito, cortó la parodia—. Dime pues, oh, bella Zawistowska, cómo es posible que tú sigas habitando en el mundo de los vivos. ¿Acaso gracias a los estupendos truquitos y estratagemas de esta monada de cabecita que tienes conseguiste respirar el claro aire polaco mientras las multitudes, en Auschwitz, se ahogaban lentamente en el gas? No sabes cómo te agradecería una clara respuesta al respecto.

Un terrible gemido se escapó entonces de la garganta de Sophie, tan fuerte que sólo los frenéticos chillidos de las hermanas Andrew evitaron que se oyera en todo el bar. La mismísima Virgen Maria, en el Calvario, no habría podido lanzar un lamento tan doloroso. Me volví para mirarla. Tenía la cara caída hacia abajo, de modo que quedaba oculta a toda mirada, y se sostenía la cabeza con sus puños de blancos nudillos apretados sobre las orejas. Sus lágrimas goteaban sobre la jaspeada superficie de fórmica de la mesa. Creí oír que decía:

—¡No! ¡No! *Menteur!* ¡Mentiroso!

—Aún no hace dos años —persistió Nathan—, en Polonia, en las profundidades de la guerra, varios centenares de judíos que se escaparon de los campos de exterminio buscaron refugio en los hogares de algunos refinados ciudadanos polacos semejantes a ti. Aquella simpática gente les negó el amparo que necesitaban. Y no sólo eso. Prácticamente asesinaron a cuantos cayeron en sus manos. Esto ya te lo había hecho notar antes. Por lo tanto, respóndeme ahora: ¿fue acaso el antisemitismo que ha dado a Polonia tanta fama en todo el mundo el mismo que ha guiado tu destino? ¿El que te ha ayudado en todo momento, el que te protegió, por así decirlo, de modo que pudiste formar parte del minúsculo puñado de personas que sobrevivieron mientras otras morían a millones? —Su voz se hizo áspera, cortante, cruel—. ¿Qué explicación me das?

—¡No! ¡No! ¡No! ¡No! —dijo Sophie, sollozando.

Por fin me oí decir, levantándome:

—¡Nathan, por el amor de Dios, déjala ya!

Pero él no se dejaría disuadir:

—Veamos, ¿de qué raro subterfugio te valiste —insistió— para salvar tu piel mientras los demás se transformaban en humo? ¿Engañaste? ¿Traicionaste? ¿Hiciste la vista gorda? ¿Ofreciste tu bello culito?

—¡No! —volví a oír su gemido, aquel grito que, de nuevo, pareció arrancado de lo

más hondo de su persona—. ¡No! ¡No!

Entonces hice algo inexplicable. Bueno, más bien creo que fue una cobardía. Tras levantarme como un resorte, estuve a punto de agarrar a Nathan por el cuello de la camisa y tirar de él para enfrentarnos cara a cara, como Bogart hizo tantas veces en un pasado que me recordaba el mío. No podía sufrir, ni por un segundo más, lo que Nathan estaba haciendo a Sophie. Pero aunque me había levantado y había cobrado nuevas energías con mi temerario impulso, con misteriosa rapidez di un triunfante ejemplo de mieditis. Sentí que me temblaban las rodillas al tiempo que mi reseca boca profería una serie de vocablos sin sentido, y, sin saber cómo, me encontré camino de los lavabos para hombres, bendito santuario donde refugiarme de un espectáculo de odio y crueldad que nunca había creído poder presenciar como espectador de primera fila. «Sólo me quedaré aquí un momento — pensé, inclinándome sobre el urinario—. He de recuperar fuerzas, y mi serenidad, antes de salir a enfrentarme con Nathan.» Sumido en un estupor de sonámbulo, me agarré al mango de la válvula de desagüe —un helado puñal en mi mano—, liberando una y otra vez indolentes chorros de agua, mientras la inscripción mural de un marica —*¡Marwin la chupa... Llama a Ulster 1-2316 para un trabajito de ensueño!*— quedaba registrada por centésima vez en mi cerebro como un rosario de demenciales caracteres cuneiformes. No había llorado desde la muerte de mi madre y me propuse no volverlo a hacer en aquel momento, aun cuando los garabatos anhelantes de amor me decían desde la pared, al emborronarse, que las lágrimas estaban a punto de asomarse a mis ojos. Permanecí tres o cuatro minutos en aquel lamentable y deprimente estado de indecisión. Hasta que resolví volver al bar y afrontar la situación, a pesar de que no era precisamente estrategia lo que me sobraba y de que estaba aterrorizado hasta lo más hondo de mi ser. Pero cuando abrí la puerta, vi que Sophie y Nathan se habían marchado.

Estaba aturdido por el desespero y la preocupación, y no tenía idea de cómo podría afrontar la nueva situación si quedaba, como ahora, sin perspectivas favorables para una reconciliación. Por supuesto, tenía que pensar en lo que debía hacer para arreglar las cosas —calmar a Nathan de algún modo y, al mismo tiempo, lograr que Sophie dejara de ser blanco de su ciego y funesto furor—, pero me hallaba tan confuso que mi cerebro se había vuelto casi amnésico; virtualmente, era incapaz de pensar. Con el fin de poner en orden mis ideas decidí quedarme allí, en el Maple Court; esperaba que, entretanto, podría proyectar un brillante y racional plan de acción. También pensé en mi padre. Yo sabía que si no me veía al llegar a la estación de Pensilvania se iría directamente al hotel McAlpin, de Brooklyn, en la calle Treinta y cuatro. (En aquellos tiempos, toda la gente de Tidewater con el nivel social de mi padre se hospedaba en el McAlpin o en el Taft; los poquísimos que gozaban de una mejor posición lo hacían en el Waldorf-Astoria.) Llamé por teléfono al McAlpin y dejé recado de que iría más tarde, al anochecer. Luego volví a la mesa (era una mala señal, pensé, que en su precipitada salida ni Nathan ni Sophie hubiesen puesto en pie la botella de Chablis, tumbada ahora sobre la mesa y vertiendo, gota a gota, sus heces en el suelo), donde permanecí sentado durante dos horas enteras, cavilando sobre cómo podría recoger y volver a unir los pedazos de nuestra fragmentada amistad. Ya desde el principio, sospeché que no sería una tarea fácil, dadas las colosales dimensiones de la furia de

Nathan.

En cambio, al recordar que Nathan —aquel famoso domingo que siguió a una «tempestad» similar— mostró unos deseos de amistad tan fervientes que casi me abrumaron, y que se disculpó por su mal comportamiento, se me ocurrió la probabilidad de que aceptara cualquier gesto mío de pacificación. Dios sabía, pensé, lo poco que me gustaba hacerlo; las escenas en que había tenido que participar, dado su carácter, me habían alterado el ánimo, me habían agotado; en realidad, lo que más deseaba en aquel instante era enroscarme y echar un sueño. Enfrentarme con Nathan tan pronto era una idea que me intimidaba y que veía llena de amenazas; inquieto y con cierta sensación de náuseas, me puse a sudar como él. Para darme valor, me bebí sin prisas cuatro o cinco vasos medianos de Rheingold, o tal vez seis. No paraban de aparecer en mi mente unas breves visiones del patético y espeluznante sufrimiento de Sophie y de su total confusión que me revolvió el estómago. Sin embargo, por fin, cuando la oscuridad comenzaba a caer sobre Flatbush me dirigí, a través de la sofocante media luz, un poco bebido y algo vacilante, al Palacio Rosado ante el que alcé los ojos para observar, a la vez con confusa aprensión y esperanza, el suave resplandor de color de vino rosado que se distinguía en la ventana de Sophie y que indicaba que ella se hallaba en su habitación. Oía música; era la radio o el tocadiscos. No sé por qué me animé y entristecí a un tiempo al escuchar el bello y quejumbroso sonido del concierto de Haydn para violoncelo que llegó a mis oídos cuando me acerqué a la casa. Gritos de niños llegaban del parque a través de la luz vespertina, y sus voces, dulces como el canto de los pájaros, al mezclarse con los suaves acordes del violoncelo me traspasaron con ciertos recuerdos profundos y dolorosos, tal vez irrecuperables.

Contuve el aliento con angustia ante el espectáculo que me daba la bienvenida en el segundo piso. Si un tifón hubiera irrumpido en el Palacio Rosado no habría producido mayor desbarajuste ni más horrendos destrozos. La habitación de Sophie parecía haber sido vuelta del revés: los cajones de la cómoda, sacados por completo, estaban vacíos; los colchones y la ropa de la cama estaban rasgados; el armario, saqueado. Un caos de periódicos cubría el suelo. Los estantes estaban vaciados de sus libros. Los discos habían desaparecido. Nada quedaba, salvo los restos de periódicos... Ah, sí, había otra excepción en aquel desvalijamiento general: el tocadiscos. Sin duda demasiado voluminoso para ser transportado con facilidad, había quedado sobre la mesa; la música de Haydn que emanaba de su garganta me causó un extraño escalofrío: tuve la sensación de que asistía a un concierto musical en el que todo el público se había marchado misteriosamente. Unos pasos más allá, en el cuarto de Nathan, la misma escena: todo había sido arrancado de su lugar, y lo que no había desaparecido se encontraba dentro de unas grandes cajas de cartón que parecían preparadas para su inmediato traslado. En el pasillo, el calor era sofocante y pegajoso: era un calor irrazonablemente intenso, aun para un anochecer de verano, que añadió cierta sensación de frustración al disgusto que me agobiaba y que me hizo pensar que tal vez se había declarado un incendio al otro lado de aquellas rosáceas paredes..., hasta que vi a Morris Fink que, agachado en un rincón, manipulaba un radiador de vapor.

—Debe de haberse desajustado accidentalmente —explicó mientras se levantaba y yo me acercaba a él—. Lo habrá hecho Nathan sin querer, hace poco, cuando pasó por aquí

con su maleta y sus cosas. Toma, maricón —dijo al radiador, dándole una patada—, esto te arreglará las tripas. —El escape de vapor expiró con un pequeño siseo y Morris Fink me miró con sus ojos lúgubres y sin brillo: un elemento informativo con el que no había contado hasta que, progresivamente, adquirió un pronunciado aspecto de roedor—. Este lugar —siguió diciendo—, durante un buen rato ha sido el mismísimo campo de Agramante.

—¿Qué ha pasado? —dije, lleno de aprensión—. ¿Dónde está Sophie? ¿Dónde está Nathan?

—Se han ido los dos. Por fin, han roto definitivamente.

—¿Definitivamente? ¿Qué quieres decir?

—Lo que oyes —contestó—. Que todo acabó. Para siempre. Se han ido para siempre, nos hemos librado de ellos para siempre, a Dios gracias. Había un ambiente tenebroso, quiero decir morboso, en esta casa con ese maldito golem de Nathan andando por aquí. Y con todas aquellas riñas y aquellos gritos. Se han largado para siempre, si es eso lo que quieres saber.

Noté que la desesperación agudizaba mi voz al preguntarle:

—Pero ¿adónde han ido? ¿No te han dicho adónde iban?

—No —contestó—, han ido en dos direcciones distintas.

—¿Dos direcciones distintas? ¿Quieres decir...?

—Los he visto entrar en la casa hace unas dos horas, justamente cuando yo iba calle arriba, hacia el cine. Él gritaba a Sophie, como un gorila. Yo me he dicho-, «Vaya, otro zipizape, después de todas estas semanas de tranquilidad. ¿Y si intentara salvarla de ese *meshuggener*, de ese chiflado...?», pero luego he pensado que ya veríamos. Y lo que he visto más tarde al llegar aquí, después de salir del cine... Algo increíble: él estaba haciendo la maleta. Quiero decir que estaba en su habitación, ¿sabes?, recogiendo todas sus cosas..., y ella lo mismo, recogiendo todas las suyas. Y él sin parar de gritarle como un loco., ¡Uy, y qué marranadas le decía!

—¿Y Sophie...?

—Ella llora que te llora todo el rato, los dos liando el petate: él grita que te grita y llamándola puta y traidora entre otras cosas, y Sophie berreando como una cría, ¡Me han dejado para el arrastre, con sólo verlos y oírlos! —Hizo una pausa, respiró hondo y siguió hablando, pero con más lentitud—. Yo no creía que estuvieran haciendo las maletas para irse definitivamente. Entonces él ha mirado hacia abajo, por encima de la barandilla, y me ha visto; me ha preguntado dónde estaba Yetta. Yo le he dicho que se hallaba en Staten Island, porque quería visitar a su hermana. Desde arriba mismo, me ha echado treinta dólares para el alquiler, el suyo y el de Sophie. Entonces sí que me he dado cuenta de que se iban para siempre.

—Cuando se han ido... —pregunté. Una sensación de abandono, de haber sido despojado de algo importante, se apoderó con tal fuerza de mí que llegué a sentir náuseas—, ¿no han dejado ninguna dirección?

—Ya te he dicho que se han ido en dos direcciones distintas —dijo con impaciencia—. Después de hacer las maletas, han bajado y se han ido. De eso hará unos veinte minutos. Nathan me ha dado un dólar por bajarles el equipaje y, también, por vigilarle el tocadiscos. Me ha dicho que volverá más tarde para llevárselo, junto con algunas cajas que también ha

dejado. Después, cuando han tenido todos los trastos ahí, en la acera, me ha dicho que fuera a la esquina y llamara dos taxis. Al volver con ellos aún estaba gritándole a Sophie, y yo me he dicho: «Bueno, menos mal que esta vez no le ha pegado ni nada de eso». Pero él, hala, más gritos y más reproches... Esta vez, sobre Owsitch. Algo como Owsitch.

—¿Como.., qué?

—Owsitch, esto es lo que ha dicho. La ha vuelto a llamar puta y le ha preguntado, una y otra vez, cómo era posible que hubiese salido viva de Owsitch. ¿Qué habrá querido decir?

—Dices que la llamó... —tartamudeé, desolado, casi perdida el habla—. ¿Y entonces, qué...?

—Entonces él dio cincuenta dólares a Sophie... Por el bulto, eso sería, poco más o menos..., y dijo al taxista que la llevara a cierto lugar de Nueva York, en Manhattan, creo que a un hotel..., no puedo recordar dónde. Él comentó algo sobre lo feliz que sería al no tener que verla más. Yo no había visto jamás llorar a nadie como Sophie en aquel momento, palabra. Pero él, nada; cuando ella se marchó, cargó todas sus cosas en el otro taxi y se fue en dirección contraria, hacia la avenida Flatbush. Creo que habrá ido a casa de su hermano en Queens.

—Así que se han ido... —murmuré, en el colmo de la aflicción,

—Sí, se han ido para siempre —contestó—. ¡De buena nos hemos librado! ¡Ese tío era un golem, te lo digo yo! Claro que Sophie... Sophie me da mucha lástima. Era una chica estupenda, ¿no te parece?

Por un momento, no pude decir nada. El apacible Haydn, murmurante y lleno de anhelos, llenaba la abandonada habitación de dulces y armoniosas cadencias, y con ellas aumentaba mi sensación de vacío absoluto, de haber sufrido una pérdida irreparable.

—Sí —respondí por fin—, lo era.

—¿Qué es Owsitch? —preguntó Morris Fink.

De los muchos comentaristas sobre los campos de concentración nazis, pocos han escrito con mayor pasión o perspicacia que el crítico George Steiner. Yo tuve ocasión de leer su libro de ensayos *Lenguaje y silencio* cuando se publicó en 1967, año que tuvo considerable importancia para mí, aparte del hecho trivial de atestiguar que habían pasado dos décadas desde aquel famoso verano mío en Brooklyn. ¡Dios mío, qué lejos quedaban Sophie, Nathan y Leslie Lapidus! La tragedia doméstica a cuyo parto tanto me costó llegar en casa de Yetta Zimmerman hacía mucho tiempo que había sido publicada (con un aplauso general que estaba muy lejos de mis esperanzas juveniles); había escrito otras novelas y cierta cantidad de trabajos periodísticos imparciales vagamente faltos de entusiasmo, según se estilaba en los años sesenta. No obstante, mi corazón prefería la novela —de la que se decía que estaba moribunda o, Dios nos asista, muerta por completo—, y aquel mismo año tuve el placer de poder desmentir su desaparición (por lo menos, con mi satisfacción personal) al serme publicada una obra que, además de llenar mis exigencias estéticas y filosóficas como novelista, encontró centenares de miles de lectores, aunque luego se vio que no todos ellos estaban encantados con el acontecimiento. Pero ésta es otra cuestión, por lo que, si se me perdona el atrevimiento, me limitaré a decir que 1967 fue para mí, en general, un año remunerador.

Cito esta circunstancia porque precisamente después de este éxito —como sucede a veces cuando uno lleva varios años de trabajo en una creación compleja— pasé por un gris desánimo, por una fuerte crisis de falta de voluntad, ante unas perspectivas poco claras respecto a lo que podría hacer después. Son muchos los escritores que experimentan este bache después de terminar una obra ambiciosa; es como una pequeña muerte: uno quiere arrastrarse hacia atrás para volver a la húmeda matriz y convertirse allí en huevo. Pero el deber me llamaba, y de nuevo, como me había sucedido ya muchas veces, pensé en Sophie. A lo largo de veinte años, Sophie y su vida —la pasada y el tiempo que permanecí cerca de ella—, así como Nathan y la suya, junto con los espantosos problemas de Sophie y todas las circunstancias cada vez peores que condujeron a aquella pobre polaca de pelo pajizo —tan encantadora y tan imprudente— a su propia destrucción, habían persistido en mi memoria como un reiterativo tic. El escenario y las figuras vivas que actuaron en él aquel verano, como instantáneas fotográficas encontradas en las negras y frágiles páginas de un viejo álbum, se habían hecho más polvorientas y borrosas a medida que el tiempo avanzaba con negligente presteza hacia mi edad madura. Sin embargo, los angustiosos hechos de aquel verano y su continuación seguían pidiéndome que los explicara. Así pues, en los últimos meses de 1967 comencé a pensar seriamente en el triste destino de Sophie y Nathan; sabía que acabaría por tener que tratar este tema, del mismo modo que había tratado, muchos años antes, con tanto éxito y oportunidad, las desdichas de otra joven mujer que yo había amado sin esperanza: la predestinada María Hunt. Por varias razones, sin embargo, pasarían varios años más antes de que pudiera empezar la historia de Sophie tal como la presento aquí. Pero la detenida preparación a que tuve que entregarme en aquel momento requirió que me torturara absorbiendo cuanta lectura pude encontrar de

l'univers concentrationnaire. Y, al leer a George Steiner, experimenté la *conmoción* de quien ve confirmarse lo que sólo suponía.

«Una de las cosas que no puedo comprender, aunque a veces haya escrito sobre ella intentando captarla en una perspectiva adecuada —escribe Steiner—, es la relación del tiempo.» Steiner, tras describir la muerte brutal de dos judíos en el campo de exterminio de Treblinka, dice: «Precisamente a la misma hora en que Mehring y Lagner eran llevados a la muerte, una abrumadora diversidad de seres humanos (a una distancia de tres kilómetros en las granjas polacas y a ocho mil en Nueva York) estaban durmiendo, comiendo, viendo una película, haciendo el amor o preocupándose por el daño que pudiese hacerles el dentista. Aquí es donde mi imaginación queda perpleja. Los dos tipos de experiencia simultánea son tan diferentes, tan irreconciliables con cualquier norma común de valores humanos, y hasta tal punto resulta su coexistencia una monstruosa paradoja (Treblinka existió tanto porque algunos hombres la crearon como porque casi todos los demás permitieron que existiera), que mi desconcierto es grande respecto al tiempo. ¿Hay, según dan a entender ciertas especulaciones de ciencia ficción y de los gnósticos, diferentes clases de tiempo en el mismo mundo? ¿Un “buen tiempo”, un “pasárselo bien”, y un tiempo inhumano en que el hombre cae en las lentas manos de la condenación en vida?».

Cuando aún no había leído este pasaje creía, quizá con excesiva ingenuidad, que yo era el único que mantenía esta especulación, que sólo yo me había obsesionado con la relación del tiempo; hasta tal punto que, por ejemplo, intenté anotar con más o menos éxito mis actividades en el primer día de abril de 1943, el día en que Sophie, al entrar en Auschwitz, cayó en las «lentas manos de la condenación en vida». En algún momento de las postrimerías de 1947 —sólo pocos años después, relativamente, del comienzo de la dura prueba sufrida por Sophie—, escudriñé en mi memoria en un intento de localizarme a mí mismo la fecha en que Sophie cruzó las puertas del infierno. El primer día de abril de 1943 —el Día de los Inocentes en nuestro país— me ofreció una feliz circunstancia mnemónica, pues, tras examinar algunas cartas de mi padre que corroboraron claramente mis movimientos, pude descubrir el absurdo hecho de que aquella tarde, mientras Sophie ponía los pies en el andén de la estación de Auschwitz, yo me estaba atracando de bananas, una hermosa mañana, en Raleigh, Carolina del Norte. Me estaba atiborrando de bananas hasta casi enfermar porque al cabo de una hora tenía que pasar por un reconocimiento físico para mi ingreso en la infantería de Marina. A los diecisiete años, con una talla de más de un metro ochenta, pero con un peso de cincuenta y cinco kilos, sabía que me faltaba un kilo para alcanzar el peso mínimo requerido. Con un estómago tan hinchado como el de un famélico grave, desnudo sobre una báscula frente a un musculoso sargento reclutador que, clavando sus asombrados ojos en mi cuerpo de fideo, dejó escapar *un* burlón «¡Dios mío!» (además de hacer un chiste sucio relacionado con el Día de los Inocentes), fui aceptado sólo por un margen de escasos gramos.

Aquel día aún no había oído hablar de Auschwitz, ni de ningún otro campo de concentración, ni del exterminio en masa de los judíos europeos, ni mucho menos todavía de los nazis. Para mí, en aquella guerra mundial el enemigo eran los japoneses, y mi ignorancia de la angustia que se cernía como una maléfica neblina gris sobre lugares llamados Auschwitz, Treblinka o Bergen-Belsen era completa. Pero ¿acaso no puede

aplicarse eso a la mayoría de los norteamericanos, a la mayor parte de seres humanos que vivían lejos del perímetro del horror nazi? «Esta noción de diferentes tipos de tiempo simultáneo, pero sin analogía o comunicación efectivas —prosigue Steiner—, puede ser necesaria para el resto de nosotros, los que no estuvimos allí, los que vivimos como si nos halláramos en otro planeta.» Exactamente eso, en especial considerando el hecho (a menudo olvidado) de que, para millones de norteamericanos, la personificación del mal en aquel tiempo no fueron los nazis, por temidos y despreciados que pareciesen, sino las legiones de soldados japoneses que bullían en las junglas del Pacífico como pequeños monos astigmáticos y rabiosos, y cuya amenaza para el continente norteamericano parecía mucho más peligrosa, por no decir más repulsiva, dada su amarillez y sus asquerosos hábitos. Pero aun cuando esta animosidad —tan estrechamente enfocada— contra el adversario oriental no hubiese existido, la mayoría de la gente apenas si habría podido saber algo de los campos de concentración nazis, lo que hace las reflexiones de Steiner aún más instructivas. El nexa entre estos «dos tipos de tiempo» es, por supuesto —para aquellos de nosotros que no estuvimos allí—, alguien que estuvo allí, lo que me conduce de nuevo a Sophie y especialmente a las relaciones de Sophie con el Obersturmbannführer Rudolf Franz Höss.

He hablado varias veces de la reticencia de Sophie a hablar de Auschwitz y de su firme y generalmente obstinado silencio sobre la fétida cloaca de su pasado. Puesto que ella (como me confió una vez) había conseguido anestesiar con tanto éxito su mente contra las imágenes que pudiesen llegarle de los tiempos en que permaneció en el abismo, no es de extrañar que ni Nathan ni yo obtuviéramos mucha información sobre lo que le sucedió día a día (especialmente durante los últimos meses), aparte de que llegó obviamente a las puertas de la muerte a causa de la desnutrición y más de un contagio. Por lo tanto, al lector —harto y cansado del interminable festín de atrocidades de nuestro siglo— le ahorraré aquí la crónica detallada de asesinatos, gaseamientos, palizas, torturas, criminales experimentos médicos, privaciones lentas y progresivas, ultrajes excrementicios, locuras furiosas y otras referencias a un informe histórico que ya ha sido hecho por Tadeusz Borowski, Jean-François Steiner, Olga Lengyel, Eugen Kogon, André Schwarz-Bart, Elie Wiesel y Bruno Bettelheim, sólo para nombrar algunos de los testigos más elocuentes que intentaron pintar la totalidad de aquel infierno con la sangre de su corazón. Mi visión de la permanencia de Sophie en Auschwitz es necesariamente detallada, y tal vez algo desfigurada, aunque honesta. Aun cuando Sophie hubiera decidido revelarnos, a Nathan y a mí, los horribles detalles de sus veinte meses en Auschwitz, yo podría abstenerme de descorrer el velo, porque, como observa George Steiner, es muy posible que «los que no estuvieron plenamente implicados debieran sentir sólo ligeramente unos sufrimientos de los que ellos estuvieron a salvo». Me he dejado llevar, debo confesarlo, por una cierta presunción al comportarme como un intruso en el terreno de una experiencia tan inexplicable, tan inseparable y legítimamente exclusiva de los que la sufrieron, murieron en ella o la sobrevivieron. Un superviviente, Elie Wiesel, ha escrito: «Los novelistas han hecho un uso demasiado libre del Holocausto en sus obras... Al proceder así lo han despreciado, le han quitado su sustancia. El Holocausto ha llegado a ser un tópico candente, de moda, único a la hora de llamar la atención y lograr un éxito inmediato...». No sé hasta qué punto puede ser válido todo eso, pero soy consciente del riesgo que corro

según la importancia que le dé.

Sin embargo, no puedo aceptar la sugerencia de Steiner de que el silencio es la respuesta, de que es mejor «no añadir las trivialidades de un debate literario y sociológico a lo que no tiene explicación». Y tampoco puedo estar de acuerdo con la idea de que «en presencia de ciertas realidades, el arte es trivial o impertinente». Encuentro en esto un toque de piedad, sobre todo al ver que Steiner no ha permanecido en silencio. Y sin duda alguna, por más que parezca casi cósmicamente, incomprensible, la personificación del mal que ha llegado a ser Auschwitz sólo es impenetrable mientras no intentemos penetrarlo, aunque sea de forma inadecuada. El propio Steiner añade inmediatamente que lo mejor que puede hacerse después de guardar silencio es «tratar de comprender». Yo he pensado que quizá sería posible entender Auschwitz haciendo un esfuerzo para comprender a Sophie, la cual, hay que decirlo, era como mínimo un haz de contradicciones. Aunque no era judía, sufrió tanto como cualquier judío superviviente de las mismas tribulaciones, y aun —como creo que podrá verse— en ciertos aspectos, más profundamente que la mayor parte de ellos. (Para muchos judíos es extremadamente difícil ver más allá de la consagrada furia genocídica de los nazis, y ello me hace pensar que el hecho de que Steiner, también judío, mencione sólo de pasada a los muchísimos no judíos —los millones de eslavos y gitanos— que fueron tragados por el engranaje de los campos de concentración y que murieron igual que ellos —aunque a veces menos metódicamente—, es menos un fallo tendencioso del autor que un perdonable vacío en su inquieta meditación.)

Si Sophie hubiera sido sólo una víctima —desamparada como una hoja arrastrada por el viento, un átomo humano, una persona sin voluntad, como tantísimos semejantes suyos que corrieron la misma suerte—, habría parecido meramente patética, uno de tantos seres extraviados y echados a Brooklyn por la tempestad, sin secretos que necesitaran ser revelados. Pero el hecho es que, en Auschwitz (según ella me fue confesando aquel verano), fue una víctima, sí, pero también una cómplice, un accesorio —por casual, ambigua y desprovista de propósitos definidos que fuese su postura— de los asesinatos en masa, cuyos morbosos y vaporosos residuos emanados de las chimeneas de Birkenau veía ella subir hacia el cielo en espiral cada vez que contemplaba las secas praderas otoñales desde las ventanas de la buhardilla de la casa de su cancerbero, Rudolf Höss. Y aquí residía una —entre otras— de las causas principales de su devastadora culpa; la culpa que ocultaba a Nathan y que, sin atisbo de su naturaleza o de su realidad, tan a menudo la torturaba. Porque no podía sacudirse de encima la opresiva idea de que en aquel momento de su vida había participado, hasta su límite, en una espantosa conspiración criminal. Y en ella había desempeñado el papel de una obsesiva y ponzoñosa antisemita, de alguien que aborrecía a los judíos de una forma apasionada, ávida y monótonamente pertinaz.

Sólo de dos acontecimientos importantes que tuvieron lugar en Auschwitz mientras ella estuvo allí, no me habló nunca Sophie y tampoco los mencionó a Nathan en ningún momento. Del primero de éstos, el día de su llegada al campo de concentración, ya he hablado, pero ella no me lo mencionó hasta las últimas horas que pasamos juntos. El segundo acontecimiento, referente a su breve contacto con Rudolf Höss durante el mismo

año de su llegada, y las circunstancias que condujeron a él, me lo describió una lluviosa tarde de agosto en el Maple Court. Aunque me contó sin rodeos su episodio con Höss y no omitió detalle a pesar de lo agitada que estaba en aquellos momentos —permitiéndome tener una imagen vivida y clara, como de algo observado inmediatamente, de lo que sucedió—, aquellos recuerdos, con la fatiga emocional y la tensión que le causaron, le hicieron interrumpir su relato y romper a llorar desconsoladamente. La historia quedó, pues, por terminar, y no tuve otro remedio que juntar más tarde como pude sus restantes pedazos. La fecha de aquel encuentro en la triste buhardilla de Höss fue —como su entrada en el campo de concentración el Día de los Inocentes— instantáneamente memorable, y sigue siéndolo todavía, porque coincidió con el cumpleaños de tres de mis héroes: mi padre, Thomas Wolfe y el salvaje Nat Turner, el fanático demonio negro cuyo fantasma excitó la imaginación de mi adolescencia y juventud. Fue el 3 de octubre, fecha que Sophie tenía indeleblemente registrada en la memoria por ser, también, el aniversario de su boda con Casimir Zawistowski en Cracovia.

«¿Y qué estaba haciendo —me pregunté luego a mí mismo, tratando de buscar más ejemplos de las especulaciones de George Steiner sobre la existencia de una siniestra y metafísica predestinación temporal— el bueno de Stingo, infante de Marina raso, en el momento de aquella terrible lluvia de cenizas?» Al interrogarme así, pensaba en las cenizas que cayeron bajo la forma de una cortina translúcida, pero tan espesa que, según las propias palabras de Sophie, «podías notar su gusto en los labios como si fuese arena...», las cenizas de unos dos mil cien judíos de Atenas y de las islas griegas que oscurecían de tal modo el panorama que ella contemplara anteriormente con perfecta claridad, que habríase dicho que el viento acababa de traer un banco de niebla de los pantanos del Vístula. La respuesta a mi pregunta no puede ser más simple. Estaba escribiendo una carta de felicitación de cumpleaños, muy apropiada para un padre que siempre concedió gran valía a cualquier garabato mío, por insignificante que fuese (incluso en mi más temprana juventud), convencido de que yo estaba destinado a ser una futura lumbrera literaria. Extracto aquí el párrafo central de dicha misiva que seguía a una afectuosa expresión de felicidades. Hoy me siento profundamente horrorizado por la necedad de colegial que refleja, pero creo que merece ser citada para ofrecer una imagen más clara de su deslumbrante y quizás incluso aterradora incongruencia. Pido comprensión al lector que tenga alguna idea de cómo estaban las cosas por aquel entonces. Además, yo sólo tenía dieciocho años:

Destacamento de Infantería de Marina
Unidad de Instrucción Naval Y-I2 de los EE.UU.
Universidad Duke, Durham, Carolina del Norte
3 de octubre de 1943

... de todos modos, papá, mañana Duke juega con Tennessee y el ambiente es de pura (aunque contenida) histeria. Naturalmente, tenemos grandes esperanzas y es casi seguro que cuando recibas la presente tendremos ya más motivos para saber si Duke avanza lo suficiente en el campeonato para tener opción, ¿quién sabe?, a ganar la copa, puesto que si vencemos al Tennessee —que es nuestro rival más fuerte— nos quedará muy despejado el

camino hasta el final de la temporada. Claro que Georgia parece fuerte, y son muchos los que están apostando a que será campeón de liga. Dicen que es lo mismo que una carrera de caballos. ¿Qué te parece? Por cierto, ¿ha llegado a tus oídos el rumor de que puede que la final de copa se juegue aquí (tanto si quedamos los primeros como si no) porque el gobierno ha prohibido las grandes reuniones de gente en California? Al parecer, por temor a posibles sabotajes de los japoneses. Esos pequeños monos son capaces de cualquier cosa con tal de cargarse a unos cuantos norteamericanos, ¿no crees? De todos modos, sería estupendo que el partido final se jugara aquí. Quizá podrías venir de Virginia para presenciar el gran acontecimiento, tanto si Duke juega como si no. Estoy seguro de que te he dicho esto por una coincidencia puramente alfabética (en el servicio militar todo es alfabético); Pete Strohmyer y Chuckie Stutz son aquí mis compañeros de habitación. Todos estamos aprendiendo a ser unos estupendos oficiales de Marina. El año pasado, Stutz fue uno de los jugadores más destacados del equipo de Auburn, y creo que no necesito decirte quién es Strohmyer, claro está. Los periodistas llenan continuamente esta habitación como si fueran ratones [precoz aptitud para la metáfora]. Tal vez hayas visto la foto de Strohmyer en la revista *Time* de la semana pasada junto con el artículo en que lo llamaban el corredor de *field* más espectacular desde Tom Harman, y tal vez desde Red Grange. También es un tío estupendo, papá, y pecaría de insinceridad si admitiera que no me va mal asolearme con la gloria reflejada, especialmente desde que las señoritas que revolotean alrededor de Strohmyer son tan numerosas (y deliciosas) que siempre hay alguna para tu hijo Stingo, que se queda siempre comiendo pavo en todas partes, pero en plan masculino. El pasado final de semana, después del partido de Davidson tuvimos un baile fantástico...

Los dos mil cien judíos griegos que estaban siendo gaseados y quemados mientras yo escribía esta carta, me indicó Sophie, no constituyeron un récord dentro del continuo exterminio en masa que tenía lugar en Auschwitz; la eliminación de judíos húngaros del año siguiente —supervisada personalmente por Höss, que regresó al campo de concentración tras varios meses de ausencia para coordinar dicha liquidación, tan ansiosamente esperada por Eichmann, en el curso de una operación bautizada *Aktion Höss*— incluyó múltiples matanzas de mucha mayor magnitud. Sin embargo, este asesinato en masa de judíos griegos, por el momento especial de la evolución de Auschwitz-Birkenau en que se realizó, fue enorme, uno de los mayores perpetrados hasta entonces, y además resultó complicado por problemas logísticos y consideraciones de espacio y distribución desconocidos hasta aquel momento, al menos en un nivel tan alto de complejidad. Mediante cartas enviadas por servicio expreso militar y marcadas «*streng geheim*» («ultrasecreto»), Höss tenía por norma informar al Reichführer de las SS, Heinrich Himmler, respecto a la naturaleza general, estado físico y composición estadística de las «selecciones» —con una frecuencia diaria y, a veces, de varias cartas en un solo día—, en virtud de las cuales los judíos que llegaban por ferrocarril eran separados en dos categorías: los que se hallaban en buenas condiciones físicas, es decir, los que gozaban de suficiente salud para trabajar por algún tiempo; y los que estaban en malas condiciones físicas, que eran inmediatamente condenados. Por ser demasiado jóvenes, o demasiado

viejos, por su mala salud, por los desastrosos efectos del viaje o por el agravamiento de enfermedades que ya padecían, eran relativamente pocos los judíos llegados a Auschwitz de cualquier país que fueran considerados aptos para trabajar; en cierta ocasión, Höss informó a Eichmann de que el promedio de los seleccionados para sobrevivir algún tiempo oscilaba entre el veinticinco y el treinta por ciento. Pero por alguna razón, los judíos griegos se valoraron menos que los judíos de cualquier otro grupo nacional. Los judíos que llegaron en los trenes procedentes de Atenas fueron considerados tan débiles por los médicos de las SS encargados de las selecciones, que sólo algo más de un diez por ciento fueron enviados al lado derecho del andén de la estación: el lado asignado a los que seguirían viviendo para trabajar.

Höss quedó desconcertado ante este fenómeno; profundamente desconcertado. En una comunicación dirigida a Himmler aquel 3 de octubre —día que Sophie recordaba por haber empezado a sentir los fríos otoñales—, a pesar de que el tenebroso humo que penetraba en todas partes con su hediondez, atenuaba la existencia de una de cuatro posibles razones, o quizás una combinación de las cuatro, para explicar el lastimoso estado de los judíos griegos al ser sacados de los vagones de ganado en que viajaban, hasta el punto de que muchos de ellos llegaron muertos o casi muertos: mala nutrición en el lugar de origen; la excesiva distancia recorrida combinada con las malas condiciones de las vías férreas de Yugoslavia, país que tenían que cruzar los trenes de deportados; el brusco cambio que experimentaban al pasar del clima seco y suave de un país mediterráneo, a la atmósfera húmeda y fría de la región del alto Vístula (aunque Höss añadía, en un aparte poco característico del rango estrictamente oficial que daba a todos sus informes, que incluso este factor resultaba desconcertante porque, al menos en verano, la temperatura de Auschwitz era «más ardiente que dos infiernos»); y por último, un rasgo de carácter, la *Ratlosigkeit*, el desconcierto propio de los habitantes de climas meridionales, y por lo tanto común a la gente de débil naturaleza moral, que simplemente no les permitía resistir la conmoción de encontrarse desarraigados y efectuando un viaje con destino desconocido. Por su desaliño, le recordaban a los gitanos, aunque éstos eran más aptos para viajar. Dictando sus pensamientos lenta y ponderadamente a Sophie, con un acento bastante áspero, uniforme y sibilante que ella había reconocido desde el primer momento como el de un alemán septentrional de la región del Báltico, se detenía sólo para encender sus cigarrillos (fumaba sin parar: Sophie había observado que los dedos de su mano derecha, pequeños e incluso rechonchos para una persona tan delgada, estaban manchados de un tono castaño) y para reflexionar durante unos segundos, apoyada ligeramente la mano sobre el entrecejo, respecto a lo que iba a decir. En una de aquellas ocasiones se volvió hacia ella para preguntarle cortésmente si le dictaba con demasiada rapidez.

—*Nein, mein Kommandant*— respondió Sophie.

El venerable método de taquigrafía alemana (Gabelsberger) que ella aprendió a los dieciséis años en Cracovia, y que empleaba muy a menudo para ayudar a su padre, había vuelto a su memoria con notable facilidad después de varios años sin practicarlo; quedó sorprendida de la destreza y velocidad que aún conservaba, y susurró una pequeña oración de gracias a su progenitor, quien, aunque ya enterrado en Sachsenhausen, le había facilitado este medio de salvación. Su mente estaba parcialmente ocupada en aquel momento por la imagen de su padre —el «profesor Bieganski»: a menudo Sophie pensaba

así en su padre a causa de lo seria y distante que había sido la relación entre ambos—, incluso cuando Höss, parado en medio de una frase, aspiró el humo de su cigarrillo, tosió con flemática tos de fumador y se quedó mirando con fijeza, a través del cristal de la ventana, la seca pradera de octubre, con su rostro anguloso, atezado y no precisamente feo envuelto en pequeñas nubes azules de tabaco. En aquel momento, el viento barría el humo de las chimeneas de Birkenau y la atmósfera era clara. Aunque en el exterior el tiempo era frío, casi helado, en la buhardilla de la casa del comandante, bajo un tejado pronunciadamente inclinado, la temperatura conservaba una tibieza que la hacía agradable, gracias en parte al brillante sol de primera hora de la tarde que penetraba en la habitación. Varias moscas de gran tamaño, aprisionadas por los cristales de la ventana, zumbaban sordamente en el momentáneo silencio o hacían pequeñas incursiones aéreas para volver pronto a su base y quedarse quietas. Había también dos avispas que volaban medio atontadas. La habitación estaba blanqueada con aséptica pulcritud, como un laboratorio; era limpia, sobria, austera. Era el estudio privado de Höss, su santuario y su refugio, y también el lugar donde realizaba su trabajo más personal, más importante y confidencial. Ni siquiera a sus adorados hijos, que correteaban por los otros tres pisos de la casa, se les permitía entrar allí. Era la guarida de un burócrata con sensibilidades sacerdotales.

Escasamente amueblada, la estancia contenía una mesa de vulgar madera de pino, un mueble fichero, cuatro sillas de respaldo recto y una cama turca en la que Höss descansaba en busca de alivio para las jaquecas que lo acometían de vez en cuando. Había un teléfono, pero solía estar desconectado. Sobre la mesa, se veía cierta cantidad de papeles oficiales cuidadosamente apilados, una ordenada colección de plumas y lápices, y una pesada y negra máquina de escribir con la marca Adler esmaltada. Desde hacía una semana y media, Sophie permanecía muchas horas sentada allí tecleando correspondencia en aquella máquina o en otra, más pequeña (que se guardaba debajo de la mesa cuando no se usaba), de teclado polaco. Algunas veces, como ahora, dejaba su silla habitual para sentarse en cualquiera de las otras al objeto de estenografiar lo que Höss le dictaba, cosa que solía hacer en rápidas parrafadas separadas por pausas casi interminables —pausas en las que era casi audible el sordo rumor del discurrir de su pensamiento, el coagulado raciocinio gótico—, durante las cuales Sophie permanecía con la mirada fija en las paredes, exentas del menor adorno, a excepción de una obra kitsch supremamente grandiosa que ella ya vio el primer día: un Adolf Hitler de perfil heroico, al pastel, cubierto, como un caballero del Santo Grial, con una armadura de acero inoxidable de Solingen. Para adornar aquella celda monacal, más apropiado habría sido el retrato de Jesucristo. Höss seguía rumiando, rascándose su mandíbula casi peninsular; Sophie esperaba. Él se había quitado su chaqueta de oficial; tenía desabrochado el cuello de la camisa. Allí arriba reinaba un silencio etéreo, casi irreal, sólo roto por dos sonidos mezclados, aunque débiles; un ruido compuesto que ya formaba parte del ambiente de Auschwitz y que era tan rítmico como el oleaje del mar: el resoplido de las locomotoras y el remoto estruendo del entrechocar de vagones de carga.

—*Es kann kein Zweifelsein...* —prosiguió Höss, y se detuvo bruscamente—. «Es incuestionable que...» No, es demasiado directo. Debiera decir algo menos afirmativo, ¿no es cierto?

Era una pregunta ambigua. Acababa de hablar como ya lo había hecho alguna vez con anterioridad, con un extraño e inquisitivo doble sentido en el tono de su voz, como si deseara pedir la opinión de Sophie sin comprometer su autoridad al hacerlo. En realidad, era una pregunta dirigida a ambos. Cuando conversaba, Höss tenía una gran facilidad de palabra. En cambio su estilo epistolar, como había observado Sophie, aunque funcional y gramaticalmente correcto, caía a menudo en períodos pesados, confusos y laberínticos; tenía los ritmos prosaicos y mecánicos de un hombre educado en un ambiente militar, de un perenne subalterno. Höss se encontraba en una de sus tediosas pausas.

—*Aller Wahrscheinlichkeit nach* —sugirió Sophie, indecisa, aunque no tanto como lo habría estado algunos días antes—. Creo que esto no es tan directo.

—«Con toda probabilidad» —repitió Höss—. Sí, me parece bien. Da más libertad al Reichführer para que forme su propio juicio al respecto. Escríbalo, pues, seguido de...

Sophie notó en su interior una llamarada de gozo, casi de placer, ante esta observación. Tuvo la sensación de que se había abierto una ligera brecha en la barrera que los separaba, después de tantas horas de trato, precisamente por parte de él, un hombre de metálica impersonalidad, que mostraba una completa indiferencia por cuanto no fuera el tema de sus comunicaciones, dictadas con el glacial desapego de un autómatas. Sólo una vez, justamente el día anterior y por un breve instante, había bajado Höss aquella barrera. Sophie no estaba segura, pero creía haber detectado un indicio de afectuosidad en su voz, y ahora parecía hablarle a ella, a un ser humano identificable, más bien que a una trabajadora esclava, *eine schmutzige Polin*, una inmunda polaca, arrancada del enjambre de hormigas enfermas y moribundas gracias a un increíble golpe de suerte (o gracias a Dios, pensaba a veces ella con devoción) y porque era indudablemente una de las pocas personas allí prisioneras, si no la única, que además de dominar a la perfección el polaco y el alemán, sabía escribir a máquina usando teclados de ambas lenguas y podía escribir al dictado según el método Gabelsberger. Acababa entonces de anotar taquigráficamente el penúltimo párrafo de Höss a Himmler: «Con toda probabilidad, pues, deberá reconsiderarse el problema del transporte en caso de preverse nuevas deportaciones de Atenas para un futuro inmediato. Por haber resultado muy sobrecargado el mecanismo de la Operación Especial en Birkenau, se sugiere respetuosamente que, por lo que respecta a la cuestión específica de los judíos griegos, se considere la posibilidad de alternar los destinos con otros lugares de los territorios ocupados del Este, tales como los campos de Treblinka o Sobibor».

Entonces Höss hizo una pausa y encendió un nuevo cigarrillo con la colilla del anterior. Su mirada se detuvo, como en un breve ensueño, en algo que veía al otro lado de la ventana, cuyos postigos estaban medio abiertos. De pronto lanzó una pequeña exclamación, lo suficientemente fuerte para que Sophie pensara que algo andaba mal. Pero no, una rápida sonrisa iluminó su rostro al tiempo que dejaba escapar un «¡Aaah!» y se inclinaba hacia adelante para ver mejor lo que había llamado su atención en el campo que se extendía junto a la casa. «¡Aaah!», profirió de nuevo, extasiado, conteniendo el aliento..., y entonces dijo a Sophie, casi en un susurro:

—¡Rápido! ¡Venga aquí! —Ella se levantó y dio unos pasos hasta quedar a su lado, muy cerca de él, tan cerca que podía notar el roce de su uniforme, y dirigió también su mirada al campo—. *Harlekin!* —exclamó—. ¡Qué hermoso es!

Un semental árabe blanco estaba describiendo en el campo, en un raptó de vitalidad, un gran óvalo con su galope, todo músculos y velocidad, rozando la cerca del improvisado picadero con una blanca cola que flotaba en lo alto como un penacho de humo. Sacudía su noble cabeza con arrogante y descuidado placer, como si estuviera totalmente poseído por la fluida gracia que esculpía y daba movimiento a sus patas y cuartos traseros y por la saludable fuerza que daba energía a su ser. Sophie había visto el semental en otras ocasiones, pero nunca en un momento de tan poético dinamismo. Era un caballo procedente de Polonia, uno de los premios de la guerra, y pertenecía a Höss.

—*Harlekin!* —volvió a exclamar Höss, embelesado por el espectáculo—, ¡Qué maravilla!

El semental galopaba solo; no se veía a nadie, sólo algunas ovejas que pastaban. Más allá del campo, agazapados en el horizonte, se divisaban unos oscuros y espesos bosques que comenzaban a adquirir los tonos plomizos del otoño de Galitzia. Varias casas de labor abandonadas moteaban las cercanías de la zona, boscosa. Por gris y desolado que fuese el panorama, Sophie lo prefería a la vista que ofrecía la otra ventana de la habitación: una bulliciosa y superpoblada perspectiva del andén del ferrocarril donde tenían lugar las selecciones y, más allá, los cuarteles de ladrillo pardo, escena que estaba coronada por un gran letrero metálico arqueado en el que, desde la buhardilla, podía leerse de frente: «ARBEIT MACHT FREI» (El trabajo libera). Sophie se estremeció al notar, al mismo tiempo, una vaga bocanada de aire sobre su cuello y las yemas de los dedos de Höss en el borde de su hombro. Nunca la había tocado; Sophie sintió que un nuevo estremecimiento recorría todo su cuerpo, a pesar de que consideró aquel contacto totalmente impersonal.

—¡Fíjese en *Harlekin!* —siguió diciendo Höss en voz baja. El majestuoso animal corría como el viento junto a la cerca, cuya curva seguía, dejando tras de sí un remolino de polvo ocre—. Los mejores caballos del mundo son estos árabes polacos. ¡Y éste los gana a todos!

El caballo se perdió entonces de vista y, bruscamente, Höss indicó con un gesto a Sophie que volviera a sentarse para continuar el dictado.

—¿Dónde estaba? —preguntó. Ella le leyó el último párrafo—. Ah, sí... —confirmó—. Termine, pues, con esto: «Mientras se espera nueva información, se confía en que la decisión tomada por este mando de emplear la mayor parte de los judíos griegos sanos en el Destacamento Especial de Birkenau sea aprobada. Las circunstancias parecen aconsejar que los más débiles estén próximos a la Operación Especial». Párrafo final. *Heil Hitler!* Póngale el antefirma de costumbre y mecanográfuela enseguida.

Sophie obedeció rápidamente, sentándose ante la máquina de escribir con una hoja de papel para el original y cinco para las copias. Mantuvo la cabeza inclinada hacia su trabajo, aunque no tanto como para dejar de advertir que Höss había cogido un manual oficial y se había puesto a leerlo al otro lado de la mesa. Se cercioró de ello con una mirada de soslayo y vio que no se trataba de un manual de las SS, sino un libro de color azul pizarra; era un manual para uso de los oficiales de intendencia del ejército, con un título que casi ocupaba toda su cubierta: *Métodos perfeccionados para medir y predecir las filtraciones de los depósitos sépticos bajo condiciones desfavorables de suelo y clima*. «¡Cuán poco tiempo malgastaba Höss!», pensó ella. Apenas habían transcurrido uno o dos segundos entre sus últimas palabras y el instante en que cogió el manual, en el que ahora estaba totalmente absorto. Sophie tenía la impresión de sentir todavía el contacto de aquellos dedos en su

hombro. Bajó la mirada para mecanografiar la carta, sin inmutarse ni un momento por la cruel información que ocultaban —ella lo sabía— los circunloquios finales de Höss: «Operación Especial», «Destacamento Especial». Eran pocos los prisioneros del campo de concentración que ignoraban la realidad de aquellos eufemismos, y que, de haber tenido acceso a la comunicación de Höss, no hubiesen podido traducirla libremente así: «Puesto que los judíos griegos ofrecen un estado tan patético, y como a fin de cuentas no tardarán en morir, creemos haber procedido correctamente al destinarlos a la unidad de comandos de la muerte de los crematorios, donde se encargarán de trasladar los cadáveres, de extraerles el oro de los dientes y de llevarlos a los hornos, hasta que también ellos, agotados sin posible recuperación, queden listos para el gas». Ésta era la adaptación de la prosa de Höss que cruzaba por la mente de Sophie mientras mecanografiaba las palabras y articulaba un concepto que sólo seis meses antes, cuando llegó, habría sido para ella tan monstruoso como increíble, pero que ahora, registrado por su conciencia como una fugaz mención de algo inherente a aquel nuevo universo en que vivía, era un hecho tan corriente como ir a comprar el pan a la panadería en el otro mundo que había conocido.

Terminó la carta sin una falta, y puso con tan vigorosa precisión el punto de exclamación final del viva al Führer, que su teclazo produjo en la máquina un tintineo cuyo débil eco resonó unos instantes. Höss levantó los ojos de su manual y, con un gesto, pidió a Sophie la carta y una pluma estilográfica, cosas que ella se apresuró a entregarle. Esperó de pie mientras él escribía una posdata en un rectángulo de papel que ella había fijado con un clip al pie del original. Según su costumbre, Höss murmuró rítmicamente las palabras que fue escribiendo: «Querido Heini: Lamento no poder coincidir contigo mañana en Posen, adonde se dirige esta carta por correo aéreo especial. Suerte en tu alocución a los “chicos” de las SS. Rudi». Devolvió la carta a Sophie y le dijo:

— Esta carta debe mandarse enseguida, pero haga primero la del sacerdote.

Ella volvió a la mesa, y con gran esfuerzo levantó el plúmbeo artefacto alemán, que dejó en el suelo para reemplazarlo por la máquina polaca. Fabricada en Checoslovaquia, era menos pesada y menos antigua que la alemana; también era más rápida, y muy suave para los dedos de la mecanógrafa. Sophie comenzó a teclear, traduciendo el texto taquigráfico que Höss le había dictado la tarde anterior; era una carta referente a un problema de menor importancia, aunque delicado, pues tenía que ver con las relaciones entre el comandante y una comunidad religiosa vecina. A ella, el caso le traía reminiscencias de *Los Miserables*, aquella obra que tanto le gustó y que tan bien recordaba. Höss había recibido una carta del párroco de un pueblo cercano..., pero fuera de la zona que rodeaba aquel monstruoso oasis, la cual había sido limpiada de habitantes polacos. El cura se quejaba de que algunos guardianes del campo (cuyo número exacto se desconocía) habían entrado ebrios en la iglesia por la noche, llevándose del altar un par de valiosísimos candelabros, irremplazables por supuesto, pues eran unas obras de arte del siglo XVII cinceladas a mano. Sophie había traducido la carta a Höss en voz alta, pues estaba escrita en polaco, y mientras leía se dio cuenta de su audacia e incluso de su descaro: una de estas dos cosas, o quizás un arranque de simple estupidez, habían impelido a un insignificante párroco a dirigir semejante comunicación al comandante de Auschwitz. Con todo, el escrito reflejaba cierta astucia; su tono resultaba tan obsequioso que rozaba el servilismo («que me interfiera en el valioso tiempo del honorable comandante»), cuando no era

benévolo al juzgar la falta cometida («y comprendemos que el uso excesivo del alcohol pueda provocar una travesura, sin duda llevada a cabo sin mala intención»), pero en realidad el pobre párroco había escrito su misiva en un estado de frenética desdicha — aunque controlada—, dando a entender que él y su rebaño habían sido desposeídos de su más venerado tesoro, como así era. Al leer la carta en voz alta, Sophie recalcó su tono obsequioso, que en cierta medida disimuló la maníaca desesperación del cura, y al terminar oyó que Höss lanzaba un gruñido de contrariedad.

—¡Candelabros! —exclamó—. ¿Por qué he de tener problemas de esta clase?

Sophie alzó la mirada a tiempo de ver en los labios de Höss una sonrisa autoburlona. Después de tantas horas de soportar la presencia impersonal y mecánica de aquel hombre —cuando cualquier palabra interrogante que le hubiera dirigido estaba siempre estrictamente relacionada con la taquigrafía y las traducciones—, Sophie se dio cuenta de que esta vez, sin lugar a dudas, la retórica pregunta iba dirigida directamente a ella. Aquello la cogió tan desprevenida que el lápiz se le escapó de la mano. Sus labios se abrieron instintivamente, pero no supo devolverle la sonrisa.

—La iglesia... —dijo el comandante—. Hemos de ser corteses con la iglesia local, aunque se trate de una simple aldea. Es una buena norma.

Sophie, en silencio, se inclinó y recogió el lápiz del suelo.

Y entonces Höss, dirigiéndose a ella, dijo:

—Usted debe de ser católica romana, ¿verdad?

Sophie no notó el menor sarcasmo en estas palabras, pero aun así no pudo responder enseguida. Cuando por fin lo hizo, contestando afirmativamente, se sintió llena de confusión al advertir que de modo espontáneo, sin darse cuenta, había añadido un «¿Y usted?» a su aserción. Sintió que su rostro enrojecía, al tiempo que captaba la estupidez de su pregunta.

Pero con sorpresa y alivio, comprobó que Höss permanecía inexpresivo y que su voz era por completo indiferente cuando dijo:

—Era católico, pero ahora sólo soy un *Gottgläubiger*. Es decir, creo que hay una deidad..., en algún sitio. Antes tenía fe en Cristo... —hizo una pausa— pero ahora he roto con el cristianismo.

Y eso fue todo. Lo había dicho con la misma indiferencia con que hubiera podido hablar de una prenda de ropa usada. No añadió nada más de carácter personal, y todo volvió a la normalidad cuando dio instrucciones a Sophie para cursar un memorándum al Sturmbannführer de las SS Fritz Hartjenstein, el comandante que mandaba la guarnición de las SS, ordenándole que efectuara un registro en los cuarteles de los guardianes para buscar los candelabros, y que se hicieran todos los esfuerzos necesarios para descubrir a los culpables, los cuales deberían ser entregados al jefe de policía militar del campo a efectos disciplinarios. Y así lo escribió ella. Un memorándum por quintuplicado, del que debería enviarse una copia al Oberscharführer de las SS Kurt Knittel, jefe de la Sección VI (*Kulturabteilung*) y supervisor de instrucción y educación política de la guarnición; y también al Sturmbannführer de las SS Konrad Morgen, comandante jefe de la comisión especial de las SS para la investigación de las prácticas corruptas en los campos de concentración. Después, Höss volvió a ocuparse de las angustias del cura párroco, dictando una carta en alemán a Sophie y ordenándole que la tradujera al idioma del

sacerdote, lengua en la que ahora, un día después, la estaba pasando a máquina, encantada al ver que podía convertir la chatarra de la prosa alemana de Höss en filamentos de oro polacos finamente articulados: «Estimado padre Chybinski: Nos sorprende y apenas enterarnos del acto vandálico cometido en su iglesia. Nada es tan doloroso para nosotros como la idea de la profanación de objetos sagrados, por lo que emplearemos todos los medios de que dispone este mando para hacer que le sean devueltos sus inapreciables candelabros. Si bien se han inculcado a los soldados de esta guarnición los más elevados principios de disciplina que enorgullecen a cada miembro de las SS —lo mismo que a todo alemán que se halle sirviendo en territorios ocupados—, es inevitable que ocurra algún desliz, por lo que esperamos tendrá a bien comprender...». Y la máquina de escribir de Sophie siguió repiqueteando en el silencio de la buhardilla mientras Höss permanecía profundamente interesado por los diagramas de letrinas y pozos negros, en tanto que las moscas revoloteaban zumbantes y los distantes vagones de carga continuaban retumbando como una tormenta de verano.

En el momento de terminar la carta (tecleando el inevitable «Heil, Hitler!»), el corazón de Sophie dio de nuevo un vuelco: Höss acababa de hablarle, y ella alzó la mirada para darse cuenta de que él la miraba directamente a los ojos. Aunque el ruido de la máquina había impedido que sus palabras le llegasen con claridad, estaba casi segura de que le había dicho:

—Lleva usted un pañuelo muy bonito.

Su femenina mano se levantó inquieta automáticamente..., terminando, en un gesto de coquetería instintiva, por tocarse el pañuelo que le cubría la cabeza. El pañuelo, de color verde y a cuadros, hecho de muselina barata y cosido por manos de prisionera, le ocultaba sus ridículos mechones ensortijados, que le volvían a crecer en antiestéticas guedejas después de haberle sido cortadas al rape exactamente seis meses'antes. Aquél era un raro privilegio; sólo las afortunadas prisioneras que trabajaban en aquella casa —conocida por Haus Höss— tenían permiso para esconder la degradante calvicie que, en mayor o menor grado, todos los prisioneros padecían en aquel mundo herméticamente cerrado. El minúsculo grado de dignidad que aquel rectángulo de tela confería a Sophie era algo por lo que ella sentía una gratitud más bien escasa, aunque sincera.

—*Danke, mein Kommandant!* —se oyó decir a sí misma, vacilante, dándole las gracias. La sola idea de conversar con Höss, en cualquier nivel superior a (o fuera de) su condición de escriba, la llenaba de aprensión y de un nerviosismo casi visceral. Pero al mismo tiempo su excitación se acentuaba porque conversar con Höss era algo que en realidad ella deseaba con vehemencia. Se le encogió el estómago de miedo; no miedo del propio comandante, sino de su posible falta de valor, de no tener la habilidad, el poder de improvisación, la sutileza, el don histrionico, en fin, la facultad de convencer seduciendo, con la que tan desesperadamente ansiaba hacerlo más vulnerable y manejarlo de modo que quizá llegara a doblegarse a las modestas exigencias de su voluntad—. *Danke schon!* —«muchas gracias», añadió con torpeza, con una voz inexcusablemente alta, pensando: «¡Calla, estúpida, no te precipites, pensará que eres una tontuela!». A continuación, pues, le expresó su gratitud con una voz más suave, y con cierta premeditación pestañeó y le devolvió formalmente la mirada—. Lotte me lo dio —explicó—. Es uno de los dos pañuelos que le regaló Frau Höss, y Lotte me lo ofreció. Me cubre muy bien la cabeza. —Y

pensó: «Ahora calma. No hables demasiado; de momento, cállate. Todavía no».

Höss estaba examinando la carta para el párroco, aunque, según reconocía él mismo, no entendía una sola palabra de polaco. Sophie, que se había quedado observándolo, le oyó decir en un tono aturdido: «Diese unerträgliche Sprache...», torciendo luego los labios para adaptarlos a alguna de las impronunciabiles palabras de aquel «idioma imposible», aunque pronto abandonó el esfuerzo y se levantó.

—Bueno —dijo—. Espero que esto calme a ese desdichado padrecito.

Con la carta en la mano, dio unos pasos hacia la puerta de la buhardilla, la abrió y, desapareciendo momentáneamente, llamó al Untersturmführer Scheffler, su ayudante, que siempre esperaba en la planta baja dispuesto a cumplir cualquier orden perentoria. Sophie escuchó cómo Höss, con la voz amortiguada por las paredes, daba instrucciones a Scheffler para que un mensajero enviara inmediatamente la carta a la iglesia. Desde abajo, pareció responder Scheffler con voz respetuosa pero irreconocible por la distancia:

—¡Enseguida subo, señor!

—¡No, ya bajaré yo! —gritó Höss con impaciencia.

Había algún malentendido que el comandante quería rectificar, según dedujo Sophie de los gruñidos que se dirigía a sí mismo mientras los duros tacones de sus botas de montar resonaban pesadamente por la escalera, hacia la planta baja, donde le esperaba el ayudante, un joven teniente de Ulm de rostro severo e inexpresivo. Después siguieron oyéndose las voces de ambos, pero más débiles, como en un opaco coloquio. Entonces, de entre aquel murmullo Sophie oyó algo que —aunque insignificante y fugaz— permanecería grabado en su memoria, entre muchos otros recuerdos fragmentarios de aquel tiempo y aquel lugar, como la más imperecedera sensación recibida. Al oír la música, dedujo que procedía de la gramola eléctrica que presidía la sala de estar cuatro pisos más abajo, una habitación repleta de muebles tapizados con predominio de los colores adamascados. El aparato había estado tocando casi constantemente durante la semana y media que ella llevaba viviendo bajo el techo de Höss; por lo menos, siempre que había estado cerca del altavoz, bien cuando se hallaba en el pequeño y húmedo rincón del sótano, en el que dormía sobre un jergón de paja, bien cuando se encontraba allí mismo, en la buhardilla, y la puerta, abriéndose y cerrándose intermitentemente, permitía oír un instante unos sonidos que la mayor parte del tiempo flotaban hasta los aleros de la casa sin que ella llegara apenas a oírlos.

Sophie no hacía ningún esfuerzo para escuchar aquella música —más bien la ignoraba por completo—, pues siempre se componía de ruidosos y vacíos ritmos alemanes, canciones humorísticas tirolesas, conjuntos de acordeones y órganos de timbres y campanas, todo ello sazonado con sentimentales, lacrimosos y reiterativos aires de los cafés y salas de fiestas de Berlín, especialmente con gritos salidos del corazón como «Nur Nicht aus Liebe weinen», gorjeado por Zarah Leander, el ave canora favorita de Hitler, tocados una y otra vez con despiadada y monótona obsesión por la señora del castillo: Hedwig, la deslumbrante, enjoyada y estridente esposa de Höss. En cambio Sophie había codiciado la gramola por sí misma, hasta que la sintió como una herida en su pecho cada vez que se atrevía a mirarla disimuladamente cuando tenía que atravesar la sala de estar en sus viajes desde su alojamiento subterráneo a la buhardilla y viceversa. Aquella estancia era la réplica de una ilustración que había visto cierta vez en una edición polaca

de *Almacén de antigüedades*; rebosante de antigüedades francesas, italianas, rusas y polacas de todas las épocas y estilos, parecía la obra de un chiflado decorador de interiores que hubiera volcado sobre el brillante parqué los sofás, sillones, mesas, escritorios, canapés, divanes y rechonchas otomanas de un embriónico palacio y se hubiese empeñado en embutir en un espacio grande pero no inmenso los muebles de una docena de habitaciones. Aun en medio de aquel espantoso amasijo, la gramola, hecha de opulenta madera de cerezo, conseguía destacar con su aspecto de falsa antigüedad. Sophie nunca había visto un tocadiscos que amplificara la música electrónicamente —su experiencia sobre el particular se limitaba a frágiles aparatos que funcionaban manualmente—, y la desesperaba el hecho de que aquel maravilloso aparato sólo diera voz a la basura. Una mirada más detenida que las otras al pasar le reveló que era una Stromberg Carlson, marca que ella creyó sueca hasta que Bronek —un memo en apariencia, pero en realidad astuto prisionero polaco que hacía de hombre para todo en casa del comandante y era el principal portador de chismes e informaciones— le dijo que se trataba de una gramola norteamericana, capturada en alguna embajada extranjera occidental o en la mansión de algún hombre rico y llevada allí para ocupar un destacado lugar entre las montañas de presas —reunidas por Höss con frenética manía— procedentes de todas las habitaciones saqueadas de Europa. Alrededor de la gramola había montones de gruesos álbumes de discos con sus fundas acristaladas; encima del aparato se veía un gordo muñeco bávaro de sonrosado celuloide que, hinchadas las mejillas, tocaba un saxofón plateado. «Oh, Euterpe, dulce diosa de la música...», pensó Sophie en aquel momento, al oír, mientras esperaba que el comandante volviera a subir a la buhardilla:

*Die Himmel erzählen die Ehre
Gottes,
und seiner Hande Werk
zeigt an das Firmament!**

El delicioso coro, abriéndose camino a través de la susurrante conversación que Höss y su ayudante mantenían en la planta baja; produjo a Sophie una exaltación tan súbita que, temblorosa, se levantó de golpe de su silla como para rendir homenaje a lo inesperado. ¿Qué había sucedido? ¿Qué loco había puesto aquel disco en la gramola? ¿O podía haber sido la propia Hedwig Höss, perdiendo de pronto la razón? Sophie lo ignoraba, pero no importaba (más tarde se le ocurrió que podía haber sido Emmi, la segunda hija de Höss, una niña rabia de once años de cara pecosa y perfectamente circular que quizás, aburrida después del almuerzo, se hubiese dedicado a revolver los discos en busca de música nueva y de aire extranjero). No, no importaba. El extático hosanna recorrió su piel como unas manos divinas, tocándola como extático hielo; un escalofrío tras otro sacudió su carne; durante unos segundos que le parecieron interminables, la niebla y la noche de su existencia, a través de las cuales había tropezado como una sonámbula, se evaporaron como derretidas por el ardiente sol. Se acercó a la ventana. En el anguloso cristal vio el reflejo de su pálida cara enmarcada por el pañuelo a cuadros y, más abajo, las rayas blancas y azules de su blusa de prisionera; parpadeando, llorando, mirando con fijeza a

* Los cielos cantan la gloria de Dios, / y la obra de sus manos muestra el firmamento. (*N. del t.*)

través de la diafanidad de su propia imagen, vio de nuevo el maravilloso caballo blanco, que ahora pastaba; vio la pradera, las ovejas algo más allá y, todavía más lejos, como si se hallaran en los confines del mundo, el borde del pardo bosque otoñal, transmutado por la incandescencia musical en un soberbio friso de marchito pero majestuoso follaje, indignamente bello, fulgurante por obra de alguna gracia inmanente. «Padre nuestro...», comenzó en alemán. Anegada en lágrimas, arrebatada por el himno, cerró los ojos mientras el arcangélico trío cantaba su misteriosa loa a la rodante tierra:

*Dem kommenden Tage sagt es der
Tag.
Die Nacht, die verschwand
derfolgendenNacht..**

—Y entonces cesó la música —me dijo Sophie—. No exactamente entonces, sino después. Paró en medio del último pasaje, tal vez lo conozcas..., cuya letra en inglés creo que dice: «En todas las tierras resuena la Palabra...». Sí, cesó la música y sentí un gran vacío dentro de mí. No terminé el padrenuestro, la oración que había empezado. No sé..., pero me parece que fue en aquel momento cuando comencé a perder la fe. Y tampoco estoy segura de cuándo Dios me abandonó. O cuándo yo le dejé a él. De todos modos, sentí aquel vacío. Fue como encontrar algo precioso en un sueño en que todo te parece real... Quiero decir algo increíblemente precioso..., sólo para darte cuenta de que aquella cosa, o aquella persona, tan preciosa se ha ido. ¡Para siempre! ¡Me ha sucedido tantas veces en mi vida, eso de despertarme con la sensación de haber perdido algo importante! Y me pasó lo mismo cuando cesó aquella música y de repente supe, además como en una premonición, que jamás volvería a oírla. La puerta de la buhardilla aún estaba abierta, y todavía llegaban hasta mí las confusas palabras de la conversación que Höss y Scheffler sostenían en la planta baja. Y entonces Emmi, estoy segura de que fue Emmi, ¿sabes qué puso en la gramola? *La polca del barrilito*. Sentí una rabia... ¡Aquella puerca gordinflona, con aquella blanca cara de luna que parecía hecha de margarina! Habría sido capaz de matarla. Había puesto *La polca del barrilito* a tal volumen que debía de oírse en el jardín, en las barracas del campo, en los cuarteles y hasta en la ciudad. En Varsovia. ¡Y cantada en inglés!

»Pero sabía que tenía que dominarme, olvidar la música y pensar en otras cosas. También sabía que necesitaba usar, hasta la última migaja, toda la inteligencia que tenía, cada pizca de seso, creo que dirías tú, para conseguir lo que quería de Höss. Sabía que aquel hombre odiaba a los polacos, pero no importaba. Ya había abierto eso..., *comment diton? Fêlure?...* Sí, ¡grieta! Ya había abierto una grieta en la máscara, y debía seguir adelante porque el tiempo era *l'essentiel*. Bronek, el hombre para todo de que te he hablado, nos dijo una vez en el sótano a las mujeres de la casa que había oído rumorear que Höss pronto sería trasladado a Berlín. Así pues, debía actuar con rapidez si quería..., sí, ¿por qué no decirlo por su nombre?, seducir a Höss, aunque me diera asco sólo pensarlo. Claro que yo tenía la esperanza de poder seducirlo con mi mente más que con mi cuerpo. Eso, la esperanza de no tener que hacer uso de mi cuerpo si podía probarle ciertas

* El día anuncia el día venidero. / La noche pasada, anuncia la noche futura... (N. del t.)

cosas. Probarle nada menos, Stingo, que Sofía María Biegańska Zawistowska podía ser *eine scbmutzige Polin*, ¿sabes?, una sucia polaca, *ein Tier*, un animal, una esclava, *Dreckpolack*, nada más que una basura polaca, etcétera, pero que además, Stingo, era una nacionalsocialista tan estupenda y firme como pudiese serlo él, el propio Rudolf

Franz Höss, y que debía ser liberada de aquel cruel e injusto cautiverio. *Voilà!*

«Finalmente, bueno..., entonces volvió a subir. Podía oír el ruido de sus botas sobre los peldaños mezclado con *La polca del barrilito*. Pensé que era un buen momento para poner en práctica mi decisión: allí de pie, junto a la ventana, por el motivo que fuera, tenía más probabilidades de producirle un atractivo golpe de efecto. De parecer más sexy, ¿sabes? Perdona, Stingo, pero comprendes lo que quiero decir, ¿no? Dar la impresión, por mi aspecto y postura, de que quería eso, fornicar. Dar la impresión de que quería que Höss me pidiera que fornicase con él. Pero ¡ay mis ojos! Estaban enrojecidos de tanto llorar..., y todavía lloraba. Temía que aquello estropeará mi plan. Pero mi fuerza de voluntad me permitió dejar de llorar, y me sequé las lágrimas con el dorso de la mano. Para animarme me volví a contemplar la belleza de aquellos bosques, y entonces me pareció oír a Haydn. Pero de pronto cambió la dirección del viento, ¿sabes?, y pude ver cómo el humo del horno crematorio de Birkenau se extendía por los campos y la arboleda. Entonces, Höss entró.

Sophie había tenido suerte. Parecía imposible, pero en aquel momento de su permanencia en el campo de concentración, seis meses después de su llegada, no sólo gozaba de buena salud sino que se había ahorrado la mayor parte de las angustias del hambre allí reinante. Sin embargo, eso no significaba en modo alguno la abundancia. Siempre que rememoraba aquel período (del que raramente daba muchos detalles, y de ahí que a través de sus solas palabras yo no tuviera la sensación de hallarme ante la vida infernal que uno experimenta a veces a través de los relatos escritos; no obstante, era evidente que Sophie había visto, sentido y respirado el infierno), daba a entender que estaba bastante bien alimentada, pero sólo en comparación con el hambre mortal que sufrían, día tras día, los prisioneros comunes. En suma, que sus raciones no dejaban de ser escasas. Durante los diez días que había pasado en el sótano de la casa de Höss, por ejemplo, se alimentó con sobras de la cocina y desperdicios de la mesa de los Höss, principalmente restos de verduras y cartílagos de la carne, y aún gracias. Se las fue arreglando para sobrevivir ligeramente por encima del nivel de subsistencia, pero sólo gracias a la suerte. En todos los mundos de esclavos, pronto se crea un orden jerárquico, se establecen prioridades y situaciones de influencia y privilegio; a causa de su buena suerte, Sophie pudo formar parte de una pequeña elite.

Esta elite —quizás algunos centenares de personas entre los miles de prisioneros que poblaban Auschwitz— se componía de aquellos que por su astucia o su buena suerte habían podido cumplir alguna función indispensable, o por lo menos de vital importancia, para las SS. («Indispensable», tal como se aplicaba a los prisioneros de Auschwitz, equivalía a un *non sequitur*.) Tales deberes suponían una supervivencia temporal, o incluso prolongada, si se comparaban con las tareas de los incontables prisioneros del campo de concentración, los cuales, por su misma superfluidad y por la facilidad con que podían ser

sustituídos, sólo tenían un fin: trabajar hasta quedar agotados y ser eliminados después. Como cualquier grupo de hábiles artesanos, los miembros de la elite a que pertenecía Sophie (que incluía especialistas tan buenos como sastres de Francia y Bélgica — empleados en la confección de vestidos de calidad aprovechando las prendas arrebatadas a los judíos destinados a morir desde el momento en que pisaron el andén de llegada a la estación—, además de expertos zapateros y trabajadores del cuero, inmejorables jardineros, técnicos y mecánicos de diferentes grados y tipos de especialización, y un puñado que, como Sophie, estaban bien dotados en cuanto a idiomas y experiencia secretarial) se salvaban del exterminio por una razón tan simple y pragmática como la de que sus facultades eran preciosas, dentro de las limitaciones a que pudiese estar sujeta dicha palabra en el campo de concentración. Por lo tanto, hasta que un salvaje capricho de la suerte no los destruyese también a ellos —amenaza diaria y muy verosímil—, los componentes de esta minoría selecta no sufrían la rápida caída hacia la desintegración a que estaban destinados todos los demás.

Quizás ayude a clarificar lo que sucedió entre Sophie y Rudolf Höss un breve examen de la naturaleza y funcionamiento de Auschwitz en general y, especialmente, durante los seis meses posteriores a su llegada al campo de concentración a primeros de abril de 1943. Hago esta precisión temporal porque la considero importante. Es mucho lo que puede explicarse considerando la metamorfosis que experimentó el campo de concentración como resultado de una orden (que procedió, incuestionablemente, del Führer) recibida por Höss a través de Himmler durante la primera semana de abril. Era la orden más monumental y aniquiladora de cuantas se habían promulgado desde que la propia «solución final» salió de los fecundos cerebros de los taumaturgos nazis; es decir: las cámaras de gas y los hornos crematorios recientemente construidos en Birkenau sólo deberían emplearse para exterminar judíos. Este mandato vino a sustituir a las anteriores normas de procedimiento que permitían el gaseamiento de no judíos (principalmente polacos, rusos y otros eslavos) según lo determinaban, al igual que para los judíos, los criterios «selectivos» basados en la edad y la salud. Las nuevas directrices obedecían a ciertas necesidades tecnológicas y organizativas debidas no a alguna preocupación por parte de los alemanes respecto a la suerte que pudiesen correr los eslavos y demás deportados «arios» no judíos, sino a la obsesión exterminadora —que, surgida de Hitler, se había convertido en monomanía en las mentes de Himmler, Eichmann y sus despóticos secuaces de la escala jerárquica de las SS— de que debía intensificarse y proseguirse el asesinato masivo de judíos hasta que no quedara ni uno en Europa. En realidad, la nueva orden era una preparación del terreno para la acción: las instalaciones de Birkenau, con ser gigantescas, tenían ciertas limitaciones de espacio y de producción de calor; por eso se daba ahora a los judíos una prioridad —absoluta e incontestable— en las listas del *Massenmord* que les concedía una súbita y desacostumbrada exclusividad. Con pocas excepciones (los gitanos, por ejemplo), Birkenau se dedicó sólo a ellos. Sólo pensar en su enorme número «me hacía doler los dientes por la noche», escribió Höss para dar una idea de lo que le rechinaban y para demostrar que, pese a su falta total de imaginación, era capaz de construir alguna que otra frase crudamente descriptiva.

Por lo tanto, se revela en este punto la dualidad de funciones de Auschwitz: un lugar de concentración de prisioneros para su exterminio en masa y un enclave dedicado a la

práctica de la esclavitud. De una nueva forma de esclavitud, sin embargo; de una esclavitud infligida a seres humanos constantemente aniquilados y sustituidos. Esta dualidad se pasa a menudo por alto. «La mayor parte de la literatura sobre los campos de concentración ha tendido a recalcar el papel de éstos como lugar de ejecución —ha escrito Richard L. Rubenstein en su pequeña obra maestra *La astucia de la historia*—, pero es de lamentar que sean pocos los teóricos éticos o los pensadores religiosos que han prestado atención a un hecho político tan importante como el de que los campos de concentración fueron en realidad una nueva forma de sociedad humana.» Dicho libro, obra de un profesor de religión norteamericano, es pequeño por su número de páginas, pero muy grande si se considera el alcance de su sabia visión (el subtítulo «La muerte en masa y el futuro norteamericano» puede dar idea de su ambicioso y escalofriante intento de profecía y de síntesis histórica). No disponemos aquí de espacio para hacer justicia a su importancia y complejidad, o a las resonancias morales y religiosas que consigue transmitir; permanecerá, seguramente, como uno de los libros esenciales sobre la era nazi, como una horripilante y meticulosa autopsia y una apremiante consideración de nuestro incierto mañana. La nueva forma de sociedad creada por los nazis, sobre la que escribe Rubenstein (ampliando la tesis de Arendt), es una «sociedad de dominación total» a la que se llega por evolución directa de la esclavitud feudal tal como se practicó antaño en las grandes naciones de Occidente, y que alcanza su despótica apoteosis en Auschwitz mediante un concepto innovador que, por contraste, echa una luz benigna sobre la esclavitud de las plantaciones aun en los casos de mayor barbarie: un nuevo concepto basado en el simple y absoluto desgaste de la vida humana.

Es una teoría que elimina todas las vacilaciones anteriores sobre la persecución. Por endemoniadamente preocupados que hubieran estado a veces los tradicionales esclavistas del mundo occidental ante las dificultades de un exceso de población, los principios cristianos imperantes nunca les permitieron pensar en nada parecido a una «solución final» para resolver el problema del exceso de mano de obra esclava; no se podía matar a un esclavo improductivo por cara que resultase su manutención; debía soportarse al viejo Sam cuando envejecía y se volvía débil, y dejarlo morir en paz. (Sin embargo, no siempre era así. Por ejemplo hay pruebas de que en las Indias Occidentales, a mediados del siglo XVIII, los propietarios europeos de esclavos no sintieron remordimientos por haberlos hecho trabajar, en algunas ocasiones, hasta la muerte. Pero lo que he dicho es aplicable en general.) Con el nacionalsocialismo, se barrieron los restos de piedad que pudiesen quedar al respecto. Los nazis, como indica Rubenstein, «fueron los primeros dueños de esclavos que eliminaron cualquier vestigio de sentimientos humanos hacia la mismísima esencia de la vida; fueron los primeros que consiguieron convertir a un grupo de seres humanos en unos instrumentos obedientes por completo a la voluntad de sus dueños, incluso cuando se les mandaba excavar sus propias tumbas para ser fusilados luego en ellas».

Mediante métodos discriminadores basados en la contabilidad y otras adelantadas formulaciones sobre el gasto de energías y el rendimiento, se consiguió prever el tiempo medio que podría durar la lucha por la vida de quienes entraban en Auschwitz: tres meses. Sophie se enteró de esto a los dos días de su llegada, cuando formando parte de una multitud de varios centenares de recién llegados —en su mayoría mujeres polacas de todas las edades, que daban la impresión, con su desaliño, sus andrajos y sus cabezas

recientemente rapadas, de una enorme manada de aves de corral desplumadas— se filtraron en su traumatizada conciencia las palabras de un tal Fritzch, capitán de las SS, que expresó la finalidad de aquella Ciudad del Dolor para quitar toda esperanza a los que acababan de entrar en ella. «Recuerdo exactamente sus palabras —me contó Sophie—. Dijo: “Os halláis en un campo de concentración, no en un sanatorio; y de aquí sólo se sale de una manera: chimenea arriba. Y al que no le guste esto puede colgarse en los alambres de la valla. En cuanto a los judíos, si los hay en este grupo, sepan que no tienen derecho a vivir más de dos semanas”. Y añadió: “¿Hay monjas, por aquí? Lo mismo que los curas, sólo tenéis un mes. Todos los demás tres meses”.»

De modo que, con consumada pericia, los nazis llegaron a ofrecer a sus prisioneros una muerte en vida más terrible que la propia muerte, y más premeditadamente cruel porque pocos de los que quedaron condenados al principio —en el día citado— podían imaginarse que las torturas, las enfermedades y el hambre que les esperaban en aquel cautiverio serían sólo un horrible simulacro de vida a través del cual avanzarían irremediablemente hacia la muerte. Como concluye Rubenstein, «los campos de concentración constituían, pues, una amenaza mucho mayor para el futuro humano de lo que lo habrían sido si sólo se hubiesen destinado al asesinato en masa. Un centro de exterminio sólo puede producir cadáveres; una sociedad de dominación total crea un mundo de muertos vivientes...».

Como dijo Sophie, «muchos de ellos, si hubieran sabido lo que tendrían que sufrir, habrían preferido el gas enseguida».

El hecho de que los prisioneros fueran invariablemente desnudados y registrados tan pronto como llegaban a Auschwitz, raras veces les permitía conservar alguna de sus pertenencias anteriores. Sin embargo, debido a las caóticas y a menudo descuidadas condiciones en que la operación se llevaba a cabo, a veces un recién llegado tenía la suerte de poder quedarse con algún pequeño tesoro personal o alguna prenda de las que llevaba puestas. Por ejemplo, Sophie, gracias a una combinación de su ingenuidad y del descuido de uno de los guardianes de las SS, consiguió conservar un par de botas de cuero bastante usadas, pero todavía útiles, adquiridas durante sus últimos días en Cracovia. En la parte interior de una de ellas, el forro formaba un pequeño compartimiento en forma de bolsillo, y en él Sophie llevaba, el día que estuvo esperando junto a la ventana de la buhardilla el regreso del comandante, un folleto —sobado, sucio, muy arrugado, pero legible— de doce páginas y unas cuatro mil palabras en cuya portada podía leerse el título: *Die polnische Judenfrage: Hat der Nationalsozialismus die Antwort?* (es decir, *El problema judío de Polonia: ¿tiene el nacionalsocialismo la respuesta?*). El mayor artificio —y a la vez la más extraña de las mentiras— con que Sophie me machacó ya desde el principio, fue la descripción del extraordinario ambiente de liberalidad y tolerancia en que vivió su niñez, con lo que no sólo me engañó, al igual que a Nathan, sino que le sirvió para ocultarme hasta el último momento una verdad que finalmente tuvo que revelarme para justificar su peculiar relación con el comandante. Esta verdad consistía en lo siguiente: el panfleto en cuestión había sido escrito por el padre de Sophie, el profesor Zbigniew Biegański, profesor distinguido de jurisprudencia de la Universidad Jagelloniana de Cracovia y doctor honoris

causa en Derecho por las universidades de Karlova, Bucarest y Leipzig.

No le fue fácil a Sophie contarme todo eso, según ella me confesó mordiéndose los labios y manoseándose nerviosamente una mejilla huesuda y cenicienta; era muy difícil revelar las propias mentiras después de haber creado tan artificiosamente una perfecta imagen de rectitud y honestidad paternas: el admirable retrato de un padre de familia socialista angustiado y enfurecido ante el terror que se avecinaba, de un hombre aureolado de bondad, de un valiente libertario, de un hombre que había arriesgado su vida para salvar a muchos judíos en los feroces pogromos rusos. Mientras me estaba diciendo esto, la inseguridad de su voz me reveló su apabullamiento. ¡Sus mentiras! Se daba cuenta de lo mermada que quedaría su credibilidad al obedecer ahora a su conciencia admitiendo que cuanto había contado de su padre era pura invención. Pero así era: un verdadero cuento, una miserable mentira, una fantasía elaborada para poder poner una frágil barrera, una desesperada y vacilante línea defensiva entre los que le importaban, como yo mismo, y su sofocante culpa. ¿La perdonaría, me dijo, ahora que ya conocía la verdad y veía la necesidad que ella había tenido de mentirme? Le di unas palmaditas en el dorso de la mano y, naturalmente, dije que sí, que la perdonaba.

Sin saber la verdad acerca de su padre, prosiguió, yo no habría comprendido su actitud frente a Rudolf Höss. Insistió en que de todos modos, no me había mentido totalmente al describirme los idílicos años de su niñez. La casa en que había vivido, allá en la pacífica Cracovia, fue para ella un lugar extremadamente seguro y acogedor en aquellos años de entreguerras. Allí se gozaba de una dulce serenidad doméstica, obra principalmente de su madre, una mujer encantadora, cariñosa y expansiva cuya memoria Sophie veneraba en especial, entre muchos otros motivos, por la pasión hacia la música que había transmitido a su única hija. Intentemos imaginarnos la vida tranquila y poco ajetreada de casi todas las familias académicas del mundo occidental durante los años veinte y treinta —con los rituales téis, las cenas con estudiantes, los viajes de seis meses por Italia y los años sabáticos concedidos a los profesores universitarios con el fin de que pudieran pasarlos en Berlín y Salzburgo—, para imaginarnos la vida que Sophie llevó en aquellos días y el civilizado refinamiento de aquella existencia placentera y sin sobresaltos. Con todo, se cernía constantemente sobre esta escena una sombría nube, una presencia opresiva y sofocante que contaminó la niñez y la juventud de Sophie desde el principio: era la perpetua y abrumadora realidad de su padre, un hombre que había ejercido sobre su familia, y especialmente sobre su hija, una dominación tan inflexible y a la vez tan astutamente sutil que la muchacha ya era una mujer cabal, mayor de edad, cuando se dio cuenta de que lo detestaba hasta límites increíbles.

Hay extraños momentos en la vida de una persona en que la intensidad de una emoción soterrada respecto a otra persona —un rencor o un afecto reprimido— se abre paso hacia la superficie de la conciencia con inmediata claridad; y a veces se manifiesta a costa de un cataclismo corporal que deja una huella imborrable. Sophie me dijo que nunca olvidaría el momento en que la revelación del odio que sentía hacia su padre la envolvió en un horrible y ardiente fulgor, le causó la pérdida momentánea de la voz y le hizo pensar que iba a desmayarse o a caer muerta...

Era un hombre alto, de aspecto robusto, habitualmente ataviado con una levita, una camisa de cuello de pajarita y una gran corbata de seda fina. Un modo de vestir anticuado,

pero nada grotesco en la Polonia de aquellos tiempos. Su rostro era clásicamente polaco: altos y anchos pómulos, ojos azules, labios más bien carnosos, una buena nariz respingona y unas grandes orejas de elfo. Lucía unas largas patillas, y llevaba su pelo claro y fino uniformemente echado hacia atrás, siempre bien peinado. Un par de dientes postizos de plata mermaban un poco su buena apariencia, pero sólo cuando abría la boca. Entre sus colegas, se consideraba que tenía algo de dandy, aunque sin absurdos excesos; su considerable reputación académica era una salvaguardia contra el ridículo. Era respetado a pesar de su extremado credo político: un superconservador en un claustro de profesores de derechas. No era sólo catedrático de Derecho, sino que ejercía como abogado de vez en cuando, pues había llegado a ser una autoridad en el uso internacional de patentes (relacionadas principalmente con el intercambio entre Alemania y los países de Europa oriental). Las ganancias que había obtenido con esta actividad suplementaria, siempre de manera perfectamente ética, le permitieron tener un nivel de vida superior al de muchos de sus compañeros de la universidad: con un lujo nada ostentoso, modestamente proporcionado. Aficionado a los vinos del Mosela y a los cigarros Upmann, era también un católico practicante, pero no tenía nada de fanático.

Al parecer, lo que Sophie me había contado antes sobre la juventud y educación de su padre era cierto: los años de su juventud pasados en Viena durante la época de Francisco José alimentaron el fuego de su pasión pro-teutónica y lo inflamaron para siempre con la visión de una Europa salvada por el pangermanismo y el espíritu de Richard Wagner. Era un amor tan puro y firme como su odio hacia el bolchevismo. ¿Cómo podía la pobre y retrasada Polonia (Sophie le había oído decir), que había perdido su identidad con cronométrica regularidad en manos de un opresor tras otro —especialmente en las de los bárbaros rusos, sometidos ahora al anticristo comunista—, encontrar la salvación y la gracia cultural si no era mediante la intercesión de Alemania que tan magníficamente había sabido fusionar una tradición histórica de mítico esplendor con la supertecnología del siglo XX en una síntesis profética para las naciones menores que acudiesen a ella? ¿Qué mejor nacionalismo para un país tan difuso, tan falto de estructura propia como Polonia que el práctico —y, sin embargo, estéticamente conmovedor— nacionalismo del nacionalsocialismo, en el que *Die Meistersinger*, *Los maestros cantores*, ejercieron una influencia tan civilizadora como la de las actuales autopistas?

El profesor —además de no ser ni liberal ni remotamente socialista como me había dicho primero Sophie— era cofundador de una facción política tremendamente reaccionaria conocida por Partido Nacionaldemocrático, apodado ENDEK, uno de cuyos principios rectores era su antisemitismo militante. Fanático en la identificación de los judíos con el comunismo, y viceversa, el movimiento tenía especial influencia en las universidades, donde desde los primeros años veinte se hizo endémica la violencia física contra los estudiantes de aquella raza. Miembro del ala moderada del partido, el profesor Biegański, que a sus treinta y tantos años empezaba a destacar en el mundo académico, escribió un artículo en uno de los principales periódicos de Varsovia deplorando estas agresiones, cosa que años más tarde haría que Sophie se preguntase a sí misma —al tropezar casualmente con el ensayo— si su padre no había sufrido un arrebato de utópico humanismo radical. Sophie, por supuesto, estaba absurdamente equivocada, del mismo modo que se equivocaba o mentía al pretender que su padre odiaba al despótico mariscal

Pilsudski, otrora radical, porque en los últimos años veinte había establecido en Polonia un régimen virtualmente totalitario. Su padre detestaba en efecto al mariscal, lo odiaba furiosamente, pero —como ella sabría después— en especial porque había promulgado varios decretos protectores de los judíos. Por eso el profesor se tranquilizó, por así decirlo, cuando en 1935, tras la muerte de Pilsudski, las leyes que garantizaban los derechos de los judíos se relajaron, exponiéndolos de nuevo al terror. Y de nuevo, al menos al principio, el profesor Biegański aconsejó moderación. Afiliado poco después a un grupo fascista remozado, conocido como Partido Nacional Radical, que comenzaba a ejercer un fuerte influjo entre los estudiantes de las universidades polacas, el profesor —ahora una voz dominante— siguió aconsejando cordura y haciendo advertencias, una vez más, contra las palizas y agresiones que comenzaban a recibir los judíos, no sólo en las universidades sino también en las calles. Sin embargo, su desaprobación de la violencia se basaba más en una perversa delicadeza que en determinada ideología; a pesar de sus aspavientos, no había abandonado en absoluto la obsesión que por tanto tiempo había dominado y penetrado todo su ser: se puso a filosofar metódicamente sobre la necesidad de expulsar a los judíos de todos los caminos de la vida, empezando por el mundo docente.

Escribió furiosamente sobre el problema, en polaco y en alemán, y envió incontables artículos a distinguidas publicaciones políticas y jurídicas de Polonia y a centros culturales como Bonn, Mannheim, Múnich y Dresde. Uno de sus temas fundamentales era el de «los superfluos judíos», y escribía extensamente sobre la cuestión del «traslado de población» y el «destierro». Formó parte de una misión gubernamental enviada a Madagascar para estudiar la posibilidad de establecer allí colonias de judíos. (Trajo una máscara africana a Sophie, quien recordaba además lo moreno que volvió su padre.) Aunque sin sugerir la violencia, comenzó a vacilar y a insistir cada vez más sobre la necesidad de una reacción práctica e inmediata contra el problema. Cierta frenesí se había introducido en su vida. Se convirtió en uno de los principales activistas del movimiento segregacionista y en uno de los padres de la idea de separar a los estudiantes judíos en «bancos gueto». Fue un agudo analista de la crisis económica. Pronunció discursos soliviantadores del populacho en Varsovia. En una economía deprimida, gritaba enfurecido, ¿qué derecho tenían los judíos del gueto a competir con los honrados polacos que llegaban a la ciudad procedentes de todas partes? A fines de 1938, en pleno arrebató pasional, empezó a trabajar en su obra maestra, el citado panfleto en el que hizo pública por primera vez la idea —apoyándola con mucha cautela, con una circunspección que rozaba lo ambiguo— de la «supresión total». Una expresión ambigua, tentativa..., pero allí quedaba. Supresión total. Brutalidad, no. Supresión total. En aquel tiempo, durante varios años, Sophie transcribió al dictado no pocos de los escritos de su padre, pues, obediente y servil como un peón, llevaba a cabo todas las tareas secretariales que él le pedía. Su sumiso trabajo, efectuado siempre pacientemente —como cualquiera de las muchas respetuosas hijas polacas que también habían caído en la trampa de la absoluta obediencia a la institución paterna—, culminó, cierta semana del año 1938, en el mecanografiado, impresión y publicación del panfleto *El problema judío de Polonia: ¿tiene el nacionalsocialismo la respuesta?* En aquel momento comprendió o, mejor, comenzó a comprender lo que estaba haciendo su padre.

A pesar de mi inquisitiva curiosidad mientras Sophie me contaba todo eso, me fue difícil obtener una imagen cabal de su niñez y juventud, aunque algunas cosas se me

hicieron muy claras. Su subordinación a su padre, por ejemplo, era completa, tanto como en cualquier cultura pigmea neopaleolítica de la selva africana; le exigía una fidelidad total e inapelable. Nunca cuestionó esa lealtad, me dijo ella; formaba parte de su misma sangre, y casi nunca notó su peso durante su niñez. Al fin y al cabo, todo estaba determinado por su catolicismo polaco, según el cual la veneración del padre era obligatoria y necesaria. De hecho, admitió que más bien le agradaba aquella sumisión virtualmente servil; habría podido decirse que casi gozaba con los «Sí, papá» y «No, gracias, papá» que estaba obligada a pronunciar varias veces al día, con los favores y atenciones que tenía que prestar, con el respeto ritual y la forzada obsequiosidad que compartía con su madre. Sophie admitió que tal vez se había comportado como una verdadera masoquista. En cualquier caso, por tristes que fuesen sus recuerdos, tenía que decir en favor de su padre que nunca había tratado a ninguna de las dos con verdadera crueldad; tenía un jugueteón —por no decir primitivo— sentido del humor y, a pesar de su indiferente majestad, no estaba por encima de la concesión de pequeñas recompensas, aunque sólo en raras ocasiones. Si quieren conservar su tranquilidad, los tiranos domésticos no pueden estar completamente faltos de bondad; al menos, en apariencia.

Quizá fue a causa de estos rasgos mitigadores (gracias a los cuales Sophie pudo perfeccionar su francés, lengua que él consideraba decadente, y su madre gozar del amor que sentía por compositores que no fuesen Wagner, ni frívolos como Fauré, Debussy y Scarlatti) por lo que Sophie aceptó sin ningún resentimiento consciente la completa dominación de su padre, incluso una vez casada. Aparte de esto, como hija de un distinguido —aunque notablemente controvertido— miembro del claustro de profesores (con la salvedad de que ninguno de los colegas del profesor compartía, siquiera remotamente, sus extremadas opiniones étnicas), Sophie estaba sólo vagamente enterada de las creencias de su padre, de su pasión dominante. El profesor mantenía a su familia al margen, si bien la muchacha, ya a partir de los primeros años de su adolescencia, no pudo ignorar por completo su animadversión hacia los judíos. Pero el hecho de tener un padre antisemita no era inaudito en Polonia. La actitud de Sophie respecto a los judíos —entregada por completo a sus estudios, a la iglesia, a las amigas y a los modestos acontecimientos sociales de aquellos tiempos, a los libros, a las películas (docenas de ellas, casi todas norteamericanas), a las lecciones de piano que recibía de su madre, e incluso a algún pequeño flirteo—, la mayor parte de los cuales se hallaban en el gueto de Cracovia, fantasmas apenas visibles, era a lo sumo de indiferencia. Sophie insistió en esto; yo la creí y sigo creyéndola. Simplemente, no la preocupaban..., por lo menos hasta que, como intimidada secretaria de su padre, comenzó a adivinar la profundidad y la amplitud de su feroz fanatismo.

El profesor la obligó a aprender mecanografía y taquigrafía cuando tenía sólo dieciséis años. Era posible que ya pensara en utilizarla. Quizá vislumbraba el momento en que necesitaría servirse de ella; el hecho de que su secretaria fuese su propia hija le daba mayores garantías de reserva y confianza. En cualquier caso, lo cierto era que, aun cuando Sophie ayudó a su padre durante varios años, en no pocos fines de semana, mecanografiando buena parte de su correspondencia bilingüe relacionada con las patentes (usando algunas veces un dictáfono de fabricación inglesa que le era antipático por el siniestro y fantasmal sonido, con ecos de hojalata, que daba a la voz de su padre), nunca

trabajó en nada que tuviese que ver con sus muchos ensayos hasta la Navidad de 1938; hasta entonces sólo habían sido tocados por sus ayudantes de la universidad. Por lo tanto, Sophie se hallaba en excelentes condiciones secretariales cuando su padre volcó sobre ella, como los desbordantes rayos de una salida de sol, la culminación de su odiosa filosofía, cuando le hizo tomar en taquigrafía, y luego mecanografiar en polaco y alemán, el texto completo de su obra maestra: *El problema judío de Polonia*. Sophie recordaba el febril entusiasmo que de vez en cuando reflejaba su voz mientras, mordisqueando un cigarro, se paseaba por el húmedo y humeante estudio de la casa y ella trazaba obedientemente en su cuaderno de taquigrafía los esqueléticos símbolos del alemán del profesor, preciso, lógicamente formulado, pero expresado con fluidez.

El padre de Sophie tenía un estilo rico, dúctil, salpicado con chispas de ironía. Podía ser cáustico y seductoramente ameno a un tiempo. Se expresaba en un alemán soberbiamente articulado que, por sí mismo, le había valido un gran renombre en lugares tan encumbrados y apropiados para la propagación del antisemitismo como el Welt-Dienst de Erfurt. Sus escritos tenían un encanto muy personal. (Cierta vez, durante aquel verano en Brooklyn, insistí en que Sophie leyera un libro de H. L. Mencken, que entonces — como ahora — me apasionaba, y creo oportuno dar aquí todo su valor a la observación que ella me hizo de que el mordaz estilo de Mencken le recordaba el de su padre.) Así pues, Sophie taquigrafizó lo que él le dictó, con gran cuidado aunque con cierta prisa por el desbocado fervor con que le llegaban las palabras; en consecuencia, sólo en el momento de pasar a máquina el original que debía entregarse al impresor, comenzó a vislumbrar en aquel hirviente caldero de alusiones históricas, de dialécticas hipótesis, de imperativos religiosos, de antecedentes legales y proposiciones antropológicas, la nebulosa y siniestra presencia de una palabra que aparecía varias veces en el texto y que, además de sorprenderla y confundirla, la asustó sobremanera (una palabra que ella ya había oído más de una vez en las polémicas pláticas, tan persuasivas y prácticas como el folleto en cuestión, que su padre pronunciaba a modo de astuta y festiva propaganda en las cenas de los Biegański). Era la palabra «supresión». Un vocablo que sin embargo sólo representaba un punto de partida, porque las últimas veces el profesor había indicado a Sophie que escribiera *Vemichtung*, «exterminio», en lugar de *vollständige Abschaffung*, «supresión total».

Exterminio. La cosa no podía ser más simple ni evidente. Por eso, por muy sutilmente que el profesor hubiera introducido aquel término en el texto, y por amena que fuese su manera de expresar las corrosivas animadversiones que encubría, la palabra «exterminio», con toda su fuerza y significado — tal como se desprendía de la esencia del ensayo —, era tan horrible que Sophie tuvo que empujarla hacia lo más profundo de su mente y mantenerla allí durante el invernal fin de semana que dedicó a poner en limpio la apasionada diatriba de su padre, y preocuparse tan sólo de no despertar sus iras con la omisión de una diéresis o la mala colocación de un acento. Y siguió reprimiendo el verdadero significado de *Vemichtung* hasta que en el lloviznoso atardecer del domingo — mientras se dirigía presurosa, con el fajo de hojas mecanografiadas nerviosamente agarrado, hacia el café de la plaza del Mercado para reunirse con su padre y su esposo —, se dio cuenta con horror de lo que el profesor le había dictado y de su complicidad en ello. «*Vemichtung* — dijo en voz alta —. Significa — pensó con estúpida tardanza — que todos tendrían que ser asesinados.»

Como se deducía de las confesiones de Sophie, tal vez habría mejorado su imagen el hecho de que el momento en que comprendió que odiaba a su padre no sólo coincidió con el instante en que vio que era un aspirante a asesino de judíos, sino que su odio hacia él fue motivado precisamente por esta evidencia. Aunque tuvo conciencia de ambas cosas al mismo tiempo, según me dijo (y en esto la creí como yo hacía a menudo, por simples razones intuitivas), debía de estar emocionalmente madura para la intensa aversión que de pronto sintió hacia su padre, y era muy posible que su reacción hubiera sido la misma aunque el profesor no hubiese mencionado la matanza que deseaba y preconizaba. Me dijo que, de todos modos, jamás podría estar segura de ello. Estamos hablando aquí de verdades esenciales sobre Sophie, por lo que —a pesar de los muchos años que estuvo expuesta a las rencorosas, desfiguradas y discordantes visiones que alimentaban la obsesión de su padre, y de que se hallaba casi ahogándose en el venenoso venero pseudoteológico del profesor— creo suficiente, como prueba de la verdadera naturaleza de su sensibilidad, el hecho de que conservara los necesarios instintos humanos para reaccionar con sobresalto y horror mientras, apretando el abominable fajo contra su pecho, aquel brumoso atardecer corría a través de las tortuosas calles de Cracovia hacia su propia revelación.

—Aquella tarde —me dijo Sophie—, mi padre me esperaba en el café de la plaza del Mercado. Recuerdo que hacía mucho frío y que el tiempo era húmedo; el aguanieve caía de vez en cuando..., con intermitencias, ¿sabes? En la mesa del café también me esperaba Kazik, mi marido. Yo llegaba con gran retraso porque había estado trabajando toda la tarde pasando a máquina el original, cosa que me había llevado más tiempo del que creía. Tenía mucho miedo de que mi padre se enfadase por mi tardanza. Lo había hecho todo muy aprisa, ¿sabes?, y el impresor, quiero decir el hombre que tenía que imprimir el panfleto en alemán y en polaco, debía encontrarse con mi padre en el café para recoger el original. Mi padre quería que antes corrigiéramos las hojas mecanografiadas allí mismo. Él corregiría las escritas en alemán mientras Kazik haría lo mismo con las del polaco. Eso era lo previsto, pero cuando llegué allí el impresor ya estaba sentado con mi padre y Kazik. Mi padre estaba furioso, y aunque me disculpé no se le fue el enfado; cogió el original de mis manos y me mandó sentarme. Me senté, y me arredró tanto su enfurecimiento que sentí un fuerte dolor en el estómago. Es extraño, Stingo, cómo recuerdas a veces ciertos detalles. Me refiero a esto: mi padre estaba tomando té y Kazik había pedido coñac slivovitz, ese incoloro, hecho de ciruelas, ¿sabes? En cuanto al impresor, un hombre que ya conocía, llamado Roman Sienkiewicz, sí, como el famoso escritor..., bebía vodka. Estoy segura de que recuerdo esos detalles a causa del té de mi padre. Quiero decir, ¿sabes?, que después de trabajar toda la tarde estaba agotada, y tenía unas ganas tremendas de tomar una taza de té. Pero no la pedí, ¡de ningún modo! Recuerdo que sólo miré su taza y su tetera ansiando tomar un buen té caliente como aquél. Sabía que si no hubiera sido tan tarde mi padre me lo habría ofrecido, pero en aquel momento estaba enfadado conmigo y no lo mencionó. Así que me quedé allí sentada, mirándome las uñas con la cabeza gacha mientras él y Kazik se disponían a leer las hojas mecanografiadas.

»Aquello pareció durar horas. Con el impresor Sienkiewicz, un hombre gordo con bigote que se reía entre dientes, sólo hablé de banalidades, como el tiempo que hacía, pero permanecí casi todo el rato con la boca cerrada, muriéndome de sed y con unas ganas

terribles de tomar una taza de té..., hasta que mi padre levantó los ojos de la hoja que estaba leyendo, me miró y dijo: «¿Quién es ese Neville Chamberlain a quien tanto le gustan las obras de Richard Wagner?». No apartaba de mí su severa mirada; yo no comprendía exactamente lo que quería decir, sólo veía que estaba muy disgustado. Disgustado conmigo. Como seguía sin entenderlo, dije: «¿Qué quieres decir, papá?». Él repitió la pregunta, esta vez subrayando la palabra Neville, lo que permitió darme cuenta enseguida de que había cometido un error. Porque, ¿sabes?, se trataba del autor inglés Chamberlain, a quien mi padre citaba constantemente en su ensayo para apoyar sus ideas; no sé si has oído hablar de él, escribió un libro titulado *Die Grundlagendes...* Bueno, creo que se llama *Los fundamentos del siglo XIX*, y está lleno de amor por Alemania y de odio hacia los judíos. Dice que contaminan la cultura europea y cosas por el estilo. Y cómo admiraba mi padre a este Chamberlain... Entonces me di cuenta de que cada vez que me había dictado este apellido yo, inconscientemente, lo había acompañado de Neville, pues se mencionaba mucho a Neville Chamberlain en las noticias por lo del Pacto de Múnich, en vez de escribir Houston Chamberlain, que era el nombre del Chamberlain que odiaba a los judíos. Y cuando pensé que había repetido aquel error en el texto, en las notas al pie de página, en la bibliografía, es decir, en todas partes, quedé aterrada.

» ¡Y la vergüenza que pasé, Stingo! Porque mi padre, con su locura por la perfección, no pudo *fermer les yeux...* pasar aquello por alto, sino que al contrario le dio una gran importancia, poniéndome en evidencia ante Kazik y Sienkiewicz, con unas palabras despreciativas que nunca olvidaré. Fueron éstas: «Tu inteligencia es puro serrín, como la de tu madre. No sé de quién heredaste ese cuerpo, pero lo que es el cerebro estoy seguro de que no se parece en nada al mío». Oí que Sienkiewicz ahogaba una risotada, quizá más por desconcierto que por otra cosa; luego miré a Kazik: me observaba con su sonrisita habitual, y no me sorprendió que la expresión de su rostro confirmase el desprecio demostrado por mi padre. También debo confesarte, Stingo, que hace algunas semanas te dije otra mentira. En aquel momento, yo ya no quería a mi marido, al menos no más que a cualquier extraño a quien jamás hubiera visto. ¡Cuántas mentiras te he dicho, Stingo! Soy el colmo de las *menteuses*, de las mentirosas.

»Y mi padre siguió machacándome sobre mi inteligencia, o sobre mi falta de ella. Las mejillas me quemaban, pero hice lo posible para no seguir escuchando, como si cerrase los oídos. Y recuerdo que dije para mis adentros: «¡Por favor, todo lo que quiero es una taza de té!». Entonces mi padre cesó de atacarme y siguió leyendo el original. Y de pronto me sentí aterrada por el mero hecho de encontrarme en aquel lugar mirándome las manos. Hacía frío. Aquel café era como una premonición del infierno. Oía murmurar a la gente a mi alrededor; era un rumor general que llegaba a mis oídos en un profundo tono menor, como el de uno de los últimos cuartetos de Beethoven, ¿sabes?, como una expresión de calamitosa inquietud, y también se oía el viscoso soplar del viento, fuera, en las calles... Entonces, de repente, me di cuenta de que todo el mundo estaba hablando de la guerra, que al parecer estaba muy cerca. Incluso creí oír el retumbar de cañones en algún lugar lejano, más allá del horizonte de la ciudad. Sentí una sacudida de profundo terror, y un gran deseo de levantarme y huir corriendo, pero no tuve otro remedio que permanecer allí sentada. Finalmente, oí que mi padre preguntaba a Sienkiewicz cuánto tardaría la impresión del folleto con carácter de urgencia, y el impresor le contestó que un par de

días. Entonces advertí que mi padre hablaba con Kazik sobre la distribución de los panfletos entre los profesores y alumnos de la universidad. Proyectaba enviar la mayor parte de ellos a determinados lugares de Polonia, Alemania y Austria, pero quería que algunos centenares se repartieran en la universidad, a mano. También me di cuenta de que estaba ordenando a Kazik..., digo ordenando porque lo tenía bajo control, igual que a mí, que distribuyera personalmente los panfletos en la universidad tan pronto como estuvieran impresos. Dijo que necesitaba ayuda. Y oí que añadía: «Sophie te ayudará a repartirlos».

»Y entonces me percaté de que una de las pocas cosas, quizá la única, que no quería en modo alguno en aquel momento era seguir *impliquée* en aquel escrito. Y me sublevó la idea de tener que recorrer la universidad repartiendo panfletos a todo el mundo. Sin embargo tan pronto como mi padre dijo: «Sophie te ayudará a repartirlos», supe que estaría allí con Kazik, repartiendo panfletos, del mismo modo que había hecho todo lo que él me ordenaba desde que era una niña, haciéndole recados, llevándole cuanto me pedía, aprendiendo taquigrafía y mecanografía sólo para que pudiera utilizarme cuando quisiese. Y noté dentro de mí un terrible vacío al darme cuenta de que no podía hacer nada para oponerme a aquello, de que no era capaz de decir: «Papá, no quiero ayudarte a repartir eso». Pero ¿sabes, Stingo?, debo revelarte una verdad que ni siquiera ahora veo muy clara ni acabo de comprender. Yo quedaría muy bien diciéndote que me repugnaba repartir aquellos papeles por la sola razón de que en ellos se decía: «Matad a los judíos». Sabía que aquello era malo, terrible, pero, aun en aquellos momentos, apenas podía creer que eso fuera lo que mi padre había escrito en los panfletos.

»No obstante, si he de serte sincera, había algo más. Por fin empezaba a ver con claridad que aquel hombre, mi padre, el hombre que me había dado la vida, que era carne de mi carne, no me consideraba más que una sirvienta, una sierva, una esclava, y que ahora, sin la menor expresión de afecto, sin una palabra de agradecimiento, por medio de aquel el trabajo quería... ¿envilecerme? Sí, envilecerme, obligándome a arrastrarme por toda la universidad como un vendedor de periódicos cualquiera, haciendo aquello porque, como tantas otras veces, él decía que debía hacerlo. Yo ya era una mujer, me gustaba la música, quería tocar música de Bach... Creo que, en aquel momento, pensé que iba a morirme... Quiero decir... no morirme por lo que él me estaba haciendo, que ya era mucho, sino porque no podía negarme a sus deseos. No había manera de decirle: «¡Vete al infierno, papá!». Bueno, precisamente entonces me dijo: «Zosia». Yo levanté la mirada hacia él y pude ver el brillo de sus dos dientes postizos, y una sonrisa que se había hecho agradable para añadir: «Zosia, ¿te gustaría tomar una taza de té?», y yo repuse: «No, gracias, papá». Él insistió: «Vamos, Sophie, debes tomar un poco de té, estás pálida y pareces tener frío». Habría querido tener alas para huir. Seguí negándome: «No, gracias, papá, no me apetece tomar té». Y tan fuerte era el esfuerzo que estaba haciendo para dominarme, que me mordí los labios hasta hacerlos sangrar; noté el sabor de la sangre en mi boca, como de sudor. Entonces mi padre se volvió hacia Kazik. Fue justo en aquel instante cuando lo sentí: un agudo agujonazo de odio. Me atravesó con un dolor sorprendentemente rápido, que casi me hizo perder los sentidos y me llevó a creer que iba a desplomarme en el suelo. Me sentía arder de pies a cabeza, como una llama. Y me dije: «Lo odio»..., terriblemente admirada del desprecio de que era capaz. Era increíble, aquel

odio que me invadía..., y tremendamente doloroso: como un cuchillo de carnicero clavado en mi corazón.

Polonia es hermosa, es un país arrebatador que conmueve el corazón, una tierra que, en muchos aspectos (que pude ver aquel verano a través de la mirada y los recuerdos de Sophie, y, años más tarde, con mis propios ojos), se parece al Sur norteamericano; sobre todo a un Sur todavía no muy lejano. No es sólo un paisaje nostálgico y abandonadamente encantador lo que crea una frecuente semejanza entre los dos lugares —el parecido, por ejemplo, de la cenagosa pero cautivadora monocromía del pantanal del río Narev con una lóbrega sabana de la costa de Carolina; o la quietud dominical de una fangosa callejuela de una aldea de Galitzia que, con un pequeño giro de la imaginación, podría trasladarnos al villorrio de un cruce de Arkansas y hacernos ver sus desvencijadas y toscas casuchas a las que el sol, la lluvia y el viento limpiaron de todo color, construidas sobre un pelado suelo arcilloso donde correteaban y picoteaban descarnadas gallinas—, sino sobre todo el espíritu de la nación, su melancólico corazón íntimamente asolado, su personalidad atormentada, como la del Viejo Sur, por la adversidad, la penuria y la derrota.

Si nos imaginamos una tierra convertida en encrucijada de bandoleros de distintas procedencias, no durante una década sino por espacio de milenios, comprenderemos sólo un aspecto de una Polonia pisoteada con tediosa regularidad por los franceses, los suecos, los austríacos y los prusianos, y poseída incluso antaño por unos diablos tan voraces como los turcos. Despojada y explotada como el Sur, y, como él, una sociedad feudal agraria predominantemente pobre, Polonia ha mantenido como aquella región norteamericana un baluarte contra su inmemorial humillación: el orgullo. El orgullo y el recuerdo de glorias desvanecidas. Orgullo del linaje y del apellido, y también, no debe olvidarse, de una aristocracia o una nobleza sumamente sediciosa. Los apellidos Radziwill y Ravenel se pronuncian con la misma altivez, una altivez muy marcada, pero bastante hueca. A pesar de sus derrotas, tanto Polonia como el Sur norteamericano conservaron un frenético nacionalismo. Sin embargo, aun dejando a un lado estas grandes semejanzas, que son muy reales y tienen su origen en fuentes históricas muy similares (debería añadirse: una fuerte hegemonía religiosa de espíritu autoritario y puritano), se descubren otras correspondencias culturales más superficiales, pero aun así sorprendentes: la pasión por los caballos y los títulos militares, la dominación de las mujeres (junto con una disimulada y cazurra lascivia), cierta tradición narrativa y la creencia en los beneficiosos efectos del aguardiente. Y el que sus moradores son objeto de bromas pesadas.

Por último, hay una serie de siniestras similitudes entre Polonia y el Sur norteamericano que, aun siendo también superficiales, hacen que ambas culturas se mezclen tan perfectamente que parecen una sola por su común extravagancia: estas semejanzas tienen que ver con la raza, cuestión que en ambos mundos ha despertado toda clase de pesadillas y accesos esquizofrénicos a lo largo de varios siglos. En Polonia y en el Sur, la presencia estable de la raza ha creado a un tiempo crueldad y compasión, intolerancia y comprensión, amistad y enemistad, explotación y sacrificio, odios eternos y amores sin esperanza. Si bien puede decirse que los más sombríos de estos pares opuestos son los que han predominado siempre, en honor a la verdad hay que citar una larga

crónica en la que la decencia y el honor se opusieron momentáneamente al dominio absoluto del mal reinante, tanto en Poznan como en Yazoo City.

Así pues, cuando Sophie me vino al principio con aquel cuento de hadas sobre la peligrosa hazaña de su padre en Lublin al proteger a un grupo de judíos, no pretendía hacerme creer nada imposible; el hecho de que los polacos, en el reciente y lejano pasado, habían arriesgado muchas veces la vida para salvar judíos de cualquier opresor era una verdad indiscutible, y además, por escasa que entonces fuera mi información sobre tales actos, no me sentía inclinado a dudar de Sophie, quien, luchando contra su esquizoide conciencia, optó por proyectar sobre el profesor una luz falsamente favorecedora, incluso heroica. Pero aun cuando hubo miles de polacos que protegieron a los judíos, que los escondieron y arriesgaron su vida por ellos, otras veces en cambio, obedeciendo a malsanas y complejas discordias, los persiguieron con implacable salvajismo; el profesor Biegański estaba inmerso precisamente en esta constante del espíritu polaco, y fue este punto el que Sophie tuvo que aclararme, poniendo a su padre en su verdadero lugar, para que yo pudiese interpretar correctamente lo que sucedió mientras ella estuvo en Auschwitz.

La subsiguiente historia del panfleto del profesor merece no ser pasada por alto. Obedeciendo a su padre hasta el final, Sophie lo distribuyó con Kazik por toda la universidad, pero aquello fue un rotundo fracaso. En primer lugar, como todos los habitantes de Cracovia, los miembros del profesorado estaban demasiado preocupados por la inminencia de una guerra —que estallaría unos meses más tarde— para prestar atención al mensaje de Biegański. El infierno ya había entrado en erupción. Los alemanes pedían la anexión de Danzig, empezando por el famoso «pasillo»; y, mientras «Neville» Chamberlain aún vacilaba, los hunos vociferaban en el oeste y hacían estremecer las débiles puertas de Polonia. Las viejas calles de Cracovia se llenaban cada día con el rumor de un pánico contenido. En aquellas circunstancias, ¿qué racista de la universidad, por fanático que fuese, podía desviar su atención hacia la sutil dialéctica del profesor? Había en el aire una sensación de inmediato cataclismo demasiado intensa para que alguien hiciera caso de una tontería tan trillada como la opresión de los judíos.

En aquel momento, toda Polonia se sentía potencialmente oprimida. Además, el profesor había cometido algunas equivocaciones básicas, tan serias que hacían dudar de la solidez de sus ideas fundamentales. No fue tan sólo la inserción del «exterminio» en su panfleto —ni el más fanático de los profesores habría tenido estómago para aceptar tal punto de vista, por swiftiano y corrosivamente humorístico que fuese el modo de exponerlo—, sino aquella idolatría por el Tercer Reich y su entusiasmo pangermánico lo que demostró su insensatez y, sobre todo, una ceguera y sordera total ante el intenso patriotismo que latía en los corazones de sus colegas. La misma Sophie acabó por convencerse de que, aun cuando pocos años antes, durante el resurgimiento fascista en Polonia, su padre habría podido conseguir algunos adeptos, ahora, con la Wehrmacht a punto de arremeter hacia el este, con aquel clamor teutónico reclamando Danzig, con los incidentes que estaban provocando los alemanes a lo largo de todas las fronteras, ¿acaso no era una solemne tontería preguntar si el nacionalsocialismo tenía alguna respuesta que no fuese la destrucción de Polonia? Y la campaña del profesor, generalmente ignorada entre un caos cada vez mayor, se cerró con dos inesperados sucesos muy desagradables

para él. Dos alumnos graduados, miembros de la reserva del ejército polaco, le dieron una soberana paliza en un vestíbulo de la universidad, y cierta noche algo rompió estrepitosamente el cristal de la ventana del comedor de los Biegański: un gran adoquín en el que habían pintado una cruz gamada.

Sin embargo, como patriota no se merecía estos ataques, y habría que decir algo a favor del profesor. No había escrito el folleto con la intención de buscarse las simpatías de los nazis con sus elogios. Lo escribió exclusivamente desde el punto de vista de la cultura polaca y, además, era un pensador demasiado escrupuloso, un hombre demasiado identificado con las grandes verdades filosóficas como para pensar que el panfleto podría servirle como instrumento de algún beneficio personal y, menos aún, de su salvación física. (En realidad, la situación creada por la proximidad del conflicto bélico impedía rotundamente que el ensayo apareciese en Alemania.) Y tampoco era un quintacolumnista, o un colaboracionista en el sentido que ahora se da a esta palabra; cuando el país fue invadido aquel septiembre, y Cracovia, virtualmente intacta, pasó a ser la sede del gobierno de toda Polonia, el padre de Sophie no pretendía traicionar a su patria al ofrecer sus servicios al gobernador general, un tal Hans Frank, amigo de Hitler (increíblemente, un judío —aunque eran pocos los que lo sabían por entonces— y un distinguido jurisconsulto, como Biegański), sino que sólo se ofrecía como asesor y experto en un campo en que polacos y alemanes tenían un interés común: *die Judenfrage*, es decir la cuestión judía. Había sin duda cierto idealismo en su esfuerzo.

Con verdadera aversión por su padre —casi la misma que sentía hacia su esposo—, Sophie solía sorprender a ambos cuchicheando planes en el vestíbulo de la casa mientras el profesor, impecablemente vestido con su levita, fragantes de agua de colonia sus grisáceos cabellos, se preparaba para emprender con denuedo su tanda matinal de súplicas. Sophie recordaba especialmente una de aquellas mañanas. Su padre no debía de haberse lavado la cabeza porque sus espléndidos hombros estaban salpicados de caspa. El tono de sus murmullos denotaba una mezcla de contrariedad y esperanza, pues hablaba con un siseo desacostumbrado. A pesar de que el gobernador general se había negado a recibirlo el día anterior, estaba seguro de que aquella mañana podría hablar cordialmente con el jefe de la policía de seguridad local, para quien tenía una recomendación de un amigo común de Erfurt (se trataba de un sociólogo y destacado teórico sobre el problema judío), y quien sin duda quedaría impresionado por las credenciales del profesor, por sus honorables títulos académicos (consignados sobre pergamino auténtico) de Heidelberg y Leipzig, por su volumen encuadernado publicado en Maguncia, *El problema judío en Polonia*, y así sucesivamente. Estaba seguro de que aquella mañana...

Pero el profesor no tuvo suerte. Por más que pidió, rogó y se afaná presentándose en una docena de oficinas durante tantos otros días, sus esfuerzos cada vez más frenéticos no condujeron a nada. Sin duda representó un gran golpe para él no conseguir ni un momento de atención, no poder atraerse ningún oído burocrático. Había incurrido en un nuevo y grave error. Sentimental e intelectualmente, era un romántico heredero de la cultura alemana del siglo anterior, de unos tiempos ya muy lejanos e irreparablemente desaparecidos, pollo que no se hacía a la idea de la imposibilidad de conciliar su anticuado modo de pensar y vestir con los pasillos de acero inoxidable de aquel colosal poder calzado con fortísimas botas, el primer estado tecnocrático del mundo, con sus

Regulierungen und Gesetzverordnungen (Regulaciones y reglamentaciones legales), sus ficheros y sistemas de clasificación eléctricos, sus invisibles vías jerárquicas y sus métodos mecánicos de ordenación de datos, sus dispositivos de descodificación y secreto de las conversaciones radiotelefónicas, su línea directa de comunicación con Berlín..., todo funcionando con deslumbradora celeridad y sin posible conciliación con un oscuro profesor polaco de Derecho y su montón de documentos, su clavel en el ojal, sus brillantes dientes postizos, sus botines de paño y su nevada de caspa. El profesor fue una de las primeras víctimas de la máquina bélica nazi sólo porque no estaba «programado». Así de simple fue la cuestión. Quizá podría afirmarse que la otra razón importante de su rechazo fue el hecho de que era *Polack*, palabra de significado burlesco y despreciativo tanto si la emplea un alemán como un inglés. Por ser un *Polack* y al mismo tiempo un académico, su cara demasiado ansiosa, inquieta y ávidamente suplicante apenas si era mejor acogida en el cuartel general de la Gestapo que la de un apestado, pero el profesor tenía un total desconocimiento de lo pasado de moda que estaba.

Y había algo que él no había advertido durante aquellos primeros días de otoño mientras pedía y suplicaba de despacho en despacho: el reloj, con su implacable tictac, lo acercaba cada vez más a su última hora. Bajo la indiferente mirada del Moloch nazi, era una de tantas cifras condenadas. Por eso, aquella gris y húmeda mañana de noviembre en que Sophie, arrodillada en la iglesia de Santa María, tuvo la premonición que me había descrito tiempo antes y se levantó de un brinco para salir corriendo hacia la universidad — donde se encontró con el glorioso patio medieval acordonado por los soldados alemanes que habían capturado a ochenta miembros del profesorado, a los que aún amenazaban con sus rifles y metralletas—, el profesor Biegański y Kazik se hallaban entre los desafortunados, tiritando de frío, las manos en alto. Y jamás volvió a verlos. En la última y corregida versión de Sophie (que considero verdadera), me dijo que no se afligió mucho por la detención de su padre y su marido —estaba ya muy decepcionada respecto a ellos para qué aquel hecho la afectara en exceso—, pero sí sintió a otro nivel una conmoción, una especie de devastadora sensación de frío, terror y desamparo que coincidió con el nacimiento de su verdadera identidad, con la irrupción en su conciencia de su auténtico yo. En aquel momento, los alemanes acababan de cometer aquella iniquidad con un grupo de confiados e indefensos profesores, pero sólo Dios sabía los horrores que esperaban a Polonia en los próximos años. Así pues, sólo por este último motivo Sophie se arrojó llorosa en brazos de su madre, quien sí estaba verdaderamente destrozada por los recientes acontecimientos. Mujer dulce, sumisa y poco complicada, hasta el final guardó a su esposo un amor enteramente fiel. Y si había algo más que pudiera disgustar a Sophie — aparte del fingido dolor por aquellos hechos, mostrado por simple decoro—, era la aflicción de su madre.

En cuanto al profesor —absorbido como un mero gusano por el enorme túmulo funerario del campo de Sachsenhausen, funesta réplica del insensato leviatán humano que había nacido años antes en el campo de Dachau—, sus esfuerzos para salir de la trampa en que había caído fueron en vano. El hecho de que los alemanes no hicieran el menor caso de sus explicaciones rezuma ironía si se considera que detuvieron y condenaron, sin saberlo, a un hombre que hubiera podido ser su profeta..., el excéntrico filósofo eslavo que vislumbró la «solución final» antes que Eichmann y sus secuaces (quizás incluso antes que

el propio Adolf Hitler, soñador y planeador de todo ello), y que estaba evidentemente en posesión de aquel mensaje. «Ich habe meine Flugschrift» (es decir, «tengo mi panfleto»), escribió a la madre de Sophie en una lastimosa nota que le hizo llegar Dios sabe cómo, la única comunicación que recibieron de él. «Ich verstehe nicht, warum...» «No comprendo —añadía— por qué no consigo llegar hasta las autoridades de este lugar y hacerles ver...»

La huella que dejan en nosotros la carne y el amor mortales es increíblemente fuerte, y nunca tan viva como cuando nos llega envuelta en recuerdos de la niñez: caminando tranquilamente al lado de Sophie, pasando sus dedos entre la maraña de pelo amarillo de la pequeña, el profesor la llevó cierto día a los jardines del castillo de Wawel, donde hizo un pequeño viaje en un carrito tirado por un poni entre la fragancia y el gorjeo de pájaros de una mañana veraniega. Sophie recordaba aquello muy bien, y no pudo evitar un momento de lacerante angustia cuando le llegó la noticia de la muerte de su padre y lo vio caer, caer —protestando, diciéndoles hasta el último momento que se habían equivocado de hombre—, atravesado por las humeantes balas de los fusiles contra un muro de Sachsenhausen.

Situado a gran profundidad bajo tierra y rodeado de gruesas paredes, el sótano de la casa de Höss donde Sophie dormía era uno de los poquísimos lugares del campo de concentración donde nunca penetraba el hedor de carne quemada. Por esta razón se refugiaba en aquel sitio siempre que podía, a pesar de que la parte del subterráneo reservada para su jergón de paja era húmeda y mal iluminada y olía a moho y a podrido. Al otro lado de las paredes había un incesante chorreo de agua procedente de los desagües y retretes de la casa, y a veces, en plena noche, Sophie se veía desagradablemente sorprendida por la sigilosa visita de una peluda rata. Con todo, este lóbrego purgatorio era mucho mejor que cualquiera de los barracones, incluido aquel en que había vivido los seis meses anteriores junto con varias docenas de mujeres también privilegiadas por trabajar en las oficinas del campo de concentración. En aquel lugar ciertamente no había tenido que sufrir tantas brutalidades ni privaciones como los demás presos del campo, pero tampoco había podido disfrutar de un instante de silencio o intimidad y, sobre todo, de sueño tranquilo. Además, durante aquel período nunca pudo cuidar de su higiene. En cambio, aquí sólo compartía su alojamiento con un puñado de prisioneras. Y uno de los lujos más refinados del sótano era su proximidad a la lavandería. A Sophie le encantaba aquella circunstancia y la aprovechaba cuanto podía, y aunque no lo hubiese hecho la habrían obligado a utilizar esa higiénica dependencia, pues la dueña de la mansión, Hedwig Höss, poseía una tremenda fobia de *Hausfrau* westfaliana frente a la suciedad y quería estar segura de que todos los prisioneros que vivían bajo su techo no sólo cuidaban su higiene corporal y sus ropas limpias, sino que se mantenían en unas perfectas condiciones higiénicas: el agua de la lavandería estaba siempre saturada de potentes antisépticos, cosa fácil de notar por el olor de germicida que desprendían los prisioneros domiciliados en Haus Höss. Había también otra razón para tanta pulcritud: Frau Kommandant tenía un miedo atroz a cualquier contagio proveniente del campo de concentración.

Otra de las preciosas ventajas que Sophie encontró y aprovechó en el sótano fue la de dormir, o al menos la posibilidad de ello. Después de la falta de alimentos y de intimidad, la imposibilidad de dormir era una de las principales carencias del campo de concentración; buscado por todos con una avidez casi lujuriosa, el sueño era el único modo de evadirse del eterno tormento, y, cosa rara (o quizá no tan rara), solía traer sueños agradables. Como me hizo observar Sophie cierta vez, aquella gente tan cercana a la demencia se habría vuelto completamente loca si, para huir de una pesadilla, se hubieran encontrado con otra en su mundo onírico. Así pues, gracias al silencio y al aislamiento de que podía disfrutarse en el sótano de Höss, por primera vez desde hacía varios meses Sophie pudo dormir y sumergirse en el agradable flujo y reflujo de los sueños.

El sótano había sido dividido aproximadamente en dos partes iguales por un tabique de madera. Al otro lado de la pared, se alojaban siete u ocho prisioneros masculinos; polacos en su mayoría, trabajaban arriba en toda clase de tareas, principalmente el lavado de platos en la cocina y la jardinería a cargo de dos hombres. Hombres y mujeres

raramente se mezclaban, como no fuese al cruzarse casualmente. Además de Sophie, había tres mujeres en el compartimiento femenino. Dos de ellas, hermanas, eran modistas judías que habían sido traídas de Lieja. Testimonio viviente del expeditivo proceder de los alemanes, las dos hermanas se habían salvado del gas sólo por su arte y habilidad en el manejo de la aguja y el hilo. Eran las favoritas de Frau Höss, quien junto con sus tres hijas, se beneficiaba de la habilidad de ambas; se pasaban el día cosiendo y haciendo dobladillos y arreglos en los vestidos más elegantes que habían sido previamente arrebatados a las judías destinadas a las cámaras de gas. Hacía muchos meses que estaban en la casa, y se habían vuelto complacientes y regordetas gracias a un trabajo sedentario y a una alimentación relativamente buena que les había permitido contrastar con aquel mundo de carne enjuta. Bajo la protección de Hedwig parecían haber perdido por completo el miedo ante el futuro, y Sophie siempre las encontró tranquilas y de buen humor en su soleada habitación del segundo piso, donde, entre otras cosas, se dedicaban a descoser etiquetas (con las marcas Cohen, Lowestein y Adamowitz) de costosas prendas de pieles y de lana recién limpiadas que, pocas horas antes, aún se encontraban en los vagones de carga con sus poseedores. Hablaban poco y con un acento belga que a Sophie le resultaba áspero y extraño.

La otra ocupante de la mazmorra de Sophie era una mujer asmática de media edad llamada Lotte; pertenecía a los Testigos de Jehová y era de Coblenza. Como a las dos modistas judías, la fortuna la había favorecido salvándola de la muerte; en su caso, había sido sometida a un tratamiento especial de inyecciones o a alguna tortura lenta en el «hospital» para que pudiese hacer de aya de los dos hijos más jóvenes de Höss. Flaca, lisa como un tablón, de mandíbula saliente y manos enormes, era muy parecida a algunas de las bestiales y lascivas guardianas que, procedentes del campo de Ravensbrück, habían sido enviadas al campo de concentración (una de ellas atacó salvajemente a Sophie poco después de su llegada). Pero Lotte, afable y generosa, no suponía amenaza alguna. Se comportó con Sophie como una hermana mayor, y le dio atinados consejos sobre el modo de conducirse en la mansión, junto con valiosas observaciones referentes al comandante y a las demás personas de la casa. Le dijo que, en particular, tuviera cuidado con Wilhelmine, el ama de llaves. Era una mujer de la peor calaña, también prisionera como las demás; una alemana que cumplía una condena por falsificación. Vivía arriba, en dos habitaciones. «Lámele el culo, Sophie —le aconsejó Lotte—, lámele el culo; lámele el culo y no tendrás problemas.» En cuanto a Höss, según dijo a Sophie su protectora, también le gustaba que lo halagaran, pero con él debía procederse con más cautela porque no se dejaba enredar fácilmente.

De alma simple, tremendamente devota, casi analfabeta, Lotte parecía capear los terribles vientos de Auschwitz como un buque rudamente tenaz, serena en su increíble fe. Sin embargo, nunca intentó hacer proselitismo; sólo una vez dio a entender a Sophie que, por sus propios sufrimientos en aquel cautiverio, sería ampliamente recompensada en el Reino de Jehová; los demás, incluida Sophie, irían a parar irremisiblemente al infierno. Pero no hubo mala intención en su sentencia, como tampoco la hubo en sus palabras una mañana en que, casi sin aliento, al detenerse con Sophie en el rellano del primer piso cuando se dirigían a sus tareas, Lotte notó el olor esparcido en el ambiente por la pira funeraria de Birkenau y murmuró que aquellos judíos lo merecían. Se habían ganado las

consecuencias del lío en que se habían metido. Al fin y al cabo, ¿no fueron los judíos los primeros que traicionaron a Jehová? «*Die Hebraer* son la raíz de todos los males», dijo con un resuello.

Cuando Sophie estaba a punto de despertarse a primera hora de la mañana del día que ya he comenzado a describir, el décimo día de los que llevaba trabajando en la buhardilla para el comandante y el mismo en que tomó la determinación de seducirlo —o, si no seducirlo precisamente (pensamiento ambiguo), conseguir que se doblegara a su voluntad y designios—, un momento antes de abrir sus ojos pestañeantes en la lóbrega atmósfera del sótano, tuvo conciencia del dificultoso respirar asmático de Lotte, que dormía sobre su jergón junto a la pared opuesta. Entonces Sophie se despertó con una sacudida, percibiendo entre sus pesados párpados el gran bulto de un cuerpo que yacía a un metro de distancia bajo una manta apolillada. Sophie se habría levantado, y como tantas otras veces le habría hurgado las costillas con las yemas de los dedos para despertarla, pero a pesar de que las pisadas que se oían arriba, procedentes del suelo de la cocina, le indicaban que era casi la hora de levantarse, se dijo: «Déjala dormir». Y luego, como un nadador que se zambullera en acogedoras y amnióticas profundidades, Sophie intentó caer de nuevo en el sueño que tenía cuando despertó.

En él era una muchachuela que, unos doce años antes, escalaba una pendiente de los Dolomitas en compañía de su prima Krystyna; buscaban edelweiss mientras charlaban en francés. Oscuros y brumosos picos se alzaban ante ellas. Desconcertante como todos los sueños, y aun dando la sensación de un peligro latente, la visión había sido casi insoportable por su belleza. La flor de lechosa blanca apareció por fin entre las rocas, y Krystyna, que precedía a Sophie por un peligroso sendero, le dijo: «¡Ahora te la bajo, Zosia!». Entonces Krystyna pareció resbalar y, en medio de una avalancha de guijarros, vaciló en el borde del abismo: el sueño fue ennegrecido por el terror. Sophie se puso a rezar por Krystyna como si lo hiciera por ella misma: «Ángel de Dios, ángel de la guarda, no la abandones... —profirió una y otra vez—. ¡Ángel, no la dejes caer!». De pronto, el sueño se inundó de luz alpina y Sophie miró hacia arriba. Serena y triunfante, rodeada de una aureola luminosa, la niña sonrió a Sophie firmemente encaramada en un musgoso promontorio y con el edelweiss en la mano. «Zosia, *je l'ai trouvé!*», gritó Krystyna. La impresión de peligro del sueño transformada luego en sensación de seguridad, junto con la evidencia posterior de una jubilosa resurrección gracias a sus rezos, fue tan agudamente dolorosa que cuando despertó al oír los resuellos de Lotte sus ojos estaban llenos de lágrimas. Fue entonces cuando Sophie volvió a cerrar los párpados y dejó caer la cabeza hacia atrás en un fútil intento de refugiarse en su fantasmal alegría... y cuando Bronek le sacudió bruscamente el hombro.

—Esta mañana sí que tengo una buena manduca para ustedes, señoras —dijo el hombre.

Perfectamente adaptado a la escrupulosa puntualidad alemana, Bronek había llegado en el instante previsto. En un abollado perol de cobre traía la comida, que solía consistir en los restos de la cena de los Höss de la noche anterior. Aquel forraje matinal siempre estaba frío (como si se tratara de la alimentación de animales domésticos, la cocinera dejaba el perol con los desperdicios junto a la puerta de la cocina, de donde lo cogía Bronek cada mañana al amanecer) y solía componerse de un grasiento revoltillo de huesos que aún

conservaban algo de carne y ternilla, trozos de pan (untados de margarina en los días propicios), restos de verdura y a veces una manzana o pera medio comida. En comparación con lo que solían comer los prisioneros del campo de concentración, estos alimentos eran exquisitos; y, en cuanto a cantidad, representaban un verdadero banquete. De tal desayuno, aumentado ocasional e inexplicablemente con finos bocados como sardinas de lata o salchichas polacas, podía sacarse la impresión de que el comandante quería que sus servidores domésticos no murieran de hambre. Además, aunque Sophie tenía que compartir su cuenco con Lotte (al igual que las dos hermanas judías con el suyo) comiendo cara a cara como si fueran un par de perros, podían hacer uso de una cuchara de aluminio: un lujo que nadie recordaba ya alambradas adentro.

Sophie oyó que Lotte se despertaba con un gruñido, murmurando sílabas inconexas, tal vez una invocación matutina a Jehová con un sepulcral acento renano. Bronek, dejando el perol en el suelo dijo:

—Miren, señoras, todo lo que ha quedado de una pierna de cerdo; todavía tiene carne. Y también hay mucho pan. Y unos buenos trozos de fina col. Supe que hoy iban a comer ustedes bien desde que ayer me enteré de que venía a comer Schmauser.

El hombre para todo, pálido y calvo a la plateada y escasa luz del sótano, todo él angulosidades, especialmente en las articulaciones de sus miembros (lo que le daba el aspecto de un saltamontes), pasó del polaco a su defectuoso y grotesco alemán para dirigirse a Lotte mientras le daba un codazo:

—*Aufwecken, Lotte*—le susurró, diciéndole que despertara—. *Aufwecken, mein schöne Blume, mein kleiner Engel*. —Por pocas ganas reír que tuviera Sophie, aquella escena, parodia aproximada de las que tenían lugar entre Bronek y la elefantina ama de llaves, que gozaba de las máximas atenciones de éste, alivió su mal humor por su comicidad y, sobre todo, por los piropos de «mi bella flor y mi angelito»—. Despierta, mi gusanito de Biblia —insistió el buen hombre, momento en que Lotte se incorporó y se quedó sentada.

Todavía ofuscada por el sueño, su inexpresiva cara tenía un aspecto monstruoso, pero etéreamente plácido y benigno a la vez, como una de aquellas efigies de la isla de Pascua. Y de repente, sin dudar ni un instante, comenzó a engullir la comida.

Sophie esperó un momento. Sabía que Lotte, un alma de Dios, sólo tomaría la parte que le correspondía, por lo que tuvo tiempo de relamerse antes de empezar a comer su porción. La boca se le hacía agua a la vista de la viscosa mezcla, y bendijo el nombre de Schmauser. Era un Obergruppenführer de las SS —grado equivalente a general de división— y superior de Höss en sus tiempos de Wroclaw; se rumoreaba que su visita se prolongaría durante varios días, cosa que hizo desear a todos que se confirmara la teoría de Bronek: «Mientras haya un pez gordo en la casa, comeremos tanto y tan bien que hasta las cucarachas reventarán de hartas».

—¿Qué tal fuera, Bronek? —dijo Lotte entre dos engullidas.

Como Sophie, sabía que el hombre solía observar y predecir el tiempo con el acierto propio de un campesino.

—Frío. Viento de poniente. Sol a ratos. Pero muchas nubes bajas. No permiten que el aire se eleve y circule. Ahora la atmósfera es maloliente, pero es posible que mejore. Hay muchos judíos chimenea arriba. Querida Sophie, coma, por favor.

Esto último lo dijo en polaco riendo y mostrando los dientes, con lo que dejó entrever

unas encías en las que los restos de tres o cuatro dientes sobresalían como blancas astillas.

La carrera de Bronek en Auschwitz coincidía con la propia historia del campo de concentración. Casualmente, fue uno de sus primeros novicios, y comenzó a trabajar en casa de Höss poco después de su internamiento en el campo. Era un ex granjero de los alrededores de Miastko, muy hacia el norte. Se le habían caído la mayoría de los dientes tras haber sido objeto de un experimento de carencia de vitaminas; lo mismo que a una rata o a un conejillo de Indias, lo habían privado sistemáticamente de ácido ascórbico y otros elementos nutritivos esenciales hasta que, como se esperaba, su boca quedó convertida en una ruina; también salió algo chiflado de la prueba. Sin embargo, se vio favorecido por el extraordinario golpe de suerte que de vez en cuando caía sobre ciertos prisioneros sin ningún motivo especial, como un rayo. Ordinariamente, habría sido liquidado después del experimento: un pellejo inútil ayudado a morir con eficacia y celeridad mediante una inyección en el corazón. Pero además de un extraordinario vigor, poseía esa capacidad de recuperación que sólo tienen los hombres del campo. Aparte de la destrucción de sus dientes, no presentaba ninguno de los síntomas del escorbuto —lasitud, debilidad, pérdida de peso y así sucesivamente— que, dadas las circunstancias, eran previsibles. Se conservaba tan brioso como un macho cabrío. Y así fue como, después de un examen a fondo del caso por los perplejos doctores de las SS, el hecho llegó de modo indirecto al conocimiento de Höss. Se pidió al comandante que echara una mirada al fenómeno; lo hizo, y en su fugaz encuentro con el recio campesino, el comandante —quizá sólo por la forma de hablar de Bronek, que era el defectuoso y chusco alemán propio de un inculto lugareño polaco de Pomerania— se encaprichó con él, lo puso bajo la protección de su casa, donde trabajó desde entonces gozando de algunos pequeños privilegios, como la entera libertad de movimiento por todo el edificio y sus dependencias y la exención total de vigilancia que suele concederse a un animal doméstico. Sí, existen estos favoritismos en todas las sociedades basadas en la esclavitud. Era un especialista en el logro de gangas, lo que le permitía sorprender de vez en cuando a sus compañeros con notables sorpresas en forma de alimentos, casi siempre de misteriosa procedencia. Y Sophie aun tuvo conocimiento de algo más importante respecto a Bronek. A pesar de su simpleza, estaba en contacto diario con el campo de concentración y era un informador fiable de uno de los más poderosos grupos de la resistencia polaca.

Las dos modistas se agitaron en la oscuridad del otro extremo del compartimiento.

—*Bonjour, mes dames* —les dijo alegremente Bronek—. Su desayuno ya está aquí. —Se volvió hacia Sophie—. También les traigo algunos higos, verdaderos higos, ¿se dan cuenta?

—Pero ¿de dónde los ha sacado usted? ¡Higos! —Deliciosamente sorprendida, Sophie cogió el increíble tesoro que Bronek le ofrecía; aunque secos y envueltos en celofán, confirieron una maravillosa tibieza a la palma de su mano. Los observó con detenida delectación y pudo ver los apetitosos regueros de jugo cuajado sobre la piel verde-grisácea de los melosos frutos; inhaló su voluptuoso aroma, disminuido pero aún dulzonamente agradable, y recordó los auténticos higos que había comido años antes en Italia. Su estómago reaccionó con un alegre ruidito. Hacía siglos que no podía disfrutar de semejante lujo—. ¡Bronek, no puedo creerlo! —exclamó.

—Guárdenselos para después —dijo Bronek, dando otro paquete a Lotte—, no los

saboreen ahora. Cómense antes esta mierda. No es más que basura, pero es lo mejor de que podrían disponer. Es casi tan buena como la que yo usaba para alimentar a los cerdos que criaba en Pomerania.

Bronek era un hablador incansable. Sophie escuchaba su cháchara, mientras mordisqueaba ávidamente un frío despojo de cerdo: se componía casi por entero de hueso y cartílagos, pero los pequeños restos de carne eran sabrosos; le sabían a ambrosía, lo mismo que las pequeñas bolsas llenas a reventar de la grasa que tanto necesitaba su cuerpo. Habría sido capaz de atracarse de cualquier clase de grasa. Mentalmente volvía a recrear a su antojo el festín que Bronek había tenido ocasión de contemplar haciendo las veces de camarero: el espléndido cochinito, el pudín, las humeantes patatas, la col con castañas, las salsas y, como postre, compotas y jaleas y un rico flan, todo ello engullido por las fauces de los SS con ayuda de majestuosas botellas de un vino húngaro llamado Sangre de Toro, y servido (según correspondía a un dignatario de tanta categoría como un Obergruppenführer) con una soberbia vajilla zarista de plata procedente de algún museo saqueado del frente oriental. La voz de Bronek, que estaba hablando precisamente de aquella gente, despertó a Sophie de su ensueño; el tono de su expresión era el de una persona bien informada de portentosos acontecimientos secretos:

—Intentan parecer felices —dijo— y, por un momento, dan la impresión de serlo. Pero cuando vuelven a meterse en la guerra, todo es dolor y miseria. Como eso que dijo anoche Schmauser sobre los rusos..., que estaban a punto de recuperar Kiev. Y que había muchas otras malas noticias del frente ruso. Y las noticias de Italia tampoco son nada buenas, según Schmauser. Por lo que parece, los británicos y los norteamericanos avanzan allí hacia el norte, y los alemanes mueren como piojos. —Bronek, que estaba agachado, se irguió y dio unos pasos hacia las dos hermanas con el otro cuenco que había traído—. Pero la gran noticia, señoras, es algo que apenas creerán, pero que no puede ser más cierto: ¡Rudi se marcha! ¡Vuelven a destinarlo a Berlín!

Sophie estuvo a punto de atragantarse con el cartilaginoso bocado que estaba engullendo al oír estas palabras. «¿Se marcha?» ¡Höss dejaba el campo de concentración! ¡No podía ser verdad! Se incorporó y agarró la manga de Bronek.

—¿Está seguro? —le preguntó—. ¿Está usted seguro, Bronek?

—Lo que digo se lo oí decir a Schmauser. Le dijo a Rudi, cuando los demás oficiales ya se habían marchado, que había realizado un trabajo estupendo, pero que lo necesitaban en la oficina central de Berlín. Y que, por lo tanto, ya podía prepararse para un traslado inmediato.

—¿Qué entiende usted por... inmediato? —insistió Sophie—. ¿Hoy, el mes próximo, cuándo?

—No lo sé —contestó Bronek—, dio a entender que pronto. —De súbito, su voz se volvió temblorosa—. Lo que es a mí, la noticia no me hace nada feliz, se lo aseguro. —Hizo una pausa; la expresión de su rostro era sombría—. No hago más que preguntarme a quién pondrán en su sitio. Tal vez a algún sádico, ya sabe a lo que me refiero. ¡Algún gorila! ¿Es posible que yo también...? —Dio una mirada en derredor y se pasó el índice por el cuello—. Ese hombre habría podido liquidarme, habría podido darme una ración de gas, como a los judíos, pero me trajo aquí y me ha tratado desde entonces como a un ser humano. Por eso no puedo alegrarme de que Rudi se marche.

Pero Sophie, preocupada, ya no prestaba atención a Bronek. Estaba aterrada por la repentina noticia del traslado de Höss. De pronto, se había dado cuenta de que debía actuar con rapidez si quería que el comandante se fijase en ella para conseguir a través de él lo que se había propuesto. Durante las dos horas siguientes, Sophie, afanándose al lado de Lotte en el lavado de la ropa de la casa (a los prisioneros que servían bajo el techo de Höss se les ahorraba el pesado e interminable acto de pasar lista a que estaban obligados todos los prisioneros del campo de concentración pero, aun así, era poco el tiempo que podían desperdiciar; Sophie tenía que lavar grandes montones de ropa de los pisos superiores, aunque por fortuna pocas veces estaba realmente sucia gracias a la obsesión de Frau Höss por los gérmenes y la falta de limpieza), se imaginaba toda clase de parodias y escenas teatrales en las que llegaba a intimar con el comandante lo suficiente como para poder hacerle escuchar la historia que la llevaría a la redención. Pero el tiempo había comenzado a trabajar en su contra. A menos que actuara inmediatamente y quizá con un poco de atrevimiento, Höss se marcharía y todo lo que ella había planeado quedaría reducido a la nada. Su ansiedad era casi inaguantable y, de algún modo, estaba irracionalmente mezclada con una extraña sensación de hambre.

Había escondido el paquete de higos en el dobladillo suelto de su blusa a rayas. Poco antes de las ocho, aproximadamente a la hora en que debía subir los cuatro tramos de escalera para dirigirse al despacho de la buhardilla, no pudo resistir por más tiempo la apremiante necesidad de comerse algún higo. Se escondió, pues, en un gran cuarto trastero situado bajo la escalera, donde no podrían verla los demás prisioneros de la casa. Y allí abrió frenéticamente el paquete rompiendo el celofán. Se le llenaron los ojos de lágrimas al deslizarse dulcemente garganta abajo, uno a uno, los pequeños globos de fruta (ligeramente húmedos y de deliciosa textura tras una fácil mascaradura para liberar sus diminutas semillas); loca de deleite, sin avergonzarse de su glotonería y con la azucarada y babeante saliva que le cubría la barbilla y los dedos, los devoró todos. Sus ojos tardaron un poco en desnublarse, y su corazón latió de placer todavía unos momentos. Después, tras permanecer unos minutos en la oscuridad para permitir que los higos se asentaran en su estómago y para recuperar su compostura y su expresión normal, comenzó a subir poco a poco hacia la parte alta de la casa. La ascensión duró unos pocos minutos, pero este corto lapso de tiempo fue interrumpido por dos acontecimientos singularmente memorables que, con todas sus espantosas características, no desentonaban de la alucinante realidad de sus mañanas, tardes y noches en Haus Höss.

En dos de los rellanos de la escalera —el de la planta inmediatamente superior al sótano y el que se encontraba justamente debajo de la buhardilla—, había unas lumbreras, orientadas hacia el oeste, de las que Sophie intentaba habitualmente desviar la mirada, aunque no siempre con éxito. La vista que se dominaba a través de ellas comprendía ciertas áreas inconcretas —en primer término, un pardo campo desprovisto de hierba destinado a eventuales ejercicios militares, algunos pequeños barracones de madera, los alambres electrizados que cercaban incongruentemente un grupo de grandiosos álamos—, pero también incluía el andén del ferrocarril donde se llevaban a cabo las selecciones. Invariablemente, largas hileras de vagones de carga de sucio color marrón aguardaban en aquel lugar presagiando incontables escenas de crueldad, mutilación y locura. El andén quedaba a una distancia media: demasiado cerca para ser ignorado y demasiado lejos para

verlo con claridad. Era posible, me dijo Sophie en uno de sus relatos, que el recuerdo de su propia llegada allí concretamente en aquel *quai*, era la causa de que evitara dirigir la mirada en aquella dirección, de que volviese siempre los ojos hacia otro lado para ver las fragmentarias y vacilantes apariciones que, desde su punto de observación, sólo podían divisarse imperfectamente, como las formas confusas de un antiguo y mudo noticiario cinematográfico: un cañón de rifle apuntando al cielo, cuerpos sin vida sacados a tirones de entre las puertas de un vagón, cartón piedra humano echado brutalmente al suelo.

A veces hacía lo posible para imaginarse que no había allí ninguna clase de violencia y sólo experimentaba una terrible sensación de orden, enormes grupos de personas que caminaban bamboleándose dócilmente en un interminable desfile. El andén se hallaba demasiado distante para que llegara de él sonido alguno: la música de la demencial banda de prisioneros que daba la bienvenida a cada nuevo tren, los gritos de los guardianes, el ladrido de los perros..., todo esto quedaba enmudecido, aunque algunas veces podía oírse el disparo de una pistola. Por lo tanto, el drama parecía tener lugar en un misericordioso vacío auditivo que excluía los alaridos de dolor, los gritos de terror y otros ruidos de aquella infernal iniciación. Mientras seguía subiendo los escalones, Sophie pensaba que tal vez aquella ausencia de ruidos le permitía ceder, de vez en cuando, a una ocasional e irresistible mirada furtiva, cosa que hizo ahora para ver una fila de vagones recién llegados que estaban siendo descargados. Guardianes de las SS y remolinos de vapor rodeaban el tren. Sabía, por las notificaciones que Höss había recibido el día anterior, que aquél era el segundo de dos trenes procedentes de Grecia, con un cargamento de dos mil cien judíos.

Entonces, satisfecha su curiosidad, se volvió y abrió la puerta del salón a través del cual tenía que pasar para alcanzar el último tramo de escalera. Procedente de la gramola Stromberg Carlson, una voz de contralto llenaba la estancia con las turbulentas quejas de una mujer que cantaba sus amores contrariados, mientras Wilhelmine, el ama de llaves, seguía la tonada con un audible canturreo y manoseaba un montón de ropa interior femenina de seda. Estaba sola. La luz del sol inundaba la habitación.

Wilhelmine (observó Sophie mientras intentaba pasar lo más rápidamente posible) llevaba una de las batas —regalada— de su dueña, unas zapatillas rosadas con unas enormes borlas del mismo color, y el pelo, teñido con alheña, enrollado en bigudíes. Tenía la cara enrojecida como si se hubiese puesto demasiado colorete. Desafinaba de un modo atroz. Se volvió hacia Sophie en el momento en que ésta se escurría por su lado y le echó una mirada sorprendentemente agradable, cosa para ella difícil de conseguir porque su rostro era de lo más desagradable que hubiera podido existir. (Por inoportuno que pueda parecer ahora, y posiblemente falto de persuasión gráfica, no puedo menos de repetir la reflexión maniquea que Sophie me hizo respecto a aquel famoso verano: «Si alguna vez escribes sobre esto, Stingo, di que Wilhelmine era la mujer más hermosa que yo hubiera visto jamás... Bueno, en realidad no era hermosa, sino bien parecida, con la dura belleza que suelen tener las trotacalles. Era, pues, la mujer más hermosa que yo hubiera visto jamás, pero con una maldad interior que la hacía fea como pocas. Sólo puedo describirla de esta manera. Vista así, su fealdad era total. La sangre se me helaba con sólo mirarla».)

— *Guten Morgen* — susurró Sophie, apretando el paso.

Wilhelmine la detuvo de súbito con un brusco:

— ¡Espera!

Su voz sonó como un disparo. El alemán es una lengua dura, al fin y al cabo.

Sophie se volvió para situarse frente al ama de llaves; por raro que pareciese era la primera vez que se hablaban aun cuando se veían a menudo. A pesar de que su semblante no era en aquel momento nada amenazador, la mujer inspiraba aprensión; Sophie sintió la aceleración de su pulso en ambas muñecas, la boca se le secó en un instante. «Nur nicht aus Liebe weinen», se quejó la lacrimosa y amplificada voz de la gramola, insistiendo en lo desgraciado que era su amor con unos ecos que resonaban de pared a pared. Una centelleante galaxia de motas de polvo flotaba a través de la oblicua luz de primera hora de la mañana, que iluminaba con claridad desigual una suntuosa habitación abarrotada de armarios, cómodas y mesitas, de dorados sofás y sillones. «Ni siquiera es un museo — pensó Sophie—, es un almacén monstruoso.» De pronto, Sophie se dio cuenta de que el salón olía fuertemente a desinfectante, como su propia blusa. El comportamiento del ama de llaves era de una extraña incoherencia.

—Quiero darte una cosa —le dijo con tono halagador, sonriendo, buscando entre el montón de ropa interior. La sedaña pila de finas prendas con aspecto de recién lavadas reposaba sobre la superficie de mármol de una cómoda con incrustaciones de madera coloreada y ornamentos de bronce en forma de franjas planas que se abarquillaban en ciertos lugares del mueble: un trasto enorme y pesadísimo que difícilmente habría sido admitido en Versalles, pero de donde era muy posible que hubiera sido robado—. Todo esto lo trajo Bronek anoche, directamente del equipo de limpieza —continuó con su tono estridente y cantarín—. Frau Höss quiere repartirlo casi todo entre los prisioneros de la casa. Sé que no tienes ropa interior. Lo mismo que Lotte, que se ha quejado de que esos uniformes os irritan el trasero. —Sophie soltó el aliento, contenido hasta entonces. Sin pena ni sorpresa, ni siquiera impresionada por lo que habría podido parecer una revelación, un pensamiento atravesó su mente con increíble rapidez: «Todas estas prendas son de mujeres judías muertas»—. Están limpias, muy limpias. Algunas de estas piezas son de una seda maravillosamente pura; no había visto nada igual desde antes de la guerra. ¿Cuál es tu talla? Apuesto a que ni siquiera lo sabes.

Sus ojos emitían un brillo de lubricidad.

Aquel súbito e injustificado acto de caridad se había producido con demasiada rapidez para que Sophie se percatara enseguida de su verdadero sentido, pero no tardó en presentirlo realmente alarmada..., alarmada tanto por la manera como Wilhelmine se le había casi echado encima (porque acababa de darse cuenta de que era esto lo que había hecho el ama de llaves), acechándola cual una tarántula en espera de que saliera del sótano, como por su precipitado ofrecimiento de aquel regalo con tan sorprendente interés.

—¿También te irrita el culo, a ti, la tela del uniforme? —oyó que Wilhelmine le preguntaba ahora suavemente y con un ligero temblor en la voz que hacía su actitud más insinuante y provocativa que sus sugestivos ojos o que las palabras que la habían puesto en guardia (Apuesto a que ni siquiera lo sabes) y en cuyo significado volvió ahora a insistir—: ¿Verdad que no sabes cuál es tu talla?

—Sí —dijo Sophie, tremendamente incómoda—. ¡No! No lo sé.

—Vamos —murmuró Wilhelmine, señalándole un rincón de la estancia. Era un penumbroso espacio protegido por la mole de un gran piano de concierto Pleyel—.

Vamos, pruébete estas bragas. —Sophie avanzó unos pasos y sintió enseguida el ligero contacto de los dedos del ama de llaves en el borde inferior de su blusón—. Estaba tan interesada por ti... He tenido ocasión de oírte hablar con el comandante. Hablas un maravilloso alemán, como si fuera tu propia lengua. El comandante dice que eres polaca, pero la verdad es que no me lo creo, ¡ja! Eres demasiado hermosa para ser polaca. —Sus palabras, vagamente febriles, se derramaban las unas sobre las otras mientras acababa de empujar a Sophie hacia el rincón, que era más oscuro de lo que parecía—. Todas las polacas de este lugar son tan bastas y ordinarias, tan *lumpig*, tan andrajosas... Pero tú... tú debes de ser sueca, ¿verdad? O de sangre sueca... Pareces más sueca que otra cosa, y he oído decir que hay mucha gente de sangre sueca en el norte de Polonia. Aquí donde estamos, donde nadie puede vernos, podrás probarte las bragas que quieras. Para que tu culito no se irrite y se conserve blanco y suave.

Hasta aquel instante, esperanzada contra toda esperanza, Sophie se había dicho que los atrevimientos de aquella mujer podían muy bien ser inofensivos pero ahora, al tenerla tan cerca, los signos de su voraz deseo —primero su rápida respiración y luego la rubicundez que se extendió como una erupción por su cara bestialmente hermosa, un rostro que tanto tenía de Valquiria como de prostituta— no dejaban lugar a dudas sobre sus intenciones. Aquellas bragas de seda eran un torpe señuelo. Y en un espasmo de extraño humor, cruzó por la mente de Sophie el pensamiento de que el gobierno de aquella casa estaba tan psicóticamente ordenado y tan estrictamente proyectado que aquella infeliz y despreciable mujer sólo podía atender las ansias de su sexo de pasada, por así decirlo, de pie en un rincón detrás de un piano de cola, y precisamente durante los pocos y preciosos minutos sin programar que le quedaban entre el fin del desayuno (cuando los niños acababan de marcharse a la escuela de la guarnición) y el comienzo de las tareas cotidianas habituales. De las demás horas del día, hasta el último tictac del reloj, debía dar exacta cuenta y razón: *voilà!* De ahí por qué se exponía a lo que fuese contra viento y marea, bajo un techo regulado por las SS, para poder disfrutar de un poco de amor sáfico.

—*Schnell, schnell, meine Süsse!*—susurró Wilhelmine, para que se apresurara—. Levántate un poco la falda, querida..., no, ¡más arriba!

Entonces la ogresa se empleó a fondo y Sophie se sintió hundida en sonrosada franela, en coloradas mejillas, en pelos y bigudíes y en una rojiza fuente de hediondez mezclada con perfume francés. El ama de llaves actuaba con el frenesí de una loca. Sólo pudo conceder un par de segundos a su dura, tiesa y lupina lengua para que evolucionara en la oreja de Sophie; luego le acarició precipitadamente los pechos, le sobó rudamente las nalgas y se echó hacia atrás con una expresión de lujuria tan intensa que sólo podía compararse a la peor de las angustias; enseguida pasó a tareas más serias: se dejó caer de rodillas al suelo y oprimió las caderas de Sophie rodeándolas con sus brazos. «Nur nicht ausbebe weinen...», repetía la llorona del disco.

—Mi gatita sueca..., monada mía —susurró Wilhelmine—. Oh, *bitte*, por favor, ¡la falda más arriba!

Conforme a la decisión tomada momentos antes, Sophie no se resistiría ni protestaría —se hallaba en un estado de improvisada autohipnosis más allá de toda repugnancia, siendo consciente, a lo sumo, de que estaba tan desamparada como una mariposa

atrapada por una araña en su red—, por lo que permitió, sumisa, que aquella viciosa le separara los muslos y que un lascivo morro y la redonda punta de una lengua hurgaran en lo que, según advirtió con oscura y distante satisfacción, era su porfiada sequedad, algo tan árido y desprovisto de humedad como un desierto de arena. Se balanceó sobre los talones y levantó los brazos perezosamente para ponerse en jarras mientras la mujer — Sophie acababa de advertirlo— se masturbaba frenéticamente y movía inquieta debajo de ella su flameante mata de pelo recogida por los torcidos como si fuese una gigantesca y deforme amapola. Entonces llegó un ruido retumbante del otro extremo de la gran habitación, una puerta se abrió de golpe y la voz de Höss gritó:

—¡Wilhelmine! ¿Dónde está usted? Frau Höss la necesita en el dormitorio.

El comandante, que habría tenido que hallarse a aquella hora en su oficina de la buhardilla, se había apartado brevemente de su programa, y fue tal el miedo que la inesperada presencia de Höss —aunque invisible— causó a ambas mujeres, que Sophie temió que la súbita y espasmódica manera en que Wilhelmine se agarró a sus nalgas las hiciera caer a las dos al perder el equilibrio. La lengua y la cabeza se apartaron. Por un momento, la desconcertada adoradora se quedó inmóvil, como paralizada, rígida la cara de espanto. Luego vino la bendita distensión. Höss, sin llegar a ver a nadie, gritó otra vez, hizo una pausa, juró entre dientes y volvió a marcharse dejando oír sus fuertes pisadas sobre los escalones que conducían a la buhardilla. Y el ama de llaves acabó de separarse entonces de Sophie dejándose caer hacia atrás en la oscuridad, desmadejada como una grotesca muñeca de trapo.

Sophie sólo empezó a reaccionar cuando se encontró en la escalera, camino de la buhardilla, de modo tan sobrecogedor que las piernas, súbitamente debilitadas, no la aguantaron y tuvo que sentarse. No era el mero hecho de aquella acometida lo que la dejó anonadada —el lance no era nuevo para ella, pues casi había sido violada por una guardiana unos meses antes, poco después de su llegada—, ni tampoco la reacción de Wilhelmine, que mostró un demencial interés, cuando Höss hubo desaparecido escalera arriba, por no perder la privilegiada seguridad de que gozaba («No debes decirlo al comandante —dijo con tono regañón a Sophie, pero luego le repitió las mismas palabras con implorante humildad. Y antes de echar a correr a través de la puerta, aún añadió—: ¡Nos mataría a las dos!»). Por un momento Sophie pensó que aquella comprometedor situación le había dado, casualmente, cierta ventaja sobre el ama de llaves. A no ser... A no ser (y este pensamiento, que la asaltó de improviso, le hizo flaquear las piernas y sentarse, temblorosa, en un peldaño de la escalera) que aquella falsaria convicta, con tanto poder en aquella casa, se pusiera a cubierto ante la posibilidad de que trascendiera la verdad de aquel fallido acto venéreo volviéndose contra Sophie, resarciéndose de su frustración mediante la conversión del amor en venganza, yendo al comandante con algún cuento sobre la mala conducta de su secretaria (específicamente, que era la otra la que había iniciado la seducción), con lo que echaría a perder los planes que Sophie había forjado para asegurarse un futuro mejor que el que se le presentaba. Teniendo en cuenta cuánto detestaba Höss la homosexualidad, sabía lo que le sucedería si se urdía tal escándalo, y en el acto sintió —como la habían sentido sus privilegiados compañeros de reclusión en su asfixiante limbo saturado de terror— la fantasmal aguja que vertía a chorros la muerte en el centro de su corazón.

Acurrucada en la escalera, se inclinó hacia adelante y se cogió la cabeza con ambas manos. La confusión que bullía en su mente le causaba una ansiedad casi insoportable. Ahora, después del episodio con Wilhelmine, ¿se hallaba en mejor situación o el peligro que corría era aún mayor? No lo sabía. La potente sirena del campo de concentración —de tono agudo, armónico, más o menos en si menor y que siempre le recordaba algún acorde parcialmente recuperado de *Tannhäuser*— hendió la mañana señalando las ocho en punto. Nunca había llegado tarde a la buhardilla pero ahora iba a hacerlo, y al pensar en su retraso y en la impaciencia con que la estaría esperando Höss —que medía el tiempo por décimas de segundo—, se sintió invadida por el terror. Se levantó y continuó subiendo; se sentía febril y decaída. Eran demasiadas las cosas que tenía que resolver al mismo tiempo. Demasiados los pensamientos que debía poner en orden, demasiadas las inquietudes y aprensiones que la abrumaban. Si no sabía dominarse, hacer todos los esfuerzos necesarios para guardar su compostura, podría derrumbarse aquel mismo día como una marioneta que hubiese representado su espasmódica danza movida por hilos y que, abandonada por su dueño, cayera exánime como un pingajo. Una pequeña pero irritante molestia en el pubis le recordó el hurgador hocico del ama de llaves.

Jadeante por la ascensión, llegó al rellano del piso de debajo de la buhardilla, donde una ventana medio abierta le dejó contemplar una vez más la vista del lado oeste con su yermo campo de instrucción que subía, en suave declive, hacia el grupo de álamos, detrás de los cuales aparecían los incontables vagones de carga, formando una pardusca hilera que había tomado el color del polvo de Serbia y de las llanuras húngaras. Desde el encuentro con Wilhelmine, las puertas de los vagones habían sido abiertas por los guardianes, y ahora más centenares de prisioneros procedentes de Grecia bullían en el andén. A pesar de la prisa, Sophie se sintió impelida a detenerse para observar la escena por un instante, atraída tanto por el terror como por una morbosa curiosidad. Los álamos y la horda de guardianes de las SS ocultaban la mayor parte de la escena. No podía ver claramente las caras de los judíos griegos. Ni era capaz de decir cómo vestían: el color dominante era un gris desvaído. Sin embargo, destacaban en el andén los destellos y revoloteos polícromos de algunas prendas: verdes, azules y rojos, la aparición y desaparición aquí y allá, de un tono mediterráneo. Estas llamativas manchas hicieron que Sophie se sintiese vivamente atraída por un país que sólo había visto en los libros, pero que le recordó unos versos infantiles del pensionado, cantados por la enjuta hermana Bárbara en su cómico y tosco francés eslavo:

*Ô que les îles de la Grèce sont belles!
Ô contempler la mer à l'ombre d'un haut figuier
et écouter tout autour les cris des hirondelles
voltigeant dans l'azur parmi les oliviers!**

Creía que ya se había acostumbrado a aquel olor que todo lo invadía, o que por lo menos se había resignado a él. Pero en aquel momento, el pestilente hedor de carne humana consumida por el fuego irrumpió con tanta intensidad en sus ventanas nasales,

* :Ah, qué hermosas son las islas griegas! / :Ah, contemplar el mar a la sombra de una alta higuera / y escuchar alrededor los gritos de las golondrinas / revoloteando en el cielo azul entre los olivos! (*N. del t.*)

fue tan violento el modo como dominó su sensibilidad que sus ojos se desenfocaron y la muchedumbre que llenaba el distante andén —el cual, en el último instante, le pareció una fiesta campestre contemplada de lejos— empezó a desaparecer de su vista. E involuntariamente, con incontenible horror y repugnancia, se llevó la yema de los dedos a sus labios.

...*La mer à l'ombre d'un haut figuier...*

Estas desagradables sensaciones, junto con la evidencia del lugar donde Bronek había conseguido los higos, hicieron que Sophie los sintiera agriamente, ya licuados, en su garganta, de la que salieron despedidos para formar un charco en el suelo, entre sus pies. Con un gemido, apoyó la cabeza en la pared, junto a la ventana, y así permaneció unos momentos, jadeando e intentando acabar de vomitar. Entonces sus débiles piernas se apartaron de aquella inmundicia y cayó de manos y rodillas sobre las baldosas, vencida por la aflicción, hundida por un sentimiento de desolación y desamparo jamás experimentado con tanta intensidad.

Nunca olvidaré lo que Sophie me dijo sobre aquellos momentos: de pronto, se dio cuenta de que no podía recordar su propio nombre.

—¡Dios mío, ayúdame! —gritó en voz alta—. ¡No sé quién soy!

Y permaneció todavía unos instantes en el suelo, en la misma posición, temblando como penetrada por el más terrible frío ártico.

Despreocupadamente, el reloj de cuco del dormitorio de Emmi, la de la cara de luna, dejó oír la hora con ocho de sus gorjeos. El pajarraco llevaba por lo menos un retraso de cinco minutos, observó Sophie con grave interés y satisfacción. Y, lentamente, se levantó y subió los últimos peldaños que conducían al vestíbulo del despacho, situado en un nivel ligeramente inferior a éste, donde las fotografías de Goebbels y Himmler sobre las desnudas paredes campeaban como único ornamento. Luego subió lo poco que le faltaba hasta llegar a la puerta de la buhardilla, entreabierta, en la parte superior de cuyo marco se leía, con letras cinceladas en la madera, el sagrado lema de la funesta hermandad: «Mi honor es mi lealtad». A pocos pasos en su elevado nido de ave de rapiña, esperaba Höss bajo la imagen de su señor, rodeado de soledad y de una blancura tan inmaculada que cuando Sophie entró, vacilante, en el despacho, le pareció que sus paredes, a la resplandeciente claridad de aquella mañana otoñal, estaban bañadas de una luz incandescente y cegadora.

—*Guten Morgen, Herr Kommandant*— dijo Sophie dando a Höss los buenos días.

Durante el resto del día, Sophie no pudo apartar de su mente la preocupante noticia de que Höss iba a ser trasladado a Berlín, lo que significaba que debía actuar con presteza si quería conseguir sus propósitos. Así pues, llegada la tarde, decidió insinuarse, y rezó en silencio por el aplomo y la sangre fría que necesitaba para poner en práctica su plan. Mientras esperaba que Höss regresara a la buhardilla tras haber hablado con su ayudante, y en tanto que sus emociones volvían a un estado que pudiéramos llamar normal después de la exaltación provocada por el breve pasaje de *La Creación* de Haydn, reflexionó, más animada sobre los interesantes cambios observados en el comandante. Su actitud relajada, en primer lugar, y después su torpe pero sincero intento de conversación, seguido del

insinuante contacto de su mano con su hombro (¿o daba demasiada importancia a eso?) mientras ambos contemplaban el semental árabe: todo ello le parecía indicar que algo se resquebrajaba en la inexpugnable máscara del comandante.

También pensaba en la carta para Himmler que Höss le había dictado respecto al estado de los judíos griegos. Antes de aquel momento, Sophie nunca había transcrito ninguna que no estuviese relacionada con asuntos polacos o con su propio idioma (de las cartas oficiales a Berlín solía encargarse el sargento primero picado de viruelas del piso de abajo, que subía ruidosamente la escalera a intervalos para mecanografiar y remitir los mensajes de Höss a los diferentes jefes mecánicos y «procónsules» de las SS). Finalmente, razonablemente maravillada, recordó la carta para Himmler. El mero hecho de que la hubiera hecho confidente de un tema tan delicado, ¿no indicaba...? ¿Qué? Pues la seguridad de que le había concedido, por la razón que fuera, una confianza con la que pocos prisioneros —incluso prisioneros de su mismo nivel— podrían soñar nunca, y la certeza de que antes de que terminase el día se habría acercado mucho más a él. Pensaba que tal vez ni siquiera tendría que utilizar el panfleto (tal padre, tal hija) que llevaba escondido en una de sus botas desde el día que dejó Varsovia.

Höss ignoró lo que ella temía que pudiera ser un contratiempo —sus ojos enrojecidos por el llanto— cuando irrumpió, furioso, en la habitación. Sophie oyó retumbar rítmicamente abajo *La polca del barrilito*. Él llevaba una carta en la mano, que al parecer acababa de serle entregada por su ayudante. La cara del comandante estaba roja de cólera; una vena, semejante a un gusano, surcaba su frente justo bajo la línea donde empezaba a crecerle el pelo:

—Saben que es obligatorio escribir en alemán, esa maldita gente. Pero ¡rompen las reglas a cada momento! ¡Yo los mandaré a todos al infierno, a esos estúpidos polacos! — Entregó la carta a Sophie—. ¿Qué dice?

—«Honorable comandante...»—comenzó ella.

Traduciendo con rapidez, Sophie le dijo que el mensaje (característicamente servil y halagador) era de un subcontratista, suministrador de grava para la fábrica de hormigón del campo de concentración, quien decía que no podría transportar dentro de los plazos previstos la cantidad de grava que le habían encargado, por lo que pedía una prórroga al comandante. Motivaba aquella súplica el estado extremadamente húmedo de los terrenos que rodeaban su cantera, lo que no sólo había causado varios derrumbes, sino que también había reducido el ritmo de trabajo de su equipo. Por eso, si el honorable comandante (siguió leyendo Sophie) se dignaba atender a su ruego, los plazos de entrega quedarían alterados de la siguiente manera...

Höss interrumpió bruscamente la lectura con un áspero: «¡Basta!» —mientras encendía un cigarrillo con la colilla del otro, escena que terminó con un violento ataque de tos por su parte.

La carta había desatado la furia del comandante. Frunció los labios ofreciendo la caricatura de una boca deformada por la tensión y murmuró:

—¡Basta!

Y ordenó enseguida a Sophie que hiciera una traducción de la carta para el Hauptsturmführer de las SS Weitzmann, jefe de la sección de construcciones del campo, junto con una nota escrita a máquina que decía: «Constructor Weitzmann: Encienda un

fuego debajo de ese gandul y haga que se mueva».

Y en aquel preciso instante —mientras dictaba estas últimas palabras—, Sophie se dio cuenta de que Höss era atacado por una de sus horribles jaquecas con prodigiosa rapidez, como si un rayo hubiera encontrado un camino conductor entre la carta del vendedor de grava y la cripta o laberinto del interior del cráneo donde la migraña esparce sus feroces toxinas. Sudaba copiosamente. Se llevó la mano a un lado de la frente con un desesperado ballet de blancos y nudosos dedos, y sus labios se curvaron hacia fuera para mostrar una falange de rechinantes dientes en una fuga de dolor. Unos cuantos días antes, Sophie ya había sido testigo de uno de estos ataques, aunque mucho más benigno; ahora había vuelto la misma jaqueca, pero con su máxima intensidad. Loco de dolor, Höss dio un pequeño silbido.

—Mis pastillas —dijo—, por el amor de Dios, ¿dónde están mis pastillas?

Sophie corrió hacia la silla que había al lado del camastro, sobre la que él tenía el frasco de ergotamina que usaba para calmar sus ataques. Llenó un vaso con agua de una garrafa y junto con dos tabletas lo dio al comandante, quien se tragó el medicamento y dirigió la mirada hacia ella, una mirada extraña y medio salvaje con la que parecía querer expresar las proporciones de su angustia. Entonces, lanzando un suspiro y con la mano sobre la frente, se echó sobre el camastro, donde quedó con los ojos fijos en el blanco techo.

—¿Llamo al médico? —dijo Sophie—. Recuerdo que la última vez le dijo a usted...

—Déjelo —replicó Höss—. Ahora no puedo soportar nada.

Su voz tenía un tono agudo, acobardado, quejumbroso, semejante al lamento de un perrillo lastimado.

Cuando le dio el último ataque, cinco o seis días antes, el comandante ordenó a Sophie que bajara al sótano, como si no quisiese que nadie, ni siquiera ella, presenciara su aflicción. Sin embargo, ahora se limitó a volverse sobre el camastro, donde permaneció acostado de lado, rígido y sin otro movimiento que una fatigosa respiración. Al ver que no le decía ni indicaba nada más, Sophie se puso a trabajar: empezó por mecanografiar una traducción libre de la carta del contratista con la máquina alemana, percatándose de nuevo, sin preocupación ni excesivo interés, de que el ruego del suministrador de grava (¿podía un contratiempo tan pequeño, se preguntó sin encontrar respuesta, haber desencadenado por sí solo la cataclísmica jaqueca del comandante?) significaba dejar nuevamente en suspenso la construcción del proyectado crematorio de Birkenau. La paralización de las obras, o su marcha lenta —es decir, la aparente incapacidad de Höss para orquestar a su propia satisfacción todos los elementos de suministro, dirección y realización de aquel nuevo complejo compuesto de un horno y una cámara de gas, cuya terminación llevaba un retraso de dos meses—, era la mayor de las espinas que lo atormentaban: con toda claridad, ahí estaba la causa del nerviosismo y la ansiedad que Sophie había observado en él aquellos últimos días. Y si ésta era la razón de su jaqueca, como ella sospechaba, ¿era también posible que el hecho de no haber conseguido terminar la construcción del crematorio según estaba programado tuviese alguna relación con su traslado a Alemania? Estaba escribiendo la última línea de la carta y haciéndose al mismo tiempo estas preguntas cuando la sobrecogió la voz del comandante. Y al volver los ojos hacia él, casi tuvo la certeza, con una mezcla de esperanza y aprensión, de que Höss la había estado observando durante varios minutos desde el camastro en que yacía. El

comandante le hizo una señal con la mano y ella se levantó y fue hacia su lado, pero al no recibir indicación de que se sentara, se quedó de pie.

—Estoy mejor —dijo Höss con voz pausada—. La ergotamina hace milagros. No sólo calma el dolor sino que alivia las náuseas.

—Me alegro, *mein Kommandant*—respondió ella.

Sophie sintió que le temblaban las rodillas y, sin saber por qué, no se atrevió a mirarlo cara a cara. Fijó los ojos en el primer objeto que encontró: el heroico Führer con su centelleante armadura de acero, con su mirada resuelta y serena bajo el mechón de su frente, mientras miraba hacia el Valhalla y hacia un indiscutible futuro milenar. Parecía irreprochablemente benigno. De pronto, al recordar los higos que había vomitado horas antes en la escalera, Sophie sintió una punzada de hambre en el estómago y aumentó el temblor de sus piernas. Por un buen rato, Höss no dijo nada. Ella no podía mirarlo. Durante aquel silencio, ¿estaría contemplándola, midiéndola, valorándola? «Vamos a tener un barrilito de alealealegría», decían en coro las voces de abajo, cantando la seudopolca que seguía su curso al ritmo de imprecisos arpegios de acordeón.

—¿Cómo vino usted aquí? —dijo por fin el comandante.

—Fue a causa de una *lapanka* —dijo Sophie con toda espontaneidad—, o sea lo que nosotros, los de habla alemana, llamamos *ein Zusammentreiben...*, una redada, en Varsovia. Fue al principio de la primavera pasada. Como digo, yo me hallaba en Varsovia, en un vagón de tren, cuando la Gestapo dio aquella batida. Me encontraron con cierta cantidad de carne cuya venta estaba prohibida, parte de un jamón...

—No, no... —la interrumpió Höss—, no cómo vino a parar al campo de concentración, sino cómo logró salir de los barracones de mujeres. Quiero decir cómo fue que la seleccionaron como taquígrafa. Muchas de las mecanógrafas son mujeres civiles. Civiles polacas. Pero no son muchas las prisioneras que tienen la suerte de obtener un puesto de taquígrafa. Puede sentarse.

—Sí, tuve esa suerte, mucha suerte —dijo, sentándose.

Notó en su propia voz que estaba más relajada; lo miró con fijeza. Vio que aún sudaba desesperadamente. Boca arriba ahora, medio cerrados los ojos, permanecía rígido y húmedo bajo la luz del sol. El comandante allí tendido, bañado en su propia transpiración, tenía un extraño aspecto de desamparado. Su camisa caqui estaba empapada de sudor, y también su rostro, con gotas que formaban una multitud de diminutas ampollas. Pero a decir verdad, parecía haber dejado de padecer, aunque daba la impresión de que su sufrimiento inicial lo había torturado de arriba abajo, de que incluso había alcanzado los húmedos rizos de pelos rubios visibles entre dos botones de la camisa a la altura del vientre, de que había llegado hasta los pelos, también rubios, de su cuello y muñecas.

—En realidad, no pude tener más suerte. Creo que fue cosa del destino.

Tras un instante de silencio, Höss preguntó:

—¿Cosa del destino? ¿Qué quiere decir?

Sophie decidió arriesgarse en aquel momento, aprovechar la oportunidad que él acababa de darle, por absurdamente insinuantes y atrevidas que pudieran parecer sus palabras. Tras aquellos meses de privilegio y tras la momentánea ventaja que le daba la actitud del comandante, seguir representando el papel de esclava muda le habría

resultado más perjudicial que parecer atrevida o, incluso, que correr el serio peligro de ser considerada una verdadera insolente. «Por lo tanto, adelante», se dijo, aunque se propuso no excederse y mantener en su voz el ligero tono quejumbroso de quien ha sido atormentado injustamente:

—Digo que es cosa del destino porque fue el destino lo que me condujo a usted — respondió, consciente de lo melodramáticas que resultaban sus palabras—, y porque sólo usted, ahora me he convencido de ello, lo comprendería.

Él no dijo nada. Abajo, *La polca del barrilito* fue reemplazada por una selección de canciones tirolesas. El silencio de Höss la inquietaba, y de súbito notó que estaba siendo observada con desconfianza. Quizás estaba cometiendo una terrible equivocación. Su inquietud aumentó. Por Bronek (y por lo que ella misma había observado) sabía que el comandante odiaba a los polacos. ¿Qué diablos podía hacerle pensar que ella era una excepción? Aislada de la pestilencia que esparcían los crematorios de Birkenau, la caliente habitación olía a revoque enmohecido, a polvo de ladrillo y a madera empapada de agua. Era la primera vez que Sophie advertía aquella emanación, un olor que le recordó el de los hongos. En medio del embarazoso silencio que se había producido entre ellos dos, podía oírse el zumbido de las moscas aprisionadas. El ruido del entrechocar de vagones era apagado, débil, casi inaudible.

—¿Comprendería...? ¿Qué? —dijo por fin Höss en un tono distante, dando sin embargo a Sophie otra pequeña ocasión aprovechable.

—Que usted comprendería que se ha cometido un error. Que no soy culpable de nada. Quiero decir que no soy culpable de nada verdaderamente grave. Y que debiera ser puesta inmediatamente en libertad.

«Ya está», se dijo. Ya lo había soltado: con desenvoltura y suavidad; con un vehemente fervor que la sorprendió a ella misma, acababa de pronunciar las palabras que había ensayado sin cesar durante los últimos días, preguntándose si llegaría a tener suficiente valor para hacerlas salir de sus labios. Ahora, los latidos de su corazón eran tan rápidos y violentos que le causaban dolor en el pecho, pero se sentía orgullosa de la manera en que había conseguido dominar su voz. También estaba segura de su melifluo y atractivo acento vienés. El pequeño triunfo la empujó a seguir adelante:

—Sé que tal vez pensará que acabo de decirle una tontería, *mein Kommandant*. Debo reconocer que, a primera vista, lo que le he dicho es improcedente. Pero pienso que admitirá que en un lugar como éste (tan grande y con tanta gente que controlar) pueden haber algunos errores, algunas equivocaciones graves. —Hizo una pausa, escuchando el latir de su propio corazón, preguntándose si él podría oírlo, pero consciente de que su voz no había vacilado—. Señor —continuó, procurando que se notara su tono de súplica—, espero que me creerá si le digo que mi reclusión en este sitio es un terrible error judicial. Como puede ver, soy polaca y, sí, fui culpable del delito de que se me acusó en Varsovia: pasar carne de contrabando. Pero fue un delito menor, ¿se da usted cuenta? Sólo intentaba dar algo de comer a mi madre, que estaba muy enferma. Y me apresuro a decirle que aquello no fue nada en comparación con el carácter de mis antecedentes, de mi educación. —Dudó, presa de una tumultuosa agitación. ¿No estaría yendo demasiado lejos? ¿Debía detenerse ahora y dejar que él diera el próximo paso o era mejor proseguir? Lo decidió al instante: ir al grano, ser breve, pero seguir adelante—. Mi caso es el siguiente, ¿sabe,

señor? Soy originaria de Cracovia, perteneciente a una familia apasionadamente partidaria de los alemanes, a la vanguardia, desde hace muchos años, de los incontables admiradores del Tercer Reich. Mi padre era, desde lo más profundo de su alma, un *Judenfeindlich*...

Höss la detuvo con un pequeño gruñido.

— *Judenfeindlich*—susurró lentamente—. *Judenfeindlich*... ¿Cuándo cesaré de oír la palabra «antisemítico»? ¡Dios mío, estoy cansado de escucharla! —Dejó escapar un ronco suspiro—. Judíos... ¿Cuándo dejaré de tener algo que ver con los judíos?

Sophie se contuvo ante su excitación al sospechar que había errado el tiro; había ido más allá de lo que hubiera deseado. El modo de pensar de Höss no tenía nada de absurdo pero, incansable y obsesivo como el morro de un oso hormiguero, se permitía muy pocas desviaciones. Un momento antes, cuando el comandante había preguntado: «¿Cómo vino usted aquí?» y luego especificó que de qué manera, quería decir exactamente esto, y ahora no quería hablar del destino, ni de errores judiciales, ni de cuestiones *Judenfeindlich*. Como si las palabras de Höss hubiesen caído encima de ella como una ráfaga de viento del norte, Sophie cambió de rumbo pensando: «Será mejor que haga lo que él dice; le diré la verdad. Seré breve pero le diré toda la verdad. Al fin y al cabo, él mismo podría averiguarla si quisiera».

—Así, señor, le explicaré cómo fui seleccionada como taquígrafa. Fue a causa de un altercado que tuve con una *Vertreterin* en los barracones cuando llegué al campo el pasado mes de abril. Era la ayudanta de la jefa del bloque. Aquella mujer me causaba terror, de veras, porque...

Dudó, cautelosa sobre la importancia que debía dar al cariz sexual del lance que el tono de su voz, no lo ignoraba, ya había sugerido. Pero los ojos de Höss, abiertos ahora de par en par y al mismo nivel que los de ella, anticiparon lo que Sophie intentaba decir.

—Seguro que era una lesbiana —dijo él. Su voz denotaba cansancio, pero también mordacidad e irritación—. Una prostituta, una de esas puerkas miserables de los barrios bajos de Hamburgo fue a parar a Ravensbrück y se introdujo en aquel cuartel general, y fue enviada aquí junto con otras de la misma calaña con la idea equivocada de que las disciplinarían a ustedes..., a las prisioneras. ¡Qué farsa! —Hizo una pausa—. Esa mujer era una lesbiana, ¿verdad? Y se le insinuó, ¿no es cierto? No podía suceder otra cosa. Es usted una joven muy hermosa. —Sophie se preguntó si aquello tendría algún significado especial—. Detesto a los homosexuales —prosiguió Höss—. Sólo imaginarme a esa gente entregándose a esos actos, a esas prácticas animales, me da náuseas. Ni siquiera puedo soportar la visión de ninguno de ellos, ya sea hombre o mujer. Pero es algo con lo que hay que enfrentarse en los lugares de reclusión. —Sophie pestañeó. Como en un fragmento de película proyectado a la temblequeante velocidad de otros tiempos, vio la loca escena de aquella mañana, cómo la llameante mata de pelo de Wilhelmine se apartaba de su entrepierna, separados sus hambrientos y húmedos labios para lanzar un «¡Oh!» de terror, compartido por sus centelleantes ojos. Observando ahora la repugnancia que mostraba el rostro de Höss mientras pensaba en el ama de llaves, se vio forzada a reprimir algo que no sabía si sería un grito o una carcajada—. ¡Algo increíble! —añadió el comandante, frunciendo los labios con expresión de desprecio.

—No fueron sólo insinuaciones, señor. —Sophie sintió que se ruborizaba al hacer esta aclaración—. Intentó violarme. —No recordaba haber pronunciado nunca la palabra

«violar» en presencia de un hombre, y aumentó en sus mejillas el ardor de su sonrojo para ir decreciendo poco a poco—. Fue muy desagradable. Nunca hubiera creído que el deseo de una mujer por otra mujer pudiese ser tan... tan violento. Pero fue para mí una lección.

—En cautividad, la gente se comporta de modo diferente, de maneras extrañas. Cuente, cuente... —Pero antes de que ella pudiese responder, Höss había alargado la mano hacia el bolsillo de su chaqueta, extendida sobre la otra silla que había al lado del camastro, y tomó de uno de los bolsillos una barra de chocolate envuelta en papel de estaño—. Es curioso —dijo con voz clínica, abstracta— lo que me sucede con estas jaquecas. Primero me producen unas tremendas náuseas. Y después, tan pronto como el medicamento empieza a surtir efecto, me entra un hambre atroz.

Rasgó el papel metálico del chocolate y le ofreció la barra. Vacilante y sorprendida, pues se trataba del primer gesto de aquella naturaleza por parte de él, Sophie rompió un trozo de chocolate y se lo tragó entero con gran avidez, a sabiendas de que traicionaba su intención de mostrarse indiferente y natural. Pero no importaba.

Prosiguió su relato, hablando con rapidez, mientras observaba cómo Höss devoraba el resto del chocolate. Sophie era consciente de que el reciente asalto a su sexo por la hipócrita ama de llaves del hombre a quien estaba hablando le permitía expresarse en un tono espontáneo, e incluso vivaz, que no habría podido mostrar en otras condiciones:

—Sí, la mujer era una prostituta y una lesbiana. No sé de qué lugar de Alemania procedía, creo que del norte, pues hablaba en bajo alemán, pero era una mujer corpulenta, y, sí, intentó violarme. Ya hacía días que me había echado el ojo. Y una noche, en las letrinas, se me acercó. Al principio no hizo ningún gesto de violencia. Me prometió comida, jabón, ropa, dinero, de todo. —Sophie se detuvo un momento con la mirada fija en los ojos azul violeta del comandante, que la escuchaba y observaba fascinado—. Yo tenía un hambre terrible pero, también como a usted, señor, me repugnan los homosexuales, y no me fue difícil resistir, decirle que no. Intenté apartarla de mí de un empujón. Entonces, la Vertreterin se puso furiosa y me atacó. Protesté a gritos y comencé a forcejear con ella, a pesar de que me tenía acorralada contra la pared y no paraba de manosearme. Suerte que, de pronto, entró la jefa del bloque.

»La jefa del bloque puso fin al incidente —prosiguió Sophie—. Hizo salir a la Vertreterin y a mí me dijo que la acompañara a ella a la habitación que había en el fondo del barracón. No era de mala ralea, ni una prostituta, como dice usted. Al contrario: se mostró amable, aun tratándose... tratándose de quien se trataba. Me había oído gritar a la Vertreterin, según dijo, y le sorprendió que, aun cuando yo era polaca como todas las mujeres que habían llegado recientemente al barracón, hablase el alemán con aquella perfección. Charlamos un rato y me pareció que le había caído bien. No creo que fuera lesbiana. Dortmund era su ciudad natal. Quedó encantada de mi alemán. Dejó entender que tal vez podría ayudarme. Me invitó a una taza de café y luego me dijo que me marchara. Después tuve ocasión de verla varias veces y siempre me llevé la impresión de que me había tomado cierto aprecio. No tardó mucho en decirme que volviera a su habitación, en la que se hallaba uno de los suboficiales de usted, señor. Era el Hauptscharführer Gunther de la oficina administrativa del campo. Me hizo varias preguntas sobre mis conocimientos y aptitudes, y al decirle que sabía escribir a máquina y que era taquígrafa en polaco y alemán, me contestó que quizá podría pasar a la plantilla de

mecanógrafas. El suboficial sabía que escaseaba la gente especializada (en idiomas, además de mecanografía y taquigrafía). Al cabo de algunos días, volvió al barracón y me dijo que iba a ser trasladada. Y así fué como... —Höss había terminado de comerse la barra de chocolate y se incorporó apoyado sobre un codo, disponiéndose a encender uno de sus cigarrillos—. Quiero decir —concluyó Sophie— que trabajé en la sección taquigráfica hasta que, hace unos diez días, me dijeron que se me necesitaba aquí para un trabajo especial. Y aquí...

—Y aquí está usted —la interrumpió él, dando un suspiro—. Ha tenido mucha suerte.

Lo que hizo entonces Höss la llenó de asombro e inquietud. Alargó hacia ella su mano libre y, con la mayor delicadeza, cogió algo muy pequeño del borde de su labio superior; Sophie se dio cuenta de que era una migaja del chocolate que había comido, y se quedó maravillada al ver que el comandante, que sostenía aquella menudencia entre el pulgar y el índice, se la llevaba lentamente a la boca. Cerró los ojos, tan perturbada por la peculiar y grotesca comunión de aquel gesto, que su corazón se puso a latir de nuevo fuertemente produciéndole un intenso vértigo.

—¿Qué le ocurre? —oyó que decía Höss—. Está usted lívida.

—Nada, *mein Kommandant*—respondió ella—. Un pequeño mareo. Ya se me pasa —dijo manteniendo los ojos cerrados.

—¿En qué me habré equivocado?! —gritó el comandante, tan fuerte que asustó a Sophie, quien abriendo de súbito los ojos lo vio saltar del camastro y, ya de pie, recorrer los pocos pasos que le separaban de la ventana. El sudor empapaba la parte posterior de su camisa y su cuerpo temblaba de pies a cabeza. Sophie seguía observándolo confundida, pero pensaba que el episodio del chocolate habría podido ser el preludio de algo más íntimo. O tal vez lo había sido: se estaba lamentando ante ella de sus problemas como si la conociera desde hacía años. Se golpeó la palma de una mano con el puño de la otra—. No puedo llegar a adivinar qué es lo que ellos se imaginan que he hecho mal. A esa gente de Berlín no hay quien los entienda. Exigen esfuerzos sobrehumanos a un simple ser humano que ha trabajado lo mejor que ha podido y sabido durante tres años. ¡Son verdaderamente poco razonables! Ellos no saben lo que es tener que entenderse con contratistas incapaces de cumplir los plazos acordados, con esos inútiles, esos gandules que cumplen mal sus compromisos de suministro o que jamás llegan a cumplirlos. ¡Ellos no han tenido que tratar nunca con esos estúpidos polacos! He hecho lo que he podido con la máxima fidelidad y éste es el agradecimiento que recibo. ¡Pretenden que ese traslado representa una ventaja para mí! Tengo que soportar que me echen de aquí para ir a Oranienburg y ver cómo ponen a Liebehenschel en mi lugar... Liebehenschel, ese insufrible egoísta con fama de hombre eficiente. Todo ello, ¡un asco! No dan la más ligera muestra de agradecimiento.

Era extraño: había en su voz más petulancia que cólera o resentimiento.

Sophie se levantó de su silla y se le acercó. Aunque pequeña, entreveía una nueva oportunidad de llevar adelante sus propósitos.

—Dispense, señor —dijo—. Y perdone mi sugerencia si cree que me equivoco. ¿No podría ser que ese traslado, a pesar de todo, fuese realmente una recompensa para usted? Es posible que en Berlín hayan comprendido las dificultades con que ha tenido que enfrentarse, sus penalidades y el grado de agotamiento a que lo ha llevado su trabajo. Le

vuelvo a pedir que me perdone, pero durante los días que llevo en este despacho no he podido dejar de ver la extraordinaria tensión que lo agobia, la sorprendente presión... — Con qué cuidado y obsequiosidad se preocupaba por él... Oía fluir sus propias palabras mientras mantenía los ojos fijos en el cogote de Höss—. Podría muy bien ser —prosiguió— que se trate efectivamente de premiar su... dedicación a la tarea que le fue confiada.

Guardó silencio y siguió la mirada de Höss que se dirigía hacia el campo de abajo. Un caprichoso cambio en la dirección del viento había limpiado el aire, al menos momentáneamente, del humo de Birkenau, y a la clara luz del sol el hermoso semental blanco correteaba y brincaba de nuevo junto a la valla del picadero, sacudiendo la cola y la crin entre una pequeña tormenta de polvo. Aun a través de los cristales de la ventana, ambos podían oír el vigoroso golpear de sus cascos. El comandante aspiró aire profundamente y de su garganta salió una especie de silbido; hurgó en su bolsillo en busca de otro cigarrillo.

—Ojalá estuviera usted en lo cierto —dijo Höss—, pero lo dudo. ¡Si comprendieran la magnitud, la complejidad de mi trabajo! Parecen no estar enterados de la cantidad de gente que interviene en esas operaciones especiales. ¡De las interminables multitudes que incluyen! Esos judíos no paran de llegar de todos los países de Europa, a miles, a millones, como los arenques que en primavera bullen en la bahía de Mecklenburgo. Nunca había soñado que hubiera en la tierra tantos hijos de *das Erwählte Volk*.

«El Pueblo Elegido». El uso de esta expresión permitió a Sophie llevar su iniciativa un poco más adelante, ensanchando la brecha por donde había hecho un avance de limitada importancia.

—*Das Erwählte Volk*. —La voz de Sophie adquirió cierto tono de desprecio al repetir la expresión del comandante—. El Pueblo Elegido, si me permite decirlo, señor, sólo tiene derecho a pagar por fin el justo precio de su arrogante actitud al mantenerse al margen del resto de los humanos..., el justo precio de su postura como único pueblo merecedor de la salvación. Francamente, no veo cómo podrían escapar a su justo castigo por una blasfemia mantenida durante tantos años. —De pronto, la imagen de su padre le pareció monstruosa. Vaciló, llena de ansiedad, y luego siguió hablando para soltar otra serie de mentiras, otra parrafada de invenciones y falsedades—. Yo dejé de ser cristiana. Como usted, señor, abandoné esa patética fe tan llena de pretextos y evasivas. No es, pues, difícil ver por qué los judíos han inspirado tanto odio a los cristianos, así como a las personas que, como usted, creen en Dios a su modo, que como usted, un *Gottgläubiger*, según me dijo esta mañana, son unos seres justos e idealistas que no hacen más que luchar por un orden nuevo en un mundo nuevo. Los judíos han amenazado ese orden, y la hora de que sufran por ello no ha llegado hasta hoy, pero oportunísimamente, digo yo.

Höss seguía de pie en el mismo sitio, de espaldas a Sophie, cuando le respondió llanamente:

—Habla usted muy apasionadamente sobre este tema. Aun siendo una mujer, habla como una persona bien documentada respecto a los crímenes de que son capaces los judíos. Siento curiosidad por este hecho. Son tan pocas las mujeres que tienen un verdadero conocimiento o una clara comprensión de algo...

—¡Sí, pero yo los tengo, señor! —dijo Sophie, observando cómo el comandante se volvía lo justo para mirarla, por primera vez en todo aquel rato, con verdadera atención—.

Tengo cierto conocimiento personal de la cuestión, y también cierta experiencia personal.

— ¿Por ejemplo?

Entonces, impetuosamente, aun a sabiendas de que se exponía a cierto riesgo, que obraba a la ventura, se agachó y se sacó del pequeño escondite de su bota el sobado y descolorido panfleto.

— ¡Ahí tiene! — dijo, radiante frente a él, desplegando el impreso—. He guardado esto en contra de las reglas; sabía que me arriesgaba. Pero ahora quiero que usted sepa que estas páginas representan todo lo que siento y sostengo respecto a los judíos. Sé, por haber trabajado estos días con usted, que la «solución final» siempre ha sido un secreto. Pero éste es uno de los primeros documentos polacos que sugieren la «solución final» para el problema judío. Yo colaboré con mi padre (de quien ya le hablé antes) en la redacción de este escrito. Naturalmente, no espero que lo lea con detalle, con tantas preocupaciones y problemas como tiene usted. Pero le ruego que considere su contenido... Sé, naturalmente, que mis dificultades no tienen importancia para usted..., pero si pudiese darle una mirada..., quizá podría hacerse una idea de la gran injusticia que representa mi cautiverio en este lugar... También podría dar a usted más información sobre mi trabajo en Varsovia a favor del Reich, cuando revelé el lugar donde se escondían varios judíos, un grupo de intelectuales judíos que eran buscados desde hacía mucho tiempo...

Sophie había comenzado a hablar inadecuadamente; cierta falta de coherencia en la exposición de sus ideas le advirtió que debía detenerse y lo hizo. Se esforzaba por conservar el control de sí misma. Sofocada debajo de su blusón de prisionera, bañada en el sudor de la esperanza y el acaloramiento, estaba convencida de que por fin había abierto efectivamente una brecha en la conciencia de Höss, de que había conseguido aparecer como una realidad tangible y humana en su campo de percepción. Aunque de modo imperfecto y momentáneo, había establecido contacto con él; se dio cuenta de ello por la mirada concentrada y penetrante que le dirigió cuando tomó el panfleto de sus manos, a lo que ella contestó observándolo con calculada timidez y coquetería. Y un insensato optimismo le hizo recordar un dicho de los campesinos de Galitzia: «Me estoy metiendo en su oreja».

— Así, mantiene que es inocente — dijo el comandante.

Había en su voz un lejano toque de afabilidad que aumentó las esperanzas de Sophie.

— Señor, he de repetirle — contestó ella enseguida — que admito mi culpa en el delito menor de que fui acusada y que fue el motivo por el que me enviaron aquí. Me refiero al episodio de aquel trozo de jamón. Sólo me permito pedir que este delito de menor cuantía sea comparado con mis antecedentes, no sólo como polaca simpatizante con el nacionalsocialismo, sino como veterana activa y plenamente entregada a la guerra sagrada contra los judíos. La autenticidad del panfleto que tiene usted en su mano, *mein Kommandant*, que puede ser fácilmente comprobada, es una prueba fehaciente de lo que le digo. Imploro a usted, señor, que tiene el poder de ejercer la clemencia y dar la libertad, que reconsidere las causas de la pena que se me impuso a la luz de mi comportamiento pasado, y que haga lo necesario para que se me permita volver a mi vida normal en Varsovia. Es tan poco lo que le pido a usted, señor, un hombre recto y justo y con la virtud de la clemencia...

Lotte había dicho a Sophie que el comandante era vulnerable a la adulación pero

ahora se preguntaba si no se habría excedido, especialmente cuando Höss, aguzando su mirada, le dijo:

—Siento curiosidad por su pasión. Por su rabia. En realidad, ¿cuáles son las verdaderas causas de que odie a los judíos con tanta... intensidad?

Sophie también tenía una historia para aquel momento, basándose en la teoría de que si bien Höss —a pesar de su mente pragmática— no era incapaz de apreciar el veneno del antisemitismo en abstracto, al lado primitivo de su mente le gustaría sin duda saborear un poco de melodrama.

—Ese documento, señor, contiene mis razones filosóficas, las que desarrollé con mi padre en la Universidad de Cracovia. Y quiero poner de relieve que habríamos sentido y expresado nuestra aversión por los judíos aun cuando nuestra familia no hubiese sufrido una terrible desgracia relacionada con ellos.

Höss fumaba impasiblemente en espera de que Sophie continuara.

—El desenfreno sexual de los judíos es bien conocido; es una de sus peores características. Mi padre, ya antes de aquel desgraciado incidente..., mi padre era un gran admirador de Julius Streicher por la razón que le he dicho: aplaudía la forma en que Herr Streicher había satirizado, tan instructivamente por cierto, ese degenerado rasgo del carácter judío. Y luego nuestra familia tuvo una cruel razón para aceptar indiscutiblemente la verdad de las observaciones de Herr Streicher. —Sophie se detuvo y miró al suelo, como apenada e indignada por un terrible recuerdo—. Yo tenía una hermana menor que estudiaba en la escuela religiosa de Cracovia; iba un curso por debajo del mío. Un día, hace diez inviernos, cuando pasaba a última hora de la tarde cerca del gueto, fue atacada sexualmente por un judío (que resultó ser un carnicero) que la llevó por la fuerza a una callejuela donde abusó de ella repetidamente. Físicamente, mi hermana sobrevivió al ataque, pero quedó mentalmente destruida. Dos años más tarde se suicidó ahogándose, pobrecita. Huelga decir que aquel terrible hecho confirmó en nosotros, de una vez para siempre, la profundidad del conocimiento que tenía Julius Streicher de las atrocidades de que eran capaces los judíos.

—*Kompletter Unsinn!* —espetó Höss para decir que sólo acababa de escuchar despropósitos—. Todo eso me suena a bazofia.

Sophie tuvo la misma sensación de quien, caminando tranquilamente por la senda de un apacible bosque, cae de pronto en un lóbrego abismo. ¿Qué equivocación había cometido? Sin darse cuenta, dejó escapar un pequeño gemido.

—Quiero decir... —comenzó.

—¡Bazofia! —repitió Höss—. Las teorías de Streicher son una completa porquería. Su basura pornográfica me repugna. Más que cualquier otra persona, ha causado un pésimo servicio al partido y al Reich, y también a la opinión mundial, con sus disparatadas exageraciones sobre los judíos y sus tendencias sexuales. No sabe nada sobre tales cuestiones. Quienquiera que haya tratado a los judíos atestiguará ante todo que en el aspecto sexual son pacíficos e inhibidos, nada agresivos, e incluso patológicamente reprimidos.

—¡Aquello sucedió! —mintió Sophie, desanimada ante aquel obstáculo imprevisto—. Le juro que...

Höss la interrumpió:

—Me creo que lo que me ha contado tuvo lugar, pero fue un caso insólito, una aberración de un individuo morbosamente fuera de lo común. Los judíos son responsables de los mayores delitos, de los más tremendos daños, pero no destacan como violadores. Lo que Streicher ha escrito en su publicación durante todos estos años le ha supuesto el mayor de los ridículos. Si hubiese dicho siempre la verdad, retratando a los judíos tal como son, es decir, consagrados al monopolio y dominación de la economía mundial, al envenenamiento de la moral y la cultura, a intentar derribar los gobiernos civilizados mediante el bolchevismo y otros medios..., su función habría sido loable y necesaria. Pero su retrato del judío como un diabólico sátiro con un cipote así de enorme —nombró el pene utilizando la expresión vulgar *Schwanz*, lo que sorprendió a Sophie, lo mismo que el gesto que él hizo con las manos midiendo en el aire un órgano viril de un metro de largo— es un injustificado cumplido a la masculinidad judía. La mayoría de los judíos que he observado, me refiero al sexo masculino, son despreciablemente neutros. Casi asexuales. Tirando a afeminados. *Weichlich*. Y ello los hace aún más repugnantes.

No había duda: había cometido un craso error táctico respecto a Streicher (Sophie sabía muy poco del nacionalsocialismo, pero aunque hubiese sabido más, ¿cómo habría podido suponer la verdadera envergadura de los celos, envidias y resentimientos, de las luchas y desavenencias entre los miembros del partido en todos los grados y categorías?), aunque eso parecía no tener importancia en aquel momento. Höss, sumergido en la azulada humareda de su cuadragésimo cigarrillo Ibar del día, interrumpió su fugaz examen del panfleto, lo golpeó con las yemas de los dedos y dijo algo que dio a Sophie la sensación de que su corazón se había convertido en una bola de plomo ardiente.

—Este documento no significa nada para mí. Aun cuando pudiese usted demostrar de manera convincente que ha colaborado en su redacción, probaría muy poco. Sólo que desprecia a los judíos... cosa que no me impresiona lo más mínimo, tanto más cuanto que me parece un sentimiento muy extendido. —Su mirada se tornó fría y distante, como si la hubiese fijado en un punto situado varios metros más allá de la cabeza de Sophie—. Además, al parecer olvida usted que es polaca y, como tal, enemiga del Reich, el cual seguiría siendo enemigo suyo aunque no fuese considerada culpable de un acto delictivo. Esto queda confirmado por el hecho de que algunos de los que ostentan los más elevados puestos de la autoridad (empezando por el Reichsführer) consideran que usted, todos los suyos y toda su nación son como los judíos; los juzgan *Menschentiere*, igualmente despreciables, igualmente contaminados en el sentido racial, igualmente acreedores de una merecida reprobación. A los polacos que viven en su país natal se comienza a marcarlos con una P, señal de mal agüero para todos ustedes, los de aquella tierra. —Vaciló un momento antes de seguir hablando—. Yo, personalmente, no comparto este punto de vista; sin embargo, si he de ser sincero, algunos de mis tratos con sus compatriotas, me han causado tantos disgustos y frustraciones que a menudo he pensado que hay verdaderos motivos para esta aversión general. Especialmente respecto a los hombres. Son repelentes por naturaleza. En cuanto a las mujeres, la mayoría son simplemente feas.

Sophie rompió a llorar aun cuando las censuras de Höss nada tenían que ver con ella. Llorar no estaba en sus planes —era lo último que se le habría ocurrido, pues suponía caer en la sensiblería—, pero no pudo evitarlo. Las lágrimas surcaron su rostro y no tuvo otro

remedio que taparse la cara con las manos. Todo, ¡todo!, había fallado; su precario punto de apoyo se había derrumbado, y tenía la sensación de haber caído en el más profundo de los abismos. No había avanzado nada, ni siquiera había podido intentar la más pequeña incursión. Estaba acabada. Sollozando irreprimiblemente, seguía de pie con los dedos llenos de pegajosas lágrimas, presintiendo la llegada de lo peor. Abrió los ojos en la oscuridad de sus manos ahuecadas y, justo en aquel momento, volvió a sus oídos el ulular de los cantores tiroleses desde el lejano salón de abajo, acompañados de un conjunto de tubas, armónicas y trombones con un ritmo pesadamente sincopado.

*Und der Adam hat Liebe erfunden,
Und der Noah den Wein, ja!**

La puerta de la buhardilla, que casi siempre estaba abierta, se cerró entonces con chirrido de bisagras, poco a poco, como una fuerza que actuara contra su voluntad. Sophie sabía que sólo podía haber sido Höss quien había cerrado la puerta, y oyó muy bien las pisadas de sus botas cuando volvió hacia ella... y sintió la presión de sus dedos al agarrarle firmemente el hombro, incluso antes de que ella hubiera podido alzar la cabeza para ver lo que sucedía a su alrededor. Hizo un esfuerzo para detener su llanto. El estruendo de abajo había quedado amortiguado al cerrarse la puerta.

*Und der David hat Zither erschall...***

—Ha estado tonteando vergonzosamente conmigo —oyó que él le decía.

Sophie abrió los ojos. Los de Höss mostraban inquietud, inseguridad, y la forma en que la miró —aparentemente descontrolado, al menos por aquel breve instante— la llenó de terror, sobre todo porque tuvo la impresión de que el hombre iba a levantar el puño para descargarlo sobre ella. Pero entonces, con un gran esfuerzo visceral pareció recuperar el dominio de sí mismo, su mirada se volvió normal, o casi, y cuando se puso a hablar de nuevo lo hizo con su habitual firmeza militar. Aun así, su forma de respirar —rápida pero profunda— y cierto temblor de sus labios delataron a Sophie su agitación interior. Sophie, aún más aterrorizada, sólo pudo identificar aquellos indicios como un aumento de la furia del comandante hacia ella. Una furia cuya causa no podía adivinar. ¿El insensato panfleto? ¿Su flirteo? ¿Sus alabanzas a Streicher? ¿Su condición de puerca polaca? Entonces, inopinadamente, con gran sorpresa por su parte, Sophie se dio cuenta de que aun cuando la excitación de Höss tenía su origen en un evidente conato de cólera, no era una cólera provocada por ella, sino por alguna otra persona o cosa. La presión que ella sentía en el hombro había empezado a dolerle. El comandante dejó escapar un nervioso resuello.

Luego, aflojando su presa, profirió algo que Sophie percibió en su sensibilidad étnica como una cómica repetición de los halagos que Wilhelmine le había dedicado aquella misma mañana:

—Cuesta creer que es usted polaca, con su soberbio alemán y su aspecto: la tez rubia y los rasgos de su cara tan típicamente arios. El suyo es un rostro mucho más bello que el

* Y Adán descubrió el amor, / y Noé el vino, sí. (N. del t.)

** Y David tañía el arpa... (N. del t.)

de la mayoría de las mujeres eslavas. Y sin embargo es lo que usted dice que es: una polaca. —Sophie detectó entonces en la voz de Höss un tono a la vez discontinuo y zigzagueante, como si su mente estuviera divagando en torno al amenazador núcleo de algo que le costara expresar—. No me gustan los flirteos, ¿sabe? Puede ahorrárselos si sólo se trata de adularme con el fin de obtener alguna recompensa. Siempre he detestado a las mujeres que los practican, lo mismo que el uso crudo y deshonesto del sexo. Me ha puesto usted en un apuro, me ha hecho tener pensamientos insensatos y me ha distraído de mis deberes. Su flirteo ha sido tremendamente molesto, y sin embargo..., sin embargo, no puede ser culpa suya: es usted una mujer extremadamente atractiva.

«Hace ya años, en una de mis idas a Lübeck desde mi granja (yo era muy joven por aquel entonces), vi en el cine una versión muda de *Fausto* en la que la mujer que interpretaba a Margarita, increíblemente hermosa, me produjo una profunda impresión. Era tan rubia y tenía unas facciones tan perfectas, y una figura tan atractiva... Pensé en ella por espacio de muchos días, de semanas. Me visitaba en mis sueños, me obsesionaba. Su nombre en la vida real era Margarete y algo más; ahora no recuerdo su apellido. Siempre la he recordado simplemente como Margarita. Tampoco he olvidado su voz. Bueno, la que yo me imaginaba: estaba seguro de que si hubiera podido oírla hablar, su alemán habría sido purísimo. Más o menos como el de usted. Vi doce veces la película. Más tarde supe que había muerto, aún muy joven, creo que de tuberculosis, lo que me causó una tristeza terrible. Pasó el tiempo y acabé por olvidarla..., o por lo menos dejó de obsesionarme. En realidad, nunca la olvidé por completo.

Höss hizo una pausa y le oprimió de nuevo el hombro, con fuerza, haciéndole daño, y ella pensó, conmocionada: «Qué extraño... En realidad, con este dolor me está expresando algo de ternura...». Abajo, los cantores tiroleseos se habían quedado en silencio. Involuntariamente, cerró con fuerza los ojos, intentando no dejarse vencer por el dolor que sentía en el hombro, consciente ahora, en la oscura profundidad de su ser, de los ruidos mortales del campo de concentración: el lejano entrecuchar de vagones y el débil silbido de una locomotora, lúgubres y estremecedores.

—No ignoro en absoluto que, en muchos aspectos, no soy como la mayoría de los hombres de mi clase, de los hombres educados en un ambiente militar. Nunca fui uno de esos individuos. Siempre me he mantenido apartado de los demás. En solitario. Nunca traté con prostitutas. Sólo he ido a un burdel una vez en mi vida; era muy joven, en Constantinopla. Fue una experiencia desagradable. La impudicia de las prostitutas me da náuseas. Hay algo en la pura y radiante belleza de cierta clase de mujeres (rubias de piel y de pelo, que pueden, por supuesto, ser algo más oscuras siempre que sean verdaderamente arias), que me inspira hacia ellas una idolatría que casi es sagrada adoración. La actriz Margarete era una de ellas..., lo mismo que una mujer que conocí en Múnich y con la que me relacioné apasionadamente durante varios años con el resultado de un hijo fuera del matrimonio. Básicamente, creo en la monogamia. He sido infiel a mi mujer en contadas ocasiones. Pero aquella mujer era... era el más maravilloso ejemplo de esta clase de belleza: de facciones exquisitas y sangre nórdica. Me atraía intensamente, pero con un amor ajeno a la cruda y mera sexualidad y a sus supuestos placeres. Mi pasión tenía que ver con un sublime plan mío de procreación. Era algo excelso depositar mi semen en tan hermoso receptáculo. Usted me inspira, y mucho, el mismo deseo.

Sophie mantuvo los ojos cerrados mientras el torrente expresivo de Höss, con sus resonancias de estilo nazi, con sus imágenes disparatadamente calenturientas y su pesada ampulosidad teutónica avanzaban por los afluentes de su femenina mente hasta ahogar casi su razón. Entonces, de pronto, el efluvio del sudoroso torso masculino penetró en su olfato como una emanación de carne rancia, y oyó que de su garganta salía un ronco suspiro en el instante en que él la atrajo bruscamente hacia sí. Notó el contacto de sus codos y rodillas y el áspero roce de su hirsuto rostro. Era tan insistente en su ardor como su ama de llaves, pero incomparablemente más torpe; los brazos que la rodeaban parecían multiplicarse, como si fueran las patas de una enorme mosca mecánica. Contuvo la respiración unos instantes mientras una multitud de manos hacían en su espalda una especie de masaje. ¡Y el corazón de aquel hombre! ¡Su alborotado y galopante corazón! Sophie nunca habría concebido que un simple corazón pudiera latir de forma tan fuerte y desbocada como el que percutía contra el pecho de ella a través de la empapada camisa del comandante. Estremecido por un temblor febril, ni siquiera intentó algo atrevido como un beso, aunque ella sentía una protuberancia —la lengua o la nariz de él— que hurgaba sin cesar en su oreja. Entonces, un brusco golpe de nudillos en la puerta lo hizo separarse de su pareja como movido por un potente resorte, al tiempo que lanzaba, sin alzar la voz, un contrariado:

—*Scheiss!*

Era su ayudante Scheffler, que por suerte no había oído la excrementicia exclamación. Scheffler pidió perdón al comandante desde el exterior de la estancia y le dijo que Frau Höss —que esperaba en aquel momento en el rellano de abajo— había subido para consultar una cosa al comandante. Pensaba ir al cine del centro recreativo de la guarnición y quería saber si podía llevarse a Iphigenie consigo. Iphigenie, la hija mayor, se estaba recuperando de un largo caso de *die Grippe* y la señora quería saber si el comandante consideraba que la muchacha estaba ya bien para acompañarla. ¿O quizá debía consultarlo al doctor Schmidt? Höss contestó gruñendo algo que Sophie no pudo entender. Durante este breve intercambio de palabras, Sophie intuyó en un destello desesperado que aquella interrupción, por su típico carácter doméstico, podía destruir para siempre el mágico momento en que Höss, como un sensible Tristán, tuvo la debilidad de morder el anzuelo. Y, en efecto, cuando el comandante regresó y volvieron a encontrarse cara a cara, ella tuvo inmediatamente la certeza de que su presentimiento no la había engañado y de que su causa se hallaba en gran peligro.

—Cuando volví hacia mí —me dijo Sophie—, su rostro se veía aún más alterado y atormentado que antes. Tuve de nuevo la extraña sensación de que iba a pegarme. Pero no lo hizo. En vez de eso se puso muy cerca y me dijo: «Anhelo copular contigo». Usó la palabra *verkehren*, que en alemán tiene más o menos un sentido tan directo y prosaico como «copular». «Copular contigo sería para mí una evasión, podría hacerme olvidar muchas cosas.» Pero su cara cambió de repente. Era como si Frau Höss lo hubiera trastocado todo. Su expresión se calmó y se hizo impersonal, ¿sabes? Me dijo: «Pero no puedo hacerlo ni lo haré; es un riesgo demasiado grande. Me conduciría al desastre». Se apartó de mí y volviéndose de espaldas fue hacia la ventana. Oí que añadía: «Además, aquí el embarazo sería impensable». Tuve la impresión de que iba a desmayarme, Stingo. Tantas tensiones y emociones me habían debilitado; y creo que también el hambre, pues no

había comido nada después de aquellos higos que luego vomité y el trozo de chocolate que él me ofreció. Se volvió de nuevo hacia mí, diciendo: «Si yo no viviera aquí, me arriesgaría. Fuera cuales fuesen tus antecedentes, creo que, espiritualmente, podríamos encontrarnos en un campo común. Pero en este lugar sería un gran riesgo tener relaciones contigo». Creí que iba a tocarme o a agarrarme de nuevo, pero no lo hizo. «Y no hemos de olvidar que ellos quieren librarse de mí y que debo marcharme. Por lo tanto, también tú debes irte de aquí. Te envío de nuevo al Bloque Dos, al sitio de donde viniste. Te marcharás mañana.» Entonces se volvió de nuevo, dándome la espalda.

«Estaba aterrorizada —prosiguió Sophie—. Había intentado intimar con él, ¿sabes?, y había fracasado. Tendría que volver al campo de concentración con todas mis ilusiones rotas. Intenté hablarle, pero no pude; el nudo que sentía en la garganta me lo impedía, las palabras no me salían de la boca. Aquel hombre iba a echarme de nuevo a la más terrible oscuridad y yo no podía hacer nada, nada en absoluto. Seguí con la mirada fija en él esforzándome por hablar. El hermoso caballo árabe aún corría por el campo y Höss lo observaba desde la ventana. El humo de Birkenau se había disipado momentáneamente. Oí que el comandante murmuraba algo sobre su traslado a Berlín. Su tono era muy amargo. Recuerdo haber entendido palabras como «fracaso» e «ingratitude», y una vez dijo claramente: «Yo sé muy bien que he cumplido con mi deber». Entonces guardó silencio durante un largo rato, concentrada toda su atención en el caballo, hasta que por fin le oí decir esto; estoy casi segura de que fueron exactamente estas palabras: «Escapar del cuerpo humano y seguir viviendo en la Naturaleza... Ser ese caballo, vivir dentro de ese animal... Esto sería la verdadera libertad». —Sophie hizo una breve pausa—. Siempre he recordado aquellas palabras. Fueron tan...

Y luego cesó de hablar, brillantes los ojos de recuerdos, fija la mirada en un fantasmagórico pasado que la tenía como hechizada.

«Fueron tan...» *¿Qué?*

Después de contarme todo eso, Sophie estuvo sin hablar durante largo rato. Se tapó la cara con las manos e inclinó la cabeza hacia la mesa, ensimismada en sombríos pensamientos. Durante su largo relato se había dominado con firmeza, pero ahora la humedad visible en sus dedos me permitió percibir la amargura con que había empezado a llorar. Dejé que sus lágrimas corrieran en silencio. Aquella tarde habíamos permanecido sentados varias horas en una de las mesas del Maple Court. Hacía tres días de la cataclísmica ruptura de Sophie y Nathan que he descrito en páginas anteriores. Como recordará el lector, aquella noche tenía que encontrarme con mi padre, quien había venido a visitarme y se encontraba en un hotel de Manhattan. (Fue una visita importante para mí —de hecho, decidí volver con él a Virginia—, por lo que pienso describirla más adelante con la amplitud que merece.) Cuando, después de unos pocos días pasados en compañía de mi padre, regresé vencido por el desánimo al Palacio Rosado esperando encontrar el mismo desorden y desolación de cuando lo dejé, no podía prever que Sophie se encontraría en aquel lugar. La descubrí casi milagrosamente en su habitación, donde estaba reuniendo en una maleta lo que quedaba de sus pertenencias. No vi a Nathan por ninguna parte, lo que me alegró pues me permitió llevar a Sophie —por cierto, corriendo bajo un explosivo aguacero de agosto— al

Maple Court después de nuestro emocionante reencuentro. Huelga decir que me sentí más que contento al observar la genuina felicidad de Sophie al verme de nuevo; tanta, por lo menos, como la que sentí yo al poder contemplar gozosamente su rostro y su cuerpo. Que yo supiera, aparte de Nathan y quizá Blackstock, fui la única persona del mundo que pudo intimar de veras con Sophie. En aquel momento, la sentí agarrarse a mi presencia como si en ella encontrara una fuente de vida.

Se hallaba todavía en un estado de doloroso desconcierto a causa del súbito abandono de Nathan (me dijo, no sin un espeluznante toque de humor, que se había contemplado a sí misma varias veces echándose por la ventana del mísero hotel del Upper West Side donde había languidecido aquellos tres días). No obstante, si la brusca separación de Nathan había lastimado su espíritu, su aflicción —me di perfecta cuenta de ello— le permitía abrir más ampliamente las puertas de su memoria para dar paso a un pasmoso torrente catártico. Pero algo roía mi ánimo. ¿Debía alarmarme por un detalle que no había observado en Sophie hasta aquel momento? Durante aquella gris y fría tarde, consumió tres whiskis con agua. Aquello no era exagerado, ni causó la menor vacilación en su voz, pero suponía un sorprendente comienzo para una persona que, como Nathan, era relativamente abstemia. ¿Habría debido ser mayor mi preocupación por aquellos vasos vacíos de Chenley's que tenía delante? Según mi costumbre, yo había pedido cerveza y no presté demasiada atención a lo que podía ser una nueva afición de Sophie. De todos modos, una razón más poderosa que la indolencia borraría de mi mente su pequeño exceso en la bebida, pues cuando Sophie reanudó su relato (secándose los ojos y serenando su voz —como nadie habría podido hacer en semejantes circunstancias—, para referirse de nuevo a aquel decisivo día cerca de Rudolf Franz Höss), dijo algo que me sorprendió de tal modo que sentí helarse literalmente mi rostro. Me quedé sin aliento, y la debilidad que sentí en las piernas me dio la sensación de que se habían convertido en dos cañas. Y, querido lector, por fin tuve la seguridad de que Sophie no mentía... Éstas fueron sus palabras:

—¿Sabes, Stingo?, mi hijo estaba allí, en Auschwitz. Sí, tenía un hijo, un chico, mi pequeño Jan. Me lo quitaron el mismo día de mi llegada. Lo llevaron a un sitio que ellos llamaban Campo Infantil; sólo tenía diez años. Sé que ha de parecerte extraño que, con el tiempo que hace que nos conocemos, no te haya hablado nunca de mi hijo, pero debes comprender que es algo que no he podido contar nunca a nadie. Es demasiado difícil, incluso, pensar en tal posibilidad. A Nathan sí que se lo conté una vez, hace ya muchos meses. Se lo dije muy deprisa y a continuación le expresé mi deseo de que no volviéramos a hablar nunca de ello y de que no llegara a oídos de nadie más. Si te lo digo ahora a ti es sólo porque no podrías comprender mi comportamiento con Höss si ignoraras que existió Jan. Pero ésta será la última vez que te hablo de él, y tú no deberás preguntarme nada al respecto. No, nunca más...

«Así que, aquella misma tarde, mientras Höss miraba el caballo desde la ventana, le hablé. Sabía que tenía que jugar mi última carta, revelarle lo que *au jour le jour*, día tras día, había enterrado dentro de mí misma en mi temor de morir de pena. Debía hacer algo, rogar, gritar, pedir clemencia, cualquier cosa que conmoviera a aquel hombre lo suficiente para que mostrara un poco de piedad, si no por mí, al menos hacia la única cosa viva que había dejado en la tierra. Procuré, pues, controlar mi voz y le dije: «*Herr Kommandant*, sé

que no puedo pedir mucho para mí y que usted debe actuar de acuerdo con el reglamento. Pero le pido un favor antes de que me mande de nuevo al campo de concentración. Tengo un hijo de corta edad en el Campo D, donde están recluidos todos los otros muchachos. Se llama Jan Zawitowski y tiene diez años. Sé su número y puedo dárselo. Llegué junto con él, pero hace seis meses que no lo he visto. Anhelo verlo. Me preocupa su estado de salud, con el invierno ya tan cerca... Le ruego que vea si hay algún modo de sacarlo de allí. Su salud es delicada y es aún tan pequeño...». Höss no contestó; sólo me clavó la mirada sin pestañear. Me desanimé bastante, y noté que estaba perdiendo el dominio de mí misma. Alargué la mano y toqué su camisa, luego me agarré a ella y dije: «Por favor, si mi presencia le ha impresionado aunque sea un poco, se lo ruego, haga esto por mí. No le pido que me suelte a mí, suelte sólo a mi hijito. Hay una manera de hacerlo, yo se lo diré... Hágalo, por favor. Se lo ruego, ¡se lo suplico!».

«Entonces me di cuenta de que yo, en la vida de Höss, contaba menos que un gusano y no era más que *Dreck*, basura polaca. Me cogió por la muñeca y me apartó la mano de su camisa al tiempo que decía: «¡Basta ya!». Nunca olvidaré el frenesí de su voz cuando añadió: «Me es imposible hacer tal cosa. Sería una deslealtad de mi parte soltar a cualquiera sin tener autoridad suficiente para ello». De pronto, advertí que había herido terriblemente su sensibilidad con sólo exponerle mis deseos. Me gritó: «¡Tu sugerencia es ultrajante! ¿Por quién me tomas? ¿Por un *Dümmling*, por un estúpido que esperas manejar a tu gusto? ¿Sólo porque te he expresado un sentimiento especial? ¿Crees acaso que puedes hacerme infringir las normas de autoridad sólo porque he mostrado cierto afecto hacia ti? ¡Tu actitud no puede ser más ofensiva!».

»¿Me comprenderás, Stingo, si te digo que no pude aguantarme y me eché sobre él, rodeándole la cintura con mis brazos e implorando de nuevo, diciéndole «Se lo suplico» una y otra vez? Pero me di cuenta, por la rigidez de sus músculos y por el temblor de su cuerpo, de que yo ya no representaba nada para él. Aun así, no pude detenerme y le rogué: «Por lo menos, déjeme ver al pequeño, déjeme ir a donde se encuentra, sólo una vez..., por favor, hágalo por mí. Lo comprende, ¿no? Usted también tiene hijos. Le pido que me permita verlo y abrazarlo una sola vez antes de que sea devuelta al campo». Al decir eso, Stingo, caí de rodillas ante él; no pude evitarlo. Sí, caí de rodillas ante él y hundí mi rostro entre sus botas.

Sophie se interrumpió un buen rato, de nuevo con la mirada fija en un pasado que en aquel momento acaparaba su mente de manera irresistible; bebió varios sorbos de whisky abstraída, inmersa en una ensoñación de recuerdos. Luego me cogió la mano, no por ser mía sino por agarrarse a cualquier presencia humana real, fuera la que fuese, y continuó:

—Se ha hablado mucho de las personas prisioneras en lugares como Auschwitz y de su modo de comportarse en ellos. En Suecia, cuando me encontraba en el centro de refugiados, un grupo de los que habíamos estado en campos de concentración (en Auschwitz o en Birkenau) solíamos comentar cómo actuaban las distintas personas. Nos preguntábamos por qué determinado hombre se prestaba a convertirse en un perverso Kapo muy cruel para con sus compañeros de cautiverio, a muchos de los cuales conduciría a la muerte, sólo por gozar de algunos privilegios. O por qué otro hombre, o mujer, se distinguía con un acto de valor, a veces a costa de su propia vida, para salvar a un semejante de la muerte. O por qué tal otro daba su pan, su pequeña ración de patatas o su aguada

sopa a alguien que se estaba muriendo de hambre, para quedarse a su vez sin nada que llevarse a la boca. O por qué había quien traicionaba o mataba a otro prisionero sólo por un poco de comida. En los campos de concentración, la gente se comportaba de maneras muy diferentes: unos con cobardía y egoísmo, otros con valentía y altruismo; la conducta no era en absoluto uniforme. Era tan terrible Auschwitz... Sí, Stingo, increíblemente terrible: nunca podías decir si una persona haría cierta cosa de manera noble y honrada como hubiera podido esperarse en el mundo exterior. Si esa persona optaba por un acto de nobleza, era tan digna de admiración como si hubiese vivido en otro lugar (en realidad, más), pero tal conducta era allí muy difícil de poner en práctica. Los nazis eran unos asesinos, y cuando no mataban a los prisioneros los convertían en animales enfermos de cuerpo y espíritu; por ello, si el comportamiento de las personas no era allí tan noble como habría sido de desear, o incluso resultaba propio de seres irracionales, había que comprenderlo, detestándolos tal vez, pero teniendo piedad por ellos al mismo tiempo, porque también tú estabas expuesto a actuar como un animal en el momento menos pensado.

Sophie hizo una pausa y cerró apretadamente los ojos como sumida en una agitada meditación; luego los abrió para fijar de nuevo la mirada en una lejanía inimaginable.

—Sin embargo —prosiguió—, hay una cosa que sigue siendo un misterio para mí: el motivo de que me sienta tan culpable por mi conducta allí, aun sabiendo lo que acabo de decirte y que los nazis me convirtieron en un animal enfermo como a todos los demás. Y también me siento culpable de seguir con vida. Es una culpa de la que no puedo librarme, de la que no creo poder librarme jamás... —Hizo otra pausa y luego añadió con una voz vacilante más por agotamiento que por otra causa—: Y el hecho de que no pueda deshacerme nunca de esta culpa es lo peor que me dejaron los alemanes.

Por último, Sophie aflojó la presión de la mano con que retenía la mía y se volvió para mirarme de frente y decirme:

—Rodeé las botas de Höss con mis brazos. Apreté la mejilla contra aquellas frías botas de cuero como si fueran de suave y peluda piel o de algo caliente y reconfortante. ¿Sabes? Creo que llegué a lamerlas, que pasé la lengua por aquellas botas de nazi. ¿Y sabes otra cosa? Si Höss me hubiera dado un cuchillo o una pistola y me hubiera dicho que matase a alguien, a un judío, a un polaco, a quien fuese, lo habría hecho sin dudar un momento, incluso con alegría, si con ello hubiese podido ver y abrazar a mi hijo siquiera un minuto.

«Entonces oí que Höss decía: «¡Levántate! No puedo sufrir esta clase de demostraciones. ¡Ponte de pie!». Pero apenas hube comenzado a levantarme, su voz se suavizó y me sorprendió con estas palabras: «¡Claro que verás a tu hijo, Sophie!». Era la primera vez que pronunciaba mi nombre. Y luego, Stingo..., ¡oh, Dios mío!, me abrazó, esta vez de verdad, mientras me decía: «¿Crees acaso que podría negártelo? *Glaubst du, dass ich ein Ungeheuer bin?* ¿Crees acaso que soy un monstruo?».

—Hijo mío, el Norte cree que tiene la exclusiva de la virtud —dijo mi padre pasándose cuidadosamente el índice por su ojo recién amoratado—. Pero el Norte no tiene razón, claro está. ¿Crees que los barrios bajos de Harlem representan verdaderamente una mejora respecto a los negros que trabajan en un campo de cacahuetes del condado de Southampton? ¿Crees que el negro se considera satisfecho en medio de tanta miseria y suciedad? Algún día, hijo mío, el Norte tendrá que arrepentirse dolorosamente de esos hipócritas intentos de magnanimidad, de esos gestos pretendidamente sabios y transparentes a los que da el nombre de «tolerancia». Algún día, recuerda bien lo que te digo, se demostrará con claridad que el Norte está tan lleno de prejuicios como el Sur, si no más. Al menos, en el Sur los prejuicios están a la luz del día. —Se detuvo para tocarse de nuevo su ojo amoratado—. Me estremezco sólo de pensar en la violencia y el odio que se está acumulando en esos barrios de mala vida.

Mi padre, un liberal sureño de casi toda la vida, consciente de las injusticias del Sur, nunca había pretendido achacar irrazonablemente al Norte los defectos de aquél; no sin cierta sorpresa, pues, lo escuché con atención, sin darme cuenta —aquel verano de 1947— de lo proféticas que sus palabras iban a resultar.

Después de la medianoche, nos hallábamos sentados a la luz tenue y acogedora que reinaba en el bar del hotel McAlpin, adonde yo llevé a mi progenitor tras un desastroso altercado que tuvo con un taxista llamado Thomas McGuire, licencia de taxi número 8608, sólo una hora después de su llegada a Nueva York. El viejo (uso este término sólo en el sentido paternal-vernáculo, pues a sus cincuenta y nueve años su aspecto era saludable y vigoroso) no había recibido ningún mal golpe, pero sí había habido un alboroto de padre y muy señor mío junto con una cierta pérdida de oscura sangre, aunque sin importancia, a causa de un corte superficial en la ceja. Un poco de gasa y esparadrapo habían bastado. Una vez restablecido el orden y mientras bebíamos (él un bourbon, yo el invariable estimulante de toda mi minoría de edad: cerveza Rheingold) y hablábamos (en especial del abismo que separaba el diabólico engendro urbano que era cualquier gran ciudad situada al norte del virginiano puente de peaje de Chesapeake y las deliciosas praderas del Sur), pensé más de una vez en cómo el altercado de mi viejo con el taxista me había ofrecido por lo menos una momentánea distracción de mi reciente desesperación.

Porque, como se recordará, todo eso tuvo lugar sólo unas horas después del momento en que, allá en Brooklyn, pensé que Sophie y Nathan habían desaparecido para siempre de mi vida. Sin duda alguna, estaba convencido —puesto que no tenía motivos para creer otra cosa— de que jamás volvería a verlos. Y así fue como la melancolía que se apoderó de mí al dejar la casa de Yetta Zimmerman para tomar el metro que me llevaría a Manhattan junto a mi padre, estuvo a punto de producirme el más doloroso malestar físico de mi vida (por lo menos, desde la muerte de mi madre). Ahora se trataba de una inextricable mezcla de inmenso desamparo e infinita ansiedad. Las dos sensaciones se turnaban en mi espíritu. Con la mirada fija y atontada en las estroboscópicas alternancias

de viva luz y profunda oscuridad del túnel del metro que se producían al paso de mi vagón, sentí aquel dolor combinado como un gran peso que me oprimiera los hombros y me apretara los pulmones; era tanta la realidad con que experimentaba aquellas sensaciones, que respiraba con un fuerte jadeo. No lloraba —o no podía llorar— pero, aunque a medias, me di cuenta varias veces de que corría el peligro de desvanecerme. Era como si hubiese sido testigo de un caso de muerte súbita e imprevista, como si Sophie (y también Nathan, pues a pesar del enojo, el resentimiento, la pena y la confusión que había provocado en mí, estaba implicado demasiado inseparablemente en la relación entre nosotros tres como para que abandonara de repente el afecto y la lealtad que sentía por él) hubiese desaparecido en uno de esos catastróficos accidentes de tráfico que ocurren en un abrir y cerrar de ojos y que dejan tan aturridos a los sobrevivientes que ni ánimo les queda para maldecir al cielo. Lo que veía con claridad, mientras el tren retumbaba a través de las goteantes catacumbas del subsuelo de la Octava Avenida, era que, con una rapidez que apenas podía creer, me había visto privado de las dos personas que más apreciaba en aquel momento, y que la sensación que este inesperado hecho me había producido podía compararse a la angustia de quedar enterrado bajo una tonelada de ceniza.

—No sabes cómo admiro tu valentía —dijo mi padre mientras cenábamos a última hora de la noche en un restaurante de la cadena Schrafft—. Creo que las setenta y dos horas que pienso pasar en esta ciudad es lo máximo que puede soportar cualquier mortal procedente de un lugar civilizado. No sé cómo te las arreglas para aguantarlo. Tu juventud, supongo, la maravillosa flexibilidad propia de tu edad, es lo que permite que esta ciudad-pulpo te estimule a vivir y a crear en vez de devorarte. Nunca he estado en Brooklyn, pero ¿es posible que, como me has escrito, haya allí lugares que recuerden a Richmond?

Pese al largo viaje en tren desde el lejano Tidewater y al incidente con el taxista, mi padre estaba de un humor magnífico, lo que me ayudó a alejar de mi mente, al menos momentáneamente, el trastorno espiritual que estaba sufriendo. Dijo que no había estado en Nueva York desde los últimos años treinta y que la ciudad parecía más babilónica y disoluta que nunca.

—Eso se debe a la guerra, hijo mío —me dijo él, uno de los hombres que había ayudado a construir gigantes navales como los portaaviones *Yorktown* y *Enterprise*—. Todo se ha ido enriqueciendo en este país. Por lo visto, necesitábamos esa guerra para librarnos de la Depresión y poner en marcha todo lo necesario para convertirnos en la nación más poderosa del mundo. Si hay alguna cosa que nos permita llevar ventaja a los comunistas durante muchos años, es precisamente esto: el dinero, cosa que no nos falta, gracias a Dios.

(No debe inferirse de esta alusión que mi padre fuese, ni remotamente, lo que aquí llamamos un cazador de rojos. Como ya he dicho, se inclinaba visiblemente hacia la izquierda considerando que era un hombre del Sur: seis o siete años después, en el momento culminante de la histeria macartista, dimitiría de su cargo de presidente electo de la confraternidad virginiana de los Hijos de la Revolución Norteamericana, a la que había pertenecido durante un cuarto de siglo por razones mayormente genealógicas, cuando aquella fosilizada organización hizo público un manifiesto en apoyo del senador por Wisconsin.)

Por muy versados que sean en cuestiones económicas, los visitantes de Nueva York

procedentes del Sur (o de cualquier otro lugar del interior del país) raramente dejan de quedarse pasmados ante las tarifas y precios de la gran ciudad, y mi padre no fue una excepción al refunfuñar agriamente ante el precio de una cena para dos: creo recordar que la nota ascendió a unos cuatro dólares —¡imaginaos!—, suma que no tenía nada de exorbitante a nivel metropolitano en aquellos tiempos de deflación.

—Allá abajo, en casa, por cuatro dólares —se quejó— podrías pasar un fin de semana estupendo.

Sin embargo, dejó ese tema cuando, caminando hacia Broadway, atravesamos en dirección norte Times Square, lugar que hizo reaccionar al viejo con una expresión que habría podido parecer de aturdida mojigatería si yo no hubiera sabido que nunca había destacado precisamente como gazmoño. Creo que su actitud obedeció menos a una verdadera desaprobación de lo que vio que a la sorpresa —comparable a un sopapo en la cara— que le causó la increíble atmósfera de libertinaje que se respiraba en aquella zona.

A mi modo de ver, Times Square, que aún no presentaba los caracteres de degenerada Sodoma que adquiriría más adelante, ofrecía aquel verano, en cuanto a corrupción carnal, poco más que cualquier plaza de ciudades como Omaha o Salt Lake City; sin embargo, tenía ya entonces sus correspondientes buscavidas y seres estafalarios de ambos sexos que se contoneaban a la luz de los arcos iris y remolinos de neón. Todo eso y las exclamaciones que susurraba mi padre —entre ellas, «Jerusalén!», con la rústica llaneza de un personaje de Sherwood Anderson—, me ayudaron a mitigar un poco mi abatimiento; y no hablemos de lo mucho que me chocaba la mirada del viejo cuando seguía las iridiscentes ondulaciones de seda artificial de alguna furcia mulata bien provista de tetas, una mirada que alternaba en rápida secuencia la más viva incredulidad y cierta dosis de irreprimible excitación. Me pregunté si mi padre había aprovechado alguna vez oportunidades de ese tipo. Viudo desde hacía nueve años, lo tenía bien merecido, pero como la mayoría de sureños de su edad (y en este sentido diría que incluso de estadounidenses) era reticente, y hasta reservado, en lo tocante a la sexualidad, por lo que esta esfera de su vida era para mí un misterio. A decir verdad, no creía que en su madurez ofreciera sacrificios en el altar de Onán, como su desamparado retoño. ¿O podía ser simplemente que hubiera malinterpretado su modo de mirar y que el viejo se hallase ya, por fortuna suya, libre de aquella fiebre?

En el Columbus Circle tomamos un taxi y nos dirigimos de nuevo al hotel McAlpin. Sin duda me dejé vencer de nuevo por el desaliento, pues oí que mi padre decía:

—¿Qué te pasa, hijo mío?

Murmuré algo sobre cierto dolor de estómago causado por la comida del restaurante, con lo que quedó justificado mi mal humor. Necesitado como estaba de descargar en alguien mi pena, me encontraba en la imposibilidad de divulgar nada sobre uno de los más serios trastornos de mi vida. Y tampoco me era posible llegar a medir el alcance de mi pérdida y, menos aún, comprender los entresijos de la situación que me habían conducido a ella: mi pasión por Sophie, la estupenda camaradería con Nathan, el loco arrebató y la repentina desaparición de éste sólo hacía unas horas. Por no ser lector de novelas rusas (con las que parecía tener semejanza, en sus aspectos melodramáticos, el argumento de aquella tragedia), mi padre habría encontrado la historia totalmente incomprensible.

—¿No tendrás problemas de dinero? —preguntó, añadiendo que no podía esperarse

que el producto de la venta del joven esclavo Artiste, dinero que me había sido enviado algunas semanas antes, durara eternamente. Y entonces comenzó a insinuar, mediante algunas indirectas que yo consideré inspiradas por el cariño que me guardaba, la posibilidad de que me fuera a vivir de nuevo al Sur. Apenas había tocado el tema (sólo brevemente y para tantear el terreno) cuando el taxi se detuvo frente al hotel McAlpin—. No creo que sea muy saludable —me decía en aquel momento— vivir en un lugar donde haya gente como la que acabamos de ver.

Fue entonces cuando tuvo lugar la violenta escena a que he aludido hace poco, un episodio por sí suficiente para ilustrar la triste y cismática división de Norte y Sur con mayor claridad que la mejor obra artística o sociológica imaginable. El lance implicaba dos lastimosos errores —uno por cada parte— mutuamente imperdonables, ambos derivados de unos puntos de vista tan alejados y opuestos entre sí como la canadiense ciudad de Saskatoon y la Patagonia. El primero fue seguramente de mi padre. Aun cuando en el Sur —por lo menos en aquel momento— las propinas habían sido generalmente evitadas o jamás tomadas en serio, el viejo hubiera debido saber que era menos sensato dar una moneda de cinco centavos a Thomas McGuire que no darle absolutamente nada. Y el error de Thomas McGuire consistió en reaccionar insultando a mi padre; concretamente con estas palabras:

—¡Jodido estúpido!

Eso no quiere decir que en el mismo caso un conductor de taxi sureño, pese a estar acostumbrado a recibir pocas propinas, no se hubiera molestado un poco; sin embargo, por violento que se hubiese sentido en su interior, se habría mantenido exteriormente pacífico. Ni significa tampoco que los oídos de un neoyorquino no hubieran retumbado al escuchar semejante epíteto; con todo, hay que tener en cuenta que tales palabras son moneda corriente entre los taxistas y otras personas de las calles de Nueva York, y que la mayoría de sus habitantes se habrían tragado la bilis sin abrir la boca.

A medio salir del taxi, mi padre asomó la nariz por la ventanilla delantera y dijo con voz casi incrédula:

—¿Qué le he *oído* decir?

Su manera de formar la frase era importante. No dijo: «¿Qué ha dicho usted?» o «¿Qué es lo que ha dicho?», sino que subrayó la palabra «oído» para dar a entender que su aparato auditivo jamás había escuchado tales palabrotas separadas y, menos aún, juntas. En la oscuridad, McGuire era un informe bulto de cuello grueso y pelo rojizo. No pude distinguir bien su rostro, pero la voz me pareció bastante joven. Si el hombre hubiera desaparecido inmediatamente en la noche con su taxi, todo habría terminado bien, pero noté en él una ligera vacilación, una intransigencia y un nervioso resentimiento irlandés que corrían parejas con la irritación del viejo ante aquel intolerable lenguaje. McGuire, al responder, dio incluso una forma mucho más gramatical a su pensamiento.

—He dicho que usted tiene que ser un jodido estúpido.

La voz de mi padre se oyó como un grito contenido —no muy fuerte, pero lleno de furia— al querer contrarrestar las ofensivas palabras del otro:

—¡Y yo creo que usted debe de formar parte de la infinita inmundicia que nació de las heces de esta repugnante ciudad como muchos otros deslenguados de su ralea! — declamó el viejo, expresándose en el estilo retórico de sus antepasados—. ¡Pertenece usted

a la peor escoria de la sociedad, no es más civilizado que una rata de cloaca! ¡En cualquier lugar decente de los Estados Unidos, una persona que vomitara tanta basura como usted sería azotada en una plaza pública! —Su voz sonó un poco más alta; los transeúntes comenzaron a detenerse debajo de la luminosa marquesina del hotel McAlpin—. Pero esta ciudad no es un lugar decente ni civilizado, y en ella puede usted arrojar impunemente su putrefacto lenguaje sobre sus conciudadanos.

Mi padre se vio entonces sorprendido por el súbito arrancar del coche, que salió disparado hacia la avenida. El viejo, levantando los brazos como si quisiera agarrarse al aire, giró sobre sí mismo tambaleándose por su propia inercia hasta ir a chocar con el duro poste de una señal de prohibición de estacionamiento; al dar con el metal, su cabeza produjo, como en una película de dibujos animados, un vibrante ¡boinnng! Pero la cosa no tuvo nada de divertida. Yo estaba convencido de que el desenlace iba a ser más trágico.

Sin embargo, allí estaba media hora después bebiendo su bourbon y despotricando contra la «exclusiva de la virtud» que se atribuía el Norte. Había sangrado bastante, pero como el médico del hotel se encontraba casualmente en el vestíbulo en el momento en que yo ayudaba a entrar a mi padre, pudo ser atendido enseguida. El doctor tenía todo el aspecto de un alcohólico impenitente, pero demostró que sabía cómo tratar un ojo morado. Agua fría y un poco de gasa y esparadrapo habían detenido la pequeña hemorragia, aunque no el ultraje recibido. El viejo, mimando su herida en la penumbra del bar del hotel McAlpin, con un ojo hinchado que cada vez se parecía más al de su padre cuando quedó tuerto ochenta años antes delante de Chancellorsville, continuó maldiciendo la desvergüenza de Thomas McGuire con una letanía de inútiles expresiones de rencor. Pese a lo pintoresco de su lenguaje, pronto comenzó a hacerse fastidioso, lo que no me impidió advertir que su ira no se debía a provincianismo ni a mojigatería —como trabajador en un astillero y, antes de eso, marino mercante sus oídos estaban sin duda acostumbrados a escuchar palabrotas de todas clases—, sino a una firme creencia en las buenas maneras y en la decencia pública. «¡Conciudadanos!» Este grito era en realidad una especie de igualitarismo frustrado del que procedía —comencé a observar— buena parte de su indignación. Dicho con simplicidad, la gente ignoraba su igualdad cuando era imposible hablar unos con otros en términos humanos. Mi padre se fue calmando y olvidó por fin a McGuire para permitir que su animosidad se ampliara hasta abarcar de un modo general los múltiples pecados del Norte, entre los que descollaban la arrogancia y una hipócrita pretensión de superioridad moral. De pronto me percaté de lo poco que había evolucionado su atavismo sureño, y me sorprendió que, al parecer, ello no contradijera su liberalismo básico.

Finalmente, tantas diatribas —junto, quizá, con los efectos del golpe recibido— parecieron agotarlo; la forma en que había empalidecido me movió a aconsejarle que subiera a acostarse. Lo hizo a regañadientes echándose en una de las camas gemelas de la habitación que para los dos había reservado cinco pisos más arriba, lejos de la ruidosa avenida. Yo pasaría allí dos noches sin pegar ojo (principalmente a causa de mi persistente desesperación por lo sucedido con Sophie y Nathan), inquieto y vencido por la desmoralización, bañado en sudor bajo la araña rotativa de un ventilador eléctrico que hendía el aire en pequeñas e insuficientes rachas. A pesar de su fatiga, mi padre siguió hablando del Sur. (Más tarde llegué al convencimiento de que, en buena parte, el objeto de

su visita había consistido en una sutil misión de rescate: el rescate de su hijo de las garras del Norte. Aunque nunca se expresó directamente, el travieso y astuto viejo dedicó casi todo el tiempo que permanecimos juntos a evitar que me pasara a los yanquis.) La primera noche, sus últimos pensamientos antes de dormirse tuvieron relación con su esperanza de que yo abandonara aquella desconcertante ciudad para volver a mi tierra natal. Su voz sonaba ya muy lejana cuando susurró algo sobre las «dimensiones humanas».

Aquellos pocos días transcurrieron como habrían transcurrido para cualquier joven de veintidós años obligado a pasar tantas horas en Nueva York y en verano acompañado de un padre sureño descontento de cuanto lo rodeaba. Visitamos un par de atracciones turísticas que ambos confesamos no haber presenciado jamás: la Estatua de la Libertad y la terraza del Empire State Building. Hicimos una excursión alrededor de Manhattan en un vapor de recreo. Fuimos al Radio City Music Hall, donde nos adormilamos con la representación de una comedia por Robert Stack y Evelyn Keyes. (Recuerdo ahora que, durante aquella dura prueba, la aflicción que sentía al pensar en Sophie y Nathan me envolvía como un sudario.) Dimos un vistazo al Museo de Arte Moderno, lugar que yo temí que escandalizara al viejo, aunque más bien pareció llenarlo de regocijo: el claro brillo de los ortogonales del holandés Mondrian deleitaron especialmente sus ojos de técnico. Comimos en el pasmoso restaurante automático Horn and Hardart, en el Nedick y en el Stouffer, y —haciendo una excepcional incursión en lo que aquellos días yo consideraba *haute cuisine*— en uno de los restaurantes Longchamps. Fuimos a dos o tres bares (incluyendo accidentalmente un tugurio gay de la calle Cuarenta y dos, donde tuve ocasión de observar cómo el rostro de mi padre, tras volverse gris como la ceniza, quedaba por completo desfigurado por la incredulidad), pero por la noche nos retiramos temprano, después de volver a hablar de aquella granja situada en medio de los campos de cacahuetes. Mi padre roncaba. ¡Y cómo, Dios mío! La primera noche apenas pude conciliar el sueño un par de veces entre aquel alborotado mar de ronquidos y otras sonoras amenidades procedentes de su boca y su nariz. Pero ahora recuerdo que aquellos ruidos (producto de un tabique nasal desviado, habían orquestado toda su vida nocturna y, en las noches de verano, soliviantado a todos los vecinos con el estruendo que salía de las ventanas abiertas de su habitación) formaron parte, durante la última noche, del mismo contexto de mi insomnio y constituyeron un turbulento contrapunto del tumultuoso torrente de mi pensamiento: de un fugaz pero amargo sentimiento de culpa, de un espasmódico ardor erótico que me devoraba interiormente como un terrible súcubo y, finalmente, de un arrebatador, dulce y casi intolerable recuerdo del Sur, todo lo cual me mantuvo despierto hasta las primeras horas del amanecer.

Culpa. Mientras yacía insomne, recordé que cuando yo era un muchacho mi padre nunca me castigó con severidad salvo una vez, y sólo por haber cometido una falta que merecía un riguroso castigo, relacionada con mi madre. El año anterior a su muerte, cuando yo tenía doce años, el cáncer que la devoraba comenzó a apoderarse de sus huesos. Un día su pierna más débil cedió; cayó y se rompió la tibia, que nunca se recompuso. Desde entonces tuvo que llevar una prótesis especial y caminar a la pata coja con la ayuda de un bastón. No le gustaba quedarse en la cama; prefería levantarse para permanecer sentada siempre que podía. Cuando adoptaba esta postura lo hacía con la pierna enferma apoyada sobre un taburete o una otomana. Tenía entonces sólo cincuenta años, y yo no

ignoraba que ella era consciente de que le quedaba poco tiempo de vida; a veces podía darme cuenta de ese temor. Mi madre leía sin cesar —los libros fueron su narcótico hasta que llegó un momento en que los verdaderos narcóticos tuvieron que reemplazar a Pearl S. Buck—; la imagen más viva que tengo de aquel período, el último de su vida, es la de su pelo gris sobre un rostro demacrado, pero de expresión suave, y el brillo de sus gafas enfocadas sobre *You can't go home again* [Ya no puedes volver a casa], de Wolfe (era una devota admiradora de este autor antes de que yo hubiera leído una sola palabra escrita por él, pero mi madre también leía libros de gran venta y título sugerente como *Morderás el polvo*, *El sol es mi perdición*, etc.). En tal actitud, mi madre era el retrato de la más plácida y absorta contemplación, una figura tan en armonía con su entorno hogareño como la de un estudio de Vermeer, excepto por la prótesis metálica apoyada sobre un taburete. También recuerdo una venerable y desgastada colcha de estambre con que solía cubrirse las piernas, especialmente la enferma, cuando hacía frío. No se registraban temperaturas verdaderamente bajas en aquella parte del Tidewater virginiano pero, aunque breve, el frío podía ser muy intenso en los meses de invierno, y siempre nos cogía por sorpresa. En nuestra casa no demasiado grande teníamos un hogar de carbón en la cocina, cuyo débil calor era reforzado por la pequeña chimenea del cuarto de estar.

Era delante de este fuego, sentada en un sofá, donde mi madre leía en las tardes de invierno. Por ser todavía un niño, no se me imponían tareas inmoderadas, aunque no podía escapar a las que eran clásicamente propias de un chico de mi edad; una de las pocas que se me exigían en los meses de invierno, al salir por la tarde de la escuela, era la de correr a casa para ver si había bastante leña en la chimenea, pues aun cuando mi madre no se hallaba totalmente incapacitada, su estado no le permitía echar troncos al fuego. Teníamos teléfono, pero estaba unos escalones más bajo, insalvables para ella, en una habitación contigua. No es por lo tanto difícil de adivinar cuál fue mi fallo: cierta tarde me olvidé de ella. Estaba entusiasmado por la promesa de un compañero de escuela: una vuelta con su hermano mayor en el Packard Clipper que éste acababa de comprarse y que era uno de los automóviles más ostentosos de la época. Estaba loco por aquel coche. Su vulgar elegancia me fascinaba. Recorrimos velozmente los helados alrededores, hasta que cayó la tarde, y con ella el mercurio del termómetro. Hacia las cinco el Clipper se detuvo en un pinar muy alejado de mi casa. Y entonces me acordé por primera vez de la tierra, del frío y de mi madre abandonada. Mi alarma fue tremenda. Dios mío, *culpa...*

Diez años más tarde, acostado en aquella cama del quinto piso del hotel McAlpin y mientras escuchaba los ronquidos de mi padre, reflexioné, angustiado, sobre mi culpa (que aún no se había borrado), pero mi angustia estaba mezclada con un tierno sentimiento de gratitud por la bondad que el viejo demostró ante mi descuido. (No creo haber dicho que había acabado por abrazar el cristianismo, precisamente en uno de sus aspectos más caritativos.) Aquella plomiza tarde —recuerdo los copos de nieve que comenzaron a danzar en el viento cuando el Packard emprendió velozmente el camino de regreso—, mi padre había vuelto ya del trabajo y hacía media hora que se hallaba al lado de mi madre cuando yo llegué a casa. Le hablaba en voz baja y con tono cariñoso mientras le friccionaba las manos. Las paredes de estuco de la modesta casita habían dejado penetrar un cruel invierno que parecía haber estado al acecho en espera de aquella ocasión. Hacía horas que el fuego se había apagado y el viejo encontró a mi madre desamparada y tiritando debajo

de su colcha, con un gesto amargo en sus lívidos labios y un rostro que se había vuelto blanco como el yeso tanto a causa del frío como del terror a la soledad. La habitación estaba llena de humo a causa de un leño que se había consumido sin llama; mi madre había intentado empujarlo hacia el fuego con su bastón, pero no lo consiguió por completo. Sólo Dios sabe las visiones de témpanos de hielo y las escenas de la vida esquimal que pasarían por su imaginación cuando se hundió entre sus «libros más vendidos», aquellos gruesos «libros del mes» con que intentaba hacer una barricada que la protegiera de la muerte, cuando sintió que las articulaciones metálicas de la prótesis de su pierna se enfriaban hasta parecer carámbanos. Recuerdo que, cuando irrumpí en el cuarto de estar, una impresión se apoderó tan completamente de mi alma que pareció llenar toda la estancia: la que me produjeron sus ojos castaños a través de sus gafas; aún mostraban su terror, y su indescriptible mirada se cruzó con la mía para desviarse seguidamente en otra dirección. Fue la rapidez con que giró los ojos lo que desde entonces definiría mi culpa; aquel movimiento, rápido como el de un machete al cortar una mano, bastó para hacerme advertir con horror la inmensidad de su aflicción. Entonces lloró, y yo también, pero por separado, contemplando mutuamente nuestros llantos como a través de un amplio y desolado lago.

Estoy seguro de que mi padre —habitualmente tan benigno y tolerante— dejó escapar una expresión áspera, mordaz. Pero no fueron sus palabras lo que yo siempre recordaría, sino el horrible frío y la oscuridad de la cabaña para guardar la leña, donde mi padre me hizo permanecer hasta mucho después de que oscureciera y la helada luz de la luna se filtrara entre las grietas de mi celda. No puedo recordar el tiempo que pasé llorando y temblando allí dentro. Sólo sabía que sufría exactamente igual que mi madre, y que mi castigo no podía ser más adecuado a mi falta; ningún malhechor soportó jamás con menos rencor la pena infligida. Supongo que mi reclusión no duró más de dos horas, pero tengo la seguridad de que me habría quedado allí voluntariamente hasta el amanecer o hasta morir de frío, con tal que expiase mi delito. ¿Presintió acaso el elevado sentido de justicia de mi padre la necesidad que yo tenía de tal expiación? En cualquier caso —y aunque el viejo, sin perder su serenidad, hizo cuanto pudo para complacerme en ese sentido—, yo jamás llegué a purgar mi crimen, porque éste permanecería siempre imbricado en mi mente con la muerte de mi madre.

Su muerte no pudo ser más horrible: en pleno paroxismo de dolor. Un caluroso día de julio, siete meses más tarde, dejó de existir sumida en el estupor de la morfina, después de que yo me pasara una noche entera contemplando aquel débil rescoldo en la fría y humeante habitación y pensando, horrorizado, en la posibilidad de que mi descuido de aquel día fuera la causa de una larga decadencia de la que mi madre nunca se recuperaría. Culpa. Odiosa culpa. Corrosiva como la salmuera. Como sucede con el tifus, uno puede llevar dentro de sí toda la vida la toxina de la culpa. Mientras me retorció sobre el duro y húmedo colchón en el hotel McAlpin, el dolor del remordimiento atravesó mi pecho como una lanza de hielo en el momento en que el recuerdo me trajo de nuevo la expresión de terror que apareció en los ojos de mi madre aquella tarde, y volví a preguntarme si el sufrimiento que le causé no aceleró de algún modo su muerte y si ella llegó a perdonarme alguna vez. «Dejémoslo», decidí. De pronto, cierto barullo en la habitación contigua desvió mi pensamiento hacia la sexualidad.

El aire sonorizado por el defectuoso tabique nasal de mi padre se había convertido en una rapsodia selvática: gritos de monos, parloteo de cotorras, berridos de paquidermo... A través de los intersticios, por así decirlo, de aquel salvaje concierto oí cómo una pareja se refocilaba en la habitación vecina, según el arcaico término que empleaba mi padre para referirse a la fornicación. Suaves suspiros, el ruido de una cama sacudida, un voluptuoso grito de evidente placer. «Dios mío... —pensé, revolviéndome en la cama—, ¿estaré condenado a ser un eterno y solitario oyente de los juegos amorosos sin poder tomar nunca parte en ellos?» Atormentado por mi frustración, rememoré mi primer contacto auditivo con Sophie y Nathan y llegué a esta conclusión: «Stingo, eres un desgraciado *écouteur*». Como si se hubiera hecho cómplice del sufrimiento que me causaba la pareja del otro lado de la pared, mi padre cambió de posición en su cama con un gruñido y se quedó momentáneamente silencioso, permitiendo que mis oídos escuchasen todos los detalles de la gozosa sesión. Era un sonido tridimensional, increíblemente cercano, casi palpable («Oh, vida-vida-vida-mía», susurraba la mujer). Un rítmico chupeteo de líquidos ecos (que mi imaginación amplificó como un altavoz) me llevó a pegar una oreja a la pared. Me maravilló el serio coloquio que sorprendí: él preguntó a la mujer si había profundizado suficientemente, después si había llegado al «clímax». Ella contestó que no lo sabía. La cosa era para preocuparse. Luego se produjo un súbito silencio (un cambio, supuse, de posiciones) que el imaginativo prisma de mi mente convirtió en Evelyn Keyes y Robert Stack en un jadeante *soixante-neuf*, sin embargo, no tardé en abandonar aquella fantasía, pues la lógica me obligó a repoblar mi *mise en scène* con personajes más a tono con el hotel McAlpin y sus clientes (dos encallecidos profesores de baile, el Señor y la Señora Universo, un par de insaciables recién casados de Chattanooga en plena luna de miel y así por el estilo). El espectáculo pornográfico que se desarrollaba en mi mente era tan pronto un caldero de turbulentas sensaciones como una fuente de sufrimiento. (Por entonces jamás me habría imaginado —ni lo habría creído si me lo hubiesen predicho para antes de terminar nuestro siglo— que unas cuantas décadas después los locales cinematográficos me permitirían, en aquella misma avenida y sólo por cinco dólares, hartarme de sexualidad sin trabas ni ansiedades, del mismo modo que los conquistadores de otros tiempos contemplaron el Nuevo Mundo: relucientes y coralinas vulvas tan inmensas como la entrada de las cavernas de Carlsbad; vello púbico en cantidad, como lujuriantes extensiones cubiertas de musgo español; priápicos aparatos eyaculadores del tamaño de secuoyas; imponentes tías desvergonzadas maquilladísimas y de expresión soñadora en todas las posturas concebibles, meticulosamente detalladas, del chupeteo y la jodienda.)

Soñé con la encantadora malhablada Leslie Lapidus. La humillación de las horas estériles que pasé con ella me había llevado a borrarla de mi memoria durante aquellas últimas semanas. Pero ahora, conjurándola en calidad de típica «hembra superior» recomendada por dos famosos consultores de amor familiar (el doctor y la doctora Van de Velde y Marie Stopes), cuyas obras había leído a escondidas en casa algunos años antes, permití que Leslie jugueteara a horcajadas encima de mí hasta sentirme asfixiado por sus pechos y medio ahogado bajo el negro torrente de su cabellera. Sus palabras, estimuladamente obscenas, satisficieron plenamente mis oídos. Desde el inicio de la pubertad, mis sesiones de autoerotismo, aunque no desprovistas de inventiva, habían estado dirigidas por la firme mano de la moderación protestante; no obstante, aquella

noche la pasión me arrolló como una estampida y fui virtualmente pisoteado por ella. Ay, cómo me dolían los testículos mientras revivía una tormentosa escena de amor carnal no sólo con Leslie, sino con otras dos encantadoras muchachas que, en su momento, me habían apasionado... Eran, por supuesto, María Hunt y Sophie. Pensando en las tres, advertí que la primera era una Sarah Lawrence judía, la segunda una blanca anglosajona del Sur y la tercera una polaca: un grupo que se distinguía no sólo por su diversidad, sino también por mi sensación de que sus tres componentes habían muerto; no realmente (sólo una, la almibarada María Hunt, había vuelto a la morada de su Hacedor) sino extinguidas, difuntas, liquidadas, en relación con mi vida.

¿Era posible, me pregunté en medio de mi loca fantasía, que lo que alimentaba tan ardientemente mi anhelo de aquel momento fuera la conciencia de que aquellas tres muñecas de porcelana se me habían escapado de las manos por alguna trágica deficiencia sólo a mí achacable? ¿O que, en efecto, su definitiva inaccesibilidad —el hecho de que hubieran desaparecido de mi vida para siempre— fuera la verdadera causa de aquel nocturno infierno de lujuria? Me dolía la articulación de la mano derecha. Estaba sorprendido por mi promiscuidad y por la desenfrenada indiferencia con que me entregaba a ella. Así, Leslie se había transformado en María Hunt, junto a la que estaba tendido en una arenosa playa de Chesapeake Bay en un tórrido mediodía de verano; en mi fantasía, sus frenéticos ojos se revolvían bajo sus párpados mientras me mordía el lóbulo de la oreja. «¿Quién habría podido imaginárselo? —pensé—. ¡Estoy poseyendo a la protagonista de mi novela!» Aún pude prolongar un buen rato el éxtasis con María; todavía nos hallábamos en el séptimo cielo cuando mi padre abortó un ronquido con un ahogado y primitivo bufido, saltó de la cama y se dirigió al cuarto de baño. Esperé con la mente en blanco hasta que, por fin, regresó a la cama y se puso de nuevo a roncar. Después de eso, con un deseo tan insatisfecho y tumultuoso cual oceánicas rompientes de sufrimiento, me encontré fornicando vorazmente con Sophie. Por supuesto, era ella quien lo había deseado. Algo realmente pasmoso. Sí, porque tan pueril, idealizada y ruinosamente romántica había sido mi pasión por Sophie aquel verano que, a decir verdad, nunca había permitido que mi mente forjara ninguna fantasía sexual de contornos bien definidos, multidimensional o vivamente coloreada en que ella tuviera alguna participación. Entonces, mientras la angustia por su pérdida me oprimía la garganta como dos manos apretadas a su alrededor, comprendí por primera vez lo poco que podía esperar de mi amor por ella, y me di cuenta también de las enormes proporciones de mi lujuria. Con un gemido lo suficientemente fuerte como para despertar a mi padre —un gemido que sin duda evidenciaba el más intenso desconsuelo—, abracé a mi fantasmal Sophie y grité su nombre al tiempo que se destaponaba torrencialmente mi efusión erótica. En la oscuridad, oí agitarse a mi padre. Noté el contacto de su mano extendida hacia mí.

— ¿Te encuentras bien, hijo mío? —dijo con voz preocupada.

Fingiéndome amodorrado, murmuré algo intencionadamente ininteligible. Pero ambos estábamos despiertos. La inquietud de su voz se convirtió en expresión de buen humor.

—Has gritado «soapy»* —dijo—. Alguna pesadilla extraña. Debe de haberte

* *Soapy*, cuya pronunciación puede confundirse en inglés con la de «Sophie», significa «jabonoso» en dicho idioma. (N. del t.)

sorprendido en la bañera.

—No recuerdo lo que hacía —mentí.

El viejo guardó silencio unos instantes. El ventilador eléctrico seguía zumbando rítmicamente, amortiguando con intermitencias los inquietos ruidos nocturnos de la ciudad. Por fin, mi padre dijo:

—Algo te preocupa. Estoy seguro. ¿Puedo saber de qué se trata? Quizá pueda ayudarte. Es una muchacha... una mujer, ¿verdad?

—Sí —dije después de un momento de duda—, una mujer.

—¿Quieres hablarme de ello? También yo tuve problemas de esa índole en otros tiempos.

Me sentí mejor al podérselo explicar, aun cuando mi relato fue vago y esquemático: una refugiada polaca —cuyo nombre no mencioné—, algunos años mayor que yo, indescriptiblemente hermosa, víctima de la guerra. Aludí oscuramente a Auschwitz y no dije nada de Nathan. La había amado brevemente, seguí contándole, pero por varios motivos la situación no había podido mantenerse. Le hablé ligeramente de los detalles: su infancia polaca, su venida a Brooklyn, su trabajo, su relativa dificultad para desenvolverse sola en aquel lugar. Simplemente, un día desapareció, le dije, y no tenía esperanzas de volverla a ver. Hice una breve pausa y luego añadí con voz estoica:

—Creo que podré superarlo cuando haya pasado algún tiempo.

Dejé entender con claridad que quería cambiar de tema. Hablar de Sophie volvía a afectarme dolorosamente, a producirme tremendas sacudidas en el estómago.

Mi padre cuchicheó algunas palabras de consuelo convencionales y luego calló. Por fin, dijo:

—¿Cómo va tu trabajo?

Aunque antes había esquivado el tema, sentí que mi estómago comenzaba a relajarse.

—Muy bien —dije—. He podido trabajar muy bien, allí en Brooklyn. Al menos hasta el contratiempo que tuve con esa mujer, quiero decir hasta su desaparición. El asunto me puso en un callejón sin salida, pero ahora veo que se trata más bien de un breve período de inactividad. —Eso, por supuesto, lo dije sin demasiada convicción. Cuando pensaba en mi regreso a la casa de Yetta Zimmerman y en la posibilidad de reanudar allí mi trabajo, en el desolado vacío dejado por Sophie y Nathan, escribiendo en un lugar que ahora sólo era una triste cámara de resonancia evocadora de buenos ratos compartidos con ellos, el terror me paralizaba—. Me parece que volveré a entregarme a mi tarea —añadí con no demasiados ánimos.

Noté que nuestra conversación empezaba a languidecer. Mi padre bostezó.

—Bien, si quieres reanudar tu trabajo de veras —murmuró con voz amodorrada—, ten presente que aquella vieja granja de Southampton te está esperando. Sé que sería un lugar estupendo para un escritor. Espero que pienses en ello, hijo mío.

Y se puso a roncar de nuevo, abandonando esta vez su popurrí zoológico para pasar a imitar un bombardeo masivo, algo así como la banda sonora de un noticiario cinematográfico sobre el sitio de Stalingrado.

Desesperado, hundí la cabeza en mi almohada.

Sin embargo, adormilándome a ratos conseguí descansar bastante. En sueños vi a mi fantasmal benefactor, el joven esclavo Artiste, y mi fantasía onírica se mezcló con la

imagen de otro esclavo que había conocido años antes: Nat Turner. Desperté con un fuerte suspiro. Amanecía. Fijé la mirada en el techo iluminado por una luz opalescente mientras escuchaba el ulular de una sirena de la policía en la calle de abajo; creció de intensidad, se hizo más y más desagradable, demencial. La escuché con la medrosa ansiedad que aquella estridente alarma siempre me provocaba; luego el sonido se debilitó con la distancia, como el apagarse de un demoníaco alarido, y por fin desapareció en la lejanía del West Side de Manhattan. «Dios mío, Dios mío —pensé—, ¿cómo es posible que el Sur y ese horrible chillido puedan coexistir en nuestro siglo?» Era algo que estaba fuera de toda comprensión.

Aquella mañana mi padre se dispuso a volver a Virginia. Tal vez fue Nat Turner quien me hizo evocar tantos recuerdos, aquella febril nostalgia por el Sur que se había apoderado de mí mientras permanecía echado en la cama del hotel a la naciente luz de la mañana. O quizás esa sensación se debía tan sólo al ofrecimiento de mi padre para que me fuera a vivir en la granja de Tidewater, proposición que no podía parecerme más atractiva después de perder a las únicas personas que apreciaba de veras en Brooklyn. Fuera lo que fuese, mientras desayunábamos en el café del hotel McAlpin, dejé mudo de asombro a mi padre cuando le dije que comprara otro billete de tren y que me esperara en la estación de Pensilvania. Con un respiro de súbito alivio y felicidad, le anuncié mi decisión de irme al Sur con él e instalarme en la granja. Sólo debía concederme el resto de la mañana para que pudiera recoger mis cosas de la casa de Yetta Zimmerman.

Sin embargo, como ya he tenido ocasión de mencionar, no fue eso lo que hice..., al menos de momento. Llamé a mi padre desde Brooklyn, forzado a decirle que había decidido quedarme en la ciudad. Porque aquella mañana encontré a Sophie en el Palacio Rosado, sola en medio del desorden de la habitación que yo creía que había abandonado para siempre. Ahora me doy cuenta de que llegué en un misterioso momento decisivo. Si yo hubiera entrado allí sólo diez minutos más tarde, ella se habría marchado con lo que quedaba de sus pertenencias y yo seguramente no habría vuelto a verla jamás. Es una tontería especular sobre hechos irremediabilmente pasados, pero aun hoy no puedo por menos de preguntarme si no habría sido mejor que Sophie hubiese seguido adelante sin mi accidental intervención. En tal caso, quizás habría sobrevivido a su propio drama en algún lugar..., quizás en Brooklyn o incluso fuera de Norteamérica.

Una de las operaciones más siniestras y menos conocidas de los planes nazis fue el programa Lebensborn. Producto del delirio filogenético de los nazis, el Lebensborn (literalmente, fuente de vida) fue proyectado para aumentar las filas del Orden Nuevo, al principio mediante la sistematización de un programa educativo y, después, gracias al rapto organizado, en las zonas ocupadas, de niños racialmente «idóneos» que eran enviados al interior de su tierra natal para que residieran en hogares fieles al Führer, con lo que se esperaba que se criasen en una atmósfera asépticamente nacionalsocialista. Teóricamente, esas criaturas tenían que constituir la más pura progenie alemana. Pero el hecho de que muchas de esas jóvenes víctimas fueran polacas es otra medida demostrativa del cínico pragmatismo de los nazis en cuestiones raciales, pues aun cuando los polacos eran considerados infrahumanos y, junto con otros pueblos eslavos, dignos sucesores de

los judíos en el plan de exterminio, satisfacían en muchos casos ciertos requisitos de tipo físico: unos rasgos faciales que podían hacerlos pasar por seres de sangre nórdica y, con frecuencia, una piel clara y un pelo rubio que eran el ideal estético de los nazis.

El Lebensborn nunca logró el amplio alcance que sus creadores esperaban, pero sí algunos éxitos parciales. Las criaturas arrebatadas a sus padres ascendieron sólo en Varsovia a decenas de miles, y la gran mayoría de ellas —rebautizadas con nombres como Karl o Liesel, Heinrich o Trudi y absorbidos por el abrazo del Reich— nunca volvieron a ver a sus familias. Al mismo tiempo, incontables niños y niñas que pasaron con éxito por las pruebas iniciales, pero que luego no reunieron las características raciales exigidas por un examen posterior más riguroso, fueron exterminados; algunos, en Auschwitz. El programa, por supuesto, debía ser secreto, como la mayor parte de los abominables planes de Hitler, pero aquella iniquidad no pudo ocultarse por completo. A fines de 1941, en Varsovia, un hermoso niño rubio de cinco años, hijo de una amiga de Sophie que vivía en un piso de la misma casa medio destruida por los bombardeos donde ella se alojaba, desapareció para no volver a ser visto jamás. Aunque los nazis echaron una cortina de humo alrededor del crimen, todo el mundo tuvo clara evidencia, incluso Sophie, de quiénes eran los culpables. Pero aquel hecho, que tanto horrorizó a Sophie en Varsovia —y que le hizo temer que sucediera lo mismo con su hijo Jan hasta el punto de esconderlo en un armario cada vez que oía pisadas sospechosas en la escalera de la casa—, se convirtió en Auschwitz, con todo lo que suponía el Lebensborn, en algo febrilmente deseado por ella. Se lo sugirió una amiga y compañera de cautiverio y, a partir de entonces, lo consideró el único medio de salvar la vida a Jan.

Sophie me dijo que aquella tarde, en la buhardilla de Höss, tenía intención de proponer la aplicación del Lebensborn a favor de su hijo. Tendría que hacerlo de una manera inteligente, indirecta. Desde hacía varios días venía razonando, con indudable lógica, que el Lebensborn le ofrecía la única posibilidad de liberar a Jan del Campo Infantil. No era un propósito descabellado, pues Jan se había criado, como ella misma, en un ambiente bilingüe, polaco y alemán. Y entonces me contó algo que me había ocultado hasta entonces. Tras ganarse la confianza del comandante, pensaba sugerirle que hiciese uso de su inmensa autoridad para que un hermoso niño polaco de habla alemana, rubio, de ojos azules y pecoso rostro caucásico, con el perfil de un pequeño piloto de la Luftwaffe, fuese trasladado, con buenos tratos, del Campo Infantil a alguna unidad burocrática de Cracovia, Katowice, Breslau, o algún otro lugar no demasiado alejado, que cuidara de su transporte, alojamiento y seguridad en Alemania. No exigiría que le dijeran el destino del pequeño; incluso renunciaría al conocimiento de su paradero o de su futuro mientras pudiera tener la seguridad de que estuviese a salvo en algún lugar del corazón del Reich, lejos de Auschwitz, donde seguramente acabaría por morir. Pero estaba escrito que aquella tarde todo iba a salirle mal. Confusa y aterrorizada, pidió sin rodeos a Höss la libertad de Jan, y a causa de la inesperada reacción del comandante a aquel ruego —su tremendo enfado—, se encontró por completo desconcertada, incapaz de hablarle del Lebensborn, aun cuando se hubiese acordado de ello. Sin embargo, aún no estaba todo perdido. Si quería tener ocasión de proponer a Höss su plan, difícilmente realizable, para la salvación de Jan, debía esperar... Y eso provocaría, al día siguiente, una extraña y angustiosa escena.

Pero Sophie no pudo contármelo enseguida. Aquella tarde, en el Maple Court, después de describirme cómo cayó arrodillada ante el comandante, detuvo de súbito su relato y apartando de mí sus ojos los fijó a lo lejos a través de la ventana. Luego, tras una rápida disculpa, desapareció en los lavabos de señoras. La gramola automática arrancó de golpe: de nuevo las hermanas Andrews. Levanté la mirada hacia el reloj de plástico con manchas de moscas que anunciaba el whisky Carstairs: eran casi las cinco y media; advertí, sorprendido, que Sophie había estado hablando sin parar casi toda la tarde. Nunca había oído mencionar a Rudolf Höss hasta aquel día, pero a través de su simple elocuencia lo hizo existir de un modo tan vivido en mi mente que dejó en segundo plano cualquiera de las apariciones neuróticas que solían surgir en mis sueños. No obstante, era comprensible que no pudiese hablar indefinidamente de un hombre y un pasado tan horribles y que, por este motivo, se hubiese interrumpido tan bruscamente. Y, ciertamente, pese a la sensación de misterio y fragmentariedad que me había dejado, no cometería la rudeza de acosarla con mis preguntas. Yo me proponía terminar para siempre aquel capítulo, aun cuando la revelación de que Sophie tuvo un hijo había aumentado la curiosidad. Pero el esfuerzo que le costaron sus confesiones fue excesivo; lo percibí con una simple mirada a sus ojos: fantasmales e insondables, doloridos quizá por la evocación de unos recuerdos más espantosos de lo que su mente podía soportar. Por lo tanto, decidí considerar zanjado el tema, al menos por entonces.

Pedí una cerveza al desaliñado camarero irlandés y esperé el regreso de Sophie. Los clientes habituales del Maple Court, policías libres de servicio, ascensoristas, porteros de edificios de apartamentos y adictos accidentales de cualquier mostrador, habían comenzado a llenar el local trayendo consigo emanaciones de la humedad que, en forma de aguacero, se había adueñado de la calle durante varias horas. Aún sonaban los truenos en los lejanos límites de Brooklyn, pero el leve tamborilear de la lluvia, parecida al intermitente taconeo de un bailarín de claqué, me dijo que el diluvio ya había cesado. Escuché con una oreja una discusión sobre el equipo de béisbol de los Dodgers, preocupación que aquel verano estuvo a punto de convertirse en chifladura general. Me puse a engullir la cerveza con un súbito y bestial deseo de emborracharme. Buena parte de este arranque se debía a las imágenes de Auschwitz descritas por Sophie: me habían hecho sentir el hedor real de aquella atmósfera, una fetidez semejante a la de las mortajas podridas y húmedos montones de huesos que vi cierta vez entre las zarzas del cementerio de pobres de Nueva York (una isla apartada que conocí en un pasado bastante reciente, un lugar donde dominaba, como en Auschwitz, la pestilencia de la carne quemada y que era, como aquel siniestro campo de concentración, morada de prisioneros). Fui destinado allí brevemente hacia el final de mi servicio militar. Volví, pues, a sentir aquel olor de osario, e intenté sofocarlo con unos tragos de cerveza. Pero otra parte de mi inquietud tenía que ver con Sophie; miré hacia la puerta de los lavabos de señoras movido por una repentina punzada de ansiedad —¿y si se hubiera escabullido de allí?, ¿y si hubiera desaparecido?—, incapaz de considerar cómo podría enfrentarme tanto con la nueva crisis que Sophie había provocado en mi vida como con la atracción que sentía hacia ella, una especie de avidez patológica que tenía paralizada mi voluntad. Mi educación presbiteriana no había podido prever tal confusión.

Porque ahora lo más terrible para mí era que, justamente cuando acababa de

encontrarla de nuevo —precisamente cuando su presencia había comenzado a confortarme—, surgiera la posibilidad de que desapareciera de mi vida. Aquella misma mañana, cuando la descubrí en el Palacio Rosado, una de las primeras cosas que me dijo fue que seguía decidida a marcharse de allí. Sólo volvía para recoger algunas cosas que había dejado en la habitación. El doctor Blackstock, siempre solícito, preocupado por su ruptura con Nathan, le había encontrado un pequeño apartamento mucho más cercano al consultorio en la parte céntrica de Brooklyn, adonde ella se trasladaba. Mi corazón estaba destrozado. Era evidente que, aunque Nathan la había abandonado para siempre, seguía loca por él; cuando lo mencioné, la angustia ensombreció sus ojos a pesar de la vaguedad de mi alusión. Aun dejado eso de lado, yo carecía del valor necesario para expresarle los sentimientos que me inspiraba. Si no quería pasar por loco, no podía seguirla a su nuevo lugar de residencia, situado a varios kilómetros de distancia de la casa de Yetta; no podía hacerlo, aun cuando hubiera dispuesto de los medios necesarios. Me sentía frustrado, mutilado por la situación, mientras que ella, enajenada por su absurdo amor no correspondido, se hallaba fuera de la órbita de mi existencia. Fue tan sobrecogedora la sensación que experimenté al advertir que estaba a punto de perderla, que creí que iba a desmayarme. Luego me invadió una melancólica e irrazonable ansiedad. Por eso, al ver que Sophie no regresaba de los lavabos después de lo que me pareció una eternidad (sólo algunos minutos), me levanté con la intención de invadir aquel íntimo recinto para buscarla... pero, ¡ah!, quiso la suerte que reapareciera en aquel momento. Para mi alegría y sorpresa, estaba sonriendo. Aún hoy día, me sorprende a veces un fugaz recuerdo de Sophie cruzando la sala del Maple Court. Entonces, casualmente o por designio celestial, un polvoriento rayo de sol salido de entre las últimas nubes de la tormenta en retirada, iluminó un instante su rostro y sus cabellos y los rodeó de un immaculado halo propio de una *madonna* del siglo xv. Luego el halo desapareció y ella avanzó hacia mí con la seda de la falda ondeando, en un inocente y voluptuoso juego, sobre las bien delineadas curvas de su abdomen: oí, en lo más hondo de mi espíritu, un esclavo —o un boricua— que lanzaba un desconsolado bramido. ¿Cuánto duraría aquello, Stingo, cuánto?

—Siento haber tardado tanto, Stingo —dijo Sophie sentándose a mi lado. Costaba creer, después de su relato de aquella tarde, que estuviese de tan buen humor—. En los lavabos he encontrado una *bohémienne* rusa..., una *diseuse de bonne aventure*, ¿sabes?

—¿Qué? —dije yo—. ¿Quieres decir una de esas gitanas que adivinan el porvenir?

Había visto otras veces a la vieja bruja en el bar. Era una de las muchas que andaban por Brooklyn a la caza de incautos.

—Sí, y me ha leído la palma de la mano —dijo, radiante—. Me ha hablado en ruso. ¿Y sabes qué? Me ha dicho esto... Me ha dicho «Últimamente has tenido muy mala suerte. La culpa es de un hombre. Un amor desgraciado. Pero no temas. Todo se arreglará». ¿No es maravilloso, Stingo? ¿No es formidable?

Por aquellos tiempos yo estaba convencido, como sigo estándolo —y perdónese me el aparente machismo—, de que las mujeres de aspecto más racional son precisamente las más vulnerables a esos inofensivos escalofríos, pero hice caso omiso de ello y nada dije. El augurio pareció alegrar mucho a Sophie, y yo no pude evitar que se me contagiara su buen humor. («Pero ¿cómo puede estar tan contenta?», me pregunté, preocupado. Nathan se había ido.) El Maple Court iba llenándose de sombras malsanas, ansiaba encontrarme a la

luz del sol; cuando propuse a Sophie un paseo al aire de la tarde, aceptó enseguida.

La tormenta había limpiado Flatbush confiriéndole un nuevo brillo. Algún rayo había caído en las cercanías; la calle olía aún a ozono, que eclipsaba incluso la fragancia del *sauerkraut* y de los *bagels*, los gustosos panecillos judíos; los párpados me dolían. La cegadora luz del exterior me hizo pestañear; después del lóbrego relato de Sophie y de la penumbra crepuscular del Maple Court, los bloques de casas burguesas del Prospect Park me parecieron refulgentes, etéreos, casi mediterráneos como los de una Atenas moderna. Pasamos por un extremo de los cercanos jardines, los Parade Grounds, y nos detuvimos a mirar cómo los niños jugaban al béisbol en la zona arenosa. En lo alto, el zumbante avión que aquel verano se vio casi constantemente bajo el cielo ultramarino veteado de nubes de Brooklyn, anunciaba, con la banderola que llevaba a remolque, más emociones nocturnas en el hipódromo de Aqueduct. Durante un buen rato permanecimos sobre el húmedo césped, donde expliqué a Sophie la mecánica, del béisbol; era una buena alumna de ojos atentos agradablemente interesada. Me absorbió de tal modo mi éxtasis didáctico, que las dudas y el asombro que había dejado en mi espíritu el reciente y largo relato de Sophie acabaron por esfumarse, incluso el punto más terrible y misterioso de cuanto me contó: ¿qué le había sucedido finalmente a su hijo?

Sin embargo, esta pregunta volvió a inquietarme mientras caminábamos a lo largo de la manzana que nos separaba de la casa de Yetta. Me pregunté si aquella infortunada madre podría revelarme alguna vez la historia completa de Jan. Pero esa perplejidad no tardó en desaparecer de mi mente. Otra preocupación la sustituyó enseguida: comenzó a intranquilizarme seriamente la situación y los planes de la propia Sophie. Y mi angustia se intensificó cuando volvió a decir que aquella misma noche se trasladaría a su nuevo apartamento. ¡Aquella misma noche! Estaba demasiado claro que «aquella misma noche» quería decir al instante.

—Voy a echarte de menos, Sophie —le solté mientras subíamos los peldaños de la entrada del Palacio Rosado. Era consciente de la ruda vibración de mi voz, que había alcanzado un tono de verdadera desesperación—. ¡Te añoraré, Sophie, de veras!

—Bueno, pero no dejaremos de vernos... No te preocupes, Stingo. ¡Nos veremos a menudo! Al fin y al cabo, no me voy tan lejos... Seguiré viviendo en Brooklyn.

Su forma de expresarse me tranquilizó, aunque no demasiado; sus palabras denotaban lealtad, cierta clase de cariño y el deseo —incluso un resuelto deseo— de mantener nuestros lazos de afecto. Pero no era un sentimiento de esos que producen lágrimas y suspiros. Sentía aprecio por mí —de eso estaba seguro—, pero no pasión. Sobre lo cual no negaré que había abrigado alguna esperanza, aunque no locas ilusiones.

—Comeremos juntos muy a menudo —dijo mientras subía con ella al segundo piso—. Yo también te echaré de menos, Stingo, de veras. Después de todo, eres mi mejor amigo, junto con el doctor Blackstock.

Entramos en la habitación. Tenía el aspecto de una estancia vacía, a punto de ser abandonada. Me sorprendió que la radiogramola aún estuviera allí; recordé que Morris Finie me había dicho que Nathan tenía intención de volver para llevársela, pero era obvio que no lo había hecho. Sophie encendió la radio y se oyó en el acto, procedente de la emisora WQXR, la obertura de *Ruslan y Ludmilla*. Era el tipo de romanticismo altisonante que ambos tolerábamos a duras penas, pero ella no interrumpió la música; en el momento

en que los timbales hicieron retumbar por la habitación las pisadas del caballo del tártaro, Sophie dijo:

—Voy a anotarte la dirección —y buscó en su billetero. Era un portamonedas caro, de tafilete bellamente trabajado, un objeto que me llamó la atención porque recordé que, algunos días antes, Nathan se lo había regalado con una extravagante expresión de orgullo amoroso—. Me vendrás a ver con frecuencia y saldremos a comer. Hay por allí muchos restaurantes buenos y baratos. Es curioso, ¿dónde habré puesto ese papelito con la dirección? En este momento ni siquiera recuerdo el número de la casa. Se encuentra en una calle llamada Cumberland, supongo que está cerca del Fort Greene Park. También podremos pasear juntos, Stingo.

—Sí, pero entretanto estaré muy solo, Sophie —dije.

Levantó la mirada de la radio para fijarla en mis ojos con una expresión llena de malicia, claramente deseosa de ignorar mi *sophie-manía*, y dijo unas palabras que encerraban la última clase de consejo que habría querido escuchar de su boca:

—Encontrarás alguna chica hermosa, Stingo, muy pronto. Estoy segura de ello. Una muchacha muy sexy. Alguna moza tan estupenda como Leslie Lapidus, pero menos coqueta, más *complaisante*...

—¡Que Dios me libre de todas las Leslies del mundo! —bramé.

Entonces, algo relacionado con la totalidad de las circunstancias que componían aquella situación —la inminente partida de Sophie, pero también el portamonedas y la habitación a punto de quedar vacía con las asociaciones que me sugerían respecto a Nathan y los días recientemente transcurridos, la música y la increíble hilaridad de muchas de las insuperables horas que habíamos pasado juntos— me llenó de una melancolía tan irritante y devastadora que lancé otro bramido suficientemente fuerte como para que los ojos de Sophie se convirtieran de súbito en dos pequeñas y brillantes esferas. Y como si fuera presa de una violenta perturbación, me encontré agarrándola firmemente por los brazos.

—¡Ese Nathan! —grité—. ¡Nathan! ¡Nathan! ¿Qué diablos ha sucedido? ¿Qué ha pasado, Sophie? ¡Dímelo! —Me hallaba muy cerca de ella, nariz contra nariz, y advertí que dos diminutas gotas de mí saliva habían ido a parar a su mejilla—. Hete aquí a ese sorprendente tío que te ama con locura, el perfecto Príncipe Encantador, un hombre que te adora, que te idolatra... y, de pronto, quedas fuera de su vida. ¿Qué diantre ha sucedido, Sophie? ¡Te ha abandonado por completo! Podrás decirme que se debe a alguna tonta sospecha de que le fuiste infiel, como dijo la otra noche en el Maple Court. Tiene que haber un motivo más importante, una causa más profunda que su trivialidad. Y yo, ¿qué? ¡Sí, yo! ¡Yo! —Me golpeé el pecho para dar más énfasis a mi implicación en la tragedia—. ¿Qué te parece el modo en que ese tipo me ha tratado a mí? No es necesario que te explique, Sophie, porque lo sabes muy bien, que Nathan llegó a ser un hermano para mí, un hermano de verdad. Nunca conocí a nadie como él, a nadie más inteligente, más generoso, más alegre y divertido, más..., oh, Dios mío, a nadie tan formidable. ¡Cómo lo apreciaba, Sophie! Era tan fuerte la personalidad de Nathan que cuando leyó las primeras páginas que yo había escrito supo darme la fe necesaria para seguir adelante en mi carrera de escritor. Me di cuenta de que lo hacía por afecto, pero me animó de veras. Y poco después, en una de sus rachas de mal humor, se vuelve contra mí, dice que mi literatura es una

mierda y me trata como el más despreciable de los botarates. Y entonces se separa de mi vida tan firme y definitivamente como de la tuya. —Mi voz había alcanzado mis octavas más altas, las que nunca puedo controlar, por lo que suenan tan ambiguas como las de una mezzosoprano desafinada—. ¡No puedo soportarlo, Sophie! ¿Qué vamos a hacer?

Las lágrimas que vertía Sophie me dijeron que no había debido desahogarme de aquella manera. Debí dominarme mejor. Le hice más daño que si le hubiese arrancado salvajemente los puntos de una herida sin cicatrizar. Pero no pude evitarlo, de veras; sentí que su dolor y el mío coincidían en una confluencia crítica y di rienda suelta a mi cólera y a mi resentimiento:

—¡No puede atraerse así el cariño de las personas y luego mearse en él de esa manera! ¡No es justo! No es... No es... —comencé a tartamudear—. ¡Es jodidamente inhumano!

Sophie se apartó de mí sollozando. Parecía una sonámbula por su modo de andar a través de la habitación con los brazos rígidos, hacia el borde de su cama. Entonces se desplomó de pronto sobre el lecho, se llevó las manos a la cara y la hundió en el cubrecama de color albaricoque. Permanecía silenciosa, pero sus hombros se sacudían. Me acerqué a la cama y me agaché para observarla. Comencé a dominar mi voz.

—Sophie —le dije—, perdóname por todo eso. Es que no comprendo nada. No comprendo el comportamiento de Nathan y quizá tampoco el tuyo, aunque creo que estoy en condiciones de comprenderte mejor a ti que a él. —Hice una pausa. Sabía que insistir en lo que iba a mencionar era como abrir otra herida. Ella misma me había demostrado lo penoso que le resultaba hablar de aquel tema. ¿Y no me había advertido con sus propios labios que me mantuviera al margen de él? Pero me veía impelido a expresar lo que tenía que decir. Alargué el brazo hacia abajo y, suavemente, le puse la mano sobre su brazo desnudo. Tenía la piel muy caliente y parecía palpar debajo de mis dedos como el cuello de un pájaro asustado. Proseguí—: Sophie, la otra noche... la otra noche, en el Maple Court, cuando él... cuando él nos echó... Sí, aquella terrible noche. Seguramente sabía que tenías un hijo en algún lugar... Esta misma tarde me has dicho que se lo habías contado. ¿Cómo pudo, pues, tener la crueldad de mortificarte preguntándote cómo era posible que siguieras con vida mientras tantos otros eran... —el nudo que me produjo la palabra en la garganta casi me ahogó, pero por fin conseguí soltarla— eran gaseados? ¿Cómo fue capaz de hacerte eso? ¿Cómo pudo una persona que te amaba tanto ser tan increíblemente cruel contigo?

Sophie no me contestó enseguida; permaneció aún unos momentos con el rostro enterrado entre sus manos. Me senté a su lado, en el borde de la cama, acaricié la superficie de su brazo, casi febril pero agradable por el calor que desprendía, y pasé con delicadeza los dedos por la cicatriz de la vacuna. Desde aquel ángulo podía ver claramente el siniestro tatuaje negro azulado, la fila de números notablemente precisa, una pequeña cerca de alambre compuesta de bien ordenadas cifras, de entre las que destacaba el «siete» cortado con meticulosa precisión. Olfateé el aroma herbáceo con que tan a menudo se perfumaba. «¿Existe la posibilidad, Stingo —me pregunté—, de que llegue a amarte alguna vez?» Y me pregunté también, movido por un súbito impulso, si era el momento apropiado para atreverme a alguna insinuación. No, en absoluto. Allí echada, no podía parecer más vulnerable, pero mi arranque me había cansado, me había dejado desanimado

y vacío de deseo. Llevando los dedos algo más arriba, toqué las sueltas hebras de su brillante pelo dorado. Finalmente advertí que había cesado de llorar. Y entonces oí que decía:

—No fue nunca culpa suya. Siempre llevó dentro aquel demonio, un demonio que aparecía cuando se hallaba en una de sus crisis, en una de sus *tempêtes*... Un demonio que lo dominaba en ciertas ocasiones, Stingo.

No sé cuál de las dos imágenes que entonces aparecieron simultáneamente en el umbral de mi conciencia me causó el escalofrío que recorrió de un extremo a otro mi columna vertebral: si el negro y espantoso Calibán* de Shakespeare o el horrible golem de Morris Fink. En cualquier caso, lo cierto fue que di un respingo y, en medio de mi espasmo, dije:

—¿Un demonio...? ¿Qué quieres decir, Sophie?

Tampoco esta vez respondió inmediatamente. En vez de eso, tras un largo silencio levantó la cabeza y, con voz suave y neutra, dijo algo que me dejó pasmado. Fue algo tan inesperado y fuera de lugar que me hizo pensar en una Sophie distinta de la que había conocido hasta aquel momento.

—Stingo —dijo—, no puedo marcharme así, tan de golpe. Demasiados recuerdos. Hazme un favor. Te lo ruego. Ve a la Church Avenue y cómprame una botella de whisky. Necesito emborracharme.

Le compré el whisky. La bebida la ayudó a hablarme de algunos malos momentos pasados durante el turbulento año que había convivido con Nathan antes de que yo entrara en escena. Hechos cuyo relato podría considerarse innecesario si él no hubiese vuelto a posesionarse de nuestras vidas al ser evocado tan apasionadamente.

En Connecticut, en cierto lugar de la arbórea y sinuosa carretera que se extiende de norte a sur a lo largo de la orilla del río entre New Milford y Canaan, había existido una vieja posada con sesgados suelos de madera, soleados y blancos dormitorios que lucían bordados sobre cañamazo en sus paredes, dos jadeantes perdigueros que recorrían la planta baja y olor a manzano quemado procedente del hogar.

Y fue allí, según me dijo Sophie una noche, donde Nathan intentó quitarle la vida y terminar después con la suya en lo que suele llamarse un pacto de suicidio. Sucedió en la época otoñal del año, cuando las hojas son más incandescentes, unos meses después de que se conocieran en la biblioteca del Brooklyn College. Sophie dijo que recordaba y recordaría siempre aquel terrible episodio por muchas razones (por ejemplo, fue la primera vez que él le levantó la voz), pero que aún se borraría menos de su memoria el motivo principal: su furiosa insistencia (también por primera vez desde que hacían vida en común) en que ella justificara plenamente por qué sobrevivió en Auschwitz mientras «los demás» (tal como él dijo) morían.

Cuando Sophie me describió esa amarga escena y después me contó los téticos acontecimientos posteriores, recordé inmediatamente el bestial comportamiento de Nathan pocas noches antes en el Maple Court, cuando nos impuso su inexorable y

* Monstruo deforme y grotesco que figura entre los personajes del drama shakespeariano *La tempestad*. (TV. del t.)

definitiva despedida. Estuve a punto de recordar a Sophie la semejanza de ambas situaciones y hacerle algunas preguntas al respecto, pero en aquel momento —mientras devoraba una enorme y humeante montaña de espaguetis en un pequeño restaurante de la avenida Coney Island donde ella y Nathan habían comido varias veces— se hallaba tan absorta en la crónica de los hechos culminantes de su vida junto a él, que vacilé y acabé por guardar silencio. Pensé en el whisky. La súbita afición de Sophie al whisky era desconcertante. En primer lugar, tenía las tragaderas de un húsar polaco; era algo realmente pasmoso ver cómo aquella reposada y encantadora criatura bebía de aquel modo; en aquella ocasión, más de una cuarta parte de la botella de whisky Seagram que le compré había desaparecido en su gástrico cuando tomamos un taxi para ir al restaurante. (También insistió en que yo compartiera el contenido de la botella, ofrecimiento que —creo importante señalarlo— no aproveché para seguir mi costumbre de beber sólo cerveza.) Atribuí esta nueva propensión al desconsuelo que Nathan le había causado al abandonarla.

Aun así, me sorprendía más la manera como Sophie toleraba la bebida que la cantidad que tomaba. Aquel alcohol de alta graduación diluido sólo con un poco de agua no parecía tener ningún efecto devastador sobre la lengua de Sophie o sobre sus facultades intelectivas. Al menos eso era evidente cuando descubrí la recién hallada diversión. Con toda su impecable compostura, con cada uno de sus rubios mechones en su lugar, podía quedar a la altura de la más entrenada libadora de un bar de camareras. Me pregunté si estaría protegida por esa adaptación étnica o genética al alcohol que los eslavos parecen compartir con los celtas. Aparte de la ligera rubicundez que adquirirían sus mejillas, el whisky sólo parecía alterar de dos maneras su expresión o su comportamiento. Aquella bebida la convertía en una formidable habladora. No le permitía callarse nada. No es que me hubiese ocultado algo al hablarme de Nathan, de Polonia o de su pasado; se trataba de que el whisky convertía su habla en un chorro de palabras notables por la precisión de sus sosegadas cadencias. Era una dicción lubricada en la que muchas de las ásperas consonantes acentuadas típicamente polacas quedaban suavizadas como por arte de magia. La otra consecuencia del whisky en ella era algo que fascinaba. Que fascinaba y decepcionaba de modo atroz: anulaba prácticamente todos sus prejuicios sobre la sexualidad. Con una mezcla de incomodidad y complacencia, yo escuchaba lo que me contaba de su pasado amor con Nathan. Sophie soltaba las palabras de un modo encantadoramente abierto, con una voz descarada y cosquilleante comparable a la de un niño que acabara de descubrir un lenguaje hasta entonces desconocido.

—Decía que yo era una tía estupenda, sobre todo por mi culo —dijo nostálgicamente, y añadió enseguida—: Nos gustaba joder delante de algún espejo.

¡Dios mío, si Sophie hubiera sabido qué cachondas escenas bullían en mi cabeza cuando su boca dejaba escapar tan deliciosos conceptos!

De todos modos, su humor era casi siempre fúnebre cuando hablaba de Nathan, de unas reminiscencias expresadas con un persistente uso de los tiempos pretéritos; era como si hablara de alguien ya muerto y enterrado desde hacía tiempo. Y cuando me contó la historia de su «pacto de suicidio» en la helada campiña de Connecticut, me asombré y entristecí sobremedida. Pero mi asombro superó cualquier otro tipo de sorpresa cuando, tras relatarme la historia de su abortada cita con la muerte, me hizo otra revelación,

seguramente la más funesta de todas.

—¿Sabes, Stingo? —me dijo, vacilante—. Nathan siempre tomó drogas. No sé si te habías dado cuenta. En cualquier caso, no he sido sincera contigo. Es que no me veía capaz de decírtelo.

«Drogas —pensé—. ¡Dios mío!» Casi no podía creerlo. El lector de esta narración no encontrará nada extraño el caso de Nathan, pero en aquel entonces para mí lo era, y mucho. En 1947, mi inocencia era tan grande en cuanto a las drogas como respecto a la sexualidad. (¡Ah, aquellos ingenuos años cuarenta y cincuenta!) Aquel año, la cultura narcótica de nuestra época no había visto siquiera las primeras luces de su amanecer, y mi noción de ese vicio (si llegué a pensar alguna vez en tal cosa) estaba estrechamente relacionada con la idea de los «toxicómanos»: locos de ojos desorbitados con su camisa de fuerza recluidos en manicomios, babosos pervertidores de menores, zombies al acecho en las callejuelas de los barrios bajos de Chicago, comatosos chinos en los humeantes fumaderos de opio, y así por el estilo. Para mí, las drogas pertenecían sólo al mundo de los irremediabilmente depravados, a un mundo casi tan vil como el de ciertas imágenes que creaba mi imaginación: actos sucios y brutales infligidos secretamente a rubias artificiales por rudos ex convictos borrachos, sin afeitar y con las botas puestas. Al menos, así vi las cosas hasta mis trece años; y tendrían que pasar varios más antes de que supiera algo de las drogas, de sus diferentes tipos y sus sutiles gradaciones. Aparte del opio, no creo que pudiese mencionar ningún otro estupefaciente; por eso lo que Sophie me confesó sobre Nathan me produjo el mismo efecto que si escuchara algo criminal. Le dije que no lo creía, pero ella me aseguró que era verdad, y cuando poco después mi pasmo fue vencido por la curiosidad y le pregunté qué droga usaba, oí por primera vez la palabra «anfetamina».

—Tomaba algo llamado Benzedrine —dijo Sophie—, y también cocaína. En grandes dosis. A veces en cantidades suficientes como para enloquecer. Le era muy fácil hacerse con ellas en Pfizer, el laboratorio donde trabajaba. Claro que todo eso era ilegal.

«Así que era eso —pensé, maravillado—; eso era lo que había detrás de aquellos ataques de ira, de aquella desbocada violencia, de aquella paranoia. ¡Qué ciego había sido!»

Pero ella sabía, me dijo, que la mayor parte del tiempo lograba mantener su hábito bajo control. Nathan siempre había sido de carácter animado, vivaz, hablador, agitado. Durante los primeros cinco meses que permanecieron juntos (y lo estuvieron constantemente), fueron muy pocas las veces que Sophie lo sorprendió «tomando», por lo que tardó mucho en relacionar las drogas y lo que ella consideraba simplemente una conducta algo frenética, pero normal. Y añadió que, durante aquellos meses del año anterior, su comportamiento —influido o no por las drogas—, su presencia en la vida de ella, la totalidad de su ser, le proporcionaron los días más felices de su existencia. Sophie siempre recordaría lo sola y desorientada que estaba cuando llegó a Nueva York y se instaló en la casa de Yetta; intentó sobreponerse, liberarse de los malos recuerdos de su pasado, y creyó que había recuperado el dominio de sí misma (¿no le dijo el doctor Blackstock que era la secretaria-recepcionista más eficiente que había conocido?), pero en realidad seguía siendo emocionalmente frágil, no más capaz de controlar su destino que un perrillo arrastrado por un río turbulento.

—Fuese quien fuese el tipo que aquel día en el metro me metió el dedo,

manoseándome, hizo que me diese cuenta de ello.

Aun cuando se recuperó momentáneamente de aquel trauma, sabía que estaba resbalando pendiente abajo, que se hundía por momentos, y por ello no podía imaginarse lo que le habría sucedido si Nathan (errante por la biblioteca como ella aquel día trascendental, buscando un ejemplar de un libro de cuentos de Ambrose Bierce; ¡bendito Bierce!, ¡alabado sea Bierce!) no se hubiera presentado como un caballero redentor recién salido de la nada y le hubiese devuelto la vida.

Vida. Fue eso. Le dio realmente vida. La ayudó (con el apoyo de su hermano Larry) a recuperar la salud, consiguiendo que su anemia devoradora fuese diagnosticada en el hospital presbiteriano de Columbia donde el experto doctor Hatfield le descubrió algunas otras carencias nutritivas que debían compensarse. En primer lugar, aquel providencial médico diagnosticó los efectos residuales del escorbuto incluso después de varios meses de haberlo padecido, y le prescribió lo que Sophie llamaba «grandes pastillas». Pronto desaparecieron las pequeñas hemorragias cutáneas que afeaban la piel de casi todo su cuerpo, pero aún fue más notable el cambio que se produjo en su pelo. Su dorada cabellera había sido siempre para ella motivo de orgullo y de confianza en su aspecto físico, pero después de haber pasado por el infierno, al igual que el resto de su cuerpo, empezó a crecerle mate y como sin vida. También esto fue mejorado por el doctor Hatfield, hasta el punto de que al cabo de seis semanas de tratamiento Nathan no paraba de insistir en que se ofreciera como modelo para anuncios de champú.

En efecto, supervisada por Nathan, la espléndida maquinaria de la medicina norteamericana puso a Sophie en tales condiciones físicas y le dio un aspecto tan espléndido que nadie hubiera creído que había pasado por tan duras pruebas. Naturalmente, esa restauración incluía su maravillosa dentadura postiza. Su «tritadora», como la llamaba Nathan, reemplazó los dientes que le habían puesto los odontólogos de la Cruz Roja en Suecia, y era obra de otro amigo y colega de Larry, uno de los mejores especialistas neoyorquinos en prótesis dentales. Eran unos dientes impresionantes. Una obra digna de Benvenuto Cellini, con un maravilloso brillo de madreperla. Cada vez que abría su amplia boca, creía tener ante mí a la mismísima Jean Harlow a punto de dar uno de sus sonoros besos en primer plano, y recuerdo que cierto día soleado, cuando Sophie se echó a reír, sus dientes iluminaron toda la habitación como una bombilla relámpago de las usadas en fotografía.

No era pues de extrañar que, una vez de regreso al mundo de los vivos, sólo pudiera guardar el recuerdo de las maravillosas horas pasadas con Nathan durante aquel verano y principio de otoño. Su generosidad era inagotable y, aunque Sophie no era amante del lujo, le gustaba la buena vida y aceptaba su liberalidad con alegría (una alegría causada tanto por el placer de dar que observaba en él como por las cosas que le regalaba). Él la obsequiaba con cuanto ella pudiera desear: álbumes de discos de buena música, entradas para conciertos, libros polacos, franceses y norteamericanos, deliciosas comidas en restaurantes de todas las nacionalidades a lo largo y ancho de Brooklyn y Manhattan. A un excelente olfato para el vino, Nathan unía un paladar de gastrónomo (lógica reacción, solía decir, a los guisotes judíos que le habían hecho comer durante su niñez), y era evidente la satisfacción con que ejercía sus dotes de perfecto conocedor de la buena y variada cocina de Nueva York.

El dinero no suponía para él ningún problema; su trabajo en Pfizer estaba bien pagado. Compraba a Sophie hermosos vestidos (incluidos los graciosos y extravagantes «disfraces» que usaron la primera vez que salí con ellos), anillos, pendientes, brazaletes, ajorcas, etc. Luego estaba el cine. Durante la guerra ella lo había echado de menos casi con la misma ansia con que encontró a faltar la música. En Cracovia, antes de la guerra, hubo un período en que se atiborró de películas norteamericanas: almibaradas historias de amor de los años treinta, con estrellas como Errol Flynn, Merle Oberon, Clark Gable y Carol Lombard. También adoraba a Disney, especialmente a su ratón Mickey y *Blancanieves*. Y, ah..., ¡cómo le gustaron Fred Astaire y Ginger Rogers en *Sombrero de copal*! Así pues, en el paraíso neoyorquino del celuloide, ella y Nathan se entregaban a verdaderas orgías cinematográficas en no pocos fines de semana, fija la mirada en la pantalla, increíblemente enrojecidos los ojos, durante seis o siete películas vistas entre el viernes por la noche y la última proyección del domingo. Casi todo lo que poseía Sophie procedía de la generosidad de Nathan, incluyendo —decía él ahogando una risotada— su «diafragma». La colocación de un diafragma en el útero de Sophie por uno de los colegas de Larry fue el último y quizá simbólico toque del programa de medicina regenerativa proyectado por Nathan; ella no había usado jamás tal adminículo, aunque lo aceptó en un arranque de liberadora satisfacción al pensar que suponía la señal definitiva de su separación de la iglesia. Pero aquello la liberó de varias maneras. «Stingo —decía—, jamás creí que dos personas pudieran joder tanto. O que dos seres fueran capaces de amarse con tal intensidad.»

La última espina en aquella enramada de rosas, me dijo Sophie, era el empleo de ella. Es decir, el hecho de que siguiera trabajando en el consultorio del doctor Hyman Blackstock, un simple quiropráctico. Para Nathan, hermano de un médico de primera categoría, y, él mismo, un joven científico completamente entregado a su labor (y para quien los cánones de la ética médica eran tan sagrados como si también él hubiese hecho el juramento hipocrático), la sola idea de que ella trabajara para un charlatán como Blackstock era casi intolerable. Un día le dijo sin rodeos que, a su modo de ver, aquel empleo era algo así como ejercer la prostitución, y le rogó que lo dejara. Para confirmarlo, durante largo tiempo hizo de él una larga bufonada compuesta de chistes e historietas sobre los quiroprácticos y su falso arte curativo que la hacían reír a pesar suyo; el tono humorístico que solía dar a su actitud hizo pensar a Sophie que no debía tomarse demasiado en serio sus objeciones. Aun así, cuando las quejas de él se hicieron más apremiantes, y más serias e hirientes sus muestras de animadversión, ella se negó decididamente a abandonar su ocupación por más que su postura resultase desagradable para Nathan. Sophie estaba convencida de que aquél era uno de los pocos puntos de sus relaciones en que no podía mostrarse sumisa. Y se mantuvo firme en su propósito. Al fin y al cabo no estaba casada con Nathan, y por tanto tenía derecho a cierta independencia. En unos días en que era difícil encontrar trabajo, especialmente para una mujer joven sin coocimientos o aptitudes especiales, necesitaba conservar su empleo (cosa que indicó a Nathan más de una vez). Además, se sentía muy segura en aquel puesto porque podía hablar en su lengua nativa con Blackstock y porque además le había cobrado verdadero afecto. Era para ella como un padrino o un tío bondadoso, y no se andaba con rodeos al admitirlo. Hasta que advirtió que aquel precio totalmente inofensivo, desprovisto del

menor romanticismo, había sido mal interpretado por Nathan y sólo había servido para espolear su animosidad. La situación quizás habría tenido su lado cómico si sus injustificados celos no hubieran contenido la semilla de la violencia, y de cosas peores...

Antes de todo eso, ocurrió una grotesca tragedia que afectó indirectamente a Sophie y que debe ser contada aquí aunque sólo sea para facilitar la comprensión de este punto de nuestra historia. Tuvo que ver con Sylvia, la mujer de Blackstock, y con el hecho de que su afición a la bebida fuese un verdadero problema; el horrible acontecimiento ocurrió cuatro meses después de que Sophie y Nathan comenzaran a vivir juntos, al principio del otoño...

—Sabía muy bien que era una alcohólica —dijo Blackstock más tarde a Sophie en un momento de desespero—, pero no tenía idea de hasta qué punto.

Atormentado por un profundo sentimiento de culpabilidad, el doctor le confesó su voluntaria ceguera al respecto: al llegar a Saint Albans, noche tras noche, después de terminar su jornada en el consultorio, intentaba ignorar la voz farfullante de su esposa después del simple cóctel —generalmente un Manhattan— que él preparaba para ambos, y atribuía la torpeza de su habla y su paso vacilante a una mera intolerancia del alcohol. Sin embargo, tuvo la certeza de que había estado engañándose a sí mismo en un desesperado intento, dictado por su amor, de no querer ver la realidad cuando, algunos días después de la muerte de Sylvia, pudo reconstruir gráficamente en su imaginación todo lo sucedido. Amontonadas en un armario del gabinete de su esposa —lugar sagrado donde él nunca entraba— había más de setenta botellas vacías de Southern Comfort que la desgraciada mujer probablemente no se atrevió a guardar o tirar en otro sitio por temor a que se descubriera que había consumido tal cantidad del fuerte licor. Blackstock se dio cuenta —o se permitió darse cuenta—, cuando ya era demasiado tarde, de que aquello duraba desde hacía meses o tal vez años.

—Si no hubiera sido tan condescendiente con ella... —se lamentó a Sophie—. Si me hubiese enfrentado con el hecho de que era una —dudó antes de pronunciar la palabra— borracha... Habría podido ponerla en tratamiento, la terapia psicoanalítica, por ejemplo, y seguramente se habría curado. —Resultaba terrible oír las recriminaciones que se hacía—. ¡Es culpa mía, sólo mía! —decía llorando.

Y su principal remordimiento era éste: que teniendo conciencia del estado en que ella se encontraba, seguía permitiéndole que condujera su coche.

Sylvia era su preciosa niña mimada, y así era como la llamaba: «mi niña mimada». Por no tener a nadie más con quien malgastar su dinero, en vez de quejarse de los derroches de su mujer y de echárselo en cara como cualquier marido corriente, en realidad fomentaba sus despilfarradoras correrías por Manhattan. Allí, con alguna amiga suya —gordinflona y coloradota como ella—, entraba a saco en Altam, Bergdorf y Bonwit y en otra media docena de tiendas y boutiques elegantes, y regresaba a Queens con el asiento trasero del coche repleto de cajas de artículos y ropas femeninas, la mayoría de los cuales languidecían, tal como los había comprado, en los cajones de su cómoda y su tocador o eran olvidados en el fondo de sus armarios, donde Blackstock encontraría más tarde montones de vestidos enmohecidos y sin usar. Lo que Blackstock no supo hasta el día de aquel triste suceso fue que, después de su orgía de compras, Sylvia solía emborracharse con su compañera de turno; solía hacerlo en el salón del hotel Westbury, en la avenida Madison, donde el encargado del bar era benévolo, indulgente y discreto. Pero su

capacidad de soportar los efectos del Southern Comfort —que incluso en el hotel Westbury fue siempre su bebida alcohólica preferida— acabó por flaquear, y el desastre se presentó de forma repentina, terrorífica y, me atrevería a decir, indeciblemente grotesca.

Una tarde, de regreso a St Albans y cuando cruzaba el puente Triborough, perdió el control del Chrysler que conducía a una velocidad vertiginosa (la policía dijo que el velocímetro se había quedado parado a ciento cuarenta kilómetros por hora), chocando con la parte trasera de un camion y saliendo disparado contra el pretil del puente, donde se convirtió instantáneamente en un deforme amasijo de acero y plástico. La amiga que acompañaba a Sylvia, una tal señora Braunstein, murió tres horas después en un hospital. La propia Sylvia resultó decapitada, lo que en sí ya fue bastante espantoso, pero cuando Blackstock recibió la noticia de que la cabeza de su mujer había desaparecido al ser catapultada en el East River por el tremendo impacto, creyó no poder soportar el nuevo dolor que vino a añadirse a su loca desesperación. (Hay, en la vida de todos nosotros, extraños momentos en que uno cruza el camino de alguien cuya suerte había considerado antes simplemente un acontecimiento público y abstracto; aquella primavera tuve un pequeño estremecimiento al leer en el *Daily Mirror* el titular: «Continúa la búsqueda de la cabeza de la mujer en el río» sin pensar que pronto estaría relacionado, si bien lejanamente, con el esposo de la víctima.)

Blackstock quedó virtualmente anonadado. Su dolor fue comparable a una inundación amazónica. Suspendió su trabajo indefinidamente dejando a sus pacientes en manos de su ayudante, Seymour Katz, y anunció piadosamente que quizá no volvería a ejercer jamás y que se retiraría a Miami Beach. El doctor no tenía familia, y mientras duró su aflicción —tan profunda y lacerante que Sophie no pudo por menos de sentirse trastornada por ella—, la secretaria-recepcionista fue para él una especie de pariente adoptivo, una hermana joven o una hija. Durante los varios días que tardó en aparecer la cabeza de Sylvia, Sophie permanecía casi constantemente a su lado en la casa de St Albans procurando que no le faltaran sedantes, haciéndole té y escuchando con paciencia sus fúnebres lamentos. La gente entraba y salía de la casa a docenas, pero fue ella quien más horas pasó junto al desesperado viudo. La cuestión del entierro estaba en suspenso: él no quería que se realizara el sepelio de su esposa sin la cabeza. Sophie tuvo que reducir al máximo su sensibilidad para poder absorber la gran cantidad de horribles consideraciones teóricas que escuchó respecto a tal problema. (¿Qué sucedería si no encontraban nada?) Pero por suerte la cabeza fue hallada: había ido a parar a la playa de Riker's Island. Fue Sophie quien atendió a la llamada telefónica del depósito de cadáveres de la ciudad y también la que, a instancias del médico forense, convenció a Blackstock, no sin grandes dificultades, de que fuera a identificar aquellos restos. Completado por fin el cuerpo de Sylvia, podría descansar eternamente en el cementerio hebreo de Long Island. Sophie quedó sorprendida ante el gran número de amigos y pacientes del doctor que asistieron al fúnebre acto. Entre los que presidían el duelo, había un representante del alcalde de Nueva York, un inspector de policía de alta graduación y Eddie Cantor, el famoso actor cómico de la radio y el cine cuya columna vertebral Blackstock había tratado con éxito.

De regreso del entierro en la limusina fúnebre, Blackstock se desplomó contra Sophie y lloró desconsoladamente, diciéndole una vez más en polaco lo que ella significaba para él, como si fuera la hija que el matrimonio jamás tuvo. No hubo ninguna ceremonia que se

pareciese a un velatorio judío. Blackstock prefirió la soledad. Sophie fue con él a la casa de St Albans y lo ayudó a poner en orden algunas cosas. A última hora de la tarde —haciendo caso omiso de las protestas de Sophie, que quería tomar el metro para evitarle molestias—, la llevó a Brooklyn en su lujoso Fleetwood y la dejó a la puerta del Palacio Rosado en el momento en que la vespertina y brumosa oscuridad otoñal caía sobre Prospect Park. El hombre parecía haberse serenado bastante; incluso se había permitido alguna ligera broma. También se había tomado un par de whiskis dobles, aunque no tenía nada de bebedor. Pero al salir del coche para despedirse de ella, se desmoronó de nuevo y la abrazó convulsivamente en la penumbra del anochecer murmurando lamentos en yiddish y dejando escapar los más desconsolados sollozos que ella hubiera escuchado jamás. Fue tan fuerte y envolvente el abrazo, tan total, que Sophie se preguntó si no utilizaba aquella desolación como pretexto para obtener algo más que consuelo y afecto filial; sintió una presión y un ímpetu que casi eran sexuales. Pero apartó la idea de su mente. Era un hombre tan puritano... Y si no se había propasado nunca con ella durante el largo tiempo que habían trabajado juntos, era inconcebible que lo hiciese ahora, sumido en tan profundo dolor. Más tarde tendría ocasión de comprobar que su suposición había sido correcta, que no había nada censurable en aquella expansión, aunque tuvo razones para lamentar aquel largo, húmedo y más bien incómodo achuchón. Porque quiso la casualidad que Nathan los viera sin ser observado.

Estaba cansada de tanto hacer de sirvienta y de paño de lágrimas del doctor Blackstock, por lo que ansiaba irse a la cama lo antes posible. Otra razón de sus ganas de acostarse temprano, pensó con creciente entusiasmo, era que a primera hora del día siguiente, sábado, ella y Nathan debían hacer una salida a Connecticut según tenían proyectado. Hacía días que Sophie esperaba aquella excursión con placer anticipado. De niña, en Polonia, había leído algo sobre la flameante maravilla del follaje de Nueva Inglaterra en octubre, pero Nathan aún había aumentado su interés describiéndole de manera deliciosa y extravagante el paisaje que iba a contemplar, uno de los más sorprendentes y bellos de la naturaleza. Nathan había conseguido de nuevo que Larry le prestara su coche para aquel fin de semana, reservando una habitación en una renombrada hostería campestre. Todo eso habría bastado para estimular la ilusión de Sophie por aquella aventura, pero además se daba la circunstancia de que excepto el día del entierro y una tarde que, en verano, pasó en Montauk con Nathan, nunca había salido de los confines de la ciudad de Nueva York. Y así fue como la perspectiva de esta experiencia norteamericana le hizo sentir, con sus sugerencias de nuevas y bucólicas seducciones, una impaciencia más aguda e inquietantemente agradable que la que sentía en los veranos de su niñez cuando salía de la estación de Cracovia el tren que la llevaría, acompañada de sus padres, a Viena, al Alto Adigio y a las remolinantes neblinas de los Dolomitas.

Mientras subía a su habitación de la casa de Yetta, comenzó a preguntarse qué se pondría; el tiempo era ya algo fresco, y pensó en cuál de sus vestidos sería más apropiado para aquella región boscosa en octubre. Entonces recordó de pronto un traje de cheviot más bien ligero que Nathan le había comprado en Abraham & Straus sólo tres semanas antes. Al llegar a su rellano oyó la *Rapsodia para contralto* de Brahms por María Anderson,

procedente de la radiogramola. Quizás era su cansancio o los efectos del entierro, pero lo cierto fue que la música le produjo una dulce sensación de ahogo en la garganta al tiempo que las lágrimas nublaban sus ojos. Aligeró el paso con el corazón agitado, porque sabía que la música significaba que Nathan estaba allí. Pero cuando abrió la puerta —«¡Ya estoy en casa, querido!»—, gritó—, quedó sorprendida al no ver a nadie en la habitación. Esperaba encontrarlo allí. Él había dicho que se hallaría en el cuarto a partir de las seis, pero al parecer se había vuelto a marchar.

Se echó en la cama con la intención de descansar un poco, pero a causa de su agotamiento durmió largamente, aunque inquieta. Despertó en la oscuridad, y al ver que las luminosas manecillas del despertador marcaban más de las diez se sobresaltó. ¡Nathan! Tratándose de él, era increíble que no estuviera allí a la hora acordada o que al menos no le hubiese dejado una nota. Se sentía angustiosamente abandonada. Saltó de la cama, encendió la luz y se puso a andar por la habitación sin propósito definido. Su único pensamiento era que Nathan había vuelto del trabajo a la hora prevista, que luego había salido de la habitación por algún motivo y había sufrido un terrible accidente en la calle. Asociaba el sonido de las sirenas de la policía que había oído en algún momento de su sueño con una catástrofe segura. Se decía a sí misma que aquel pánico era una insensatez, pero no podía evitarlo. Su amor por Nathan suponía una entrega tan total y, al mismo tiempo, una dependencia tan infantil y polimorfa, que el terror que se apoderó de ella al advertir su inexplicable ausencia la dejó totalmente desmoralizada, como si volviera a experimentar el terrible miedo de ser abandonada por sus padres que tan a menudo había sentido de niña. Sabía que eso también era irracional, pero que tampoco tenía remedio. Encendió la radio y buscó en las noticias que daba un locutor una distracción imposible de hallar. Continuó paseándose desesperadamente por la estancia, imaginándose las más espantosas desgracias y, cuando estaba a punto de romper a llorar, Nathan irrumpió ruidosamente en la habitación. Aquel instante fue para ella una bendición, un rayo de luz en las tinieblas, la resurrección de la muerte. Se sorprendió pensando: «Mi amor es increíble».

La ahogó en sus brazos.

—Anda, jodamos —le susurró al oído. Pero luego dijo—: No, todavía no. Tengo una sorpresa para ti.

Sophie, envuelta por su irresistible abrazo de oso, débil y quebradiza como el tallo de una flor, dijo con un pequeño estremecimiento de alivio:

—¿Vamos a cenar a...? —comenzó animada.

—¿Quién habla de cenar? —dijo él con voz fuerte, soltándola—. Tenemos mejores cosas que hacer.

Mientras él se movía nerviosamente dichoso a su alrededor, Sophie se fijó en sus ojos; el destellante y excéntrico brillo que vio en ellos, junto con su voz demasiado alta y potente —casi frenética, como la de un maníaco—, le dijeron enseguida que estaba «ñipado». Por eso, aunque no lo había visto nunca tan extrañamente agitado, no se alarmó. Aquello la divirtió, la relajó de la tensión de las tétricas horas pasadas recientemente, pero no se preocupó. No era la primera vez que notaba en él los efectos de la droga.

—Iremos a una fiesta informal, con música improvisada, en casa de Morty Haber —anunció Nathan, frotándole la nariz por la mejilla como un ciervo en celo—. Vamos, ponte

el abrigo. ¡Vamos a una fiesta informal y a celebrarlo!

—¿Celebrar qué, querido? —preguntó ella. Su amor por él y su contento por verse salvada después de la angustia que acababa de sufrir eran en aquel momento tan intensos que habría cruzado a nado el Atlántico si él se lo hubiese mandado. Aquella electrizante fiebre la dejaba perpleja, pero se le estaba contagiando (también a ella la agujoneaba un fuerte deseo de actuar, de moverse, de comer...); en vano extendió las manos hacia él intentando calmarlo—. ¿Celebrar qué, querido? —volvió a preguntar Sophie.

No podía sustraerse al desbocado entusiasmo de Nathan. Le besó la nariz.

—¿Recuerdas el experimento de que te hablé? —dijo él—. ¿Aquel problema de clasificación sanguínea que nos desafió durante toda la semana pasada? ¿El contratiempo de que te hablé, relacionado con las enzimas serosas?

Sophie asintió con un movimiento de cabeza. Nunca había comprendido nada de lo que hacían en aquel laboratorio de investigación, pero había escuchado fielmente, como una atenta audiencia de una sola mujer, las complejas disquisiciones de Nathan sobre fisiología y sobre los enigmas químicos del cuerpo humano. Si hubiera sido poeta, le habría leído sus inspirados versos. Pero era biólogo, y la cautivaba con los macrocitos, la electroforesis de la hemoglobina y las resinas permutadoras de iones. Ella no entendía nada de todo eso, pero lo amaba porque amaba a Nathan. Y ahora, respondiendo a su retórica pregunta, dijo:

—Ya lo creo.

—Por fin, esta tarde —prosiguió él— hemos vencido todos los obstáculos. Puede decirse que el problema ya está resuelto. ¡Completamente resuelto, Sophie! Era la barrera más difícil en nuestro camino. Ahora sólo nos falta repetir el experimento en su totalidad para el Departamento de Serialización y Control (una formalidad, eso es todo) y habremos entrado en un terreno hasta ahora vedado a todo el mundo. ¡Quedará abierto el camino hacia el descubrimiento más sensacional de la historia!

—¡Estupendo! —gritó Sophie.

—Dame un beso. —Nathan frotó con sus labios los de ella, introdujo la lengua en su boca con movimientos titilantes y la hizo avanzar y retroceder varias veces con copulatoria suavidad. De pronto se apartó diciendo—: Bueno, lo celebraremos en casa de Morty. ¡Vamos!

—¡Tengo hambre! —exclamó ella.

No era una objeción muy firme, pero la inequívoca angustia de su estómago la obligó a expresar lo que sentía.

—Comeremos en casa de Morty —contestó con alegría—, no te preocupes. Allí habrá más manduca de la que puedas imaginarte. ¡Vamos!

«Boletín especial de noticias.» Ambos se detuvieron al oír la voz del locutor de radio. Sophie observó que el rostro de Nathan quedaba inmóvil durante unos segundos, como si se hubiese congelado, y ella misma se vio en el espejo con la mandíbula grotescamente ladeada en una rígida dislocación y con una dolorida mirada en sus ojos, como si hubiese recibido un golpe en los dientes. El locutor decía que el ex mariscal Hermann Göring había sido hallado muerto en su celda de la prisión de Nuremberg: un suicidio. Al parecer se había envenenado con cianuro, mediante la ingestión de una cápsula o pastilla escondida en algún lugar de su cuerpo. Despectivo hasta el final (dijo monótonamente la voz), el

líder nazi condenado evitó así el castigo que merecía en manos de sus enemigos, como algunos de sus predecesores en la muerte: Joseph Goebbels, Heinrich Himmler y el planeador máximo, Adolf Hitler.

Un estremecimiento recorrió el cuerpo de Sophie mientras el rostro de Nathan recuperaba su vivacidad al tiempo que decía:

—¡Vaya! Ha ganado por mano al verdugo. Al hombre que debía colgarlo. ¡Ese astuto y gordinflón hijo de puta!

Entonces Nathan brincó hacia la radio para sintonizarla mejor. Sophie iba de un lado a otro con los nervios de punta. Con metódica decisión, había intentado borrar de su memoria casi todo lo relacionado con la guerra, y por ello ignoró por completo los procesos de Nuremberg, que habían monopolizado los titulares de los periódicos durante todo el año. De hecho, su aversión a leer cualquier cosa relacionada con Nuremberg le impidió, a través del periodismo norteamericano, mejorar —o al menos ampliar— una importante parcela de su inglés. Se lo había quitado de la cabeza, junto con casi todo su pasado inmediato. En realidad, tan completo había sido durante las últimas semanas su desconocimiento de la escena final del Ocaso de los Dioses en el escenario de Nuremberg, que ignoraba totalmente que Goring hubiera sido sentenciado a la horca, y permaneció extrañamente impasible ante la noticia de que hubiese escapado al verdugo sólo unas horas antes de su ejecución.

Alguien llamado H. V. Kaltenborn estaba pronunciando una larga e increíble necrología; la voz mencionó, entre otras cosas, que Goring había sido un drogadicto. Sophie no pudo contener la risa cuando Nathan inició un cómico monólogo en contrapunto con la deprimente biografía.

—¿Dónde puñeta escondió la cápsula de cianuro? ¿En el agujero del culo? Es de suponer que no dejarían de registrarle bien el ano... ¡Al menos una docena de veces! Pero quizá se olvidaran de hacerlo en sus inmensas mejillas de manteca, ¿Dónde más pudo esconder el veneno? ¿En el ombligo? ¿Dentro de un diente? ¿Se olvidarían los imbéciles del ejército de explorarle el ombligo? Tal vez la cápsula se escondía debajo de su papada. ¡Debajo de la barbilla! Apostaría, gordinflón, que siempre la tuviste escondida en ese sitio. Incluso cuando sonreías a Shawcross y a Telford Taylor... Cuando te reías por dentro de la locura de aquel proceso, seguro que llevabas la cápsula, o la pastilla, metida entre la grasa de tu gorda barbilla...

Sonó la descarga de un parásito atmosférico. Luego Sophie oyó los comentarios del locutor: «Muchos observadores bien informados opinan que Goring, más que cualquier otro líder alemán, fue responsable de la creación de los campos de concentración. A pesar de su aspecto de alegre gordinflón, que recordaba a mucha gente a un bufón de ópera cómica, se cree que Goring, verdadero genio del mal, fue el indiscutible creador de lugares que, como Dachau, Buchenwald o Auschwitz, serán siempre recordados como una de las peores infamias contra la humanidad

Sophie desapareció de repente detrás del biombo chino para mostrarse muy ocupada ante el lavabo. Aquella reaparición de todo lo que más quería olvidar en este mundo la hicieron sentirse terriblemente incómoda, casi enferma. ¿Por qué no había dejado apagada aquella maldita radio? A través del biombo, escuchaba el soliloquio de Nathan. Ya no le parecía tan divertido, pues sabía lo herido que podía sentirse, lo trastornado y

pendenciero que podía mostrarse cuando, en ciertos estados de humor, comenzaba a tomarse en serio algunos hechos recientes inexplicables para él. Su estado de ánimo podía derivar hacia aquella preocupante cólera que tanto la aterrizzaba, que con tanta rapidez transformaba su personalidad exuberante, alegre y juguetona en un alma desesperada y atormentada por la angustia.

—Nathan —le dijo ella—, Nathan, querido, apaga la radio y vámonos a casa de Morty. Si supieras lo hambrienta que estoy... ¡Por favor!

Pero no pareció que él la hubiese oído, o que le importaran sus palabras, por lo que Sophie se preguntó si —cosa muy posible— la obsesión de Nathan por el comportamiento de los nazis, la intolerable historia que ella deseaba eliminar de su mente con el mismo apasionamiento con que él parecía querer asimilarla, no se habría originado la tarde en que, hacía sólo unas semanas, ambos presenciaron cierto noticiario cinematográfico. Precisamente porque en la sala de la RKO de Albee, adonde habían ido a ver una película protagonizada por Danny Kaye (que seguía siendo el payaso favorito de ella), el ambiente de cómica astracanada creado por el famoso actor fue bruscamente roto por una breve secuencia de un noticiario que mostraba el gueto de Varsovia. Sophie lo reconoció enseguida. A pesar de su estado de destrucción, que le daba el aspecto de un volcán en erupción, recordó en el acto la configuración del gueto (había vivido en su perímetro), pero como hacía siempre con todas las escenas cinematográficas de la Europa devastada por la guerra, cerró los ojos hasta convertirlos en dos rendijas con el deseo de transformar aquellas imágenes en un borrón neutro. Aun así, fue consciente de cierta ceremonia religiosa en que un grupo de judíos descubrían un monumento conmemorativo de la matanza y el martirio de que habían sido objeto, mientras una voz de tenor gemía el réquiem judío sobre la desolada y gris escena como lo habría hecho un ángel con el corazón atravesado por una daga. En la oscuridad del cine, Sophie oyó murmurar a Nathan una palabra desconocida, *Kaddish* (plegaria de difuntos), y cuando salieron a la luz del sol observó que, trastornado, se pasaba los dedos por unos ojos llenos de lágrimas. Quedó sorprendida, pues era la primera vez que veía expresar a Nathan —su Danny Kaye particular, su adorable payaso— aquel tipo de emoción.

Salió de detrás del biombo chino.

—Vamos, querido —dijo con tono suplicante, pero vio que le sería difícil apartarlo de la radio. Oyó que decía con una risa sardónica

—¡Si serán imbéciles! ¡Han dejado escapar al gordinflón, como a todos los demás!

Mientras se pintaba los labios, Sophie reflexionaba, extrañada, sobre la manera tan poderosa en que Nuremberg y sus revelaciones se habían apoderado de la mente de Nathan durante los dos últimos meses. No había sido siempre de aquella manera; durante sus primeros días de vida en común, él apenas parecía tener conciencia de la dura realidad de la experiencia que ella había sufrido, aun cuando los efectos secundarios de todo lo que había pasado —su desnutrición, su anemia, el mal estado de sus dientes— fueron su constante preocupación. Ciertamente, no había ignorado por completo los campos de concentración; quizá, pensaba Sophie, la enormidad de la existencia de aquellos horribles lugares había sido para Nathan, como para tantos otros norteamericanos, parte de un drama demasiado lejano, demasiado abstracto, demasiado extranjero (y por lo tanto demasiado difícil de comprender) para que quedase registrado por completo en su mente.

Pero luego, casi de la noche a la mañana, había observado en él aquel cambio, aquel rápido giro; en primer lugar, la escena de Varsovia de aquel noticiario cinematográfico le produjo un terrible impacto, y después, casi inmediatamente, una serie informativa del *Herald Tribune* atrajo increíblemente su atención: se trataba de un análisis «en profundidad» de uno de los más satánicos testimonios de la historia —obtenido, con no poco esfuerzo informativo, del tribunal de Nuremberg—, en el que se revelaba todo el alcance del exterminio de judíos en Treblinka, matanza cuyas proporciones se hacían casi inimaginables si sólo se tenían en cuenta sus datos estadísticos.

La revelación completa fue lenta, pero fidedigna. Las primeras noticias de las atrocidades de aquel campo se hicieron públicas, por supuesto, en la primavera de 1945, recién terminada la guerra en Europa; pero un año y medio después, el alud de pavorosos detalles, la aglomeración de horripilantes hechos que en Nuremberg y en otros procesos crearon montañas de nefando estiércol, comenzaban a decir más de lo que la conciencia de muchos podía soportar, incluso más de lo que sugirieron las primeras imágenes informativas con sus montones de cadáveres removidos por las máquinas excavadoras. Mientras miraba a Nathan, Sophie tuvo la sensación de que observaba a alguien que se estaba dando cuenta, con notable retraso, de algo muy importante. Hasta aquel momento, más o menos conscientemente, no había querido creerlo. Pero ahora lo había visto claro, y no podía estar más convencido de aquella horrible verdad. Había recuperado el tiempo perdido asimilando cuanto tenía a su alcance sobre los campos de concentración, la guerra, el antisemitismo y la matanza de judíos europeos (últimamente, muchas noches que habrían tenido que ser para Nathan y Sophie sesiones de cine o veladas musicales fueron sacrificadas a incansables búsquedas en la principal sucursal de Brooklyn de la Biblioteca Pública de Nueva York, en cuya hemeroteca tomaba innumerables notas sobre las revelaciones de Nuremberg que le habían pasado por alto y donde pedía prestados libros como *Los judíos y el sacrificio humano*, *La nueva Polonia y los judíos*, y *La promesa que Hitler mantuvo*) y, gracias a su portentosa retentiva, se convirtió en un experto en la epopeya judía frente a los nazis, como había hecho con muchas otras ramas del saber. ¿No era posible, preguntó a Sophie una vez hablando como un biólogo celular, que a nivel de conducta humana el fenómeno nazi fuera análogo a una enorme e importante colonia de células que se hubieran vuelto locas, creando en el cuerpo de la humanidad el mismo peligro que un tumor virulentamente maligno puede causar en el cuerpo de una simple persona? Le hizo preguntas de ese tipo en los momentos más impensados del verano y el otoño que acababan de transcurrir, comportándose como un ser completamente poseído y perturbado.

«Como muchos de sus compinches nazis, Hermann Goring dio la impresión de que sentía un gran amor por el arte —siguió diciendo H. V. Kaltenborn desde la radio con su cascada voz de viejo—, pero un amor que resultó ser sumamente brutal e interesado, es decir, típicamente nazi. Goring fue responsable, como ningún otro miembro del Alto Mando alemán, del saqueo de los museos y colecciones artísticas privadas en países como Holanda, Bélgica, Francia, Austria, Polonia...» Sophie sentía deseos de taparse los oídos. ¿No podían aquellos años, aquella guerra, confinarse en el último rincón de la mente para ser definitivamente olvidados? Insistiendo en su propósito de distraer la atención de Nathan de aquellas noticias, le gritó:

—¡Es estupendo eso que me has dicho de tu experimento, querido! ¿Qué...? ¿Cuándo empezamos a celebrarlo?

Ninguna respuesta. La cascada voz seguía soltando su seco y frío epitafio. «Bueno — acabó por pensar Sophie—, al fin y al cabo no debe preocuparme esa obsesión de Nathan.» Como con tantas otras cosas relacionadas con los sentimientos de ella, él había mostrado delicadeza y consideración en lo relativo a aquel tema. Había un punto sobre el que Sophie se había mantenido intransigente: le había hecho ver con claridad que no quería ni podía hablar de sus experiencias en el campo de concentración. Casi todo lo que le había contado al respecto se lo había dicho, con pocos detalles, aquella dulce y memorable noche, en aquella misma habitación, el día que se conocieron. El conocimiento que él tenía del problema se limitaba al contenido de aquellas palabras. A partir de entonces, jamás tuvo que recordarle que no deseaba hablar de aquella parte de su vida; él se había mostrado encantadoramente comprensivo, y ella estaba segura de que él acataba su decisión de no remover aquel desagradable pasado. Por lo tanto, excepto en los momentos que siguieron a su ingreso en el hospital de Columbia para someterse a las pruebas y análisis médicos que *su estado* requería, y en que fue necesario, por exigirlo la formulación del diagnóstico, ahondar en algunos detalles específicos de privación o de malos tratos, nunca hablaron de nada relacionado con Auschwitz. E incluso entonces Sophie se expresó en términos confusos, actitud que él aceptó con evidente comprensión. Comprensión que ella le agradeció siempre.

Oyó el chasquido de la radio al cerrarse, y al instante vio aparecer a Nathan en su lado del biombo. Sin más, la estrechó entre sus brazos. Estaba acostumbrada a aquellos asaltos de vaquero del Oeste. Los ojos de su apresador brillaban con fulgurantes destellos, y podía notar lo ñipado que estaba por las vibraciones que recorrían todo su cuerpo como emanadas de una misteriosa y nueva fuente de energía. La volvió a besar, y una vez más su lengua sondeó y exploró su boca. Siempre que se encontraba bajo los efectos de una de aquellas pastillas, se convertía en un toro desenfrenado, se mostraba tremendamente sexual y la trataba con una envolvente excitación epidérmica que solía caldear la sangre de Sophie y ponerla a punto de recibirlo. En aquel momento se sintió ceder. Nathan guió su mano hacia su verga; ella la acarició notándola tiesa, rígida y claramente orientada bajo la húmeda franela como si fuera el grueso extremo del palo de una escoba. Sintió que le flaqueaban las piernas, se oyó gemir a sí misma, y tiró de la cremallera del pantalón. En la reiteración de tales momentos, entre su animada mano y la receptiva verga se había creado una relación familiar y simbióticamente amorosa que resultaba exquisitamente natural; siempre que comenzaba a tantearlo de aquella manera, recordaba la mano de un bebé al alargarse para agarrar el dedo que se le mostraba.

Pero de pronto se separó de ella.

—Vamos —oyó que decía—, también allí nos divertiremos. ¡Verás qué fiesta!

Sophie comprendió por qué se expresaba de aquel modo. Hacer el amor con Nathan con el estímulo de las anfetaminas no equivalía simplemente a pasar un buen rato: era algo sin freno, oceánico, de otro mundo. Y no se acababa nunca...

—No creí que nada terrible fuera a suceder en aquella reunión hasta después de mucho tiempo de estar allí —me dijo Sophie—. Sí, en aquella fiesta informal en casa de Morty Haber, Nathan acabó por hacerme sentir un terror que nunca antes había

experimentado. Morty Haber tenía un gran ático en un edificio situado no muy lejos del Brooklyn College, y allí fue donde se celebró la fiesta. Morty (lo conociste aquel día en la playa) era profesor de biología en aquel centro de enseñanza superior y uno de los mejores amigos de Nathan.

»Morty me caía bien, pero para ser sincera, Stingo, no me encontraba a gusto entre las amistades de Nathan, tanto masculinas como femeninas. Parte de lo que sucedió fue culpa mía, lo sé. Para empezar, me mostré muy tímida, tal como suele ocurrirme en estos casos, y además mi inglés era entonces mucho peor que ahora. Quiero decir que hablaba el inglés con más facilidad de lo que lo entendía, y por ello me sentía totalmente perdida cuando todos se ponían a hablar con aquella rapidez. Y siempre se referían a cosas que yo no comprendía o que no me interesaban: Freud y el psicoanálisis, la envidia del pene y cosas por el estilo, que quizá me habrían importado un poco más si ellos no las hubieran dicho con tanta seriedad y solemnidad. Sin embargo, me llevé muy bien con todos, no creas. Me bastaba con hacer ver que no oía y pensar en otras cosas tan pronto como empezaban a hablar de la teoría del orgasmo, y el orgón y cosas por el estilo. *Quel ennui!* Sí, ¡qué aburrimiento! Y no creo que les cayera antipática, no, aunque me miraban con un poco de desconfianza y bastante curiosidad porque no hablé en ningún momento de mi vida pasada y me mantuve un poco apartada de ellos. Además, era la única *shiksa* de la reunión, y no sólo la única chica polaca, sino también la única persona polaca. Creo que eso me hacía algo extraña y misteriosa.

»Además, llegamos tarde a la fiesta. Y, ¿sabes?, yo quise impedirle una cosa, pero no lo conseguí: antes de salir de la casa de Yetta, se tomó otra pastilla de Benzedrine (una Benny la llamaba él) y, claro, cuando subimos al coche de su hermano estaba ñipado, increíblemente ñipado. En la radio del coche sonó *Don Giovanni* (Nathan se sabía el libreto de memoria; cantaba muy bien la ópera italiana) y se unió al tenor con todas sus fuerzas, enfrascándose de tal modo en la ópera que se pasó el desvío hacia el Brooklyn College y tuvo que seguir adelante a lo largo de toda la avenida Flatbush, prácticamente hasta el mar. También conducía a gran velocidad, cosa que empezaba a preocuparme. Sus cantos y sus errores de conducción nos hicieron llegar tarde a casa de Morty; debían de ser más de las once. Era una fiesta grandiosa, había por lo menos cien personas. Y un famoso conjunto de jazz (el que tocaba el clarinete lo hacía muy bien, pero no recuerdo su nombre). La música lo llenaba todo. «Terriblemente fuerte», pensé. En realidad, no tengo mucha afición al jazz, pero había empezado a gustarme algún tiempo antes... antes de que Nathan me dejara.

»La mayoría de la gente era del Brooklyn College, estudiantes graduados, profesores, etcétera, pero también había personas de otro estilo, un grupo bastante heterogéneo: algunas chicas de Manhattan realmente hermosas que eran modelos, muchos músicos y algunos negros. Nunca había visto tantos negros de cerca; me parecieron más exóticos y me gustó su forma de reír. Todos bebían y lo pasaban bien.

Y noté, también, un extraño olor; era del humo de los cigarrillos que muchos fumaban. Era un olor desconocido para mí; Nathan me dijo que era marihuana, pero que la llamaban «té». La mayoría de la gente parecía feliz, se estaba bien allí, y de momento no podía predecir la terrible escena que me esperaba. El primero que vimos al entrar fue Morty. Nathan le contó enseguida lo del experimento; prácticamente le dio la noticia a

gritos. Oí que decía: «¡Morty, Morty, ya hemos roto la barrera! ¡Ya hemos resuelto el problema de las enzimas serosas!». Morty estaba al corriente del trabajo de Nathan (como creo haber dicho, enseñaba biología) y le dio unas palmadas en la espalda; luego brindaron con cerveza y muchos le felicitaron. Recuerdo lo dichosa que me sentía en aquel momento, sabiéndome amada por aquel maravilloso hombre, un gran científico que figuraría para siempre en la historia de la investigación médica. Y entonces, Stingo, por poco caigo desmayada allí mismo. Porque de pronto Nathan me rodeó con el brazo y me apretó contra él mientras les decía a todos: «¡Todo lo debo a la devoción y al compañerismo de esta hermosa dama, la mujer más estupenda que haya producido Polonia desde el nacimiento de Marie Sklodowska Curie, la mujer que va a honrarme siendo mi esposa!».

«Stingo, quisiera poder describirte cómo me sentía. ¡Imagínate! ¡Casarme con Nathan! Estaba aturdida. Parecía increíble, pero era cierto. Nathan me besó, y todos, sonrientes, se acercaron a nosotros para felicitarnos. Creía que estaba soñando. Porque, ¿sabes?, todo fue tan repentino... Nathan me había hablado alguna vez de casarnos, pero lo hizo de pasada, como bromeando, y aunque la idea me entusiasmaba jamás tomé sus palabras en serio. Pero por lo visto mi sueño se había convertido en realidad. No podía creerlo. No salía de mi aturdimiento.

Sophie hizo una pausa. Siempre que me describía sus pasadas relaciones con Nathan o analizaba el misterio que había en él, solía ocultarse el rostro con las manos, como si buscara una respuesta o una pista en la oscuridad de sus ahuecadas palmas. Ahora también lo hizo, y al cabo de unos segundos levantó la cabeza y prosiguió:

—Ahora es fácil darse cuenta de que aquel... aquel anuncio de boda formaba parte de los desvarios producidos por las pastillas que había tomado, de la euforia causada por la droga. Pero en aquel momento no acerté a establecer tal relación. Creí que aquello, el llegar a casarnos, iba de veras, y no recordaba haber sido nunca tan feliz. Para empezar, bebí un poco de vino. La fiesta estaba maravillosamente animada. Entonces Nathan se separó de mí para ir a hablar con algunos amigos suyos. La gente aún seguía felicitándome. Había un negro, amigo de Nathan, que me resultó simpático; se llamaba Ronnie y no recuerdo qué más. Salí a la terraza con él y una muchacha muy sexy de aspecto oriental (he olvidado su nombre), y entonces Ronnie me preguntó si quería té. Aun cuando Nathan me lo había explicado, de momento no comprendí exactamente lo que me ofrecía. Creí que me invitaba a la bebida que se toma con azúcar y limón, ¿sabes?, pero cuando vi su amplia sonrisa comprendí que se trataba de marihuana. Me asustaba un poco fumarla (siempre me ha dado miedo perder el control de mí misma), pero estaba tan optimista, me sentía tan feliz, que me creía capaz de tomar o fumar cualquier cosa. Así que Ronnie me dio un pequeño cigarrillo y yo lo fumé aspirando fuertemente el humo, y pronto comprendí por qué aquello gustaba tanto a la gente. ¡Era maravilloso!

»La marihuana me llenó de un dulce bienestar. Hasta aquel momento más bien me había molestado el fresco de la terraza, pero enseguida me sentí la mar de calentita, y la noche, el futuro y toda la tierra me parecieron mucho más hermosos que antes, suponiendo que eso fuera posible, dada la felicidad que me inundaba desde que Nathan había anunciado nuestra boda. *Une merveille, la nuit!* Sí, la noche me parecía maravillosa, con Brooklyn allá abajo, salpicado de un millón de luces. Permanecí largo rato en la terraza

con Ronnie y la muchacha china escuchando la música de jazz, mirando las estrellas y sintiendo una dicha que jamás había experimentado. No me di cuenta de cómo pasaba el tiempo, pues cuando volví al interior vi que era muy tarde: casi las cuatro de la madrugada. La fiesta estaba muy animada, ¿sabes?, mucha música y mucho bullicio, aunque parte de los asistentes ya se habían marchado. Busqué a Nathan, pero de momento no lo encontré. Pregunté a varios invitados y me señalaron una habitación situada en la parte trasera del piso. Allí me dirigí y vi a Nathan con seis o siete personas más. En aquel lugar había desaparecido la alegría. No había bullicio. Era como si alguien hubiera sufrido un terrible accidente y se estuviera hablando de lo que debía hacerse. El ambiente era sombrío dentro de aquella estancia, y creo que fue al entrar en ella cuando comencé a preocuparme un poco, a sentirme inquieta. Comencé a presentir que algo muy serio, algo muy malo iba a suceder por culpa de Nathan. Era una sensación sobrecogedora, como si me hubiese alcanzado una helada ola del mar.

»Todos estaban escuchando la radio, que hablaba de los ahorcamientos de Nuremberg, ¿sabes? Era una emisora especial de onda corta, en conexión directa, ¿sabes?, y se oía a un reportero de la CBS que, en medio de los parásitos atmosféricos y con una voz que parecía muy lejana, describía todo lo que pasaba en Nuremberg mientras tenían lugar las ejecuciones. Comentó que Von Ribbentrop ya había muerto y también Jodl, y creo que dijo que el próximo sería Julius Streicher. ¡Streicher! ¡No pude soportarlo! De pronto sentí una especie de viscosidad en todo el cuerpo, acompañada de náuseas, una sensación terrible, algo difícil de describir, porque aun cuando era natural que todo el mundo se alegrara de que aquellos hombres fuesen ejecutados, yo no sentía alegría, porque todo aquello me recordaba de nuevo muchas cosas que quería olvidar. Había experimentado lo mismo la primavera anterior, cuando vi en una revista, como te conté, aquella fotografía de Rudolf Höss con una soga alrededor del cuello. Por eso habría querido escapar de aquella habitación, donde todos estaban escuchando la crónica de los ahorcamientos de Nuremberg, y no paraba de decirme a mí misma: «¿Acaso nunca quedaré libre del pasado?». Dirigí la mirada hacia Nathan, que aún se encontraba, y mucho, bajo los efectos de la droga (podía verlo en sus ojos), pero escuchaba como los demás lo que estaba sucediendo en Nuremberg con rostro sombrío. Había algo aterrador en él. Y también en los demás. La alegría y el optimismo de la reunión habían desaparecido, al menos en aquella estancia. Parecía una misa de difuntos. Por fin terminó la crónica o quizás apagaron la radio, momento en que los presentes comenzaron a hablar de repente con mucha seriedad y apasionamiento.

»Conocía un poco a cuantos estaban allí por ser amigos de Nathan. Recuerdo a uno de ellos en especial. Ya he hablado antes de él. Se llamaba Harold Schoenthal; creo que tenía la misma edad que Nathan y era profesor de filosofía en el Brooklyn College. Era muy serio y más bien retraído, pero era uno de los pocos que me gustaban más que los otros. Con todo, me parecía una persona muy sensible. Siempre tuve la impresión de que era un ser torturado e infeliz, muy consciente de ser judío, si bien recuerdo que aquella noche estaba más eufórico que de costumbre, pero no como Nathan, sino a causa del vino o la cerveza que había bebido. Su aspecto era... impresionante, con su calva y su bigote caído como el de una morsa. Andaba de un lado al otro de la estancia con su pipa (siempre lo escuchaba todo el mundo cuando hablaba), y comenzó a decir cosas como: «Nuremberg

es una farsa, esos ahorcamientos no son otra cosa que una farsa. ¡Eso no es nada más que una exhibición de venganza!». Y luego completó así su punto de vista: «Nuremberg es un espectáculo inmoral sólo destinado a dar la impresión de que se ha hecho justicia mientras un odio asesino contra los judíos envenena todavía al pueblo alemán. Es el pueblo alemán el que debiera ser exterminado (el pueblo que permitió que esos hombres gobernarán y se dedicasen a matar judíos). No sólo esos, ese grupito de viles bufones». «¿Y la Alemania del futuro?», preguntó después. «¿Vamos a permitir que esa gente vuelva a ser rica y poderosa y mate judíos de nuevo?» Aquel hombre daba la impresión de ser un gran orador. Había oído decir que sus alumnos solían escucharlo como hipnotizados, y recuerdo que yo misma quedé fascinada ante sus palabras. Se le notaba en la voz una terrible *angoisse...*, una increíble angustia cuando hablaba de los judíos. Preguntó: «¿Dónde demonios están seguros hoy los judíos?». Y se contestó a sí mismo: «En ninguna parte». A continuación preguntó dónde delante habían estado seguros alguna vez los judíos. Y también a eso contestó que en ninguna parte.

»Entonces, de súbito, me di cuenta de que hablaba de Polonia. Decía que en uno de aquellos procesos, el de Nuremberg o algún otro, se había testimoniado que, durante la guerra, algunos judíos lograron fugarse de uno de los campos de concentración de Polonia y buscaron refugio y protección entre la gente del país, pero que los polacos se volvieron contra los judíos en vez de ayudarlos. Y eso no fue todo. En realidad, los mataron a todos. El pueblo polaco asesinó a todos aquellos judíos. «Fue un hecho terrible», dijo Schoenthal, «un hecho que prueba que los judíos nunca pueden estar seguros en ninguna parte.» En sus labios, las palabras «en ninguna parte» fueron casi un grito. «¡Ni en Norteamérica!», añadió. *Mon dieu*, recuerdo su cólera. Cuando mencionó Polonia, me sentí peor de lo que ya estaba y mi corazón latió con violencia, aunque no creo que pensara especialmente en mí. Luego dijo que Polonia podía ser el peor ejemplo, tal vez como el de la propia Alemania o peor aún que el de ella, porque ¿no era en Polonia donde después de la muerte de Pilsudski, que protegía a los judíos, el pueblo se puso a perseguirlos a la primera oportunidad que se le presentó? Y aún preguntó: «¿No era en Polonia donde los jóvenes e inofensivos estudiantes judíos eran segregados, obligados a sentarse en la escuela en lugares separados, y tratados peor que los negros en Misisipi? ¿Por qué razón no puede pensarse que cosas como los “bancos gueto” para los estudiantes sucedan también en Norteamérica?». Y mientras Schoenthal hablaba de este modo, yo no podía por menos de pensar en mi padre. Mi padre, que ayudó a crear precisamente aquella idea. De pronto tuve la sensación de que la presencia, *l'esprit*, de mi progenitor me hacían compañía en aquella habitación. ¡Cómo deseaba hundirme bajo las baldosas del piso! No podía seguir soportando aquel tema. Hacía ya tiempo que había apartado de mí aquellas cosas, las había enterrado o, mejor, barrido debajo de la alfombra (cobardemente, supongo, pero así lo hice), y ahora Schoenthal volvía a volcarlo todo ante mí, sobre mí, y no podía soportarlo. *Merde!* ¡No podía sufrirlo!

»Por eso, al ver que Schoenthal aún seguía hablando, me acerqué de puntillas a Nathan y le dije en voz baja que debíamos irnos, que recordara nuestra excursión a Connecticut planeada para el día siguiente. Pero Nathan no hizo el menor movimiento. Era como si..., bueno, como si estuviera hipnotizado, como los alumnos de Schoenthal de que me habían hablado: tenía la mirada fija en él, absorbía cada una de sus palabras. Por

fin, cuchicheando me dijo que él se quedaba y que yo debía volver sola a casa. Su mirada extraviada y de demente me asustó. Y añadió: «No creo que vuelva a tener sueño hasta la próxima Navidad. Vete a casa a dormir; yo te recogeré por la mañana».

»Me marché, pues, precipitadamente para no oír más a Schoenthal, cuyas palabras estaban a punto de acabar conmigo. Tomé un taxi para ir a casa; me sentía muy mal. Hasta había olvidado por completo que Nathan había dicho que íbamos a casarnos...

Connecticut.

La cápsula que contenía el cianuro de sodio (diminutos cristales granulados de aspecto tan corriente como el Bromo-Seltzer, dijo Nathan, igualmente solubles en el agua y que se diluían inmediatamente, aunque sin efervescencia) era pequeña, más pequeña que cualquiera de las que yo había visto hasta entonces, y tenía reflejos metálicos, pues cuando él, hallándose echado en la cama, observó de cerca e hizo girar entre el índice y el pulgar la oblonga y rosada envoltura, recorrió su rostro un brillante reflejo que no era sino la imagen en miniatura de las hojas otoñales del exterior encendidas por la puesta del sol. Soñolientamente, Sophie inhaló el olor que salía de la cocina dos pisos más abajo —las fragancias mezcladas, pensó, de pan y coles— y siguió observando la lenta danza de la cápsula en la mano de Nathan. El sueño avanzaba por su cerebro como una marea; sentía la persistencia de arrulladoras vibraciones de luz y sonido que eliminaban de su mente toda aprensión: el éxtasis azul del Nembutal. No debería dejar disolver la cápsula en la boca, sino morderla con fuerza, le dijo él, ni preocuparse por la rápida y agrídulce sensación gustativa que notaría, como de almendras, con un olor parecido al de los melocotones... y luego nada, el vacío. Una profunda y negra nada —*rien, nothing, nada!*— conseguida de una manera tan completa e instantánea que no permite percibir la llegada del dolor. Dijo que era posible, quizás, una fracción de segundo de malestar, pero tan breve como un hipido.

¡Rien, nothing, niente, nada!

—Y entonces, Irma, amor mío...

Sin mirarlo, fijando la vista más allá de él, en la ambarina fotografía de una abuela inmovilizada en las sombras de la pared, Sophie murmuró:

—Me dijiste que no volverías a hacerlo. Hoy mismo me lo has dicho...

—¿Que no volvería a hacer qué?

—Que no me llamarías de ese modo. Que no volverías a llamarme Irma.

—Sophie —dijo sin emoción—, Sophie, amor. No Irma. Claro... Por supuesto, Sophie. Amor. Sophiamor.

Ahora parecía estar más tranquilo, después de habersele calmado, al menos momentáneamente, el frenesí de la mañana y el furioso delirio de la tarde, gracias al Nembutal, el mismo barbitúrico que también ella había tomado tras el terror que se apoderó de ambos sólo dos horas antes, al creer que no podrían encontrarlo. Ahora estaba más tranquilo, aunque —ella se daba cuenta— seguía desasosegado. Era curioso, pensó Sophie, que pacificado de aquel modo el trastorno de su mente, Nathan no pareciese tan aterrador e intimidante, sin contar, claro, con la amenaza de la cápsula de cianuro que ella observaba a un palmo de sus ojos. La minúscula marca Pfizer estaba claramente impresa

en la gelatina; la cápsula era pequeñísima. Según explicó Nathan, era una cápsula especial que se usaba en veterinaria, proyectada como envase de antibióticos para el tratamiento de cachorros de perro y gato y que él había conseguido en el laboratorio para utilizarla como receptáculo de la dosis de cianuro. De hecho, debido a las peculiaridades administrativas de la Pfizer, el día anterior le había sido más difícil obtener las cápsulas vacías que los diez granos de cianuro sódico (cinco para él y cinco para ella). Sophie sabía que no se trataba de una broma; en cualquier otro momento y lugar habría considerado todo aquello como uno de los morbosos trucos de Nathan, pero no después del delirante día que acababa de transcurrir. Sabía con toda certeza que el diminuto envase contenía la muerte. Algo casi increíble, no obstante. Cuando en aquel momento le vio llevarse la cápsula a los labios, colocársela entre los dientes y morderla con la fuerza necesaria para doblar ligeramente su superficie, pero sin llegar a romperla, Sophie no sintió otra cosa que laitud, un cansancio que seguía extendiéndose por todo su cuerpo. ¿Se debía aquella ausencia de terror al Nembutal o a la intuición de que era una farsa más de Nathan? No era la primera vez que hacía aquello. Pero él se retiró la cápsula de la boca y sonrió:

—*Rien, nothing, nada.*

Sophie recordó el momento anterior en que él representó la misma escena —hacía menos de dos horas, en aquella misma habitación, aunque parecía haber transcurrido una semana, o quizás un mes—, y se preguntó gracias a qué milagrosa alquimia (¿el Nembutal?) había por fin cesado su ininterrumpida verborrea. Hablar, hablar, hablar... Sólo había parado de hablar algunas veces por un instante desde que aquella mañana, hacia las nueve, había subido ruidosamente las escaleras del Palacio Rosado y la había despertado...

...Con los ojos aún cerrados y la cabeza todavía atontada por el sueño, oye la voz de Nathan:

—¡Vamos, al ataque!

También le oye decir:

—Schoenthal tiene razón. Si puede suceder allí, ¿por qué no puede suceder aquí? ¡Están llegando los cosacos! ¡Y aquí hay un chaval judío que va a salir corriendo hacia el campo!

Ella se despierta por completo. Aunque había previsto su inmediato «abrazo», se pregunta si se puso el diafragma antes de acostarse, recuerda que sí y se vuelve hacia él para saludarlo con una soñolienta sonrisa. Recuerda la ávida pasión de Nathan cuando se halla bajo los efectos de la droga. Lo recuerda con voluptuoso deleite; todo: no sólo la hambrienta ternura del principio, sus dedos en sus pezones y su suave pero insistente búsqueda entre sus piernas, sino todo lo demás, y una cosa en especial que vuelve a esperar ansiosamente, por fin liberada (*adieu, Cracovie!*), sin inhibiciones, aquel bendito momento: la extraña habilidad de él en hacerla «llegar», pero no una o dos veces, sino muchas más, repetidamente, casi hasta hacerle perder siniestramente el sentido, hasta que se siente absorbida hacia insondables profundidades en las que no puede decir si se ha perdido dentro de sí misma o dentro de él en un negro torbellino descendente, sólo consciente de una completa conmoción carnal. (Son los únicos momentos en que ella

piensa o habla todavía en polaco, susurrando al oído de Nathan las palabras «Weż mnie, weż mnie», que salen espontánea y misteriosamente de sus labios y significan «Tómame, tómame», pero que ella, una vez que Nathan le preguntó que querían decir, mintiendo con alegría tradujo por: «¡Disfrútame, disfrútame!».) Es, como Nathan proclama después a veces hasta la saciedad, la superjodienda del siglo XX..., nada que pueda compararse al insulso follar humano de cualquier otra época pasada anterior al descubrimiento del sulfato de benzedrina. Ahora lo ve excitadísimo y, deliciosamente estremecida, agitándose como una gata, tiende la mano hacia él invitándolo a echarse junto a ella. Nathan dice que no. Y de pronto, desconcertada, le oye decir de nuevo:

—¡Vamos, al ataque! ¡Este chaval judío te llevará a una estupenda excursión campestre!

Ella empieza a decir:

—Pero, Nathan...

No obstante, la voz de él, insistente y discordante, la interrumpe:

—¡Anda, vamos! ¡La carretera nos aguarda!

Sophie se siente frustrada y, sin saber por qué, el recuerdo de un pasado decoro (*bonjour, Cracovie!*) la hace avergonzarse de su acuciante y desatada lujuria:

—¡Anda, vamos! —ordena él.

Ella, desnuda, sale de la cama y mira hacia arriba para ver cómo Nathan, salpicado por la luz matutina, aspira profundamente por la nariz un polvillo blanco —amontonado sobre un billete de un dólar— que ella reconoce al instante como cocaína...

... En el atardecer de Nueva Inglaterra, más allá de la mano de Nathan y del veneno que sostenía, Sophie podía ver un infierno de hojas: un árbol teñido de bermellón confundido con otro vivamente dorado. Fuera, los bosques parecían anticiparse con su quietud a la llegada de la noche, y las manchas de diferentes colores tenían, a la luz del sol poniente, la inmovilidad de un abigarrado mapa. A lo lejos, se distinguían los coches que circulaban por la carretera. Se sentía soñolienta, pero no deseaba dormir. Vio que había dos cápsulas entre los dedos de Nathan: dos rosadas gemelas idénticas.

—«Tú» y «yo», para distinguir lo de él y lo de ella, es uno de los conceptos más cucos de nuestro tiempo —oyó que decía—. «Tú» y «yo» en el cuarto de baño, en toda la casa... ¿Por qué no ponerlo también en el cianuro de él y en el cianuro de ella? ¿Por qué no, Sophiamor?

Sonó un golpear de nudillos en la puerta.

—¿Sí? —dijo Nathan.

—Señor y señora Landau —dijo una voz—, soy la señora Rylander. ¡Siento molestarlos! —La voz era muy amable, atentamente suave—. Fuera de temporada, cerramos la cocina a las siete. Siento interrumpir su descanso, pero he pensado que debía decírselo. En este momento son ustedes nuestros únicos huéspedes; no es pues necesario que se apresuren todavía, sólo he querido avisarlos. Esta noche mi marido prepara un plato especial: ¡ternera con coles!

Silencio.

—Muchas gracias —dijo él—. No tardaremos en bajar.

Unos pasos resonaron escalera abajo; la madera chilló como un animal herido. Hablar, hablar, hablar. Habló hasta enronquecer.

—Debes considerar, Sophiamor —decía ahora Nathan acariciando las dos cápsulas—, debes considerar lo íntimamente entrelazadas que están la vida y la muerte en la naturaleza, la cual contiene en todas partes las semillas de nuestra felicidad y de nuestra anulación. Esto por ejemplo, el HCN, abunda en toda la Madre Naturaleza en forma de glucósidos, es decir, en combinación con azúcares. Dulce, dulce azúcar. En las almendras amargas, en las pepitas de las manzanas, en ciertas especies de esas hojas otoñales, en la pera común, en el madroño, etcétera. Imagínate, pues... Cuando tus dientes de blanca porcelana muerden el delicioso almendrado, el sabor que experimentan sólo dista una molécula orgánica (una molécula menos) del de éste...

Mientras aquella voz se alejaba hasta desaparecer, Sophie volvió a posar la mirada en las sorprendentes hojas que, fuera, formaban un lago de fuego. Notó de nuevo el olor a coles que subía de la planta baja. Y recordó otra voz, la de Morty Haber, llena de nerviosa solicitud: «No te sientas culpable. No estuvo en tu mano el evitarlo, puesto que ya estaba enviado mucho antes de que tú lo conocieras. ¿Es algo que pueda controlarse? Sí. No. Quizá. ¡No lo sé, Sophie! ¡Ojalá lo supiera! Nadie sabe mucho acerca de las anfetaminas. Hasta cierto punto, son inofensivas. Pero es evidente que pueden ser peligrosas, que pueden crear hábito, especialmente cuando se mezclan con algo más, como la cocaína. A Nathan le gusta esnifar cocaína, cuando está Hipado por las anfetaminas, cosa que considero muy peligrosa. En esas condiciones puede perder el control de sí mismo y caer en, no sé, algún estado psicótico que le impida una relación normal con los demás. He considerado eso y, sí, es peligroso, muy peligroso. Bueno, dejémoslo, Sophie, no quiero hablar más de este asunto, pero si ves que pierde la chaveta, ponte en contacto enseguida conmigo o con Larry...».

Aún con la mirada puesta en el follaje, más allá de Nathan, sintió que le temblaban los labios. ¿El Nembutal? Por primera vez desde hacía unos minutos, se agitó ligeramente en el colchón. Sintió el dolor en las costillas, donde él le había dado patadas...

—La fidelidad te sentaría mejor —dice Nathan en medio de su arrollador chorro de palabras.

Ella oye su voz por encima del rumor que produce el aire al chocar con el parabrisas del convertible. Aunque el tiempo es fresco, Nathan ha bajado la capota. Sophie, que va sentada a su lado, se ha cubierto con una manta. No entiende bien lo que él le dice y casi gritando, le pregunta:

—¿Qué has dicho, querido?

Nathan se vuelve hacia Sophie, y ella da una rápida mirada a sus ojos: denotan excitación, y sus pupilas casi no se ven, tragadas por dos fulgurantes elipses castaños.

—He dicho —repite— que la fidelidad te sentaría mejor, para decirlo con elegancia.

Sophie, además de un gran desconcierto, siente un vago y viscoso temor. Mira hacia otro lado, palpitante el corazón. Nunca, durante los meses que llevan juntos, se mostró realmente enfadado con ella. Un frío desánimo comienza a inundarla como lluvia que cayera sobre la carne desnuda de su cuerpo. ¿Qué quiere decir Nathan? Fija la mirada en

el paisaje que se desliza a su lado: los bien cuidados arbustos del borde de la avenida, el bosque que se ve al fondo con sus hojas de explosivos colores, el cielo azul, el sol brillante, los postes telefónicos. BIENVENIDOS A CONNECTICUT / CONDUZCAN CON PRECAUCIÓN. Sophie no ignora que él conduce a gran velocidad. Alcanzan a un coche tras otro y lo adelantan con una ruidosa vibración de aire. Oye que Nathan dice:

—O, para no decirlo con elegancia, ¡sería mejor que no *me la pegaras por ahí*, al menos donde yo pueda verlo!

Ella se queda sin aliento, no puede creer que haya oído las palabras que acaba de escuchar. Como sacudida por un bofetón, su cabeza gira hacia el otro lado, pero se vuelve de nuevo hacia él para decirle:

—Querido, ¿qué quieres...?

—¡Cierra la boca! —grita él.

Y vuelve a derramarse el torrente de palabras, persistente, como continuación de la revuelta e incoherente charlatanería con que la ha abrumado desde que dejaron el Palacio Rosado hace más de una hora.

—Al parecer, tus caderas polacas son irresistibles para tu jefe, el adorable curandero de Forest Hills, cosa comprensible porque es un trasero estupendo, estupendísimo, que no sólo ha engordado gracias a mis desvelos sino que me ha proporcionado placeres poco comunes. Sí, no es de extrañar que ese charlatán lo ansíe con todo su corazón y con toda su puerca cosa... —Deja escapar una larga y tonta risotada—. Pero tú, en vez de mandarlo a paseo, estimulas ostensiblemente su lujuria ante mis propios ojos, como hiciste la noche pasada dejando que te achuchara allí en la acera y te hurgara con su lengua de quiropráctico hasta el fondo de la garganta. Mi casquivana polaca, eso es más de lo que puedo soportar.

Sophie, incapaz de hablar, mantiene la mirada sobre el velocímetro: 70, 75, 80... «No es demasiado», se dice, pensando en kilómetros, pero enseguida, dándose cuenta de la realidad, exclama para sí: «¡Millas! ¡Vamos a perder el control del coche!», y luego reflexiona: «Son una verdadera locura, esos celos, esa sospecha de que me acuesto con Blackstock». Detrás de ellos, aunque a gran distancia, se oye el débil ulular de una sirena; ve una tenue luz roja intermitente reflejada en el parabrisas, algo como una diminuta frambuesa, que se encendiera y se apagase con ritmo uniforme. Abre la boca, se dispone a hablar («¡Querido!», intenta decir), pero no puede pronunciar la palabra que tenía en la punta de la lengua. Hablar, hablar, hablar... Es como la banda sonora de una película montada por un chimpancé, coherente a ratos, pero sin objetivo, sin sentido final. Aquella paranoia la hace sentirse enferma. Él prosigue:

—Schoenthal tiene razón en un ciento por ciento: es sólo necesidad sentimental de que está saturada la ética judeocristiana lo que hace el suicidio moralmente condenable, sobre todo considerando que el suicidio del Tercer Reich se ha convertido en la opción legítima de cuantos seres sensatos puedan existir en la tierra. ¿No es cierto, Irma? —¿Por qué la llamaría Irma, así de pronto?—. A decir verdad, no debería sorprenderme tu tendencia a abrirte de piernas ante cualquier tipo que se te ponga por delante. Si no te lo he dicho antes es porque en buena parte has sido un misterio para mí desde que nos conocimos. No me negarás que he tenido motivos para sospechar que eras una fácil goy *kurveh*, sí, una prostituta no judía, pero ¿qué más? ¿Qué más...? ¿Fue quizás algún extraño

maleficio lo que hizo que me sintiese atraído por una réplica tan perfecta de Irma Griese? Era una verdadera belleza. Los que asistieron al proceso de Nuremberg, incluso sus acusadores, tuvieron que reconocerlo con cierto pasmo... Sí, mi querida mamá siempre me decía que me sentía fatalmente atraído por las *shiksas*, por las chicas polacas, por las no judías. «¿Por qué no puedes ser un chico como Dios manda, Nathan (me decía mi madre), y casarte con una bella muchacha como Shirley Mirmelstein, cuyo padre, que ha hecho una fortuna con los forros de prendas de vestir, tiene una finca de veraneo en Lake Placid?»

La sirena aún los sigue de lejos, ululando débilmente.

—Nathan —dice ella—, hay un policía...

—Los brahmanes veneran el suicidio, igual que muchos orientales... Al fin y al cabo, ¿qué importancia tiene morir? *¡Rien, nothing, nada!* Y, reflexionando sobre todo eso me dije, no hace mucho tiempo: veamos, está claro que la hermosa Irma Griese se ganó la horca por haber dado muerte personalmente a varios miles de judíos en Auschwitz, pero la lógica no explica por qué muchas como ella se salvaron. Quiero decir: ¿qué sucedió con esa monada polaca que me tiene sorbido el seso? Puede que sea polaca al cien por cien, pero también tiene el aspecto de una verdadera nórdica, como una estrella cinematográfica alemana interpretando a la asesina Condesa de Cracovia. ¡También podría añadir que el impecable alemán que hablas surge de tus labios con una precisión sólo propia de una muchacha renana! ¡Polaca! ¡Ay de mí! *Das machst du andem weismachen!* ¿Qué te hace decir tantos embustes? ¿Por qué no lo admites, Irma? ¡Flirteaste con los de las SS! Colaboraste con ellos, ¿no? ¿No fue así como lograste salir de Auschwitz, Irma? ¡Confíésalo!

Sophie se tapa los oídos con ambas manos. Entre sollozos, grita:

—¡No! ¡No!

La sirena, convertida en el bramido de un dragón, disminuye rápidamente de intensidad. El coche de la policía los ha alcanzado.

—¡Admítelo, zorra fascista!...

...Mientras yacía en la oscuridad con la mirada puesta en las hojas que, fuera, palidecían hasta perder su color, Sophie oyó el ruidoso y persistente choque de los orines de Nathan con el agua del retrete. No hacía mucho, en medio de aquellas fantásticas hojas, en la profundidad del bosque, Nathan, de pie ante ella, intentó orinar en su boca, pero fracasó en el intento: fue el comienzo de su incontenible caída. Aún echada en la cama, con el olor a coles siempre presente, cambió de posición y sus soñolientos ojos enfocaron las dos cápsulas que él había depositado con suavidad en el cenicero. POSADA DE LA CABEZA DE JABALÍ, decían las letras de estilo inglés antiguo que aparecían alrededor del borde de porcelana, UN HITO NORTEAMERICANO. Bostezó y pensó en lo extraño que era... que no la asustara morir si él la obligaba a ello, pero que se sintiera aterrorizada por la posibilidad de que sólo muriera él y la dejase a ella con vida. Que a causa de alguna «cagada», como habría dicho Nathan, la dosis letal sólo lo matara a él, y ella volviese a ser la desamparada superviviente de antes. «No puedo vivir sin él —se oyó susurrar a sí misma en polaco, consciente de la poca originalidad de la frase, pero convencida de su absoluta verdad—. Su muerte sería mi final.» A lo lejos se oyó el silbido de un tren que

atravesaba el valle; era un largo aullido más rico y melodioso que el chillido de los trenes europeos.

Pensó en Polonia. En las manos de su madre. Pocas veces había pensado en su madre, una dulce y tenue imagen que se borraba a sí misma pero ahora, por un momento, ocupó su mente el recuerdo de las elegantes y expresivas manos de pianista de su madre; unas manos de dedos fuertes, a la vez que flexibles y suaves, como uno de los nocturnos de Chopin que tocaba; unas manos cuya ebúrnea piel le recordaba el tono de las lilas blancas. Unas manos tan pálidas que Sophie, al recordarlas, siempre relacionaba con la sintomática palidez de la tisis que consumió a su madre y que acabó por inmovilizarlas para siempre. «Mamá, mamá», pensó. Cuán a menudo aquellas manos habían acariciado su cabeza cuando, de niña, recitaba la oración que rezaban los niños polacos a la hora de acostarse y que todos ellos se sabían de memoria como si formara parte de su propio ser: «Ángel de la Guarda, dulce compañía, no me desampares ni de noche ni de día; si me desamparas, yo me perdería». Uno de los dedos de su madre estaba ceñido por una delgada espiral de oro que imitaba una cobra; los ojos de la serpiente eran dos diminutos rubíes. El profesor Biegański le había comprado la sortija, en Aden, durante su viaje de regreso de Madagascar, adonde fue para reconocer la localización geográfica del primero de sus sueños: el destierro de los judíos polacos. Era un ejemplo de su tremenda vulgaridad. ¿Le había costado mucho descubrir aquella monstruosidad? Sophie sabía que su madre detestaba aquella «joya», pero siempre la llevó como muestra de su constante deferencia hacia papá. Nathan acabó de orinar. Entonces pensó en su padre y en su abundante pelo rubio empapado de sudor tras recorrer todos los bazares de Arabia...

—Para las carreras de coches ya tenemos Daytona Beach —dice el policía—. Esto es la avenida Merritt, para uso de los que llamamos conductores corrientes. ¿Por qué, pues, tanta prisa? —Es un hombre joven, pecoso y de pelo rubio de aspecto nada desagradable. Lleva un sombrero de sheriff tejano. Nathan no contesta. Sigue hablando, hablando, hablando para sí—. ¿Quiere usted aumentar nuestras estadísticas junto con esa hermosa muchacha?

El policía lleva una placa con su nombre: S. GRZEMKOWSKI. Sophie dice:

—*Przepraszam...* —«Por favor...»

Grzemkowski, radiante, responde:

—*Czy jestes Polakiem?*

—Sí, soy polaca —contesta Sophie animada, y continúa hablando, en su lengua nativa, pero el policía la interrumpe:

—Sólo sé algunas palabras de ese idioma. Pertenezco a una familia polaca de la ciudad de New Britain, en este mismo estado.

—Bueno, ¿algo anda mal? —dice Sophie—. Es mi marido. Está muy trastornado. Su madre se está muriendo en... —Desesperada, busca en su memoria alguna población de Connecticut sin conseguirlo—. Boston —dice por fin—. Allá es donde queremos llegar lo antes posible. —Sophie observa el rostro del policía con sus ojos violeta, a los que procura dar la más inocente de las expresiones; su semblante ofrece un primerísimo plano de cándida campesina. Entretanto, piensa: «Ese tío igualmente podría estar guardando vacas

en cualquier valle de los Cárpatos—. Se lo ruego, señor —prosigue con tono halagador, inclinándose por encima de Nathan y haciendo sus mohines más seductores—, comprenda lo que sucede con su madre. Le prometemos ir más despacio.

Grzemkowski se muestra exteriormente imperturbable, su voz se convierte en una serie de gruñidos policiales:

—Bien, por esta vez sólo les hago una advertencia: vayan más despacio.

Nathan, mirando frente a él, con los ojos fijos en el infinito, dice:

—*Merci beaucoup, mon chef!*

Y sus labios siguen moviéndose incansablemente, pero sin dejar oír palabra, como si hablara a un desamparado oyente alojado dentro de su pecho. Ha comenzado a sudar a mares.

El policía ha desaparecido. Sophie observa cómo Nathan prosigue su cuchicheante monólogo mientras el coche avanza de nuevo. Es casi mediodía. Van hacia el norte (más calmados) a través de frondas, nubes y violentas tempestades de hojas multicolores en un verdadero frenesí aéreo —aquí vomitando color como lava incandescente, allá como estrellas que hacen explosión: nada que Sophie haya visto o haya imaginado jamás—; entretanto el sofocado cuchicheo, que ella no ha podido comprender hasta ahora, se hace más audible al verse arrastrado Nathan por un nuevo espasmo de paranoia. Y la furia de este arrebató la aterroriza tan completamente como si él hubiera soltado dentro del coche una jaula llena de ratas salvajes. Polonia. Antisemitismo. Y le dice:

—¿Qué hiciste, nena, cuando incendiaron los guetos? Por cierto, ¿sabes qué dicen que le dijo un obispo polaco a otro obispo polaco? «¡Si hubiera sabido que su ilustrísima venía a visitarme, habría mandado asar a un judío!»

«¡Por favor, Nathan, no... —piensa ella— no me hagas sufrir de esta manera! ¡No me hagas recordar!» Las lágrimas surcan sus mejillas cuando decide dar un tirón a su manga para gritar:

—¡Debes saber algo! ¡Algo que no te he contado jamás! En 1939 mi padre arriesgó su vida para salvar judíos! Escondió judíos bajo el piso de su despacho de la universidad cuando irrumpió en ella la Gestapo. Era un buen hombre, murió por haber salvado a aquellos... —El nudo que el dolor ha hecho en su garganta, tan grande como la mentira que acaba de decir, casi la está ahogando, pero consigue vencer su angustia para gritar—: ¡Nathan! ¡Nathan! ¡Créeme, querido, créeme!

LÍMITES DE LA CIUDAD DE DANBURY.

—¡Qué va...! ¡Asó a un judío!

Sigue hablando, hablando hablando...

Ahora ella lo escucha a medias pensando: «Si pudiera hacerlo parar para comer en alguna parte, quizá lograría escabullirme y llamar por teléfono a Morty o a Larry para que vinieran...». Y se oye decir a sí misma:

—Querido, si supieras lo hambrienta que estoy... Si pudiésemos parar...

Pero sólo obtiene como contestación, entre el incesante parloteo:

—Irma, monada, Irma querida, *Liebchen*, en este momento no podría comer ni una de esas galletas Saltine, ni aunque me pagaras mil dólares por ello. Oh, Irma, mi puerca Irma, estoy volando, me hallo en el cielo... Nunca volé tan alto, tan alto, y siento que me atraes, ¡y cómo!, te deseo, pese a que no eres judía, aun siendo una fascista. Fíjate, toca esto... —

Sophie alarga la mano, la pasa por encima de sus pantalones y presiona el rígido bulto que siente latir con fuerza—. Una buena caricia es lo que necesito, una de tus fantasías polacas... Eh, Irma, ¿cuántas de las SS tuviste que ensalivar para salir de allí? ¿Cuánta leche de tus dueños de raza superior tuviste que tragar por la *Freiheit*, por la libertad? Bueno, oye, bromas aparte, Irma, necesito que me la envuelvas con esos dulces y glotones labios que tienes y que se pongan a trabajar ahora mismo... Quiero decir en algún lugar de por ahí, bajo el cielo azul y las ardientes hojas otoñales de arce..., y saborearás mi semilla tan espesa como las hojas otoñales que salpican los arroyos en Vallombrosa... Eso es de John Milton...

... Desnudo, andando con lentitud, regresó a la cama y se acostó cuidadosamente al lado de Sophie. Las dos cápsulas aún brillaban en el cenicero. Ella se preguntó, aunque amodorrada, si Nathan se habría olvidado de ellas o si volvería a torturarla jugueteando con aquella rosada amenaza. El Nembutal, que había saturado su cuerpo de sueño, estaba llegando a sus piernas como una cálida y suave ola marina.

—Sophiamor... —dijo él con una voz que denotaba también somnolencia—, Sophiamor, sólo lamento dos cosas.

—¿Qué, querido? —Él no contestó, por lo que ella repitió—: ¿Qué, querido?

—La primera —dijo Nathan por fin—, es que nunca podré ver los frutos de nuestras investigaciones, de todo ese duro trabajo realizado en el laboratorio.

«¡Qué extraño! —pensó ella mientras él hablaba—. Es la primera vez en todo el día que no me dirige la palabra con voz histérica y amenazadora.» Su obsesión, su crueldad, se había convertido en la ternura a que estaba acostumbrada, en el trato dulce y tranquilizador que formaba parte de él y que Sophie hacía muchas horas que consideraba ya irrecuperable. ¿Se había salvado también él en el último instante? ¿Estaba recalando en el refugio de su barbitúrico puerto? ¿Lo había librado su sueño del deseo de morir?

Se oyó un crujido en la escalera del exterior de la habitación, y se escuchó de nuevo aquella untuosa voz femenina:

—Señor y señora Landau, perdónenme, por favor. Mi marido desea saber si les apetecería algún aperitivo antes de la comida. Tenemos de todo, pero mi esposo hace un maravilloso ponche caliente de ron...

Al cabo de un momento, Nathan dijo:

—Sí, gracias, ponche de ron. Dos.

Y Sophie pensó: «Parece el otro Nathan, el de siempre». Pero enseguida le oyó cuchichear con suavidad:

—Y la otra cosa, la otra cosa que lamento es que tú y yo no hayamos tenido hijos. — Ella se quedó con la mirada fija en la creciente oscuridad; por debajo del cubrecama, sintió clavarse sus propias uñas como cuchillos en la carne de sus palmas mientras pensaba: «¿Por qué sale ahora con eso? Sé, como él dijo un día, que yo era una viciosa masoquista y que no me daba más que lo que yo quería, pero ¿por qué no puede ahorrarme por lo menos ese dolor?—'. Me refiero a lo de casarnos, a lo que anuncié anoche en la fiesta — oyó que él decía.

Sophie no contestó. Estaba medio soñando en la Cracovia de su infancia, en el

repiqueteo de los cascos de los caballos sobre el empedrado desgastado por el tiempo; sin razón alguna, vio la imagen del Pato Donald que, con las plumas erizadas y la gorra de marinero ladeada, farfullaba algo en polaco, y luego oyó la suave risa de su madre. Y pensó: «Si pudiera abrir la puerta que oculta mi pasado, aunque fuese un poco, quizá podría decírselo. Pero ese pasado, mis culpas, o algo parecido, mantiene mis labios en silencio. ¿Por qué no podré contarle lo que yo, también, he sufrido? Y perdido...».

...Incluso con su desquiciado e incesante parloteo, su repetición de frases como: «No seas majadera, Irma Griese»; incluso con una mano de él retorciéndole despiadadamente la cabellera como si fuera a arrancársela, incluso con la otra mano agarrándole dolorosamente el hombro, incluso con el indudable aspecto que ofrece allí echado, tembloroso y jadeante, de un hombre a punto de vomitar todo su demencial inframundo, incluso con el febril terror en que se halla sumida... Sophie no puede por menos de experimentar el delicioso placer de siempre mientras le chupa. Y chupa sin parar, con todo su cariño. Sus dedos están clavados en la arcillosa tierra de la ladera del bosque en que él yace debajo de ella, siente cómo la suciedad se pega en sus uñas. La tierra es húmeda y fría, el aire huele a madera quemada y el increíble esplendor de un follaje teñido de fuego se filtra a través de los párpados de Sophie. Y chupa, chupa. Debajo suyo, trozos de pizarra lastiman sus rodillas, pero ella no hace el menor movimiento para evitar el dolor que siente.

—Qué delicia... Sigue trabajándome, Irma, no pares de acariciar a tu chaval judío.

Ella acaricia sus duros genitales recogidos en la hueca palma de su mano, pasa los dedos por su delicado vello. Como siempre que cumple con este rito, Sophie tiene la sensación de que se desliza por el interior de su boca la resbaladiza superficie de una palmera de mármol; la suave y esponjosa cabeza, sus frondas que crecen y florecen en la oscuridad de su cerebro. «Esta relación, que es lo único que poseo, esta extática simbiosis —piensa—, es posible que se base solamente en este rígido y solitario *schlong* semítico, un falo que ha sido sitiado y vencido por un ejército de aterrorizadas princesas judías y deseado por un sinfín de bellas mandíbulas eslavas hambrientas de priapo. Sí, sí —sigue pensando incluso ahora, pese a las molestias y al miedo que siente—. Sí, sí, también me dio otras cosas: me hizo reír, me libró del sentimiento de culpabilidad que pesaba sobre mí cuando me demostró cuán absurda era mi vergüenza por haber ansiado tan locamente ensalivar su falo; no era culpa mía que mi marido fuera tan frío y que no quisiese que se lo hiciera, o que mi amante de Varsovia no me lo sugiriese nunca y me quedase sin poder probarlo. Nathan me decía que había sido víctima de dos mil años de prejuicios antichupadores judeocristianos. Víctima del mito de que sólo a los maricas les gusta. “¡Chupa —solía decir—, y disfruta, disfruta!”.» E incluso ahora con la nube de terror que la rodea, mientras él la insulta y maltrata..., incluso ahora su placer no es mero regocijo, sino un intenso deleite siempre renovado que estremece su espina dorsal con oleadas de placer mientras goza y sigue gozando y haciendo gozar. Ni siquiera la sorprende que cuanto más atormenta él su cuero cabelludo, cuanto más la agujonea con la detestada «Irma», tanto más aumente su lujuria y sus ganas de tragarse su verga. Ni encuentra nada de particular en el hecho de que, cuando por un instante levanta la cabeza para recobrar el

aliento, exclame, con el mismo ardor y espontaneidad de siempre: «¡Dios mío, cómo me gusta acariciarte!». Ahora abre los ojos, da una mirada al torturado rostro de Nathan y reanuda ciegamente su tarea mientras él habla con una voz que se ha convertido en grito para decirle, con un rugido que retumba por la ladera de la pedregosa colina:

—¡Continúa, puerca fascista, Irma Griese, furcia achicharradora de judíos!

La deliciosa palmera de mármol, el resbaladizo tronco que se hincha y crece más cada vez, le dice que Nathan se halla al borde del máximo placer, le dice que se prepare a recibir los latientes borbotones del chorro de leche de palmera; y en ese momento de fogosa expectación, Sophie siente, como siempre, que los ojos se le llenan inexplicablemente de ardientes lágrimas...

—Se me está pasando fácilmente —le oyó murmurar Sophie en el dormitorio tras un largo silencio—. Creí que me sería difícil recuperarme. Que iba a pasarlo verdaderamente mal. Pero no hay problemas. A Dios gracias, encontré los barbitúricos. —Hizo una pausa—. Nos costó descubrir dónde estaban, ¿verdad?

—Sí —contestó ella.

Tenía sueño. Fuera ya casi había oscurecido por completo y las flameantes hojas, perdido su brillo, se confundían con el plumizo cielo otoñal. En el dormitorio, la luz desaparecía por momentos. Sophie se revolvió junto a Nathan y fijó los ojos en la pared, donde una abuela de Nueva Inglaterra perteneciente a otros tiempos, atrapada en un ambarino halo ectoplásmico, le devolvió, por debajo del pañuelo que le cubría la cabeza, una mirada a la vez perpleja y comprensiva. Sophie, medio dormida, pensó: «El fotógrafo debió de decirle que se estuviera quieta “sólo” un minuto». Bostezó, dormitó un momento y volvió a bostezar.

—¿Dónde los encontramos, por fin? —preguntó Nathan.

—En la guantera del coche —respondió ella—. Los pusiste allí esta mañana y luego no lo recordaste. El tubo de Nembutal.

—Horroroso, chica. Jamás lo habría adivinado. Me hallaba en el espacio. En el espacio exterior. ¡Me había ido! —En un súbito rumor de sábanas se incorporó y la buscó a ciegas—. ¡Oh, Sophie...! ¡Dios mío, cómo te amo!

La rodeó con un brazo y la atrajo hacia él con un fuerte impulso; en el mismo instante, ella lanzó un grito. No fue un grito chillón, pero sí revelador, por su tono, de toda la intensidad del dolor que había sentido:

—¡Nathan...!

... (En cambio, no había gritado cuando la punta de su lustroso zapato de cuero chocó duramente contra sus costillas —exactamente entre dos de ellas—, cuando él retrocedió y repitió el golpe en el mismo sitio. Ella se limitó a contener el aliento y a expresar con una mueca el dolor que experimentó más abajo del pecho.)

—¡Nathan!

Éste es un quejido de desesperación, pero no un grito. Entre el áspero suspirar de su respiración recobrada, sus oídos captan los metódicos y bestiales gruñidos de Nathan:

—Und die... SS Mädchen... Spracht... para que aprendas... ¡puerca *Jüdingschwein!*

Sophie no hace nada para evitar los dolorosos golpes, sino que los encaja para conducirlos a algún profundo sótano o pozo ciego donde irá guardando todas las bestialidades de Nathan: sus amenazas, sus insultos, sus maldiciones. Y tampoco llora. Mientras yace de nuevo en lo más profundo del bosque —en una especie de promontorio cubierto de maleza que domina parte de la ladera adonde él la ha llevado medio a empujones, medio arrastrándola—, puede ver, a través de los árboles, mucho más abajo, el coche con la capota plegada, solitario y empequeñecido por la distancia, azotado por el viento en una zona de estacionamiento donde se arremolinan hojas y desperdicios. La tarde, con un cielo parcialmente nublado, es cada vez más oscura. Han pasado en el bosque un lapso de tiempo que a ella le ha parecido de varias horas. Le ha dado tres puntapiés. El pie retrocede de nuevo y ella espera temblando, menos de miedo o de dolor que a causa del húmedo frío otoñal que ha penetrado en sus brazos y piernas, en todos sus huesos. Pero esta vez el pie no la golpea, se queda reposando sobre las hojas.

—¡Voy a orinarte! —le oye decir—. ¡Sí, *wunderbar*, maravilloso, qué idea!

Utiliza su pie relucientemente calzado como palanca para cambiar de posición el rostro de Sophie, que estaba de lado con una mejilla pegada a la tierra, y así consigue que mire hacia arriba; el contacto del cuero con su cara es frío y resbaladizo. Y aun cuando observa que él se baja la cremallera de los pantalones, y aunque obedece su orden de abrir la boca, cae en un momento de éxtasis al recordar unas palabras suyas: «Querida mía, creo que estás totalmente desprovista de yo». Le murmuró está frase con enorme ternura una tarde de verano después de cierto episodio: la llamó desde el laboratorio y, entre otras cosas, le dijo que se moría de ganas de comerse un montón de *Nusshörnchen*, los pastelillos que ambos probaron una vez en Yorkville... y que ella se apresuró a conseguirle aquella misma tarde tan pronto como colgó el teléfono, para lo cual tuvo que viajar kilómetros y kilómetros en metro desde Flatbush a la calle Ochenta y seis y entregarse a una desesperada búsqueda que al fin se vio premiada con el hallazgo de las golosinas; cuando lo obsequió con ellas al cabo de varias horas, presentándose ante él con un radiante: «*Voilà, monsieur, die Nusshörnchen!*, Nathan le dijo cariñosamente que no debía hacer aquellas cosas, y añadió: «Es una locura satisfacer de esa manera mis pequeños antojos, querida Sophie, mi dulce Sophie. ¡Creo que estás totalmente desprovista de yo!». (Y entretanto ella pensaba lo mismo que ahora: «¡Haría cualquier cosa por ti, cualquier cosa, todo lo que tú quisieras!».) Sin embargo, el intento de micción que Nathan está llevando a la práctica comienza a producirle el primer pánico del día.

—Abre bien la boca —le ordena.

Ella la abre de par en par mirándolo, receptiva, temblorosos los labios. Pero él no logra su propósito. Una, dos, tres gotas, suaves y calientes, salpican su frente. Eso es todo. Sophie espera con los ojos cerrados. Sólo adivina los movimientos de Nathan en lo alto mientras siente el frío y la humedad de la tierra debajo de ella, mientras escucha un lejano rumor de ramas y hojas azotadas por el viento. Entonces lo oye gemir; es un gemido que el terror hace tembloroso:

—¡Dios mío, no creo que me recupere tan fácilmente como pensaba! —Ella abre los ojos y lo mira con fijeza. El rostro de Nathan, que ha tomado de súbito un color blanco verdoso, le recuerda la panza de un pez. Y nunca ha visto una cara tan llena de sudor;

parece cubierta de aceite—. ¡Me siento enloquecer! —grita—, ¡Voy a enloquecer! —Se agacha al lado de Sophie con la cabeza entre las manos; se cubre los ojos, gime, tiembla—. ¡Dios mío, voy a enloquecer! ¡Tienes que ayudarme, Irma!

Y entonces, con una velocidad casi propia de un sueño, se lanzan hacia el sendero que conduce al pie de la colina; ella guiándolo por la abrupta pendiente como una enfermera que condujese a un herido, mirando atrás de vez en cuando para asegurarse de que Nathan no choca con los árboles o de que no se hizo daño en sus frecuentes tropiezos; él medio cegado por la mano con que se cubre los ojos cual si fuera una pálida venda. «¡Voy a enloquecer!», sigue murmurando. Bajan y bajan hasta que después de cruzar un puente de tablones sobre un riachuelo y continuar avanzando entre ardientes árboles de hojas rojas, rosáceas y anaranjadas, llegan al llano claro del bosque (que en realidad es una abandonada zona de aparcamiento perteneciente al parque nacional en que se hallan), donde el convertible espera junto a una papelera rebosante de latas de conserva vacías, en medio de un torbellino de cajas de cartón plastificado que contuvieron leche, de platos de papel y envoltorios de caramelos. ¡Por fin! Nathan salta hacia el asiento trasero, donde llevan el equipaje, coge su maleta y la echa al suelo, la abre y se pone a revolverla como un frenético trapero en busca de un fabuloso tesoro. Sophie se queda a un lado sin poder hacer nada para ayudarlo, sin decir nada, mientras el contenido de la valija vuela por el aire y se esparce por todo el coche y sus alrededores: calcetines, camisas, prendas interiores, corbatas, todo el vestuario de un loco lanzado al viento.

—¡Ese maldito Nembutal! —ruge—. ¿Dónde lo puse? ¡Me cago en la...! Dios mío, tendré que... —Pero no termina la frase; en vez de eso se pone de pie, da una rápida media vuelta y salta al asiento delantero, se deja caer bajo el volante y busca en la guantera—. ¡Lo encontré! ¡Agua! —grita con voz ronca—. ¡Agua!

Sophie, aunque confusa y sumida en su propio dolor, enseguida rompe el cartón de una caja de cervezas de jengibre que llevan en el asiento de detrás y que aún no habían abierto, destapona una de las botellas tras buscar nerviosamente el abridor y se la echa a Nathan en medio de un mar de espuma. Él se toma las pastillas con un trago de cerveza en tanto que ella se entrega a los más inesperados pensamientos: «Pobre diablo... ¿Cuáles fueron las palabras que él susurró, hace sólo unas semanas, mientras veíamos la película *Días sin huella*, en la que Ray Milland, enloquecido, luchaba por la salvación de su botella de whisky? Sí, “¡Pobre diablo!”, fue lo que Nathan murmuró». Ahora, observando cómo él, amorrado a la botella, mueve los músculos de la garganta con rápidas convulsiones, rememora aquella escena de la película y dice para sí: «Pobre diablo...», cosa que no tendría nada de extraño, reflexiona, si no fuera por el hecho de que es la primera vez que ella experimenta respecto a Nathan una emoción parecida a algo tan degradante como la piedad. No puede soportar ese sentimiento de lástima hacia él. La sola conciencia de experimentarlo la trastorna hasta el punto de entumecer su cara. Lentamente, se agacha hasta quedar sentada y se apoya en el coche. La basura y el polvo que llenan el aparcamiento remolinean a su alrededor empujados por el viento. El dolor de su costado, bajo el pecho, la agujonea agudamente y le trae recuerdos desagradables. Se acaricia las costillas con las puntas de los dedos delineando febrilmente la zona dañada. Se pregunta si tendrá algo roto. Pese al dolor y al aturdimiento que siente, no ignora que ha perdido la noción del tiempo. Apenas oye a Nathan cuando, desde el asiento delantero donde

permanece echado con media pierna fuera del coche (todo lo que ella ve de él), murmura una frase que, aun sonando lejana y oscura, deja entender algo así como «la necesidad de morir». Y enseguida una risotada, aunque no muy fuerte:

— ¡Ja, ja, ja!

Luego un largo silencio, roto quedamente por ella al decir:

— Querido, no debes llamarme Irma.

—No podía soportar que me llamara Irma —me dijo Sophie—. Se lo aguantaba todo, pero aquello... que me convirtiera en Irma Griese, era insufrible. La vi un par de veces en el campo de concentración... Era un monstruo femenino. A su lado, Wilhelmine parecía un ángel. Me dolía más que me llamara Irma que todas sus patadas. Por eso, antes de llegar a la hostería aquella noche, intenté convencerlo de que no debía darme aquel nombre, y cuando comenzó a llamarme Sophiamor comprendí que se le estaba pasando el efecto de las drogas, que ya no estaba tan perturbado. Sin embargo, seguía jugueteando con las capsulitas de veneno. Era lo que me daba más miedo en aquel momento. No sabía hasta dónde era capaz de llegar. Estaba loca por nuestro amor y por nuestra vida en común y no quería que muriésemos, ni juntos ni por separado. No. De todos modos, era posible que el Nembutal lo hubiera calmado. Me percaté de ello cuando, después de estrecharme entre sus brazos y causarme un dolor que me hizo gritar y sentirme al borde del desmayo, se dio cuenta de lo que me había hecho. Abrumado por la culpa, me susurró cuando aún estábamos en la cama: «Sophie, Sophie, ¿qué te he hecho? ¿Cómo pude hacerte tanto daño?». Y cosas por el estilo. Pero las otras pastillas, los barbitúricos, estaban haciéndole efecto y no podía mantener los ojos abiertos; no tardó en dormirse.

»Recuerdo que la dueña de la hostería subió otra vez la escalera para preguntarnos a través de la puerta cuándo bajaríamos, pues se estaba haciendo tarde para el ponche de ron y la cena. Y también que, cuando le dije que estábamos cansados y que sólo deseábamos dormir, se enfadó mucho y dijo que nuestro comportamiento era increíble, etcétera, pero no le hice caso; yo también tenía sueño, además de sentirme cansadísima. Así que volví a la cama y me acosté de nuevo junto a Nathan y pronto me sentí en el umbral del sueño. Pero entonces, ¡oh, Dios mío!, me acordé de las cápsulas de veneno; se hallaban todavía en el cenicero. Fui presa del pánico. Me aterrorizaba, sobre todo, no saber qué hacer con ellas. Eran tan peligrosas... No podía echarlas por la ventana ni en la papelera, pues temía que se rompieran o abrieran y sus emanaciones mataran a alguien. Pensé en el retrete, pero no desapareció por ello mi preocupación: seguía teniendo miedo de las emanaciones del cianuro, o de que éste envenenara el agua o incluso la tierra. No sabía qué hacer. Sabía que debía ponerlas fuera del alcance de Nathan. Eso me decidió, a pesar de todo, a probar suerte en el retrete. Cogí las cápsulas del cenicero con sumo cuidado y me dirigí a través de la oscuridad al cuarto de baño, donde aún había un poco de luz. Las eché en el retrete. No flotaron como me había imaginado, sino que se hundieron como dos piedrecitas. Solté el agua y desaparecieron en el acto.

»Regresé a la cama, y entonces sí que dormí. No recuerdo haber dormido jamás en una oscuridad tan profunda y sin sueños. No sé cuánto duró aquel descanso absoluto. Sólo recuerdo que Nathan despertó gritando en medio de la noche. Seguramente fue por

alguna reacción de las drogas que había tomado, lo ignoro, pero era aterrador oírlo vociferar como un demonio junto a mí en plena noche. Aún no sé cómo no despertó a todo el mundo en varios kilómetros a la redonda. Yo desperté con un gran sobresalto y oí que hablaba a gritos de la muerte y la destrucción, de los ahorcamientos, de los judíos gaseados y eliminados en los hornos crematorios, y de no sé cuántas cosas más. Había pasado el día en un constante terror, pero aquello era lo peor de cuanto había sufrido. Su exaltación había aumentado y disminuido varias veces a lo largo de las pasadas horas, pero aquello parecía la locura definitiva. «¡Debemos morir!», comenzó a bramar en la oscuridad. Y luego, como en un largo rugido, dijo: «¡La muerte es una necesidad!». Entonces, alargando los brazos por encima de mí, tanteó hacia la mesilla de noche en busca del veneno. No obstante, cosa extraña, todo eso duró sólo unos instantes. Me pareció que estaba muy débil, pues pude detenerlo rodeándolo con mis brazos y obligarlo a echarse de nuevo al tiempo que le decía: «Anda, querido, es mejor que duermas, no pasa nada, has tenido una pesadilla» y tonterías por el estilo. Pero lo cierto fue que lo que le dije dio buen resultado, pues volvió a dormirse. Estaba tan oscura aquella habitación... Lo besé en la mejilla. Tenía la piel fría.

»Dormimos durante horas y horas. Cuando por fin me desperté, deduje, por el modo como el sol daba en la ventana, que debían de ser las primeras horas de la tarde. Al otro lado de la ventana, las hojas brillaban como si todo el bosque estuviera en llamas. Nathan aún dormía y me quedé largo rato a su lado, pensando. Había llegado al convencimiento de que no podía mantener enterrada por más tiempo la última cosa del mundo que quería recordar. Y además de no poder escondérmela a mí misma, tampoco podía seguir ocultándosela a Nathan. No podíamos continuar viviendo juntos a no ser que se lo contara. Sabía que había algunas cosas que no podría contarle nunca (¡nunca!), pero una de ellas, cuando menos, debía saberla; de otro modo no habiéramos podido continuar nuestra relación, ni casarnos nunca. Y también sabía que yo, sin Nathan, no sería... nada. Por lo tanto decidí decirle aquello, que en realidad no era un secreto, sino algo que nunca había mencionado porque el dolor que me producía hablar de ello era más de lo que yo podía soportar. Nathan seguía durmiendo. Tenía la cara muy pálida, pero a juzgar por su aspecto tranquilo, su estado demencial había desaparecido. Yo tenía la impresión de que el efecto de todas las drogas que llegó a tomar ya había pasado, de que el demonio lo había abandonado, lo mismo que todos los malos vientos de la *tempête*, ¿sabes?, y que volvía a ser el Nathan que yo amaba.

»Me levanté y fui hacia la ventana para contemplar el bosque. Era hermosísimo con sus flameantes colores. Casi había olvidado el dolor de mi costado y cuanto había sucedido, el veneno y todas las locuras de Nathan. De niña, en Cracovia, como tú ya sabes, era muy religiosa, y cuando estaba sola hacía un juego al que llamaba «la imagen de Dios». Cuando veía algo que consideraba hermoso (una nube o una llama, la verde ladera de una montaña o la luz que inundaba el cielo), intentaba descubrir la imagen de Dios en lo que había elegido, como si Dios tomara realmente la forma de la cosa que estaba contemplando, como si viviera en ella y en ella pudiera verle a Él. Y aquel día, mientras a través de la ventana miraba aquel portentoso bosque que se extendía en suave declive hasta el río y que destacaba, en lo alto, sobre un cielo clarísimo, me olvidé de mí misma y de mi desazón y, por un momento, me sentí de nuevo como una niña y me puse a buscar

la imagen de Dios en el panorama que tenía delante. Había en el aire un maravilloso olor de humo; lo vi surgir del bosque y en él descubrí la imagen de Dios». Pero entonces..., entonces se me apareció en la mente algo más concreto, algo que sabía con absoluta seguridad: que Dios había vuelto a abandonarme, y que lo había hecho para siempre. Tuve la impresión de que lo veía marcharse, de que volvía las espaldas como un enorme y extraño ser y desaparecía fragorosamente entre las hojas. Sí, Stingo, ¡vi desvanecerse la enorme espalda de Él entre los árboles! La luz no tardó en debilitarse y noté en mi interior un gran vacío... mientras volvía a mí la conciencia de mi situación con Nathan y la certeza de lo que debía decir.

»Cuando por fin Nathan se despertó, yo me encontraba a su lado en la cama. Sonrió y dijo algunas palabras, y yo me di cuenta de que apenas recordaba lo que había sucedido durante las últimas horas. Nos dijimos un par de cosas sin importancia, esas cosas, ¿sabes?, que se dicen indolentemente al despertar, y entonces me incliné muy cerca de él y le dije: «Querido, hay algo que debes saber; he de decírtelo», y él se volvió hacia mí riendo. «No te pongas tan...», dijo, pero se detuvo de pronto para preguntar enseguida: «¿Qué?». Y yo le dije: «Tú has creído siempre que yo era una mujer sin ataduras de ninguna clase, que nunca estuve casada ni nada parecido, sin familia y casi sin recuerdos de otros tiempos. Lo hice así porque de ese modo evité remover el pasado, cosa que no deseaba por lo penoso que me hubiera resultado. Supongo que a ti también te ha ido mejor de esa manera». Nathan pareció contristado y yo proseguí: «Pero debo decírtelo. Se trata de esto: hace ya años, estuve casada y tuve un hijo, un niño llamado Jan que fue recluido conmigo en Auschwitz». Entonces paré de hablar y miré hacia otro lado, y él permaneció mucho, mucho tiempo callado. Finalmente oí que exclamaba: «¡Dios mío! ¡Dios mío!». Lo repitió varias veces; luego se calló y al cabo de un rato dijo: «¿Qué le sucedió? ¿Qué le pasó a tu hijo?». Y yo le respondí: «No lo sé. Se perdió». Y él preguntó: «¿Quieres decir que murió?». Y yo le contesté: «No lo sé. Sí, tal vez. Es igual. Para mí se perdió. Se perdió para siempre».

»Y eso es todo lo que pude decir, además de otra cosa. Añadí: «Ahora que ya te lo he dicho, debes prometerme que nunca volverás a preguntarme por mi hijo. O a hablarme de él. Yo tampoco volveré a mencionártelo». Y Nathan me lo prometió con una sola palabra. «Sí», afirmó, pero su rostro reflejaba tanta aflicción que tuve que desviar la mirada de él. Entonces me dijo; «Sophiamor, me he comportado como un loco... Quiero disculparme por mi locura». Y al cabo de un momento me preguntó: «¿Quieres que juguemos?». Y yo respondí en el acto: «Sí, ya lo creo». Y nuestra batalla amorosa duró toda la tarde, haciéndome olvidar todas las penas y dolores, pero también a Dios, a Jan y muchas otras cosas que había perdido. Y tuve la seguridad de que Nathan y yo, al menos por algún tiempo, seguiríamos viviendo juntos.

Ya de madrugada, tras su largo soliloquio, tuve que llevar a Sophie a la cama (mejor dicho: tuve que depositarla en ella). Me sorprendió que después de haber bebido tanto se conservara tan coherente hasta aquella hora avanzada de la noche, pero en el momento de cerrar el bar —las cuatro de la madrugada— observé que estaba completamente agotada. En un acto de fanfarronería, tomé un taxi para llevarla al Palacio Rosado, que distaba cosa de un kilómetro y medio del Maple Court; Sophie hizo este recorrido adormilada contra mi hombro. La ayudé a subir la escalera, empujándola por la cintura desde atrás, tambaleante sobre unas piernas que casi no la sostenían. Unos pequeños suspiros fueron su única señal de vida cuando la ayudé a echarse totalmente vestida en la cama, donde quedó sumida, a juzgar por su aspecto y la palidez de su rostro, en lo que parecía un verdadero estado de coma. Yo, no menos bebido y agotado que ella, la cubrí con una colcha. Bajé entonces a mi habitación y, tras desvestirme, me introduje entre las sábanas para dormirme en el acto como un cretino.

Desperté con la luz del sol de última hora de la mañana en pleno rostro y con los oídos llenos del piar de los pájaros y el griterío de jovencitos procedentes del vecino parque. Todos esos sonidos llegaban a mi conciencia refractados a través de una cabeza dolorida y del palpitante malestar de la peor resaca que había sufrido desde hacía uno o dos años. Quedaba demostrado que también la cerveza puede estragar el cuerpo y el alma si se toma en cantidad suficiente. Me sentía víctima de una ruda y terrible intensificación de todas las sensaciones: la pelusa de la sábana en que reposaba mi desnuda espalda parecía una rastrojera; el piar de un gorrión en el exterior, el graznido de un pterodáctilo; y la rueda de un camión sacudida en la calle por un bache, un estruendo que no habrían hecho ni las mismas puertas del infierno al cerrarse de golpe. Todos mis ganglios nerviosos estaban estremecidos. Y otra cosa: ardía de lujuria, indefenso entre las garras de la concupiscencia provocada por el alcohol y conocida, al menos en aquellos tiempos, por «calenturas de la resaca». Ya normalmente lleno de unas ansias lascivas jamás satisfechas —como no debe de ignorar el lector a estas alturas—, me convertía, durante aquellos arrebatos causados por la resaca, por fortuna poco frecuentes, en un organismo olvidado de Dios, absolutamente esclavo del instinto sexual, capaz de violar a cualquier criatura de cualquier sexo, dispuesto a copular con el primer vertebrado de sangre caliente que se me pusiera por delante. Por otra parte, la burda autosatisfacción no podía calmar tan imperioso y febril deseo. Era un apetito demasiado avasallador, surgido de fuente procreadoras demasiado exigentes, para contentarse con unos simples meneos manuales. No creo caer en ninguna exageración al juzgar ese desarreglo (porque en realidad no era otra cosa) como primordial: «Me habría follado el fango» era la frase con que los infantes de la Marina intentaban expresar entonces tales ardores. Volviendo a mi caso y circunstancia, sacudido por un gesto de hombría que recibió mi propio aplauso, salté bruscamente de la cama pensando en la playa conocida por Jones Beach y en Sophie, a quien había dejado en la habitación de arriba.

Me asomé al pasillo y la llamé. Oí unos acordes de algo perteneciente a Bach. Aunque

la respuesta de Sophie llegó sofocada desde detrás de la puerta, me sonó suficientemente alegre como para entregarme enseguida a mis abluciones matinales. Era sábado. La noche anterior, en lo que me pareció un raptó de afecto hacia mí (o que fue, quizá, simple euforia alcohólica), Sophie me prometió que no se marcharía de la casa, para trasladarse a su nuevo lugar de Fort Greene Park, hasta después de aquel fin de semana. También aceptó con entusiasmo una salida conmigo a Jones Beach. Yo nunca había estado allí, pero sabía que era una playa menos concurrida que Coney Island. En aquel momento, mientras me enjabonaba bajo un tibio chorro en el ataúd metálico vertical de color rosa que servía de cuarto de ducha, comencé a hacer rápidos y serios planes sobre Sophie y el futuro inmediato. Era consciente, como nunca, de lo tragicómica que resultaba mi pasión por Sophie. Por una parte, poseía suficiente sentido del humor como para darme cuenta de los ridículos vaivenes y contorsiones que me producía la mera noción de su existencia. Las montañas de literatura romántica que había leído me bastaban para saber que mis frustradas ilusiones sólo asaz cómicamente podían llamarse «amor no correspondido».

Sin embargo, mi situación sólo era cómica a medias. Porque la ansiedad y el dolor que me causaba aquel amor unidireccional era para mí tan cruel como si hubiese pillado alguna enfermedad mortal. La única cura para esa enfermedad era la correspondencia de su amor... y un genuino cariño por parte de ella parecía tan lejano e imposible como la cura del cáncer. Había ocasiones (y aquélla era una de ellas) en que me sentía capaz de insultarla en voz alta; a solas, claro —«¡Esa puta de Sophie!»—, pues casi habría preferido su mofa y su odio a aquel sucedáneo de amor que podía llamarse afecto o aprecio pero nunca auténtico cariño. Resonaban aún en mi mente los ecos de su efusión verbal de la noche anterior, con su brutalidad, su ternura, su desespero y su perverso erotismo, su hedor a muerte y su terrible visión de Nathan. «¡Dios te maldiga, Sophie! —dije a media voz, pronunciando con lentitud las palabras mientras me enjabonaba la entrepierna—. Pero ahora que Nathan ha quedado fuera de tu vida, que se ha ido para siempre, que la fuerza de la muerte ha desaparecido, ¡ámame, Sophie! ¡Quiéreme! ¡Ama la vida!»

Mientras me secaba, consideré en términos mercantiles las razones de peso que Sophie pudiese oponer a la posibilidad de aceptarme como novio, siempre que, por supuesto, mis palabras consiguieran perforar la muralla emocional que nos separaba y yo llegase —de momento, no sabía cómo— a ganarme su amor. Sus objeciones en potencia no eran precisamente alentadoras. Sí, lo sabía, era varios años más joven que ella (y un grano pospubescente en pleno florecimiento a un lado de la nariz confirmaba aquel irrefutable hecho), pero en realidad era una cuestión trivial con muchos precedentes históricos que la hacían correcta, o al menos aceptable. Además, mi solvencia económica distaba mucho de la de Nathan. Aunque no podía ser tachada de derrochadora, Sophie amaba la esplendidez de la vida norteamericana; la aceptación a medias de cualquier invitación no se contaba entre sus cualidades más visibles, por lo que me pregunté, con un pequeño pero audible gruñido, cómo delante podría mantener a ambos. Y en aquel momento, como obedeciendo a un pensamiento reflejo, saqué de su escondrijo del botiquín la cajita donde guardaba mi tesoro. ¡Estaba vacía! Con indescriptible horror, vi que todo mi dinero, hasta el último dólar, había desaparecido. Me sentí reducido a la nada.

De entre el tumulto de negras emociones que atraviesan la mente de un recién robado —disgusto, desesperación, rabia, odio contra el género humano—, la más

sobresaliente suele ser también la más venenosa de todas: la sospecha. En mis adentros, no pude por menos de señalar a Fink con un dedo acusador. Morris Fink vagaba siempre por toda la casa y tenía acceso a mi habitación, cosa que aumentaba sus posibilidades de culpabilidad, pero mi sospecha sin pruebas, quizá por el hecho de que el corpulento hombre para todo había comenzado a resultarme simpático, era bastante débil. Fink me había hecho algún pequeño favor, lo que no hacía más que complicar la desconfianza que ahora me veía obligado a sentir hacia él. Y, por supuesto, no me atreví a comunicar a nadie mi sospecha, ni siquiera a Sophie, que recibió la noticia de la depredación afectuosamente conmovida:

—¡Oh, no, Stingo, no! ¡Pobre Stingo! ¿Cómo es posible? —Gateando, salió de la cama, donde, apoyada en las almohadas, había estado leyendo una traducción francesa de *Fiesta*, de Hemingway—. ¡Stingo! ¿Quién puede haberte hecho una cosa como ésta? —Sólo vestida con su floreada bata de seda se me echó encima para rodearme con sus brazos. Mi turbación fue tan intensa que no pude reaccionar en modo alguno, ni siquiera al notar la agradable presión de sus pechos—. ¡Stingo! ¡Te han robado! ¡Qué cosa más horrible!

Sentí que me temblaban los labios, estaba a punto de caer en la ridiculez de echarme a llorar.

—¡Ha desaparecido! —exclamé—. ¡Todo! ¡Más de trescientos dólares! ¡Lo único que me separaba del asilo! ¡Cómo podré ahora escribir mi libro! Me han quitado cuanto tenía, hasta el último céntimo..., excepto... —Un pensamiento tardío me hizo tomar mi cartera y abrirla—. Excepto cuarenta dólares..., estos cuarenta dólares que tuve la suerte de llevarme anoche al salir de aquí contigo. ¡Oh, Sophie, qué desastre! —Medio inconscientemente, me encontré imitando a Nathan—: ¡Me han dejado para el arrastre!

Sophie poseía el misterioso don de calmar las más desbordadas pasiones, entre las que descollaban las de Nathan cuando no enloquecía de modo incontrolable. Era una extraña facultad de hechicera que nunca llegué a explicarme y que seguramente tenía que ver con el hecho de que era europea y con algo que había en ella de oscura y seductoramente maternal. «¡Chsss...!», hacía en cierto tono de fingida reprensión, ante lo cual uno no podía sino tranquilizarse y acabar por sonreír. La desolación que sentía en aquel momento excluía cualquier cosa parecida a una sonrisa, pero Sophie se las arregló para calmar rápidamente mi frenesí.

—Stingo —me dijo, jugueteando con los hombros de mi camisa—, lo que te ha sucedido es algo terrible, sí, pero no debes comportarte como si te hubiera caído encima la bomba atómica. Un chico tan crecilito como tú... y parece que vayas a echarte a llorar. ¿Qué son trescientos dólares? A no tardar mucho, cuando seas un gran escritor, esos trescientos dólares los ganarás cada semana. Esta pérdida es un gran contratiempo, *mais, chéri, ce n'est pas tragique*, la cosa no es tan trágica, ¿sabes? No puedes hacer nada para remediarlo; así que lo más sensato en tu situación es olvidarlo, al menos por ahora, e irte conmigo a Jones Beach tal como habíamos quedado. *Allons-y!*

Sus palabras me ayudaron mucho a serenarme. Por sería que hubiera sido mi pérdida, no podía hacer casi nada para cambiar las cosas, por lo que me propuse relajarme y al menos pasarlo bien con Sophie el resto del fin de semana. Ya quedaría tiempo para enfrentarme con el monstruoso futuro que me esperaba el lunes. Comencé a ansiar nuestra salida a la playa con la misma euforia escapista de quien evade sus cargas fiscales

buscando la pérdida del propio pasado en Río de Janeiro.

Aunque bastante sorprendido por mis gazmoñas objeciones, intenté prohibir a Sophie que metiera en su bolsa de playa la media botella de whisky que quedaba. Pero ella insistió de buen humor, diciendo:

—Tengo derecho a traguear un poco, ¿no te parece? —expresión sin duda tomada de Nathan—. No eres el único que desea beber a su gusto, Stingo —añadió.

¿Fue en aquel momento cuando empecé a preocuparme seriamente por su afición al alcohol? Creo que hasta entonces había considerado aquella nueva tendencia de Sophie como una anomalía pasajera, como un deseo momentáneo de buscar consuelo y olvido, provocado ante todo por el abandono de que Nathan la había hecho objeto. Pero ahora ya no estaba tan seguro de mi hipótesis: la duda y la preocupación no me dejaban tranquilo mientras viajábamos en un atestado y bullicioso vagón del metro. Pronto lo dejamos para tomar el autobús que salía de la cochambrosa terminal de la avenida Nostrand y que nos llevaría a Jones Beach. Aquella estación era un lugar lleno de brooklynianos desmandados que sólo pensaban en abrirse paso a empujones para asegurarse el transporte que les permitiría gozar del sol. Sophie y yo fuimos los últimos en subir a nuestro autobús. Parado en un túnel sepulcral, el maloliente vehículo permaneció unos momentos en una oscuridad absoluta y totalmente silenciosa pese a estar relleno de inquietos cuerpos humanos. El efecto de aquel silencio era realmente siniestro —era increíble, pensé mientras nos ladeábamos para avanzar hacia la parte trasera, que tal gentío no dejara escapar allí dentro ni un murmullo, ni un suspiro, ni la menor señal de vida—, y en medio de él llegamos por fin a nuestros sucios y desastrados asientos.

En aquel momento, el autobús arrancó y salió hacia la luz del sol. Entonces pude discernir a nuestros compañeros de viaje. Sólo vi niños y niñas: pequeños judíos a punto de salir de la infancia o recién entrados en la adolescencia; todos ellos sordomudos. Supuse que eran judíos porque uno de los niños llevaba una gran pancarta que, con letras pintadas a mano, decía: ESCUELA ISRAELITA BETH PARA SORDOMUDOS. Dos maternas y tetudas mujeres recorrían el pasillo repartiendo alegres sonrisas, expresándose con movimientos digitales, como si dirigieran un coro desprovisto de voces. Aquí y allá, un crío contestaba agitando las manos como alas. Me sentí temblar dentro del tubo de drenaje sin fondo de mi resaca. Tuve una terrible sensación de pánico. A mis atormentados nervios sólo les faltaba la contemplación de aquellos ángeles incapacitados y el mareante olor de los gases de combustión defectuosa que salían del motor para sumirlos en un fantasmagórico mar de ansiedad. Tampoco el amargo tono de la voz de Sophie y lo que comenzó a decirme contribuyeron a disminuir mi angustia. Tras tomar algunos sorbos de la botella, había aumentado increíblemente su locuacidad. Pero lo que más me sorprendía de sus palabras era lo que decía de Nathan y el rencor que traslucían. Apenas podía creer en la realidad de aquel nuevo tono y lo atribuí al whisky. La oía a través del rugido del motor, de la azulada niebla de hidrocarburos, que me atontaban y me producían un intenso malestar; rogaba a Dios que me permitiera respirar cuanto antes el aire puro de la playa.

—Anoche —dijo—, anoche, Stingo, después de contarte lo que sucedió en Connecticut, me di cuenta por primera vez de una cosa. Me percaté de que estaba contenta de que Nathan me hubiera dejado. Quiero decir contenta de veras. Dependía tanto de él,

¿sabes...? Y eso no era bueno. No podía dar un paso sin él. No podía tomar la más pequeña decisión sin pensar primero en Nathan. Sí, ya sé que tenía esa deuda por lo mucho que había hecho por mí, lo sé muy bien, pero era una situación morbosa, la mía, haciendo de gatita para que él pudiera mimarme. Mimarme y usarme en la cama...

—Sí, pero ¿no me dijiste que era drogadicto? —la interrumpí. Sentí una extraña necesidad de decir algo en defensa de Nathan—. Quiero decir... ¿No es cierto que sólo era tan terrible contigo cuando se hallaba bajo los efectos de las drogas...?

—¡Drogas! —dijo ella cortándome bruscamente—. Sí, era drogadicto. Pero por Dios, ¿bastaba esa excusa? ¿Lo justificaban todo, las drogas? Estoy tan cansada de oír decir que hay que apiadarse de las personas que se hallan influidas por las drogas... Que eso excusa su conducta... ¡Déjate de pamplinas, Stingo! —exclamó empleando un típico nathanismo—. ¡Por poco me mata, ese tío! ¡Me pegaba! ¡Me lastimaba! ¿Por qué tenía que seguir amando a un hombre como ése? Incluso me hizo una cosa que omití decirte anoche. Me rompió una costilla a puntapiés. ¡Una costilla! Tuvo que llevarme a que me viera un médico (no, Larry no; se habría enterado de todo). Me llevó a un médico que me hizo radiografías y me obligó a ir envuelta en esparadrapo durante seis semanas. Y tuvimos que inventar un cuento para aquel doctor: que había resbalado y que, al caerme, me había roto la costilla contra el pavimento. ¡Ay, Stingo, cómo me alegro de haberme librado de ese tipo! ¡De un hombre tan cruel, tan... tan *malhonnête*, tan... ruin! Me siento dichosa de haber roto con él —dijo, quitándose con el dedo una pequeña mancha de saliva del labio—. Si quieres que te diga la verdad, me siento extasiada. Ya no necesitaré a Nathan. Nunca más. Aún soy joven, tengo un buen empleo, soy sexy y puedo encontrar otro hombre con facilidad. ¡A lo mejor me caso con Seymour Katz! ¿Te figuras cómo se sorprendería Nathan si me casara con ese quiropráctico? ¿Precisamente con uno de los hombres con quien, según sus falsas acusaciones, tuve relaciones deshonestas? ¡Y cómo se lo tomarían sus amigos! ¡Los amigos de Nathan!

Me volví para mirarla: sus ojos brillaban de furor. Al observar que su voz se hacía más chillona, estuve a punto de decirle que no gritara tanto, pero no lo hice al darme cuenta que sólo yo podía oírla.

—No podía soportar a sus amigos —prosiguió—, te lo aseguro. En cambio, su hermano me era muy simpático. A Larry voy a echarlo de menos, y también me agradaba Morty Haber. Pero los demás amigos suyos... Aquellos judíos, con sus psicoanálisis... Siempre hablando de su confusión mental, preocupándose sólo del estado de sus brillantes cerebros, de sus analistas y todo ese rollo. Tuviste ocasión de oírlos, Stingo. Ya sabes a qué me refiero. ¿Escuchaste nunca algo tan ridículo? «Mi analista esto, mi analista aquello...» ¡Qué espectáculo más repugnante, el de esos comodones judíos norteamericanos, con su doctor Fulano de Tal, al que pagan un montón de dólares por hora para que les examine sus miserables almitas judías! ¡Puah! —terminó, y una sacudida nerviosa recorrió su cuerpo al tiempo que se volvía hacia el otro lado.

La furia y el rencor de Sophie, combinados con su afición al whisky —cosas, todas ellas, nuevas para mí—, aumentaron mi agitación hasta el punto de hacerme casi insoportable. Mientras ella seguía hablando, advertí varios desafortunados cambios en mi cuerpo: notaba una tremenda acidez de estómago, sudaba como un fogonero y una traviesa tumescencia había puesto tieso como un palo a mi querido y olvidado miembro.

Sin duda alguna, el diablo había tenido algo que ver en las amenidades de aquel viaje. Tenía la impresión de que no volveríamos a salir jamás del decrepito autobús que, en aquel momento, bamboleante y ruidoso, exhalando pestilentes tufos, avanzaba pesadamente por los yermos salpicados de hotelitos de Queens y Nassau. En medio de la muda algarabía de los gesticulantes crios que nos acompañaban, la voz de Sophie me dolía como un aria desafinada. Lástima que las condiciones emocionales en que me hallaba no me permitiesen aceptar mejor la carga de su mensaje...

—¡Los judíos! —exclamó—. Al fin y al cabo, no puede ser más cierto: *sous la peau*, en el fondo, todos son exactamente iguales, ¿sabes? Mi padre tenía mucha razón cuando decía que nunca había conocido un judío que diera algo sin pedir nada a cambio. Un quid pro quo, una cosa por otra, según él. Y Nathan... ¡Qué ejemplo de todo eso fue Nathan! Sí, me ayudó mucho, me hizo poner buena, pero ¿por qué? ¿Crees que lo hizo por amor o por bondad? ¡No, Stingo! Lo hizo sólo para poder utilizarme, para tenerme, para joderme, para pegarme, como si fuera una cosa de su propiedad. Eso es todo: un objeto, y nada más. El comportamiento de Nathan no pudo ser más judío. Me dio su amor, me compró con él, como hacen todos ellos. No me extraña que los judíos fuesen tan odiados en Europa. Creían que podían conseguir cuanto desearan sólo pagando un poquito más de *Geld*, de dinero. ¡Incluso el amor creen que pueden comprar! —Al proferir estas palabras, me agarró la manga y se me acercó más: el olor de whisky de centeno llegó a mi nariz a través de las emanaciones de gasolina—. ¡Los judíos! ¡Dios mío, cómo los detesto! Sí, Stingo, te dije muchas mentiras. No había ninguna verdad en lo que te conté de Cracovia. Toda mi niñez, toda mi vida odié a los judíos a más no poder. Era un odio merecido. ¡Oh, cómo odio a esos puercos judíos, a esos *cochons*!

—Por favor, Sophie, por favor —le dije.

Yo sabía que estaba trastornada, que no sentía realmente nada de lo que decía, y también sabía que le era más fácil escoger como blanco la condición de judío de Nathan que lanzar sus impropiedades contra su persona, pues era evidente que seguía chiflada por él. Aquel morboso desahogo verbal me molestó, aun cuando creía conocer su origen. Sin embargo —¡ah, cuán fuerte puede llegar a ser el poder de la sugestión!—, su salvaje enfurecimiento removió en mí algunas susceptibilidades atávicas; por ejemplo, mientras el autobús llegaba penosamente al aparcamiento de asfalto de Jones Beach, me encontré cavilando siniestramente sobre el reciente robo de que había sido víctima. Y pensando en Morris Fink. ¡Fink! «Ese maldito judío», me dije intentando dedicarle un eructo que no llegó a salir de mi boca.

Los pequeños sordomudos abandonaron el autobús al mismo tiempo que nosotros, saltando y gateando a nuestro alrededor, pisándonos los pies, dejándonos un momento sitiados mientras llenaban el aire de gesticulaciones de mariposa. Parecía que no íbamos a poder despegarnos de ellos; nos acompañaron hasta la playa en muda y alucinante procesión. El cielo, tan esplendoroso en Brooklyn, se había nublado; el horizonte era plomizo y sólo una marejada de indolentes y aceitosas olas agitaba la superficie del océano. Eran muy pocos los bañistas que, aquí y allá, se veían en la playa; el aire era bochornoso e irrespirable. Me sentía insoportablemente ansioso y deprimido; en cambio, mis nemos ardían de excitación. Resonaba en mis oídos, de modo delirante, un pasaje de *La Pasión según San Mateo* que la radio de Sophie me había dejado oír, casi como un

sollozo, a primera hora de aquella misma mañana, y que me hacía recordar, sin ninguna razón especial aunque como adecuada antífona, unas frases del siglo XVII que había leído poco tiempo atrás: «... puesto que la muerte debe ser la *Lucina* de la vida, y aun cuando los paganos pudieran dudarle, si vivir fuese morir...». Sudaba de angustia, preocupado por aquel maldito robo y por mi estado próximo a la indigencia, preocupado por mi novela y por cómo podría terminarla alguna vez, preocupado por si denunciaría o no a Morris Fink. Como en respuesta a una señal silenciosa, los niños sordomudos se dispersaron de pronto cual pequeñas aves acuáticas hasta desaparecer por completo. Sophie y yo, solos, seguimos andando a lo largo de la orilla, bajo un cielo gris como piel de topo, hasta encontrar un sitio donde descansar.

—Nathan tenía todos los defectos de los judíos —sentenció Sophie—. No poseía ninguna de sus pocas buenas cualidades.

—Pero ¿tienen acaso los judíos algo de bueno? —me oí decir con voz fuerte y resentida—. Fue ese judío de Morris Fink quien me robó los billetes. ¡Estoy seguro! ¡Ese bastardo judío ávido de dinero, loco por el dinero!

Dos antisemitas en una salida veraniega.

Una hora después, calculé que Sophie se había bebido poco menos de un cuarto de litro de whisky. Se lo echaba al gaznate como una fulana cualquiera de un bar polaco de Gaiy, Indiana. Sin embargo, no observaba en ella ningún fallo de coordinación o locomoción. Al contrario, su lengua se había destrabado (no farfullaba, sino que hablaba con mayor rapidez y soltura, a veces atropelladamente) e, igual que la noche anterior, yo escuchaba y miraba maravillado cómo el poderoso disolvente que era el alcohol del inofensivo centeno borraba por completo sus inhibiciones. Entre otras cosas, el hecho de haber perdido a Nathan parecía producirle un efecto perversamente erótico que le hacía evocar amores pasados.

—¿Sabes? Antes de que me enviaran al campo de concentración —dijo—, tuve un amante en Varsovia. Era algunos años más joven que yo. No llegaba siquiera a los veinte. Se llamaba Jozef. A Nathan nunca le hablé de él, no sé por qué. —Hizo una pausa, se mordió el labio y prosiguió—: Sí, lo sé. Porque sabía lo celoso que era Nathan, tan locamente celoso que me habría odiado y castigado por haber tenido un amante en otro tiempo. Ya ves lo celoso que Nathan podía ser. Así que no le dije nunca una palabra sobre Jozef. ¿Qué te parece? ¡Odiar a una persona porque había tenido un amante en el pasado! Pero murió.

—¿Murió? —dije yo—. ¿Cómo murió?

Ella no pareció oírme. Dio media vuelta sobre sí misma encima de la manta en que estábamos echados. Dentro de su bolsa de playa había traído —con gran sorpresa y mayor alegría por mi parte— cuatro latas de cerveza. Ni siquiera me preocupó que se hubiera olvidado de dármelas antes. Ya estaban, por supuesto, más que calientes, pero dadas las circunstancias poco me importaba (¿de qué modo necesitaba, también yo, animarme con un poco de alcohol!). En aquel momento abrió la tercera de ellas y me la entregó, desbordante de espuma. También había en su bolsa algunos bocadillos de incierto aspecto, pero que no habíamos tocado. Deliciosamente aislados, descansábamos en una especie de

oculto callejón sin salida entre dos altas dunas ligeramente cubiertas de áspera hierba. Desde aquel sitio, el mar —que venía a bañar la arena con indiferencia, adquiriendo un curioso y repugnante color verde grisáceo, como de aceite para máquinas— era casi totalmente visible, pero nosotros no podíamos ser vistos, excepto por las gaviotas que revoloteaban en lo alto, en un aire completamente estático. La humedad nos rodeaba en forma de niebla casi palpable; el disco solar apenas se dejaba ver, oculto detrás de nubes grises en continuo y lento movimiento. En cierto modo, aquel panorama marítimo era muy melancólico, lo que no me animó a permanecer allí mucho tiempo, pero la bendita cerveza Schlitz alivió, al menos de momento, todas mis angustias y pesimismo. Sólo mi excitación seguía igual, o quizás agravada por la proximidad de Sophie con su bañador de látex blanco y por el absoluto aislamiento de nuestro arenoso escondrijo, cuya clandestinidad no hacía sino aumentar mis ardores. Me mantenía aún en un estado de priapismo tan tremendo e irremediable —era la primera erección de aquellas proporciones desde la maldita noche con Leslie Lapidus—, que el ejemplo de autocastración que continuaba ofreciendo me pareció, por un fugaz momento, cosa digna de considerar sin frivolidad. Por cuestión de modestia, mientras seguía en mi papel de confesor permanecía boca abajo, pues sólo iba cubierto por mi vulgar y verdoso taparrabos de la infantería de Marina. Y hallándome de nuevo con mis antenas en estado de máxima sensibilidad receptora, capté la impresión de que no había evasión alguna ni nada equívoco en lo que ella estaba intentando decir.

—Pero había otra razón por la que no habría contado nada de Józef a Nathan —prosiguió—. No se lo habría mencionado aun cuando no hubiese sido tan celoso.

—¿Qué quieres decir? —pregunté.

—Quiero decir que Nathan no habría creído nada de lo que le hubiese contado sobre Jozef. Era algo que también tenía que ver con los judíos.

—No lo entiendo, Sophie.

—Es todo tan complicado...

—Procura explicarte.

—También tenía que ver con las mentiras que ya había dicho a Nathan sobre mi padre —dijo—. Me habría hecho un lío, me habría vuelto loca.

Respiré profundamente:

—Sophie, hablas de una manera muy confusa. Procura desenmarañar un poco las cosas, por favor.

—De acuerdo, Stingo. Verás... Nathan no creía nada bueno de los polacos en temas relacionados con los judíos. No podía convencerlo de que había polacos buenos que habían arriesgado la vida para salvar judíos. Mi padre... —Se detuvo un instante, algo había obstruido su garganta. Luego, tras un momento de visibles dudas, dijo— : Mi padre. ¡Maldita sea! Ya te lo he dicho, Stingo: respecto a él, mentí a Nathan del mismo modo que te mentí a ti. Pero al fin te dije la verdad, ¿sabes?, cosa que no habría podido hacer con Nathan, porque... no habría podido decirle la verdad porque... porque yo era un cobarde. Había llegado a percatarme de que mi padre era un monstruo tan enorme que tenía que esconder la verdad sobre su persona, aun cuando su forma de ser y actuar no fuera culpa mía. Aunque yo no tuviese nada que ver en todo ello... —Volvió a vacilar—. Si supieras lo frustrada que me sentí... Mentí acerca de mi padre y Nathan no me creyó. Después de

aquello, quedé convencida de que jamás podría hablarle de Jozef. Que era bueno y valiente. Y entonces sí que le habría dicho la verdad. Recuerdo algo, muy norteamericano a mi modo de ver, que solía decir Nathan: «Ganas una cosa y pierdes otra». Estaba visto que yo no podía ganarlo todo.

—¿Y Jozef, qué? —insistí con cierta impaciencia.

—Vivíamos en un edificio de Varsovia que fue bombardeado y luego reconstruido a medias. Se podía vivir en él, pero sin ninguna comodidad. Era un lugar horrible. No puedes imaginarte lo terrible que era Varsovia durante la ocupación. Escaseaba la comida, a menudo sólo teníamos un poco de agua, y hacía un frío glacial en invierno. Yo trabajaba en una fábrica de papel alquitranado. Trabajaba diez, doce horas diarias. El papel alquitranado me hacía sangrar las manos. No paraban de sangrarme. Trabajaba por el dinero, claro, pero sobre todo para poder tener una tarjeta... La tarjeta de trabajo me evitaba que pudiera ser enviada a Alemania, a uno de aquellos campos de trabajo donde todos eran tratados como esclavos. Vivía en un piso muy pequeño, en la cuarta planta de la casa, y Jozef ocupaba otro debajo del mío con su hermanastra. Ella se llamaba Wanda y era algo mayor que yo. Ambos pertenecían a la Resistencia. Quisiera poder describir bien a Jozef, pero no puedo, me faltan las palabras adecuadas. El chico me gustaba mucho, pero en realidad aquello no era un verdadero enamoramiento. Era pequeño, musculoso, muy apasionado y nervioso. Su piel era muy oscura para un polaco. Cosa extraña, aun cuando dormíamos con frecuencia en la misma cama, no hacíamos el amor a menudo. Decía que debía reservar sus energías para la lucha. No era muy instruido, ¿sabes?, al menos de manera sistemática. De hecho su caso era parecido al mío (la guerra acabó con muchas oportunidades de tener una verdadera educación). Pero había leído mucho; sabía muchas cosas. Ser comunista era poco para él; era anarquista. Adoraba la memoria de Bakunin y su ateísmo era completo, lo que también me resultaba extraño porque en aquellos tiempos yo todavía era una devota católica y a veces me preguntaba a mí misma cómo podía gustarme un hombre que no creía en Dios. Acordamos que nunca hablaríamos de religión y así lo hicimos.

»Jozef era un asesino... —Hizo una pausa para reconstruir su pensamiento y dijo—: Bueno, se dedicaba a matar. Mataba. Eso es lo que hacía para la Resistencia. Mataba a los polacos que traicionaban a los judíos, que denunciaban el lugar donde se ocultaban. En Varsovia había muchos judíos escondidos que no procedían de ningún gueto, *naturellement*, sino que pertenecían a clases más elevadas: *assimilés*, la mayor parte intelectuales. Había muchos polacos que denunciaban a los judíos ante los nazis, a veces por una recompensa, a veces por nada. Jozef era uno de los que estaba a las órdenes de la Resistencia para matar a los que traicionaban a los judíos. Los estrangulaba con una cuerda de piano. Se las arreglaba para encontrarlos y entonces los estrangulaba. Cada vez que mataba a uno de aquellos traidores, vomitaba. Llegó a matar a seis o siete de ellos. Jozef, Wanda y yo teníamos una amiga en la casa de al lado; se llamaba Irena, era muy hermosa y todos la apreciábamos mucho. Tenía entonces treinta y cinco años, y había sido profesora antes de la guerra. Enseñaba literatura norteamericana, cosa que me sorprendió, y recuerdo que conocía muy bien la obra de un poeta llamado Hart Crane. ¿La conoces tú, Stingo? También trabajaba para la Resistencia; quiero decir que eso era lo que creíamos... porque al cabo de algún tiempo nos enteramos de que era una agente doble y que, por lo

tanto, traicionaba a los judíos. Fue Jozef quien tuvo que matarla. A pesar de cuanto la había apreciado. La estranguló con la cuerda de piano a última hora de una noche, y al día siguiente se quedó largo rato en mi habitación mirando al cielo a través de la ventana, sin decir palabra.

Sophie guardó un largo silencio. Apoyé la cara sobre la manta que nos separaba de la arena y, pensando en Hart Crane, me estremecí al oír el graznido de una gaviota, ante el rítmico ir y venir de las tétricas olas. «Y tú a mi lado, bendita ahora mientras las sirenas nos dedican sus cantos y furtivamente nos conducen, meciéndonos, hacia el día...»

— ¿Y cómo murió? —pregunté.

—Después de haber dado muerte a Irena, los nazis dieron con él. Sucedió al cabo de una semana. Los nazis tenían a su servicio a unos ucranianos que hacían el trabajo de asesinos. Vinieron una tarde mientras yo estaba fuera y le hicieron un terrible corte en el cuello. Cuando llegó Wanda, ya había muerto. Se había desangrado en la escalera hasta morir.

Permanecimos varios minutos en silencio. Yo sabía que todas las palabras que había pronunciado reflejaban la más pura verdad; por esto me sentí desolado. Era un sentimiento inadecuado, y morboso hasta cierto punto; pese a que la parte lógica de mi mente razonaba que no debía sentirme culpable de que a Jozef las cosas le hubieran ido de un modo y a mí de otro, no podía por menos de pensar con repugnancia en mi modo de vivir en los últimos tiempos. ¿Qué estaba haciendo yo mientras Jozef (y Sophie, y Wanda) estaban escribiendo en Varsovia otro indescriptible Gehenna, el bíblico lugar en cuyas cercanías se sacrificaban niños a Moloch? Pues escuchaba a Glenn Miller, bebía cerveza, vagaba por los bares, no daba golpe. ¡Dios mío, qué mundo más inicuo! De pronto, poco antes de que se rompiera aquel interminable silencio, hallándome todavía con la cara hundida en la manta, sentí que los dedos de Sophie se colaban en mi taparrabos y acariciaban ligeramente esa zona epidérmica sensible donde el muslo y la nalga se unen en un profundo pliegue... Bueno, un lugar que distaba escasamente un centímetro de mi sexo... Fue un gesto a la vez sorprendente y desvergonzadamente erótico; oí subir un involuntario gorgoteo del fondo de mi garganta. Los dedos se apartaron.

—Qué, Stingo..., ¿nos desnudamos?

— ¿Qué dices? —le contesté con expresión estúpida.

—Que nos desnudemos, que nos quitemos lo que llevamos puesto.

Imagínate, lector, lo que voy a proponerte. Imagínate que has vivido, durante un tiempo indeterminado pero más bien largo, en la fundada sospecha de que sufres una enfermedad fatal. Cierta mañana suena el teléfono; es el doctor que te dice: «No debe usted preocuparse en absoluto por eso. Todo fue una falsa alarma». O figúrate lo que sigue. Has sufrido un serio revés económico que te ha llevado tan cerca de la penuria y la ruina que incluso has pensado en acabar con tu vida para salir del atolladero. También esta vez el teléfono te salva; a través de él, te comunican que has ganado un millón de dólares en la lotería. No exagero —podrá recordarse que una vez dije que, en realidad, nunca había tenido ocasión de contemplar a una mujer completamente desnuda— al afirmar que tales noticias no me habrían causado la mezcla de asombro y bestial felicidad que sentí ante la amable sugerencia de Sophie. Combinada con el reciente toqueteo de sus dedos, francamente lascivo, su invitación aceleró increíblemente mi ritmo respiratorio.

Creo que caí en el estado conocido médicamente como hiperventilación, y pensé por un momento que iba a perder el sentido.

Pues bien, sin preocuparse de que la estuviera mirando, se quitó su *traje* de baño, permitiéndome contemplar a un palmo de distancia (por primera vez pese a lo crecido que yo ya estaba) el siguiente panorama: un joven cuerpo de mujer cremosamente desnudo, unos pechos agradablemente redondeados de provocativos pezones de color marrón, un vientre ligeramente curvado desde cuyo centro me guiñaba con descaro el ombligo, y («no te desboques, corazón mío», recuerdo que pensé) un triángulo hermosamente simétrico de vello rubio como la miel. Mis condicionamientos culturales — diez años de peripuestas calentabraguetas y un total desconocimiento de las formas del cuerpo femenino— casi me habían hecho olvidar que las mujeres poseían aquello, y aún estaba con la mirada fija en ello, maravillado, cuando Sophie se dio la vuelta y empezó a correr playa abajo.

—¡Vamos, Stingo —gritó—, quítate esos calzones y ven conmigo al agua!

Me levanté para observar, estupefacto, cómo se alejaba; hablo sinceramente al decir que ningún casto, ávido y atormentado caballero cristiano del Santo Grial habría podido observar con más boquiabierta admiración el objeto de su búsqueda que la que yo dediqué al bien formado trasero de Sophie, deleitable complemento de su parte delantera. Poco después la vi zambullirse en el tenebroso océano.

Creo que fue el lastre de consternación que llevaba dentro de mí lo que me impidió seguirla hasta el agua. Todo había sucedido tan deprisa que no conseguía aclarar mis sentimientos, y no pude hacer otra cosa que quedarme clavado en la arena. El repentino cambio de humor de Sophie..., su espeluznante crónica de Varsovia, seguida sin transición de aquella juguetona audacia... ¿Qué significaba todo aquello? Me sentía atrocamente excitado, pero desesperadamente confuso, sin ningún precedente que me guiara en aquel brusco giro de los acontecimientos. Con un exceso de reparos —a pesar del total aislamiento del lugar—, me despojé de mi taparrabos y me quedé erguido bajo el extraño y agitado cielo gris ostentando desamparadamente mi condición masculina ante los mismos serafines. Observé cómo nadaba Sophie. Lo hacía bien y, en apariencia, con relajado placer; esperé que no estuviera demasiado distendida, y por un momento me preocupó la mezcla que pudiera resultar de la natación con todo el whisky que había bebido. El aire era abrasador, sofocante, pero yo me sentía en las garras de temblores y escalofríos palúdicos.

—Oh, Stingo —dijo Sophie con una risa retozona—, *tu bandes*.

—¿Tu... qué?

—Que se te ha empinado.

Sophie la había visto inmediatamente. No sabiendo qué hacer con «ella», pero con el propósito de evitar torpezas excesivas, «ella» y yo nos habíamos colocado sobre la manta en una postura lo más inocua posible, dentro de lo que me permitía mi febril estado, y con mi parte erecta oculta tras mi antebrazo; el intento no tuvo éxito: la impúdica saltó a la vista tan pronto como Sophie se dejó caer a mi lado segundos antes de que rodáramos sobre la manta como dos delfines en un mutuo apretón. Desde aquel día siempre he desesperado de conseguir un recuerdo claro y exacto de lo que sucedió durante aquel torturante y sensacional abrazo. Me oía a mí mismo lanzando pequeños relinchos de poni

mientras la besaba, pero besar fue todo lo que logré; la agarré por la cintura con la obsesión de un maníaco, como aterrorizado por la posibilidad de que se desintegrara bajo la presión de mis rudas manos dondequiera que la acariciase. Tuve la sensación de que su caja torácica era muy frágil. Y pensé en los puntapiés de Nathan, pero también en la pasada desnutrición de ella. Yo no paraba de temblar y de sacudirme sin fin determinado; sólo era consciente de la dulzura de su boca impregnada de whisky y de nuestras lenguas fogosamente entrelazadas.

—Stingo, te sacudes de una manera... ¡Relájate, hombre! —me susurró en cierto modo.

Pero lo que me preocupaba en aquel instante era mi estúpida y excesiva salivación: otra humillación que torturó mi mente mientras nuestros labios permanecieron húmedamente pegados entre sí. No podía imaginarme por qué mi boca babeaba de aquella manera, y esta preocupación me impidió, entre otras causas de inhibición, explorar sus pechos, sus nalgas o —¡ay, Dios mío!— el íntimo rincón que era la máxima ansia de mis sueños. Me encontraba refrenado por una desconocida y diabólica parálisis. Era como si mil profesores de la escuela dominical presbiteriana, apretujados en forma de amenazadora nube sobre Long Island, paralizaran mis dedos con su presencia. Los segundos transcurrían como si fueran minutos, los minutos como horas, y sin embargo no conseguía atreverme a nada sustancial. Pero entonces, como para acabar con mis sufrimientos, o quizás en un esfuerzo de poner las cosas en marcha, Sophie tomó la iniciativa.

—Tienes un *schlong* muy bonito, Stingo —dijo, cogiéndome la verga con delicadeza, pero también con una sutil firmeza de buena conocedora.

—Gracias —me oí susurrar. No podía creer lo que veía y sentía. «Sí, la está cogiendo», pensé, pero intenté salvar la situación dándomelas de hombre experimentado—. ¿Por qué la llamas *schlong*? Allá abajo, en el Sur, la llamamos de otro modo.

Mi voz se quebró.

—Nathan la llama así —me respondió—, ¿Cómo la llamáis en el Sur?

—A veces, la llamamos *pecker* —le dije sin alzar la voz—. Y en algunas partes del Sur septentrional la llaman *dong* o *tool*. O *peter*.

—He oído a Nathan llamar *dork*. Y también *putz*.

—¿Te gusta la mía? —me oí apenas decir.

—Es muy mona.

No recuerdo qué fue —si alguna cosa determinada— lo que dio fin a tan horrible diálogo. Había esperado que me elogiara de manera más brillante —«gigantesca»; «*une merveille*», incluso «grande» me habría bastado; casi todo menos «mona»—, y fue quizá mi hosco silencio lo que la decidió a comenzar a acariciarme con una gracia y un empuje en que se mezclaban la maestría de una cortesana y de una ordeñadora de vacas. Era algo exquisito; oía el rápido ritmo de su respiración; yo no cesaba de suspirar, y cuando me susurró: «Vuélvete boca arriba, querido Stingo», destellaron en mi mente las escenas de insaciable amor oral con Nathan que tan francamente me había descrito. Pero era demasiado, demasiado para poder soportarlo... Aquella divina y perfecta fricción («Dios mío —pensé—, me ha llamado querido»...), y la súbita orden de unirme a ella en el paraíso: con un desmayado balido, semejante al de un carnero a punto de ser sacrificado,

sentí que se me cerraban los párpados de golpe y que mis compuertas se abrían en un imparable torrente. Quedé como muerto. Lo único que no habría esperado en aquel grave momento era que Sophie se echase a reír, pero fue lo que hizo, aunque ahogadamente.

Sin embargo, al advertir mi desesperación unos minutos después, me dijo:

—No te preocupes, Stingo. Esas cosas suceden a veces; te lo digo yo.

Me quedé desmadejado como una bolsa de papel mojada, con los ojos herméticamente cerrados, totalmente incapaces de contemplar las profundidades de mi fracaso. *Ejaculatio praecox* (Psicología 4B en la Universidad Duke). Una pandilla de maliciosos diablillos comentaron cómicamente la frase en el negro abismo de mi desespero. No quería volver a lanzar jamás mi mirada al mundo. Deseaba convertirme en un molusco aprisionado por el cieno, que era para mí, en aquel momento, el ser más dichoso del universo.

Al volver a oír su risa, abrí los ojos y miré hacia arriba.

—Mira, Stingo, ¿ves? —dijo ante mi incrédula mirada—, es bueno para el cutis.

Y tuve que contemplar cómo aquella alocada polaca tomaba un trago de whisky directamente de la botella, mientras con la otra mano —la que me había proporcionado aquella mezcla de placer y mortificación— se masajeaba la piel del rostro embadurnándose con el producto de mi desgraciada polución.

—Nathan siempre decía que el esperma está lleno de esas maravillosas vitaminas —explicó. Por alguna razón, mis ojos se quedaron fijos en su tatuaje; era algo incongruente con la frivolidad del momento—. No pongas esa cara tan *tragique*, Stingo. Eso no es el fin del mundo; sucede a todos los hombres alguna que otra vez. En Varsovia, *par exemple*, cuando Jozef y yo intentamos hacer el amor por primera vez, le sucedió exactamente lo mismo. Él también era virgen.

—¿Cómo lo sabías, que era virgen? —dije con un suspiro de desventura.

—Verás, Stingo... Sabía que no tuviste éxito con aquella chica..., con Leslie, y que aquello de que te acostaste con ella sólo fueron historias tuyas, inventadas. Pobre Stingo... Bueno, en realidad, Stingo, no lo sabía. Sólo me lo figuré. Pero estaba en lo cierto, ¿no?

—Sí —gruñí—. Puro como la nieve recién caída.

—Jozef se parecía a ti en muchas cosas: honesto, franco, con aquella manera de ser que a veces lo hacía parecer un chiquillo. No es fácil de explicar. Quizá por eso me gustas tanto, Stingo; por lo mucho que te pareces a Jozef. Tal vez me habría casado con él si no lo hubieran matado los nazis. Ninguno de nosotros pudo nunca descubrir quién lo traicionó después de haber dado muerte a Irena. Fue un misterio total, pero alguien tuvo que denunciarlo. También hacíamos salidas como ésta. Durante la guerra, era muy difícil; había tan pocos alimentos... Pero fuimos al campo alguna vez y nos tendimos así sobre una manta...

La cosa no podía ser más asombrosa. Después de la ardiente sexualidad de momentos antes, después de lo que había sucedido entre nosotros —pese a mi comportamiento chapucero y vacilante, que aún me recuerda el más cataclísmico y turbador acontecimiento de esta clase que haya experimentado alguna vez—, estaba evocando amores pasados sumida en una especie de ensueño, sin que, al parecer, nuestra prodigiosa intimidad la hubiese enternecido más que un fox-trot bailado conmigo en cualquier local público. ¿Podía deberse esto en parte a algún pernicioso efecto de la

bebida? Por entonces su mirada se había vuelto un poco vidriosa y hablaba con la velocidad de un subastador de tabaco. Fuera cual fuese la causa de todo ello, su súbita indiferencia me produjo una gran decepción. Allí estaba, esparciéndose despreocupadamente por las mejillas mis apasionados espermatozoos como si estuviera usando crema Pond's, hablando... no de mí (¡a quien había llamado «querido»!), no de nosotros, sino de un amante suyo muerto y enterrado años antes. ¿Había olvidado acaso que sólo unos minutos antes había estado a punto de iniciarme en los misterios de la *fellatio*, un sacramento que yo había esperado con ansiosa ilusión desde los catorce años? ¿Podían, pues, apagar las mujeres su lujuria como si cerraran el interruptor de la luz? ¡Y Jozef! La preocupación de Sophie por él era de locura, y me costaba lo indecible alejar la sospecha de que la precipitada pasión que había malgastado por unos instantes conmigo no fuera otra cosa que una transferencia de identidad; que yo no había sido más que un momentáneo sustituto de Jozef, la carne imprescindible para ocupar el espacio de una efímera fantasía. De todos modos, también advertí en ella algunas señales de incoherencia; su voz tenía una entonación a la vez torpe y altisonante, y sus labios se movían de un modo extraño y artificial, como entumecidos por la novocaína. Un aspecto de hipnotizada como para alarmarse seriamente. Le quité de la mano la botella, en la que quedaba algo así como un dedo de whisky.

—Me apena tanto, Stingo, tanto, pensar en cómo podrían haber sido las cosas y en cómo no fueron... Si Jozef no hubiera muerto... Me gustaba mucho. En realidad, más que Nathan. Jozef nunca me maltrató como Nathan. ¿Quién sabe? Quizá nos habríamos casado y tal vez nuestra vida habría sido diferente. Sólo una cosa, *par exemple*, su hermanastra, Wanda. Lo habría apartado de su mala influencia, cosa que hubiera sido muy buena para él. ¿Dónde está la botella, Stingo? —Mientras me hacía esta pregunta, yo vertía en la arena, detrás de mi espalda y sin que ella lo viera, lo que quedaba de whisky—. Sí, la botella. De todos modos, aquella *kvetch* de Wanda, ¡qué bruja era! —*Kvetch*. ¡Nathan, Nathan de nuevo!—. Ella tuvo la culpa de que mataran a Jozef. Sí, lo admito, *il fallait que...* Quiero decir que era necesario que alguien vengara las traiciones que se hacían a los judíos, pero ¿por qué había de ser siempre Jozef el único en acabar con los delatores? ¿Por qué? Era la influencia de Wanda, aquella pesada *kvetch*. Ella era una jefa de la Resistencia, de acuerdo, pero ¿era justo que lo obligara a matar a toda aquella gente en nuestra parte de la ciudad? ¿Crees que era justo? Vomitaba cada vez que mataba. ¡Sí, vomitaba!

Me quedé sin aliento al ver cómo su rostro palidecía hasta volverse de un color blanco ceniciento, al tiempo que tentaba en busca de la botella farfullando.

—Sophie —le dije—, Sophie, el whisky se terminó.

Abstraída, anclada en sus recuerdos, parecía no oírme. Además, estaba a punto de echarse a llorar. De pronto, por primera vez en mi vida, tuve plena conciencia del significado de la frase «melancolía eslava»: la aflicción inundaba su rostro como negras sombras sobre un campo nevado.

—¡Maldita bruja, esa Wanda! Fue la culpable de todo. ¡De todo! ¡De que Jozef muriera y de que yo fuese a parar a Auschwitz! ¡De todo! —Comenzó a sollozar y el rastro de las lágrimas desfiguró su cara. Yo estaba ridiculamente agitado sin saber qué hacer. Y aunque Eros había huido, me acerqué a ella y la rodeé con mis brazos, haciendo que se echara junto a mí. Apoyó el rostro sobre mi pecho—, ¡Maldita sea! ¡Qué terriblemente

desdichada soy, Stingo! —se lamentó—. ¿Dónde está Nathan? ¿Dónde está Jozef? ¿Dónde están todos? ¡Oh, Stingo, quiero morirme!

—Cálmate, Sophie —le dije con suavidad, acariciando su espalda desnuda—, todo se arreglará,

¡Contando siempre con la buena suerte, claro!

—Abrazame, Stingo —susurró desesperadamente—, abrazame, ¡Me siento tan frustrada, tan perdida! ¿Qué vamos a hacer? ¿Qué haré yo? ¡Estoy tan sola!

La bebida, el cansancio, el desconsuelo, el húmedo calor: ésas fueron las causas de que Sophie se durmiera en mis brazos. En cuanto a mí, agotado y saciado de cerveza, también me dormí, estrechamente abrazado a ella como para proporcionarle seguridad. Soñé a la buena de Dios, tuve sueños retorcidos, de la misma clase que, al parecer, ha sido siempre mi especialidad; sueños dentro de sueños con absurdas persecuciones, con búsquedas de algo innominable que me llevan a lugares desconocidos: subiendo empinadas y angulosas escaleras, remando en una barca por canales de tranquilas aguas, a través de inestables pistas de bolera y laberínticas estaciones de ferrocarril (donde vi a mi adorado profesor de inglés de la Universidad Duke que, vestido con su traje de cheviot, manejaba los mandos de una rápida locomotora de maniobras), a través de monótonas extensiones de sótanos deslumbradoramente iluminados, de túneles y más sótanos; también a lo largo de una extraña y terrible cloaca. Mi meta, como siempre, era un enigma, aunque parecía tener algo que ver con un perro perdido. Esta vez, lo primero que advertí al despertar, sobresaltado, fue la ausencia de Sophie. Se había librado de mi abrazo y se había ido. Me oí lanzar un grito, un grito que no llegó a serlo porque se quedó en el fondo de mi garganta como un gemido. También noté que mi corazón se ponía a latir alborotadamente. Volví a ponerme el taparrabos y subí a lo alto de las protectoras dunas, desde donde se dominaba la playa de un extremo a otro: no vi nada en la lóbrega extensión de arena, nada en absoluto.

Miré detrás de las dunas: una desolada vastedad de marchitas hierbas de las marismas. Nadie. Y tampoco en la playa, salvo una indistinta mole humana, rechoncha y maciza, que avanzaba hacia donde yo me hallaba. Corrí hacia la figura, que poco a poco tomó la forma de un corpulento y bronceado bañista que devoraba un bocadillo de salchicha. Su pelo formaba un negro emplasto en la cabeza, con raya al medio; me sonrió amablemente.

—¿Ha visto usted a alguien... una muchacha rubia, quiero decir una chica estupenda, muy rubia...? —tartamudeé.

Hizo un movimiento de cabeza afirmativo sin dejar de sonreír.

—¿Dónde? —pregunté aliviado.

—*No hablo inglés*^{3*} —fue su respuesta.

Aquella escena quedó profundamente grabada en mi memoria, seguramente porque en el mismo instante en que oía tan confusa respuesta vi a Sophie a lo lejos, por encima del velludo hombro de mi interlocutor; sólo su cabeza, no mayor que un punto dorado en las verdosas olas. No lo pensé ni medio segundo: me lancé al agua para ir a reunirme con ella. Puede decirse que soy buen nadador, pero aquel día actué con auténtica bravura olímpica, consciente, mientras avanzaba por entre el suave y salado oleaje, de que sólo el terror y la

* En castellano en el original. (*N. del t.*)

desesperación daban fuerza a los músculos de mis brazos y piernas, impulsándome mar adentro con un vigor y una ferocidad que no creía poseer. Avancé rápidamente, pero aun así me sorprendió lo que tardaba en alcanzarla. Cuando me detuve un instante para ponerme en posición vertical y poder así orientarme e intentar localizarla, vi, desolado, que aún seguía surcando el océano, dispuesta, supuse, a no parar hasta llegar a Venezuela. La llamé una y otra vez, pero continuó nadando.

—¡Sophie, vuelve! —le grité, pero todo fue en vano.

Llené mis pulmones, recé una pequeña y retrógrada oración a la deidad cristiana —la primera que rezaba desde hacía muchos años—, y reanudé mi heroico crol hacia el sur, en dirección a aquella mata de pelo dorado que tan inalcanzable parecía. Pero entonces, inesperadamente, advertí que mi velocidad aumentaba de un modo verdaderamente sensacional; a través de la salada nebulosidad que empañaba mis ojos, veía crecer la cabeza de Sophie, la sentía cada vez más cerca. Observé que había parado de nadar, lo que me permitió alcanzarla al cabo de unos segundos. Estaba sumergida casi hasta los ojos, lo que no significaba que estuviera precisamente a punto de ahogarse; sin embargo, su mirada era tan salvaje como la de un gato acorralado: estaba tragando agua y era evidente que se hallaba al borde del agotamiento.

—¡Déjame! ¡Déjame! —dijo con voz débil, intentando rechazarme con pequeños empujones de su mano.

Pero yo arremetí contra ella, la agarré firmemente por la cintura desde detrás y le grité:

—¡Cállate!

Mi tono fue verdaderamente histérico, pero obedecía a una apremiante necesidad.

Casi lloré al ver inmediatamente que, una vez en mis brazos, no ofrecía la resistencia que yo había previsto, sino que se abandonaba contra mi cuerpo y me permitía nadar lentamente con ella a remolque hacia la costa, no sin dejar escapar algunos desconsolados y pequeños sollozos que burbujeaban sobre mi mejilla y mi oreja.

Tan pronto como llegué a la playa y la conduje casi a rastras fuera del agua, se dejó caer sobre la arena y, a gatas, vomitó casi dos litros de agua. Entonces, todavía en el mismo lugar en que la había dejado, tosiendo y farfullando ininteligibles palabras, se extendió boca abajo y, como si le hubiera dado un ataque de epilepsia, comenzó a temblar de manera incontrolable, presa de un acceso de dolorosa y convulsiva frustración como yo jamás había presenciado en un ser humano.

—Dios mío —se lamentó Sophie—, ¿por qué no me has dejado morir? ¿Por qué no has dejado que me ahogara? He sido tan mala... ¡Tan terriblemente mala! ¿Por qué no has permitido que me ahogara?

Allí, de pie junto a la orilla, contemplaba su forma desnuda sin saber qué hacer. El bañista solitario a quien yo me había dirigido nos miraba, también paralizado. Noté que el hombre tenía restos de salsa de tomate en los labios; daba consejos en castellano con voz lastimosa y apenas audible. De pronto me dejé caer al lado de Sophie, consciente de lo acoquinado que estaba, y me decidí a ayudarla a incorporarse rodeándole la desnuda espalda con mi delgado brazo. Mi sentido del tacto aún puede reproducir lo que noté en aquel momento: el esquelético contorno de una espina dorsal de vértebras diferenciadas con toda su ondulante longitud moviéndose arriba y abajo al ritmo de su dolorosa y difícil

respiración. Había comenzado a caer una llovizna tibia y brumosa que cubrió mi rostro de gotas. Apoyé la cabeza en su hombro. Entonces la oí decir:

—Habrías debido dejar que me ahogara, Stingo. Nadie lleva dentro tanta maldad. ¡Nadie! ¡Nadie es tan mala como yo!

Pero por fin conseguí que se vistiera, y volvimos a tomar el autobús para regresar al Palacio Rosado. El café la ayudó a serenarse, y durmió desde media tarde hasta el anochecer. Cuando despertó estaba aún muy desanimada —el recuerdo de aquel viaje por mar, solitario y sin rumbo, la había trastornado en gran manera—, pero aun así se había recuperado bastante, sobre todo teniendo en cuenta el esfuerzo realizado. En cuanto a daños físicos, parecía no haber sufrido ninguno de importancia. Lo único que podía apreciarse eran los efectos de la gran cantidad de agua salada que había tragado: primero un irreprimible hipo, y luego varias horas de sonoros eructos impropios de una dama.

Y después... Bueno, Dios es testigo de que, en el terreno de la imaginación, Sophie ya me había llevado con ella hasta lo peor de su pasado. Pero según me demostró, aún me había dejado con preguntas sin contestar. Quizás había llegado al convencimiento de que no podía volver al presente de modo efectivo si no lo hacía totalmente limpia, por así decirlo, y echaba luz sobre lo que todavía me ocultaba y que (¿quién sabe?) tal vez se ocultaba a sí misma. Y así fue como durante el resto de aquella tarde empapada de lluvia me contó mucho más sobre su estancia en el infierno. (Mucho más, pero no todo. Había una cosa que permanecía enterrada en su interior, en el reino de lo inexplicable.) De este modo llegué por fin a discernir los contornos de aquella «maldad» (y del correspondiente remordimiento) que había seguido sus huellas como un demonio desde Varsovia hasta Auschwitz y desde allí a las agradables calles burguesas de Brooklyn.

Sophie fue detenida hacia mediados de marzo de 1943, pocos días después de que Jozef muriera en manos de los esbirros ucranianos. Era un día gris de nubes amenazadoras y con ráfagas de viento que llevaban la huella de la rudeza del invierno. Recordaba que el hecho tuvo lugar a última hora de la tarde. Cuando el rápido y pequeño tren eléctrico de tres vagones en que viajaba rechinó y se detuvo en las afueras de Varsovia, tuvo algo más que una premonición: tuvo la certeza..., la certeza de que sería enviada a un campo de concentración. Aquella perturbadora visión llegó a ella incluso antes de que los agentes de la Gestapo —media docena o más— irrumpieran en el vagón y ordenaran a todo el mundo que saliera de él. Ella sabía que era una *lapanka*, una redada, contingencia que había temido y sentido incluso antes de que el tren se parara; algo, en aquella súbita deceleración del tren y en la vertiginosidad de los acontecimientos, le permitió leer la palabra «fatalidad». También había fatalidad en el acre y metálico hedor de las ruedas al ser frenadas y rechinar sobre los raíles, y en la manera en que los pasajeros del abarrotado tren, tanto los sentados como los que iban de pie, fueron empujados hacia adelante, todos a la vez, por la inercia. «Esto no es un accidente —pensó Sophie—, es la policía alemana.» Y entonces oyó vociferar la orden: «¡Todos abajo!».

Encontraron enseguida la carne de cerdo. La estratagema de la muchacha — consistente en atarse al cuerpo, debajo del vestido, el bulto envuelto en papel de periódico

de modo que pareciera embarazada— era por aquel entonces demasiado conocida para no llamar la atención, y ya había dejado de ser un hábil y eficaz medio de pasar contrabando; sin embargo, lo había puesto en práctica aconsejada por la campesina que le había vendido la preciosa mercancía. «Es mejor que la lleve así —le dijo la mujer—. Si la lleva a la vista de todo el mundo, seguro que la atraparán. Además, por su aspecto y por la manera como va vestida parece usted una intelectual, no una de nuestras rústicas mujeres. Eso también la ayudará.» Pero Sophie no había previsto la *lapanka* ni su eficiencia. Así pues, uno de los agentes de la Gestapo, empujando a Sophie contra un húmedo muro de ladrillo y no haciendo ningún esfuerzo para disimular su desdén por aquel ingenuo truco, se sacó un cortaplumas del bolsillo de su guerrera y lo clavó, con poca delicadeza y mirando maliciosamente a la muchacha, en la falsa y abultada placenta. Sophie todavía recordaba el olor de queso que desprendía el aliento del nazi, y también que su única observación, mientras hundía el cuchillo en el anca de lo que hasta hacía poco había sido un feliz cochino, fue ésta: «¿Por qué no dices “¡ay!”, *Liebcherit*». Ella, en su terror, sólo fue capaz de excusarse desesperadamente con trivialidades nada convincentes, pero fue felicitada por el buen alemán que hablaba.

Temía ser sometida a tortura pero, por el motivo que fuera, escapó a ella. Los alemanes, precisamente aquel día, parecían muy nerviosos y atareados; en todas las calles de la ciudad, centenares de polacos eran acorralados y detenidos, por lo que el delito que había cometido Sophie, suficientemente grave como para merecer en otra ocasión un más detallado registro, no recibió la debida atención a causa de la confusión general. Lo cual no quiere decir que Sophie pasara inadvertida, ni tampoco su jamón. En el abominable cuartel general de la Gestapo —terrible simulacro en Varsovia de la antecámara de Satanás—, el jamón reposaba, rosáceo y sin su envoltura, sobre el escritorio de un hiperactivo y fanático nazi con monóculo muy parecido a Otto Kruger. Éste preguntó a Sophie (que, de pie y esposada, se hallaba al otro lado de la mesa) dónde había obtenido aquel contrabando. La intérprete, una muchacha polaca, tuvo un ataque de tos.

—¡Tú ser una contrabandista! —gritó él en toscó polaco.

Sophie respondió en alemán, y recibió la segunda felicitación del día acompañada de una dentona sonrisa nazi que parecía recién sacada de una película de 1938 en Hollywood. Pero el asunto no era para sonreír, al menos para ella. Continuó el interrogatorio. ¿No se daba cuenta de la gravedad de su delito? ¿Ignoraba que la carne, de cualquier clase, y especialmente la de aquella calidad, sólo debía estar a disposición del Reich? Con una de sus largas uñas, el alemán arrancó del jamón una grasienta tira y se la llevó a la boca. La mordisqueó y dijo:

—*Hochqualitätsfleisch*,

Su voz, después de elogiar con esa larga palabra la gran calidad de la carne, se endureció de repente. Quería saber dónde había adquirido Sophie el jamón. ¿Quién se lo había vendido? Ella pensó en la pobre campesina y en el castigo que recibiría, por lo que, evadiendo el verdadero sentido de la pregunta, contestó:

—Esa carne no era para mí, señor. Era para mi madre, que vive en el otro extremo de la ciudad. Está gravemente enferma: tuberculosis.

Como si aquellos sentimientos altruistas pudieran producir algún efecto en aquella caricatura de nazi, que por otra parte comenzaba a sentirse acosado por quienes llamaban

a su puerta y por el repiqueteo del teléfono. ¡Qué día tan revuelto para los alemanes y su *lapanka!*.

—¡Tu madre me importa un pepino! —gritó—. ¡Quiero saber de dónde sacaste esa carne! ¡Dímelo ahora o te lo haré confesar de otro modo!

Pero continuaban llamando a la puerta, y los teléfonos no paraban de sonar; el pequeño despacho se había convertido en una celda de locos. El oficial de la Gestapo chilló a un subordinado que se llevara a aquella perra polaca. Y fue la última vez que Sophie lo vio. A él y al jamón.

Si hubiese elegido otro día para su pequeño contrabando, quizá no la habrían sorprendido en el tren. La ironía de este hecho no cesó de atormentarla mientras estuvo esperando con otros detenidos en una celda casi totalmente a oscuras. Eran una docena, de ambos sexos, todos de Varsovia, pero desconocidos por ella. La mayor parte eran jóvenes, gente de veinte a treinta años. Algo en su actitud —quizá sólo era la impasible y pétrea comunión de su silencio— dijo a Sophie que eran miembros de la Resistencia. La AK (Armia Krajowa), el Ejército Nacional. Y allí fue donde se le ocurrió que si hubiera hecho aquel viaje a Nowy Dwór para comprar la carne sólo un día después, como había planeado, no habría estado en aquel vagón de ferrocarril que (en aquel momento lo advertía) probablemente fue objeto de aquella emboscada con el fin de atrapar a ciertos miembros de la AK que viajaban entre los demás pasajeros. Al tender una amplia red para capturar a tantos peces gordos como pudieran, los nazis daban también con toda clase de peces pequeños pero interesantes, y aquel día Sophie fue uno de éstos. Allí, sentada sobre el suelo de piedra, cerca ya de medianoche se sintió vencida por la desesperación al pensar en Jan y Eva, a quienes había dejado en casa sin que nadie cuidara de ellos. Fuera de la celda, en los corredores, se escuchaba una constante algarabía y un continuo rumor de pisadas mientras seguía llenándose con las víctimas de aquella redada. En cierto momento, a través de la enrejada abertura de la puerta, tuvo la fugaz visión de un rostro familiar. Su corazón se sobresaltó. La cara estaba llena de sangre. Pertenece a un joven a quien había conocido sólo por su nombre de pila: Wladyslaw. Era el director de un periódico clandestino que varias veces había hablado brevemente con ella en el apartamento de Wanda y Jozef, un piso más abajo que el suyo. No sabía por qué, pero aquella coincidencia la indujo a pensar que Wanda también había sido detenida. Luego se le ocurrió otra cosa. «Madre de Dios», susurró en un rezo instintivo, al tiempo que se sentía decaída como una hoja marchita. Acababa de darse cuenta de lo siguiente: el jamón (aparte de que a aquellas horas ya habría sido devorado por la Gestapo) sin duda había sido olvidado como cuerpo del delito, y el destino de ella —fuera el que fuese— había quedado unido al de aquellos miembros de la Resistencia; un destino cuya sola prefiguración se apoderó de Sophie con tal abrumadora fuerza que hizo palidecer la misma palabra «terror».

Sophie no durmió en toda la noche. La celda era fría y oscura como una tumba, y sólo podía advertir que la forma humana que tenía a su lado —aparecida allí a primera hora de la madrugada tras abrirse la puerta para dar entrada a otro detenido— era una mujer. Y cuando la luz del alba se filtró a través de las rejas, le chocó, aunque no la sorprendió del todo, que la mujer que yacía junto a ella fuese Wanda. A la pálida luz del amanecer, poco a poco fue distinguiendo la gran magulladura que Wanda tenía en la cara;

era repulsiva: a Sophie le recordó un racimo de uvas aplastadas. Iba a despertarla, pero lo pensó mejor, dudó y retiró la mano con que iba a tocarla..., precisamente en el instante en que Wanda se despertaba con un gemido. Parpadeó, abrió los ojos y los fijó en los de Sophie, quien jamás olvidaría la expresión de asombro que inundó el desfigurado rostro de Wanda:

—¡Zosia! —exclamó abrazándola—. ¿Qué diablos haces aquí?

Sophie rompió a llorar, y sollozó con tal desespero sobre el hombro de Wanda que transcurrieron varios minutos antes de que pudiera murmurar la primera palabra. La paciente fortaleza de Wanda fue consoladora; como siempre. Sus tranquilizantes palabras, así como las suaves y cariñosas palmadas que dio en la espalda de Sophie, la sosegaron de tal modo que estuvo a punto de dormirse en sus brazos. Pero por otra parte era demasiada su ansiedad, por lo que, tan pronto como hubo recuperado el dominio de sí misma, refirió la historia de su detención en el tren. Lo hizo en cosa de segundos. Oyó cómo sus propias palabras caían unas sobre otras como un torrente, consciente de su simplificación y de su acuciante necesidad de llegar cuanto antes a la respuesta de la pregunta que le había estado retorciendo los intestinos por espacio de doce horas:

—¡Los niños, Wanda! Jan y Eva. ¿Están a salvo?

—Pues... sí, están a salvo. Se hallan aquí, en algún lugar de este edificio. Los nazis no les hicieron ningún daño. En nuestra casa detuvieron a todo el mundo... a todo el mundo, incluso a los niños. Hicieron una buena limpieza. —Una atormentada expresión recorrió sus anchas y fuertes facciones, desfiguradas desde hacía pocas horas por aquella espantosa magulladura—. ¡Dios mío! —prosiguió—. ¡Cuánta gente han apresado en la redada de hoy! Desde que mataron a Jozef, sabía que no nos dejarían tranquilos por mucho tiempo. ¡Es una catástrofe!

Por lo menos los niños no habían sufrido ningún daño. Bendijo a Wanda por el alivio que habían supuesto sus noticias. Entonces no pudo reprimir un impulso: dejó que sus dedos pasaran, como volando, sobre la deformada mejilla, sobre la purpúrea y esponjosa carne magullada, pero no llegó a tocarla; luego retiró la mano. Entretanto, se encontró de nuevo llorando.

—¿Qué te hicieron, querida Wanda? —le cuchicheó.

—Un bestia de esos de la Gestapo me echó escaleras abajo y después me pateó. Esos malditos... —dijo mirando hacia arriba, pero la imprecación que estaba a punto de proferir murió en sus labios. Los alemanes habían sido maldecidos sin cesar y durante tanto tiempo que el peor improperio, por nuevo que fuera, parecía insípido; más valía dejar descansar la lengua—. Al fin y al cabo, no me han hecho tanto daño como pensaba. No creo que me hayan roto nada. Estoy segura de que me duele menos de lo que hace suponer su aspecto. —Volvió a rodear a Sophie con sus brazos—. ¡Pobre Zosia! ¿Es posible que hayas llegado a caer en esta inmundada trampa?

¡Wanda! ¿Cómo podía Sophie definir alguna vez su último sentimiento si éste era una mezcla inextricable de cariño, envidia, desconfianza, dependencia, hostilidad y admiración? Ambas se parecían mucho en ciertos aspectos, y sin embargo, ¡eran tan diferentes! Al principio, fue la fascinación que compartían por la música lo que las unió. Wanda había ido a Varsovia para estudiar en el conservatorio, pero la guerra había roto sus ilusiones, como hizo con las de nuestra protagonista. Cuando por casualidad Sophie se

trasladó a la misma casa que Wanda y Jozef, fueron Bach y Buxtehude, Mozart y Rameau quienes sellaron su amistad. Wanda era una joven mujer alta, de complexión atlética, de formas que en cierto modo recordaban las de un muchacho, de graciosos brazos y piernas y de llameante pelo rojo. Sus ojos eran de un azul zafiro claro como jamás había visto Sophie. Su rostro era una nube de diminutas pecas ambarinas. Un mentón algo prominente disipaba la impresión de una verdadera belleza, pero tenía una vivacidad, una intensidad luminosa que a veces la transformaba de modo espectacular; resplandecía, se convertía en chispas y fuego (a Sophie la hacía pensar en la palabra *fogueusé*), como su pelo.

Había por lo menos una gran semejanza entre la formación cultural de Sophie y Wanda: ambas habían sido educadas en un ambiente de arrebatado germanismo. Wanda tenía un apellido trascendentalmente alemán, Muck-Horch von Kretschmann, como resultado de su nacimiento de padre alemán y madre polaca en Lodz, donde la influencia de Alemania sobre el comercio y la industria, especialmente en el sector textil, había sido muy fuerte por no decir total. Su padre, fabricante de lanas baratas, le hizo aprender pronto el alemán; como Sophie, lo hablaba con gran fluidez y sin acento alguno, pero su alma y su corazón eran polacos. Sophie nunca pudo creer que un patriotismo tan exacerbado como el de su amiga pudiera albergarse en un pecho humano, aun en una tierra de ardientes patriotas. Wanda era la reencarnación de la revolucionaria Rosa Luxemburg, a la que idolatraba. Raras veces mencionaba a su padre, y nunca explicó por qué había rechazado tan completamente el componente alemán de su herencia; Sophie sólo sabía que Wanda respiraba, bebía y soñaba la idea de una Polonia libre —dicho de manera más exacta y esplendorosa, un proletariado polaco liberado después de la guerra—, y tal pasión la había convertido en uno de los miembros más firmes y comprometidos de la Resistencia. Era inquieta, valerosa, inteligente..., una agitadora. Su gran conocimiento del idioma de las hordas conquistadoras la hacía muy valiosa, por supuesto, para el movimiento clandestino, aparte de su celo y otras cualidades. Y fue su convicción de que también Sophie poseía un dominio innato del alemán, y la negativa de ésta a poner aquel don al servicio de la Resistencia, lo que comenzó a hacer perder la paciencia a Wanda para acabar creando una enemistad casi completa entre las dos. Porque Sophie tenía un profundo y tremendo miedo a verse envuelta en el movimiento clandestino contra los nazis, y tal falta de compromiso era juzgada por Wanda no sólo como antipatriótica sino como un acto de cobardía moral.

Algunos días antes de la muerte de Jozef y de la redada, ciertos miembros de la Resistencia se apoderaron de un camión de la Gestapo en Pruszków, no lejos de Varsovia. El camión contenía un verdadero tesoro en documentos y planos; ello permitió a Wanda examinar las gruesas y voluminosas carpetas llenas de información altamente secreta y, dada su trascendencia, llegó a la rápida conclusión de que debían traducirse cuanto antes los documentos más importantes. Cuando pidió a Sophie que la ayudara a verterlos al polaco, su amiga se negó una vez más a colaborar, cosa que reavivó sus ya viejas rencillas.

—Yo soy socialista —dijo Wanda—, pero tú eres totalmente apolítica. Además tienes algo de cristiana, ¿no? Muy bien, allá tú. En otros tiempos no habría sentido más que desprecio por ti, Zosia, desprecio y repulsión. Sé de amigos míos que no quisieran tratar con una persona como tú. Pero creo que, en general, hemos superado este punto de vista.

No me gusta la rigidez de algunos de mis camaradas. Y por otra parte te tengo mucho aprecio, como ya sabes. Por ello no apelo a ti en el terreno político o ideológico. No todos los que colaboran con el movimiento lo hacen por ideas políticas. Yo acudo a ti en nombre de la humanidad. Intento apelar a tu sentido de la decencia, a tu conciencia de ser humano y de polaca.

En este punto Sophie, como solía hacer después de una de las fervientes arengas de Wanda, desvió la mirada sin decir nada. Contempló, a través de la ventana, la glacial desolación de Varsovia, los edificios destruidos por las bombas y los montones de escombros amortajados (no había otra palabra más adecuada) por la nieve ennegrecida por el hollín: un panorama que en otro tiempo hubiera provocado lágrimas de aflicción, pero que en aquel momento sólo podía mirarse con indiferencia, pues formaba parte de la lobreguez y la miseria de una ciudad saqueada, aterrada, hambrienta, moribunda. Si el infierno hubiera tenido suburbios, se habrían parecido mucho a aquella desolación. Se chupó las yemas de sus maltrechos dedos. El penoso trabajo de la fábrica de papel embreado sin la protección de unos guantes le había echado a perder las manos; se le había infectado dolorosamente un pulgar. Por fin, contestó a Wanda:

—Ya te he dicho, y te lo vuelvo a decir, querida, que no puedo. Y no quiero. Eso es todo.

—Y supongo que por la misma razón de siempre...

—Sí. —¿Por qué no podía aceptar Wanda su decisión como definitiva, desistir de su empeño, dejarla tranquila? Su insistencia era inaguantable—. Wanda —dijo Sophie con suavidad—, no quiero insistir en eso más de lo que ya he insistido. Siento repetir lo que debería ser evidente para ti, pues no ignoro tu perspicacia. Pero mi situación me obliga a repetírtelo: no puedo arriesgarme; tengo dos hijos.

—No eres la única. Otras mujeres de la Resistencia también los tienen —la cortó Wanda bruscamente—. ¿Cómo es posible que no te entre eso en la cabeza?

—Ya te he dicho más de una vez que yo no soy una de esas «otras mujeres», porque no pertenezco a vuestro movimiento clandestino —replicó Sophie, esta vez con irritación—. ¿No puedo ser yo misma? ¿Por qué no puedo actuar según mi conciencia? Tú no tienes hijos. Por lo tanto, te es fácil hablar de ese modo. Yo no puedo arriesgar la vida de Jan y Eva. Ya lo pasan bastante mal como viven ahora.

—Tu actitud, Zosia, ponerte en un nivel diferente de los demás, me parece muy ofensiva. Eso de ser incapaz de sacrificarte...

—Y a me he sacrificado —dijo Sophie amargamente—. He perdido a mi padre y a mi marido, y mi madre se está muriendo de tuberculosis. ¿Hasta dónde debe llegar mi sacrificio?

Wanda no podía suponer la antipatía —llamémosle indiferencia— que Sophie sentía hacia su padre y su marido, que yacían muertos en sus tumbas de Sachsenhausen desde hacía tres años; por ello esta justificación, y el tono en que fue expresada, hicieron moderar el tono de Wanda. Su voz adquirió un matiz casi halagador.

—Para ayudarnos no tendrías que hacer ningún trabajo demasiado arriesgado, ¿comprendes, Zosia? Tu situación no tendría por qué ser excesivamente vulnerable... Nada que se pareciese ni remotamente a lo que vienen haciendo algunos de los camaradas, incluso yo misma. Sólo se trata de tu cerebro, de tu cabeza. Con tu conocimiento del

alemán, son tantas las cosas en que podrías colaborar que tus servicios serían valiosísimos. Escuchando, por ejemplo, sus emisoras de radio, traduciendo lo que oyeras... Esos documentos que encontramos en el camión de la Gestapo apresado en Pruszków. Limitémonos de momento sólo a ellos. ¡Valen su peso en oro, estoy segura! Yo podría ayudar a traducirlos, por supuesto, pero hay tantos... y además tengo muchas otras cosas en la cabeza. ¿Te das cuenta, Sophie, de lo útil que podrías sernos si permitieras que te trajera algunos de esos documentos aquí, en un lugar seguro como éste? Nadie sospecharía nada. —Hizo una pausa y luego añadió con gran énfasis—: Debes reconsiderar tu postura, Zosia. Se está haciendo deshonrosa. ¡Piensa en lo que puedes hacer por todos nosotros! ¡Piensa en tu país! ¡Piensa en Polonia!

Comenzaba a oscurecer. Desde el techo, una pequeña bombilla eléctrica proyectaba una luz temblorosa y mortecina. Parecía que aquella noche tendrían suerte, pues a menudo ni luz había. Desde el amanecer Sophie había estado apilando hojas de papel embreado, y al pensar en ello se dio cuenta de que el dedo hinchado por la infección no le dolía tanto como la espalda. Como de costumbre, se sentía sucia, mugrienta. Con ojos cansados, enrojecidos, observó de nuevo el desolado panorama de la ciudad, sobre el cual el sol parecía decidido a no volver a proyectar nunca el más mínimo rayo. Bostezó, agotada, ya sin escuchar la voz de Wanda, o más bien sin prestar atención al sentido de las palabras..., una voz que se había vuelto monótona, pero estridente e intimidante, que quería ser inspiradora. Se preguntó por dónde andaría Jozef, si estaría corriendo algún peligro. Sólo sabía que había salido con su mortífera cuerda de piano bajo la chaqueta para eliminar a alguien en el otro extremo de la ciudad: un muchacho de diecinueve años llevando a cabo su misión de muerte y venganza. No era auténtico amor lo que ella sentía, pero se preocupaba mucho por él; le gustaba su calor cuando se hallaba a su lado en la cama, y siempre que salía para cumplir una misión como la presente no quedaba tranquila hasta verle volver. «¡Santa María, Madre de Dios —pensó—, qué vida!» En la sombría calle de abajo —gris e impersonal como la suela de un zapato—, un pelotón de soldados alemanes, colgados sus rifles del hombro, caminaban con fuertes pisadas entre una borrascosa ventolera que levantaba los cuellos de sus guerreras; Sophie observó con indiferencia cómo daban la vuelta a la esquina y desaparecían en una calle donde ella sabía que habría podido ver, de no haber sido por un edificio bombardeado que interceptaba su mirada, el patíbulo público de hierro y acero en cuya barra horizontal incontables ciudadanos de Varsovia habían sido colgados. Y aún seguían siéndolo. ¿No terminaría nunca, aquello?

Estaba tan preocupada que ni siquiera intentó gastar a Wanda una broma pesada que le rondaba por la cabeza: contestarle diciéndole algo que en aquel momento llenaba su corazón. «Lo único que podría tentarme a entrar en vuestro mundo —le habría dicho— es la radio. Sobre todo la de Londres. La sintonizaría, sí, pero no para escuchar las victorias aliadas, las noticias sobre el ejército polaco en lucha, ni las órdenes del gobierno de Polonia en el exilio. Nada de eso. Simplemente, creo que arriesgaría la vida como tú, e incluso daría una mano o un brazo por añadidura, con tal de poder escuchar de nuevo, aunque fuese una sola vez, la ópera *Così fan tutte* dirigida por sir Thomas Beechan.» ¡Qué idea más chocante y egoísta! Sophie se dio cuenta de la vileza de aquel pensamiento cuando pasó por su mente, pero no pudo evitarlo: era lo que sentía.

Por un momento, Sophie se sintió avergonzada por haber tenido aquella ocurrencia, por mantener aquella opinión en la casa donde lo compartía casi todo con Wanda y Jozef, por tener unas ideas que atentaban contra la dignidad de aquellos dos seres altruistas y valerosos cuyo amor a la humanidad y a sus compatriotas polacos y cuya preocupación por los judíos perseguidos era la negación de cuanto había sostenido su padre. Pese a su inocencia respecto a las ideas del profesor Biegański, Sophie se sentía sucia, contaminada por la colaboración que le había prestado durante aquel obsesivo año anterior a su muerte y por el atroz panfleto que resultó de aquel insensato período. Por eso la breve relación con la intachable Wanda y su hermano le había proporcionado momentos de gracia purificadora. Sintió un escalofrío, al tiempo que aumentaba la fiebre de su vergüenza. ¿Qué pensarían si supieran cómo era su padre o si se enterasen de que ella había llevado consigo, durante tres años, un ejemplar del panfleto? *¿Y la inconfesable razón por la que lo había conservado?* Para usarlo como una pequeña cuña, como un instrumento de posible negociación con los nazis si se presentaba la ocasión. «Sí —se contestó a sí misma—, sí, no había paliativos para aquel indigno acto.» Y en aquel momento, mientras Wanda seguía perorando sobre el deber y el sacrificio, se sintió tan turbada por su secreto que, aunque sólo fuese para salvar la compostura, hizo un esfuerzo para apartarlo de su mente como un asqueroso desperdicio. Escuchó de nuevo.

—Llega un momento en la vida en que todo ser humano debe alzarse y servir para algo —estaba diciendo Wanda—. Ya sabes el buen concepto que tengo de ti. Y en cuanto a Jozef, ¡moriría por ti! —Su voz se elevó y se volvió más áspera—. Pero no puedes seguir tratándonos de esa manera. Debes ser una mujer responsable, Zosia. Has llegado a un punto en que no puedes continuar en esa postura frívola. ¡Debes elegir! ¡Lo que sea!

En aquel instante, abajo, en la calle, aparecieron sus hijos. Avanzaban despacio por la acera, hablando animadamente, retrasando el momento de volver a casa, como suelen hacer todos los niños. Algunos transeúntes, también camino de sus hogares, pasaban por su lado adelantándolos, como huyendo de la creciente oscuridad; uno de ellos, un hombre de edad increíblemente abrigado contra el viento y el frío, dio un brusco empujón ajan para demostrarle que impedía el paso a los que iban más aprisa, y el niño respondió a su grosería con un gesto de la mano no menos falto de finura. Luego siguió andando al mismo ritmo junto a su hermana y se entregó de nuevo a su parloteo, explicando... explicando. Había ido a recoger a Eva como siempre que ésta tenía lección de flauta, cosa que no sucedía en días fijos, sino según lo ocupado que estaba el profesor, y a veces de improviso, en un destartado sótano, dos manzanas más abajo. El profesor, que se llamaba Stefan Zaorski, había sido flautista de la orquesta sinfónica de Varsovia, y Sophie había tenido que colmarlo de halagos y súplicas para que tomara a Eva como discipula; aparte del dinero que Sophie podía pagar, una pequeñísima cantidad, eran muy pocos los incentivos que encontraba un músico como él para dar lecciones en aquella lóbrega y moribunda ciudad, en la que los mejores medios de ganarse el pan solían ser también los más ilegales. Padecía una grave artritis en ambas rodillas, lo que no ayudaba precisamente a mejorar su situación. Pero Zaorski, hombre todavía joven y soltero, se prendó enseguida de Sophie (como solía suceder a casi todos los hombres que entraban en contacto con ella), y la posibilidad de gozar de vez en cuando de su trato y su belleza fue sin duda, más que todos los ruegos, lo que le hizo transigir.

La flauta. La flauta mágica. En una ciudad de pianos destruidos o desafinados parecía el instrumento adecuado para iniciar a una niña en la música. Eva estaba loca por la flauta y, al cabo de unos cuatro meses de tomar lecciones, Zaorski comenzó a sentir admiración por la pequeña, sorprendido de sus dotes naturales, preguntándose si sería un prodigio, como la Landowska o Paderewski, una nueva aportación de Polonia al panteón musical... Y acabó incluso por no aceptar la insignificante cantidad que Sophie le pagaba. En aquel momento se materializó en la calle, como salido de la nada, cual un genio rubio..., pero de aspecto famélico, delgadísimo, con un pelo semejante a cerdas de escoba y una inquieta preocupación en sus pálidos ojos. El suéter de lana que llevaba, de un verde fuliginoso, parecía un mosaico de agujeros de polilla. Sophie, sorprendida, se inclinó sobre el cristal de la ventana. El generoso y neurótico profesor había corrido detrás de los niños hasta alcanzarlos, movido por una razón que Sophie no podía adivinar. Pero de pronto quedó aclarada la misión que lo había sacado tan de repente de su sótano. Sempiterno y apasionado pedagogo, en realidad había seguido a Eva cojeando, se había apresurado a lo largo de las dos manzanas que lo separaban de su casa para corregir, explicar o perfeccionar algo que acababa de enseñarle en su reciente lección (algo sobre el modo de mover los dedos, sobre el fraseo...). ¿Qué? Sophie no lo sabía, pero se sintió conmovida y regocijada a la vez.

Abrió un poco la ventana para oír la conversación del pequeño grupo que habían formado cerca de la entrada de la casa de enfrente. Eva llevaba recogido su rubio cabello en coletas. Había perdido, por la edad, casi todos los dientes delanteros. ¿Cómo era posible, se preguntó Sophie, que aquella pequeña tocara aquel instrumento? Zaorski había hecho abrir a Eva su funda de cuero para sacar de ella la flauta, la tomó y la levantó frente a la niña como si fuera a tocarla, pero de momento no se la llevó a la boca. Simplemente, le mostró algunos silenciosos arpeggios con los dedos. Luego la puso entre sus labios y tocó varias notas. Pero Sophie no pudo oír nada. Unas grandes sombras cruzaron el cielo invernal. En lo alto, una escuadrilla de bombarderos de la Luftwaffe atronaba el espacio en dirección hacia Rusia. A muy baja altura, cinco, diez, veinte monstruosos aparatos extendían sus siniestras formas de buitre. Pasaban cada tarde a última hora como obedeciendo a una norma estricta, haciendo temblar la casa con fuertes vibraciones. La voz de Wanda quedó ahogada por el estruendo.

Cuando hubieron pasado los aviones, Sophie volvió a prestar atención al grupo de abajo. Eva estaba tocando, pero cesó de hacerlo al cabo de un instante. La música le resultaba familiar, pero no recordaba de quién era (¿Haendel, Pergolesi, Gluck?). Un dulce escalofrío de aguda nostalgia y milagrosa simetría. Doce notas, no más, que hicieron repicar campanas antifonales en lo más profundo de su alma. Le hablaron de todo lo que ella había sido, de todo lo que ansiaba ser y de cuanto deseaba para sus hijos fuera cual fuera el futuro que Dios les destinase. Casi perdió el sentido mientras un doloroso y devorador sentimiento amoroso se apoderaba de ella. Y, al mismo tiempo, alegría... Una alegría inexplicablemente deliciosa y desesperante a la vez recorrió su piel como una fría llamarada.

Pero aquel delicado y perfecto sonido se había evaporado ya en el aire. «¡Maravilloso, Eva! —oyó Sophie decir a Zaorski—. ¡Muy bien!»

Y entonces vio cómo el profesor daba una cariñosa palmadita en la cabeza de Eva y

luego otra en la de Jan antes de dar la vuelta para dirigirse de nuevo, calle arriba, a su sótano. Jan tiró de una de las coletas de Eva y ella dio un chillido: «¡Basta, Jan!».

Luego, Wanda insistió diciendo:

—¡Debes tomar una decisión!

Sophie aún permaneció silenciosa unos instantes. Por último, mientras oía el barullo y las pisadas de los niños que subían la escalera, contestó suavemente:

—Mi elección ya está hecha. Como ya te dije, no quiero comprometerme. ¡Lo dije y lo sostengo! *Schluss!* —Su tono se elevó al pronunciar esta palabra, y enseguida se preguntó por qué se había puesto a hablar en alemán—. *Schluss... aus!* ¡Es mi última palabra! ¡Se acabó!

Durante los cinco meses anteriores a la detención de Sophie, los nazis habían hecho un gran esfuerzo para que el norte de Polonia quedara *Judenrein*, limpio de judíos. En virtud de la aplicación de un programa de deportación que comenzó en noviembre de 1942 y que se prolongó hasta fines del siguiente mes de enero, los miles de judíos que vivían en el nordeste de la provincia de Bialystok fueron apiñados en vagones de tren y enviados a campos de concentración por todo el país. Embutidos en el complejo ferroviario de Varsovia, la mayoría de esos judíos del norte fueron a parar a Auschwitz. Entretanto, en la propia Varsovia hubo un momento de respiro en la acción contra los judíos, por lo menos en cuanto a grandes deportaciones. Con todo, algunos datos estadísticos demuestran que ya había habido importantes deportaciones en Varsovia. En 1939, antes de que los alemanes invadieran Polonia, la población judía de su capital se acercaba a 450.000 almas, cifra sólo superada por Nueva York, donde existe la mayor concentración mundial de judíos en una sola ciudad. Sólo tres años más tarde, la cifra de judíos que vivían en Varsovia había descendido a 70.000; la mayor parte de los demás habían muerto no sólo en Auschwitz, sino también en Sobibór, Belzec, Chelmno, Maidanek y, sobre todo, en Treblinka. Este gran campo de concentración estaba situado a una distancia ventajosamente corta de Varsovia y, a diferencia de Auschwitz, que estaba destinado en especial a los trabajos forzados, se convirtió en un lugar dedicado totalmente al exterminio. No se debió en absoluto a la casualidad el hecho de que los enormes «reajustes» de población del gueto de Varsovia, que tuvieron lugar en julio y agosto de 1942 y convirtieron aquel barrio en un fantasmal cascarón, coincidieran con la puesta en marcha del bucólico refugio de Treblinka y sus cámaras de gas.

De los 70.000 judíos que quedaron en la ciudad, aproximadamente la mitad siguieron viviendo en situación «ilegal» en el asolado gueto (precisamente mientras Sophie languidecía en la cárcel de la Gestapo, muchos de ellos se estaban preparando para morir como mártires en el levantamiento de abril, que tendría lugar sólo unas semanas más tarde). La mayor parte del resto de 35.000 judíos —ciudadanos clandestinos del llamado *interghetto*— vivían desesperados entre las minas como animales perseguidos. No bastaba con que fueran acosados por los nazis; tenían que soportar constantemente el miedo a ser denunciados por los viles «cazadores de judíos» —las presas de Jozef— y otros mercenarios polacos, como Irena, aquella profesora de literatura norteamericana que, además, era agente doble. Incluso había sucedido (y más de una vez) que fueran puestos

en evidencia, a través de retorcidos artificios, por sus compañeros judíos. Era horrible, como Wanda había dicho repetidamente a Sophie, que la denuncia y la muerte de Jozef hubiesen marcado el inicio de lo que pensaban llevar a cabo los alemanes a gran escala. ¡Qué lástima, lo que estaba sucediendo con aquel quebrantado sector del Ejército Nacional! Pero al fin y al cabo, había añadido Wanda, no podía decirse que aquello los hubiese cogido por sorpresa. Sucedió realmente así porque a causa de los judíos todos acababan cociéndose en el mismo caldero. Era significativo que la organización incluyera, entre sus miembros más activos, a algunos judíos. De lo que resultaba lo siguiente: aunque el Ejército Nacional, como todos los componentes de la Resistencia de cualquier otro país europeo, tenía otras preocupaciones además de la de socorrer y salvaguardar a los judíos (con el caso extremo de una o dos facciones de partisanos polacos que habían permanecido irremediablemente antisemitas), tal ayuda, hablando en general, seguía siendo importante en su lista de prioridades; por lo tanto, puede decirse con seguridad que, al menos en parte, los esfuerzos de aquellos hombres y mujeres a favor de los judíos más acosados y más expuestos a la muerte fueron la causa de que docenas y docenas de miembros del movimiento clandestino se vieran acorralados, y de que también Sophie —la Sophie sin mácula, la inaccesible, la no comprometida— cayera casualmente en la trampa.

Durante la mayor parte del mes de marzo, incluyendo el período de dos semanas en que Sophie estuvo encerrada en la cárcel de la Gestapo, las expediciones de judíos de la provincia de Bialystok con destino a Auschwitz a través de Varsovia cesaron temporalmente. Eso tal vez podría explicar por qué Sophie y los miembros de la Resistencia —que alcanzaban entonces la cifra de doscientos cincuenta prisioneros— no fueron enviados inmediatamente al campo de concentración: los alemanes, siempre fanáticos de la eficiencia, esperaban poder unir sus nuevos rehenes a una expedición de carne humana aún más importante, y como por entonces no se deportaban judíos de Varsovia, aquel retraso era para ellos lo más oportuno. Otra cuestión clave —el cese de la deportación de judíos del nordeste— requiere comentario aparte; este punto estaba relacionado sobre todo con la construcción de los crematorios de Birkenau. Desde el comienzo de la utilización del campo, el primer crematorio instalado en Auschwitz, junto con su cámara de gas, fue el principal instrumento de exterminio masivo al servicio del complejo Auschwitz-Birkenau. Sus primeras víctimas fueron prisioneros de guerra rusos. De hecho era una estructura perteneciente al país: los cuarteles y demás edificios de Auschwitz eran, cuando los alemanes se apoderaron de ellos, el núcleo de unas antiguas instalaciones de la caballería polaca. En otro tiempo, aquel edificio bajo de estilo indefinido y tejado de pizarra inclinado había sido un almacén de hortalizas, y los alemanes encontraron que su arquitectura no podía ser más adecuada a sus propósitos: la gruta subterránea donde se amontonaban hasta gran altura los nabos y las patatas era perfectamente apropiada para la asfixia simultánea de grandes cantidades de personas, del mismo modo que las antecámaras anejas parecían hechas de encargo para la instalación de los hornos crematorios. Sólo fue necesario añadirles una chimenea para que los exterminadores pudieran empezar su tarea.

Pero enseguida se vio que todo aquello era demasiado limitado para el gran número de condenados que los trenes arrojaban al campo. A pesar de que en 1942 fueron levantadas algunas casamatas, más bien pequeñas, con destino al exterminio, las

instalaciones para matar resultaban insuficientes, y ello no se remediaría hasta quedar completados los nuevos e inmensos crematorios de Birkenau. Los alemanes —o más bien sus esclavos judíos y no judíos— trabajaron duramente aquel invierno. El primero de los cuatro gigantescos incineradores que se construyeron se puso en marcha una semana después de la captura de Sophie por la Gestapo, y el segundo sólo ocho días más tarde, pocas horas antes de que ella llegara a Auschwitz el primero de abril. Había salido de Varsovia el treinta de marzo. Aquel día, ella, Jan y Eva, junto con los doscientos cincuenta miembros de la Resistencia, incluida Wanda, fueron amontonados en los vagones de un tren que ya transportaba mil ochocientos judíos y que por fin habían sido enviados desde Malkinia, un campo de tránsito situado al nordeste de Varsovia en el que se había retenido el resto de la población judía de la provincia de Bialystok. En el tren, además de los judíos y los miembros del Ejército Nacional, se incluyó también un grupo de polacos —ciudadanos de Varsovia de ambos sexos, cuyo número ascendía a unos doscientos— que habían sido capturados por la Gestapo en una de sus ocasionales pero brutales *lapankas*, cuyas víctimas no solían ser culpables más que de la tremenda mala suerte de hallarse en la calle inadecuada en una hora poco propicia. Así pues, a lo sumo, la naturaleza del delito cometido por ellos era sólo técnica, por no decir producto de la fantasía.

Entre esos infortunados se encontraba Stefan Zaorski, que no tenía permiso de trabajo y que ya había confiado a Sophie el presentimiento de que llegaría a encontrarse en aquella grave situación. Sophie quedó aturdida cuando se enteró de que también él había sido capturado. Lo vio en la cárcel desde cierta distancia y también lo avistó un instante en el tren, pero no tuvo ocasión de hablar con él en la confusión de humo, ruido y cuerpos apretujados. Era una de las expediciones más numerosas que habían llegado a Auschwitz desde hacía bastante tiempo. Las mismas proporciones del contingente eran quizás una indicación de lo ansiosos que estaban los alemanes por emplear las nuevas instalaciones de Birkenau. Aquella vez no se hicieron entre los judíos las habituales selecciones para escoger los que eran útiles para trabajar. Aunque no era raro que una expedición completa fuese exterminada, la matanza en cuestión debería considerarse como un caso especial por constituir un ejemplo de la afición de los nazis a las proezas y porque con ella se demostraron a sí mismos la eficacia de su último, mayor y más refinado instrumento de la tecnología de la muerte: mil ochocientos judíos fueron eliminados en el acto inaugural del Crematorio II. Ni uno solo de ellos escapó a la muerte inmediata en las cámaras de gas.

Aunque Sophie fue extremadamente sincera conmigo en cuanto a su vida en Varsovia, su captura y su estancia en la cárcel, se mostró curiosamente evasiva respecto a su deportación y su llegada a Auschwitz. Al principio pensé que su actitud tenía que ver con su deseo de no evocar tantos horrores, y estaba en lo cierto, pero hasta más tarde no llegaría a saber el verdadero motivo de su silencio, inimaginable para mí en aquel momento. Los párrafos anteriores, con su acumulación de estadísticas —que he reunido usando datos difícilmente obtenibles salvo por quienes estuvieron profesionalmente relacionados con aquel lejano año que precedió al final de la guerra—, pueden haber parecido áridos y abstractos al lector, pero me he permitido consignarlos aquí ante la necesidad de recrear, después de tantos años, el ambiente y las circunstancias de los

acontecimientos en los que Sophie y los demás se vieron irremisiblemente arrastrados.

Desde entonces he reflexionado mucho. A menudo me he preguntado cuáles habrían sido los pensamientos del profesor Biegański si hubiese vivido lo suficiente como para ver que el destino de su hija, y especialmente el de sus nietos, había dependido de —y había estado inextricablemente entrelazado con— la consumación del sueño que compartía con sus ídolos nacionalsocialistas: la liquidación de los judíos. Pese a su adoración por el Reich, él era un orgulloso polaco. Es de suponer que fue excepcionalmente astuto en cuestiones relativas al poder. Resulta, pues, difícil de comprender cómo pudo ser tan ciego ante el hecho de que el gran acontecimiento exterminador forjado por los nazis contra los judíos europeos tendría también que caer como asfixiante niebla sobre sus compatriotas: un pueblo detestado con tal ferocidad que sólo tenía como muralla protectora ante la eliminación que lo amenazaba la intensidad aún mayor del odio contra los judíos. Y fue ese destino de los polacos, por supuesto, lo que condenó a muerte al propio profesor. Pero su obsesión debió de cegarlos de muchas otras maneras, porque resulta verdaderamente irónico que —aun cuando los polacos y otros eslavos no figuraban en los primeros puestos de los grupos étnicos que debían ser aniquilados— no previera que un odio tan desmedido acabaría por absorber hacia su núcleo destructor, como limaduras metálicas atraídas hacia un potente imán, a incontables millares de víctimas que no llevaban el distintivo amarillo. Sophie me dijo una vez, al contarme ciertos períodos de su vida aún no revelados, que por autoritario e implacable que fuera el desprecio que el profesor le demostraba, la adoración que éste sentía por sus dos nietecillos era tierna, genuina, total. Es imposible especular sobre la reacción de aquel hombre atormentado si hubiese sobrevivido como para ver caer a Jan y a Eva en el negro abismo que su imaginación había forjado para los judíos.

Siempre recordaré el tatuaje de Sophie. La siniestra pequeña excrescencia que marcaba su antebrazo con lo que parecía un rosario de diminutas mordeduras fue el único detalle de su aspecto que al instante —la noche en que la vi por primera vez en el Palacio Rosado— hizo surgir en mi mente la equivocada idea que era judía. En la vaga y uniforme mitología de aquel tiempo, los supervivientes judíos y aquella patética marca iban indisolublemente unidos. Pero si yo hubiera sabido entonces la metamorfosis que sufrió el campo de concentración durante la terrible quincena sobre la que acabo de explayarme, habría comprendido que aquel tatuaje estaba directamente relacionado con el hecho de que Sophie había sido considerada como una judía aunque no lo fuera. Era esto... Ella y sus compañeros no judíos fueron objeto de una clasificación que, paradójicamente, los libró de una inmediata vinculación a la muerte. La explicación estaba en una reveladora cuestión burocrática. El tatuaje de los prisioneros «arios» fue practicado sólo a partir de finales de marzo, y Sophie debió de encontrarse entre los primeros contingentes de no judíos que fueron marcados. Aunque a primera vista esta medida podría parecer desconcertante, la modificación de la antigua norma es fácil de explicar: tenía que ver con la puesta en marcha de la nueva máquina de matar. Con la «solución final» ahora llevada a la práctica según órdenes recibidas de Berlín, y contando con la cantidad de judíos suficientes para que las cámaras de gas recién inauguradas trabajaran a pleno rendimiento, ya no sería necesario numerar a ningún hebreo. Himmler había dado la orden de que todos los judíos debían ser eliminados sin excepción. El campo de

concentración, desde entonces limpio de judíos, sólo encerraría arios tatuados para su identificación: esclavos que se deslizarían poco a poco hacia la otra clase de muerte prevista para ellos; de ahí el tatuaje de Sophie. (O tal vez ése era, en líneas generales, el plan inicial. Pero como sucedía con frecuencia, el proyecto volvió a ser cambiado; hubo contraórdenes. Se produjo un cierto conflicto entre el ansia de asesinar y la necesidad de mano de obra. Hacia el final de aquel invierno, después de la llegada al campo de los judíos alemanes, se determinó que todos los prisioneros en buenas condiciones físicas — hombres y mujeres— fueran destinados a trabajos forzados. Así fue como en la sociedad de muertos en vida de que Sophie pasó a formar parte se mezclaron judíos y no judíos.)

Y luego llegó el Día de los Inocentes, según se celebra el primero de abril en buena parte del mundo occidental. Bromas y engaños. El *poisson d'avril*. En polaco, como en latín: *Prima Aprilis*. Cada vez que al correr del tiempo ha llegado de nuevo ese día, marcando el paso de los años durante mis últimas décadas, la asociación de tal fecha con Sophie me ha hecho sentir un punzante dolor, sobre todo al ser víctima de las pequeñas, inofensivas e inocentes jugarretas perpetradas por mis hijos («¡Inocentada, papá!»); en tales ocasiones, el padre de familia siempre tan indulgente, ha solido ponerse de un pésimo mal humor. Odio el primero de abril como odio al Dios judeo-cristiano. Fue el día que marcó el final del viaje de Sophie, y creo que la broma más pesada de aquella jornada no fue tanto la vulgar coincidencia que he mencionado como el hecho de que, sólo cuatro días después, una comunicación cursada por Berlín a Rudolf Höss ordenaba que no se enviaran más prisioneros no judíos a las cámaras de gas.

Por algún tiempo, Sophie se abstuvo de darme detalles sobre su llegada, o tal vez su estado emocional no se lo permitía. Pero aun así, antes de que llegara a contarme todo lo que realmente le sucedió, pude reconstruir de forma aproximada los acontecimientos de aquel día, un día primaveral que las crónicas describen como prematuramente cálido y floreciente de verdor, con los helechos despleándose, la forsitia a punto de abrirse antes de tiempo y el aire claro y soleado. Los mil ochocientos judíos fueron cargados sin pérdida de tiempo en camiones y llevados a Birkenau, operación que duró dos horas a partir del mediodía. Como he dicho, no hubo selecciones. Hombres en buenas condiciones físicas, mujeres, niños..., todos murieron. Poco después, como poseídos por el deseo de barrer hasta la última de las víctimas que tuvieran a mano, los oficiales de las SS encargados de la recepción de expediciones en el andén enviaron el contenido de un vagón —es decir, doscientos prisioneros, todos ellos miembros de la Resistencia— a las cámaras de gas. También éstos fueron llevados a Birkenau en camiones, dejando tras ellos a unos cincuenta camaradas suyos incluida Wanda.

Hubo entonces una curiosa interrupción en las operaciones que se estaban efectuando, y una espera que duró casi toda la tarde. En los dos vagones todavía por descargar, además del resto de componentes de la Resistencia, habían quedado Sophie, Jan y Eva, así como una serie de desaliñados polacos capturados en la última redada de Varsovia. La espera se alargó muchas horas más, casi hasta el anochecer. En el andén, los hombres de las SS —oficiales, médicos experimentados y guardianes— parecían moverse de un lado a otro con ansiosa indecisión. ¿Órdenes de Berlín? ¿Contraórdenes? Uno sólo puede especular sobre la causa de aquel nerviosismo. Pero no importa. Finalmente se vio con claridad que las SS habían decidido continuar su trabajo, aunque esta vez efectuando

la selección. Los suboficiales encargados de aquella tarea obligaron a salir de los vagones a todos los prisioneros que quedaban y los hicieron formar en largas colas. Entonces intervinieron los médicos. La selección duró poco más de una hora. Sophie, Jan y Wanda fueron enviados al campo de concentración. Cerca de la mitad de los prisioneros fueron escogidos según ese criterio. Entre quienes fueron enviados a morir en el Crematorio II de Birkenau se hallaba el profesor de música Stefan Zaorski y su discipula, la flautista Eva María Zawistowska, que al cabo de poco más de una semana hubiera cumplido ocho años.

Debo ahora relatar una pequeña historia que he tratado de componer en mi mente basándome en la efusión de memorias con que Sophie me obsequió aquel veraniego fin de semana. Supongo que el sufrido lector no podrá percibir inmediatamente la relación que este puñado de recuerdos tiene con Auschwitz, aunque la descubrirá en el momento oportuno, junto con la comprobación del siguiente hecho: de entre todos los intentos que llevó a cabo Sophie para poner orden en la confusión de su pasado, éste es sin duda uno de los más extraños y desconcertantes.

El lugar vuelve a ser Cracovia, y los hechos se desarrollan a primeros de junio del año 1937. Los protagonistas son Sophie, su padre y un personaje nuevo en esta narración: el doctor Walter Dürrfeld, de Leuna, cerca de Leipzig, uno de los directores de la IG Farbenindustrie, *Interessengemeinschaft*, o conglomerado industrial —increíblemente enorme en su tiempo—, cuyo prestigio y proporciones bastan para que la mente del profesor Biegański se ponga a bullir de euforia. Para no hablar del propio doctor Dürrfeld, quien a causa de la especialidad académica del profesor —los aspectos legales internacionales de las patentes industriales— es conocido por éste como uno de los capitanes de la industria alemana. El elogio excesivo e innecesario, por parte del profesor, de las manifestaciones de la potencia y poder alemanes podrían mostrarlo bufonescamente servil en presencia de Dürrfeld, pero al fin y al cabo posee la contrapartida de su ilustre reputación de experto y erudito en su campo. También es un hombre de considerable facilidad en el trato social. Sin embargo, Sophie observa que su padre se siente desmesuradamente halagado por la simple proximidad física de ese titán, y que sus ansias de hacerse agradable casi lo hacen resultar empalagoso. No se trata de una cita profesional; el encuentro es puramente social, recreativo. Dürrfeld y su esposa están haciendo un viaje de vacaciones por la Europa oriental y un conocido de ambos, autoridad en patentes como el profesor, ha preparado su contacto por correo y varios telegramas de última hora. Debido al apretado programa de Dürrfeld, aquella etapa de su gira no debe llevarle mucho tiempo, ni siquiera puede incluir una comida en compañía de su improvisado cicerone: un breve vistazo a la universidad con su resplandeciente Collegium Maius, y luego el castillo de Wawel, los tapices, una pausa para una taza de té, tal vez alguna pequeña excursión secundaria, pero eso es todo. La ocasión de una agradable compañía durante la tarde, y después de nuevo al coche-cama, hacia Wroclaw. El profesor expresa con vehemencia su deseo de un contacto más prolongado, pero su agasajado considera que cuatro horas son suficientes.

Frau Dürrfeld está indispuesta; un poco de *Durchfall*, diarrea, la ha confinado en su habitación del hotel Francuski. Mientras los tres toman el té de media tarde tras su descenso de los parapetos del castillo de Wawel, el profesor se disculpa, quizá demasiado amargamente, de la mala calidad del agua de Cracovia y expresa con exageración su sentimiento por no haber tenido ocasión de ver, siquiera fugazmente, a la encantadora Frau Dürrfeld antes de que subiera apresuradamente a su habitación. Dürrfeld se muestra

complacido con sus movimientos de cabeza; Sophie se retuerce, nerviosa. Sabe que el profesor requerirá luego su ayuda para volver a recrear su conversación para su diario. Sabe asimismo que ha sido obligada a tomar parte en esta salida turística por dos razones: porque es una *knockout* —como dicen ese año en las películas norteamericanas para referirse a una mujer atractiva—, pero también porque con su presencia, aplomo y lenguaje, puede demostrar a ese distinguido invitado, a ese dinámico timonel del comercio, hasta qué punto la fidelidad a los principios de la cultura y crianza alemanas son capaces de producir (precisamente en aquel singular rincón eslavo) la fascinante réplica de una *fräulein* que ni el más exigente purista racial del Reich podría desaprobado. Por lo menos, Sophie cumple de momento con su papel. Pero su inquietud no cede, y no para de rogar a Dios que la conversación —cuando, como es de suponer, toque temas más serios— no se adentre en la política *nazi*. Comienza a estar seriamente preocupada por el disparatado giro que están tomando las ideas raciales del profesor, y no se siente en condiciones de escuchar o hacerse eco de tan peligrosas imbecilidades.

Pero de momento no tiene por qué preocuparse. Sólo la cultura y los negocios —no la política— ocupan la mente del profesor mientras dirige con tacto la conversación. Dürrfeld escucha con una fina sonrisa en los labios. Es un hombre de escasas carnes, bien parecido, de unos cuarenta y cinco años, con una sonrosada piel de aspecto saludable y unas uñas (a Sophie le choca este detalle) increíblemente limpias y cuidadas. Parecen lacadas, pintadas, y diríase que sus extremos son de marfil. Su peinado es imaculado, y su elegante y oscuro traje de franela negra, que sólo puede ser inglés, hace parecer chabacano y anticuado el de su padre con su vulgar rayado. Sus cigarrillos, observa Sophie, también son británicos: Craven A. Escucha al profesor con expresión divertida. Ella se siente vagamente atraída hacia él. Se da cuenta de que se ha sonrojado, nota el rubor en sus mejillas. Su padre no para de soltar sutiles precisiones históricas mientras se hallan sentados alrededor de la mesa donde les han servido el té, subrayando el efecto de la cultura de habla alemana en la ciudad de Cracovia y todo el sur de Polonia. ¡Qué duradera e indeleble ha sido esa tradición! Sí, por supuesto, y no es necesario decir (aunque el profesor lo dice) que Cracovia, en tiempos no demasiado lejanos, permaneció durante tres cuartos de siglo bajo dominación austríaca... *Natürlich*, eso ya lo sabe el doctor Dürrfeld, pero ¿sabe también que la ciudad es prácticamente la única de Europa occidental que posee una constitución propia? ¿Una constitución que aún hoy es conocida como los «derechos de Magdeburgo» y que se basa en leyes medievales formuladas en dicha ciudad? No debe pues extrañar que la comunidad haya compartido al máximo las leyes y costumbres alemanas, hasta el punto de que aún hoy existe entre los cracovianos el irrefrenable impulso de guardar una apasionada devoción por la lengua que, como dijo Von Hofmannsthal (¿o fue Gerhart Hauptmann?), es la más gloriosamente expresiva desde el griego antiguo. De pronto, Sophie advierte que el doctor ha centrado en ella su atención. «Incluso mi hija, que aquí ve —continúa el profesor—, cuya educación no ha sido, quizá, de las más amplias, habla con tal fluidez que no sólo domina a la perfección el *Hochsprache*, el alemán que se enseña en las escuelas, sino también el coloquial *Umgangssprache*, y además puede perfectamente imitar —para deleite del doctor— casi todos los acentos comprendidos entre esos dos tipos de lenguaje.»

Entonces siguen varios minutos realmente penosos (para Sophie) en que, a instancias

de su padre, debe pronunciar una frase escogida al azar en varios acentos alemanes locales. Es un truco imitativo que aprendió fácilmente de niña y que al profesor le ha gustado explotar desde entonces. Es uno de los abusos que comete de vez en cuando con ella. Sophie, que ya se siente bastante avergonzada por otros motivos, detesta verse obligada a representar aquel número teatral para Dürrfeld, pero con una torcida y azorada sonrisa obedece hablando, según le ordena su padre, en suabo, luego con las indolentes cadencias de Baviera, después con la entonación de una natural de Dresde y de Frankfurt, para pasar enseguida al bajo alemán, al sajón de Hannover y por último —consciente de la desesperación que reflejan sus ojos— a la imitación de una vulgar campesina de la Selva Negra. «*Entzückend!*—dice Dürrfeld, riendo complacido—. ¡Encantadora! ¡Realmente encantadora!» Sophie ha advertido que Dürrfeld, aunque le ha gustado la exhibición, ha usado su tacto para conducirla, consciente de sus apuros, hacia un rápido fin. ¿O quizá se ha sentido ofendido por la actuación del profesor? No lo sabe. Espera que no. «Papá — piensa —, eres un... *Oh, merde...*»

Sophie apenas puede dominar su fastidio, pero consigue mantenerse atenta. El profesor orienta sutilmente la conversación (sin dar la impresión de ser indiscreto) hacia el tema que ocupa en su corazón el segundo lugar de preferencia: la industria y el comercio, especialmente la industria y el comercio alemanes, y el poder que se espera de esas actividades, ahora tan enérgicamente florecientes. Es fácil ganarse la confianza de Dürrfeld; el conocimiento que el profesor tiene de los entresijos del comercio mundial es muy extenso, enciclopédico. Sabe cuándo es oportuno abrir un tema, cuándo apartarse humildemente de él, cuándo conviene ser directo, cuándo discreto. Mientras acepta, quizá con demasiada gratitud, el fino cigarro cubano hecho a mano que le ofrece Dürrfeld, expresa su profusa admiración por una reciente hazaña alemana. Acaba de leer la noticia en la revista de economía de Zúrich a la que está suscrito. Se trata de la venta a Estados Unidos de grandes cantidades de caucho sintético recientemente perfeccionado por la IG Farbenindustrie.

—¡Qué golpe maestro para el Reich! —exclama el profesor.

En este momento Sophie advierte que Dürrfeld, que no parece ser un hombre sensible a las adulaciones, sonríe sin embargo complacido y comienza a hablar animadamente. Al parecer, le agrada la visión técnica que el profesor tiene del tema, y usa por primera vez sus cuidadas manos para acompañar con gestos sus afirmaciones. Sophie, incapaz de seguir el hilo de la conversación hasta sus más misteriosos detalles, observa y considera de nuevo a Dürrfeld desde un punto de vista singularmente femenino: es atractivo, piensa; luego, ligeramente avergonzada, aparta de su mente aquel pensamiento. (Casada y madre de dos hijos... ¿Cómo ha podido...?)

Entonces, aunque sin perder el dominio de sí mismo, Dürrfeld es presa de una furiosa agitación interior; los nudillos de una de sus manos se vuelven blancos al apretar el puño, y la tensión hace palidecer la piel que rodea su boca. Con una rabia apenas contenida se pone a hablar del imperialismo, de *die Engländer* y *die Holländer*, de la conspiración por parte de las ricas potencias que son Inglaterra y Holanda consistente en acaparar el caucho natural y controlar su precio expulsando a las demás naciones del mercado.

—¡Y luego acusan a la IG Farben de prácticas monopolísticas! ¿Qué otra cosa

podríamos hacer? —dice con una voz cáustica y cortante que sorprende a Sophie por su contraste con la suave ecuanimidad mostrada hasta entonces por el doctor—. ¡No es de extrañar que nuestro golpe maestro haya sorprendido al mundo! Con los británicos y los holandeses fijando criminalmente, como únicos dueños de Malaya y las Indias Orientales, precios astronómicos en el mercado mundial, ¿qué otra cosa podía hacer Alemania sino emplear su ingenio tecnológico para crear un sustituto sintético del caucho que, además de ser económico, duradero y elástico, fuese...?

—¡Resistente al petróleo!

¡Vaya! El padre de Sophie le ha quitado a Dürrfeld las palabras de la boca. ¡Resistente al petróleo! El astuto profesor ha sabido estar al día al retener en su memoria el importante hecho de que lo más revolucionario del nuevo producto sintético y lo que constituye la clave de su valor y atractivo es su resistencia al petróleo. Otro detalle que ha halagado al doctor, quien sonríe, otra vez complacido ante los conocimientos del profesor. Pero como sucede a menudo, éste no sabe cuándo debe detenerse. Envarándose ligeramente —y poniendo más en evidencia la caspa que salpica sus hombros—, comienza su exhibición murmurando términos químicos como «nitrilo», «Buna-N» y «polimerización de hidrocarburos». Su alemán es melifluo..., pero ahora Dürrfeld, desviado de su justiciero furor contra los británicos y los holandeses, se calma y vuelve a la actitud indiferente que le es propia; se queda mirando al pomposo profesor de arqueadas cejas sin dejar traslucir su irritación y fastidio.

No obstante, aunque parezca extraño, el padre de Sophie sabe ser un hombre encantador. Incluso puede llegar a redimirse. Y así, durante el viaje a la gran mina de sal de Wieliczka situada al sur de la ciudad, sentados juntos los tres en el asiento trasero de la limusina del hotel (un viejo pero mimado Daimler que huele a barniz de madera), su autorizada disquisición sobre la industria polaca de la sal y su historia milenaria es cautivadora, brillante, cualquier cosa menos aburrida. Emplea el talento que le ha permitido ser un sugestivo conferenciante y un orador público de vibrante penetración. Ya no es tan ampuloso ni está tan pendiente de sí mismo. El nombre del rey que fundó la mina de Wieliczka, Boleslaw el Casto, sirve de pretexto para una momentánea chanza; un par de chistes inocentes contados en el momento oportuno devuelven a Dürrfeld su buen humor y tranquilidad. Sophie puede observar mejor al doctor cuando éste se arrellana en el asiento junto a ella, y siente aumentar su simpatía por él. Dirige a Dürrfeld una mirada de soslayo y le sorprende no observar en él ningún signo de arrogancia; la conmueve el presentimiento en aquel hombre de algo oscuramente cálido, vulnerable..., ¿o acaso no es más que soledad? El campo muestra su creciente verdor, su tremolante follaje, la abundancia de flores de sus prados: la primavera polaca es un voluptuoso renacer. Sophie nota la presión del brazo del doctor contra el suyo, y se da cuenta de que su femenina piel desnuda se ha vuelto de carne de gallina por efecto de un repentino escalofrío. Intenta, sin éxito —en el atestado asiento—, apartarse del doctor. Aún tiembla un poco, pero enseguida se relaja.

Dürrfeld también se ha distendido; ha recuperado la calma tan por completo que incluso se siente obligado a decir unas palabras de vaga disculpa: no hubiera debido permitir que los británicos y los holandeses lo agitaran de aquel modo, dice al profesor con voz suave; añade que perdonen su arranque, pero que no hay duda de que las prácticas

monopolísticas de esos dos países y su manipulación del suministro normal de un producto como el caucho, que todo el mundo debiera recibir equitativamente, es una verdadera aberración. Ciertamente, sólo un polaco, cuyo país —como Alemania— no posee ricas posesiones en ultramar, es capaz de apreciar este hecho. Ciertamente, no es el militarismo o el ciego deseo de conquista (que ha sido infamantemente imputado a ciertos países... sí, a Alemania, diantre, a Alemania) lo que hace probable alguna horrible guerra, sino esa codicia. ¿Qué debe hacer un país como Alemania cuando —desposeído de sus colonias, que habrían podido servirle como los Straits Settlements* de la Corona inglesa, y despojado del equivalente de las posesiones holandesas de Borneo y Sumatra— se encuentra frente a un mundo hostil, acorralado por los logreros y piratas internacionales? ¡La herencia de Versalles! ¡Sí, qué debe hacer! Debe crear con la máxima ferocidad. Debe fabricar su propia sustancia, ¡todo! Extraerlo del caos sin otra ayuda que su genio, y mantenerse entonces con la espalda contra la pared, enfrentándose a una hueste de enemigos. Así termina el pequeño discurso. El profesor sonrío satisfecho y se pone a aplaudir de veras.

Entonces Dürrfeld se queda silencioso. A pesar de su pasión está muy tranquilo. No ha hablado airadamente o con tono de alarma, sino con una elocuencia suave, breve y cortés, lo que contribuye a que Sophie se halle afectada por las palabras que acaba de oír y por la total convicción con que han sido expresadas. No está versada en política y problemas mundiales, pero tiene la sensatez de saberlo. No puede decir qué la excita más, si las ideas de Dürrfeld o su presencia física —tal vez una mezcla de ambas cosas—, pero encuentra muy razonables sus palabras, dichas, por otra parte, con honestidad y profunda convicción. Y, por supuesto, no se parece en nada al paradigmático nazi que han querido ver en él, con sus protestas, los elementos liberales y radicales de la universidad. «Quizá no sea un nazi», piensa con optimismo..., aunque es muy probable que un hombre situado a tal altura sea miembro del Partido. ¿Sí? ¿No? Bueno, ¿qué importa? Pero eso sí, hay algo que sabe con certeza: se siente acosada por un travieso y cosquilleante erotismo, un erotismo que la llena de la misma sensación de peligro, dulce y mareante a la vez, que experimentó en Viena años atrás cuando, siendo todavía una niña, se halló en lo más alto de la Gran Rueda del Prater: un placer delicioso y al mismo tiempo casi insoportable. (Sin embargo, mientras es presa de estas emociones no puede impedir que la angustie el recuerdo del cataclísmico acontecimiento doméstico que le da la libertad de sentir tan electrizante deseo: la silueta de su marido, envuelto en su bata, de pie en el vano de la puerta de su oscuro dormitorio sólo un mes antes, y las palabras de Kazik, tan dolorosas como un súbito corte en su cara producido por un cuchillo de cocina: «Debes meterte lo que voy a decirte en esa cabeza tan dura que tienes, quizá más dura de lo que dice tu padre. No puedo seguir haciendo “eso” contigo, no por falta de virilidad, ¿comprendes?, sino porque todo en ti, especialmente tu cuerpo, me deja totalmente insensible... Ni siquiera puedo soportar el olor de tu cama».)

Un momento después, a la entrada de la mina, mientras los dos contemplan el campo inundado de sol que, ondeante de cebada verde, se extiende a sus pies, Dürrfeld le hace algunas preguntas sobre ella. Sophie responde que es un ama de casa, la esposa de un

* El llamado «Gobierno de los Estrechos» era una antigua colonia británica (1867-1946) integrada por Singapur, Penang, Malaca, Labuan y otras pequeñas islas. (*N. del t.*)

profesor, pero que estudió piano y espera poder seguir haciéndolo en Viena dentro de uno o dos años. (Se han quedado solos por unos instantes y se hallan de pie, muy cerca uno de otro. Jamás había sentido Sophie un deseo tan agudo de encontrarse a solas con un hombre. Lo que ha posibilitado este momento es un pequeño contratiempo, un cartel que prohíbe la entrada a los visitantes porque se están haciendo reparaciones en la mina. Los labios del profesor vuelcan una cascada de disculpas y les dice que esperen, añadiendo que su amistad personal con el superintendente resolverá el problema.) Dürrfeld dice a Sophie que, por su aspecto, debe de ser muy joven. ¡Una muchacha! Cuesta creer que tenga ya dos hijos. Ella responde que se casó muy joven. Él también tiene dos hijos.

—Soy un hombre de familia —reconoce.

La observación ha sido hecha en un tono ambiguo, quizás algo picaresco. Por primera vez, los ojos de ambos se encuentran. Sus miradas se cruzan con increíble descaro, y ella se vuelve al sentir un repentino espasmo de adúltera culpabilidad. Se aparta un poco de él, hurtándole los ojos, preguntándose en voz alta dónde estará papá. Siente un temblor en la garganta, otra voz le dice en su interior que mañana deberá ir temprano a misa. Por encima del hombro, le llega la voz de él que le pregunta ahora si ha estado alguna vez en Alemania. Ella contesta que sí; un verano, ya hace años, estuvo en Berlín. Durante las vacaciones de su padre. Era todavía una niña.

Sophie dice que le gustaría ir de nuevo a Alemania, para ver la tumba de Bach, en Leipzig..., y se detiene, confusa, preguntándose por qué diantre ha soltado semejante cosa, aunque en realidad depositar unas flores sobre el sepulcro de Bach ha sido uno de sus deseos secretos. Sin embargo, no hay más que amabilidad y comprensión en la risa de Dürrfeld. ¡Leipzig, su ciudad natal! Claro que podría hacer eso si fuera allí... Y también podría visitar con él los más grandes santuarios musicales. Ella carraspea un poco, y se pregunta a sí misma: «Los “nosotros”, los “si usted viniera” que ha pronunciado varias veces, ¿deben tomarse como una invitación? Delicada, indirecta..., pero ¿una invitación?». Siente latir su pulso en las sienes y esquivo el tema; al notar que está demasiado cerca de él vuelve a apartarse un poco con prudencia.

—Tenemos muy buena música en Cracovia —dice—. Polonia está llena de música maravillosa.

—Sí —dice él—, pero no como Alemania. Si usted viniera, la llevaría a Bayreuth... ¿Le gusta Wagner? También podríamos ir a los grandes festivales de Bach, o a escuchar a Lotte Lehmann, a Kleiber, a Giesecking, a Furtwängler, a Backhaus, a Fischer, a Kempff...

La voz de Dürrfeld parece un melódico murmullo amoroso; amable, cortés, pero tremendamente insinuante... e irresistible, y (para desdicha de ella) perversamente enloquecedora:

—Si le gusta Bach, tiene que gustarle Telemann. ¡Brindaremos a su memoria en Hamburgo! ¡Y a la de Beethoven en Bonn!

Justo en aquel momento, el ruido de pisadas sobre la grava anuncia el regreso del profesor, que en el colmo de la satisfacción exclama:

—¡Ábrete, sésamo!

Sophie puede casi oír el sonido de su corazón al desinflarse con irregulares latidos. «Mi padre —piensa— no tiene nada que ver con la música...»

Y eso (según puede desprenderse de sus evocaciones) es casi todo.

El prodigioso castillo subterráneo de sal, que ella ha visitado con frecuencia y que puede ser o no, como el profesor pretende, una de las siete maravillas de Europa debidas a la mano del hombre, es menos un anticlimax en sí mismo que un espectáculo que ella registra apenas en su conciencia a causa de la agitación que le ha provocado ese algo indefinible, ese apasionamiento que, como el calor de un rayo que la hubiese alcanzado de súbito, la ha debilitado hasta el punto de que se siente un poco enferma. No se atreve a permitir que sus ojos vuelvan a encontrarse con los de Dürrfeld, aun cuando no deja de observar sus manos y se pregunta por qué la fascinan de aquel modo.

Y luego, mientras descienden en el ascensor y dan un paseo por el blanco y brillante reino de cavernas abovedadas, laberínticos pasadizos y elevados cruceros —catedral subterránea, sepultado monumento conmemorativo de las épocas de penoso trabajo humano hundiéndose vertiginosamente hacia el Averno—, Sophie ignora tanto la presencia de Dürrfeld como la conferencia ambulante de su padre, perorata que al fin y al cabo ya escuchó con anterioridad más de una docena de veces. Se pregunta, desalentada, cómo es posible que sea víctima de una emoción a la vez tan insensata y devastadora. Lo que debe hacer es quitarse a ese hombre de la cabeza. Sí, sacárselo de la mente... *Allez!*

Y eso es lo que hizo. Borró tan por completo a Dürrfeld de sus pensamientos que, una vez que él y su esposa hubieron abandonado Cracovia —sólo un par de horas después de su visita a la mina de Wieliczka—, jamás volvió a perturbar su memoria; no permaneció en el más alejado pozo de su conciencia siquiera como un espejismo romántico. Quizás esto fue el resultado de una inconsciente fuerza de voluntad, o tal vez se debió tan sólo a que advirtió lo vana que era la esperanza de volverlo a ver. Como una piedra que cayera en una de las grutas sin fondo de Wieliczka, desapareció de su memoria: otro inofensivo flirteo destinado a un polvoriento diario jamás abierto. No obstante, volvería a verlo seis años más tarde, cuando la criatura objeto de todas las pasiones y deseos de Dürrfeld —el caucho sintético— y su lugar en la matriz de la historia habían convertido a este príncipe empresarial en el rey del enorme complejo industrial de Farben conocido por IG-Auschwitz. Cuando volvieron a verse allí, en el campo de concentración, su encuentro fue aún más breve y sobre todo menos personal que el que tuvieron en Cracovia. Sin embargo, Sophie se llevó de aquellos dos contactos tan alejados dos fuertes impresiones significativamente asociadas. Fueron éstas: durante la excursión de aquella tarde de primavera en compañía de uno de los antisemitas más influyentes de Polonia, su admirador Walter Dürrfeld, al igual que el anfitrión de éste, no pronunciaron una sola palabra sobre los judíos. Seis años más tarde, casi todo lo que oyó de labios de Dürrfeld se refirió a los judíos y a la condena de éstos al olvido.

Durante aquel largo fin de semana en Flatbush, Sophie no me habló de Eva más que para contarme en pocas palabras lo que ya he relatado: que la niña murió en Birkenau el mismo día de su llegada.

—Me quitaron a Eva —dijo—, y jamás volví a verla.

No me dio muchos detalles sobre aquel punto y yo no pude ni quise pedírselos; era algo —en una palabra— terrible, y aquella información, aunque breve e inconcreta, me dejó mudo de pasmo. Aún me maravilla la compostura que guardó Sophie. Volvió a

hablar enseguida de Jan, que sobrevivió a la selección y que, según rumores que llegaron a sus oídos bastantes días después, había ido a parar a aquel tenebroso enclave conocido como Campo Infantil. Sólo pude conjeturar de todo lo que me dijo que la conmoción y el disgusto causados por la muerte de Eva habrían podido destruirla también a ella si no hubiera sido por la supervivencia de Jan; el solo hecho de que el niño siguiera con vida, aunque fuera de su alcance, y la esperanza de llegar a verlo algún día bastaron para sostenerla durante las fases iniciales de la pesadilla. Casi todos sus pensamientos tenían que ver con su hijo, y las pocas migajas de información que podía recoger respecto a él de vez en cuando —que seguía en un estado de salud aceptable, que aún vivía—, le proporcionaban el mínimo de consuelo necesario para soportar la infernal existencia a la que despertaba cada mañana.

Pero Sophie, como he señalado ya antes y como explicó ella a Höss el extraño día de su abortada intimidad, pasó a formar parte de la elite de aquel lugar, por lo que pudo decir que había tenido «suerte» en comparación con la mayoría de los recién llegados. Primero fue destinada a unos barracones donde, de haber seguido sujeta al curso normal de los acontecimientos, habría sufrido el estado de abreviada muerte en vida que sus verdugos habían calculado con toda precisión y que era la suerte que esperaba a casi todos sus compañeros de reclusión. (Fue al hablar de ese momento cuando ella me refirió la locución de bienvenida del Hauptsturmführer de las SS Fritzch, y considero que no estará de más repetir aquí literalmente lo que, según el relato de Sophie, dijo el oficial nazi. «Recuerdo exactamente sus palabras —dijo ella—. Fueron: “Os halláis en un campo de concentración, no en un sanatorio; y de aquí sólo se sale de una manera: chimenea arriba. Y al que no le guste esto puede colgarse en los alambres de la valla. En cuanto a los judíos, si los hay en este grupo, sepan que no tienen derecho a vivir más de dos semanas. —Y añadió—: ¿Hay monjas, por aquí? Lo mismo que los curas, sólo tenéis un mes. Todos los demás tres meses”.» Sophie tuvo, pues, conocimiento de su sentencia de muerte al cabo de veinticuatro horas de su llegada: bastó con que Fritzch diera validez al hecho en el lenguaje de las SS.) Pero según explicó ella después a Höss en un episodio que ya he narrado, un conjunto de pequeños acontecimientos —el ataque de que la hizo objeto una lesbiana en los barracones, una riña y la intervención de una benévola jefa de bloque— la llevaron a ocupar un puesto de taquimecanógrafa-traductora y a alojarse en otros barracones, donde de momento quedó a salvo del mortal agotamiento del campo de concentración. Y, como tampoco ignora el lector, al cabo de seis meses otro golpe de suerte la llevó a disfrutar de las ventajas y la protectora comodidad de Haus Höss. Pero con anterioridad tuvo un encuentro crítico. Fue pocos días antes de ir a residir bajo el techo del comandante. Wanda —que había estado confinada todo aquel tiempo en una de las inmundas perreras de Birkenau y a quien no había visto desde la llegada de ambas aquel día de abril— se las arregló para llegar hasta Sophie y volcarse en un tumultuoso torrente de palabras que la llenaron de esperanzas respecto a Jan y la posibilidad de su salvación, pero que también la aterrorizaron con unas exigencias que requerían una dosis de valor que ella —no lo ignoraba— estaba muy lejos de poseer.

—Tendrás que trabajar constantemente para nosotros mientras vivas en ese nido de cucarachas —le susurró Wanda en un rincón de los barracones—. No puedes imaginarte lo provechosa que puede sernos esta oportunidad. Es lo que el movimiento clandestino ha

estado esperando y deseando: ¡tener a alguien como tú en un sitio como ése! Tendrás que mantener alerta tus ojos y tus oídos las veinticuatro horas del día. Oye, querida, es tan importante que nos informes de lo que vaya sucediendo allí dentro... Cambios de personal, cambios de planes, traslados de los cerdos más importantes de las SS... Cuanto puedas decirnos es valiosísimo para todos. Es la sangre que puede dar vida al campo. ¡Noticias de la guerra! Cualquiera cosa que pueda contrarrestar su asquerosa propaganda. La moral es lo único que nos queda en este infernal agujero, ¿lo comprendes, verdad? Una radio, por ejemplo... ¡No tendría precio! Sé que tus posibilidades de hacerte con un receptor de radio son prácticamente nulas, pero si pudieras conseguírnoslo podríamos escuchar Londres. Equivaldría a salvar miles y miles de vidas.

Wanda estaba enferma. La terrible magulladura que le habían hecho en la cara antes de salir de Varsovia no había desaparecido. Las condiciones de alojamiento en los barracones femeninos de Birkenau eran desastrosas, lo que había contribuido a agravar la bronquitis crónica que padecía (la cual daba a sus mejillas una alarmante y febril rubicundez, tan intensa que casi podía compararse al color rojo ladrillo de su pelo, o de los pocos y grotescos bucles que quedaban de él). Con una mezcla de horror, pena y culpa, Sophie presintió que era la última vez que veía a aquella valiente, decidida y ardorosa muchacha.

—Sólo dispongo de unos minutos —dijo Wanda.

Y pasando de pronto del polaco a un alemán rápido y coloquial, murmuró a Sophie que la malvada ayudanta de la jefa del bloque, una puta varsovia con cara de rata traidora, estaba al acecho. Así pues, sugirió rápidamente a Sophie lo esencial de su plan relacionado con el Lebensborn, intentando hacerle ver que su puesta en práctica, por quijotesca que pareciese, era quizás el único modo de conseguir que Jan fuese liberado del campo de concentración.

La realización de aquel proyecto, dijo Wanda, requeriría una gran dosis de connivencia, muchas cosas que sabía que repugnarían instintivamente a Sophie. Hizo una pausa, tosió con dolorosos espasmos y prosiguió:

—Supe que debía verte tan pronto como me llegaron los rumores de tu nuevo destino. Tenemos noticia de todo. Durante todos estos meses he ansiado verte, claro, pero este puesto que te han dado ahora lo ha hecho absolutamente necesario. He corrido un gran riesgo para venir a verte. ¡Si me cogen, me matan! Pero en este infierno, si no arriesgas nada, nada consigues. Sí, te lo vuelvo a decir: Jan está bien, está todo lo bien que puede esperarse. No una vez, sino tres veces lo he visto a través de la cerca. No he de engañarte, claro; está delgado, como yo. ¡Qué detestable, ese Campo Infantil! Todo lo es en Birkenau, pero te diré otra cosa: los niños no pasan tanta hambre como el resto de los prisioneros. ¿Por qué? No lo sé, quizá sea debido a la mala conciencia de esos criminales. Una vez me las arreglé para hacerle llegar unas manzanas. Sigue bien. Conseguirá sobrevivir. Lloro, querida, lloro. Sé que todo eso es horrible, pero no debes perder la esperanza. Piensa, eso sí, que debes intentar sacarlo de aquí antes de que llegue el invierno. Y en cuanto al Lebensborn, parece una idea descabellada, pero es algo que existe de veras. Sucedió en Varsovia; nosotras lo vimos. ¿Recuerdas el hijo de Rydzón? Debes intentarlo, es la única manera de sacar a Jan de aquí, te lo digo yo. Sí, ya sé que es muy posible que se pierda si es enviado a Alemania, pero por lo menos vivirá, ¿lo entiendes,

no? Y también es posible que logres seguir su pista. Esta guerra no va a durar siempre.

«¡Óyeme bien! Todo depende de la clase de relación que tengas con Höss. Es mucho lo que depende de eso, querida Zosia; no sólo lo que le suceda ajan y lo que te suceda a ti, sino a todos nosotros. Tienes que usar a ese hombre, trabajarlo. Vas a vivir bajo su mismo techo, ¿te das cuenta? ¡Úsalo! Para empezar, debes olvidar esa mojigatería cristiana que tienes y hacer uso de la sexualidad en todo lo que vale. Perdóname, Zosia, pero verás cómo después de una buena follada vendrá a comer en tu mano. Óyeme, el servicio de información del movimiento clandestino no ignora nada sobre ese hombre, ni muchas otras cosas: eso del Lebensborn, por ejemplo. Höss no es otra cosa que un burócrata más, deseoso, como cualquier otro, de un cuerpo de mujer. ¡Usa tu cuerpo! ¡Y úsalo a él! A él no le cuesta nada tomar a un niño polaco y someterlo a ese programa. Al fin y al cabo, será para él otra contribución al Reich. Y dormir con Höss no significa colaborar; ¡es espionaje, ama misión de la quinta columna! Así que debes trabajarte a ese tío al máximo. ¡Por Dios, Zosia, recuerda que es una ocasión única! Lo que hagas en esa casa puede significarlo todo para el resto de nosotros, para todos los polacos y judíos, para el espantoso montón de desgraciados que llenan este campo... para todos. Te lo ruego: ¡no nos abandones!

El tiempo transcurría. Wanda tenía que irse. Antes de marcharse, dio a Sophie las últimas instrucciones. Bronek, por ejemplo. En la casa del comandante encontraría a una especie de criado, un hombre para todo, llamado Bronek. Sería un enlace ideal entre la mansión y el movimiento clandestino del campo de concentración. Ostensiblemente servil para las SS, no era un lameculos ni el esclavo de Höss como lo hacía parecer la necesidad de adaptarse a las circunstancias. Höss confiaba en él, era el animal doméstico polaco favorito del comandante; pero dentro de aquel simple ser, superficialmente sumiso y servicial, latía el corazón de un patriota, un hombre leal que había demostrado que se podía contar con él para toda clase de misiones, a condición de que no fueran demasiado complejas o exigieran un excesivo esfuerzo mental. En realidad, había sido un hombre inteligente, pero los experimentos médicos que echaron a perder su agilidad de pensamiento lo convirtieron en un tonto fiable. No podía comenzar nada por iniciativa propia, pero era un instrumento eficaz. ¡Polonia ante todo! Sophie, según dijo Wanda, no tardaría en percatarse de que Bronek estaba tan seguro en su papel de sumiso e inofensivo esclavo del trabajo que, desde el punto de vista de Höss, quedaba fuera de toda sospecha. Wanda le dijo que confiara en Bronek, y que lo utilizara siempre que pudiese. En aquel momento Wanda tenía que marcharse y, efectivamente, después de un largo abrazo lleno de lágrimas se fue... dejando a Sophie más débil y desesperanzada que antes, y con una gran sensación de ineptitud...

Y Sophie pasó sus diez días bajo el techo del comandante, con el momento culminante de aquel turbulento y angustioso día que detalladamente recordaba y que ya he descrito: el día en que de su decidido pero desmañado intento de seducir a Höss no resultó posibilidad alguna de liberar a Jan, aunque sí la promesa —amarga y lacerante, pero dulcemente deseada— de que vería a su hijo en carne y hueso. El día en que no consiguió, a causa de una combinación de pánico y falta de memoria, exponer al comandante la idea del Lebensborn, perdiendo así la gran oportunidad de ofrecerle un medio legal de sacar ajan del campo. («A menos que...»), pensó mientras bajaba aquella noche hacia el sótano, a menos que reuniera las fuerzas y el valor necesarios para hablar a

Höss de su plan la mañana siguiente cuando, según éste le había prometido, trajera al chico a su despacho para que pudiese verlo un momento.) Fue también el día en que tuvo que añadir a los temores y miserias habituales la casi intolerable carga del desafío y la responsabilidad. Y, sí, cuatro años más tarde, en un bar de Brooklyn, me hablaría de la irreprimible vergüenza que aún sentía al recordar de qué modo aquel desafío y aquella responsabilidad la aterraron y acabaron por vencerla. Este episodio había llegado a ser una de las partes más oscuras de su confesión en el centro de lo que ella llamaba, una y otra vez, su «maldad». Así comencé a ver que aquella «maldad» iba mucho más allá de una culpa excesiva originada por su torpe esfuerzo de seducir a Höss, o incluso por su no menos inhábil intento de manipularlo mediante el panfleto de su padre; empecé a ver que, entre otros de sus atributos, el mal absoluto paraliza por completo. Al fin y al cabo, me dijo Sophie con angustia, su falta se reducía a su actitud ante una trivial —pero abrumadoramente importante— combinación de metal, vidrio y plástico: la radio que, según creía Wanda, Sophie nunca podría llegar a robar. Habría sido una suerte increíble. Y ella la echó a perder...

En la planta situada justamente debajo del rellano de la escalera que servía de antecámara del despacho de Höss, se hallaba el pequeño cuarto ocupado por Emmi, de doce años, miembro intermedio de los cinco retoños del comandante. Sophie había pasado muchas veces por delante de la estancia al subir o bajar del despacho, y había observado que la mayoría de las veces la puerta estaba abierta, hecho que nada tenía de particular si se consideraba que el más pequeño robo en aquella fortaleza tan despóticamente regulada era tan impensable como un asesinato. Sophie se había detenido más de una vez para darle un vistazo, contemplando un dormitorio infantil ordenado y sin rastro de polvo que no habría sido excepcional en Augsburgo o Münster: una robusta cama con una colcha floreada, animales de felpa amontonados sobre un sillón, algunos trofeos de platá, un reloj de cuclillo, una pared cubierta de fotografías enmarcadas (entre ellas, una escena alpina, una marcha de las Juventudes Hitlerianas, un panorama marítimo, la propia Emmi en traje de baño, unos ponis retozando, retratos del Führer, Himmler —el «tío Heini»—, la mamá y el papá sonriendo en traje de paisano), una cómoda con un montón de cajas de bisutería y otras baratijas, y, junto a ellas, una radio portátil. Era la radio lo que siempre atraía con más fuerza su atención. Sophie rara vez había visto u oído funcionar aquel pequeño aparato, sin duda porque sus encantos eran sobrepasados, con mucho, por la enorme radiogramola de abajo que bramaba a todas horas.

Cierta vez, al pasar por delante de la habitación, advirtió que el aparato estaba encendido; vales de ensueño, modernas imitaciones de Strauss, sonaban a través de una voz que identificó a la emisora como una estación de la Wehrmacht, posiblemente Viena, quizá Praga. Los instrumentos de cuerda sonaban con una precisión y claridad sorprendentes. Pero no fue la música lo que la fascinó, sino la propia radio; la cautivó por su tamaño, su forma y, sobre todo, por lo portátil que era. Sophie nunca habría creído que la tecnología hubiese logrado tal maravilla en tan reducido espacio, y se percató de que le habían pasado por alto los logros de la renacida ciencia electrónica del Tercer Reich durante aquellos explosivos años. La radio no era mayor que un libro de tamaño mediano. A un lado de la caja se veía el nombre Siemens grabado en relieve. Era de color marrón oscuro, y la tapa que cubría su parte delantera se levantaba sobre unos goznes y era

impulsada por muelles para formar la antena, la cual quedaba alzada como un centinela sobre el pequeño chasis lleno de lámparas, condensadores, resistencias y pilas..., tan pequeño que se podía sostener fácilmente en la mano de un hombre. La radio sobrecogió a Sophie de terror y deseo a la vez. Y al atardecer de aquel día de octubre en que se enfrentó con Höss, al bajar a su rincón del sótano volvió a verla a través de la puerta abierta y sintió en sus entrañas todo el terror de su decisión: sin más dudas ni dilaciones, tenía que arreglárselas para robarla.

Se quedó en la oscuridad del pasillo, a unos pasos del pie de escalera que conducía a la buhardilla. La radio tocaba suaves y dulces melodías. Arriba, se oían las pisadas de las botas del ayudante de Höss; éste había salido de la casa para dar una vuelta de inspección. Sophie, allí inmóvil, se sintió de pronto sin fuerzas, hambrienta, temblorosa de frío, al borde de la enfermedad o el desmayo. Ningún día de su vida había sido tan largo como aquél, todo lo que esperaba de él se había esfumado. En realidad, no se había quedado sin nada: al menos había salvado del naufragio la promesa de Höss de que vería a Jan. Pero la total falta de habilidad de que había dado muestras, el volver a hallarse virtualmente en el punto de partida y ante la perspectiva de pasar ya la próxima noche en el campo de concentración, donde se perdería para siempre... Todo eso estaba más allá de su aceptación y comprensión. Cerró los ojos y, medio desvanecida por el hambre y las náuseas, se apoyó en la pared. Aquella mañana, en aquel mismo lugar, había vomitado los higos: el desagradable charco que dejó en el suelo había sido limpiado por algún polaco o algún paniaguado de las SS, pero tenía en su recuerdo una fragancia agridulce que en aquel momento intensificó dolorosamente el vacío que notaba en el estómago. Sin embargo intentó andar a tientas y, al levantar el brazo hacia la pared para orientarse, su mano palpó algo vellosa. Tuvo la sensación de estar tocando las mismísimas pelotas del diablo. Ahogó a tiempo un grito y advirtió, al abrir los ojos, que había agarrado la barbilla de un cornudo ciervo..., muerto en 1938 —según oyó que Höss contaba cierta vez a un visitante de las SS— de un tiro en plena cabeza a una distancia de trescientos metros, «al primer disparo», en las laderas montañosas que dominan el Kônigssee y en un paraje tan próximo a Berchtesgaden que el mismo Führer, de haberse hallado entonces en su residencia (o, ¿quien sabe?, tal vez estaba en ella...), habría podido oír la fatal descarga.

En aquel momento, los ojos de cristal del ciervo, hábilmente detallados, mostrando incluso los pequeños y rojos capilares de sus globos oculares, le dieron una imagen gemela de ella misma: endeble, demacrada, con un rostro casi cadavérico. Permaneció unos instantes con la mirada fija en aquel duplicado suyo, y se preguntó cómo era posible que, a pesar de su agotamiento y de la tensión e indecisión que la dominaban en aquel momento, siguiera conservando la cordura. Durante los días en que Sophie, al subir y bajar sigilosamente la escalera, pasaba por delante de la habitación de Emmi, estudiaba su estrategia con terror y ansiedad crecientes. Se había prometido a sí misma que no traicionaría la confianza de Wanda pero ¡había que ver a qué precio! ¡Y con qué dificultades! El factor clave residía en una palabra: sospecha. La desaparición de una cosa tan escasa y valiosa como un aparato de radio de aquel tipo constituiría un delito de suma gravedad, que provocaría sin duda represalias, castigos, torturas e incluso ejecuciones al azar. Los prisioneros que servían en la casa se convertirían automáticamente en los primeros sospechosos; serían los primeros en sufrir registros, interrogatorios y malos

tratos. ¡Incluso las gordas costureras judías! Pero había un elemento a su favor con el que Sophie debía contar: los propios miembros de las SS. Eran pocos los prisioneros que, como Sophie, tenían acceso a la parte alta de la casa, lo que eliminaba la idea de cualquier intento de robo por parte de ellos. Habría sido un suicidio. Pero muchos miembros de las SS subían al despacho de Höss día tras día: mensajeros, portadores de órdenes, memorandos, comunicaciones y traslados; toda clase de soldados rasos, cabos y sargentos con diversas misiones procedentes de todos los rincones del campo. También ellos debían de mirar con ojos codiciosos la pequeña radio de Emmi; algunos, por lo menos, no eran incapaces de robar, y también ellos serían objeto de sospechas. En efecto, al ser mayor el número de militares de las SS que subían a la buhardilla de Höss que el de prisioneros, a Sophie le pareció lógico suponer que las pocas personas de confianza, como ella misma, que vivían en la casa del comandante escaparían a las más inmediatas sospechas..., con lo que dispondría de más tiempo para desprenderse del cuerpo del delito.

Todo quedaba reducido, pues, a una cuestión de precisión, tal como había cuchicheado a Bronek el día anterior: tomar la radio, esconderla debajo de su blusón, correr luego escaleras abajo y entregarla a él en la oscuridad del sótano. Bronek, a su vez, se apresuraría a pasar el pequeño aparato a manos de su contacto del otro lado de las puertas de la mansión. Entretanto se daría la alarma. El sótano sería registrado. Bronek se uniría a los escudriñadores exhibiendo su acostumbrado celo de colaborador. La furia y la conmoción que se pusieran en juego no darían ningún resultado. Los asustados prisioneros acabarían por recobrar la tranquilidad. En algún lugar de la guarnición, un sargento de las SS con la cara llena de granos, helado de terror, se vería acusado de su atrevida felonía. Un pequeño triunfo para el movimiento clandestino. Y allí, en las profundidades del campo de concentración, en la oscuridad, hombres y mujeres se apiñarían peligrosamente en torno de la pequeña caja para escuchar el débil sonido de una polonesa de Chopin, buenas noticias y voces de exhortación y de apoyo que les harían experimentar la sensación de haber casi recuperado la vida.

Sabía que a partir de aquel momento debía obrar con rapidez, apoderarse de la radio o quedar condenada para siempre. Siguió, pues, adelante, alborotado el corazón, sin poder desprenderse del miedo —llevándolo pegado a ella como un malvado compañero—, y se escabulló hacia el interior de la habitación. Sólo tenía que andar algunos pasos, pero mientras los daba, avanzando de lado, tuvo la sensación de que algo iba mal, de que había cometido un error de táctica y de elección del momento más oportuno: en el instante en que puso la mano sobre la fría superficie de plástico de la radio, tuvo una premonición de desastre que llenó todo el espacio de la habitación como un grito inaudible. Y recordaría más tarde, en más de una ocasión, cómo en el momento exacto de tocar el pequeño objeto tan anhelado, se dio cuenta de su error (¿por qué lo relacionó de súbito con una competición de croquet?) al oír la voz de su padre en un lejano rincón de su mente, casi satisfecho de poder decir estas palabras: «Todo lo haces mal». Pero apenas tuvo tiempo de reflexionar sobre ello, pues se lo impidió otra voz que, detrás de ella —con una inevitabilidad que no pudo causarle sorpresa—, dijo: «Tus obligaciones te permiten pasar por el pasillo, pero no tienes nada que hacer en esta habitación». Sophie se volvió como movida por un resorte y vio a Emmi.

La muchacha se hallaba en la puerta del lavabo. Sophie nunca la había visto tan de

cerca. Vestía unas bragas azul pálido; sus precoces pechos de onceañera se insinuaban con firmeza bajo un sostén del mismo color. Su cara era blanca y sorprendentemente redonda, como un bollo a medio cocer, coronada por un flequillo de ensortijado pelo rubio; sus facciones eran a la vez bellas y degeneradas; dentro de aquel redondo marco, la nariz, la boca y los ojos parecían pintados en la cabeza de una muñeca, pensó primero Sophie, pero no, luego vio que más bien parecían dibujados en un globo. Mirándola bien, podía observarse que, al fin y al cabo, sus facciones mostraban menos depravación que inocencia. Sin decir palabra, Sophie la miraba con fijeza, pensando: «Papá tenía razón cuando decía que todo lo hacía mal. Todo lo echo a perder. En este caso, habría tenido que investigar primero las cosas». Carraspeó y luego recuperó la palabra:

—Lo siento, *gnädigesFräulein*, sí, señorita, yo sólo...

Pero Emmi la interrumpió:

—No intentes justificarte. Has entrado aquí para robar la radio. Te he sorprendido. Casi te he visto tomarla. —El rostro de Emmi no mostraba, o tal vez era incapaz de mostrar, expresión alguna. Con un aplomo que contradecía su casi total desnudez, alargó el brazo hacia el cuarto del lavabo, tomó de él un albornoz blanco y se lo puso. Entonces se volvió y dijo en un tono que no denotaba la menor emoción—: Voy a contarlo a mi papá. Te hará castigar.

—¡Sólo quería mirarla! —improvisó Sophie—. ¡Lo juro! He pasado por aquí tantas veces... Nunca había visto una radio tan... tan pequeña. Tan... ¡tan mona! No podía creer que funcionara, de veras... Sólo quería ver...

—Eres una mentirosa —dijo Emmi—, ibas a robarla. Lo he visto por la expresión de tu cara. Dabas la impresión de que querías tomarla y llevártela; no sólo tocarla y mirarla.

—Debe creerme usted —dijo Sophie, con un nudo en el fondo de la garganta, con las piernas frías y pesadas y sintiéndose casi desfallecer—. Yo no quería robarla...

Y entonces se detuvo, asaltada por la idea de que no importaba. Lo había echado todo a perder y ya daba igual. Sólo una cosa le interesaba todavía: ver a su hijo el día siguiente... ¿Podía Emmi acabar con aquella posibilidad?

— Tú querías robarla —insistió la muchacha—. Vale setenta marcos. Así habrías podido escuchar la música, allá abajo, en el sótano. Eres una puerca polaca. Todos los polacos son ladrones. Mi madre dice que los polacos son más ladrones que los gitanos, y también más sucios. —La nariz se arrugó en el centro de su cara circular—. ¡Hueles mal!

Sophie notó que se le nublaban la vista. Se sintió gemir. A causa del incalculable esfuerzo, el hambre, la angustia, el terror, o Dios sabía qué, su período se había retrasado al menos una semana (cosa que ya le había sucedido dos veces en el campo de concentración), y en aquel momento sintió de pronto entre sus piernas el húmedo y caliente flujo, al tiempo que la oscuridad le invadía los ojos sin que pudiera evitarlo. Lo último que vio fue la cara de Emmi: un borrón lunar atrapado en una negra telaraña. Y Sophie se sintió caer, caer... Como mecida por indolentes olas de tiempo, cayó en un agradable estupor para ir saliendo de él con indiferencia al sonido de un lejano alarido que apareció en sus oídos y que se hizo más fuerte hasta convertirse en un salvaje mgido. Por un breve instante, soñó que aquel mgido lo había lanzado un oso polar mientras ella flotaba sobre un iceberg en medio de gélidos vientos. Sus ventanas nasales ardían.

—Despiértate —dijo Emmi.

La redonda cara, blanca como la cera, se le acercó tanto que notó el aliento de la chica en su mejilla. Entonces Sophie advirtió que estaba tendida boca arriba en el suelo, y que la muchacha, agachada a su lado y con la mano alargada hacia ella, mantenía un pequeño frasco de amoníaco debajo de su nariz. La ventana de dos hojas había sido abierta, y un viento helado llenaba la habitación. El rugido que había oído era la sirena del campo de concentración; aún se escuchaba a lo lejos, en intensidad decreciente. Al nivel de sus ojos, detrás del brazo desnudo de Emmi, había un pequeño botiquín de plástico adornado con una cruz verde.

—Te has desmayado —dijo la muchacha—. No te muevas. Mantén la cabeza horizontal durante un par de minutos para que se te normalice la circulación. Aspira profundamente por la nariz. Este aire frío te reanimará. Entretanto, no te muevas.

Sophie estaba recuperando rápidamente los sentidos, y mientras tanto tuvo la sensación de que era un personaje de una obra de teatro en la que faltaba la escena principal. ¿Acaso no hacía un minuto (no podía haber transcurrido más tiempo desde entonces) que la chica le había hablado con la violencia de un oficial de las SS? ¿Podía ser aquella muchacha la misma que ahora la atendía con lo que habría de llamarse eficiencia humana, mostrando una compasión casi angelical? ¿Había desencadenado su desvanecimiento en aquella amenazadora Fräulein de cara de feto hinchado los benéficos impulsos de una enfermera? La pregunta recibió contestación en aquel preciso instante, al agitarse Sophie con un quejido.

—No debes moverte —le ordenó Emmi—. Tengo un certificado de primeros auxilios, de primera clase, para jóvenes. Haz, pues, lo que te digo, ¿comprendes?

Sophie permaneció inmóvil. No llevaba ropa interior y se preguntó hasta qué punto se había manchado, pues la parte posterior de su blusón estaba empapada. Sorprendida por su propia delicadeza, dadas las circunstancias, también se preguntó si no habría ensuciado también el immaculado suelo del cuarto de Emmi. Algo en la manera de conducirse de la chica aumentó la intranquilidad de Sophie; tenía la sensación de ser socorrida y sacrificada a un tiempo. Comenzó a darse cuenta de que Emmi tenía la misma voz de su padre: fría y distante. Con su forma autoritaria de hablar y su eficiente actuación (en aquel momento se puso a dar fuertes palmadas en las mejillas de Sophie, diciendo que el manual de primeros auxilios indicaba que el vivo palmoteo de la cara ayudaba a reanimar a las víctimas de *Synkope*, y así siguió con médica precisión hasta que creyó cumplida su misión), parecía un Obersturmbannführer en miniatura: el espíritu, fundamento y esencia de las SS incrustados en sus mismísimos genes.

Al ver la muchacha que la tanda de bofetones en las mejillas de Sophie le habían producido una rubicundez aparentemente satisfactoria, ordenó a su paciente que se incorporara y que, sentada en el suelo, se apoyara en la cama. Sophie lo hizo con lentitud, pensando de pronto en la suerte que había tenido al desmayarse de aquella manera en el momento oportuno. Se cercioró de ello cuando, al mirar hacia el techo —con unas pupilas que, encogiéndose, estaban recuperando su enfoque normal—, advirtió que Emmi se había levantado y la observaba con una expresión que parecía benigna, o por lo menos de tolerante curiosidad, como si hubiera sido expulsado de su mente el furioso odio hacia Sophie por ser polaca y ladrona; a la muchacha, el arrebató médico parecía haberle resultado catártico: le había permitido ejercer su autoridad sobre otra persona,

compensando así su frustración de enana de las SS, tras lo cual había recuperado el aspecto y el proceder de una muchacha corriente.

—¿Quieres que te diga una cosa? —murmuró Emmi—. Eres muy hermosa. Wilhelmine dice que debes de ser sueca.

—Oye —dijo Sophie con voz suave y solícita, explotando sin propósito definido aquella increíble calma—. ¿Qué significa ese dibujo que llevas cosido en la bata? Es muy bonito.

—Es la insignia de ganadora de un campeonato de natación. Fui la campeona de mi clase. De las principiantes. Entonces sólo tenía ocho años. Me gustaría que también aquí hubiese competiciones de natación, pero no es posible. Cosas de la guerra. He tenido que nadar en el Sola, y no me gusta. Es un río muy sucio. Fui una nadadora muy rápida en la competición de las principiantes.

—¿Dónde fue eso, Emmi?

—En Dachau. Teníamos una piscina estupenda para los niños de la guarnición. Hasta la calentaban. Pero eso fue antes de que nos trasladaran. Dachau era mucho más bonito que Auschwitz. Es que era en el Reich. Mira, aquí están mis trofeos. El del centro es el mayor que tengo. Me lo entregó personalmente el jefe nacional de Juventudes, Baldur von Schirach. Ahora voy a enseñarte mi álbum de recuerdos.

De un cajón de la cómoda, sacó un gran álbum lleno de fotografías y recortes de periódico. Lo llevó al lado de Sophie, deteniéndose en el camino sólo para encender la radio. Crujidos y silbidos perturbaban la emisión de música. Cambió de estación y los parásitos desaparecieron, dejando oír con claridad un lejano conjunto de trompas y trompetas, alborozado, victorioso, haendeliano. Un escalofrío recorrió la espina dorsal de Sophie como una bendición de hielo.

—*Das bin ich* —«Ésta soy yo», comenzó a decir la muchacha una y otra vez, señalándose en interminables y repetidas posturas, enfundada en su adiposa carne juvenil pálida como un hongo en distintos trajes de baño. «¿No brillaría jamás el sol, en Dachau?», se preguntó Sophie, soñolienta y fastidiada—. *Das bin ich..., und das bin ich* —continuó Emmi con infantil monotonía, señalando las fotografías con su gordezuelo pulgar—. También comencé a aprender a bucear —dijo—. Mira, ésta soy yo.

Sophie dejó de mirar las fotografías —todo se convirtió en un borrón— y, en su lugar, sus ojos buscaron la ventana abierta de par en par al cielo de octubre, donde había aparecido ya la estrella vespertina, sorprendentemente brillante como un trozo de cristal. Cierta agitación en el aire, un súbito espesamiento de la luz alrededor del astro anunciaron la llegada del humo, llevado hacia la tierra por la circulación del viento frío de la noche. Por primera vez desde la mañana, Sophie olió, irresistible como una mano estranguladora, el olor de seres humanos quemados. Birkenau estaba consumiendo lo que quedaba de los viajeros que habían llegado de Grecia. ¡Trompetas! El éter volcaba un solemne y triunfante himnario hecho de hosannas, balidos de carneros, angélicas anunciaciones..., haciendo pensar a Sophie en todas las mañanas nonatas de su vida. Se puso a llorar y dijo a media voz:

—Al menos, mañana veré ajan. Al menos, eso.

—¿Por qué lloras? —le preguntó Emmi.

—No lo sé —contestó Sophie.

Y estuvo a punto de decir: «Porque tengo un niño en el campo D.

Y porque tu padre me lo dejará ver mañana. Casi tiene tu edad». Pero no lo hizo al verse sorprendida por la súbita voz de un locutor que, interrumpiendo la música, dijo: «*Ici, Londres!*». Era una voz lejana, que se oía como a través de una hoja de estaño, aunque clara de momento. La transmisión iba destinada a los franceses, pero había saltado los Cárpatos para hacerse oír allí, en el tenebroso límite de aquel infierno. Sophie bendijo al locutor desconocido como si hubiera sido su amado, y quedó impresionada al oír sus sorprendentes palabras: «*L'Italie a déclaré qu'un état de guerre existe contre l'Allemagne...*». Aunque Sophie no podía comprender el verdadero alcance de la noticia, su instinto, combinado con cierto tono de alegría en la voz procedente de Londres (que Emmi no entendía, según dedujo tras haberla observado atentamente), le dijo que lo que estaba escuchando representaba un verdadero desastre para el Reich. No significaba tan sólo que Alemania ya no podía contar con Italia, sino el principio de la ruina total de los nazis. Y mientras se esforzaba por oír la voz, en aquel momento oscurecida por una ráfaga de parásitos atmosféricos, siguió llorando, consciente de que lo hacía por Jan, sí, pero también por otras cosas, principalmente por ella misma: por haber fracasado en su intento de apoderarse de la radio y por saber con seguridad que jamás volvería a recobrar el valor suficiente para intentar robarla de nuevo. Aquella pasión suya tan maternal y defensiva que Wanda, sólo unos meses antes en Varsovia, había juzgado egoísta y deshonrosa era algo que, llevado a la última y más cruel prueba, Sophie no podía vencer..., que ahora le hacía verter lágrimas de aflicción y de vergüenza al ver cómo influía en su ineptitud. Se pasó sus temblorosos dedos sobre los ojos y, al fin, murmuró a Emmi:

—Lloro porque estoy muy hambrienta.

Cosa que era por lo menos cierta. Temía la posibilidad de volver a desmayarse.

El hedor se hizo más fuerte. El horizonte nocturno reflejó un tenue resplandor de fuego. Emmi fue hacia la ventana para cerrarla y evitar que entrara el frío, o la pestilencia, o ambas cosas a la vez. Al seguir a la chica con la mirada, vio en la pared una frase bordada sobre cañamazo (el bordado era tan complicado como las mismas palabras alemanas) y enmarcada con madera de pino lacada e historiadamente trabajada:

Tal como el Padre Celestial salvó a la gente
del pecado y del Infierno,
Hitler salvará al Pueblo Alemán
de la destrucción.

La ventana se cerró de golpe.

—Ese hedor es de los judíos que se están quemando —dijo Emmi, volviéndose hacia Sophie—, pero supongo que eso ya lo sabías. Está terminantemente prohibido hablar de ello en esta casa, pero tú... no eres más que una prisionera. Los judíos son los principales enemigos de nuestro pueblo. Mi hermana Ifigenia y yo compusimos una cancioncilla sobre los judíos. Comienza así: «Der Itzig...».

Sophie ahogó un grito y cubrió sus ojos con ambas manos.

—Emmi, Emmi... —susurró.

En su momentánea ceguera sintió de nuevo la aberrante visión de la muchacha en

forma de feto, ya totalmente crecido, gigantesco, un leviatán sereno y falto de cerebro, nadando silenciosamente a través de las negras e insondables aguas de Dachau y Auschwitz.

—Emmi, Emmi —consiguió decir—. ¿Por qué se halla en esta habitación el nombre del Padre Celestial?

Fue, según diría Sophie mucho tiempo más tarde, uno de los últimos pensamientos religiosos que tuvo.

Después de aquella noche —la última que pasó como prisionera residente en la casa del comandante—, permaneció todavía cerca de quince meses en Auschwitz. Como he dicho antes, a causa de su empeño en silenciarlo, este largo período de su reclusión fue en su mayor parte (y aún sigue siéndolo) un misterio para mí. Pero hay una o dos cosas de las que puedo hablar con certeza. Cuando Sophie salió de Haus Höss, tuvo la suerte de recuperar su puesto de taquimecanógrafa-traductora en la plantilla general de esta especialidad, y así pasó a formar parte otra vez del pequeño grupo de prisioneros relativamente privilegiados; de este modo pudo escapar a la lenta e inevitable sentencia de muerte a que estaban sujetos casi todos los prisioneros. Fue sólo durante los últimos cinco meses de su encierro —en que las fuerzas rusas se fueron acercando al campo desde el este y el campo de concentración sufrió una desorganización gradual—, cuando Sophie tuvo que soportar los peores padecimientos físicos. La trasladaron al campo de mujeres de Birkenau y fue allí donde sufrió el hambre y las enfermedades que la llevaron tan cerca de la muerte.

Durante aquellos largos meses, casi nunca la inquietó el deseo sexual. Las enfermedades y la debilidad eran responsables de ello, por supuesto —especialmente durante los indescriptibles meses que pasó en Birkenau—, pero estaba segura de que también se debía a un factor psicológico: el penetrante hedor y la constante presencia de la muerte eliminaban cualquier estímulo o impulso erótico. Al menos ésta fue la reacción personal de Sophie y, al comentar conmigo esta cuestión, me dijo que se había preguntado algunas veces si no sería aquella total ausencia de sensaciones amorosas lo que a veces daba mayor intensidad erótica a sus sueños, como le sucedió con el que tuvo la última noche que durmió en el sótano en la casa del comandante. O quizá, pensó, fue precisamente aquel sueño lo que contribuyó a que se apagara en ella todo deseo ulterior. Como muchas personas, Sophie raramente recordaba con detalle los sueños por mucho tiempo, pero aquél fue tan violenta, inequívoca y agradablemente erótico, tan blasfemo y espantoso y, por lo tanto, también tan memorable, que mucho más tarde llegó a creer que por sí solo (con la ironía que sólo el paso del tiempo permite) podía haberle hecho sentir terror ante cualquier pensamiento de tipo sexual, completamente aparte de la mala salud y la mortal desesperación...

Después de salir de la habitación de Emmi se dirigió, escalera abajo, hacia el sótano y se dejó caer, agotada, en su jergón. Se durmió casi al instante, aunque no sin antes pensar un momento en el próximo día, que había de depararle la suerte de ver finalmente a su hijo. Y pronto se vio andando a lo largo de una playa, una playa que, como suele suceder en los sueños, le resultaba extraña y familiar a la vez. Era una orilla arenosa del mar

Báltico, y algo le decía que era la costa de Schleswig-Holstein. A su derecha se hallaba la poca profunda bahía de Kiel, llena de barcos de vela azotados por el viento; a su izquierda vio, mientras se dirigía hacia el norte, en dirección a los distantes yermos costeros de Dinamarca, una extensión de dunas y, detrás de éstas, una floresta de pinos y siemprevivas resplandecía trémulamente bajo el sol de mediodía. A pesar de que iba vestida, notaba cierta desnudez, como si estuviera envuelta en una tela de seductora transparencia. Se sentía desvergonzadamente provocativa, consciente de que su trasero, oscilante entre los pliegues de su transparente falda, atraía las miradas de los bañistas ocultos bajo los parasoles a lo largo de la playa. Enseguida los dejó a todos atrás. Una senda que atravesaba la hierba de las marismas unía la playa con el lugar por donde ella andaba; dejó atrás la vereda, consciente de que la seguía un hombre y de que sus ojos estaban fijos en sus nalgas y en los grandes meneos que se sentía impelida a imprimirles. El hombre la alcanzó, se puso a su lado y la miró; ella le devolvió la mirada. No podía recordar de quién era aquel rostro, que pertenecía a un hombre de media edad, jovial, rubio, muy alemán, y atractivo..., no, más que atractivo: la hacía derretir de deseo. Pero el hombre en sí, ¿quién era? Hizo un esfuerzo por reconocerlo (su voz, familiar para ella, ronroneó un insinuante «Guten Tag»), y entonces tuvo casi la certeza de que era un famoso cantante, un *Heldentenor*, un tenor dramático de la Ópera de Berlín. El hombre le sonrió mostrando sus dientes blancos y limpios, le acarició el trasero, pronunció algunas palabras que enseguida se hicieron poco comprensibles, pero que eran especialmente lujuriosas, y desapareció. Sophie olía la cálida brisa del mar.

De pronto, se encontró a la puerta de una capilla situada sobre una duna desde la que se dominaba el mar. No podía ver al hombre pero sentía su presencia en alguna parte. Era una capilla de interior soleado, simple, con bancos de tosca madera a ambos lados de un único pasillo central; presidía el altar una cruz de madera de pino sin pintar, casi primitiva en su desnuda angulosidad, que en cierto modo era el desencadenante de la aprensión que a Sophie le causaba el lugar, por donde vagaba en aquel momento inflamada de lujuria. Se oyó reír a sí misma. ¿Por qué? ¿Por qué si la pequeña capilla acababa de llenarse súbitamente con el dolor de una voz de contralto y con los acordes de la trágica cantata *Schlage doch, gewünschte Stunde?*. Ahora Sophie se hallaba ante el altar, completamente desnuda; la música, que surgía de alguna *fuelle* distante y cercana a un tiempo, envolvía su cuerpo como una bendición. Volvió a reír. Reapareció el hombre de la playa. Estaba desnudo, y de nuevo Sophie era incapaz de nombrarlo. Su adorador ya no reía; una expresión ceñuda, asesina, nublabá su rostro, y la amenaza que había en su semblante la excitaba, enardecía su lujuria. Él, con severidad, le dijo que lo mirara, hacia abajo. Su pene era grueso y estaba erecto. Ordenó a Sophie que se arrodillara y que se lo chupara. Ella, ardiente de deseo, obedeció en el acto: tiró del prepucio y apareció un glande en forma de pala de color azul oscuro, tan grande que no creyó poder rodearlo con los labios. Sin embargo lo logró, con una estremecedora sensación que la llenó de placer, mientras las armonías de Bach, cargadas con el eco de la muerte y del tiempo, resonaban a lo largo de su espina dorsal. *Schlage doch, gewünschte Stunde!* Entonces él la apartó de sí con un empujón y le mandó que se arrodillara delante del altar, debajo del esquelético emblema cruciforme de Dios sufriente, que brillaba como un hueso desnudo. Siguiendo sus órdenes, Sophie apoyó las manos en el suelo, además de las rodillas, y oyó pisadas de

pezuñas, notó olor de humo, y gritó de placer cuando el velludo vientre se aplastó contra sus nalgas en un apretado abrazo y notó en lo más hondo de su sexo el atrevido cilindro, que la acometía una y otra vez...

El sueño aún permanecía en su mente horas después, cuando Bronek la despertó al traer su caldero de desperdicios:

—Anoche la esperé a usted, pero no vino —dijo—. Esperé tanto como pude, pero se hizo demasiado tarde. Mi hombre del otro lado de la puerta tuvo que irse. ¿Qué pasó con la radio?

Hablaba en voz baja. Las demás aún dormían.

¡Aquel sueño! Después de las horas que habían transcurrido aún seguía en su mente. Medio atontada, meneó la cabeza. Bronek repitió la pregunta.

—Ayúdeme, Bronek —dijo Sophie, sin acabar de salir del mundo de los sueños y levantando la mirada hacia el hombrecillo.

—¿Qué quiere decir?

—He visto a cierta persona... terrible. —Mientras hablaba, se dio cuenta de que lo que decía no tenía sentido—. Quiero decir... ¡Oh, Dios mío, tengo un hambre...!

—Entonces coma de esto —dijo Bronek—. Es lo que dejaron ayer del guisado de conejo. Hay mucha carne.

Los desperdicios eran viscosos, grasientos y fríos, pero ella se los comió con verdadera voracidad, en tanto que miraba el subir y bajar del pecho de Lotte, que dormía en un jergón cercano. Entre sorbos y engullidas, informó al hombre de su marcha, añadiendo:

—Dios mío, he pasado tanta hambre desde ayer por la tarde... Gracias, Bronek.

—Estuve esperando —insistió él—. ¿Qué pasó?

—La puerta de la chica estaba cerrada con llave —mintió ella—. Intenté entrar, pero no pude. Como le digo, la puerta estaba cerrada con llave.

—Y hoy mismo vuelve a los barracones... Sophie, la echaré de menos.

—Y o también a usted, Bronek.

—Quizás aún podría hacerse con la radio. Como aún tiene que volver a la buhardilla... Supongo.

¿Por qué no se callaba de una vez, aquel imbécil? Sophie no quería saber nada más de la radio..., ¡nada! Si su plan no hubiera fallado, habría escapado fácilmente a las sospechas, pero no esta vez. Si la radio desaparecía aquel día, aquella terrible criatura chivaría, con toda seguridad, la furtiva visita de Sophie la noche anterior. Cuanto tuviera que ver con la radio quedaba descartado, sobre todo en un día como aquél, en que tenía la certeza de ver a Jan, cosa que había esperado con una ansiedad inimaginable. Por lo tanto, insistió en su mentira:

—Tenemos que olvidar esa radio, Bronek. No hay modo de llegar a ella. Aquel monstruo de chica siempre tiene la puerta cerrada con llave.

—Bien, Sophie —dijo Bronek—, si sucede algo inesperado..., si puede tomarla, démela enseguida. Aquí, en el sótano. —Ahogó una risotada—. Rudi nunca sospecharía de mí. Cree que me tiene en el bolsillo. Cree que soy un deficiente mental.

Y en las sombras de primera hora de la mañana, desde una cavidad llena de dientes rotos, proyectó sobre Sophie una luminosa y enigmática sonrisa.

Sophie tenía una confusa y rudimentaria creencia en la precognición, incluso en la clarividencia (en varias ocasiones había sentido o predicho acontecimientos futuros), aunque no la relacionaba con lo sobrenatural, al menos desde que discutí la cuestión con ella.

Llegamos a la conclusión de que tales momentos de suprema intuición tenían su origen en ciertas «claves»: circunstancias que habían sido enterradas en nuestra memoria y que permanecían dormidas en el subconsciente. Su sueño, por ejemplo. Nada salvo una explicación metapsíquica podía dar la menor aclaración sobre el hecho de que su erótica pareja del sueño fuera un hombre al que finalmente reconoció como Walter Dürrfeld y de que, después de no haberlo visto desde hacía seis años, no hubiese soñado con él hasta la noche anterior. Como quedó fuera de toda explicación lógica y racional otro hecho: el de que el suave y seductor visitante que tanto la cautivó en Cracovia apareciera ante ella en carne y hueso justamente unas horas después de tal sueño (duplicando el mismo rostro y la misma voz del personaje onírico), cuando no había pensado en el hombre, y ni siquiera había oído nombrarlo, durante todo aquel tiempo. ¿O no era realmente así? Más tarde, repasando sus recuerdos, comprendió que había oído nombrarlo. ¿Cuántas veces había oído ordenar a Rudolf Höss a su ayudante Scheffler que lo pusiera en comunicación telefónica con Herr Dürrfeld de la fábrica de Buna sin advertir (excepto en su subconsciente) que el receptor de la llamada era su ñirt de aquel lejano día? Sin duda, una docena de veces. Höss había hablado por teléfono casi todos los días con alguien llamado Dürrfeld. Además, su nombre figuraba en lugar destacado en algunos de los documentos y memorandos de Höss que habían caído de vez en cuando bajo su mirada. Como conclusión, y tras analizar estas claves, no era nada difícil explicar el papel de Walter Dürrfeld como protagonista del sueño erótico de Sophie, su terrorífico y a la vez exquisito *Liebestraum*. Ni era tampoco difícil comprender por qué el amante de su sueño se metamorfoseó tan fácilmente en el diablo.

Aquella mañana, la voz que oyó desde la antesala del despacho de Höss era idéntica a la del hombre del sueño. No entró en la buhardilla inmediatamente, como había hecho durante los diez días anteriores, aunque ardía en deseos de irrumpir en la estancia para estrechar ajan entre sus brazos. El ayudante de Höss, quizás al corriente de la nueva situación de Sophie, le había ordenado bruscamente que esperara fuera. Entonces fue asaltada por una súbita duda. ¿Podía darse el caso de que, puesto que Höss le había prometido ver a su hijo, el muchacho se hallase ya en el interior del despacho, escuchando el extraño coloquio en voz alta entre Höss y la persona que tenía la misma voz que el hombre de su sueño? La agitación de Sophie era aún mayor bajo la fría mirada de Scheffler, quien, a juzgar por su fría acritud, ya se había enterado de la pérdida de privilegios que había sufrido Sophie; en efecto, volvía a ser una prisionera común. Notaba la hostilidad de aquel tipo; era un desprecio lleno de soberbia. Fijó los ojos en la fotografía enmarcada de Goebbels que adornaba la pared, pero pronto apareció en su mente una figura más interesante para ella: la de Jan de pie entre Höss y el otro hombre; el niño, con los ojos levantados, miraba primero al comandante y después al extraño cuya voz le era tan sorprendentemente familiar. De pronto, como acordes salidos de los tubos más graves de un órgano, oyó voces del pasado: «Podríamos visitar los más grandes santuarios musicales». Dio un ronco suspiro y advirtió el desconcierto del ayudante ante aquel

inesperado sonido de ella. Con la sensación de recibir un golpe en plena cara, estuvo a punto de caer de espaldas al reconocer por fin de quién era aquella voz. Mientras se susurraba a sí misma el nombre de su dueño, aquel día de octubre y la lejana tarde de años atrás en Cracovia se fundieron por un fugaz instante en una sola imagen.

—Sí, Rudi, tienes razón, eres responsable de tu actuación ante tus superiores —dijo Walter Dürrfeld—, ¡y no sabes cómo respeto tu problema! Pero yo también lo soy, por lo que la cuestión parece difícil de solucionar. A ti te vigilan hombres de grado superior al tuyo; a mí, los accionistas. Me debo a una autoridad empresarial que en este momento sólo insiste en una cosa: que me suministren más judíos para poder mantener el ritmo de producción predeterminado. No solamente en Buna, sino en mis minas. ¡Necesitamos ese carbón! Cuanto antes, mejor. De momento no nos hemos quedado muy atrás, pero todas las opiniones, todas las predicciones estadísticas de que puedo disponer son... son desastrosas, como mínimo. ¡Necesito más judíos!

La voz de Höss, apagada al principio, se hizo más clara al contestar:

—No puedo obligar al Reichsführer a resolver asuntos de ese tipo. Ya lo sabes. Sólo puedo pedirle orientaciones, y también sugerirle ciertas cosas. Pero por la razón que sea, parece no poder decidirse sobre los judíos.

—Y tu opinión personal al respecto es, por supuesto...

—Mi opinión personal es la de que sólo debieran escogerse judíos verdaderamente fuertes y saludables para emplearlos en lugares como Buna y las minas de la Farben. Los enfermos se convierten enseguida en una carga para las instalaciones sanitarias. Pero mi opinión personal no cuenta aquí para nada. Hemos de esperar decisión de arriba.

—¿Y tú no puedes hacer que Himmler se preocupe de tomar tal decisión? —Se notó cierto tono de queja en la voz de Dürrfeld—. Como amigo tuyo que es, bien podría...

Se interrumpió.

—Ya te he dicho que sólo puedo hacer sugerencias —contestó Höss—. Y creo que ya sabes cuáles han sido. Comprendo tu punto de vista, Walter, y no he de molestarme por el hecho de que no veas las cosas exactamente como yo. Tú quieres cuerpos a toda costa. Piensas que incluso una persona en avanzado proceso tuberculoso es capaz de producir cierto número de unidades térmicas de energía...

—¡Eso es! —lo interrumpió Dürrfeld—. Y lo que pido para comenzar es un período de prueba de, digamos, no más de seis semanas, para ver qué utilidad podría darse a esos judíos que ahora son sometidos a... —pareció vacilar.

—La Operación Especial —dijo Höss—. Pero ahí está el quid de la cuestión, ¿te das cuenta? El Reichsführer es presionado por Eichmann por un lado, y por Pohl y Maurer por el otro: una cuestión de seguridad frente a una necesidad de mano de obra. Por razones de seguridad, Eichmann quiere que todos los judíos sean sometidos a la Operación Especial, sin distinción de edad o estado de salud. No salvaría a ningún judío por perfectas que fueran sus condiciones físicas. Hablando claro: las instalaciones de Birkenau fueron creadas para poner en marcha ese plan. Pero verás lo que ha pasado. El Reichsführer tuvo que modificar sus órdenes iniciales respecto a la aplicación de la Operación Especial a todos los judíos (naturalmente, a instancias de Pohl y Maurer) para cubrir las necesidades de mano de obra, no sólo de tu planta de Buna, sino de las minas y fábricas de material de guerra abastecidas por este mando. Y el resultado ha sido una «disociación»... Sí, esa

palabra..., esa expresión psicológica que significa...

—*Die Schizophrenie*.

—Sí, ésa es la palabra —respondió Höss—. Tiene que ver con ese doctor de la mente vienés... Nunca recuerdo su nombre...

—Sigmund Freud.

Hubo unos momentos de silencio. Durante aquella pequeña pausa, Sophie, casi sin aliento, siguió concentrándose en la imagen de Jan, viéndolo con sus labios ligeramente separados debajo de su chata nariz mientras sus ojos azules se posaban tan pronto en el comandante (mientras andaba inquieto de un lado a otro del despacho según su costumbre) como en el poseedor de aquella incorpórea voz de barítono... que ya no era el diabólico protagonista de su sueño, sino simplemente aquel extraño que la había fascinado con promesas de viajes a Leipzig, Hamburgo, Bayreuth y Bonn. «¡Tiene usted un aspecto tan juvenil!», le dijo en aquella lejana ocasión con la misma voz que ahora acababa de escuchar. «¡Una muchacha!» Y luego: «Soy un hombre de familia». Estaba tan ansiosa por ver a Jan, tan impaciente por reunirse con él, que su curiosidad por el aspecto que pudiera tener Walter Dürrfeld después de tantos años fue sólo pasajera, para convertirse poco después en indiferencia. Sin embargo, el tono terminante y apresurado que adquirió de pronto aquella voz le dijo que lo vería casi al instante, y las últimas frases que dirigió al comandante quedaron grabadas, con cada matiz de inflexión y significado, en su memoria como en los surcos imborrables de un disco fonográfico de eterna duración.

La voz, irónica ahora, dijo una palabra que no había sido pronunciada en toda la conversación:

—Al fin y al cabo, tú y yo sabemos que, de un modo u otro, todos han de morir. Muy bien, de momento dejemos las cosas como están. Los judíos nos vuelven esquizofrénicos a todos, especialmente a mí. Pero supongo que no creerás que, cuando se trata de una insuficiencia de producción, puedo alegar motivos de enfermedad en la mano de obra al consejo de administración de mi sociedad. ¡Nada de eso!

Höss dijo algo con voz nerviosa y oscura, y Dürrfeld contestó, de mejor humor, que esperaba que pudieran reunirse de nuevo al día siguiente para seguir hablando del asunto. Unos segundos después, cuando al salir, Dürrfeld rozó a Sophie en la pequeña antecámara, no la reconoció en absoluto —¿qué haría allí aquella pálida polaca vestida con tan sucio blusón?—, aunque, al advertir que la había tocado ligeramente, su instinto le hizo proferir un «*Bitte!*» de disculpa en el mismo tono de cortesía que ella recordaba de Cracovia. Con todo, Dürrfeld parecía una caricatura del romántico personaje de antaño. Su cara se había hinchado, y la gordura porcuna de su vientre había echado a perder su gallarda silueta; además Sophie observó, no bien el hombre se ajustó en la cabeza el sombrero flexible que Scheffler le entregó obsequiosamente, que los dedos que la habían entusiasmado seis años antes por sus suaves y elegantes arabescos, parecían ahora pequeñas y rechonchas salchichas de caucho.

—Y finalmente, ¿qué le sucedió ajan? —pregunté a Sophie.

Volví a sentir una imperiosa necesidad de saberlo. De las muchas cosas que me había revelado, el interrogante sin respuesta del destino de Jan era lo que más me intrigaba. (Creo recordar que yo, por aquel entonces, había absorbido, y luego confinado en el último rincón de mi mente, su curiosa y rápida mención de la muerte de Eva.)

También comenzaba a darme cuenta que ella eludía esta parte de su historia con la mayor persistencia, dando la impresión de que describía círculos en torno de aquel punto como si se tratara de una cuestión demasiado penosa para ser tocada. Me sentía un poco avergonzado de mi impaciencia, y en realidad, a pesar de mi ansia de saber, no me agradaba entrometerme en una zona de su memoria que yo me imaginaba más frágil que una telaraña, aunque también intuía que estaba a punto de revelarme su secreto y por eso me permití presionarla con la voz más delicada que pude hacer salir de mis labios. Era a última hora de la noche del sábado —muchas horas después de nuestro desastroso episodio marino—, y nos habíamos sentado a descansar en el Maple Court. Por hallarnos muy cerca de medianoche y al final de un sabbat agotadoramente húmedo, estábamos casi solos en el cavernoso lugar. Sophie ya no acusaba los efectos del whisky, ambos habíamos optado por tomar otro refresco. Durante aquella larga velada, ella había hablado casi sin cesar, pero en aquel momento hizo una pausa para mirar la hora en su reloj y decir que tal vez había llegado el momento de volver al Palacio Rosado, donde pasaría la última noche.

—He de trasladar mis cosas a mi nueva casa, Stingo —dijo—. He de hacerlo mañana por la mañana, y luego he de volver al consultorio del doctor Blackstock. *Mon Dieu!*, me había olvidado de que soy una mujer que trabaja.

Su macilento rostro mostraba un gran cansancio. Se quedó con la mirada fija en el centelleante tesoro que era el reloj de pulsera que Nathan le había regalado. Era un Omega de oro con pequeños diamantes que señalaban los cuartos de hora en la esfera. Me pregunté cuánto habría costado. Como si acabara de leer mis pensamientos, Sophie dijo:

—En realidad, no debiera conservar las cosas que Nathan me regaló. —Y con una nueva inquietud reflejada en el tono de su voz, tal vez mayor que la experimentada durante la evocación de recuerdos del campo de concentración, añadió—: Creo que debiera desprenderme de ellas. Puesto que no volveré a verlo...

—¿Y por qué no te las quedas? —dije—. Él te las dio para siempre. ¡Pues quédatelas!

—Me harían pensar en él a cada instante —contestó con aire preocupado—. Aún lo amo.

—Entonces véndelas —dije, algo irritado—. Es lo que merece. Llévalas a una tienda de esas de compraventa.

—No, eso no, Stingo —dijo sin resentimiento—. Algún día sabrás lo que es estar enamorado.

Una sombría sentencia eslava infinitamente preocupante.

Ambos permanecimos un rato en silencio. Entretanto, consideré la profunda falta de sensibilidad que suponían estas últimas palabras, expresadas con una despreocupación total por lo que pudiera sentir hacia ella el tonto y no correspondido enamorado que las había estado escuchando. Para mis adentros, la maldije con toda la fuerza de mi descabellado amor. De pronto volví a sentir la presencia del mundo real; ya no me hallaba en Polonia, sino en Brooklyn. Y, aparte de la congoja que acababa de causarme Sophie, me sentí invadido por una ola de desdicha y malestar. Las preocupaciones más lacerantes comenzaron a torturarme. Me había absorbido de tal modo el relato de Sophie, que había perdido por completo de vista el hecho ineludible de que estaba a punto de convertirme en un indigente como resultado del robo de que había sido víctima el día anterior. Aquello, junto con la certeza de la inminente partida de Sophie del Palacio Rosado —y la

consiguiente soledad en que me iba a encontrar allí, vagando por Flatbush sin un céntimo en el bolsillo y rumiando fragmentos de una novela inacabada—, hizo que me sintiera el hombre más desesperado del mundo. Me horrorizaba pensar en lo solo que estaría sin Sophie y sin Nathan; era mucho peor que mi falta de dinero. Seguí atormentándome interiormente mientras observaba el rostro pensativo y abatido de Sophie. Se hallaba en la postura que solía adoptar cuando reflexionaba, es decir, con las manos ligeramente ahuecadas sobre los ojos, como queriendo ocultar una mezcla de sentimientos inexpresables («¿En qué debe de estar pensando?», me pregunté): perplejidad, asombro, renovado terror, angustia resucitada, odio, ira, desamparo, amor, resignación... Todo eso, revuelto en oscura maraña, me sugirió la contemplación de su rostro. Luego aquel tumulto de emociones se fue atenuando hasta desaparecer. Entretanto, me di cuenta de que tanto ella como yo sabíamos que los cabos de su crónica que habían quedado sueltos, y que me habían conducido a una conclusión casi definitiva, aún necesitaban ser atados. También advertí que el impulso que la había movido a hacerme partícipe de tantos recuerdos durante aquella noche no había disminuido, y que a pesar de sus preocupaciones se sentía empujada a escurrir los restos de su pasmoso e inconcebible pasado hasta la última gota.

Aun así, seguía mostrando una curiosa ambigüedad respecto a la revelación definitiva de lo que le había sucedido a su hijo, como si algo le impidiera abordar directamente la cuestión, y cuando insistí una vez más diciendo: «¿Y Jan?», pareció sumirse en una especie de ensueño.

—Si supieras lo avergonzada que me siento, Stingo, por lo que hice al nadar de aquella manera en el mar... obligándote a arriesgarte de aquel modo... Obré mal, muy mal. Debes perdonarme. Pero si he de ser sincera contigo también debo decirte que no fue la primera vez, desde aquellos días de la guerra, que decidí suicidarme. Es algo que parece ir y venir como un péndulo. En Suecia, recién terminada la guerra, cuando me hallaba en aquel centro de desplazados, también intenté quitarme la vida. Y como en aquel sueño que te he contado, sobre la capilla y lo demás... tenía la obsesión de *le blasphème*. Entre los edificios del centro había una pequeña iglesia. No creo que fuera católica; me parece que era luterana, pero no importa... En mis reflexiones, había llegado a la conclusión de que si me suicidaba en la iglesia cometería el mayor de los sacrilegios posibles, la mayor blasfemia, *le plus grand blasphème*, porque, ¿sabes, Stingo?, ya nada me importaba; después de Auschwitz, dejé de creer en Dios y en su existencia. Me dije: «Me ha vuelto la espalda. Y si Él me ha vuelto la espalda, yo lo detesto hasta el punto de demostrar mi odio con el mayor sacrilegio que se me haya ocurrido». Que era mi propósito de suicidarme en la iglesia, en su iglesia, en terreno sagrado. Me sentí tan mal, tan enferma y débil..., pero una noche, sacando fuerzas de no sé dónde, decidí hacerlo.

»Así que salí del edificio del centro de recuperación con un trozo de cristal en la mano; lo había encontrado en el hospital en que era atendida. Resultaría fácil. La iglesia estaba muy cerca. No había allí guardianes ni nadie que vigilara; llegué al caer la tarde. El templo estaba poco iluminado, y permanecí largo tiempo sentada en la última fila de bancos, sola con mi trozo de cristal. Era verano. En Suecia no desaparece por completo la luz en las noches de verano; es una claridad fría y pálida. La iglesia, como las demás dependencias del centro, se hallaba en pleno campo, por lo que podía oír el croar de las ranas y oler la fragancia de los pinos y abetos. Era un olor muy agradable; me recordó mi

excursión a los Dolomitas, de niña. Por un momento, me imaginé que tenía con Dios esta conversación: «¿Por qué quieres matarte aquí, Sophie, en mi lugar sagrado?», preguntó Él. Y recuerdo que le contesté en voz alta: «Si con toda tu sabiduría no puedes adivinarlo, tendrás que quedarte sin saberlo, porque yo no voy a decírtelo». Y entonces Él dijo: «Así que es tu secreto», y yo le respondí: «Sí, es mi secreto. Mi solo y último secreto». Y comencé a cortarme la muñeca. ¿Y sabes qué, Stingo? Me corté un poco la muñeca y me sangró algo, pero me detuve. ¿Y sabes por qué no seguí adelante? Sólo fue por una cosa, te lo juro. ¡Sólo por una cosa! No fue el miedo al dolor. Ya nada me daba miedo. Fue Rudolf Höss. Me detuve al pensar de pronto en Höss y en que estaría vivo en alguna parte de Polonia o Alemania. Tan pronto como empecé a cortarme la muñeca, vi su rostro ante mí. Y en el acto paré de cortarme. Sé que te parecerá una *folie*, una locura, Stingo, pero de repente me hice esta rápida reflexión: no podía morir mientras Höss siguiera con vida. Mi muerte en aquel momento habría sido su triunfo final.

Hubo entonces un largo silencio, que rompió con estas palabras:

— Nunca volví a ver a mi pequeño. Aquella mañana, ¿sabes?, Jan no estaba en el despacho de Höss. Cuando entré, no lo vi. Estaba tan segura de que lo encontraría allí dentro que incluso pensé que se había escondido debajo del escritorio..., para bromear, ¿sabes? Pensé que no podía ser más que una broma; yo sabía que tenía que estar allí, mirándome desde algún rincón. Pregunté a Höss dónde estaba mi hijo. Respondió: «Anoche, después de que te fueras, me di cuenta de que no podía traerlo aquí. Debes perdonarme por esta infortunada pero necesaria decisión. Traerlo aquí sería peligroso: comprometería mi situación». No podía creer lo que acababa de oír. No podía creer que me hubiera dicho aquello. No, no podía creerlo. Pero luego, de repente, lo creí. Lo creí por completo. Y entonces perdí la cordura. Enloquecí. ¡Sí, fue como si me hubiera vuelto loca!

»No recuerdo nada de lo que hice después, pues en aquel momento todo se oscureció para mí, pero sí sé que hice dos cosas. La primera es que lo atacé, lo atacé con mis manos. Lo recuerdo porque cuando desapareció la oscuridad que nublabla mi vista y me encontré sentada en una silla (hacia la que Höss me había empujado), vi, al levantar la mirada hacia él, que tenía un arañazo en la mejilla, sin duda causado por mis uñas. Se estaba secando con un pañuelo la poca sangre que brotaba del rasguño. Me miraba con fijeza, pero no había cólera en sus ojos; parecía muy tranquilo. Y la segunda cosa que recuerdo es el eco en mis oídos de las palabras que le grité un minuto antes de agredirlo: «¡Métame en la cámara de gas, tal como hizo con mi hijita! ¡Gaséeme, sí, gaséeme, y luego...!». Vociferé una y otra vez estas cosas y otras parecidas. Seguro que le solté una sarta de insultos en alemán, porque a veces vuelven aún a mis oídos como un eco. Pero entonces, después de haberlo agredido, sólo apoyé la cabeza entre mis manos y lloré. No le oía decir nada, pero finalmente noté la presión de su mano sobre mi hombro. Y escuché su voz: «Lo siento mucho, lo repito. No debí haber tomado esa decisión. Procuraré compensarte de alguna manera. ¿Qué puedo hacer por ti?». Fue tan extraño, Stingo, oír hablar a Höss de aquel modo... Oír cómo me hacía aquella pregunta con una voz tan suave, como de disculpa, preguntándome «a mí» qué podía hacer «él» para complacerme...

»Y entonces, por supuesto, pensé en el Lebensborn y en lo que Wanda me había dicho que hiciera..., lo que yo quería decir al comandante el día anterior pero que, por alguna razón, no llegué a mencionar. Así que procuré calmarme, cesé de llorar, levanté la

mirada hacia él y le dije: «Sí, puede hacer una cosa por mí». Le expliqué mi plan y tan pronto como pronuncié la palabra Lebensborn advertí, por el brillo que noté en sus ojos, que sabía muy bien de qué le hablaba. Le dije esto, poco más o menos: «Podría hacer sacar a mi hijo del Campo Infantil para incluirlo en el programa del Lebensborn que tienen las SS y que usted sin duda conoce. Podría hacerlo enviar al Reich, donde se convertiría en un buen alemán. Es rubio, parece alemán y habla su idioma tan bien como yo. No hay muchos niños polacos como él. ¿Verdad que mi hijo sería muy adecuado para el Lebensborn?» Recuerdo que Höss no decía nada. Se había quedado allí, de pie, sin hacer otra cosa que tocarse la mejilla en que yo le había dado el arañazo. Pero por fin dijo algo así: «Creo que lo que dices podría ser una solución. Me ocuparé de ello». Pero aquello no me bastaba. Sabía que era un intento desesperado, pero tenía que decirlo: «No, debe darme una respuesta más concreta, no podría vivir con la incertidumbre». El comandante reflexionó un momento y dijo: «Muy bien, haré que lo saquen del campo». Pero aquello aún no me bastaba y pregunté: «¿Cómo lo sabré? ¿Cómo sabré con seguridad que se lo han llevado de aquí? Debe usted prometerme que se me informará del lugar de Alemania adonde ha sido enviado para que algún día, cuando la guerra haya terminado, pueda volver a verlo».

«Apenas creía que estuviera diciendo tales cosas, Stingo, que exigiese tanto a un hombre como aquél. Claro que, en realidad, ¿sabes?, contaba con sus sentimientos hacia mí, con la emoción que había mostrado al abrazarme el día anterior, cuando dijo: «¿Crees acaso que soy un monstruo?». Contaba con que le quedaría un poquito de humanidad, la suficiente para que me ayudase. Y así creí que sería, porque, después de otro silencio, me contestó: «Muy bien, lo prometo. Te prometo que el niño será sacado del campo de concentración y que tendrás noticias de su paradero de vez en cuando». Entonces, aun sabiendo que me exponía a su cólera, no pude por menos de decirle: «¿Cómo puedo estar segura de lo que dice? Mataron a mi hijita, y si desaparece Jan me quedaré sin nada. Ayer, usted me dijo que hoy me dejaría ver a Jan, pero no lo ha hecho. No ha cumplido su palabra». Aquello debió de..., bueno, llegarle a alguna parte, porque dijo: «Puedes estar segura. Recibirás un mensaje mío de vez en cuando. Te doy la seguridad de ello y mi palabra de oficial alemán, te doy mi palabra de honor».

Sophie hizo una pausa, y su mirada vagó por la lóbrega luz vespertina del Maple Court, que acababa de ser invadido por una revoloteante bandada de mariposas nocturnas. El local habría estado desierto a no ser por nosotros dos y el encargado de la barra, un irlandés de aspecto cansado que tecleaba sordamente la caja registradora. Mi compañera, de vuelta de su ensimismamiento, siguió diciendo:

—Pero aquel hombre no mantuvo su palabra, Stingo. Jamás volví a ver a mi hijo. ¿Cómo se me ocurriría pensar que aquel tipo de las SS tenía algo que pudiera llamarse honor? Quizá la culpa era de mi padre, que siempre estaba hablando del ejército alemán, de sus oficiales y su sentido del honor, de su fidelidad a los principios y otras cosas por el estilo. Fuera lo que fuese, Höss no cumplió con lo prometido, pues nunca recibí de él la menor información y yo me quedé sin saber qué había sido de Jan. Höss dejó Auschwitz para trasladarse a Berlín poco después de la escena que te he contado, y yo regresé a los barracones, donde volví a ser una simple taquimecanógrafa. Höss, que, como te digo, jamás me envió mensaje alguno, ni siquiera se puso en contacto cuando volvió al campo el

año siguiente. Pasaba el tiempo y yo me decía: «Bueno, Jan ya no debe de estar en el campo; deben de haberlo llevado a Alemania y no tardaré en recibir un mensaje en el que se me diga dónde se halla, cuál es su estado de salud y otras cosas». Pero nada, ni una palabra. Entonces, algún tiempo después, recibí una terrible nota de Wanda escrita en un trozo de papel, que decía: «He vuelto a ver a Jan. Está todo lo bien que podría esperarse en estas circunstancias». Al leer aquello, por poco me muero, Stingo, porque significaba que al fin y al cabo no habían sacado a Jan del campo: Höss no había hecho nada para que fuese integrado en el Lebensborn.

«Entonces, algunas semanas después de esto, recibí otro mensaje de Wanda desde Birkenau, esta vez mediante una prisionera que pertenecía a la Resistencia francesa y que vino a parar a nuestros barracones. La mujer me dijo, por encargo de Wanda, que Jan ya no estaba en el Campo Infantil, lo cual me llenó de alegría por algún tiempo, hasta que me di cuenta de que en realidad aquellas palabras no tenían ningún sentido. Entre otras cosas, podían significar que Jan había muerto. No se lo habían llevado para lo del Lebensborn, sino que había muerto de enfermedad, o quién sabía... Tal vez por culpa del invierno; hacía ya tanto frío... Y no hubo manera de saber qué sucedió con Jan, si había muerto en Birkenau o si se hallaba en algún lugar de Alemania. —Sophie hizo una pausa. Luego, dijo—: Auschwitz era tan vasto... Resultaba muy difícil recibir noticias de una persona determinada. Pero lo cierto fue que Höss nunca me envió los mensajes que me había prometido. *Mon Dieu!*, fue una *imbécilité* por mi parte creer que un hombre de su calaña tuviera lo que él llamaba *meine Ebre*. ¡Mi honor! ¡Qué asqueroso farsante! No era nada más que lo que Nathan llama un *crumbum*, una persona de lo más despreciable. Y yo, al fin y al cabo, no era para él sino basura polaca. —Después de otra pausa, me miró por encima de sus manos ahuecadas—. Y no hubo modo, Stingo, de saber qué le había sucedido a Jan. Más hubiera valido que...

Y su voz se desvaneció en el silencio.

Quietud. Abatimiento. La sensación de haber sido vencido por el viento estival, de haber llegado al más amargo fondo de las cosas. Me encontraba sin voz para contestar a Sophie; y aún más mudo me quedé cuando la voz de ella, subiendo un poco de tono, articuló de pronto unas palabras que, con suponer para mí una triste y dolorosa revelación, no parecieron ser otra cosa, a la luz de cuanto acababa de oír, que un nuevo y angustioso episodio engastado en una interminable aria de aflicción:

—Aún no había perdido todas las esperanzas de descubrir algo sobre mi hijo. Pero poco después de haber recibido aquel último mensaje de Wanda, me enteré de que ella había sido encerrada en el bloque carcelario del campo al tener conocimiento los nazis de sus actividades como miembro de la Resistencia. La torturaron y la colgaron de un gancho, donde murió lentamente estrangulada... Ayer dije que Wanda era una *kvetch*. Es mi última mentira: era la persona más honrada y valiente que he conocido.

Sentados a la pálida luz de aquel lugar, Sophie y yo teníamos la sensación de que nuestras terminaciones nerviosas habían sido excitadas, hasta hacerlas restallar, por la lenta acumulación de imágenes virtualmente insoportables. Con un sentimiento de terminante y definitiva negación, nacido en realidad del horror que me saturaba, decidí no escuchar nada más sobre Auschwitz, ni una sola palabra. Sin embargo, la fuerza del impulso de que he hablado dominaba aún a Sophie y le hizo contar todavía, como en un

breve estallido final, su despedida del comandante de Auschwitz:

—Me dijo: «Ahora, vete». Y yo me volví al tiempo que le contestaba: «*Danke, mein Kommandant*, gracias por ayudarme». Y entonces me preguntó... Sí, debes creermelo, Stingo, me hizo estas preguntas: «¿Oyes esta música? ¿Te gusta Franz Lehar? Es mi compositor favorito». Quedé tan sorprendida que apenas pude contestar. ¿Franz Lehar?, pensé, y contesté maquinalmente: «No, en absoluto. ¿Por qué?». Por un instante, pareció decepcionado. Luego repitió: «Ahora, vete». Y yo me fui. Bajé la escalera y, al pasar por la puerta de la habitación de Emmi, vi la radio y oí su música. Esta vez hubiera podido llevármela con facilidad porque, después de observar cuidadosamente los alrededores, tuve la certeza de que Emmi no estaba por allí. Pero tal como te digo: no tuve el valor de hacer lo que debiera haber hecho. Claro que también temía que se malograran mis esperanzas sobre Jan. Además, sabía que esta vez hubiera sido la primera en despertar sospechas. Dejé pues la radio en su sitio, no sin que me invadiera un repentino sentimiento de odio contra mí misma. Pero allí la dejé, con su música. ¿Y sabes qué estaba tocando? ¿No te lo imaginas?

En toda narración hay momentos en que, como en ésta, la inyección de cierta dosis de ironía —pese al impulso instintivo del autor en tal sentido— parece inapropiada, quizás incluso «contraindicada», porque la ironía frena la acción, y se abusa con ello de la paciencia y credulidad del lector. Pero al ser Sophie mi único y fiel testigo, y al apoyar sobre ella misma esa ironía como una especie de coda de un testimonio en el que yo confiaba plenamente, me siento obligado a consignarla más abajo, añadiendo sólo que sus palabras al respecto fueron pronunciadas en un vacilante tono que denotaba la última y débil fase de una tremenda agitación emocional —en que dominaban por partes iguales la hilaridad y el más profundo dolor— que no había visto nunca en Sophie, y sólo raramente en alguna otra persona, y que reflejaba claramente un inicio de histeria.

—¿Qué estaba tocando la radio? —pregunté.

—La obertura de esa opereta de Franz Lehar —dijo—. *Das land das Lächelns*. «El país de las sonrisas».

Era bastante más de medianoche cuando nos dispusimos a recorrer las pocas manzanas que nos separaban del Palacio Rosado. No había nadie en la fragante oscuridad del exterior y, en el trayecto por las calles bordeadas de arcos, las casas de los vecinos de Flatbush se encontraban oscuras y silenciosas. Mientras caminaba a mi lado, Sophie me rodeó la cintura con el brazo, y su perfume embriagó por un instante mis sentidos, pero comprendí enseguida que su gesto, a aquellas alturas, era meramente fraternal y amistoso; por otra parte, su largo relato me había llevado muy lejos de cualquier exaltación del deseo. La melancolía y el desaliento me invadían como la misma oscuridad de aquella noche de agosto, y me pregunté vanamente si sería capaz de dormir.

Al acercarnos a la fortaleza de la señora Zimmerman, en cuyo rosado vestíbulo una ínfima luz disipaba apenas las tinieblas, tropezamos ligeramente con el duro bordillo, momento en que Sophie habló por primera vez desde que habíamos salido del bar:

—¿Podrías prestarme tu despertador, Stingo? Mañana tengo que levantarme temprano para trasladar mis cosas a mi nueva casa y llegar puntual al trabajo. El doctor

Blackstock ha tenido mucha paciencia conmigo durante estos últimos días, pero he de volver a ocupar mi puesto. ¿Por qué no me llamas hacia media semana?

La oí ahogar un bostezo.

Iba a contestarle que podía disponer de mi despertador cuando una sombra grisácea surgió de las oscuras tinieblas que rodeaban el porche de la casa. El corazón me dio un vuelco, al tiempo que exclamé:

—¡Dios mío!

Era Nathan. Susurré su nombre en el mismo instante en que Sophie, al reconocerlo también, dejaba escapar un leve gemido de sorpresa. Por un instante tuve la impresión, justificada a mi modo de ver, de que iba a atacarnos. Pero enseguida oí la voz de Nathan que gritaba lo más suavemente posible:

—¡Sophie!

Soltó con tal prisa el brazo con que me rodeaba la cintura que, de un brusco tirón, me sacó de los pantalones parte de la camisa. Me quedé plantado en el suelo, quieto y silencioso, mientras se lanzaban a un mutuo encuentro en el claroscuro de la débil y temblorosa luz de la entrada del Palacio Rosado, y chocaban y se abrazaban. Durante un buen rato permanecieron abrazados entre sí, fundidos el uno en el otro en medio de la oscuridad nocturna. Después vi que Nathan se arrodillaba lentamente sobre la dura acera, donde, rodeando con sus brazos las piernas de Sophie, permaneció inmóvil durante un rato que pareció interminable, petrificado en una postura de profunda devoción, de fidelidad, o arrepentimiento, o súplica... o quizá todo eso a la vez.

Nathan volvió a unirse a nosotros con facilidad y en el momento oportuno.

Después de la agradable y emocionante reconciliación que nos juntó a los tres de nuevo, una de las primeras cosas que recuerdo fue ésta: Nathan me dio doscientos dólares. Dos días después de nuestro reencuentro, cuando ambos se hubieron instalado en sus antiguas habitaciones del piso de arriba y yo guarecido otra vez en mi rosado refugio, Nathan supo por Sophie que me habían robado. (En honor a la verdad, Fink no era el culpable. Nathan advirtió que la ventana de mi cuarto de baño había sido forzada, cosa que Morris no habría tenido necesidad de hacer, y que a mí me hizo sentir vergüenza de mi maliciosa sospecha.) La semana siguiente, al volver de almorzar en un autoservicio de la Ocean Avenue, encontré sobre mi escritorio su cheque, por una suma que en mi estado de virtual indigencia sólo podía calificarse de fabulosa. Unida al cheque con un sujetapapeles, había la siguiente nota escrita a mano: «Para mayor gloria de la literatura del Sur». Naturalmente, aquel dinero fue una bendición de Dios, pues afianzó mi situación económica en un momento en que empezaba a sentirme frenéticamente angustiado por mi inmediato futuro. Me era imposible devolverle aquel dinero. Pero mis varios y ancestrales escrúpulos me prohibían aceptarlo como un regalo.

Por lo tanto, después de mucha palabrería y de una larga y amistosa discusión, llegamos a lo que podría llamarse un compromiso. Los doscientos dólares serían considerados como un regalo mientras yo fuera un escritor que no hubiese publicado nada, pero si al terminar mi novela encontraba editor y ello me rendía lo suficiente como para aliviarme de la presión económica, entonces, y sólo entonces, aceptaría Nathan cualquier devolución que quisiera hacerle (sin interés). Desde lo más recóndito de mi mente, una queda y maliciosa vocecita me dijo que aquella liberalidad era el procedimiento elegido por Nathan como reparación por su terrible ataque contra mi libro cinco noches antes, cuando, tan dramática y cruelmente, nos proscribió a Sophie y a mí de su existencia. Pero descarté aquel pensamiento por inmerecido, especialmente cuando Sophie me dijo que sin duda el desequilibrio producido en él por las drogas en aquellos momentos le había hecho decir cosas odiosas e irresponsables, palabras que, con toda evidencia, ya no recordaba. Palabras que —yo también estaba seguro de ello— se habían borrado de su memoria, lo mismo que su loca y destructiva conducta. Además, había resucitado mi devoción por Nathan, al menos por el Nathan seductor, generoso y lleno de vida que había limpiado su entorno de demonios. Y puesto que era ese Nathan el que había vuelto a nosotros, un Nathan bastante pálido y ojeroso, pero al parecer purgado de todos los horrores que lo habían poseído aquella reciente noche, el renacido afecto fraternal que sentía por él no podía ser más auténtico y sincero; mi entusiasmo sólo iba a ser superado por la reacción de Sophie, cuya desbordante alegría solamente podía calificarse de delirio controlado, muy emocionante de contemplar. Pero su renovada e inagotable pasión por Nathan me asustó un poco. Sophie había olvidado o perdonado por completo los insultos y malos tratos recibidos de él. Estoy seguro de que lo habría acogido

en su regazo con aquella avidez e incauta indulgencia aunque hubiera sido un perverso de menores convicto o un sanguinario y truculento asesino.

Yo no sabía dónde había pasado Nathan los días y noches que nos separaban de su terrible golpe teatral en el Maple Court, aunque algunas fugaces alusiones de Sophie me hicieron creer que había buscado refugio en casa de su hermano, en Forest Hills. Pero su ausencia y su paradero durante aquellos días parecían no importar; del mismo modo, su devastador atractivo pareció reducir la importancia de las injurias que tan recientemente había volcado contra Sophie y contra mí mismo; ultrajes infligidos con tanta animosidad y rencor que nos hicieron sentir físicamente enfermos. Hasta cierto punto, la intermitente adicción de Nathan por las drogas que Sophie me había descrito de modo tan vivido y angustioso, hizo que ahora, a su regreso, me sintiera más atraído hacia él. Desde la perspectiva de mi romántica reacción, su lado demoníaco —aquel mister Hyde que lo poseía y le devoraba las entrañas de vez en cuando— parecía en aquel momento una parte integral y compulsiva de su extraño genio, que yo aceptaba casi sin temer que aquellos frenéticos arrebatos pudiesen repetirse en el futuro. Sophie y yo éramos —digámoslo sin rodeos— muy fáciles de dominar. Bastaba que Nathan hubiera entrado de nuevo en nuestras vidas trayéndonos lo mejor que conocíamos de él —optimismo, generosidad, energía, diversión, magia y amor— y que creíamos haber perdido para siempre. En realidad, su regreso al Palacio Rosado y su reinstalación en el nido de amor del piso de arriba me parecieron una cosa tan natural que hoy día no puedo recordar cuándo ni cómo volvió a transportar a su habitación todos los muebles, vestidos y demás pertenencias que se llevó aquella famosa noche, y que volvió a colocar en su sitio de modo que nadie hubiera dicho que aquellas cosas lo habían acompañado en su tormentosa y precipitada marcha.

Todo volvía a ser como antes. Comenzó de nuevo la rutina diaria como si nada hubiera pasado, como si el violento furor de Nathan no hubiese estado a punto de destruir para siempre nuestra camaradería y felicidad tripartitas. Nos hallábamos en el mes de septiembre, con el calor del verano todavía cerniéndose sobre las calles del barrio en forma de una fina y deslumbradora neblina. Cada mañana, Nathan y Sophie tomaban separadamente sus respectivos trenes subterráneos en la estación del metro de Church Avenue: él para dirigirse a su laboratorio de la Pfizer; ella al consultorio del doctor Blackstock, en la parte céntrica de Brooklyn. Y yo volvía, lleno de felicidad, a mi sencillo y pequeño escritorio de madera de roble. No me permitía a mí mismo que Sophie me obsesionara como objeto amoroso, cediéndola de buen grado al mayor de nosotros, a quien tan justa y naturalmente pertenecía, y reconociendo una vez más que mis pretensiones de llegar a su corazón habían sido a lo sumo la modesta actuación de un aficionado. Así, sin la posibilidad de que Sophie me hiciera vagar vanamente por el mundo de la fantasía, había vuelto a mi interrumpida novela animado de renacidos propósitos. Naturalmente, no me era posible ahuyentar el extraño hechizo y, hasta cierto punto, la depresión ocasional, que había dejado en mi espíritu todo lo que Sophie me contó sobre su pasado. Pero generalmente hablando, cada vez me fue más fácil sacarme de la cabeza aquella historia. La vida debía continuar. Además, había entrado en una fase de tremendo entusiasmo creativo y tenía plena conciencia de que también mi propia crónica trágica debía contarse y ocupar enteramente mis horas de trabajo. Posiblemente inspirado

por el apoyo económico de Nathan —siempre la mejor forma de fortalecer el ánimo de un artista creativo—, me había puesto a trabajar con increíble velocidad, corrigiendo y puliendo sobre la marcha y gastando con no menos rapidez mis lápices Venus Velvet mientras cinco, seis, siete e incluso ocho o nueve páginas amarillentas se apilaban en mi mesa después de una larga mañana de labor.

Y (dejando a un lado los efectos del dinero) Nathan volvió de nuevo al papel de hermano protector, de mentor, de crítico constructivo y de querido amigo mayor a quien siempre podía recurrir, que yo había aceptado con respeto desde el primer momento. Y de nuevo comenzó a absorber mi prosa excesivamente elaborada llevándose el original a su habitación para leer el trabajo de varios días consistente en veinticinco o treinta hojas y volver, algunas horas después, generalmente sonriendo y casi siempre dispuesto a darme lo que más necesitaba: elogios. Aunque, a decir verdad, rara era la vez en que éstos no iban honestamente salpicados de una buena dosis de dura crítica; su percepción de la frase renqueante a causa de un ritmo poco ágil, de la reflexión sofisticada, del regodeo onanista, de la metáfora poco feliz, era increíblemente aguda. Pero por lo general daba sinceras muestras de sentirse cautivado por la oscura fábula del Tidewater, por el paisaje y el clima, que yo intentaba describir con toda la pasión, precisión y cariño de que era capaz mi joven talento en eclosión, por el pequeño y trastornado grupo de personajes que tomaban vida en mis páginas a medida que los conducía, presos de enfermiza ansiedad, en su funéreo viaje a través de las tierras bajas de Virginia, y finalmente, de modo aún más genuino, por alguna fresca visión del Sur que (a pesar de la influencia de Faulkner, que él detectaba y yo admitía enseguida) sólo era —como Nathan decía— «electrizantemente» mía. Y yo gozaba en secreto ante el hecho de que, mediante la alquimia de mi arte, parecía ir convirtiendo el prejuicio de Nathan contra el Sur en algo semejante a aceptación o comprensión. Advertí que ya no me dirigía sus acostumbradas pullas sobre los labios leporinos, la tiña, los linchamientos, los caciques y la esclavitud rural. Era evidente que mi obra había empezado a afectarlo bastante. Su reacción, pues, me conmovió y no hizo sino aumentar la admiración y respeto que sentía por él.

—Esa escena de la fiesta campestre me parece estupenda —me dijo un sábado por la tarde mientras me hallaba sentado ante los papeles en mi habitación—. Especialmente ese pequeño diálogo entre la madre y la doncella negra. No sé..., me parece muy acertado. Y esa atmósfera del verano sureño... No sé cómo lo haces.

Me pavoneé —sólo interiormente—, murmuré unas palabras de agradecimiento y me eché al gizonte parte de una lata de cerveza.

—No me sale mal del todo —le dije, consciente de mi forzada modestia—. Me alegra que te guste, me alegra mucho.

—Tal vez debería ir al Sur —dijo—, para ver cómo es. Eso que escribes me abre el apetito. Tú serías el guía. ¿Qué te parece, amigo mío? Una gira por la vieja Confederación.

La idea me hizo brincar de alegría.

—¡Me parece muy bien! —respondí—. ¡Sería fabuloso! Podríamos comenzar en Washington y seguir hacia abajo. Tengo un amigo de la escuela que es un enamorado de la guerra civil; colecciona todo lo que puede sobre ella. Podríamos ir a verlo: seguro que nos acompañaría en nuestra visita a todos los campos de batalla del norte de Virginia. Manassas, Fredericksburg, la zona boscosa de Wilderness, Spotsylvania. Entonces

tomaríamos un coche y bajaríamos hacia Richmond, veríamos Petersburg, y nos dirigiríamos hacia la granja de mi padre en Southampton County. Dentro de poco, van a cosechar los cacahuets...

Podría asegurar que Nathan se entusiasmó inmediatamente con mi propuesta, pues asintió con movimientos de cabeza cada vez más vigorosos a medida que yo iba embelleciendo todos los aspectos del viaje que describía anticipadamente. Yo consideraba la excursión educativa, seria y completa, además de divertida. Después de Virginia, la región costera de Carolina del Norte, donde se crió mi querido papá, luego Charleston, Savannah, Atlanta, y un lento recorrido por el corazón de Dixieland, las dulces entrañas del Sur —Alabama, Misisipi—, para terminar en Nueva Orleans, donde las ostras más llenas y jugosas valían dos centavos la pieza, donde el gombo era sensacional y los sabrosos langostinos iban tirados.

—¡Vaya viaje! —exclamé, abriendo una lata de cerveza—. Cocina sureña. Pollo frito. Tocino con guisantes. Farro. Jamón del país con salsa aguardentosa. El gourmet de Nathan se volverá loco de felicidad.

Me sentía maravillosamente eufórico a causa de la cerveza. El calor del día era sofocante, pero una ligera brisa procedente del parque que golpeaba la persiana de la ventana abierta de mi habitación refrescaba un poco el ambiente. A través del rumor de aquel suave golpeteo, oía los sonos beethovenianos procedentes del piso de arriba. Los había iniciado, por supuesto, la mano de Sophie, que se hallaba en su habitación tras su media jornada de trabajo del sábado y que tenía la costumbre de poner en marcha el tocadiscos a toda potencia mientras se duchaba. Advertí, mientras prolongaba más de la cuenta mi fantasía sureña, que hablaba con demasiado énfasis, que cada una de mis palabras sonaba con un tono que me hacía parecer un profesional del Sur, ese tipo de persona cuya actitud aborrecía casi tanto como la del insolente neoyorquino condicionado por el falso liberalismo y la animosidad automática contra el Sur que tantos momentos desagradables me había deparado. Pero en aquel momento no me importaba; estaba entusiasmado después de una mañana de trabajo muy productivo, y el hechizo del Sur (a cuyas imágenes y sonidos había dado tan dolorosamente forma escrita, sudando sangre directamente salida de mi corazón) me hacía sentir ora un éxtasis menor, ora una angustia mayor. Por supuesto, ya había experimentado antes con cierta frecuencia aquel agridulce vaivén —cuyo ejemplo más reciente era el arrebato de meridionalidad, mucho menos sincero que éste, durante el cual mi zalamería sureña no había conseguido proyectar ni pizca de su embrujo sobre Leslie Lapidus—, pero aquella tarde mi estado de ánimo parecía especialmente frágil, trémulo, translúcido; tenía la sensación de que, a pesar de mi exaltación, podía disolverme de un momento a otro en un mar de genuinas lágrimas. Entretanto el bello *adagio* de la Cuarta Sinfonía, que seguía bajando sobre nosotros como el sereno e inmutable latido de un pulso humano, contrastaba de forma discordante con mi desenfadada perorata.

—Tienes razón, amigo mío —oí que decía Nathan detrás de mí desde su sillón—. Ya es hora de que vea el Sur, ¿sabes? Algo que dijiste a principios de verano sobre el Sur hizo mella en mí. O quizá debiera decir que tiene que ver con el Norte y el Sur. Recuerdo que durante una de las discusiones que solíamos tener dijiste algo referente a que los sureños, por lo menos, se habían arriesgado en el Norte, habían venido a ver cómo era, mientras

que muy pocos nortños se habían tomado la molestia de viajar al Sur para ver cómo eran aquellas tierras de allá abajo y lo que allí sucedía. Recuerdo que hiciste mención de lo satisfechos que parecían sentirse los del Norte con su voluntaria y pretenciosa ignorancia. Dijiste que no era otra cosa que arrogancia intelectual. Lo dijiste con estas mismas palabras, que me parecieron terriblemente fuertes en aquel momento, pero luego comencé a ver que tenías razón. —Hizo una pausa y luego añadió con verdadera pasión—: Yo confieso tener esa ignorancia. ¿Cómo puedo haber detestado un lugar que no he visto ni conocido jamás? Me has convencido. ¡Haremos ese viaje!

—Bendito seas, Nathan —contesté, radiante de afecto y de Rheingold.

Con la cerveza en la mano, me dirigí al cuarto de baño para orinar. Estaba un poco más bebido de lo que creía. Moqué todo el asiento del retrete. Por encima del ruido del salpicarte chorro oí la voz de Nathan:

—A mediados de octubre, me corresponde hacer los días de vacaciones que aún me debe el laboratorio, y por aquellas fechas deberás de tener ya un buen montón de hojas escritas. Es probable que necesites tomarte un respiro. ¿Por qué no planeamos el viaje para entonces? Sophie no ha tenido un solo día de descanso desde que trabaja con aquel matasanos; será pues justo que se tome por lo menos un par de semanas como yo. Puedo pedir a mi hermano que me preste el coche, el convertible. No va a necesitarlo, acaba de comprarse un Oldsmobile. Saldremos de aquí para Washington...

Mientras él hablaba, mi mirada descansaba en el armario-botiquín, el escondrijo que tan seguro me había parecido hasta el reciente robo de que había sido víctima. ¿Quién había sido el ladrón, me pregunté, considerando que Morris Fink había quedado descartado del delito? Algún desvalijador de Flatbush; nunca faltaba algún amigo de lo ajeno que estuviera al acecho. En realidad, ya no me importaba la personalidad del delincuente, pero observé que la rabia y el disgusto que había sentido hasta aquel momento iban siendo sustituidos por una extraña y compleja intranquilidad respecto al dinero hurtado, el cual, al fin y al cabo, había sido producto de la venta de un ser humano. ¡Artiste! Una propiedad de mi abuela que había contribuido a mi salvación. De hecho, era Artiste, el muchacho esclavo, quien me había facilitado los medios para poder vivir en Brooklyn buena parte de aquel verano; con el sacrificio postumo de su carne y su pellejo había contribuido en gran manera a mantenerme a flote durante las primeras etapas de mi libro; por lo tanto, el hecho de que Artiste hubiera dejado de apoyarme quizá podía atribuirse a la justicia divina. Mi supervivencia ya no estaría asegurada por unos fondos manchados con una gran culpa durante más de un siglo. Hasta cierto punto me alegraba de no disponer ya de aquel sangriento dinero, de haber perdido toda relación con la esclavitud.

Sin embargo, ¿era posible que me librara alguna vez de las imágenes de esclavitud que persistían en mi mente? Se me hizo un nudo en la garganta y susurré, ahogando un grito: «¡Esclavitud!». Algo en mi interior me impelía a escribir sobre ella, a hacer que me revelara sus ocultos y atormentados secretos, del mismo modo que me sentía obligado a escribir sobre los herederos de una institución que en aquel momento, en los años cuarenta, forcejeaba aún en medio del aberrante apartheid del Tidewater virginiano..., a escribir sobre la querida y endemoniada familia burguesa del Nuevo Sur que iba tomando vida en las páginas de mi libro, cuyos gestos y movimientos sólo podían tener lugar —

había comenzado a percatarme de ello— en presencia de una inmensa y pensativa multitud de testigos negros, surgidos de las entrañas del cautiverio. ¿Y acaso no continuábamos todos nosotros, blancos y negros, todavía esclavizados? Sabía que la fiebre que dominaba mi mente y las más inquietas regiones de mi ser me harían sentir encadenado por la esclavitud mientras siguiera siendo escritor. Entonces, de repente, a través de un suave, indolente y algo espirituoso viaje mental que me llevó de Artiste a mi padre, luego a la visión de un bautismo negro con ropajes blancos en el lodoso río James, y luego de nuevo a mi padre mientras roncaba en el hotel McAlpin, pensé en Nat Turner, y me sentí traspasado por un dolor nostálgico tan intenso que tuve la sensación de que era empalado con una lanza. Salí del cuarto de baño con una precipitación tan inesperada y una expresión tan destemplada en mis labios, que desconcerté a Nathan.

—¡Nat Turner! —dije.

—¿Nat Turner? —contestó Nathan, perplejo—. ¿Quién diablos es Nat Turner?

—Nat Turner —le expliqué— era un esclavo negro que, en el año 1831, mató a unas sesenta personas blancas..., ninguna de ellas judía, podría añadir. Vivía cerca de mi ciudad natal, junto al río James. La granja de mi padre se halla exactamente en medio del lugar donde llevó a cabo su sangrienta revuelta.

Y entonces comencé a contar a Nathan lo poco que yo sabía respecto a aquel prodigioso personaje negro, cuya vida y hechos quedaron sepultados en tal misterio que su misma existencia era apenas recordada por la gente de aquella apartada región, y menos aún por el resto del mundo. Mientras yo hablaba, Sophie entró en la habitación, pulcra, fresca, sonrosada y francamente hermosa, y se sentó en el brazo del sillón de Nathan. También escuchó enseguida mis palabras con cariñoso interés, lo que no le impidió acariciar entretanto la espalda de Nathan. Pero pronto terminé, pues me di cuenta de que era muy poco lo que podía decir sobre aquel hombre; surgió de pronto de la oscuridad de la historia para cometer su gigantesca y cataclísmica proeza, que tuvo caracteres de cegadora explosión, y luego se desvaneció tan enigmáticamente como había aparecido, sin dejar rastro de su identidad o de su imagen; nada quedó, salvo su nombre. Tenía que ser descubierto de nuevo, y aquella tarde, mientras hablaba de él a Nathan y a Sophie con un entusiasmo no ajeno a la cerveza que había bebido, me di cuenta por primera vez de que debía escribir sobre él y hacerlo mío: volver a crearlo para todo el mundo.

—¡Es increíble! —me oí decir con alcohólica alegría—. Has intuido algo, Nathan, que yo sólo había comenzado a ver. Voy a escribir un libro sobre ese esclavo. El momento que hemos elegido para nuestro viaje no puede ser más oportuno. Llegaré a un punto, en esa novela, en que podré interrumpir mi trabajo después de haber producido una buena cantidad de hojas y sin preocupaciones en cuanto a su continuación. Será precisamente entonces cuando podremos iniciar el recorrido previsto y además, cuando bajemos a Southampton, visitar el escenario de la hazaña de Nat Turner, hablar con la gente y observar con detención todas las casas antiguas y otros sitios de interés para mi propósito. Podré así empaparme del ambiente de aquel lugar, tomar todas las notas necesarias y recoger toda la información que pueda. Será mi próximo libro, una novela sobre Nat. Entretanto, tú y Sophie añadiréis algo muy valioso a vuestra ilustración. Será una de las partes más fascinantes de nuestra gira...

Nathan rodeó a Sophie con el brazo y le dio un enorme achuchón.

—Stingo —dijo—, me será difícil esperar. Saldremos para el Sur en octubre, tan pronto como comencemos las vacaciones. —Entonces dirigió los ojos hacia Sophie: la mirada de amor que cambiaron (la fusión de sus ojos entre sí, fugaz pero maravillosamente intensa) fue para mí tan embarazosamente íntima que me volví hacia otro lado—. Qué... ¿Se lo decimos? —preguntó a Sophie.

—¿Por qué no? —contestó ella—, Stingo es nuestro mejor amigo. Y espero que también nuestro mejor padrino. ¡Nos casamos en octubre! —dijo en el colmo de la alegría—. Por lo tanto, ese viaje será también nuestra luna de miel.

—¡Dios Todopoderoso! —exclamé—. ¡Felicidades! —Me acerqué al sillón en dos zancadas para besarlos: primero a Sophie, cerca de la oreja, aspirando una arrebatadora fragancia de gardenia, y luego a Nathan, a un lado de su noble nariz—. Es lo más maravilloso que podía oír —murmuré, convencido de lo que decía, habiendo olvidado totalmente cómo, en el pasado reciente, parecidos instantes de éxtasis, con su promesa de momentos aún más deliciosos, habían sido casi siempre un fulgor que había cegado los ojos a un súbito y brutal desastre.

Unos diez días después de todo eso, durante la última semana de septiembre, recibí una llamada telefónica de Larry, el hermano de Nathan. Una mañana me quedé sorprendido cuando Morris Fink me dijo que bajase al vestíbulo para ponerme al teléfono porque alguien preguntaba por mí, cosa inusitada. Pero aún me sorprendió más que la persona que quería hablar conmigo fuese un hombre a quien, pese a lo mucho que me habían hablado de él, no conocía personalmente. La voz que me llegó a través del auricular era agradable y afectuosa —parecía la de Nathan, aunque con un acento brooklyniano más marcado—, y no noté nada de particular hasta el momento en que adquirió cierto tono de apremio para preguntarme si podíamos concertar una entrevista lo antes posible. Dijo que prefería no venir a la casa de la señora Zimmerman, por lo que me rogaba que fuera a visitarlo a su casa de Forest Hills. Añadió que no creía necesario decir que el motivo de la reunión que solicitaba era Nathan... y que la consideraba urgente. Sin dudar un instante, dije que tendría mucho gusto en verlo, y acordamos que nos encontraríamos en su casa a última hora de la tarde de aquel mismo día.

Me perdí, casi sin esperanzas de encontrar el buen camino, en el laberinto de túneles del metro que une los distritos de Kings y Queens, no tomé el autobús que debía y finalmente fui a parar a una desolada extensión cercana a la bahía de Jamaica, en Long Island, con lo que llegué una hora más tarde de lo previsto; pero Larry me recibió con enorme cortesía y cordialidad. Me dio la bienvenida a la puerta de un amplio y confortable apartamento situado en un barrio que me pareció bastante distinguido. Podía decirse que no había conocido nunca a nadie que me atrajera de un modo tan real e inmediato. Era algo más bajo y visiblemente más rechoncho que Nathan y, por supuesto, de más edad: se parecía a su hermano de modo impresionante, pero la diferencia entre los dos se percibía enseguida porque todo lo que en Nathan era energía nerviosa, fugacidad y un comportamiento imposible de predecir, en Larry era calma, suavidad de palabra, casi flema, con unas maneras que inspiraban confianza y seguridad y que, aun cuando debían de formar

parte de su fachada de doctor, me hicieron pensar que obedecían también a una indudable fuerza y honradez de carácter. Me tranquilizó en el acto cuando quise disculparme por mi tardanza y me ofreció amablemente una botella de cerveza canadiense Molson's diciendo:

—Sé por Nathan que es usted un buen conocedor de bebidas malteadas —y mientras nos sentábamos en sendos sillones frente a una espaciosa ventana abierta, desde la que se dominaba un encantador complejo de edificios estilo Tudor cubiertos de hiedra, sus palabras me ayudaron a convencerme de que habíamos congeniado enseguida—. No creo necesario decirle que Nathan lo tiene a usted en gran estima —siguió diciendo Larry—, y en parte es por lo que le he pedido que viniera aquí. Me consta que, durante el tiempo relativamente corto que él lo conoce, se ha convertido usted en su mejor amigo. Me ha hablado de su trabajo, de lo buen escritor que considera que es. No encuentra palabras para elogiarlo. Hubo un tiempo, ¿sabe? (supongo que ya se lo habrá dicho), en que él pensó seriamente en ser escritor. Habría sido lo que hubiese querido... si le hubiesen ayudado las circunstancias. De todos modos, estoy seguro de que ha tenido usted ocasión de advertir la acertada sutileza de sus juicios literarios, y creo que le gustará saber que mi hermano no sólo cree que está usted escribiendo una novela estupenda, sino que piensa que el mundo de usted es, bueno..., fantástico.

Asentí con un movimiento de cabeza y dije, con un carraspeo, un par de palabras más bien ambiguas mientras me invadía una ola de satisfacción. ¡Dios mío, con qué avidez absorbí aquellas alabanzas! Lo que no impidió, claro, que siguiese intrigado por el objeto de mi visita. Lo que dije entonces — ahora me doy cuenta de ello— nos llevó a centrar nuestra atención en Nathan con mayor rapidez que si hubiésemos seguido hablando de mi talento y mis virtudes personales:

—Tiene usted razón en lo que dice de Nathan. Es algo muy poco común, ¿sabe?, encontrar a un científico que se interese como él por la literatura y, mucho menos, que posea su enorme comprensión de los valores literarios. Quiero decir que un hombre como él, un biólogo, un investigador de primera categoría al servicio de una enorme compañía como la Pfizer...

Lany me interrumpió suavemente, con una sonrisa que no podía ocultar la pena que había detrás de su plácida expresión:

—Perdóname, Stingo... Creo que puedo tutearte, ¿verdad? Perdóname, pero quiero decirte algo sin rodeos, junto con otras cosas que también debes saber. Nathan no es biólogo, ni investigador. No puede llamársele científico; jamás ha sido graduado en nada. Todo lo que dice al respecto es simple invención. Lo siento, pero más vale que lo sepas.

¡Dios mío! ¿Era mi destino el de ir por la vida como un crédulo y confiado bobalicón, sorprendido a cada paso por la falsedad de las personas de mi mayor aprecio? No bastaban las mentiras que Sophie no había parado de soltarme. Era preciso que Nathan también...

—No comprendo —comencé—, ¿quiere decir que...?

—Quiero decir lo que has oído —volvió a interrumpir Larry sin perder su tono cordial—. Quiero decir que todo eso de la biología es una farsa de mi hermano..., una tapadera, nada más que eso. Bueno, él va a la Pfizer todos los días. Trabaja allí, sí, pero en la biblioteca de la compañía; disfruta de una sinecura que poco le exige y que le permite leer cuanto quiere sin que nadie se preocupe por ello. Ocasionalmente, hace alguna

pequeña investigación, una búsqueda de datos, para alguno de los verdaderos biólogos de la compañía. Su farsa no perjudica a nadie, al menos por ahora. Nadie tiene conocimiento de ella y menos que nadie esa dulce amiguita suya, Sophie...

Nunca me había encontrado tan cerca de perder la palabra.

—Pero cómo... —me esforcé por articular.

—Uno de los principales directivos de la compañía es amigo íntimo de nuestro padre. Nos hizo un gran favor. Comprendió enseguida la situación: cuando Nathan no ha perdido el control de sí mismo, hace a la perfección el poco trabajo que se le exige. Al fin y al cabo, como bien sabes, Nathan da a veces muestras de una brillantez sin límites; incluso se comporta, en alguna ocasión, como un verdadero genio. Sólo sucede que no funciona como es debido, no siempre está en sus cabales. Siempre fue así. No tengo la menor duda de que habría brillado fantásticamente en cualquier cosa que hubiera intentado. Literatura. Biología. Matemáticas. Medicina. Filología. Lo que fuese. Pero su mente siempre falló. — Larry mostró de nuevo su débil y dolorida sonrisa y apretó entre sí las palmas de las manos—. La verdad es ésta: mi hermano está completamente loco.

—Dios mío... —murmuré.

—Paranoico esquizofrénico; al menos así reza el diagnóstico, pero no estoy seguro de que esos especialistas del cerebro sepan realmente con qué tienen que habérselas. Sea lo que sea, se trata de uno de esos casos en que pueden transcurrir semanas, meses, incluso años, sin ninguna manifestación de anormalidad, y entonces, de pronto ¡cataplum!, desaparece la cordura. Lo que ha agravado terriblemente su estado en estos últimos meses son las drogas que ha ido tomando. Es algo de lo que quería hablarte.

—Dios mío... —volví a decir.

Allí sentado, mientras escuchaba las desgracias que Larry me contaba con increíble resignación y ecuanimidad, intenté calmar la agitación de mi cerebro. Me sentía herido por una emoción que casi podía llamarse angustia, y no habría sido mayor mi pena si me hubiese dicho que Nathan se estaba muriendo de una enfermedad física incurable. Agarrándome a los últimos restos sólidos que, a mi modo de ver, quedaban de mi ilusión, tartamudeé:

—¿Cómo es posible? Es tan difícil de creer... Cuando me hablaba de Harvard...

—Nathan jamás estuvo en Harvard. Nunca fue a la universidad. No porque no le sobrara capacidad mental para cualquier clase de estudios superiores, por supuesto. Por su cuenta, lleva leídos más libros de los que yo podré llegar a leer en toda mi vida. Pero cuando una persona está tan enferma como lo ha estado Nathan varias veces, no puede ajustarse a la continuidad necesaria para recibir una educación adecuada. Sus verdaderas escuelas han sido Sheppard Pratt, McLean's, Payne Whitney y otras clínicas por el estilo. Ha estudiado en las escuelas más caras y divertidas que puedas imaginarte.

—Eso es horrible, y tremendamente triste —me oí susurrar—. Yo sabía que Nathan era... —vacilé.

—Quieres decir que sabías que no era una persona perfectamente estable. Que no era normal...

—Sí —contesté—, no hay que ser muy listo para advertirlo. Pero lo que yo no sabía era..., bueno, lo sería que era la cosa.

—Hubo un tiempo (un período de unos dos años cuando se hallaba cerca de los

veinte) en que pareció completamente restablecido. Fue una ilusión, por supuesto. Nuestros padres vivían entonces en Brooklyn Heights; era aproximadamente un año antes de la guerra. Cierta noche, después de una furiosa discusión, Nathan se metió en la cabeza que debía quemar la casa; lo intentó y estuvo a punto de conseguirlo. Tuvimos que recluirlo por un largo período. Fue la primera vez..., y no sería la última.

Cuando Larry mencionó la guerra, me hizo recordar algo que me había intrigado desde que conocí a Nathan, pero que, al no tener ocasión de aclarar, había confinado entre otros interrogantes en el más remoto y polvoriento rincón de mi mente. Por su edad, Nathan tenía que haberse incorporado a su debido tiempo a las fuerzas armadas, pero como nunca me habló por propia iniciativa de su servicio militar, no quise tocar el tema; al fin y al cabo, era asunto suyo. Pero en aquel momento no pude resistir la pregunta:

— ¿Qué hizo Nathan durante la guerra?

— Ay, obtuvo a duras penas la clasificación... Durante uno de sus períodos de lucidez intentó formar parte de las tropas paracaidistas, pero no pasó de los primeros ejercicios. No era apto para servir en ninguna parte. Se quedó en casa, leyendo a Proust y los *Principia* de Newton. Y sin dejar de hacer, de cuando en cuando, sus visitas al sanatorio mental.

Guardé silencio un buen rato, intentando asimilar lo mejor que pude una información que de modo tan concluyente confirmaba mis reparos en cuanto a Nathan, reparos y celos que hasta entonces había conseguido reprimir por completo. Seguí sentado en el mismo sitio, cavilando en silencio, hasta que una hermosa mujer de pelo oscuro y unos treinta años entró en la habitación, se acercó a Larry y, tocándole el hombro, le dijo:

— Salgo un momento, querido.

Me levanté, y Larry me la presentó como su esposa Mimi.

— Encantada de conocerlo — dijo, dándome la mano—. Ojalá pueda ayudarnos ayudando a Nathan. Nos preocupa mucho, ¿sabe? Nos habla de usted tan a menudo que, sin conocerlo personalmente, he llegado a considerarlo como un hermano menor.

Pronuncié unas palabras de cortesía, pero antes de que pudiera añadir cualquier otra cosa, dijo:

— Os dejo solos para que podáis hablar tranquilamente. Espero volver a verte, Stingo.

Era sorprendentemente bonita y agradable, y mientras observaba su partida, sus ondulantes y graciosos movimientos al alejarse sobre la gruesa alfombra de la habitación, percibí por primera vez el sobrio lujo de paredes revestidas de madera, la abundancia de libros y el ambiente acogedor, y se me oprimió el corazón. ¿Por qué, en vez de ser un torpe escritor sin blanca que aún no había publicado nada, no era un atractivo e inteligente urólogo judío bien pagado y con una mujer sexy?

— En realidad, no sé lo que Nathan ha llegado a contarte de sí mismo. O de su familia — siguió Larry, sirviéndome otra cerveza.

— No mucho — dije, momentáneamente sorprendido de que, en efecto, así fuera.

— No quiero fastidiarte con un exceso de detalles. Sólo te diré que nuestro padre hizo..., bueno, algún dinero. Sobre todo, enlatando sopas permitidas como alimento por la religión judía. Cuando llegó aquí procedente de Letonia, no hablaba una sola palabra de inglés, pero al cabo de treinta años su situación económica no era nada despreciable. Pobre

hombre... En este momento se halla en una clínica de reposo..., muy cara, claro. Verás, Stingo, no quiero parecer vulgar. Sólo te hablo de estas cosas para que tengas una idea de la clase de cuidados médicos que la familia ha podido dar a Nathan. Se le han aplicado los mejores tratamientos que existen sin reparar en gastos pero nada ha dado resultado de manera definitiva.

Larry hizo una pausa y dio un profundo suspiro revelador de pesar y melancolía. Luego prosiguió:

—Y así es como estos últimos años ha estado entrando y saliendo de Payne Whitney, Riggs, Menninger y otros lugares parecidos, alternando con esos largos períodos de relativa calma en que se comporta tan normalmente como tú o yo. Cuando le conseguimos ese puesto en la biblioteca de la Pfizer, creíamos que había alcanzado una mejora permanente. Tales mejoras, o curaciones, se producen a veces. En realidad, hay un porcentaje razonablemente alto de curas definitivas. Allí parecía estar satisfecho de su trabajo, y aunque sabíamos que fanfarroneaba ante todo el mundo y que exageraba sin medida la categoría de su cargo, no le dábamos importancia porque con ello no perjudicaba a nadie. Incluso sus grandes farsas sobre la creación de una nueva maravilla médica eran por completo inofensivas. Aparte de esto, su juicio parecía más estable y daba muestras de hallarse camino de..., bueno, la normalidad. O de toda la normalidad que pueda alcanzar un chiflado. Pero ahí tenemos a esa dulce, triste, hermosa y engañada muchacha polaca que no puede vivir sin él. Pobre chica... Nathan me ha dicho que van a casarse... ¿Qué piensas de eso, Stingo?

—No puede casarse con ella. ¿Cómo puede hacerlo, siendo como es? —dije.

—Difícilmente. —Larry se detuvo un momento—. Aunque, por otra parte, ¿quién se atreve a advertirle en tal sentido? Si fuera rematadamente loco, podríamos, y deberíamos, apartarlo para siempre de la sociedad. Sería una lástima, pero eso lo solucionaría todo. La dificultad, que yo considero invencible, reside en esos largos períodos en que parece haber vuelto a la normalidad. ¿Y quién puede decir que una de estas largas mejoras no acabará por convertirse alguna vez en curación completa? Se registran muchos de estos casos. ¿Cómo puede inhabilitarse a un hombre impidiéndole que lleve una vida como los demás sólo por presumirse lo peor, por suponerse que volverá a la demencia total, cuando podría no darse tal caso? Pero supongamos también que se casa con esa linda muchacha y tienen un hijo. Y sigamos suponiendo que él vuelve entonces a enloquecer. ¡Qué injusto sería eso para..., bueno, para todos! —Tras un momento de silencio, me observó con una penetrante mirada y dijo—: Yo no tengo la respuesta. ¿La tienes tú? — Suspiró de nuevo y añadió—: A veces pienso que la vida es una horrible trampa.

Me revolví, nervioso, en mi sillón, de pronto tan tremendamente deprimido que tuve la sensación de que soportaba en mi espalda el peso de todo el universo. ¿Cómo podía decir a Larry que pocos días antes había visto a su hermano, a mi querido amigo, más cerca de la demencia que en cualquier otra ocasión? Durante toda mi vida había oído hablar de la locura, y la había considerado como un trastorno padecido por unos pobres diablos que rabiaban en remotas celdas acolchadas, con los cuales, por fortuna, nada tenía que ver; pero ahora estaba conviviendo con la locura.

—¿Y qué es lo que cree que puedo hacer? —pregunté—. Quiero decir que por qué...

—¿Por qué te he pedido que vinieses aquí? —me interrumpió amablemente—. Ni yo

mismo estoy completamente seguro de saberlo. Creo que te he llamado porque pienso que podrías ayudarlo a dejar las drogas. En este momento son el problema más acuciante que tiene Nathan. Si se mantuviera alejado de la Benzedrine, podría tener una buena oportunidad de enderezarse. Pero es poco lo que yo puedo hacer. Él y yo nos parecemos en muchos aspectos (me guste o no, soy para Nathan una especie de modelo), pero también sé que represento para él un personaje autoritario cuyas advertencias sólo puede recibir con hostilidad. Además, no le veo con suficiente frecuencia como para orientarle como yo quisiera. Pero tú..., tú sí que estás cerca de él, con la ventaja de que te respeta. Sólo me pregunto si sería posible que hallaras el modo de convencerle (quizá sea una palabra demasiado fuerte), de influir en él para que dejara esa porquería que puede llegar a matarle. También (y no te lo pediría si Nathan no se encontrara en una situación tan peligrosa) podrías observarle y tenerme al corriente de su estado por teléfono. Muy a menudo he perdido completamente el contacto con él, y a veces he desesperado de recuperarlo. Me prestarías, pues, un gran servicio si de vez en cuando me informaras de cómo sigue. ¿Crees que hay en todo esto algo irrazonable?

—No —respondí—, por supuesto que no. Me encantará ayudarlo.

Y ayudar a Nathan. Y también a Sophie. Ya sabe el aprecio que les tengo a todos.

Algo me dijo que habíamos llegado al punto final del asunto que me había llevado allí, y me levanté para irme. Mientras daba la mano a Larry, le dije, en un murmullo que sólo pudo parecer, en lo más íntimo de mi conciencia, una expresión de desesperado optimismo:

—Creo que así las cosas irán mejor.

—Así lo espero —contestó Larry, pero la expresión de su rostro, apenada a pesar de sus esfuerzos por sonreír, me hizo ver que su optimismo era tan débil e injustificado como el mío.

Me temo que, poco después de este encuentro, fui culpable de una grave negligencia. La breve conversación que Larry había tenido conmigo no había sido otra cosa que una llamada de socorro por su parte; había recurrido a mí para que vigilara a su hermano e hiciera de enlace entre él —Lany— y el Palacio Rosado, para que le sirviera de centinela y fuese a la vez una especie de benigno perro guardián que pudiera morder suavemente los talones de Nathan para mantenerlo así en vereda. A pesar de su limitado optimismo, Larry contaba con que durante aquella delicada pausa en el período toxicomaniaco de Nathan yo podría calmarle, hacerle conservar la sensatez, y quizá conseguir en él algún cambio favorable y duradero. Al fin y al cabo, ¿no estaban para estos casos los buenos amigos? Pero yo le fallé (expresión no tan en uso entonces como ahora, pero perfectamente descriptiva de mi descuido o, para ser más exactos, de mi abandono). A veces me he preguntado qué habría sucedido si yo hubiese permanecido en escena durante aquellos días cruciales, si habría podido influir sobre Nathan y evitar su último deslizamiento hacia la ruina, y con demasiada frecuencia la contestación a mí mismo ha sido un desolador «sí» o «probablemente». Y, además, ¿no habría debido informar a Sophie, por desagradable que fuese, de lo que me había dicho Larry? Sin embargo, al haberme quedado sin saber a ciencia cierta lo que habría pasado, siempre he tendido a tranquilizarme con la débil

excusa de que Nathan se hallaba al principio de una furiosa, inalterable y predeterminada caída en picado hacia el desastre..., una caída en que el destino de Sophie iba indisolublemente unido al suyo.

Una de las particularidades de aquel momento fue una pequeña ausencia mía, de menos de diez días. Si exceptuamos mi excursión con Sophie a aquella playa, a la Jones Beach, la salida a que ahora me refiero fue mi primer viaje más allá de los confines de Nueva York desde mi llegada a la metrópoli muchos meses antes. Y aun así, el lugar de mis improvisadas vacaciones se hallaba poco más allá de los límites de la ciudad: una pacífica y rústica casa en Rockland County a no más de media hora en coche del puente de George Washington. Todo esto fue el resultado de otra inesperada llamada telefónica, la de un antiguo amigo mío de la infantería de Marina que tenía el nombre —realmente poco excepcional— de Jack Brown, el abolicionista que en 1859 promovió un levantamiento de esclavos en Virginia. La llamada fue para mí una sorpresa total, y cuando pregunté a Jack cómo diantre me había seguido la pista, me dijo que le fue muy fácil encontrarme: telefoneó a Virginia y obtuvo de mi padre mi número de teléfono en Brooklyn. Me encantó oír de nuevo su voz: su cadencia sureña, tan rica y amplia como los fangosos ríos que cruzan las tierras bajas de Carolina del Sur donde nació mi amigo, cosquilleó en mi oído como una querida música de banjo no oída desde mucho tiempo atrás. Pregunté a Jack cómo le iban las cosas.

—Estupendo, chico, estupendo —contestó—, viviendo aquí arriba entre los yanquis. ¿Te gustaría venir a pasar unos días conmigo?

Yo adoraba a Jack. Hay amigos que se hacen en plena juventud, con una espontaneidad y una alegría de corazón que garantizan hacia ellos una fidelidad y un cariño eternos que, misteriosamente, no se encuentran en las amistades venideras por verdaderas que parezcan; Jack era uno de esos amigos. Era de espíritu brillante, compasivo, muy bien leído, con un notable don por la inventiva cómica y un maravilloso olfato por los impostores y los fanfarrones. Su ingenio, que era a menudo mordaz y se basaba muchas veces en un uso sutil de la retórica judicial (sin duda derivada en parte de la profesión de su padre, que era un distinguido juez), no paró de hacerme reír durante los agotadores días que pasamos en Duke, donde la infantería de Marina, empeñada en transformarnos de bisoños en guerreros de primera clase, intentó embucharnos en menos de un año la educación de dos, creando así una generación de graduados a medio cocer. Jack me superaba algo en edad: unos nueve meses que resultaron críticos, pues hicieron que fuera cronológicamente programado para entrar en combate, mientras que yo tuve la suerte de escapar con el pellejo intacto. Las cartas que me escribió desde el Pacífico —después de que las exigencias militares nos hubieran separado y él se estuviera preparando para el asalto a Iwo Jima en tanto que yo aún estudiaba tácticas de pelotón en los cenagales de Carolina del Norte eran admirables y largos documentos altamente satíricos y llenos de una hilaridad furiosa aunque resignada, unos escritos que yo consideré siempre de su exclusiva propiedad hasta que más tarde los vi resucitar milagrosamente en *Trampa 22*, la famosa novela de Josep Heller sobre la Segunda Guerra Mundial. Aun cuando fue horriblemente herido —entre otras cosas, perdió una pierna en Iwo Jima—, siguió conservando su buen humor, que yo sólo habría podido describir como exaltada alegría, manifiesto en las cartas que me escribió desde su cama del hospital,

burbujeantes con una mezcla de *joie de vivre* y una causticidad propia de un Jonathan Swift. Estoy seguro de que sólo su poderoso estoicismo evitó la caída en una desesperación suicida. Su pierna artificial no pareció perturbarlo nunca lo más mínimo. Según decía, le daba una cojera más bien seductora, como la de Herbert Marshall.

Señalo todo esto sólo para dar una idea del notable encanto personal de Jack, y para poder justificar por qué acepté casi en el acto su invitación a costa de desatender mis obligaciones respecto a Nathan y Sophie. En Duke, Jack quiso convertirse en escultor, y después de sus estudios de posguerra en la Asociación de Estudiantes de Arte, se había trasladado a las tranquilas colinas situadas detrás de Nyack para dedicarse allí a moldear enormes objetos de hierro fundido y chapa metálica, ayudado por lo que podía llamarse — me confió sin la menor reticencia— una estupenda dote, pues la muchacha con quien se había casado era hija de uno de los más importantes industriales algodonereros de Carolina del Sur. Cuando, en el primer momento, vacilé en aceptar su ofrecimiento objetando que mi novela —que entonces llevaba muy buena marcha— podía resultar perjudicada con aquella brusca interrupción, puso fin a mis preocupaciones insistiendo en que su casa tenía una pequeña ala donde podría trabajar completamente aislado.

—Además —añadió—, la hermana de Dolores, mi esposa, está pasando una temporada con nosotros. Se llama Mary Alice. Tiene unos estupendos veintiún años y, créeme, amigo mío, es tan bonita que parece sacada de un cuadro. De una pintura de Renoir, diría yo. También es muy ansiosa.

No se me escapó en absoluto la palabra «ansiosa». Le di todo su valor, aun cuando podría creerse fácilmente —dada mi patética esperanza perennemente renovada de lograr una plena satisfacción sexual, como consta ya en esta crónica— que yo ya no necesitaba nuevas incitaciones.

Mary Alice. Dios mío, Mary Alice... Pasaré a hablar de ella casi inmediatamente. La chica es importante para esta narración por el perverso efecto psíquico que ejerció en mí, un efecto que, por una vez, y a pesar de su compasiva brevedad, colorearía malignamente los últimos momentos de mi relación con Sophie.

En cuanto a Sophie y a Nathan, debo mencionar brevemente la pequeña fiesta que celebramos en el Maple Court la noche de mi partida. Tendría que haber sido un acontecimiento alegre —y para un observador ajeno a nuestro grupo pudo haberlo parecido—, pero hubo en ella dos cosas que me llenaron de inquietud y malos presagios. La primera fue la propensión de Sophie a la bebida. Durante los pocos días transcurridos desde el regreso de Nathan, Sophie se había abstenido, como pude observar, de sus whiskis, quizá sólo porque temía la imprevisible reacción de Nathan; en los «viejos tiempos», raramente había visto tomar a los dos más alcohol que su acostumbrada botella de Chablis. Pero ahora Sophie había vuelto a los excesos libatorios con que me sorprendió durante la ausencia de Nathan, echándose al gatzate trago tras trago de Schenley's aunque, como de costumbre, no acusara perturbación alguna, aparte de cierta torpeza al hablar. Yo no tenía idea del porqué de aquel retorno a las andadas. No dije nada, por supuesto, pues Nathan era ostensiblemente el dueño de la situación, pero me preocupó mucho que Sophie estuviera dando pruebas de recaer tan rápidamente en lo que podía llamarse un vicio; pero lo que más me desconcertó fue que Nathan no pareciera darse cuenta de lo que sucedía, o que, si lo había advertido, no tomara las medidas de

precaución requeridas por aquella desmedida manera de beber, potencialmente tan peligrosa. La segunda cosa de mal agüero vino poco después.

Aquella noche Nathan exhibió todo el encanto de su locuacidad y pidió para mí jarras y más jarras de cerveza hasta que empecé a sentirme achispado y a punto de hallarme en las nubes. Nos cautivó, a mí y a Sophie, con una serie de animadas y jocosas escenas teatrales marcadamente judías que había sacado de algún sitio y que nos ofreció en aquella ocasión con su genial estilo. Consideré que se hallaba en uno de los mejores momentos, en cuanto a normalidad física y mental, que había podido observarle desde los primeros días de nuestra amistad, meses antes de que pusiera cerco a mi conciencia y a mi corazón; me sentí realmente estremecido de placer en presencia de aquel ser humano tan divertido y animadamente atractivo. Pero cuando acabábamos de levantarnos para regresar al Palacio Rosado, su tono se volvió serio y, mirándome desde aquella oscura región de la pupila del ojo donde yo sabía que acechaba la demencia, dijo:

—Hay una cosa que no he querido confiarte hasta ahora, para que tengas algo en que pensar mañana cuando te halles camino del campo. Cuando vuelvas, podremos celebrar una cosa realmente increíble. Es esto: mí equipo de investigación está a punto de anunciar una vacuna contra la po-lio-mie-li-tis —dijo haciendo una pausa para deletrear esa palabra que con tanto miedo se pronunciaba en aquellos tiempos.

¡Dios mío! Era el fin de la parálisis infantil. Se habían terminado las colectas públicas para combatirla. Nathan Landau acababa de convertirse en uno de los máximos benefactores de la humanidad. Las lágrimas acudieron a mis ojos. Iba a decir algo, pero de pronto recordé lo que Larry me había contado sobre su hermano y me quedé mudo, y así anduve en la oscuridad hasta llegar a la casa de la señora Zimmerman, mientras escuchaba la insensata y alambicada prédica de Nathan sobre cultivos de tejidos y células, y me detenía una vez para exorcizar el hipo de Sophie dándole una súbita palmada en la espalda, aunque seguí sin ánimos para hablar. No me lo permitía mi corazón, rebosante de piedad y de terror...

Me gustaría poder decir, aun después de tantos años, que mi estancia en Rockland County fue para mí un período relajante que me compensó de las preocupaciones sobre Nathan y Sophie; una semana o diez días de intenso y productivo trabajo amenizado con la alegre fornicación que las indirectas de Jack Brown me habían permitido imaginar. Tales actividades habrían constituido una merecida recompensa por la ansiedad que había sufrido y que, con evidente desamparo del cielo, volvería a padecer pronto en una medida que jamás hubiera creído soportable. Pero lo cierto es que recuerdo aquella visita, o la mayor parte de ella, como un fracaso cuyas pruebas irrefutables dejé registradas en la misma libi'eta en que antes había anotado mi aventura con Leslie Lapidus. Lógicamente, aquellas vacaciones campestres habrían tenido que ser el apacible y agradable acontecimiento que tan ardientemente ansiaba. Al fin y al cabo, no faltaba ninguno de los ingredientes esenciales: un atractivo, soleado y enorme caserón de estilo colonial holandés en medio del bosque, un encantador y joven anfitrión con su bella y simpática esposa, una cama, comodísima, abundancia de platos sureños, más cerveza, vino y licores de los que pudiera desear... y la sublime esperanza de la —por fin— consumación sexual en brazos de Mary Alice Grimball, la muchacha de radiante y perfecto rostro triangular con graciosos hoyuelos, de atractivos y húmedos labios casi siempre «ansiosamente»

separados, de abundante cabellera color de miel, con un diploma de inglés del Converse College, y el más imponente y apetecible trasero que se hubiera visto de Spartanburg para arriba.

¿Podía haber más incitantes y prometedoras perspectivas? Ya me veía, pues, escribiendo provechosamente todo el día, sin otra conciencia del exterior que el agradable tintineo de las herramientas de mi amigo escultor y el olor de sabrosas frituras procedente de la cocina, notando cómo mi obra cobraba mayor fuerza y más abundancia de exquisitos matices con el conocimiento, agradablemente asomado al borde de mi mente, de que el anochecer me traería un cordial relajamiento, buena comida, una murmurante conversación llena de nostalgias sureñas..., todo ello animado por la fragante y seductora presencia de dos jóvenes mujeres, a una de las cuales, en la oscuridad de la cercana noche, haría suspirar, gemir y chillar de deleite entre las calientes y enredadas sábanas, entregados ambos al enredo aún más caliente del amor. Y, sí, tuve ocasión de comprobar que mi fantasía no había sido mal forjada, al menos en sus aspectos domésticos. Trabajé mucho durante aquellos días con Jack Brown, su mujer y Mary Alice. Los cuatro nadamos a menudo en la piscina rodeada de frondosos árboles (con una temperatura que se mantuvo todavía benigna), nuestros encuentros a la hora de las comidas fueron alegres y cordiales, y nuestras conversaciones estuvieron llenas de ricas reminiscencias. Pero también hubo sufrimiento: Mary Alice me expuso reiterada y literalmente a un excéntrico hábito sexual que yo nunca había soñado que existiera y que jamás experimenté hasta entonces. Porque Mary Alice era, según la describí ceñuda y comparativamente en mis notas escritas con los mismos frenéticos garabatos con que había registrado mi desastrosa aventura de meses atrás...

... algo peor que una calentapolla: una artista de la excitación por vía manual. Me hallo aquí sentado, en las horas que preceden al amanecer, escuchando los grillos y meditando sobre el arte de Mary Alice en la tercera mañana consecutiva, todavía sorprendido de la calamidad que me ha caído encima. Me he vuelto a observar en el espejo del cuarto de baño y no he visto nada incorrecto en mi fisonomía; sí, he de reconocer, aunque con modestia, que no hay nada desdeñable: mi poderosa nariz y mis inteligentes ojos castaños, una tez de color sano, una excelente estructura ósea (no tan fina, a Dios gracias, como para parecer «aristocrática», pero con suficientes angulosidades como para desechar la sospecha de un aspecto plebeyo), y una boca y un mentón más bien graciosos, todo ello en una cara que, sin exagerar, corresponde a la de un hombre guapo, aunque se halla muy lejos de la belleza estereotipada de ese tipo que sale en los anuncios del famoso Vitalis. Por lo tanto, mi aspecto no puede repelerle. Mary Alice es una chica sensible, literariamente ilustrada, es decir, muy leída en cuanto a uno o dos libros que a mí también me interesan, tiene un decente sentido del humor (no se ríe a carcajadas: sonrío, y posee algo de la agudeza de Jack Brown), parece relativamente avanzada y «liberada» en cuestiones «mundanas» para una muchacha de su crianza, que es intensamente sureña. Aunque atávicamente, parece mencionar la iglesia con demasiada frecuencia. Ni ella ni yo hemos cometido el despropósito de hacerle ascos al amor, y es bien visible que la sexualidad no la deja indiferente. Sin embargo, en este aspecto es la imagen contraria de Leslie, pues a

pesar de la pasión (creo que en parte fingida) que muestra en nuestros ardientes abrazos no puede ser más mojigata (como la mayoría de las muchachas sureñas) respecto al lenguaje. Cuando, por ejemplo, hallándonos en una de nuestras primeras sesiones «eróticas» nocturnas, estaba tan embaldado que me permití una suave observación sobre el maravilloso culo que yo le suponía y en mi excitación intenté posar una mano sobre él, se apartó con un salvaje susurro («¡Detesto esa palabra! — dijo—. ¿No puedes decir “posaderas”?»), lo que me hizo ver que cualquier nueva indecencia de aquel calibre podía serme fatal.

Sus redondos y pequeños pechos me recuerdan dos macizos meloncetes de Cantalupo, pero nada en ella tiene la perfección de su culo, que, quizás exceptuando el de Sophie, es el más perfecto modelo de trasero que haya visto jamás: dos globos lunares de tan despiadada simetría que incluso envueltos en las faldas de franela que lleva a veces, me hacen sentir una punzada de dolor en las gónadas sólo comparable a los efectos de una coza animal. Habilidad osculatoria: regular; es una novata comparada con Leslie, cuyo trabajo lingual me dejó marcado para siempre. Pero aunque Mary Alice, como Leslie, no me permite poner ni un dedo en ninguno de los más interesantes rincones o hendiduras de su tan deseable cuerpo, ¿cómo es posible que me halle desconcertadamente derrotado por el extraño hecho de que la única cosa que hace —sin el menor asomo de placer y más bien chapucemente— es manipularme hora tras hora sin parar, hasta dejarme como un sarmiento sin jugo y sin vida, agotado y hasta humillado por su estúpido empeño? Al principio, la cosa me resultó bestialmente deliciosa: casi la primera experiencia de esta clase en mi vida, el contacto de aquella manita baptista con mi verga prodigiosamente erecta... Capitulé inmediatamente, quedando los dos empapados, a lo que, con gran sorpresa por mi parte (dados sus escrúpulos), no dio la menor importancia; se limitó a limpiarse indiferentemente con el pañuelo que le ofrecí. Pero después de tres noches y nueve orgasmos (tres cada noche, metódicamente contados), llegué muy cerca de la insensibilización; empecé a darme cuenta de que había algo demencial en aquella actividad. En cierto momento, mi muda insinuación (un suave empujón hacia abajo dado a su cabeza con mi mano) de que realizara conmigo lo que los latinos llaman *fellatio* fue recibida con tan bruscas muestras de repugnancia —como si la obligaran a comerse una porción de carne cruda de canguro—, que abandoné para siempre aquella pretensión.

Nuestras noches transcurren, pues, en un sudoroso silencio. Sus dulces y jóvenes pechos permanecen firmemente aprisionados, rígidos dentro de su férreo sostén Maidenform, detrás de una casta blusa de algodón. Vedado el acceso al ansiado tesoro que guarda entre los muslos: está mejor guardado que el oro de Fort Knox. Pero a cada hora asoma de nuevo mi rígido falo, y Mary Alice lo trata con estoica indiferencia para hacerme jadear y gritar necedades como: «¡Oh, qué bueno que es esto, Mary Alice!», mientras percibo la fugaz imagen de un bello rostro totalmente despreocupado que no se altera ni cuando llego a un clímax compuesto de lujuria y desesperación por partes iguales. Acaba de amanecer y las colinas de Ramapo están llenas de niebla y gorjeo de pájaros. Mi pobre miembro está lacio y moribundo como un gusano despellejado. Me pregunto por qué he necesitado esa

serie de noches para percatarme de que mi desespero proviene, por lo menos parcialmente, de la patética certeza de que el acto que Mary Alice practica en mí con tanta sangre fría es algo que yo mismo podría hacerme, sin duda con más cariño.

Fue hacia el final de mi estancia en casa de Jack Brown —cierta mañana gris y lluviosa que trajo el primer soplo frío del otoño— cuando hice la siguiente anotación en mi cuaderno. La irregular e insegura letra con que la escribí (que, por supuesto, me es imposible reproducir aquí), es testimonio de mi trastorno emocional.

Una noche sin pegar ojo, o casi. No puedo culpar a Jack Brown, a quien tanto aprecio, ni de mi frustración ni del concepto equivocado que tiene de su «ansiosa» cuñada. No es culpa suya el hecho de que Mary Alice me atormente de ese modo. El pobre cree que Mary Alice y yo nos hemos pasado una semana copulando como gatos en un tejado; lo digo por ciertas indirectas tuyas (acompañadas de significativos codazos) que indican claramente su convencimiento de que he disfrutado a más no poder con la bella hermana de su esposa. Mi cobardía no me permite desengañarle. Anoche, después de una estupenda cena que incluía el mejor jamón de Virginia que jamás hubiera probado, fuimos los cuatro a ver una estúpida película en Nyack. Luego, poco después de medianoche, Jack y Dolores se retiraron a su dormitorio, y Mary Alice y yo nos acomodamos en nuestro nido de amor — la encristalada solana de la planta baja— para reanudar nuestro maldito ritual. Empiezo bebiendo unos buenos tragos de cerveza, para darme ánimos. Y comienza el besuqueo, muy agradable al principio. Al cabo de varios minutos de este juego preliminar, se inicia un repetitivo programa que ha llegado a convertirse para mí en una asquerosidad casi insoportable. Ya no es necesario que yo dé el primer paso; Mary Alice busca a tientas con la manita a punto de practicar su lánguida operación en mi no menos desmayado órgano. Sin embargo, esta vez la detengo antes de comenzar, decidido a poner las cartas boca arriba, tal como he proyectado durante todo el día.

—Mary Alice —digo—, ¿por qué no nos sinceramos de una vez? Por lo que sea, no hemos hablado del problema en que esto se ha convertido. Me gustas mucho pero, francamente, no puedo soportar más este juego tan frustrante. ¿Es por miedo de...? —No me atrevo a ser demasiado explícito, pensando en lo sensible que es respecto al lenguaje—. ¿Es por miedo de...? Ya te figuras a qué me refiero, ¿verdad? Si es eso, sólo quiero decirte que cuento con los medios y procedimientos necesarios para prevenir cualquier... accidente. Te prometo que tendré mucho cuidado.

Después de un silencio, apoya sobre mi hombro la cabeza, con su hermosa y abundante cabellera que huele enloquecedoramente a gardenia, suspira y luego dice.

—No es eso, Stingo.

Otro silencio.

—Entonces, ¿qué es? —pregunto—. ¿Te das cuenta de que aparte de besarte, no te he tocado literalmente... nada? No me parece bien, Mary Alice. En realidad, hay algo muy perverso en lo que estás haciendo.

Otra pausa, y la muchacha dice:

—Ay, Stingo, no sé... Me gustas mucho, pero no estamos enamorados, ¿sabes? La

sexualidad y el amor son inseparables. No pienso negar nada al hombre a quien ame de verdad. Fue tan grande el escarmiento que recibí una vez...

Yo le respondo:

—¿Escarmiento? ¿Qué quieres decir? ¿Estuviste enamorada de alguien?

Ella contesta:

—Sí, y yo creía que él también me amaba. Pero me escarmentó de tal modo... No quiero que vuelvan a escarmentarme.

Y al explicarse, al contarme las peripecias de su lamentable amor, surge una tremenda historia que parece un cuento sacado de la revista *Cosmopolitan*, y que es al mismo tiempo una ilustración de la moralidad de los años cuarenta y de la psicopatología que le han permitido atormentarme tal como queda aquí registrado. Tuvo un novio, un tal Walter, según me dice, un aviador naval que la cortejó por espacio, de cuatro meses. Durante todo ese tiempo, que precedía a su compromiso de matrimonio (me aclara con un perifrástico lenguaje completamente apto para menores), no tuvieron relaciones sexuales propiamente dichas, aunque a instancias de él aprendió, y practicó, presumiblemente con la misma falta de ardor y de ritmo con que me ha tratado a mí, el arte de la excitación («aprendí a estimularlo», según ella), entregándose a este pasatiempo noche tras noche para «relajarlo» un poco (usa realmente esta odiosa palabra), sin duda para proteger la aterciopelada caja fuerte en que él se moría por entrar. ¡Cuatro meses! ¡No me atrevo a pensar cómo quedarían los azules pantalones de Walter!) Hasta que el desdichado aviador le declaró formalmente sus intenciones y le compró un anillo, momento a partir del cual (sigue contándome Mary Alice con insípida inocencia) le permitió el usufructo de su deseado tarro de miel... porque, según la religión baptista en que ella había sido educada, sólo podía esperarse que cayeran las peores calamidades sobre quienes se entregaran al ayuntamiento carnal sin contar por lo menos con la perspectiva del matrimonio. De hecho, según sigue diciendo, comprende que lo que ha estado haciendo conmigo hasta este momento es una perversión. Entonces Mary Alice hace una pausa y, rectificando hasta cierto punto su actitud anterior, me suelta algo que hace rechinar mis dientes de furor:

—No es que no te desee, ¿sabes, Stingo? Tengo fuertes deseos de... Walter me enseñó a hacer el amor...

Y mientras continúa hablando, extendiéndose sobre banalidades como «la consideración», «la ternura», «la fidelidad», «la comprensión», «la simpatía» y otras beatas zarandajas experimento un inusitado e irresistible deseo de cometer una violación. Bueno..., concluyamos la historia de Mary Alice: Walter la dejó poco antes del día de la boda, lo que constituyó «el mayor golpe de su vida».

—Por eso estoy tan terriblemente escarmentada, Stingo —añade—, y lo único que quiero es no volver a tener un escarmiento como aquél.

Guardo unos momentos de silencio.

—Lo siento —digo—. Es una historia muy triste. Son cosas que, me imagino, suceden a más de una chica. Y además creo saber por qué Walter te abandonó. Escúchame bien, Mary Alice, ¿crees de verdad que dos jóvenes sanos que se sientan atraídos el uno hacia el otro tienen que pasar por la mascarada del matrimonio para poder joder a gusto? ¿De veras lo crees así?

Noto su súbita rigidez y oigo su ahogada exclamación ante el horroroso verbo; se

aparta de mí, y su afectado disgusto aún me pone más furioso. Queda pasmada (y ahora justificadamente, lo reconozco) al ver cómo se desata mi cólera y cómo también me aparto; me levanto temblando de rabia, perdido por completo el control de mí mismo, y observo que sus labios, manchados con la pegajosidad de nuestro besuqueo, forman un pequeño óvalo de terror.

—¡Walter no te enseñó a hacer el amor ni nada parecido! ¡Estás mintiendo como una estúpida tonta! —vocifero—. ¡Apuesto a que no lo has hecho en tu vida! ¡Walter sólo te enseñó a excitar a los desgraciados que quieran cruzar la barrera de tus bragas! Te hace falta algo, ¿sabes?, para ayudarte a menear con alegría ese hermoso culo que tienes: un pene en ese coño que te empeñas en mantener cerrado a cal y canto. Oh, me cago en la... — Me detengo ahogando un grito, sofocado por la vergüenza de haber cedido a tal arrebató, pero a punto también de carcajearme como un chiflado, pues Mary Alice se ha metido los dedos en las orejas como una chiquilla mientras las lágrimas le corren mejillas abajo. Lanzo un eructo producido por la cerveza. Estoy repulsivo. Sin embargo, no puedo abstenerme de gritarle—: ¡Vosotras, las calientapollas, habéis convertido a millones de bravos mozos, muchos de los cuales murieron por vuestros preciosos culos en los campos de batalla de todo el mundo, en una generación de delirantes traumatizados sexuales!

Salgo entonces de la solana como un huracán y subo a acostarme pateando los peldaños de la escalera. Y tras varias horas de insomnio total, me adormezco y sueño algo que, por sus evidentes motivaciones freudianas, me resistiría a poner en una novela, pero que, Querido Diario, no puedo por menos de decirte: *¡mi primer sueño homosexual!*

En cierto momento de aquella mañana, no mucho después de terminar la anotación en mi diario del episodio transcrito y de escribir algunas cartas, me hallaba aún sentado ante la mesa en que había trabajado aquellos días, pensando, de pésimo humor, en la sorprendente aparición homoerótica que había cruzado mi mente como un negro y espeso nubarrón (amargando mi corazón y haciéndome temer por mi equilibrio anímico), cuando oí en las escaleras las pisadas renqueantes de Jack Brown, seguidas de su voz que me llamaba. No respondí enseguida, pues no debí de reaccionar inmediatamente a sus llamadas, sumido como estaba en mi profundo miedo de haberme vuelto un ciudadano de la acera de enfrente. La relación entre el rechazo de que me había hecho objeto Mary Alice y la súbita sospecha de mi desviación sexual parecía demasiado acomodaticia, pero era una posibilidad que no podía excluir por completo.

Había leído bastante sobre problemas sexuales cuando estudiaba psicología en aquel santuario que era la Universidad Duke, lo cual me permitió llegar a algunas conclusiones definitivas: que los primates machos en cautividad, por ejemplo, cuando se veían privados de la compañía de hembras intentaban practicar la sodomía entre ellos, a menudo con gran éxito; y que eran muchos los prisioneros que, después de largos períodos de encarcelamiento, se mostraban tan propensos a las actividades homosexuales que confirmaban con su actitud lo que parecía ser una norma. Y también que los hombres que permanecían muchos meses en el mar se las arreglaban para pasarlo bien los unos con los otros; y cuando estuve en la infantería de Marina, quedé intrigado al enterarme del antiguo origen de la expresión *pogey bait*, que en la jerga de los marinos significaba algo así

como «recluta guapo o afeminado» y que se usaba como equivalente de «caramelo», sinonimia sin duda alusiva a los favores obtenidos —o sólo deseados— de los bisoños de tersas mejillas y delicado trasero por los marinos de más edad. «Bueno —acabé por pensar—, si me he convertido en un marica sin saberlo, ¿qué le vamos a hacer?» Al fin y al cabo, no faltaban circunstancias que me predisponían a que así fuera, pues aunque no había estado literalmente confinado o enjaulado, era como si, considerando mis esfuerzos fallidos de toda una vida para lograr unas sanas y completas relaciones heterosexuales, hubiera estado en presidio desde tiempo inmemorial o navegando toda una eternidad en un bergantín. ¿No era posible que alguna válvula psíquica de mi interior, análoga a cualquier otro dispositivo semejante destinado a controlar la libido de un convicto de veintidós años o de un simio suspirante de amor, hubiese reventado por un exceso de presión, haciéndome diferente sin la menor culpa por mi parte, convirtiéndome en víctima inocente de las fuerzas naturales de la selección biológica, pero dejándome, a pesar de todo, transformado en perverso?

Estaba considerando sombríamente esta posibilidad cuando el alboroto que produjo Jack ante mi puerta me hizo levantar de golpe.

—¡Vamos, levántate, chaval, te llaman por teléfono! —gritó.

Mientras bajaba la escalera, pensé que la llamada sólo podía proceder del Palacio Rosado, donde había dejado el número de Jack, y tuve un mal presentimiento que se intensificó enormemente cuando oí la voz familiar, y excitada, de Morris Fink.

—Tienes que venir aquí enseguida —dijo—. Se ha desencadenado la peor de las trifulcas.

Mi corazón vaciló; luego empezó a latir alocadamente.

—¿Qué ha pasado? —susurré.

—Nathan ha vuelto a descarrilar. Esta vez de muy mala manera. ¡Maldito cabrón!

—¿Y Sophie? —dije—, ¿Cómo está Sophie?

—Muy bien. El muy bestia volvió a pegarle, pero está bien. Dijo que iba a matarla. Ella salió corriendo de la casa y ahora no sé dónde está. Pero me ha pedido que te llame. Será mejor que vengas.

—¿Y Nathan? —pregunté.

—También se ha ido, pero dijo que volvería. ¡Loco bastardo! ¿Crees que debo llamar a la policía?

—No, no —respondí enseguida—. ¡No llames a la policía, por el amor de Dios! —Tras una pausa, añadí—: Voy para allá. Intenta encontrar a Sophie.

Después de colgar el teléfono, el estupor me inmovilizó por un par de minutos. Luego bajó Jack, y tomé en su compañía una taza de café procurando calmar mi agitación. Le había hablado de Sophie y Nathan y de su *folie à deux*, pero sólo a grandes rasgos. Me vi entonces obligado a explicarle algunos de los más penosos detalles. Me sugirió inmediatamente lo que a mí, por alguna estúpida razón, no se me había ocurrido:

—Debes llamar a su hermano —insistió.

—Claro que sí —dije.

Me lancé de nuevo hacia el teléfono, sólo para encontrarme con uno de esos obstáculos que las más de las veces parecen interponerse en el camino de las personas en los momentos más críticos. Una secretaria me dijo que Larry se hallaba en Toronto, para

tomar parte en una convención profesional. Su esposa lo acompañaba. En aquellos tiempos antediluvianos, anteriores a la generalización de los viajes en reactor, Toronto estaba tan lejos como Tokio, y al pensarlo lancé un gemido de desesperación. Acababa de colgar cuando volvió a sonar el teléfono. Era de nuevo el fiel y resuelto Fink, cuyas troglodíticas maneras bendecía ahora a pesar de haberlas criticado con frecuencia.

—Acabo de tener noticias de Sophie —dijo.

—¿Dónde está? —grité.

—Ha estado en el consultorio de ese doctor polaco para el que trabaja. Pero ahora ya no está allí. Ha ido al hospital para que le hagan una radiografía del brazo. Dijo que Nathan, el muy cabrón, no se lo rompió de milagro. Pero quiere que bajes lo antes posible. No se moverá del consultorio del doctor hasta que tú llegues.

Y allá me dirigí.

Para muchos de los seres que se hallan en los últimos y críticos momentos de la adolescencia, los veintidós años son los más llenos de ansiedad. Me doy cuenta ahora de lo intensamente descontento que estaba, de lo rebelde que era y de lo atribulado que me sentía, pero también recuerdo que mis más serios trastornos emocionales acababan por aplacarse en un seguro remanso: la novela que estaba escribiendo era para mí un instrumento catártico mediante el cual podía descargar sobre el papel la mayor parte de mis miserias y contrariedades. Y aún era más que eso; era el vehículo de mi autorrealización. Por eso quería a mi libro como uno quiere a las células y tejidos de su propio cuerpo. Aun así, era muy vulnerable; a veces aparecían fisuras en la armadura en que me había envuelto, y entonces me asaltaba la angustia kierkegaardiana. La tarde en que salí precipitadamente de la casa de Jack Brown para reunirme con Sophie fue uno de esos momentos: una pmeba de difícil cumplimiento, con una terrible sensación de incompetencia y autodesprecio. En el tambaleante autobús que me condujo a Manhattan a través de Nueva Jersey, permanecí inmovilizado por el agotamiento de aquellos días y por el indescriptible pánico que sentía ante el futuro inmediato. Además, aún me duraba la resaca, lo que no hacía sino aumentar mi nerviosismo y aprensión ante la perspectiva de tener que mediar entre Sophie y Nathan. Mi fracaso con Mary Alice (ni siquiera me despedí de ella) había consumido la poca virilidad que me quedaba, lo cual contribuía a afirmar mi sospecha —infundada, por supuesto— de que durante aquellas vacaciones había derivado hacia propensiones homosexuales. Cuando me hallaba cerca de Fort Lee, capté un reflejo de mi ceniciento y desdichado rostro sobre el panorama de gasolineras y estacionamientos que me ofrecía la ventana del autobús. Cerré los ojos tratando de calibrar hasta dónde puede llegar a veces el horror de la existencia.

Eran casi las cinco de la tarde cuando entré en el consultorio del doctor Blackstock, situado en la parte céntrica de Brooklyn. Ya no debía de ser hora de visita porque la sala de espera estaba vacía, exceptuando una delgada solterona que alternaba *con* Sophie el puesto de secretaria-recepcionista; me dijo que ésta, que no se había marchado hasta el mediodía, aún no había vuelto de hacerse la radiografía, pero que llegaría de un momento a otro. Me invitó a sentarme, y yo respondí que prefería esperarla de pie, o andando nerviosamente de un extremo a otro de la habitación, que fue como me encontré sin proponérmelo. Era una estancia pintada —ahogada, hubiera sido más exacto— del más espantoso tono de púrpura fuerte que hubiera visto nunca. No pude comprender cómo Sophie había podido

trabajar tanto tiempo envuelta en los reflejos de un color tan horrible. Aquellas paredes y aquel techo estaban cubiertos del mismo mortecino magenta —según supuse basándome en lo que me había contado Sophie— que adornaba el hogar de Blackstock en Saint Albans. Me imaginé que aquella atrocidad decorativa era también obra de la difunta Sylvia, cuya fotografía, adornada con colgaduras negras, como la de un santo, sonreía desde una de las paredes con una especie de abrumadora benignidad. Otras fotografías, pegadas o colocadas por doquier, atestiguaban la familiaridad con que Blackstock trataba a los semidioses y semidiosas de la cultura popular en una ostentosa exhibición de afectuosa camaradería: Blackstock con un Eddie Cantor de ojos saltones, Blackstock con Grover Whalen, con Sherman Billingsley y Sylvia en el Stork Club, con el mayor Bowes, con Walter Winchell, e incluso con las hermanas Andrews, las tres aves canoras con un abundante pelo que rodeaba la cara del doctor como grandes y sonrientes ramilletes; Blackstock aparecía con el pecho hinchado de orgullo sobre las dedicatorias escritas con tinta: *A Hymie, con todo el cariño de Patty, Maxine y LaVerne*. En el enfermizo y nervioso estado en que me encontraba, las fotografías del alegre quiropráctico y sus amigos me sumieron en la más profunda depresión, y rogué para que Sophie llegara pronto y aliviara con su presencia mi impaciente inquietud. En aquel momento cruzó la puerta.

Mi pobre Sophie... Tenía los ojos hundidos y el pelo desgreñado, no podía parecer más agotada, y la piel de su cara tenía el pálido color blanco azulado de la leche desnatada..., pero sobre todo parecía haber envejecido; cualquiera la habría tomado por una madura señora de cuarenta años. La rodeé suavemente con mis brazos y nada nos dijimos por unos momentos. No lloró. Luego le pregunté:

—Y tu brazo, ¿qué tal?

—No está roto —respondió—. Sólo una fuerte magulladura.

—Menos mal —dije, y añadí—: ¿Y él, dónde está?

—No lo sé —murmuró, meneando la cabeza—. No lo sé en absoluto.

—Hemos de hacer algo —dije—, hemos de vigilarlo para que no pueda hacerte daño.

—Hice una pausa al darme cuenta de la futilidad de mis palabras... y al sentirme atrozmente culpable—. Debí haber estado aquí —dije con un suspiro—. Aún no sé por qué me marché. Si me hubiese quedado, habría podido...

Sophie me interrumpió para decir:

—¿Quieres callarte, Stingo? No es justo que pienses de ese modo. Vayamos a beber algo.

Cuando estuvimos sentados en sendos taburetes en el falso bar marroquí de un horroroso restaurante chino lleno de espejos de Fulton Street, Sophie me contó lo que había sucedido durante mi ausencia. Primero todo fue alegría y felicidad. Nunca había conocido a Nathan tan sereno y de tan buen humor. Sólo pensando en nuestro viaje al Sur y ansiando que llegara el día de la boda, su entusiasmo lo llevó a una verdadera fiebre de preparativos. Hizo que Sophie lo acompañara durante un fin de semana en lo que pareció una borrachera de compras (incluyendo una visita a Manhattan donde pasaron dos horas en los almacenes Saks de la Quinta Avenida), en el curso de la cual compró a Sophie un anillo de compromiso con un enorme zafiro, un ajuar propio de una princesa de Hollywood y un vestuario que, según Nathan, sorprendería a los provincianos sureños de lugares como Charleston, Atlanta o Nueva Orleans. Incluso entraron en Cartier's, donde él

compró para mí un soberbio reloj. Dedicaron las horas vespertinas de los días siguientes a estudiar la geografía y la historia del Sur y a reunir guías de viaje, e invirtieron mucho tiempo en documentarse sobre los campos de batalla de Virginia pensando en las excursiones que les había prometido que efectuaríamos por aquellos lugares.

Todo se llevó a cabo según el modo de hacer de Nathan, con cuidado, con inteligencia, con método, prestando la misma atención a los arcanos de las varias regiones que pensábamos visitar (la botánica del algodón y los cacahuetes, el origen de ciertos dialectos locales como el gullah y el cajun, e incluso la fisiología de los cocodrilos) que la que habría podido esperarse de un constructor del imperio británico de la época victoriana antes de ponerse en camino hacia las fuentes del Nilo. Contagió su entusiasmo a Sophie, impartándole todo tipo de informaciones útiles e inútiles sobre el Sur, que ella acumulaba sorbo a sorbo y bocado a bocado. Al amar a Nathan, amaba todo lo que a él le interesaba o gustaba, incluyendo detalles de tan poco valor como el hecho de que en Georgia se cosecharan más manzanas que en cualquier otro estado del país o que el punto más elevado de Misisipi se hallara a doscientos cincuenta metros de altura. Nathan llegó incluso al extremo de ir a la biblioteca del Brooklyn College para pedir en préstamo dos novelas del escritor sureño George Washington Cable. Y se acostumbró a hablar de un modo lento y suave que llenó de alegría a su compañera.

¿Por qué no pudo detectar Sophie las señales de alarma cuando comenzaron a manifestarse? Durante todo aquel tiempo, lo había observado cuidadosamente, y estaba segura de que había cesado de tomar anfetaminas. Pero el día anterior a su ataque, cuando los dos se hubieron ido al trabajo —ella al consultorio del doctor Blackstock y él a su «laboratorio»—, algo debió de apartarlo de la buena senda. ¿Qué fue? Sophie nunca lo sabría. En cualquier caso, se encontraba estúpidamente desprevenida cuando él mostró las primeras señales, las mismas de la vez anterior, y no supo interpretar lo que presagiaban: la eufórica llamada por teléfono desde la Pfizer, la voz demasiado subida de tono y el excesivo entusiasmo que denotaba, y el anuncio de increíbles victorias en perspectiva, un momento culminante como pocos, un grandioso descubrimiento científico. ¿Cómo pudo haber sido tan tonta? Su descripción del furioso arrebato de Nathan y de los consiguientes estragos me resultó agradable —en mi estado de decaimiento— por su laconismo, pero fue mayor la desazón que esa misma brevedad me causó.

—Morty Haber —explicó— daba una fiesta para despedir a un amigo que se iba a estudiar a Francia. Aquella noche trabajé hasta tarde, pues tuve que hacer algunas facturas que debían enviarse con urgencia, y por ello dije a Nathan que comería cerca del consultorio y después iría a reunirme con él en casa de su amigo. Nathan llegó allí mucho más tarde que yo, y entonces sí que noté que estaba drogado. Me di cuenta tan pronto como lo vi, y estuve a punto de desmayarme al pensar que probablemente se hallaba en aquel estado desde las primeras horas del día, incluso cuando llamó por teléfono y yo fui tan estúpida que ni siquiera..., bueno, me alarmé. En la fiesta se comportó muy bien. Quiero decir que no se mostró exaltado o... agitado, pero yo podía ver que había tomado Bensedrine. Habló a algunos de los presentes de su nueva cura de la polio, y sentí que me fallaba el corazón. Entonces me dije que tal vez el efecto de la droga que Nathan había tomado iría disminuyendo y que acabaría por irse a dormir sin más consecuencias. A veces sucedía así, ¿sabes?, sin que llegara a ponerse violento. Por fin él y yo nos fuimos a casa;

no era demasiado tarde, las doce y media, poco más o menos. No empezó a gritarme hasta que estuvimos en el Palacio Rosado. Se puso muy furioso, e hizo lo mismo de siempre, ¿sabes? Cuando estuvo en el peor momento de su *tempête*, me acusó de serle infiel. De que hacía el amor con otro.

Sophie se detuvo un instante y levantó la mano izquierda para echarse atrás un mechón de pelo; noté cierta falta de naturalidad en su gesto y me pregunté qué podría ser, momento en que advertí que no había usado la mano derecha para no mover el brazo correspondiente, que colgaba como muerto sobre su costado. Era evidente que le dolía.

— ¿De quién sospechó esta vez? —le pregunté—. ¿De Blackstock? ¿De Seymour Katz? Te lo juro, Sophie, si ese desgraciado no estuviera tan loco, no podría aguantarme: le daría de puñetazos hasta dejarlo sin dientes. Dios mío... ¿Con quién creerá que le has puesto los cuernos ahora?

Sophie meneó la cabeza con violencia, y su brillante y despeinada cabellera se sacudió sobre su triste y macilento rostro.

— ¿Qué importa? —respondió—. Alguien de por ahí.

— Sí, claro... ¿Y qué más sucedió?

— No paraba de vociferar y de hablarme a gritos. Tomó más Benzedrine..., quizá también cocaína, no lo sé exactamente. Y entonces se marchó dando un fuerte portazo. Gritó que nunca volvería. Me quedé echada allí, en la oscuridad; estaba tan preocupada y asustada que tardé mucho en dormirme. Se me ocurrió llamarle, pero era muy tarde. Por fin me venció el sueño. Ignoro el tiempo que dormí; sólo sé que cuando Nathan volvió estaba amaneciendo. Entró en el cuarto como una explosión. Gritando, desvariando. Despertó a todos los de la casa. Me sacó a rastras de la cama y me echó al suelo sin parar de gritarme. Sobre mis relaciones sexuales con..., bueno, ese hombre, y diciendo que me mataría a mí y al hombre ese, y que después se suicidaría. *Mon Dieu*, Stingo... ¡Nunca, nunca le había visto en aquel estado, nunca! Y acabó dándome puntapiés... muy fuertes, aquí en el brazo, y luego se marchó. Y después yo también me fui. Y eso es todo —terminó Sophie.

Lenta y suavemente, apoyé la cara sobre el mostrador de caoba del bar sin que me importara su húmeda pátina y los cercos de agua que lo cubrían; sólo un deseo me llenaba desesperadamente: quedarme en estado de coma o sumirme en cualquier otra forma de benéfica inconsciencia. Luego levanté la cabeza, miré a Sophie y le dije:

— Sophie, no quisiera decirte esto: Nathan debe ser apartado de ti. Es peligroso. Hay que recluirlo. —Mi voz enronqueció con un sollozo que juzgué ridículo, pero proseguí—: Para siempre.

Con mano temblorosa, Sophie hizo señas al camarero y pidió un whisky doble con hielo. Comprendí que no podía impedírselo aun cuando había comenzado a hablar con voz pastosa. Cuando le trajeron la bebida, tomó un buen trago y volviéndose hacia mí dijo:

— Debo decirte algo más. Sobre cuando Nathan volvió al amanecer.

— ¿Qué? —pregunté.

— Llevaba una pistola.

— Maldita sea —dije, y después me oí murmurar, como un disco rayado—: Maldita sea, maldita sea, maldita sea...

— Dijo que iba a hacer uso de ella. Apuntó a mi cabeza. Pero no disparó.

Cuchicheé una invocación que no consideré excesivamente blasfema:

— Jesucristo, apiádate de nosotros.

Pero no podíamos quedarnos allí dejando que nuestras heridas sangraran hasta morir. Tras un largo silencio, decidí poner en práctica mi plan. Iría con Sophie al Palacio Rosado y la ayudaría a hacer el equipaje. Ella dejaría la casa inmediatamente y tomaría una habitación, al menos para aquella noche, en el hotel St George, que no se hallaba lejos del consultorio de Blackstock. Entretanto, procuraría arreglármelas para ponerme en contacto con Larry.

— Vámonos — dije —. Ahora mismo.

En la casa de la señora Zimmerman, pagué cincuenta centavos a la fiel mole que era Morris Fink para que nos ayudara a preparar el equipaje. Sophie sollozaba, y pude ver, a juzgar por la inseguridad de sus movimientos mientras iba de un lado a otro de su habitación recogiendo las ropas, las joyas y los productos de belleza con que iba llenando una gran maleta, que aún seguía bajo los efectos del whisky.

— Mis hermosos vestidos de Saks — murmuró —. ¿Qué voy a hacer con ellos?

— Llévatelos, mujer — dije con impaciencia, poniendo, sus muchos pares de zapatos en otra maleta—. En momentos como éste es mejor olvidarse del protocolo. Debes apresurarte. Nathan puede volver en cualquier momento.

— ¿Y mi precioso traje de novia? ¿De qué va a servirme?

— ¡Llévatelo también! Si no puedes ponértelo, quizá puedas empeñarlo.

— ¿Empeñarlo?

— Sí, en una casa de empeños... Pignorarlo.

No había querido ser cruel, pero mis palabras hicieron que Sophie, nerviosa, dejara caer al suelo una combinación de seda y luego se llevara las manos a la cara y se echara a llorar desconsoladamente. Morris nos lanzó una adusta mirada cuando apoyé mis manos en los hombros de la muchacha y le dije unas palabras de consuelo. Fuera había oscurecido y el súbito sonido del claxon de un camión que pasaba por la calle me hizo dar un brinco, lo que evidenció el grado de excitación de mis nervios. Por si aquello fuera poco, sonó a continuación en el vestíbulo el estridente timbre del teléfono, y creo recordar que ahogué un grito. Pero mi agitación llegó al máximo cuando Morris, tras silenciar el aparato descolgando el auricular, bramó que la llamada era para mí. Bajé, dije «diga» y escuché.

Era Nathan. Nathan en persona. Era Nathan, inequívocamente, indiscutiblemente, sin lugar a dudas: me indujo a pensar que era Jack Brown que llamaba desde Rockland County para preguntarme cómo andaban las cosas. La culpa fue de aquel modo de hablar. Era una imitación del acento del Sur tan perfectamente modulada que me hizo creer que estaba hablando con un auténtico sureño. Aquella voz era tan sureña como la verbena, como los baptistas, como los podencos, como John C. Calhoun..., y creo recordar que hasta sonreí y dije, en el mismo tono:

— ¿Qué pasa, azucarito? ¿Cómo te va por ahí? —Y luego exclamé de pronto, con fingida cordialidad—: ¡Nathan! ¿Cómo estás? ¿Dónde estás? ¡Dios mío, qué suerte tener noticias tuyas!

— Bueno —decía él—, qué... Supongo que aún podemos hacer el viajecito por el Sur... Tú, yo y la buena de Sophie..., ¿Cuándo salimos para allá abajo?

Sabía que tenía que seguirle la corriente, continuar hablando de modo que él mismo revelara su paradero —tarea sutil y nada fácil—, por lo que respondí al instante:

—Claro que vamos a hacer ese viaje, Nathan. Precisamente estaba hablando de eso con Sophie en este instante. ¡Vaya vestidos que le compraste! ¡Sensacionales, chico! ¿Dónde estás, amigo mío? Quisiera verte, ¿sabes? Para hablar del viaje y de otras cosas que se me han ocurrido sobre él...

— Si supieras... Tengo unas ganitas de viajar contigo y con la señorita Sophie... Lo vamos a pasar como nunca, ¿verdad, chaval?

—Sí, serán los mejores días... —comencé.

—Y también tendremos mucho tiempo libre, ¿verdad? —dijo él.

—Claro que vamos a tener tiempo libre —contesté, sin saber en absoluto a qué se refería—. Todo el que queramos, para hacer cuanto se nos antoje. Allá abajo aún no hace frío en octubre. Podremos nadar. Pescar. E ir en bote en la bahía de Mobile.

—Eso es lo que yo quiero —dijo arrastrando la voz—. Mucho tiempo libre. Quiero decir que tres personas que viajen tanto tiempo juntas, aunque sean los mejores amigos del mundo, pueden llegar a encontrar fastidioso eso de no separarse ni un minuto. Por lo tanto yo, de vez en cuando, podría disponer de tiempo libre para ir solo a donde quisiera, ¿verdad? Sólo un par de horas para bajar hasta Birmingham, Baton Rouge o algún otro lugar como éstos. —Hizo una pausa y oí una risa ahogada—. Y eso también te daría tiempo libre a ti, ¿no? Incluso dispondrías de tiempo suficiente para divertirme un poco. Un chico del Sur ya crecía como tú tiene derecho a joder un poco de vez en cuando, ¿no te parece?

Me puse a reír nerviosamente, sorprendido por el hecho de que una conversación tan desquiciada y con un trasfondo tan desesperado, al menos por lo que a mí se refería, hubiese derivado hacia temas sexuales. Y así fue como mordí el cebo que Nathan me ofrecía, sin soñar en el cruel anzuelo que me reservaba para capturarme con todo el salvajismo de que era capaz.

—No te digo que no, Nathan —dije—. Espero que, en algún que otro lugar, podré encontrar buen género disponible. Las chicas sureñas —añadí, pensando en el terrible caso de Mary Alice Grimball— son difíciles de penetrar, y perdona la expresión, pero cuando se sueltan el pelo son tremendamente estupendas en la cama...

—No, guapo —me interrumpió de pronto—. ¡No hablo de los chochos sureños! ¡Me refiero a los polacos! Quiero decir que cuando el bueno de Nathan se vaya a ver la Casa Blanca de mister Jeff Davis o la plantación donde Scarlett O'Hara mataba de tanto trabajar a los negros que recogían sus cosechas..., Stingo se hallará en el motel Magnolia Verde, ¿y sabes qué estará haciendo? ¡A ver si lo adivinas! ¡Adivina lo que estará haciendo Stingo con la mujer de su mejor amigo! Pues eso: Stingo se habrá acostado con ella, para disfrutar de ese bomboncito polaco... Total, ¡que estarán disfrutando como dos locos! ¡Je, je!

Mientras Nathan pronunciaba estas palabras, advertí que Sophie se me había acercado para murmurarme algo que no entendí; no pude comprenderlo en parte por la sangre que me golpeaba ardientemente los oídos, y quizá también por el hecho de que, aturdido y horrorizado como estaba, sólo podía prestar atención a la increíble debilidad de mis dedos y rodillas, que habían empezado a crisparse y agitarse sin que pudiese dominarlos.

—¡Nathan! —dije con voz ahogada—. Pero... por Dios...

Y entonces su voz, que había vuelto al tono que yo siempre consideré como de las personas educadas del alto Brooklyn, se convirtió en un rugido tan feroz que ni siquiera los zumbidos electrónicos de la línea y los latidos que perturbaban mis oídos amortiguaron la fuerza de aquella furia demencial:

—¡Miserable pordiosero! ¡Puerco asqueroso! ¡Que Dios te condene al fuego eterno por haberme traicionado a mis espaldas, a ti, en quien confiaba como en el mejor de los amigos que hubiera tenido jamás! ¿De qué podría servirme aquella hipócrita sonrisa tuya, cuando yo te daba mi parecer sobre las hojas del original de tu libro que me habías dado a leer («Oh, Nathan, muchísimas gracias»), cuando no hacía ni un cuarto de hora que te habías estado revolcando en la cama con la mujer con la que iba a casarme...? Digo «iba» a casarme, en tiempo pasado, porque preferiría quemarme en el infierno antes que casarme con una infiel y despreciable polaca que se ha abierto de piernas para un ruin mierdica sureño que me ha traicionado como...

Me aparté el auricular de la oreja para volverme hacia Sophie, quien, boquiabierta, daba muestras de haber adivinado sobre qué estaba delirando Nathan tan furiosamente.

—Dios mío, Stingo —la oí susurrar—, no quería que supieras que era contigo con quien decía que yo...

En mi impotente angustia, escuché luego a través del teléfono:

—Y ahora voy enseguida, para ocuparme de vosotros.

Hubo entonces un momento de silencio, lleno de ecos, desconcertante. Después oí un clic metálico. Pero la línea no se había cortado

—¡Nathan! —dije—. ¡Por favor! ¿Dónde estás?

—No muy lejos, chaval, al volver la esquina. Dentro de un momento nos veremos, amigo desleal. ¿Y sabes qué haré? ¿Sabes qué os haré a los dos, indecentes puercos traidores? Esto...

Oí una explosión. Sofocado por la distancia o por alguna de las muchas cosas que, en un teléfono, amortiguan el sonido y evitan que se dañe el oído humano, el impacto de un disparo de pistola me dejó más pasmado que dolorido, aun cuando siguió en mi tímpano un prolongado zumbido sólo comparable al que produciría un enjambre de mil abejas. Nunca podré saber si Nathan hizo aquel disparo en el mismo micrófono del teléfono que sostenía, en el aire, o contra alguna pared anónima, pero el tiro sonó suficientemente cerca como para creer que él, según acababa de decir, se hallaba a la vuelta de la esquina, lo que me hizo soltar el auricular presa de un gran pánico y volverme para agarrar la mano de Sophie. No había oído ningún disparo desde la guerra, y estoy casi seguro de que creía que no volvería a oír otro en mi vida. Me entenece ahora mi ciega inocencia. En la actualidad, con el paso del tiempo en este sangriento siglo, cada vez que ha sucedido uno de esos hechos inimaginables que sobrecogen el alma, mi recuerdo se ha vuelto hacia Nathan —el pobre lunático a quien tanto quise, drogado y con una pistola humeante en una desconocida habitación o cabina telefónica—, y siempre he tenido la sensación de que su imagen fue el símbolo de esos interminables y terribles años de locura, ilusiones, errores, sueños y luchas. Pero en aquel momento sólo sentí un terror indescriptible. Miré a Sophie, ella me miró a mí, y salimos corriendo.

A la mañana siguiente, el tren de Pensilvania en el que Sophie y yo nos dirigíamos a Washington, D. C., camino de Virginia, sufrió un fallo de energía eléctrica y se detuvo en el puente de caballetes situado frente a la fábrica Wheatena, en Rahway, Nueva Jersey. Durante la interrupción —una parada que sólo duró unos quince minutos—, noté que me había sosegado hasta recuperar una notable tranquilidad. Aún me sorprende el recuerdo de aquella calma después de nuestra precipitada huida de Nathan y tras la noche que Sophie y yo habíamos pasado sin dormir en la estación. El cansancio me hacía sentir los ojos arenosos, y una parte de mi mente aún conservaba dolorosamente el impacto de la catástrofe a que estuvimos expuestos y de la que, al parecer, nos libramos por un pelo. A medida que el tiempo se consumía a lo largo de aquella noche, Sophie y yo creíamos cada vez más probable que Nathan no se hubiera encontrado cerca de nosotros cuando nos hizo su inquietante llamada telefónica; sin embargo, su terrible amenaza nos había hecho salir corriendo del Palacio Rosado sólo con una gran maleta en dirección a la granja de Southampton County. Acordamos que ya nos preocuparíamos más tarde del resto de nuestras cosas. Desde aquel momento nos sentimos poseídos —y en cierto modo unidos— por un solo y urgente propósito: huir de Nathan y alejarnos cuanto pudiésemos de él.

Aun así, la tranquilidad que por fin me invadió en el tren, apenas habría sido posible sin el resultado de la primera de dos llamadas telefónicas que había hecho desde la estación. Fue la que hice a Larry, quien comprendió inmediatamente la gravedad de la crisis de su hermano y me dijo que dejaría Toronto en el acto para ver si podía hallar a Nathan y enfrentarse a él de la mejor manera posible. Nos deseamos mutuamente buena suerte y prometimos mantenernos en contacto. Pude así sentir el descanso de haber descargado mi responsabilidad, y de no haber abandonado a Nathan en mi apresurada huida; al fin y al cabo, había corrido por mi vida. La otra llamada fue a mi padre; recibió encantado la noticia de que Sophie y yo marchábamos al Sur.

—¡Has tomado una decisión estupenda! —le oí gritar, con evidente emoción, a través de los muchos kilómetros que nos separaban—. ¡La decisión de dejar ese endiablado mundo!

Y así fue como, dominando la ciudad de Rahway desde el repleto vagón parado, con Sophie amodorrada a mi lado y mordisqueando un pastel de carne que habíamos comprado junto con un «cartón» de leche tibia, contemplé con afecto y ecuanimidad los años que tenía por delante. Ahora, después de haber dejado atrás a Nathan y a Brooklyn, estaba a punto de volver la página de un nuevo capítulo de mi vida. En primer lugar, calculé que a mi libro, que sería más bien largo, le faltaban dos terceras partes. Por casualidad, lo que había podido trabajar en casa de Jack Brown me permitía hacer un alto en la narración, precisamente en un lugar en que sabía que me sería fácil atar todos los cabos sueltos cuando me hubiera instalado con Sophie en la granja. Cuando, al cabo de una semana, poco más o menos, nos hubiéramos adaptado al ambiente rural —sabiendo apreciar la buena ayuda de los negros, acopiando provisiones, conociendo a nuestros nuevos vecinos y aprendiendo a manejar el viejo tractor que mi padre me había dicho que

había en la finca—, estaría en perfectas condiciones para reanudar la marcha de la novela y, dedicándole el tiempo que merecía, podría tener el libro terminado y a punto de entregarlo a un editor hacia fines de 1948.

Mientras me entregaba a estos optimistas pensamientos miré una y otra vez a Sophie. No había tardado en dormirse con su enmarañada y rubia cabeza sobre mi hombro, y al rodear su cintura con mi brazo, rocé el pelo con mis labios. Sentí el vago aguijonazo de cierto recuerdo, pero lo descarté; con toda seguridad, no podía ser homosexual. ¿Cómo podía serlo sintiendo por aquella mujer un constante e intenso deseo? Por supuesto, una vez establecidos en Virginia tendríamos que casarnos; las características de la época y del lugar no nos permitirían cohabitar sin tal requisito. Pero confiaba en que Sophie se avendría a ello a pesar de algunos problemas que me preocupaban, como la diferencia de nuestras edades y la erradicación del recuerdo de Nathan, por lo que resolví comenzar a hablarle de mis planes tan pronto como despertase. Se removió y murmuró algo en sueños, y la vi tan hermosa aun hallándose desmejorada por el agotamiento, que sentí ganas de llorar. «Dios mío —pensé—, es muy posible que esa mujer sea pronto mi esposa.»

El tren dio una sacudida, avanzó un poco, vaciló, volvió a pararse y motivó con ello un lamento general dentro del vagón. Un marinero que iba de pie delante de mí se bebió las últimas gotas de su lata de cerveza. Una criatura se puso a llorar a mi espalda con toda la fuerza de sus pulmones, y se me ocurrió que, en los transportes públicos, el destino siempre reservaba el asiento más cercano al mío al único niño estridente de la concurrencia. Estreché a Sophie suavemente contra mí y pensé en el libro con un estremecimiento de orgullo y satisfacción al considerar la maestría con que había trabajado en él hasta entonces para desarrollar el argumento según tenía previsto y adelantar la acción, con gracia y belleza, hacia un dramático desenlace aún no escrito, pero mil veces contemplado mentalmente: la atormentada y alienada muchacha se encamina hacia su muerte solitaria a través de las indiferentes calles de la ciudad que yo acababa de dejar. Tuve un destello de desconfianza en mí mismo: ¿Podría reunir la pasión y destreza necesarias para describir aquel joven suicidio? ¿Podría hacer que todo pareciera real? Estaba seriamente preocupado por el esfuerzo de tener que imaginarme la severa prueba que esperaba a la muchacha. No obstante, me sentía bien seguro de la perfecta coherencia de una novela para la que ya había pensado un melancólico título: *El legado de la noche*. Lo había sacado del *Requiescat* de Matthew Arnold, una elegía al espíritu de una mujer con esta frase final: «Esta noche hereda el vasto vestíbulo de la Muerte». ¿Cómo podría un libro tal dejar de cautivar las almas de miles de lectores? Con la mirada fija en la fachada con incrustaciones de mugre de la fábrica Wheatena —que mostraba la pesada sencillez de sus ventanas industriales a los reflejos de luz matutina—, volví a estremecerme de orgullo, y además de felicidad, ante la gran calidad de lo que había en mi libro a fuerza de no poco sudor y trabajo solitario, y, sí, también de pasarlo mal algunas veces. Y al pensar una vez más en el clímax aún no escrito, me permití fantasear sobre una frase que aparecería en una deslumbrante crítica de mi obra en 1949 o 1950: «El más intenso y convincente monólogo interior de una mujer desde el de Molly Bloom». «¡Qué locura! ¡Qué presunción!», me dije enseguida.

Sophie seguía durmiendo. Enternecido, me pregunté cuántos días y noches dormiría o dormiría a mi lado en los años venideros. Especulé sobre la cama de matrimonio que

tendríamos en la granja, pensé en su forma y tamaño y, sobre todo, en la amplitud, elasticidad y resistencia que debería tener el colchón para sobrellevar la intensa actividad venérea a que sin duda estaba destinado. Pensé en nuestros hijos, en un buen número de pequeñas cabezas rubias saltando alrededor de la granja como cardos o botones de oro polacos, y mis cariñosas órdenes: «¡Es hora de ordeñar la vaca, Jerzy!». «¡Wanda, da de comer a las gallinas!» «¡Tadeusz! ¡Stefania! ¡Cerrad el establo!».

Y pensé también en la propia granja, de la cual sólo conocía el exterior por las fotografías que me había mandado mi padre e intenté figurármela como la mansión de una importante figura literaria. Como la casa de Faulkner en Misisipi, Rowan Oak, debía tener nombre, un nombre relacionado con el cultivo del cacahuete que era la razón de ser de la finca. Albergue del Cacahuete, que fue el primero que se me ocurrió, me pareció enseguida más que ridículo, lo que me hizo abandonar cualquier otro nombre en que entrara el cacahuete en favor de nombres más elegantes, dignos y distinguidos: quizá Cinco Olmos (esperaba que la granja tuviera cinco olmos, o al menos uno), o Palisandro, o Grandes Campos, o Sophie, en honor de mi amada dama. En el prisma de mi mente, los años pasaban en paz como azules colinas hacia el horizonte del lejano futuro. *El legado de la noche* había obtenido un éxito notable, con laureles raramente concedidos a la obra de un autor tan joven. Luego seguiría una novela corta, también aplaudida, relacionada con mis experiencias en tiempo de guerra: un texto agudo y mordaz que desentrañaría el ambiente militar en una tragicomedia de lo absurdo. Entretanto, Sophie y yo viviríamos en la modesta plantación dignamente aislados, con mi reputación siempre en alza, para ofrecer la imagen del autor crecientemente importunado por los medios de información que rechaza resueltamente todas las entrevistas. «Sólo cultivo cacahuetes», dice el famoso escritor volviendo a entregarse a su trabajo. Aproximadamente a la edad de treinta años, otra obra maestra, *Estas hojas llameantes*, la crónica del trágico agitador negro Nat Turnen.

Entonces el tren se sacudió y comenzó a avanzar con suave precisión hasta adquirir su velocidad normal, y mi visión se evaporó en un efervescente borrón sobre el fondo de las mugrientas y huidizas paredes de la fábrica Rahway.

Sophie se despertó de repente, con un pequeño grito. Bajé la mirada para observarla. Parecía calenturienta; tenía la frente y las mejillas enrojecidas, y un mostacho de diminutas gotas de transpiración brillaba sobre su labio superior.

— ¿Dónde nos hallamos, Stingo? — preguntó.

— En algún lugar de Nueva Jersey — contesté.

— ¿Cuánto tiempo dura el viaje hasta Washington? — dijo.

— Unas tres o cuatro horas — respondí.

— ¿Y luego, hasta la granja?

— No lo sé exactamente. Tomaremos un tren hasta Richmond y luego un autobús que nos llevará a Southampton. Cosa de algunas horas. Nuestro lugar de destino se encuentra prácticamente en Carolina del Norte. Creo, pues, que será mejor pasar la noche en Washington y salir para la granja a la mañana siguiente. También podríamos dormir en Richmond, pero de este modo verás algo de Washington.

— Muy bien, Stingo — dijo, tomándome la mano—. Haré todo lo que tú digas. — Después de un momento de silencio, añadió—: Stingo, ¿quieres traerme un poco de agua?

— Enseguida.

Me abrí paso a lo largo de un pasillo abarrotado de gente, en su mayoría soldados y marineros, y encontré el grifo cerca del vestíbulo, en el que llené un vaso de papel de un agua de aspecto insípido que no tenía nada de fresca. Cuando volví, aún entusiasmado por mis fantásticos castillos en el aire, mi optimismo se hundió como hierro fundido a la vista de Sophie con una botella de whisky Four Roses en la mano, recién sacada de la maleta.

—Sophie —le dije—, por Dios, todavía nos hallamos en la mañana. Ni siquiera has desayunado. Enfermarás de cirrosis.

—Todo está en regla —dijo, vertiendo whisky en el vaso—. Comí un donut en la estación. Y bebí un Seven-Up.

Gruñí suavemente, sabiendo, por experiencia, que no había modo de enfrentarse con aquel problema, a no ser que quisiera complicar las cosas con una escena. Lo más que podía esperar era sorprenderla desprevenida y hacer desaparecer la botella, como ya había hecho una o dos veces. Volví a hundirme en mi asiento. El tren corría velozmente a través de los áridos y satánicos panoramas industriales de Nueva Jersey, lanzado entre sucios y asquerosos barrios, cobertizos de chapa metálica, cines para espectadores en coche estúpidamente anunciados con letreros giratorios, almacenes, boleras construidas como crematorios, crematorios construidos como pistas de patinar, pantanos de verde lodo químico, aparcamientos, bárbaras refinerías de petróleo con sus delgadas boquillas verticales que eyaculaban llamas y humo de color amarillo mostaza. Si Thomas Jefferson hubiese podido ver todo aquello, ¿qué habría pasado? Reflexioné en silencio. Sophie, inquieta, agitada, contemplaba el feo paisaje y se echaba whisky al vaso alternativamente, y acabó por volverse hacia mí para preguntarme:

—Oye, Stingo, ¿para este tren en algún sitio entre aquí y Washington?

—Sólo un par de minutos para tomar pasajeros o permitirles que bajen. ¿Por qué?

—Quiero hacer una llamada telefónica.

—¿A quién?

—Quiero ver si puedo hablar con Nathan. Quiero saber si está bien.

Un espantoso desasosiego se apoderó de mí al recapitular en un segundo las angustias de la noche anterior. Rodeé con la mano el brazo de mi compañera y lo apreté con fuerza, con demasiada fuerza; dio un respingo.

—Sophie —le dije—, escúchame. Escúchame bien. Ese episodio de tu vida ya terminó. No puedes hacer nada para cambiar las cosas. ¿Te das cuenta de que estuvo a punto de matarnos a los dos? Larry regresará de Toronto, localizará a Nathan y... bueno, hará con él lo que más le convenga. Al fin y al cabo es su hermano, su pariente más próximo. ¡Nathan está loco, Sophie! ¡Debe ser... «institucionalizado»!

Se puso a llorar. Las lágrimas goteaban alrededor de los dedos con que se había cubierto los ojos; unos dedos que me parecieron muy finos, sonrosados y débiles cuando se los apartó de la cara para tomar el vaso. Y una vez más cayó bajo mi mirada el azul tatuaje de su muñeca.

—Es que no sé cómo voy a enfrentarme con... todo sin él. —Hizo una pausa, sollozando—. Podría llamar a Larry.

—No podrías ponerte en contacto con él en este momento —insistí—. Debe de hallarse en el tren, no muy lejos de Buffalo.

—También podría llamar a Morris Fink. Tal vez él sepa si Nathan volvió a la casa. Es lo que hacía a veces, ¿sabes?, cuando estaba drogado. Regresaba, tomaba Nembutal y se le pasaba todo durmiendo. Luego, cuando se levantaba, ya había vuelto a la normalidad. O casi. Morris podría decirme si esta vez hizo lo mismo.

Se sonó la nariz y siguió sollozando entre pequeños hipidos.

—Ay, Sophie, Sophie... —susurré, queriéndole decir pero no atreviéndome a hacerlo: «Sophie, todo eso terminó».

El tren entró estrepitosamente en la estación de Filadelfia, chilló, se estremeció y se detuvo en la sombría caverna, lo que me produjo un sentimiento de nostalgia que apenas había previsto. Vi en el cristal de la ventana el reflejo de mi cara, pálida por los esfuerzos literarios alejados del aire libre, y, detrás de ella, creo que sólo por un instante, tuve la visión de una réplica más joven de mi rostro: del muchacho que era diez años antes. Reí ante tal recuerdo y de pronto ambos resolvimos, inspirados y con nuevos ánimos, distraer a Sophie de su inquieta nostalgia y alegrarla, o al menos intentarlo.

—Esto es Filadelfia —dije.

—¿Es muy grande? —preguntó.

Su curiosidad, aunque mojada en lágrimas, me animó.

—Pues... medianamente grande. No es una enorme metrópoli como Nueva York, pero no tiene nada de pequeña. Me figuro que como Varsovia, antes de que la destruyeran los nazis. Filadelfia fue la primera gran ciudad que vi en mi vida.

—¿Cuándo?

—Hacia 1936, a los once años. Aún no había estado nunca en el Norte. Y recuerdo muy bien una curiosa y divertida anécdota, algo que me sucedió el mismo día de mi llegada a la ciudad. Tenía un tío y una tía que vivían en Filadelfia, y mi madre (esto sucedió aproximadamente dos años antes de que ella muriera), en verano, decidió enviarme a pasar una semana a su casa. Lo hizo mediante un autobús de la compañía Greyhound. Los niños solían viajar solos con frecuencia en aquellos tiempos; era muy seguro. De todos modos, era un viaje de un día entero, pues el autobús hacía un largo recorrido de Tidewater a Richmond, de allí a Washington y luego hasta Filadelfia pasando antes por Baltimore. Mi madre tenía una cocinera negra (recuerdo que se llamaba Florence), quien me preparó una bolsa de papel llena de pollo frito y un termo con leche fría. En algún lugar entre Richmond y Washington, me zampé aquel selecto producto de la cocina de viaje, y luego, cuando hacia media tarde el autobús se detuvo en Havre de Grace...

—Havre... ¿Como el puerto francés? —dijo Sophie.

—Sí, es una pequeña ciudad de Maryland. Pasaremos a través de ella, ya verás. Así que todos bajamos para aprovechar la parada de descanso en un pequeño restaurante donde podías orinar y tomar un refresco, y entonces vi la máquina de carreras de caballos que tanta alegría y apuros tendría que causarme. En Maryland, ¿sabes?, como en Virginia, se permiten legalmente ciertos juegos de azar. A aquella máquina podías ponerle una moneda de cinco centavos y apostar por uno de los doce pequeños caballos que corrían por una pista. Recuerdo que mi madre me había dado exactamente cuatro dólares para gastármelos como quisiera (era mucho dinero durante la Depresión) y me entusiasmó la idea de jugarme algo a uno de aquellos nobles brutos; por lo tanto, introduje la primera

moneda en la ranura... No podrías imaginarte lo que sucedió a continuación, Sophie. Acerté algo así como el premio gordo de la máquina: todo se llenó de luces, y un verdadero torrente de monedas de cinco centavos —docenas, veintenas de ellas— fue a parar al suelo. ¡No podía creerlo! Debí de ganar unos quince dólares, todos en monedas de cinco centavos. Estaba loco de felicidad. Pero el problema estaba, ¿comprendes?, en transportar aquel botín. Llevaba unos pantalones cortos de tela blanca de lino, y me metí todas las monedas en los bolsillos, pero había tantas que no paraban de caérseme. Y lo peor fue esto: la mujer con cara de pocos amigos que era la dueña del establecimiento; cuando le pedí que, por favor, me cambiara las monedas por billetes de un dólar, se puso terriblemente furiosa, diciéndome que los menores de dieciocho años no podían usar aquella máquina y que a mí aún me faltaba mucho para llegar* a la edad reglamentaria, lo que la exponía a perder el correspondiente permiso, y que si yo no salía corriendo de allí llamaría a la policía.

—Entonces tenías once años... —dijo Sophie, tomándome la mano—. No puedo imaginarme a Stingo a esa edad. Debías de ser un niño muy mono con tus pantalones cortos de lino blanco.

Sophie aún tenía la nariz enrojecida, pero había cesado de llorar y creí ver en sus ojos una chispa de algo parecido a diversión.

—Por lo tanto —proseguí yo—, volví a subir al autobús para hacer el resto del viaje hasta Filadelfia. Fue para mí la parte más larga del trayecto. Cada vez que hacía un movimiento, por ligero que fuese, una moneda o varias de ellas se salían de mis abultados bolsillos y rodaban pasillo abajo. Y cuando me levantaba del asiento para contenerlas aún era peor, porque una nueva cantidad de monedas volvía a caer al suelo. El conductor estaba medio loco cuando llegamos a Wilmington, después de un viaje de nerviosismo colectivo causado por el tintineo y el rodar de mis monedas. —Hice una pausa y contemplé las figuras anónimas que, como sombras, se alzaban sobre el andén y que parecían alejarse con un movimiento retrógrado cuando el tren, vibrando ligeramente, se puso en marcha—. Pero la tragedia final —proseguí, devolviendo a Sophie el apretón que había dado a mi mano— tuvo lugar en la estación del autobús, que no debe de estar lejos de aquí. Aquella tarde mi tío y mi tía me esperaban a la llegada, y al correr hacia ellos tropecé y caí de culo al suelo, se me reventaron los bolsillos y casi todas las malditas monedas rodaron por la rampa del andén yendo a parar debajo de los autobuses estacionados en el oscuro aparcamiento que había allí cerca, situado a un nivel algo inferior, de modo que cuando mi tío me levantó y me sacudió el polvo, me quedaban sólo cinco monedas en los bolsillos. Las demás habían desaparecido para siempre. —Me detuve encantado por aquella bonita y absurda fábula que conté como si fuera cierta—. Es un cuento con moraleja —dije para terminar, y añadí—: El exceso de codicia conduce a la destrucción de uno mismo.

Sophie tenía una mano sobre la cara que ocultaba su expresión, y por el temblor de sus hombros creí que había sucumbido a la risa. Sin embargo, me había equivocado. De nuevo eran lágrimas, unas lágrimas de angustia de las que, simplemente, no podía librarse. De pronto me di cuenta de que le había hecho recordar a su hijo. La dejé llorar en silencio. Al cabo de un rato el llanto disminuyó. Y acabó por volverse hacia mí para decirme:

—Allá donde vamos, en Virginia, ¿crees que habrá alguna escuela Berlitz, quiero decir, alguna escuela de idiomas?

—¿Para qué diablos la quieres? —dije—. Sabes muchas más lenguas que yo...

—Sería para el inglés —respondió—. Ya sé que ahora lo hablo mejor, casi bien, y que también lo leo con facilidad, pero he de aprender a escribirlo. Lo escribo tan mal... Y su ortografía es tan extraña...

—Pues... no lo sé, Sophie —dije—. Es posible que haya escuelas de idiomas en Richmond o en Norfolk. Pero estas ciudades se hallan muy lejos de Southampton. ¿Tanto te urge saber escribir bien el inglés?

—Es que quiero escribir sobre Auschwitz —dijo—. Quiero escribir sobre mis experiencias en aquel infierno. Supongo que sabría hacerlo en polaco o alemán, o quizás en francés, pero me gustaría tanto poder escribir todo eso en inglés...

Auschwitz. Era un lugar que los acontecimientos de los últimos días habían empujado a un rincón tan recóndito de mi cabeza que casi había olvidado su existencia, y al retornar entonces de golpe a mi conciencia lo hizo de forma realmente dolorosa. Observé cómo Sophie tomaba un trago de su vaso y luego soltaba un pequeño eructo. Su modo de hablar, como si lo hiciese con la lengua hinchada, había tomado las características que yo había aprendido a considerar como presagio de un pensamiento y una conducta difíciles de controlar. Yo ansiaba verter su vaso en el suelo. Y me maldije por la debilidad, indecisión, pusilanimidad o lo que fuera que aún me impedía tratar con más firmeza a Sophie en tales momentos. «Más vale que espere a que estemos casados», pensé.

—¡Son tantas las cosas que la gente ignora todavía sobre aquel lugar! —dijo fieramente—. Son tantas las cosas que aún no te he dicho a ti, Stingo, pese a lo mucho que te he contado... Sabes de qué modo estaba todo aquello, cubierto de hedor a judíos quemados, día y noche. Te lo expliqué. Pero ni apenas he mencionado nada sobre Birkenau, cuando comenzaron a hacerme pasar hambre y me puse tan enferma que estuve a punto de morir. O sobre la vez en que vi cómo un guardián arrancaba las ropas a una monja y la hacía atar y morder tan bestialmente por su perro en el cuerpo y en la cara que la pobre mujer murió pocas horas después. O... —Y aquí hizo una pausa, miró al espacio y dijo—: Son tantas, y tan terribles las cosas que aún podría decirte... Pero tal vez pueda contarlas en forma de novela, ¿sabes?, después de aprender a escribir bien el inglés, para conseguir que la gente comprenda cómo los nazis te obligaban a hacer cosas que tú nunca habrías creído poder efectuar. Como lo de Höss, por ejemplo. Jamás lo habría incitado a que hiciera el amor conmigo si no hubiese sido por Jan. Y nunca habría fingido odiar tanto a los judíos, o pretendido que había escrito el panfleto en colaboración con mi padre. Todo por Jan. Y aquella radio que no robé. Casi me mata sólo pensar que pude llevármela y no lo hice, pero ya puedes figurarte, Stingo, cómo aquello habría arruinado todos los planes que yo tenía para mi hijo. Y al mismo tiempo no pude abrir la boca, ni informar de nada a la gente de la Resistencia, ni decir una sola palabra sobre todas las cosas de que me había enterado trabajando con Höss..., no pude porque estaba asustada... —tartamudeó. Le temblaban las manos—. ¡Estaba tan aterrada! ¡Me hacían sentir tanto miedo de todo! ¿Por qué no decir la verdad sobre mí misma? ¿Por qué no escribir en un libro que fui una gran cobarde, asquerosa colaboradora, que hice tantas cosas malas sólo para salvarme? —Dio un gemido salvaje, tan alto por encima del barullo del tren que las cabezas más cercanas se

volvieron con ojos extrañados—. ¡Stingo, no puedo vivir con todos esos recuerdos dentro de mí!

—¡Calla, mujer! —le dije con tono imperativo—. Sabes muy bien que no fuiste una colaboradora. ¡Te estás contradiciendo! También sabes que sólo fuiste una víctima. Tú misma me dijiste este verano que un lugar como aquél podía hacer comportarse a cualquiera de manera distinta a la habitual en el mundo ordinario. También me dijiste que allí no se podía juzgar según las normas de conducta usualmente aceptadas lo que tú o los demás hicierais. Por lo tanto, Sophie, por favor, ¡no te mortifiques más! Te estás torturando por cosas de las que no fuiste responsable. ¡Si sigues así, acabarás poniéndote enferma!

Bajé la voz y usé una palabra de cariño que nunca había empleado con ella y que me sorprendió a mí mismo:

—Te ruego pues, querida, que dejes de pensar de este modo.

La palabra «querida» parecía exagerada, como salida de labios de un esposo pero, sin saber por qué, me sentí impelido a decirla.

Iba a decirle también unas palabras que había tenido cien veces en la punta de la lengua durante todo aquel verano: «Te quiero, Sophie». La perspectiva de pronunciar aquella simple frase hizo aumentar la rapidez de mi ritmo cardíaco con el fallo de algunos latidos, pero antes de que pudiera abrir la boca, Sophie me dijo que tenía que ir al lavabo. Antes de irse, se bebió el whisky que quedaba en el vaso. Observé con ansiedad cómo se abría paso hacia la parte trasera del vagón con las piernas inseguras y la rubia cabeza bamboleante. Entonces me volví para dar un vistazo a la revista *Life*. Debí de adormilarme o quizá dormirme profundamente, agotado como estaba después de una caótica noche de tensión y angustia, porque cuando oí la voz del jefe del tren que gritaba, muy cerca de mí: «¡Todos arriba, señores!», salté literalmente del asiento; entonces me di cuenta de que había pasado más de una hora. Sophie aún no había vuelto a su asiento y, de pronto, el miedo me envolvió cual un cobertor hecho de un sinfín de manos mojadas. Dirigí la mirada hacia la oscuridad del exterior y vi la ristra de brillantes luces de un túnel que pasaban en dirección contraria a la del tren. Conocía aquel lugar: estábamos saliendo de Baltimore. Normalmente habría invertido un par de minutos en llegar al otro extremo del vagón entre la gente que lo atestaba, pero entonces lo hice en pocos segundos, derribando incluso a un niño de corta edad. Con insensato terror, golpeé la puerta del lavabo de señoras —¿qué pudo hacerme pensar que todavía estuviera allí?—, y una negra gordísima de enmarañado pelo semejante al de una peluca y con unos carrillos cubiertos de colorete sin difuminar asomó la cabeza por la puerta entreabierta para chillarme:

—¡Fuera de aquí! ¿Está usted loco?

En zonas más elegantes del tren me hallé envuelto en suaves efluvios de música y perfume, y fui perseguido por los acordes de *Jardines campestres*, de Percy Grainger, mientras inspeccionaba frenéticamente todos los compartimentos del coche-cama, creyendo en la posibilidad de que Sophie se hubiera extraviado en uno de ellos y se hubiese dormido. Pero alternaba esta suposición con la sospecha de que hubiera abandonado el tren en Baltimore, y esto..., esto no podía imaginármelo. Abrí las puertas de más lavabos, atravesé como un rayo cuatro o cinco coches-restaurante, esquivando con habilidad a los camareros negros de blanco delantal que iban arriba y abajo del pasillo entre los fragantes vapores de los platos que servían a los comensales. Y por último, el

coche-salón. Detrás de una pequeña mesa con una caja registradora, la encargada, una agradable mujer de media edad y pelo gris, levantó la cabeza de su trabajo para mirarme con ojos apenados.

—Sí, pobrecita... —contestó a mi pregunta—, buscaba ansiosamente un teléfono. ¡Figúrese, en un tren! Quería hacer una llamada a

Brooklyn. Pobre chica, cómo lloraba... Parecía..., bueno, un poco bebida. Se ha ido por ahí.

Encontré a Sophie en el extremo posterior del vagón, una especie de umbrío vestíbulo parecido a una jaula y sacudido por constantes ruidos metálicos que era también el final del tren. Una puerta de cristal protegida por una reja de alambre y cerrada con un candado permitía ver el brillo de los raíles que se alejaban bajo el sol de última hora de la mañana para converger en un punto que señalaba el infinito entre los verdes bosques de pinos de Maryland. Estaba sentada en el suelo con el cuerpo y la cabeza descuidadamente apoyados en la pared y el pelo a merced de la corriente de aire. Con una mano agarraba la botella de whisky. Del mismo modo que semanas antes buscó el olvido, y algo más, en las aguas del océano —cuando el agotamiento, la culpa y el desconsuelo tanto la trastornaron—, ahora se había ocultado tan lejos como había podido. Alzó la mirada y dijo algo que no comprendí. Me incliné para escucharla de cerca, y entonces —en parte leyendo las palabras en sus labios y en parte captando una voz infinitamente angustiada— supe que decía:

—Me parece que no podré conseguirlo.

Es bien cierto que los empleados de hotel no cesan de topar con toda clase de tipos extravagantes. Aun así, todavía me pregunto qué pensaría, con su aspecto de venerable abuelo, el encargado de recepción del hotel Congress, situado no muy lejos del Capitolio de Washington, cuando apareció ante sus ojos el reverendo Wilbur Entwistle, un hombre joven vestido con un traje de tela de algodón a rayas acresponadas que nada tenía que ver con el de un sacerdote, pero que portaba ostentosamente una biblia entre las dos manos, acompañado, por si fuera poco, de su esposa, una desaliñada mujer de pelo rubio, que no cesó de murmurar palabras inconexas mientras duró el acto de registrar su entrada en el hotel y que mostraba una cara especialmente notable por las lágrimas y la suciedad que la cubrían. El viejo, que sin duda titubeó al principio, nos admitió gracias a mi camuflaje. A pesar de lo poco eclesiástico de mi atuendo, la mascarada que había ideado dio mejores resultados de los que podía imaginarme. En los años cuarenta, no estaba permitido que las parejas de no casados se alojaran en la misma habitación de un hotel; además, se consideraba como una felonía inscribirse falsamente con tal fin como marido y mujer. Y los obstáculos eran mayores si la señora estaba bebida. Por lo tanto, sabía que me arriesgaba, pero podía minimizarlo todo si conseguía echarle a la cosa una modesta aureola de santurronería. Para eso estaba la biblia con tapas de cuero negro que saqué de nuestra maleta antes de que el tren entrara en la Union Station, así como la dirección que escribí en el registro: Seminario de la Unión Teológica, Richmond, Virginia. Me tranquilicé al ver que mi artimaña había apartado de Sophie la atención del recepcionista; por ser un viejo caballero del Sur con toda su papada, el empleado (como muchos asalariados de

Washington) se dejó impresionar por mis falsas credenciales y también por mi locuacidad típicamente sureña.

—Le deseo una buena estancia en nuestro hotel, reverendo, a usted y la señora. ¿A qué comunión pertenece usted?

Estuve a punto de contestar «la presbiteriana» pero, por su aspecto y maneras, intuí que pertenecía a aquella secta, por lo que dije:

—Soy baptista. Hace quince años que sirvo en la Segunda Iglesia Baptista de Washington; por cierto que ahora tenemos allí un predicador muy bueno, el reverendo Wilcox. ¿Lo conoce usted? Vino de Fluvanna County, Virginia, donde yo nací y me crié, aunque él es mucho más joven.

Cuando comenzaba a andar de lado, con Sophie agarrada pesadamente a mi brazo, para apartarme del mostrador de recepción, el viejo empleado hizo sonar el timbre para que nos atendiera un soñoliento botones negro, el único del hotel. Al mismo tiempo, me dijo:

—¿Le gustan a usted los mariscos, reverendo? Pruebe ese restaurante, allá abajo, en la ribera del río. Se llama Herzog's. Los mejores pasteles de cangrejo de la ciudad. —Y cuando ya llegábamos al viejo ascensor de puertas color verde guisante, dijo aún—: Entwistle. ¿No pertenecería usted a los Entwistles de allá abajo, de Powhatan County, reverendo?

Me hallaba de nuevo en el Sur, sin lugar a dudas.

En el hotel Congress se respiraba un aire de *troisième classe*. El cubículo llamado habitación que habíamos tomado por siete dólares era oscuro y sofocante; su orientación, sobre un estrecho callejón, casi no permitía la entrada del sol del mediodía. Sophie, tambaleante y con unas tremendas ganas de dormir, se arrojó a la cama incluso antes de que el botones depositara nuestra maleta en una desvencijada mesita y aceptara mis veinticinco centavos. Abrí una ventana, en cuyo alféizar blanqueado con lechada de cal habían dejado su excrementicio rastro las palomas, y la brisa aireó enseguida la habitación. A lo lejos se oía el sonido metálico y los silbidos, amortiguados por la distancia, de los trenes de la Union Station, mientras de una fuente más cercana llegaban redobles de tambor y floreos de trompeta, percusiones de platillos: todo el sonoro orgullo de una banda militar. Un par de moscas zumbaban con no menos ostentación en la oscuridad cercana al techo.

Me eché en la cama al lado de Sophie. El colchón presentaba una cavidad en su parte central que no sólo me permitía, sino que me obligaba a rodar hacia ella como si cayera en el seno de una hamaca poco profunda. Las raídas sábanas desprendían un tenue olor entre almizcleño y clorado que tanto podía deberse a la colada como a restos de semen, o quizás a ambas cosas a la vez. Mi casi total agotamiento y la gran preocupación por el estado de Sophie habían mitigado la fuerza del deseo que había sentido continuamente por ella, pero el olorillo y el hueco de la cama —seminal, erótica, hundida por diez mil fornicaciones— y el simple contacto o proximidad de mi amada me excitaron y me hicieron revolver y retorcer, con lo que no había modo de dormir. Una campana, a lo lejos, dio las doce del mediodía. Sophie dormía pegada a mí con los labios separados; su aliento aún olía ligeramente a whisky. El bajo escote del vestido de seda que llevaba permitió que un pecho entero, por lo menos, quedara a la vista, cosa que me causó unas irresistibles ansias de

tocarlo; y así lo hice acariciando suavemente con las puntas de los dedos una piel que dejaba transparentar algunas venas azules, y comenzando después a sobar y sopesar con más detención la cremosa plenitud del seno con la palma de la mano y el pulgar. El arrebatado de pura lujuria que me incitó a esta tierna manipulación fue acompañado por una punzada de vergüenza; había algo ruin, casi necrófilo en aquel acto, en abusar de la superficie epidérmica de Sophie en la intimidad de su alcoholizado sueño... Me detuve, pues, y retiré la mano.

Pero seguí sin poder dormir. Mi cerebro bullía de imágenes y sonidos del pasado y del futuro, a veces mezcladas entre sí: los gritos de rabia de Nathan, tan crueles y demenciales que tenía que apartarlos de mi pensamiento como fuera; escenas de mi novela recientemente escritas, con sus personajes pronunciando el diálogo como actores en un escenario; la voz de mi padre en el teléfono, generosa, acogedora (¿por qué no iba a tener razón el viejo?, ¿por qué no convertir, ya para siempre, el Sur en mi hogar?); Sophie en la musgosa orilla de un lago o estanque imaginarios o en la profundidad del bosque, más allá de los primaverales campos de Cinco Olmos, exhibiendo su flexible cuerpo de largas piernas estupendamente recuperado sólo cubierto por un traje de baño de látex y mostrándose orgullosa de nuestro primer retoño agarrado a sus piernas; aquel espantoso disparo de pistola resonando aún en mi oído; puestas de sol, medianoches de loco amor abandonadas, magnánimos amaneceres, criaturas desaparecidas, triunfos, angustias, Mozart, lluvia, verde septiembre, reposo, muerte. Amor. La banda, ya distante, desvaneciéndose con la *Marcha del coronel Bogey*, me produjo una dolorosa y ávida nostalgia que me hizo recordar los años de la guerra, aún no demasiado lejanos, cuando hallándome de permiso en algún campamento de Carolina o Virginia, solía permanecer despierto (sin compañía femenina alguna) en un hotel de aquella misma ciudad, una de las pocas de Estados Unidos frecuentadas por fantasmas de la historia. También pensé en las calles que me rodeaban y en el aspecto que tendrían sólo tres cuartos de siglo antes, en medio de la guerra más cruel y dolorosa que hubiera habido alguna vez entre hermanos, cuando las aceras hormigueaban de soldados vestidos de azul, de jugadores de ventaja, prostitutas, ladinos estafadores con sombrero de copa, sucios zuavos, febriles periodistas, hombres de negocios buscando provecho en la situación, hermosas flirteadoras de floridos sombreros, enmascarados espías de la Confederación, carteristas y constructores de ataúdes (estos últimos siempre apresurados en su incesante labor, esperando las decenas de millares de mártires, la mayoría muchachos, que morían en la desesperada tierra del sur del Potomac y que luego eran apilados como leños en los sangrientos campos de batalla y en los bosques sólo un poco más allá de aquel soñoliento río). Siempre me ha parecido extraño, incluso aterrador, que la limpia y moderna capital de Washington, tan impersonal y oficial en su extensa belleza, tenga que ser una de las pocas ciudades de la nación importunadas por auténticos fantasmas. La banda acabó por desvanecerse totalmente, no sin antes arrullar mis oídos con suave y cada vez más lejana armonía. Me dormí.

Cuando desperté, Sophie estaba acurrucada en la cama sobre sus rodillas; me miraba. Yo dormía como si me hallase en coma, pero me di cuenta, por el cambio de luz de la habitación —en ella el mediodía me había parecido un atardecer, y ahora la oscuridad era casi completa—, que habían transcurrido varias horas. No podía decir si Sophie me había

estado contemplando durante mucho tiempo, pero tuve la incómoda sensación de que hacía un buen rato que no me quitaba la mirada de encima. Su rostro seguía tan macilento como antes y unas oscuras ojeras subrayaban sus ojos, pero parecía reanimada y razonablemente serena. Parecía haberse recuperado, al menos de momento, del ataque sufrido en el tren. Cuando, pestañeando, alcé la mirada hacia ella, me dijo empleando el exagerado acento con que bromeaba a veces:

—Bueno, reverendo Ent-wiistle, ¿ha dormido usted bien?

—Oh, Sophie —dije algo asustado—, ¿qué hora es? He dormido como un tronco.

—Acabo de oír las campanadas de la iglesia de ahí cerca. Creo que han dado las tres.

Aún medio dormido, le acaricié el brazo y dije:

—Hemos de despabilarnos, como decían en la Marina. No podemos zanganear por aquí toda la tarde. Quiero que veas la Casa Blanca, el Capitolio y el monumento a Washington. También el teatro Ford, donde fue asesinado Lincoln. Y también el monumento a Lincoln. Hay tantas cosas... Y además podríamos comer alguna cosa...

—Yo, lo que es hambre, no tengo —dijo Sophie—. Pero quiero ver la ciudad. Me siento mucho mejor después de haber dormido.

—Te apagaste como una luz.

—Tú hiciste lo mismo. Cuando desperté, estabas ahí con la boca abierta, roncando.

—No bromees —dije, algo molesto—. Yo no ronco. ¡No he roncado en mi vida! Eso nadie me lo había dicho nunca.

—Es porque nunca has dormido con nadie, tonto —replicó con voz burlona.

Y entonces se inclinó hacia mí y me dio en los labios un maravilloso, húmedo y elástico beso con lengua y todo, un sorprendente apéndice bucal que irrumpió juguetonamente en mi boca y luego desapareció. Antes de que yo pudiese reaccionar, ya había vuelto a su posición anterior, de rodillas sobre la cama. Con el corazón a toda marcha, le dije:

—Por Dios, Sophie... No hagas estas cosas, a menos que...

Me pasé la mano por los labios.

—Stingo —me interrumpió—, ¿adonde vamos?

Un tanto desconcertado, respondí:

—Ya te lo he dicho. A ver lo más notable de Washington. Daremos una vuelta por los alrededores de la Casa Blanca. A lo mejor vemos a Harry Taiman...

—No, Stingo —me cortó, ahora con más seriedad—. Quiero decir adonde nos dirigimos en realidad. Anoche... Anoche... Bueno, quiero decir que la noche en que Nathan hizo lo que hizo y nosotros nos pusimos a llenar la maleta con tanta rapidez, no parabas de decir: «¡Hemos de volver a casa, a casa!». Sí, «a casa», una y otra vez. Yo te seguí porque tenía mucho miedo, y así es como ahora nos encontramos en esta extraña ciudad sin que sepa por qué. ¿Adonde vamos en realidad? ¿A qué casa?

—Bien, Sophie, ya te lo dije. Vamos a la granja de que te hablé, se halla en el sur de Virginia. No puedo añadir más a lo que ya te he contado sobre aquel lugar. Es, principalmente, una finca dedicada al cultivo de cacahuets. Nunca la he visto, pero según mi padre es muy confortable, con todas las comodidades norteamericanas. Ya puedes figurártelo... Máquina de lavar, refrigerador, teléfono, calefacción, radio y todas esas cosas... Lo más moderno. Cuando nos hayamos instalado, iremos a Richmond para buscar

una buena gramola y comprar todos los discos que nos gusten. Hay allí unos grandes almacenes, llamados Miller and Rhoads, con una estupenda sección de discos; al menos así era cuando yo iba a la escuela, allá, en Midlesex...

De nuevo me interrumpió, esta vez para decirme suavemente, pero con extrema curiosidad:

—¿«Cuando nos hayamos instalado»? ¿Qué sucederá entonces? ¿Y qué quieres decir con «instalado», querido Stingo?

Esta pregunta produjo un embarazoso y largo silencio que yo no me vi capaz de llenar con una respuesta inmediata, asustado al darme cuenta del importante significado que debía tener la contestación adecuada. Así que carraspeé para deshacer el nudo que se me había formado en la garganta, pero aún no dije nada, consciente de las rápidas y arrítmicas pulsaciones con que fluía la sangre a mis sienes y de la desolada quietud de tumba que había inmovilizado de pronto la habitación. Por fin, dije con lentitud, pero con una facilidad y una valentía de que no me habría creído nunca capaz:

—Sophie, estoy enamorado de ti. Te amo y quiero casarme contigo. Quiero que vivamos juntos en esa granja. Quiero escribir mis libros allí, quizá durante el resto de mi vida, y quiero que tú estés siempre a mi lado para ayudarme a crear una familia y a cuidar de ella. —Dudé un instante, pero luego proseguí—: Te necesito mucho, Sophie, muchísimo. ¿Es demasiado esperar que tú también me necesites?

Mientras pronunciaba estas palabras, observaba que sonaban igual, que tenían el mismo timbre y la misma vibración que una propuesta de matrimonio que George Brent, el rey de la papanatería, dirigía a Olivia de Havílland paseando por la cubierta de un absurdo y fabuloso trasatlántico; pero después de haber dicho con tanta decisión lo que tenía que decir, un destello de genialidad me hizo pensar que lo ridículo sería finalmente vencido por lo sublime, y que toda declaración de amor que se preciara debía ser asquerosamente cinematográfica.

Sophie bajó su cabeza hacia la mía, permitiéndome notar el calor de su mejilla ligeramente enfebrecida, y me habló al oído con voz queda mientras yo contemplaba el suave meneo de sus nalgas cubiertas de seda.

—Oh, Stingo, qué encantador eres... Has cuidado de mí de muchas maneras. No sé lo que haría sin ti. —Una pausa con sus labios rozándome el cuello—. Pero ¿sabes una cosa, Stingo?, tengo más de treinta años. ¿Qué harías con una vieja como yo?

—Me las compondría —dije—. Ya me las compondría de algún modo.

—Deberías preferir a una chica más joven y no a una mujer de mi edad, sobre todo considerando que quieres tener hijos. Además... —se interrumpió.

—Además, ¿qué?

—Pues que los médicos siempre me han dicho que debía andar con cuidado en cuanto a tener hijos, después de...

Volvió a guardar silencio.

—¿Te refieres a todo lo que sufriste?

—Sí, pero eso no es todo. Algún día me haré vieja y fea, y tú todavía serás joven. Entonces no podré reprocharte que persigas a las bellas *demoiselles* de tu edad.

—Oh, Sophie, Sophie... —protesté con un susurro, mientras pensaba desesperadamente: «No me ha respondido diciéndome “te amo”»—. No hables de esta

manera. Tú siempre serás, mi... mi... —busqué a tientas una frase verdaderamente tierna, pero sólo fui capaz de decir—: mi Número Uno —cosa que no pudo sonar peor.

Se apartó un poco de mí para quedar sentada en la cama. Entonces dijo:

—Quiero ir contigo a esa granja. Tengo muchas ganas de ver el Sur, después de todo lo que me has contado y después de haber leído a Faulkner. Por qué no nos quedamos algún tiempo en ese lugar que dices, sin casarnos, y luego podríamos decidir...

—Sophie, Sophie —la interrumpí—. Lo encuentro muy acertado. Nada podría gustarme más. No soy un maniático del matrimonio. Pero tú no sabes cómo es la gente que vive allá abajo. Quiero decir que son personas decentes, generosas y de buen corazón, como la mayoría de los sureños, pero nos sería imposible vivir en un pequeño lugar de campo como ése sin estar casados. ¡Dios mío, Sophie, si está lleno de cristianos...! Cuando corriera la voz de que vivíamos en pecado (que es como lo llaman), esa buena gente de Virginia nos cubrirían de alquitrán y plumas, nos atarían a un largo tablón y nos echarían al otro lado de la frontera de Carolina. Es la pura verdad, eso es lo que sucedería.

Sophie ahogó una risita:

—Los norteamericanos son muy curiosos. Yo creía que Polonia era muy puritana, pero la gente del Sur...

Ahora me doy cuenta de que fue la sirena, o el coro de sirenas, así como el alboroto que acompañó sus chillidos, lo que rompió la frágil membrana del humor de Sophie que, gracias en parte a mi solicitud, se había abonanzado bastante. En la ciudad, las sirenas, incluso a gran distancia, son siempre un ruido odioso, la causa de innecesarios sobresaltos. Aquélla, subiendo de la estrecha calle hasta el tercer piso en que nos hallábamos, amplificada por el estrecho valle de casas y después de rebotar en el mugriento edificio de enfrente, entró a través de nuestra ventana como el morro alargado de un ululante animal, como un grito solidificado. Me enloqueció los tímpanos —puro tormento sádico concentrado en el oído—, y me hizo saltar de la cama para cerrar la ventana. Al final de la oscura calle, se alzaba un penacho de humo de lo que parecía un almacén, pero los camiones de bomberos que se habían detenido debajo de nosotros, atascados por algún obstáculo desconocido, no cesaban de lanzar hacia el cielo sus increíbles aullidos.

Cerrar la ventana nos alivió un poco, pero no pareció haber ayudado a Sophie en absoluto: yacía en la cama sacudiendo los pies y apretándose una almohada sobre la cabeza. Como habitantes de ciudad, estábamos acostumbrados a aquella agresión bastante corriente en las grandes poblaciones, aunque nunca la habíamos experimentado tan cerca ni con tanta intensidad. La tranquila ciudad de Washington nos obsequiaba con un estridente alboroto que yo nunca había oído en Nueva York. Pero ahora los camiones de bomberos superaron su obstáculo y el ruido disminuyó, y yo pude dedicar toda mi atención a Sophie, que seguía en la cama. Me estaba mirando. Lo que oí me había puesto los nervios de punta, pero a ella la había lacerado como un tremendo latigazo. Tenía la cara enrojecida y crispada, y de pronto rodó hacia la pared sacudida de nuevo por el llanto. Me senté a su lado. La observé durante cosa de un minuto, hasta que sus sollozos, poco a poco, fueron cesando. Entonces me dijo:

—Lo siento, Stingo. Por lo que parece, no soy capaz de controlarme.

—Eso no es nada —dije sin demasiada convicción.

Por unos instantes, permaneció completamente silenciosa en el mismo sitio. Luego

dijo:

—Stingo, ¿has tenido alguna vez algún sueño que se haya repetido una y otra vez a lo largo de tu vida? Los llaman sueños recurrentes, ¿verdad?

—Sí —repliqué, recordando el sueño que tuve cuando muchacho, después de la muerte de mi madre (su ataúd abierto en el jardín, su demacrada cara empapada de lluvia que me miraba con profundo dolor)—. Sí, tuve uno que se repitió constantemente tras la muerte de mi madre.

—¿Crees que tendrán que ver siempre con los padres? El que yo he tenido durante toda mi vida es sobre papá.

—Es extraño —dije—. Tal vez. No lo sé. Los padres y las madres... permanecen siempre, de un modo u otro, en lo más esencial de nuestra vida. Al menos eso parece.

—Cuando, hace un rato, me dormí, tuve ese sueño sobre mi padre. Pero debí de olvidarlo al despertar. Después los bomberos..., esa sirena. Era terrible, pero tenía un extraño sonido musical. ¿Podría llamarse... música? La conmoción que me causó me hizo pensar de nuevo en el sueño.

—¿Sobre qué era?

—Tuvo que ver con algo que me sucedió de niña.

—¿Qué fue, Sophie?

—Bueno, antes de contarte el sueño debieras tener en cuenta algo que voy a explicarte. Sucedió cuando tenía once años, como tú cuando soñaste a tu madre por primera vez; fue durante nuestras acostumbradas vacaciones en los Dolomitas. Recordarás que te dije que mi padre alquilaba un chalé cada verano, allí, sobre Bolzano, en un pequeño pueblo llamado Oberbozen, que era de habla alemana, por supuesto. Había en aquel lugar una pequeña colonia veraniega: profesores de Cracovia y Varsovia y algunos..., bueno, supongo que podían llamarse aristócratas polacos; por lo menos, tenían dinero. Recuerdo que uno de los profesores era el famoso antropólogo Bronislaw Malinowski. Mi padre intentaba trabar amistad con él, pero Malinowski detestaba a mi padre. Una vez, en Cracovia, oí decir a una persona mayor que Malinowski pensaba que mi padre, el profesor Biegański, era un vulgar advenedizo. En cambio, había en Oberbozen una mujer conocida por princesa Czartoryska a quien mi padre había llegado a conocer bien, y con la que se vio muy a menudo durante aquellos veranos. Pertenecía a una familia polaca muy noble y muy antigua y mi padre la apreciaba porque era rica y, bueno, porque compartía sus sentimientos respecto a los judíos.

»Eso era en los tiempos de Pilsudski, ¿sabes?, cuando los judíos polacos estaban protegidos y disfrutaban de lo que podría llamarse una vida decente. Y como te decía, mi padre y la princesa se reunían a menudo, y hablaban del problema judío y de la necesidad de librarse de los judíos algún día. Es extraño, ¿sabes, Stingo?, porque mi padre, cuando estaba en Cracovia, siempre era muy discreto respecto a los judíos y al odio que sentía por ellos delante de mí, de mi madre o de cualquier otra persona. Al menos mientras fui una niña. Pero en Italia ¿sabes?, en Oberbozen, con la princesa Czartoryska era diferente. Era una mujer de ochenta años que siempre llevaba ricas y largas batas incluso en pleno verano, y también iba muy enjoyada; lo que más recuerdo es un gran broche de esmeraldas. Estas reuniones se celebraban en su *Sennhütte*, es decir, en su chalé, y hablaban de los judíos mientras tomaban el té. Siempre hablaban en alemán. La princesa

tenía un precioso y enorme perro bernés con el que yo solía jugar cerca de ellos, y por esto oía casualmente sus conversaciones, casi siempre referentes a los judíos. Hablaban de la necesidad de expulsarlos, de enviarlos a algún lejano lugar, a todos, con lo que se librarían de ellos para siempre. La princesa estaba incluso dispuesta a iniciar una suscripción para reunir el dinero que fuese necesario. Siempre estaban hablando de islas; de Ceilán, Sumatra y Cuba, pero sobre todo de Madagascar, adonde ellos habrían enviado a los judíos. A veces sólo escuchaba a medias; era cuando jugaba a algo con el nieto de la princesa Czartoryska, que era inglés, o cuando escuchaba la música de su fonógrafo. Es la música ¿sabes, Stingo?, lo que tuvo que ver con mi sueño.

Sophie volvió a guardar silencio; apretó los dedos contra sus ojos cerrados, y como si algo la hubiera distraído de sus recuerdos y hubiese cambiado la dirección de su pensamiento, dijo de pronto, en un tono más vivo:

—Así, Stingo, tendremos música donde vayamos. Sin música, no podría vivir.

— Bueno, hablando con franqueza, Sophie, en el terruño, es decir, fuera de Nueva York, es muy poco lo que puede escucharse en la radio. Allí no hay emisoras como la WQXR o la WNYC. Sólo la Metropolitan Opera el sábado por la tarde. Lo demás, misticidades regionales. Algunas de ellas son horrosas. A lo mejor, te convierto en una admiradora de Roy Acuff. Pero como te digo, lo primero que haremos cuando nos hayamos instalado será comprar una gramola y discos...

—Estaba tan bien acostumbrada —me interrumpió—, después de toda la música que me había comprado Nathan... Pero la música es mi sangre, la sangre de mi vida, ¿sabes? No puedo prescindir de ella. —Hizo otra pausa para recuperar el hilo de sus recuerdos, y luego dijo—: Como te he dicho, la princesa Czartoryska tenía un fonógrafo. Era uno de aquellos aparatos primitivos, no muy bueno, pero el primero que yo veía u oía. Una cosa rara, ¿verdad?, aquella vieja polaca aborrecedora de judíos con su amor a la música. Tenía un montón de discos y yo casi me volvía loca de placer cuando los ponía para nosotros, es decir, mi padre, mi madre y yo o quizás algún otro invitado. La mayoría de las grabaciones eran arias de óperas italianas y francesas, de Verdi, Rossini y Gounod, pero recuerdo en especial uno de los discos; me gustaba tanto que a veces creía que iba a desmayarme. Debía de ser un disco raro y precioso. Ahora costaría de creer, porque era muy viejo y lleno de ruidos, pero lo cierto es que me encantó enseguida. Eran *Lieder* de Brahms cantados por Madame Schuman-Heink. Recuerdo que en una cara había *Der Schmied*, es decir, «El herrero», y en la otra, *Von ewige Liebe*, o sea, «Del amor eterno», y la primera vez que las escuché aquella maravillosa voz me dejó extasiada; parecía la de un ángel que hubiese bajado a la tierra. Pero lo verdaderamente extraño es que no hubo segunda vez: no volví a oír aquellas canciones en ninguna de las otras visitas que mi padre hizo a la princesa en mi compañía. Yo ansiaba oírlas de nuevo. Habría hecho cualquier cosa, aunque hubiera sido lo peor del mundo, para volverlas a escuchar, pero era demasiado tímida para pedir a la princesa que volviera a poner el disco, y además mi padre me habría castigado si hubiese sido tan... tan atrevida...

»Así pues, en el sueño que tantas veces he tenido veo a la princesa Czartoryska con su hermosa bata. Se dirige hacia el fonógrafo, se vuelve y dice: «¿Te gustaría escuchar los *Lieder* de Brahms?». Y yo siempre voy a decir que «sí», pero antes de que pueda hacerlo mi padre me lo impide. Se halla de pie al lado de la princesa, y mirándome fijamente dice:

«No, por favor, por favor no ponga esa música para esta tonta. Es demasiado estúpida para comprenderla». Y entonces despierto con un disgusto... Pero esta vez aún ha sido peor, Stingo, porque en el sueño que acabo de tener parecía que mi padre hablaba a la princesa... no de la música, sino... —Sophie vaciló y luego murmuró—: de mi muerte. Creo que quería que muriese.

Aparté la mirada de Sophie lleno de una inquietud y una sensación de desdicha que fueron para mí como un profundo dolor visceral. Había penetrado en la habitación un débil olor a quemado, pero aun a riesgo de aumentarlo di unos pasos hacia la ventana y la abrí. Entonces vi que el humo había invadido la calle en forma de frágiles velos azulados. A lo lejos, sobre el edificio incendiado, se distinguía una turbulenta nube rosada, pero no vi ninguna llama. De pronto el hedor se hizo más intenso: era de pintura quemada, —o barniz, o alquitrán— mezclada con caucho ardiente. Volvieron a sonar las sirenas, pero esta vez con poca fuerza, probablemente acercándose al lugar del siniestro desde un punto opuesto a nuestra calle. Divisé una pluma de agua que borboteaba hacia el cielo, se inclinaba después sobre unas ventanas invisibles para mí y caía sobre un oculto infierno para convertirse en una nube de vapor. A lo largo de las aceras, gran número de mirones en mangas de camisa se acercaban cautelosamente al incendio, mientras un policía comenzaba a cerrar la calle con barreras de madera. Ni el hotel ni nosotros corríamos ningún peligro, pero me encontré temblando de angustia.

Cuando me volví hacia Sophie, levantó la mirada hacia mí desde la cama y dijo:

—Stingo, debo decirte algo que no te había dicho nunca, ni a ti ni a nadie.

—Dímelo, pues.

—Sin saber esto, no comprenderías nada sobre mí. Y además, tengo necesidad de decirlo a alguien.

—Dímelo, Sophie, dímelo.

—Antes he de beber un poco.

Sin dudarle un instante, abrí la maleta y saqué de entre el resbaladizo revoltijo de lino y seda la segunda botella de whisky que yo le había visto esconder allí. «Puedes emborracharte, Sophie —pensé—, te lo has ganado.» Entré *entonces en* el pequeño cuarto de baño, llené de agua hasta la mitad un vaso de plástico de color verde pálido y se lo llevé a la cama junto con la botella. Sophie vertió whisky en el vaso hasta llenarlo.

—¿Quieres un poco? —dijo.

Negué con un movimiento de cabeza, me acerqué de nuevo a la ventana desde donde se notaban las acres emanaciones del distante incendio.

—El día de mi llegada a Auschwitz —oí decir detrás de mí— se notaba la primavera. Habían florecido las forsytias.

«Pues yo —pensé— estaba comiendo bananas en Raleigh, Carolina del Norte.» No era la primera vez que evocaba aquel hecho desde que conocía a Sophie, pero nunca como entonces me di cuenta del verdadero significado de lo absurdo, y de su irrevocable horror.

—¿Y sabes una cosa, Stingo? Una noche de aquel invierno, en Varsovia, Wanda me había predicho su muerte, la mía y la de mis hijos.

No recuerdo exactamente en qué momento, durante la descripción que Sophie estaba haciendo de aquellos hechos, el reverendo Entwistle comenzó a susurrar:

—Dios mío, Dios mío...

Pero el falso sacerdote pareció convencerse, mientras duró el relato de Sophie, en tanto que el humo se arremolinaba sobre las terrazas y tejados vecinos y el fuego se alzaba por fin hacia el cielo con furiosa incandescencia, que aquellas piadosas exclamaciones presbiterianas habían quedado desprovistas de sentido. Con lo que quiero decir que los «Dios mío» o los «Jesucristo» que susurró una y otra vez estaban tan vacíos de significado, en contraste con tantos horrores, como los sueños de un idiota sobre Dios, o como la idea de que tal Ser existiera.

—A veces pienso —prosiguió Sophie— que todo lo malo de la tierra, que todos los pecados imaginables tenían que ver con mi padre. Sin embargo, aquel invierno, en Varsovia, no me sentía en absoluto culpable de lo que mi padre había escrito. Pero en cambio experimentaba una terrible vergüenza, que no es lo mismo que culpa. La vergüenza es un detestable sentimiento, más difícil de soportar, incluso, que la culpa, y yo la sentía con una increíble intensidad al pensar que los sueños de mi padre se estaban convirtiendo en realidad ante mis ojos. También llegué a percatarme de muchas otras cosas, porque vivía con Wanda, o muy cerca de ella. Ella conseguía mucha información sobre lo que sucedía en todas partes, lo que me permitía saber, ya entonces, que miles de judíos eran transportados a Treblinka y a Auschwitz. Al principio se creía que eran enviados a aquellos lugares sólo para trabajar, pero gracias al buen servicio de espionaje que tenía la Resistencia pronto supimos la verdad, nos enteramos de la existencia de los crematorios y cámaras de gas y de lo que sucedía en ellos. Era lo que había deseado mi padre, cosa que me ponía enferma.

»Cuando iba a trabajar a la fábrica de papel alquitranado, lo hacía a pie o en el tranvía que pasaba por delante del gueto. Los alemanes no lo habían desangrado todavía por completo, pero lo estaban consiguiendo. A menudo podía ver filas y más filas de judíos con los brazos en alto conducidos como ganado por los nazis, que los amenazaban con sus rifles. Parecían tan desamparados y tan... grises, aquellos judíos... Una vez tuve que bajar del tranvía por las ganas de vomitar que me entraron. Y en medio de todo aquello me parecía ver a mi padre..., que autorizaba aquel horror, y no sólo que lo permitía sino que, de algún modo, lo creaba. No podía guardarme esto por más tiempo y tenía que contarlo a alguien. Ninguna de las personas que trataba en Varsovia sabía mucho de mi pasado; vivía bajo mi nombre de casada. Y decidí decírselo a Wanda... Me refiero a la maldad de mi padre.

»Y además... además, Stingo, he de reconocer otra cosa: me sentía fascinada por aquellas cosas tan increíbles que les estaban sucediendo a los judíos. Era un sentimiento difícil de definir. No era precisamente de placer, sino lo contrario. Y sin embargo, cuando pasaba por delante del gueto a cierta distancia, me paraba para contemplar, encantada, determinadas escenas, para ver cómo los alemanes rodeaban y detenían a los judíos. Y llegué a comprender el motivo de mi fascinación, y me dejó pasmada. Casi me quedé sin aliento al comprobarlo: de pronto pensé que mientras los nazis tuvieran que emplear tantas energías en la destrucción de los judíos (en realidad, unas energías sobrehumanas) yo estaría a salvo. No completamente a salvo, claro, pero más segura. Por mal que nos fueran las cosas, nosotros, los polacos, no corríamos tanto peligro como aquellos judíos, tan desesperadamente cogidos en la trampa. Sí, mientras los alemanes estuvieran totalmente entregados a la destrucción de los judíos, yo me sentiría más segura, por lo que

se refería a mí misma y a mis hijos y también a Wanda y a Jozef, a pesar de aquellas cosas tan peligrosas que hacían. Pero esto aún me hacía sentir más avergonzada. Por lo tanto, esa noche de que te hablo, decidí contárselo todo a Wanda.

»Estábamos terminando de comer. Poca cosa... Sopa de alubias y nabos con una especie de salsa que de salsa sólo tenía el nombre. Habíamos estado hablando de toda la música que no podíamos oír. Yo había retrasado durante toda la comida el momento de hacer mi revelación y, por fin, tuve el valor de hablar: «Wanda!», dije, «¿has oído nombrar alguna vez a un tal Biegański, Zbigniew Biegański?». Por un momento, los ojos de Wanda nada expresaron, pero enseguida dijo: «Ah, sí, te refieres al profesor fascista de Cracovia. Hubo un momento, antes de la guerra, en que fue muy conocido. Hacía discursos histéricos, aquí en la ciudad, contra los judíos. Me había olvidado de él por completo. No sé qué sería de él. Estará trabajando para los alemanes».

»Murió», dije yo. «Era mi padre.» Podía ver cómo Wanda temblaba. Hacía tanto frío en aquella habitación... Aunque no tanto como fuera. Los niños estaban acostados en el cuarto de al lado. Dormían allí porque yo me había quedado sin leña y sin carbón para calentar mi propio piso, y Wanda tenía al menos un gran edredón en la cama que los resguardaba bien del frío. Yo seguía mirando a Wanda, pero su rostro no mostraba emoción alguna. Un momento después dijo: «Así que era tu padre. Debe de resultar extraño tener a un hombre de esa clase como padre. ¿Cómo era?». .

»Su reacción me sorprendió. Parecía tomarlo con tanta calma, con tanta naturalidad... Quiero decir que, de todos los miembros de la Resistencia de Varsovia, era la persona que más había hecho para ayudar a los judíos..., o para intentar ayudarlos, porque era tan difícil... Podría decirse que su especialidad era intentar prestar ayuda al gueto. Consideraba, también, que quienquiera que traicionara a los judíos, siquiera a un solo judío, traicionaba a Polonia. Fue Wanda quien inició a Jozef en su manera de matar polacos traidores a los judíos. Podía decirse que era una verdadera militante, por eso y por otras cosas. Era socialista. Pero no pareció asombrarse en absoluto de que mi padre hubiera sido lo que fue, y demostró no pensar en la posibilidad de que yo hubiera sido..., bueno, contaminada. Yo le dije: «Me resulta muy difícil hablar de él». Y ella me contestó, muy afectuosamente: «Pues no lo hagas, querida. No me importa quién era tu padre. No se te puede culpar de sus miserables pecados».

»Entonces yo dije: «Parece increíble... Fue muerto por los alemanes en el Reich. En Sachsenhausen».

»Pero ni siquiera esta..., bueno, esta ironía, pareció impresionarla. Sólo pestañeó y se pasó la mano por el pelo. Sus cabellos eran rojos y delicados, sin el menor brillo... a causa de la mala alimentación. Se limitó a decir: «Debió de ser uno de los catedráticos de la Universidad de Cracovia a los que apresaron a raíz de la ocupación».

»Yo respondí: «Sí, y también detuvieron a mi marido. Nunca te había hablado de ello. Era discípulo de mi padre. Te mentí. Espero que me perdones por haberte dicho que murió luchando durante la invasión...».

»Y antes de que terminara de disculparme, Wanda, que había encendido entretanto un pitillo (fumaba como un diablo cuando conseguía cigarrillos), dijo: «Zosia, querida mía, por el amor de Dios, ¿acaso crees que me importa lo que fueron? Eres tú la que me importa. Aunque tu marido hubiera sido un gorila y tu padre Joseph Goebbels, seguirías

siendo mi mejor amiga». Fue hacia la ventana y bajó la persiana. Sólo lo hacía cuando acechaba algún peligro. Vivíamos en el quinto piso, pero el edificio se destacaba entre varios solares que habían sido casas bombardeadas y cualquier movimiento inhabitual por nuestra parte llamaba con mayor facilidad la atención de los alemanes. Por esto Wanda procuraba no arriesgarse. Recuerdo que entonces miró su reloj y dijo: «Vamos a tener una visita dentro de un minuto. Dos líderes judíos del gueto. Vendrán para recoger un paquete de pistolas».

»Recuerdo que pensé: «¡Dios bendito!». Mi corazón daba un terrible brinco siempre que Wanda mencionaba pistolas, reuniones secretas, o algo que fuera peligroso de llevar a cabo o que supusiera la posibilidad de apresamiento por los alemanes. Ser sorprendido ayudando a los judíos significaba la muerte, ¿sabes? ¡Y yo era tan cobarde! Enseguida perdía la serenidad y me ponía a temblar. A veces me preguntaba si aquella cobardía no era una cosa mala heredada de mi padre. Esperaba que Wanda no se hubiera dado cuenta de aquellos síntomas. En aquel momento, dijo: «Conozco de oídas a uno de esos judíos. Es tenido por un tipo muy valeroso, muy competente. No obstante, está desesperado. Hay en el gueto alguna resistencia, pero sin organización. Envié un mensaje a nuestro grapo en el que decía que se preparaba allí una revuelta importante para muy pronto. Hemos tenido tratos con otros judíos de aquel lugar, pero ese hombre es un verdadero activista. Creo que se llama Feldshon».

»Esperamos un rato a los judíos, pero no llegaban. Wanda me dijo que las pistolas estaban escondidas en el sótano del edificio. Yo entré en el dormitorio para dar una mirada a los niños. Incluso allí el aire era tan frío que parecía cortar como un cuchillo, y observé una nubecilla de vapor sobre las cabezas de Jan y Eva. Oía silbar el viento a través de las grietas de la ventana. Pero aquel edredón era enorme, de los mejores que se usaban en Polonia, y estaba lleno de plumón de ganso. No calentaba a los niños, pero los protegía. Por esto rezaba por conseguir un poco de carbón o de leña para calentar mi piso el día siguiente. Al otro lado de la ventana, había una negrura increíble: una ciudad en la más completa oscuridad. A mis estremecimientos de nerviosismo se añadía el temblor que me causaba el frío. Aquella noche Eva estaba resfriada y tenía dolor de oído, por lo que tardó mucho en dormirse. Pero Wanda pudo encontrar aspirinas, las cuales, naturalmente, andaban muy escasas (Wanda era capaz de encontrar cualquier cosa que necesitáramos), y en aquel momento Eva dormía profundamente. Volví a rezar, para que a la mañana siguiente la niña se encontrara mejor y no le doliera ya nada. Entonces oí que llamaban a la puerta del piso y volví al cuarto de estar.

»No recuerdo demasiado bien al otro judío, quizá porque casi no hablaba, pero recuerdo muy claramente a Feldshon. Era un hombre de aspecto fuerte, de cabello color de arena, de ojos penetrantes e inteligentes y de una edad que, según calculé, rebasaría pocos años de los cuarenta. Aquellos ojos te atravesaban a pesar de mirar a través de los gruesos cristales de sus gafas. Recuerdo que uno de ellos estaba agrietado. Y también recuerdo lo indignado que estaba, a pesar de su cortesía. Parecía arder en odio y resentimiento, aun cuando sus maneras eran estupendas. Sin rodeos, dijo enseguida a Wanda: «No podré pagarle ahora, darle en este momento lo que valen las armas —yo no entendía muy bien su polaco, era bastante impreciso y difícil—, pero podré hacer o pronto».

»Wanda dijo a los dos que se sentaran, y se puso a hablar en alemán. Lo primero que

dijo estaba lleno de crudeza: «Su acento es alemán. Con nosotras puede hablar alemán, o yiddish, si no le importa». Pero él la interrumpió, irritado, en un perfecto alemán: «No tengo ninguna necesidad de hablar en yiddish. Hablaba alemán antes de que usted naciera».

»Mas entonces fue Wanda quien interrumpió a Feldshon: «No necesito tantas explicaciones. Hable en alemán, y ya está. Ya ve que yo lo hablo, lo mismo que mi amiga. No se le pide que nos pague por las armas, ni ahora ni nunca, pero menos aún esta vez. Éstas fueron robadas a las SS, y, dadas las circunstancias, no queremos cobrarles nada. Podemos hacer uso de fondos, sin embargo. Ya hablaremos de dinero otra vez». Nos sentamos todos. Ella se sentó al lado de Feldshon debajo de la bombilla eléctrica. Su luz era débil, amarilla y temblorosa; nunca sabíamos lo que duraría. Wanda ofreció cigarrillos a Feldshon y al otro judío diciendo: «Son cigarrillos yugoslavos, también robados a los alemanes. A esta hora, esa luz puede apagarse de un momento a otro; por lo tanto, vamos al grano. Pero antes quiero saber una cosa. ¿Cuáles son sus antecedentes, Feldshon? Quiero saber con quién trato y tengo derecho a saberlo. Conque desembuche. Podríamos seguir en contacto para esto y otras cosas».

»Era notable, ¿sabes?, aquella manera tan directa de tratar a las personas que tenía Wanda, a todo el mundo, incluso a los extraños. Era casi... Creo que la palabra es «descarada»; y se comportaba como un hombre de los más duros, aunque tenía mucho de joven y femenina, y también cierta suavidad, lo que le permitía arreglárselas para salirse casi siempre con la suya. Recuerdo el aspecto que tenía en aquel momento. Se la veía muy... «macilenta», supongo que dirías tú. Se había pasado dos noches enteras sin dormir, siempre trabajando, moviéndose, siempre corriendo algún peligro. Había invertido muchas de aquellas horas trabajando en un periódico clandestino: una de las cosas más peligrosas. Creo haberte dicho que no era realmente hermosa. Tenía una cara de palidez lechosa, llena de pecas y con una gran mandíbula, pero el magnetismo que poseía la transformaba, la hacía extrañamente atractiva. Seguí mirándola: su cara mostraba tanta firmeza e impaciencia como la del judío. Era una intensidad de sentimientos digna de observar por su fascinación, por su carácter hipnótico.

»Feldshon dijo: «Nací en Bydgoszcz pero, de niño, mis padres me llevaron con ellos a Alemania». Entonces su voz reveló enfado y sarcasmo. «Ésta es la razón de que mi polaco sea tan pobre. Y confieso que algunos de nosotros hablamos lo menos posible en el gueto. Preferiría hablar cualquier otra lengua antes que la del opresor. ¿El tibetano? ¿El esquimal?» Y luego dijo con más suavidad: «Perdonen esta digresión. Crecí en Hamburgo y allí fui educado. Fui uno de los primeros estudiantes de la nueva universidad. Después fui profesor en una escuela superior. En Würzburg. Enseñaba literatura inglesa y francesa. Y allí estaba enseñando cuando me detuvieron. Cuando se descubrió que había nacido en Polonia, fui deportado aquí en 1938, con mi mujer y mi hija, junto con algunos otros judíos de origen polaco». Se detuvo y luego dijo con amargura: «Escapamos de los nazis y ahora aquí están sacudiendo nuestras paredes. Pero no sé a quién temo más: si a los nazis o a los polacos. Precisamente los polacos, a los que debería considerar mis compatriotas. Al menos sé de qué son capaces los nazis».

»Wanda ignoró el comentario final y volvió a hablar de las pistolas. Dijo que en aquel momento las armas se encontraban en el sótano del edificio, envueltas en papel fuerte.

También había una caja de municiones. Miró su reloj y dijo que, exactamente al cabo de quince minutos, dos miembros del Ejército Nacional se hallarían en el sótano a punto de trasladar el paquete y la caja al vestíbulo de la casa. Habían convenido una señal. Cuando Wanda la oyera lo indicaría a Feldshon y al otro judío. Dejarían el piso inmediatamente y bajarían al vestíbulo por la escalera, donde los esperarían los paquetes. Entonces abandonarían el edificio con la mayor rapidez posible. Recuerdo que dijo que quería aclararles una cosa. Una de las pistolas, que eran Lugers, tenía el percutor o algo así roto, pero intentaría conseguirles el recambio tan pronto como pudiese.

»Entonces Feldshon dijo: «Hay algo que aún no nos ha dicho. ¿Cuántas armas nos entrega?». Wanda lo miró: «Creí que ya se lo habían dicho. Tres Lugers automáticas». La cara de Feldshon se volvió blanca, completamente blanca. «No puedo creerlo», susurró. «Me habían dicho que habría una docena de pistolas, tal vez quince. Y también algunas granadas. ¡No puedo creerlo!» Pude ver lo enfadado que estaba, pero también había desesperación en su modo de expresarse. Meneó la cabeza. «Tres Lugers, y una con el percutor roto. ¡Dios mío!»

»Wanda, con su decisión característica, pero haciendo lo posible por controlar su estado de ánimo, dijo: «Es lo máximo que podemos hacer en este momento. Intentaremos obtener más. Creo que lo conseguiremos. Hay cuatrocientos cartuchos. No les bastarán; también procuraremos facilitarles una cantidad mayor».

»De repente, Feldshon dijo con voz suave, con un ligero tono de disculpa: «Perdone mi reacción. Creía que iba a llevarme más armas, y he tenido una decepción. Precisamente esta mañana a primera hora, intenté tratar con otro grupo de partisanos para ver si podía confiar con su ayuda». Y entonces, tras una pausa en que miró a Wanda con furiosa expresión, añadió: «¡Fue algo horroroso, increíble! ¡Borrachos bastardos! Se echaron a reír en nuestras propias caras, se burlaron de nosotros, pues por lo visto nuestra proposición les resultó muy divertida. ¡Nos llamaron sucios judíos! Los que lo dijeron eran polacos».

»Wanda preguntó, decidida como siempre: «¿Quiénes eran esa gente?». «Miembros del ONR, el Partido Nacional Radical, según se llaman ellos mismos», respondió Feldshon. «Pero ayer tuve las mismas dificultades con otro grupo de la Resistencia.» Volvió a mirar a Wanda con la misma expresión de cólera y desespero y prosiguió: «He conseguido tres pistolas y un montón de risas y burlas para enfrentarnos con veinte mil soldados nazis. En nombre de Dios, ¿qué sucede?».

»Pude observar que Wanda se había ido agitando al oír las palabras de Feldshon. También estaba furiosa contra todo..., contra la misma vida: «¡El ONR, ese hato de colaboracionistas! ¡Fanáticos, fascistas! Como judíos, quizás habrían recibido ustedes mejor trato de los ucranianos o del propio Hans Frank... Pero permítame que le haga una última advertencia. Los comunistas son tan malos como ellos. O peor. Si algún día se encuentra con los partisanos rojos del general Korczynski, ¡cuidado!, podrían dispararles antes de dejarles abrir la boca».

»«¡Es increíble!», dijo Feldshon. “Estoy agradecido por las tres pistolas, pero ¿se da usted cuenta de las ganas de reír que esto me causa? ¡Aquí pasa algo inaudito! ¿Ha leído alguna vez *Lord Jim*? ¿El segundo oficial que abandona su buque cuando está a punto de hundirse embarcándose en el único bote de salvamento disponible y dejando a los pasajeros a merced de las olas? Perdóneme por esta cita, pero no puedo por menos de ver

aquí lo mismo. ¡Nos están dejando ahogar nuestros mismos compatriotas!”

»Wanda se levantó, se apoyó sobre la mesa con las yemas de los dedos y se inclinó un poco hacia Feldshon. De nuevo intentaba controlarse, pero yo veía que le era muy difícil. Estaba tan pálida y agotada... Y comenzó a hablar con voz airada: «Feldshon, es usted tonto, ingenuo o ambas cosas a la vez. No es de creer que quienquiera que aprecie a Conrad sea estúpido; por lo tanto, debe de ser usted un ingenuo. Está claro que no ha olvidado el hecho, simple en sí, de que Polonia es un país antisemítico. Usted mismo acaba de usar la palabra “opresor”. Viviendo en una nación que prácticamente inventó el antisemitismo, viviendo en un gueto al que nosotros los polacos dimos origen, ¿cómo podía usted esperar ayuda de sus compatriotas? ¿Cómo podía esperar algo, excepto de algunos de nosotros que polla razón que sea (idealismo, *convicción* moral o simple solidaridad humana), deseamos hacer lo que podamos para salvar algunas vidas judías? Dios mío, Feldshon... Sus padres probablemente dejaron Polonia con usted para librarse de los perseguidores de judíos. Los pobres... Sin duda no sabían que el regazo de Alemania, acogedor, asimilador, humano y amante de los judíos se convertiría en hielo y fuego para helarlos primero y fundirlos después. Y tampoco sabían que cuando usted, su mujer y su hija volvieran a Polonia, encontrarían a los mismos perseguidores de judíos esperándolos para molerlos hasta convertirlos en polvo. Éste es un país muy cruel, Feldshon. Se ha hecho tan cruel a través de los años a causa de las muchas veces que ha experimentado la derrota. A pesar de lo que se escribió en los Evangelios, la adversidad no produce comprensión y compasión, sino crueldad. Y la gente derrotada como los polacos saben ser altamente crueles con aquellos que se separaron de los demás, como los judíos. ¡Me sorprende que salieran ustedes tan bien librados de los del ONR, recibiendo sólo el requiebro de “sucios judíos”!». Se detuvo un instante y luego añadió: «¿Le extraña, pues, Feldshon, que siga amando a este país más de lo que soy capaz de expresar, más que la propia vida? ¿Y que si fuera necesario moriría con gusto ahora mismo por Polonia?»». Feldshon miró fijamente a Wanda y contestó: «Creo que yo también lo haría llegado el momento, pero por ahora no me siento con ganas de morir».

»Wanda me preocupaba. Nunca la había visto tan cansada, creo que tú dirías «molida» o algo así. Había trabajado tanto, comiendo tan poco y sin dormir... La voz le fallaba con frecuencia y le temblaban los dedos que había apoyado sobre la mesa. En cierto momento, cerró los ojos, los apretó, se estremeció y osciló un poco. Creí que iba a desvanecerse. Entonces volvió a abrir los ojos y siguió hablando. Su voz era áspera y tensa, llena de resentimiento: «Hace un momento, ha citado usted a *Lord Jim*, un libro que precisamente conozco. Creo que su comparación es acertada, pero me parece que ha olvidado el final. No recuerda, por lo que parece, que el protagonista se redime de su traición, que se redime con su propia muerte. Su propio sufrimiento y su propia muerte. ¿Es demasiado pensar que algunos polacos queramos redimir la traición que nuestros compatriotas han cometido contra los judíos? ¿Incluso si no salimos con vida de nuestra lucha? No importa. Tanto si nos salvamos como si no, yo por lo menos me sentiré satisfecha de haberlo intentado».

»Al cabo de un momento, Wanda dijo: «No he querido ofenderlo, Feldshon. Es usted todo un hombre, está bien claro. Ha arriesgado su vida viniendo aquí esta noche. No ignoro la prueba por la que está pasando; usted y los demás judíos. Tuve noticia de ella el

verano pasado, cuando vi las fotografías sacadas clandestinamente de Treblinka. Fui una de las primeras personas que las vieron y, como todos los demás, al principio no creí que fueran auténticas. Pero ahora lo creo. No hay nada que pueda sobrepasar el horror de esa prueba. Cada vez que me acerco al gueto tengo la impresión de que me hallo ante un barril lleno de ratas sobre el que dispara un loco con una ametralladora. Así es como veo el desamparo de usted y de aquellos judíos. Y nosotros, los polacos, a nuestra manera, también estamos desamparados. Tenemos más libertad que los judíos (mucho más, mayor libertad de movimientos, más libertad para rehuir el peligro inmediato) pero, sin embargo, estamos constantemente sitiados. En vez de ser ratas dentro de un barril, somos ratas en un edificio en llamas. Podemos apartarnos del fuego, encontrar rincones fríos, buscar la seguridad del sótano. Algunos, poquísimos, podemos escaparnos de la casa. Cada día, muchos de nosotros somos quemados vivos, pero el edificio es enorme, y el hecho de ser tantos también nos salva a veces. El fuego no puede alcanzarnos a todos, y entretanto puede llegar el día en que el fuego se extinga por completo. Si esto llega a suceder, habrá muchos supervivientes. Pero en el barril... En el barril no quedará casi ninguna rata con vida». Wanda respiró profundamente y clavó sus ojos en los de Feldshon. «Permítame ahora una pregunta, Feldshon», dijo. «¿Cómo puede usted esperar que las aterrorizadas ratas del edificio se preocupen por las del barril..., unas ratas con las que, al fin y al cabo, no se han sentido nunca emparentadas?»

»Feldshon sólo miraba a Wanda. Hacía varios minutos que no le quitaba los ojos de encima. No contestó nada. Entonces Wanda miró su reloj y dijo: «Exactamente dentro de cuatro minutos oiremos un silbido. Será la señal para que ustedes dos salgan de aquí y bajen enseguida la escalera. Los paquetes los estarán esperando a la puerta de la casa. — Después de esta indicación, Wanda prosiguió—: Hace tres días estuve negociando en el gueto con uno de sus compatriotas. No mencionaré su nombre; no es necesario. Sólo diré que es el líder de una de esas facciones que se oponen violentamente a usted y a su grupo. Creo que es poeta o novelista. El hombre me gustó mucho, pero no pude soportar algo que dijo. Su modo de hablar de los judíos me pareció sumamente pretencioso. Usó esta frase: “Nuestra preciosa herencia de sufrimiento”».

»En este punto Feldshon tomó la palabra para decir algo que nos hizo reír a todos un poco. Incluso Wanda sonrió. Fue esto: «Sólo puede ser Lewental, Moisés Lewental, ese mentecato». Y Wanda prosiguió: «Detesto la idea de que el sufrimiento sea precioso. En esta guerra cada uno sufre a su modo: los judíos, los polacos, los gitanos, los rusos, los checos, los yugoslavos y todos los demás. Todos son víctimas de la situación. Pero los judíos son, además, víctimas de otras víctimas; aquí está la gran diferencia. Pero ningún sufrimiento es precioso: todos acaban muriendo de la manera más atroz. Antes de que se vayan, quiero mostrarles unas fotografías. Las llevaba en el bolsillo cuando estaba hablando con Lewental. Acababa de conseguirlas. Quería enseñárselas, pero por alguna razón no lo hice. Véalas».

»En aquel momento preciso la luz se apagó, la luz de la pequeña bombilla osciló y desapareció. Sentí en el corazón una punzada de miedo que conocía muy bien. A veces la causaba el simple fallo de la corriente eléctrica. Sabía que cuando los alemanes preparaban una emboscada cortaban la corriente del edificio que querían registrar para atrapar mejor a la gente deslumbrándolos con sus proyectores. Todos nos quedamos un momento

inmóviles. Sólo había la escasa luz de los rescoldos de la pequeña chimenea. Al cabo de un rato, cuando Wanda estuvo segura de que sólo se trataba de un fallo de corriente, encendió una vela y dijo: «Mírenlas».

»Todos nos inclinamos sobre la mesa para ver las fotografías. Al principio no pude distinguir lo que era aquello. ¿Un revoltijo de leños? Sí, parecía una gran masa de pequeños troncos o ramas de árbol. Pero pronto vi de qué se trataba. Era algo increíble: un vagón de carga lleno de cadáveres de niños; una gran cantidad, quizá cien, todos con una rigidez que sólo podía ser la de la muerte. En todas las fotografías se veía lo mismo: vagones llenos de criaturas muertas, todas rígidas, como congeladas.

»“Estos niños no son judíos”, explicó Wanda, “son criaturas polacas; ninguna de ellas tiene más de doce años. Son algunos de los ratones que no consiguieron sobrevivir en el gran edificio en llamas. Estas fotografías fueron tomadas por unos miembros del Ejército Nacional que irrumpieron en un apartadero ferroviario entre Zamość y Lublin. En estas imágenes hay centenares de cadáveres, y pertenecen a un solo tren. Había otros trenes en las vías contiguas, todos abarrotados de niños que se estaban muriendo de hambre, de frío o de ambas cosas a la vez. Esto es sólo una muestra. Los que murieron antes que ellos se cuentan por miles”.

»Nadie habló. Se podía oír la profunda respiración de todos nosotros, pero nadie decía nada. Por fin Wanda comenzó a hablar, y observé que por primera vez su voz era ronca y vacilante; se notaba en ella el agotamiento y el dolor que sufría la muchacha: «Aún no sabemos exactamente el origen de esas criaturas, pero creemos saber quiénes son. Se tiene casi la seguridad de que son niños rechazados del programa de germanización, del Lebensborn ese. Sospechamos que procedían de la región de Zamość. Me han dicho que formaban parte de los miles de criaturas que fueron sustraídas a sus padres para germanizarlos, pero que no se juzgaron racialmente apropiadas y quedaron disponibles (es decir, destinadas al exterminio) en Maidanek o Auschwitz. Pero ni siquiera llegaron allí. En un momento determinado, ese tren, como muchos otros, fue desviado a un apartadero donde se dejó morir a los pequeños en las condiciones que pueden ver aquí. Otros, que también murieron de hambre, sufrieron además el tormento de la sofocación en vagones herméticamente cerrados. Sólo en la región de Zamość, han desaparecido treinta mil criaturas. Miles y miles de ellos han muerto. Eso, Feldshon, también son asesinatos en masa». Se pasó la mano por los ojos y luego prosiguió: «También quería hablarles de los adultos, de los miles de hombres y mujeres inocentes asesinados sólo en Zamość. Pero estoy muy cansada, y siento un principio de mareo. Basta con lo de los niños».

»Wanda pareció perder el equilibrio. Recuerdo que la tomé por el codo y la empujé hacia abajo, para que se sentara. Pero ella siguió hablando a la luz de la vela, con una voz que se había vuelto grave y monótona, como si estuviera en trance: «Los de su raza, Feldshon, son los seres más odiados por los alemanes, y ustedes son, con mucho, los que más sufrirán, pero no crea que se detendrán con los judíos. ¿Cree acaso que cuando acaben con los judíos se limitarán a sacudirse el polvo de las manos, cesarán de asesinar y se mostrarán pacíficos con todo el mundo? Menosprecia la maldad de los nazis si se hace esta ilusión. Cuando terminen con ustedes vendrán por mí. Aun siendo medio alemana. Y no creo que me dejen escapar fácilmente; al menos, mientras todo esto dure. Entonces también detendrán a esta rubia y bella amiga mía y harán con ella lo mismo que habrán

hecho con ustedes. Y no se olvidarán de sus hijos, del mismo modo que no se olvidaron de los pequeños muertos de hambre y de frío que puede ver en estas fotografías».

En la caja de zapatos que parecía la habitación que habíamos tomado en aquel modesto hotel de Washington, Sophie y yo, casi sin darnos cuenta de ello, habíamos intercambiado nuestros respectivos sitios de modo que en aquel momento era yo quien yacía en la cama mirando al techo mientras Sophie se hallaba de pie ante la ventana con los ojos fijos en el incendio distante. Quedó silenciosa por un momento, y yo observé el perfil de su rostro. Pese a tener la mirada puesta en el humeante horizonte, su expresión delataba lo sumida que aún estaba en sus recuerdos. En medio de aquel silencio, podía oír el zureo de las palomas en el alféizar exterior y la confusa conmoción del lugar donde los hombres luchaban aún con las llamas. Volvió a sonar la campana de la iglesia: eran las cuatro.

Sophie reanudó su relato:

—Al año siguiente, como te dije, detuvieron a Wanda, la torturaron y la colgaron de un gancho para que muriera estrangulada. Cuando lo supe pensé en ella y me la imaginé en muchos de los momentos que habíamos convivido, pero sobre todo la recordé y la recordaré siempre tal como la vi aquella noche en Varsovia. Aún contemplo en mi mente su aspecto después de que Feldshon y el otro judío se marcharan para bajar a recoger las pistolas, sentada a la mesa con la cabeza hundida en sus brazos, completamente extenuada. Cosa extraña, jamás la había visto llorar hasta entonces. Supongo que siempre lo consideró una muestra de debilidad. Pero recuerdo muy bien sus lágrimas, y que me incliné hacia ella para ponerle la mano en el hombro y decirle unas palabras de consuelo. Era tan joven... Sólo tenía mi edad. Y tan valiente...

»También era lesbiana, Stingo. No me importaban las demás cosas que fuera; entonces me daba igual. Pero he creído que no estaría de más decírtelo, después de haberte contado tantas cosas sobre ella y aquellos tiempos. Dormimos juntas un par de veces (tampoco tengo por qué callármelo), pero no creo que significara mucho para ninguna de las dos. Wanda sabía muy bien que yo..., bueno, no le correspondía adecuadamente, por lo que no insistió en que continuáramos. Nunca se enfadó ni nada parecido. Sin embargo, la quería, porque era mejor que yo y tan increíblemente valerosa.

»Así que, como te he dicho, predijo su muerte, la mía y la de mis hijos. Aquella noche acabó por dormirse con los brazos y la cabeza sobre la mesa. No la molesté, y me puse a pensar en los niños de las fotografías... Me sentí aterrorizada como nunca lo había estado, ni siquiera en medio de la más tenebrosa de aquellas oscuridades causadas por la falta de corriente, oscuridades que sabían a muerte. Entré en la habitación donde dormían mis hijos. Estaba tan trastornada por lo que Wanda había contado que hice algo de lo que no me di cuenta hasta que estuve haciéndolo: desperté a Jan y Eva y, cogiéndolos en brazos los apreté contra mí. Pesaban mucho y no paraban de moverse y quejarse, pero me parecieron extrañamente ligeros, probablemente a causa de mi frenético deseo de tenerlos a los dos abrazados y, también, del terror y la desesperación que me habían producido las palabras de Wanda sobre nuestro futuro, palabras que yo sabía que predecían una verdad contra la que yo no podía luchar por inmensa y monstruosa.

»Sólo había el frío y la oscuridad de una Varsovia sin luces azotada por el viento y la nieve al otro lado de la ventana. Recuerdo que la abrí y dejé entrar la helada noche. No me

veo capaz de decirte lo cerca que estuve de arrojarme con los niños a aquella oscuridad..., como no podría contar las veces que luego me maldije a mí misma por no haberlo hecho.

El vagón del tren que llevaba a Auschwitz a Sophie, a sus hijos y a Wanda (junto con una mezcla de miembros de la Resistencia y otros polacos atrapados en la más reciente redada) no era un vagón corriente. No era ni un vagón de carga ni un vagón de los usados en el transporte de ganado. Aunque parezca increíble, era un vagón de lujo, antiguo pero todavía en buen uso, con su pasillo alfombrado, sus compartimentos, sus lavabos y unos pequeños letreros metálicos en forma de rombo, escritos en polaco, francés, ruso y alemán en cada ventana que advertían a los pasajeros que no se asomaran al exterior. Por su instalación y accesorios —sus asientos increíblemente gastados pero aún confortables, los adornados pero enmohecidos candelabros—, Sophie dedujo que el venerable vagón había llevado en otros tiempos a gente de primera categoría; sólo por una singular diferencia habría podido ser uno de los vagones en que su padre, viajero elegante, llevaba a la familia, cuando ella era todavía una niña, a Viena, Bozen o Berlín.

La diferencia —tan siniestra y opresiva que la dejó sin aliento con sólo advertirla— consistía en que todas las ventanas estaban tapiadas firmemente con tablas de madera. Y aún había otra diferencia: en cada compartimento, previsto para seis u ocho personas, los alemanes habían embutido cincuenta o sesenta cuerpos con el correspondiente equipaje. Esto significaba que, bajo la luz mortecina del vagón, cada medio metro cuadrado tenía que estar ocupado, sin distinción de sexo, por seis o más prisioneros, de pie o como pudieran, sin otro apoyo para contrarrestar los constantes movimientos de frenado y aceleración que la masa compacta que formaban, lo que los hacía caer continuamente sobre las rodillas de los que iban sentados. Un par de líderes de la Resistencia tomaron el mando. Se estableció un plan según el cual los que iban sentados y los que viajaban de pie alternarían sus posiciones; esto contribuyó algo a la comodidad general, pero nada pudo aliviar los efectos del sofocante calor de tantos cuerpos humanos comprimidos, ni el acre y fétido olor que persistió durante todo el viaje. No era por completo una tortura, sino más bien una cárcel desoladoramente incómoda. Jan y Eva eran los únicos niños del compartimento; fueron sentados por turno sobre las rodillas de Sophie y de los demás. Más de una persona de la celda tuvo que vomitar o satisfacer sus necesidades, y su salida del compartimento para dirigirse a los lavabos a través del atestado pasillo supuso un desesperado esfuerzo muscular. «Habría sido mejor un vagón de carga —recordaba Sophie que alguien dijo—, al menos habríamos podido estirarnos.» Pero curiosamente, en comparación con lo que solía suceder en todos los transportes con destino al infierno que cruzaban por entonces Europa en todas direcciones —trenes atascados, desviados y retrasados en mil atolladeros de espacio y tiempo—, aquel viaje no fue desordenadamente largo: un trayecto que en condiciones normales se habría recorrido en una mañana no requirió días, sino sólo treinta horas.

Posiblemente porque (como ella me había confesado más de una vez) buena parte de la conducta de Sophie se basaba en vanas ilusiones, la tranquilizó un poco el hecho de que los alemanes hubieran utilizado con ella y los demás prisioneros que la acompañaban aquel nuevo medio de transporte. Todo el mundo sabía por entonces que los nazis usaban

vagones de carga para conducir gente a los campos de concentración. Por esto Sophie rechazó, tan pronto como hubo subido al tren con Jan y Eva, la lógica idea de que sus apresadores utilizaban aquel lujoso —aunque viejo— vagón simplemente porque formaba parte del material ferroviario disponible y en buen estado (la chapuza de las ventanas tapadas con tablas de madera debería haber bastado para demostrarlo). Sin embargo, en vez de aceptar la realidad, se aferró a la consoladora creencia de que el uso de aquel casi suntuoso vagón, en el que los comodones polacos y los turistas ricos habían dormitado y cabeceado, indicaba ahora un privilegio especial, significaba que ella y sus hijos serían mejor tratados que los 1.800 judíos procedentes de Malkinia que viajaban en la parte delantera del tren, comprimidos, totalmente a oscuras, dentro de los vagones de ganado cerrados herméticamente desde hacía varios días. A la vista de cómo se desarrollaron luego los hechos, su idea fue disparatada (e indigna, en verdad), tanto, por lo menos, como las esperanzas que se había hecho respecto al gueto: que la mera presencia de los judíos, y la preocupación que tenían los nazis por su exterminio, redundarían en beneficio de su propia seguridad. Y la de Jan y Eva.

El nombre de Oswieçim —Auschwitz—, que fue murmurado varias veces en el compartimento, hizo que Sophie casi se desvaneciera de terror. Sin embargo, no habría necesitado aquellas indicaciones para cerciorarse del lugar a donde se dirigía el tren. Una pequeña línea de luz atrajo su atención hacia una grieta de la tabla de madera contraplacada que tapaba la ventana, y durante la primera hora del viaje pudo ver lo suficiente a la luz del amanecer para asegurarse de la dirección en que iban: sur. Lo supo al ver que pasaban por los pequeños pueblos que rodean Varsovia en vez de cruzar los barrios suburbanos, como lo supo al observar los verdeantes campos y los matorrales en que se alzaban muchos abedules. Sí, iban hacia el sur, en dirección a Cracovia. De todos los destinos posibles, sólo Auschwitz se hallaba en el sur; la evocación de aquel hecho hizo recordar de nuevo a Sophie el desespero que sintió al ver adonde los llevaban. La reputación de Auschwitz era siniestra, vil, aterradora. Aunque en la cárcel de la Gestapo los rumores se habían inclinado por Auschwitz como lugar al que serían enviados, Sophie había abrigado la esperanza —y rezado por ello— de ir a parar a un campo de trabajo alemán, a donde habían destinado a tantos polacos y donde, según otro rumor, las condiciones de vida eran menos brutales, menos duras. Pero a medida que el tren fue avanzando y la amenaza de Auschwitz se hizo más real, Sophie se fue dando cuenta de que era víctima de un castigo inmerecido; se le hacía compartir el delito de otras personas con las que la había unido la casualidad. No cesaba de decirse a sí misma: «No pertenezco a esto». Si no hubiera tenido la desgracia de haber sido detenida al mismo tiempo que un grupo de miembros del Ejército Nacional (un mal golpe de suerte complicado después por su relación con Wanda y por el hecho de vivir en la misma casa, a pesar de no haber movido ni un dedo para ayudar a la Resistencia), probablemente se la habría considerado culpable de dedicarse al contrabando de carne, un grave delito, pero no tan infinitamente peor como el de subversión, lo que la habría librado de una pena y un destino tan atroces. Además, advirtió que, entre otras ironías de su caso, destacaba ésta: no había sido juzgada ni declarada culpable de nada; sólo fue interrogada y luego olvidada. Después la habían echado accidentalmente entre aquellos partisanos, con lo que fue menos víctima de una justicia específica con una pena merecida que de una furia general por parte de los

alemanes: una especie de frenética ansia de dominio y opresión que se apoderaba de los nazis siempre que se apuntaban un éxito contra la Resistencia, un éxito que aquella vez se había extendido a varios centenares de desaliñados polacos capturados en la última redada.

Sophie recordaba ciertos detalles del viaje con increíble claridad. La falta de aire, los hedores, el interminable cambio de posiciones, el levantarse, el sentarse, el volverse a levantar. La caída de una caja del portaequipajes sobre su cabeza al detenerse el tren que no le hizo mucho daño ni le hizo perder el conocimiento pero que le produjo un chichón del tamaño de un huevo. Las vistas del otro lado de la grieta de la tabla, en que la luz primaveral se oscurecía al lloviznar.

Y a través de la película de lluvia, abedules todavía atormentados por los aplastantes efectos de las nevadas del invierno, curvados en forma de arcos parabólicos, catapultas, hermosos esqueletos rotos, látigos... Amarillos lunares de forsitia en todas partes. Delicados campos verdes que se confundían en la lejanía con bosques de abetos, alerces y pinos. De nuevo la luz del sol. Los libros de Jan, que ella intentó leer, con el niño en sus rodillas, a la débil luz de que disponían en el vagón: *La familia suiza Robinson*, en alemán; las ediciones polacas de *Colmillo blanco*, de Jack London, y *Penrod y Sam*, de Booth Tarkington. Los dos tesoros de Eva que la niña se negó a dejar en la red de equipaje: la flauta y su *mís*, es decir, el osito de juguete tuerto y con una sola oreja que la pequeña había conservado desde la cuna.

Fuera más lluvia, un torrente. Luego el hedor de vómito, penetrante, inextinguible, que recuerda en cierto modo el olor a queso. Los pasajeros más cercanos: dos monjas jóvenes de unos dieciséis años, que sollozan, se duermen y se despiertan para murmurar oraciones a la Santa Virgen; Wiktor, un joven miembro del Ejército Nacional que ya está tramando la revuelta o el modo de escapar, que garrapatea mensajes sin parar en trozos de papel para que los compañeros los pasen a Wanda, que viaja en otro compartimento; una vieja loca de miedo que dice ser la sobrina de Wieniawski y asegura al mismo tiempo que el pergamino que aprieta contra el pecho es el original manuscrito de su famosa *Polonaise*, que pretende tener derecho a alguna clase de inmunidad y se deshace en lágrimas ante la malhumorada observación de Wiktor de que lo único que harían los nazis con la célebre e inútil *Polonaise* sería pasársela por el culo. Comienzan las punzadas del hambre. No hay nada que comer. Otra vieja, ya muerta, yace en el pasillo exterior, en el mismo sitio donde un ataque cardíaco la ha hecho caer, petrificadas las manos alrededor de un crucifijo y ensuciada ya su cara, de blancura yesosa, por las botas y zapatos de la gente que la pisa más o menos directamente. De nuevo a través de la grieta: Cracovia de noche, la estación tan familiar para Sophie, el apartadero ferroviario a la luz de la luna donde permanecen parados una hora tras otra. Bajo el verdoso resplandor lunar, una escena insólita: un soldado alemán de pie, con su uniforme completo y el rifle colgado del hombro, masturbándose a buen ritmo en la desierta vía muerta; con placentera y sonriente expresión, se exhibe a los curiosos, indiferentes o desconcertados prisioneros como podría hacerlo ante una mirilla de *voyeur*. Una hora de sueño; después, el esplendor de la mañana. Cruzan el Vístula, lóbrego y calinoso. Dos pequeños pueblos que ella reconoce a través del dorado y polvoriento polen: Skawina y Zator. Eva se pone a llorar por primera vez, atormentada por los espasmos del hambre. «¡Chsss..., niña!» Sophie se duerme todavía

unos momentos, para tener un sueño espléndido, inundado de sol, emocionante, demencial: ella misma, con manto y diadema, sentada sobre el teclado de un piano delante de diez mil espectadores, y a la vez de modo sorprendente e incomprensible, volando, volando, remontando el vuelo hacia la liberación a los celestiales compases del concierto del Emperador. De pronto, sus párpados se separan. Un brusco y ruidoso frenazo. El tren se ha detenido. Auschwitz.

Tendrían que esperar dentro del vagón casi todo el resto del día. Poco después de la llegada, los generadores eléctricos dejaron de funcionar; las bombillas del compartimento se apagaron, dejando como única luz la palidez lechosa que se filtraba a través de las grietas de las tablas que tapaban las ventanas. La música distante de una banda se abrió paso hasta el interior del vagón. Hubo una vibración de pánico, era un terror casi palpable, que se sentía como una picazón de pelos en todo el cuerpo. Y en aquella casi oscuridad se inició un oleaje de ansiosos murmullos: un oleaje ronco, de intensidad creciente, pero tan difícil de entender como el susurro de un ejército de hojas movidas por el viento. Las monjas comenzaron a gemir al unísono, implorando a la Santa Madre. Wiktor les gritó que se callaran, y segundos después Sophie se animó al oír la voz de Wanda, quien, desde el otro extremo del vagón, rogó a los miembros de la Resistencia y a los deportados que conservaran la calma, que guardaran silencio.

Debió de ser a primera hora de la tarde cuando llegó la noticia sobre los centenares de judíos de Malkinia que habían viajado en los vagones delanteros del tren. «Todos los judíos en camiones», decía la nota recibida por Wiktor y leída por él mismo en la penumbra del vagón, una nota que Sophie, demasiado aturdida por el miedo para mantener siquiera ajan y a Eva apretados contra su pecho para tranquilizarlos como era debido, tradujo enseguida por: «Todos los judíos han sido enviados a las cámaras de gas». Sophie se unió a las monjas en sus rezos. Había comenzado a hacerlo cuando Eva se puso a llorar con toda la fuerza de sus pulmones. La criatura había resistido todas las incomodidades del viaje, pero en aquel momento el hambre que sentía se convirtió en insoportable. Sollozaba angustiada mientras Sophie intentaba mecerla en sus brazos para consolarla, pero nada parecía dar resultado; para Sophie, los gritos de la niña fueron por un momento más aterradores que la noticia sobre los judíos que iban a morir. Inesperadamente, fue Jan quien resolvió la situación a su manera: en tono cariñoso, le susurró algunas palabras en una lengua que sólo los dos conocían y se le acercó cuanto pudo con su libro en las manos. A la pálida luz del lugar, comenzó a leerle la historia de Penrod sobre las aventuras de unos muchachos en un delicioso y verde pueblo que era la misma esencia de Norteamérica; consiguió que riera, oportunidad que aprovechó su madre para, con la ayuda del agotamiento que sufría la pequeña y algunos arrullos, conseguir que se durmiera.

Pasaron varias horas. Era ya última hora de la tarde. Llegó entonces otro trozo de papel que fue entregado a Wiktor: «Vagón anterior, en camiones». Esto significaba claramente que, al igual que los judíos, los hombres del Ejército Nacional que iban apretados en el vagón de delante habían sido transportados a Birkenau y, por lo tanto, a los crematorios. Sophie fijó la mirada en un punto indefinido delante de ella, dejó descansar sus manos en el regazo y se dispuso a morir, sintiendo un inexpresable terror, y también, por primera vez, el sabor del bendito y amargo consuelo de la resignación. La

vieja sobrina de Wieniawski había caído en un estupor y parecía hallarse en coma, arrugada la *Polonaise* entre sus manos y goteantes las comisuras de su boca de hilos de baba. Al tratar de reconstruir aquel momento después de tanto tiempo, Sophie se preguntó si no pasaría por unos momentos de inconsciencia, porque la próxima cosa que recordó fue su presencia en el andén con Jan y Eva y el deslumbramiento que le produjo la luz del día, y, enseguida, el enfrentamiento con el Hauptsturmführer Fritz Jemand, doctor en medicina.

Sophie no sabía su nombre ni lo sabría nunca. Lo he bautizado así —Fritz Jemand von Niemand—* porque me parece un nombre muy apropiado para un médico de las SS, para un tipo que apareció ante Sophie *como* salido de la nada y desapareció para siempre de su vista al cabo de unos instantes, pero que dejó tras de sí algunas huellas interesantes. Una de ellas: la impresión de una relativa juventud —de treinta y cinco a cuarenta años— junto a un inoportuno e inesperado buen aspecto bastante perturbador. Sí, el doctor Jemand von Niemand, con su físico de hombre bien parecido, su *voz, sus* maneras y otros atributos, dejaría para siempre más de una huella en la mente de Sophie. Las primeras palabras que le dijo: «Ich möchte mit dir schlafen». Lo que significa, del modo más brusco y más falto de seducción: «Me gustaría meterte en la cama conmigo». Unas palabras toscas, pronunciadas desde una intimidante posición de ventaja, sin clase ni finura, casi con crueldad, una expresión que habría podido esperarse perfectamente de una película procaz sobre las marranadas de los nazis. Pero éstas fueron sólo, según Sophie, las palabras que dijo en primer lugar. Modo de hablar indigno de un caballero (quizás incluso de un aristócrata), pero disculpable hasta cierto punto por el hecho de que el hombre estaba visiblemente borracho. Lo que, a primera vista, hizo pensar a Sophie que podría tratarse de un aristócrata —tal vez prusiano o de origen prusiano— fue su gran parecido con un oficial hijo de nobles que era amigo de su padre y a quien ella vio una vez cuando era una muchacha de dieciséis años en una visita a Berlín durante el verano. De apariencia nórdica, atractivo, de labios delgados, austero y rígido, el joven oficial de otros tiempos la trató fríamente durante su breve encuentro, casi con desprecio; sin embargo, no pudo por menos de sentirse fascinada por su impresionante atractivo que —sorprendentemente—, aunque no podía decirse que fuera el de un hombre afeminado, destacaba en su rostro por una peculiar sedosidad femenina. Era algo así como un Leslie Howard militarizado, actor del que se sintió algo enamorada desde *El bosque petrificado*. A pesar del desagrado que le inspiró el joven oficial de Berlín y de su satisfacción por no tener que volver a verlo, más tarde pensó alguna vez en él de modo perturbador. Según me dijo ella, era el tipo de persona de la que, de haber sido una mujer, yo mismo me habría enamorado perdidamente. Y allí, en el polvoriento andén de Auschwitz, a las cinco de la tarde, estaba su contrapartida, casi su réplica, con uniforme de las SS, enrojecido a causa del vino, el coñac o los licores, pronunciando unas palabras impropias de un patricio con el indolente acento de un patricio berlinés: «Me gustaría meterte en la cama conmigo».

Sophie ignoró lo que dijo, pero observó, mientras él hablaba, uno de esos insignificantes pero imborrables detalles —otra huella espectral del doctor— que siempre sobresaldría como una anomalía en la confusa superficie de recuerdos de aquel día: unos granos de arroz hervido en la solapa de la guerrera de las SS. Sólo cuatro o cinco; aún

* Literalmente, Fritz Alguien de Nadie, (*N. del t.*)

brillantes de humedad, parecían otros tantos huevos de abeja. Mientras los miraba desconcertada, advirtió por primera vez que lo que estaba tocando la banda que daba la bienvenida a los prisioneros —desafinando y con una total desorganización, pero excitando sin embargo los nervios de Sophie con su ritmo pomposo y eróticamente lastimero, como ya lo había hecho cuando ella se hallaba todavía dentro del vagón— era el tango argentino *La cumparsita*. ¿Cómo no se le había ocurrido antes su nombre? Pom-pom-pom, ta-ra-ra-ra-rá, pom-pom-pom...

—*Du bist eine Polack* —dijo el doctor—. *Bist du auch eine Kommunistin?* —Sophie rodeó con un brazo los hombros de Eva y con el otro la cintura de Jan sin decir nada. El doctor eructó; luego repitió, recalcando duramente las palabras—: Sé que eres polaca. ¿Eres también comunista?

Y después, en su obnubilación, se volvió hacia los otros prisioneros, dando la impresión de que se había olvidado de ella.

¿Por qué no se hizo la tonta? «*Nicht spricht Deutsch.*» Diciendo que no hablaba alemán habría salvado la situación. Había tal apiñamiento de gente... Si no hubiera contestado en alemán, los habría dejado pasar a los tres. Pero ¿y su terror? El terror hizo que se comportara como no debía. Sabía entonces lo que un ciego y compasivo desconocimiento había impedido saber a la mayoría de los judíos que llegaban a aquel lugar, pero que su relación con Wanda y los demás le había permitido conocer y considerar con indescriptible pavor: la selección. En aquel momento, ella y los niños estaban pasando por la prueba de que le habían hablado en Varsovia entre otros rumores y cuchicheos, que nunca creyó llegar a sufrir. Pero allí estaba ella, y allí estaba el doctor. Y al otro lado de los vagones desocupados entonces por los judíos de Malkinia destinados a morir, se extendía Birkenau. El doctor podía elegir en aquel momento a cualquiera de los tres para hacerle cruzar las abismales puertas de aquel infierno. Este pensamiento le causó tal terror que en vez de mantener la boca cerrada dijo:

—*Ich bin polnisch! In Krakow geboren!* —Y después de haber dicho con estas palabras que era polaca y natural de Cracovia, añadió desconsolada—: ¡No soy judía! ¡Ni tampoco mis hijos! Son racialmente puros. Y hablan alemán. —Finalmente declaró—: Soy cristiana. Soy una devota católica.

El doctor se volvió hacia ella. Sus cejas se arquearon y miró a Sophie con ojos ebrios, húmedos y fugitivos. Ni rastro de su anterior sonrisa. Sophie se hallaba tan cerca de él que podía oler muy bien las emanaciones alcohólicas —un rancio efluvio de cebada o centeno—, pero no se sintió con fuerzas para devolverle la mirada. Fue entonces cuando se dio cuenta de que había dicho algo erróneo, quizá fatalmente erróneo. Volvió el rostro un instante y su mirada chocó con una cercana fila de prisioneros que, arrastrando los pies, pasaban por el gólgota de su selección, momento en que vio a Zaorski, el profesor de flauta de Eva, en el preciso instante de su condenación: cuando era enviado hacia la izquierda y por lo tanto a Birkenau, por un movimiento casi imperceptible de la cabeza del doctor. Éste se volvió enseguida para decir a Sophie:

—Así no eres comunista. Y eres una creyente.

—Sí, señor. Creo en Jesucristo.

¡Qué insensatez! Por la manera en que él la miró, Sophie comprendió que todo lo que estaba diciendo, lejos de ayudarla, la conducía rápidamente a su destrucción. «Más me

habría valido ser una idiota», pensó.

La estabilidad del doctor sobre sus pies no era perfecta. Se inclinó un momento hacia un soldado que llevaba una tablilla sujetapapeles y murmuró algo mientras, absorto, se tocaba la nariz con la punta de los dedos. Eva, apoyándose pesadamente sobre la pierna de Sophie, rompió a llorar.

—Así ¿crees en Cristo el Redentor? —preguntó el doctor con una voz espesa y extrañamente abstracta, como la de un profesor que examinara el delicado matiz de cierta faceta de una proposición de lógica. Entonces añadió algo que, por un momento, fue totalmente desconcertante—: ¿No dijo Él: «Dejad que los niños se acerquen a mí»? —Y se puso de cara a ella moviéndose con la crispada meticulosidad de un borracho—. Pues puedes quedarte con una de las criaturas.

—¿Cómo? —dijo Sophie.

—Que puedes quedarte con una de las criaturas —repitió—. La otra tendrá que irse. ¿Con cuál te quedas?

—¿Quiere decir que tengo que escogerla?

—Tú eres polaca y no judía. Eso te da un privilegio, una opción.

Las facultades pensantes de Sophie disminuyeron, cesaron. Entonces tuvo la sensación de que las piernas no la aguantaban.

—¡No puedo elegir! ¡No puedo elegir! —empezó a gritar. ¡Cómo recordaba sus propios gritos, después de tanto tiempo!—. *Ich kann nicht wählen!* —repitió a gritos.

El doctor advirtió que a su alrededor se le estaba prestando más atención de la que deseaba.

—¡Cállate! —le ordenó—. Y ahora a escoger enseguida. Escoge de una vez, si no los envío a los dos allí. ¡Deprisa!

Sophie no podía creer lo que le estaba sucediendo. No podía creer que se hubiese arrodillado sobre el hiriente hormigón del andén estrujando a sus hijos contra ella con tanta fuerza que la carne de los pequeños se incrustó en la de ella aun a través de varias capas de ropa. Su incredulidad era total, insensata. Y reflejaron también incredulidad los ojos del flaco y joven Rottenführer, el cabo de primera ayudante del doctor, a quien se encontró mirando con expresión suplicante. El hombre parecía sorprendido y le devolvió la mirada con unos ojos abiertos de par en par que parecían decir: «No, no lo entiendo».

—No me haga elegir —susurró ella—. No puedo elegir.

—Bueno, pues mándelos a los dos a la izquierda —dijo el doctor al ayudante—, *nach links*, sí, hacia la izquierda.

—¡Mamá! —oyó Sophie que decía su hija, con un grito débil pero estremecedor, en el instante en que ella la levantó de la superficie de hormigón con un torpe y vacilante movimiento.

—¡Tome a la niña! —gritó—. ¡Quédese con mi hijita!

En aquel momento el ayudante, con una delicadeza que Sophie habría querido olvidar, pero que recordaría siempre, tiró de la mano de Eva y la condujo hasta la legión de condenados. Siempre guardaría en su memoria la confusa impresión de que la niña recorrió aquel corto trecho mirando hacia atrás, suplicante. Las lágrimas que cegaban casi por completo sus ojos de madre desesperada le ahorraron el dolor de ver la expresión de Eva, fuera cual fuese. Y prefería que hubiera sido así, porque, desde lo más profundo de su

corazón, sabía que no habría podido tolerar el recuerdo de aquella escena, que habría llegado al borde de la locura cada vez que la memoria le hubiese traído la postrera imagen de su hijita, como le sucedió al tener el último vislumbre de su pequeña y evanescente forma.

—Se fue con su osito y su flauta —dijo Sophie al terminar su relato—. Desde aquel momento nunca he podido soportar esas dos palabras. Oírlas o decirlas en cualquier lengua.

Desde el día en que Sophie me contó este triste episodio, he reflexionado más de una vez sobre el enigma del doctor Jemand von Niemand. Como mínimo, debió de ser una oveja descarriada, un excéntrico; ciertamente, lo que obligó a hacer a Sophie no se hallaba en ningún manual de normas de las SS. La incredulidad del joven Rottenführer lo atestiguó. El doctor, a juzgar por su actitud en el andén de Auschwitz, demoró cuanto pudo el momento de enfrentarse con Sophie y sus hijos con la esperanza de llevar a cabo su ingeniosa hazaña. Una hazaña cuyo objeto, en la intimidad de su miserable corazón, debió de ser la satisfacción de sus ansias de cometer a costa de Sophie o de alguien como ella —de algún débil y vulnerable cristiano— un pecado totalmente imperdonable. Creo que precisamente por su anhelo de cometer ese terrible pecado el doctor era un hombre excepcional, único, entre los autómatas de las SS: bueno o malo, aún conservaba en potencia cierta capacidad de bondad, así como de maldad, por lo que sus afanes, del signo que fueran, eran religiosos.

¿Por qué he dicho religiosos? En primer lugar, quizá porque prestó tanta atención a la profesión de fe de Sophie. Y aún me permitiré especular un poco más sobre este punto basándome en un episodio que Sophie añadió a su relato poco después. Me dijo que durante los caóticos días que siguieron a su llegada, estaba tan trastornada —tan destrozada por lo que había sucedido en el andén y por la desaparición de Jan en el Campo Infantil— que apenas podía conservar el mínimo de razón necesaria para actuar con coherencia. Aun así, un día, en su barracón, no pudo por menos de prestar atención a la conversación entre dos nuevas prisioneras judías alemanas que habían conseguido superar la selección y seguir con vida. Era evidente, a juzgar por la descripción física del médico de que hablaban —el que había sido responsable de la supervivencia de ambas—, que era el mismo doctor que había enviado a Eva a la cámara de gas. Lo que Sophie recordaba con mayor claridad era esto: una de las mujeres, que era del barrio berlinés de Charlottenburg, dijo que había conocido al doctor cuando ambos eran más jóvenes. Él no la reconoció en la rampa. Y ella, aun cuando no lo hizo enseguida, recordó después que había sido vecino suyo, del mismo modo que nunca había olvidado dos cosas: que era un gran devoto y que siempre había deseado ser sacerdote. Un padre despótico le obligó a estudiar medicina.

Otro de los recuerdos de Sophie también señalaba al doctor como a una persona religiosa. O por lo menos como un creyente fracasado con ansias de redención, un hombre que buscaba a tientas la renovación de su fe. Lo sugería, por ejemplo, su embriaguez. Puede deducirse de toda la información registrada sobre el tema que, durante el cumplimiento de las obligaciones, los oficiales de las SS, incluyendo a los médicos, eran casi monacales en cuanto a decoro, sobriedad y observación de las reglas. Era cierto que las exigencias de la práctica de la crueldad en su nivel más primitivo —especialmente en la

proximidad de los crematorios— provocaba un gran consumo de alcohol, pero aquel sangriento trabajo corría generalmente a cargo de los soldados rasos, a quienes se permitía (y a menudo lo necesitaban de veras) aturdirse para desempeñar su trabajo. Además de ahorrar a los oficiales de las SS la participación directa en tales tareas, se esperaba de ellos un comportamiento digno, sobre todo mientras cumplían con su deber. Siendo así, ¿por qué tuvo Sophie la extraña experiencia de topar con un doctor como Jemand von Niemand en estado de embriaguez, bizco de tanto empinar el codo, y tan desaseado que aún llevaba en la solapa de su guerrera unos granos de arroz grasiento, muestra, probablemente, de una larga y bien regada comida? Tal actitud había de ser muy peligrosa para el doctor.

Siempre he supuesto que, cuando coincidió con Sophie, el doctor Jemand von Niemand estaba sufriendo la mayor crisis de su vida: se estaba desastillando como el bambú, se desintegraba en el instante en que con más fuerza deseaba alcanzar la salvación espiritual. Sólo puede especularse sobre los últimos tiempos de la carrera de Von Niemand, pero si era igual a su jefe Rudolf Höss, y a la mayoría de los miembros de las SS, era de suponer que se había declarado *Gottgläubiger*, es decir, que había rechazado el cristianismo para conservar una especie de teísmo. Pero ¿quién podía creer en Dios ejerciendo al mismo tiempo su profesión científica en un ambiente tan repugnante y desalmado? Después de esperar la llegada de incontables trenes procedentes de todos los rincones de Europa y separar luego los que estaban en buenas condiciones físicas de la patética horda de tullidos, ciegos, débiles mentales y espasmódicos, y de la interminable muchedumbre de viejos y niños desamparados, seguramente no ignoraba que la criminal empresa en que colaboraba (algo así como una enorme máquina de matar que regurgitaba pellejos que habían sido humanos) era una burla y una negación de Dios. Además, en el fondo era un vasallo de la IG Farben. Era imposible que pudiera conservar su fe permaneciendo en un lugar como aquél. No tenía otro remedio que reemplazar a Dios por la fe en la omnipotencia de los negocios. Puesto que una parte abrumadora de aquellos que dependían de su juicio eran judíos, debió de sentirse aliviado cuando llegó de nuevo la orden de Himmler en el sentido de que todos los judíos, sin excepción, fueran exterminados. Ya no se necesitaría su criterio selectivo. Esto lo apartaría de los horribles andenes y le permitiría entregarse a actividades médicas más normales. (Puede ser difícil de creer, pero la inmensidad y complejidad de Auschwitz permitía alguna labor médica benigna, además de los indescriptibles experimentos que allí se realizaban; trabajos espeluznantes que, por otra parte, el doctor Von Niemand —suponiéndole cierto grado de sensibilidad— habría rehuido.)

Pero las órdenes de Himmler pronto fueron sustituidas por contraórdenes. Se necesitaba carne para llenar las insaciables fauces de la IG Farben, y el atormentado doctor tuvo que volver al andén. La selección comenzó de nuevo. Al cabo de poco tiempo, sólo los judíos serían enviados a las cámaras de gas. Pero hasta que llegaran las órdenes finales, tanto los judíos como los «arios» tendrían que pasar por la selección. (Habría caprichosas excepciones, como los judíos *procedentes de Malldnia*.) Un renovado horror que roía el alma del doctor amenazaba con hacer trizas su razón. Comenzó a beber, a comer desmedida y chapuceramente, y a echar en falta a Dios. *Wo, wo ist der lebende Gott?* ¿Dónde está el Dios de mis padres?

Sospecho que, por fin, un día daría con la respuesta, y que la revelación le llenaría de

felicidad. Tendría que ver con la cuestión del pecado o, más bien, con la ausencia del mismo, y también con su verificación de que la ausencia de pecado y la ausencia de Dios estaban inseparablemente entrelazadas. ¡Una carencia total de pecado! Había sufrido fastidio y ansiedad, incluso repugnancia, pero nunca el menor sentimiento de pecado como consecuencia de los bestiales crímenes en que había tenido que participar; ni había creído que al mandar a miles de infelices inocentes a la muerte hubiese transgredido la ley divina. Todo había sido increíblemente monótono. Y nada más. Toda su depravación había sido practicada en un impecable vacío y con metódica impiedad mientras su alma sentía sed de beatitud.

Nada era, pues, tan difícil como recobrar su creencia en Dios, y al mismo tiempo afirmar su capacidad humana para el mal; bastaba con cometer el más cruel de los pecados que pudiese concebir. La bondad podría venir después. Pero ante todo un gran pecado. Un pecado cuya magnificencia residiera en su sutil magnanimidad: una elección. Al fin y al cabo, estaba facultado para tomar a los dos niños. Ésta es la única manera en que he podido explicar lo que el doctor Jemand von Niemand hizo a Sophie cuando ella apareció con sus dos hijos en el andén de Auschwitz el primero de abril, Día de los Inocentes, mientras el desenfrenado ritmo del tango *La cumparsita* redoblaba y matraqueaba desafinadamente en la creciente oscuridad.

Toda mi vida he pecado de cierta tendencia didáctica mal controlada. Sólo Dios sabe hasta qué profundidades de fastidio he sumido, a lo largo de los años, a mi familia y amigos, quienes por amor o amistad han tolerado mis frecuentes ataques de pedagogía disimulando, con mayor o menor éxito, los bostezos, el ligero crujido de los músculos de la mandíbula y las comprometedoras gotas en los lagrimales, señales inequívocas de una lucha a muerte contra el tedio. En algunas ocasiones, sin embargo, al acertar a la vez con el momento oportuno y con un auditorio de reacción positiva, mi habilidad enciclopédica de explayarme sobre un tema determinado me ha sido de gran utilidad. En los momentos en que la situación requiere el bendito desahogo de un desvío hacia la intrascendencia, nada puede ser tan sedante como una buena tanda de inútiles enseñanzas y vacías estadísticas. No debe pues extrañar que aquella tarde washingtoniana empleara todos mis conocimientos sobre los cacahuetes en un intento de cautivar a Sophie mientras deambulábamos ante una Casa Blanca inundada de luz y luego nos dirigíamos hacia el restaurante Herzog's, el de «los mejores pasteles de cangrejo de la ciudad». Después de lo que Sophie me había contado, los cacahuetes me parecieron la trivialidad más adecuada como punto de partida de nuevos cauces de comunicación. Porque durante las dos horas que siguieron a su relato no pude dirigirlle más de tres o cuatro palabras, y ella tampoco fue capaz de decirme a mí mucho más. Pero los cacahuetes me permitieron por fin abrir brecha en nuestro silencio y hacer lo posible para que estallara la nube de depresión que se cernía sobre nosotros.

—El cacahuete no tiene nada que ver con los frutos como las nueces o las avellanas —expliqué—, pero sí con los guisantes. El cacahuete es primo hermano del guisante y de las alubias, aunque con una gran diferencia: sus vainas crecen bajo tierra. El cacahuete es una planta anual y no se alza mucho sobre el suelo. En Estados Unidos se cultivan tres clases principales de cacahuetes: el virginiano de semilla grande, el llamado «runner» y el español. Los cacahuetes necesitan mucho sol y un período de crecimiento sin heladas. Por eso se cultivan en el Sur. Nuestros estados más productores de cacahuetes son, por orden de importancia: Georgia, Carolina del Norte, Virginia, Alabama y Texas. Hubo un notable científico negro llamado George Washington y Carver que descubrió docenas de aplicaciones para los cacahuetes. Aparte de su utilización como alimento, se usan en la fabricación de cosméticos, plásticos, aislantes, explosivos, ciertos medicamentos y muchas cosas más. Los cacahuetes están en auge, Sophie, y creo que nuestra pequeña granja crecerá y crecerá, con lo que no sólo vamos a ser autosuficientes sino que pronto podremos ser ricos o, por lo menos, personas acomodadas. Así no tendremos que depender de editores como Alfred Knopf o Harper and Brothers para conseguir nuestro pan de cada día. Quiero que sepas algo sobre los cacahuetes porque al fin y al cabo vas a ser la dama del castillo, y es probable que tengas que intervenir en la dirección de su cultivo. Por lo que respecta a éste, al cultivo real, los cacahuetes se plantan después de la última helada con una separación de diez a veinte centímetros en filas que suelen distar medio metro

entre sí. Las vainas maduran unos ciento veinte o ciento cuarenta días después de la siembra...

—¿Sabes, Stingo?, estaba pensando una cosa —dijo Sophie cortando mi soliloquio—. Es una cosa muy importante.

—¿De qué se trata?

—No sé conducir.

—¿Y qué?

—Hemos de vivir en esa granja, ¿no? Y, según dices, alejados de todo. ¿No crees que me será imprescindible saber conducir un coche? En Polonia no tuve ocasión de aprender a hacerlo. Sólo aprendían a conducir las personas mayores. Y aquí... Nathan dijo que me enseñaría, pero nunca llegó el momento de empezar. Sí, sí, he de aprender a conducir.

—Eso no es ningún problema —dije—. Yo te enseñaré. Allí ya hay una camioneta. En Virginia no son nada exigentes en cuanto a los permisos de conducir. Imagínate... Recuerdo que obtuve mi carné el mismo día en que cumplí catorce años. Legalmente.

—¿Catorce años? —dijo Sophie.

—Sí. Pesaba cuarenta kilos y apenas si alcanzaba a ver algo por encima del volante. Recuerdo que el funcionario que me examinó miró a mi padre y le dijo: «¿Es su hijo o es un enano?». Pero obtuve el permiso de conducir. El Sur es así... Es tan peculiar, incluso en las cosas más triviales... La cuestión de la juventud, por ejemplo. En el Norte nunca te concederían el carné de conducir a tan temprana edad. En el Sur es como si fueras mayor más pronto. Está relacionado con una maduración que yo llamaría precoz, con el desarrollo anticipado de ciertos instintos. A propósito... Se cuenta allá abajo un chiste sobre cuál es la definición que dan en Misisipi de una muchacha virgen. La respuesta es ésta: una chica de doce años que puede correr a mayor velocidad que su padre.

Me permití ahogar una risotada como primer indicio de un buen humor que no había experimentado desde hacía muchas horas. Y, de pronto, noté que mis ansias de llegar cuanto antes a Southampton County para ponerme a plantar cacahuetes eran casi tan intensas como mi verdadera necesidad de comerme alguno de aquellos famosos pasteles de cangrejo del restaurante Herzog's. Comencé a inundar a Sophie con un torrente de oratoria, pensando más en todo lo que acababa de contarme que en su frágil estado de ánimo, consecuencia de su reciente confesión.

—Ahora bien —dije con mi mejor voz de pastor baptista—, creo deducir de algunas de tus palabras que temes encontrarte fuera de lugar cuando nos hayamos instalado allá abajo. Debes saber, sin embargo, que eso no puede estar más lejos de la verdad. Quizás al principio se muestren algo adustos y a ti te preocupe tu acento, tu condición de extranjera y otras cosas por el estilo, pero permíteme que te diga una cosa, querida Sophie: los sureños, cuando les has permitido que te conozcan, son las personas más afectuosas y acogedoras del país. No son como los gamberros y trapisondistas de las grandes ciudades del Norte. Así que no te preocupes. Por supuesto, tendremos que adaptarnos un poco al ambiente. Como ya te he dicho, creo que la boda tendrá que celebrarse lo antes posible, sólo para evitar habladurías, ¿sabes? Y haremos una larga lista de compras, tomaremos la furgoneta y nos iremos a Richmond. Necesitaremos miles de cosas. Como ya sabes, una gramola y un montón de discos. Después hemos de pensar en tu traje de boda y tu ajuar. Supongo que el día de la ceremonia querrás estar guapa y bien vestida. Compraremos,

pues, en Richmond todo lo necesario. No encontrarás allí la alta costura de París, pero hay excelentes tiendas y almacenes...

—¡Stingo! —me cortó ella de repente—. No corras tanto en lo del vestido y el ajuar. ¿Qué crees que tengo guardado en la maleta? ¿No lo sabes?

Su voz había subido de tono, malhumorada y chillona, con una animosidad que no había empleado nunca antes conmigo.

Nos detuvimos, y me volví para observar su rostro en la penumbra del frío atardecer. Una nube de infelicidad cubría sus ojos, y de pronto me di cuenta, con una dolorosa opresión en el pecho, de que había dicho lo que no debía.

—¿Qué? —pregunté estúpidamente.

—Mi vestido y mi ajuar de novia —dijo sombríamente—. Mi traje de novia y demás prendas de Saks. Todo lo que Nathan me compró. Por lo tanto no necesito ningún vestido de boda, ni tampoco más ropas, ¿No ves que...?

Sí, ya lo veía. Lo veía, tremendamente angustiado. En aquel instante sentí por primera vez que nos separaba una gran distancia..., una intolerable distancia que, en mis engañosos sueños sobre nuestro nido de amor en el Sur, nos había mantenido alejados de modo tan real, sin que yo lo advirtiera, como pudiera serlo un ancho río a punto de desbordarse, un río que impedía cualquier comunión verdadera entre nosotros dos. Como mínimo, yo había fracasado a nivel amoroso. Nathan. Seguía totalmente cautivada por Nathan: las ropas nupciales que había traído consigo tenían para ella una importancia más que simbólica, y la retenían con una fuerza que casi podía tocarse. Y aún advertí otra verdad: lo ridículo y absurdo que era, por mi parte, creer en la posibilidad de una boda dichosa y largos años de felicidad en la vieja plantación, mientras la dama de mis pensamientos y mi pasión —que en aquel momento tenía ante mí con su rostro cansado y retorcido por el dolor— iba por el mundo arrastrando su traje de boda como homenaje a un hombre al que seguía amando por encima de todo. ¡Qué estupidez, la mía! Mi lengua se había convertido en una masa de hormigón; me esforzaba por articular alguna palabra, pero no podía decir nada. Por encima del hombro de Sophie, el cenotafio de George Washington se alzaba como un brillante estilete en el cielo nocturno. Me sentía débil y desesperanzado, con el corazón hecho trizas. Tenía la impresión de que, en cualquier momento, Sophie desaparecería de mi lado a la velocidad de la luz.

Entonces murmuró algo que no pude entender. Era un sonido sibilante, casi inaudible, pero la oí mejor una vez que, obedeciendo a un impulso repentino, se hubo echado en mis brazos en plena Constitution Avenue.

—Oh, Stingo —susurró—, perdóname, te lo ruego. No debí levantarte la voz. Sigo queriendo ir a Virginia contigo. Lo deseo, de veras. Reanudaremos el viaje mañana, ¿verdad? Es que cuando hablas de casarnos me siento tan... confusa, tan indecisa... ¿Lo comprendes, no?

—Sí —respondí. Y, en efecto, lo comprendía, aunque con un retraso considerable. La estreché contra mí—. Lo comprendo, Sophie, claro que sí.

—Y mañana hacia la granja... —dijo, estrechándome a su vez—. Allí iremos. Pero no me hables de boda, por favor.

En aquel momento también me percaté de que algo inauténtico había contribuido a mi espasmo de euforia. Existía una buena dosis de invención en mi empeño por pintar tan

seductoramente los atractivos de aquel paraíso terrenal, un bendito lugar donde las moscas borriquetas no zumbaban, donde las bombas de agua nunca se estropeaban, donde ninguna cosecha fallaba, donde ningún negro mal pagado trabajaba a regañadientes, donde la mierda de cerdo olía a gloria... A juzgar por la información que poseía hasta entonces, y a despecho de la confianza que me merecía la opinión de mi padre, mi Cinco Olmos querido podía ser una escuálida heredad de tierra improductiva. Por ello, intentar atraer a Sophie con semejante engaño, por así decirlo, y condenarla a la miseria rural de otra Ruta del Tabaco, habría sido una jugarreta injustificable. Pero aparté de mi mente estas cavilaciones: era algo que no estaba en condiciones de considerar. En cambio, tenía la horrible evidencia de que nuestro breve baño de burbujas y toda la ilusión que suponía había tocado a su fin. Todo había terminado. Cuando reanudamos nuestro paseo, el tenebroso desaliento que se cernía sobre Sophie era casi visible, palpable, como una niebla de la que yo hubiese retirado la mano mojada de desespero tras haber intentado alcanzar con ella a la mujer de mis sueños.

—Stingo —dijo Sophie—, si supieras cómo necesito un trago...

Continuamos andando aquel atardecer en un silencio total. Renuncié a señalarle los puntos más importantes de la ciudad, abandonando el sistema de los guías turísticos que había seguido al comienzo de nuestro recorrido para reanimar a Sophie. Veía con toda claridad que, por más que ella lo intentaba, no podía librarse del horror que se había visto impulsada a revelar en nuestra pequeña habitación del hotel. Ni yo tampoco. Allí, en la calle Catorce, inmersos en el frío aire nocturno de otoño, con los elegantes y oblongos espacios luminiscentes de L'Enfant a nuestro alrededor, no había duda de que tanto Sophie como yo no podíamos apreciar la simetría de la ciudad ni su atmósfera de saludable y benevolente paz. Washington me pareció de pronto paradigmáticamente norteamericana, estéril, geométrica, irreal. Me había identificado tan completamente con Sophie que me sentía polaco, como si corriera por mis venas corrompida sangre europea. Auschwitz aún acechaba en mi alma como en la de ella. ¿No habría fin para aquella tortura? ¿Nunca?

Finalmente, ya sentados a una mesa ignorando el Potomac con sus reflejos de luna, pregunté a Sophie por su hijo. Tomó un trago de whisky y después dijo:

—Aprecio tu pregunta, Stingo. Sabía que me la harías, y lo deseaba, pues, sin saber por qué, no podía decidirme a hablarte nuevamente de él. Sí, tienes razón. Con frecuencia me he dicho a mí misma: «Si al menos supiera qué fue de él, si pudiera encontrarlo...». Eso podría salvarme de esa tristeza que siempre pesa sobre mí. Si hallara a Jan, podría ser... eso, rescatada de todos esos terribles sentimientos que todavía me dominan, del deseo que he tenido, y tengo aún, de... acabar con mi vida. De decir *adieu* a este lugar tan extraño y misterioso y también tan... tan injusto. Creo que el encontrar a mi hijo podría salvarme.

»Incluso podría salvarme de la culpa que he sentido siempre en cuanto a Eva. En el fondo comprendo que no debiera ver maldad alguna en cosas como ésta. Sé que lo hice en un momento de desesperación, de horrible trastorno..., pero sigue siendo tan terrible despertarse cada mañana con un recuerdo que no me abandonará mientras viva... Si a eso le añades las otras maldades que cometí, comprenderás por qué la existencia se me hace insoportable. Totalmente insoportable.

»Son muchas, muchísimas, las veces en que me he preguntado qué probabilidades

puede haber de quejan esté aún vivo. Si Höss hizo lo que me prometió, es posible que siga con vida en algún lugar de Alemania. Pero no creo que pudiese hallarlo nunca, después de los años transcurridos. A los niños destinados a Lebensborn les desposeían de su identidad y les cambiaban el nombre con tanta rapidez... Los transformaban tan deprisa en alemanes... No sé por dónde debería empezar para encontrarlo. Suponiendo que esté realmente allí. Cuando me hallaba en el centro de refugiados sueco no podía pensar en otra cosa, tanto de día como de noche: en recuperar la salud, en ponerme buena para poder ir a Alemania y tratar de encontrar a mi hijo. Pero entonces conocí a una polaca (recuerdo que era de Kielce). Tenía la cara más trágica y acongojada que hubiera visto en persona alguna. Había estado encerrada en Ravensbrück. También había perdido una criatura, una niña, que fue destinada al Lebensborn; me contó que había recorrido toda Alemania en busca de su hija, pero no llegó a encontrarla; ni ella ni nadie. Me dijo que haber perdido a su pequeña era una gran desgracia, pero que la angustia de buscarla era aún peor. «No vaya en su busca, no vaya —me dijo—. Si lo hace verá a su hijo en todas partes, en todas las ruinas de las ciudades destruidas, en la esquina de cada calle, en cada grupo de colegiales, en los autobuses, en los coches... Lo verá haciéndole “hola” con la manita en los campos de juego y deportes, en todas partes... Y lo llamará, y entonces correrá hacia él, para comprobar que no es el suyo. Y el alma se le partirá cien veces cada día... Y acabará pensando que eso es casi peor que saber que el propio hijo ha muerto.»

»Pero si he de ser sincera, Stingo, tal como te dije, no creo que Höss hiciera nunca nada por mí; creo más bien que Jan permaneció en el campo, y si fue así, estoy segura de que no sobrevivió. Cuando aquel invierno, antes de que terminara la guerra, estuve tan enferma en Birkenau, ignoraba algo que supe después y que me hizo enfermar de nuevo, con tanta gravedad que sentí muy cercana la muerte: las SS querían deshacerse de los niños que habían quedado; había aún varios centenares de ellos en el Campo Infantil, lejos de donde yo me encontraba. Los rusos se iban acercando y las SS querían eliminar a todas aquellas criaturas. La mayoría eran de nacionalidad polaca; los niños judíos ya habían muerto en su totalidad. Primero pensaron quemarlos en una gran fosa, o fusilarlos, pero luego decidieron hacer algo que no dejaría señales ni pruebas de su horroroso crimen: con un frío de varios grados bajo cero, condujeron a los niños al río y les ordenaron que se quitaran las ropas y las sumergieran en el agua helada, como si las lavaran; luego les obligaron a ponérselas de nuevo. Entonces los hicieron volver para formar delante de los barracones donde habían vivido «para pasar lista». La operación duró horas y más horas, con los niños de pie, inmóviles y empapados hasta que llegó la noche. Todos murieron, de frío o de pulmonía, con increíble rapidez. Creo quejan debía de encontrarse entre ellos...

»Pero no sé... —dijo Sophie por último, mirándome con unos ojos sin lágrimas, pero deslizándose poco a poco hacia la dicción pastosa que, vaso tras vaso, había ido dando el whisky a su lengua, junto con una compasiva insensibilización de su mente que le permitía recordar sin sufrimiento—, no sé si es mejor enterarte de que tu hijo ha muerto, incluso de modo tan horrible, o saber que la criatura vive, pero sin averiguar dónde y sin poder volver a verlo jamás. No sabría qué elegir. Supongamos que hubiese optado por dejar quejan se fuera..., que se fuera hacia el lado izquierdo del andén en vez de Eva. ¿Habría cambiado mi decisión alguna cosa? —Hizo una pausa para mirar al exterior, como si quisiera ver, a través de la noche, los oscuros límites de Virginia, ya de regreso, después

de cruzar enormes inmensidades de espacio y tiempo, de su tenebrosa, maldita y (hasta para mí en aquel momento) casi incomprensible historia—. Nada habría cambiado nada. —Sophie no era aficionada a los gestos teatrales, pero por primera vez desde los varios meses que la conocía hizo algo extraño: se señaló el centro del pecho, retiró con los dedos un invisible velo como si quisiera exponer a la vista el más maltratado de los corazones y concluyó—: Creo que sólo «esto» ha cambiado. Ha sufrido tanto que se ha vuelto de piedra.

Pensé que era mejor que estuviéramos bien descansados antes de continuar nuestro viaje hacia la granja. Mediante varias estratagemas de locuacidad, que incluían más sabiduría agrícola amenizada con todos los chistes sureños que logré recordar, pude insuflar a Sophie el buen humor necesario para que le durara todo el resto de la cena. Bebimos, comimos pasteles de cangrejo y conseguimos olvidarnos de Auschwitz. Hacia las diez volvía a estar achispada y su modo de andar no mostraba un equilibrio excesivo —algo semejante a lo que me sucedía a mí después de la desmedida cantidad de cerveza que había consumido—, por lo que tomamos un taxi para regresar al hotel. Ya apoyaba la cabeza sobre mi hombro, adormilada, cuando pisamos los escalones de mármol y entramos en el vestíbulo del hotel Congress; y se aferró a mi cintura echando todo el peso de su cuerpo contra el mío cuando se puso en marcha el ascensor que nos llevaría a nuestra habitación. Sin decir palabra y sin desvestirse, se lanzó a la deslomada cama y se durmió al instante. La cubrí con una manta y, después de quitarme la chaqueta y los pantalones, me eché a su lado y me dormí como un bendito. Al menos por algún tiempo. Luego llegaron los sueños. La campana de la iglesia que luego sonó intermitentemente en mi duermevela no estaba desprovista de musicalidad, pero tenía una profunda estridencia, un tañido protestante que hacía pensar que estaba hecha de aleaciones baratas; en medio de mis turbulentas visiones eróticas, doblaba como una voz que recriminara mis culpas. El reverendo Entwistle, borracho de Budweiser y acostado con una mujer que no era su esposa, se sentía básicamente incómodo en aquel ambiente ilícito, incluso dormido. ¡PECA-DOR! ¡PECA-DOR!, repicaba la maldita campana.

Sí, estoy seguro de que fue tanto mi calvinismo residual como mi disfraz eclesiástico —y también la entrometida campana de la iglesia— lo que contribuyó a que diera un respingo cuando Sophie me despertó. Debían de ser las dos de la madrugada, poco más o menos. Sería precisamente en aquel momento de mi vida cuando, de forma literal y bien palpable, mis sueños, como suele decirse, se convertirían en realidad. A la tenue luz que se filtraba en la habitación, me di cuenta, por el tacto y por la prueba visual que me facilitaban mis empañados ojos, de que Sophie estaba desnuda, de que estaba lamiendo tiernamente mi oreja y de que buscaba a tientas mi falo. ¿Estaba dormido o despierto? Mis dudas desaparecieron cuando el sueño, se disipó ante estas susurrantes palabras de Sophie:

—Stingo, querido, tengo ganas de hacer el amor.

Al momento sentí que tiraba con fuerza de mis calzoncillos para sacármelos. La ayudé.

Me puse a besarla como si me estuviera muriendo de sed amorosa, y ella me

devolvió los besos con pequeños gruñidos, pero es todo lo que hicimos (o pude hacer, a pesar de sus suaves, expertas y cosquilleantes manipulaciones) durante los primeros minutos. Engañaría al lector si insistiera demasiado en mi disfunción, o en su duración y los efectos que tuvo sobre mí, pero aquella vez el fallo fue tan completo que recuerdo mi decisión de suicidarme si el asunto no se arreglaba pronto por sí mismo. Y sin embargo, mi miembro seguía lacio y blando como un gusano entre los dedos. Entonces Sophie se deslizó sobre mí y comenzó a lamer. Esto me hace recordar ahora que cierta vez, en el abandono de sus confesiones respecto a Nathan, me dijo muy ufana que éste la llamaba «la chupadora más elegante del mundo». Y era posible que tuviera razón; nunca olvidaré la avidez y la naturalidad con que actuó para demostrarme su apetito y su devoción: plantó firmemente sus rodillas entre mis piernas como la más experimentada artesana y luego se inclinó hacia delante y, tomando con la boca a mi pequeño camarada, ya más crecido y no tan encogido, logró que adquiriera su máximo volumen y dureza mediante una diestra, alegre y ruidosa mezcla de ritmos labiales y linguales que me hicieron sentir la dulce y resbaladiza unión como una descarga eléctrica que recorrió mi cuerpo desde la coronilla hasta la punta de los dedos de mis pies.

—Oh, Stingo, no te corras todavía, querido —dijo, al hacer una pausa para respirar.

Yo sólo pensaba en mi fantástica suerte. Estaba dispuesto a quedarme en aquella situación hasta que mi pelo se volviera gris y empezara a escasear.

Las variedades de la experiencia sexual son tan diversas y numerosas que sería una exageración decir que Sophie y yo hicimos aquella noche todo lo que es posible hacer. Pero puedo jurar que muy poco nos faltó, y asegurar a la vez que quedó grabada en mi mente para siempre nuestra increíble resistencia. Yo era inagotable porque tenía veintidós años, porque era virgen y porque —al fin— tenía entre mis brazos a la diosa de mis interminables fantasías. La lujuria de Sophie era tan ilimitada como la mía, de esto estoy seguro, pero por razones más complejas; tenía que ver, por supuesto, con su gran pasión instintiva, con sus poderosos apetitos primarios, pero también estaba relacionada con el deseo de olvidar sumergiéndose en la carnalidad. Y más que eso —ahora lo advierto—, sus libidinosos arrebatos constituían un frenético y orgiástico intento de rechazar la muerte. Pero en aquel momento yo era incapaz de comprender estas cosas, embalado como estaba con el empuje de un tanque Sherman, perdido casi el juicio bajo el imperio de la excitación y la maravilla de nuestro mutuo frenesí. Para mí era menos una iniciación que el logro de la plenitud, que el principio y el fin de mi aprendizaje en una sola clase, o tal vez más, a juzgar por la pasión didáctica de mi profesora, la cual no cesaba de animarme con su actuación y sus susurros a mi oído. Era como si mediante un cuadro viviente, del que yo mismo era partícipe, asistiera a la representación de todas las respuestas a las preguntas que casi me habían hecho enloquecer desde que comencé a leer secretamente manuales de la vida matrimonial y a sudar sobre las páginas de Havelock Ellis y otras eminencias en temas sexuales. Sí, los pezones femeninos saltaban entre los dedos como rosadas pelotitas de caucho semiduro, y Sophie me hizo incluso atrever a más dulces deleites pidiéndome que se los excitara con la lengua. Sí, el clitoris estaba allí, en su sitio, como un delicioso capullito; Sophie me guió hacia él. Y, ¡oh!..., su sexo estaba en efecto húmedo y caliente, rezumante de una viscosidad que me sorprendió por su temperatura; mi rígida verga se deslizó suavemente en un movimiento de avance y

retroceso dentro de aquel incandescente túnel, con menos esfuerzo del que había soñado, con la particularidad de que cuando eyaculé prodigiosamente y por primera vez en su oscura profundidad inguinal, Sophie me gritó contra la mejilla que notaba mi chorro. Y el sexo tampoco sabía mal, como pude descubrir después mientras la campana de la iglesia —que había dejado de ser amonestadora— sonaba cuatro veces en la noche; era a la vez acre y salado. Oí que Sophie suspiraba al tiempo que me guiaba suavemente en mi labor lamedora tomándome por las orejas como si fueran dos mangos.

Y luego vino toda la serie de posiciones famosas. No las veintiocho descritas en los manuales, sino, además de cada posición tipo, tres, cuatro o cinco variaciones sobre la misma. En cierto momento, Sophie, al volver del cuarto de baño, donde guardaba el whisky, encendió la luz, lo que nos permitió vernos envueltos en un resplandor anaranjado; me encantó comprobar que la postura «con la mujer encima» era todo lo placentera que describía el doctor Ellis en su libro, no tanto por sus ventajas anatómicas (aunque tampoco éstas eran despreciables, pensé mientras desde abajo rodeaba los pechos de Sophie con mis manos ahuecadas o, alternativamente, sobaba y acariciaba sus nalgas) como por la visión de aquel bello rostro eslavo inclinado sobre mí con los ojos cerrados y con una expresión tan hermosamente tierna y abandonada a la pasión. «No paro de disfrutar», la oí murmurar, y yo sabía que decía la verdad. Descansamos un momento en silencio, echados uno al lado del otro, pero pronto ella, sin decir palabra, reanudó la sesión de modo que me permitió realizar, en una fenomenal apoteosis, todas mis fantasías pasadas. Tomándola por detrás mientras se mantenía arrodillada, la metí en la hendidura de sus suaves y blancos globos posteriores, cerré de pronto los ojos y consideré — recuerdo —, en un extraño arrebatado de superconocimiento, la necesidad de volver a definir los términos «alegría», «realización», «plenitud», «éxtasis» e incluso «Dios». Varias veces nos detuvimos justo el tiempo necesario para que Sophie pudiese beber, y para que me vertiera en la boca whisky con agua. Aquellos tragos, lejos de atontarme, hicieron más vivas las imágenes y las sensaciones de lo que habría podido tomarse por fantasmagoría... Su voz en mi oído, las incomprensibles palabras en polaco que yo comprendía pese a todo y que me daban ánimos para alcanzar una meta que no paraba de alejarse. Copular en el duro y áspero suelo por una razón nada clara, oscura, estúpida... ¿Por qué diablos? Luego un brusco amanecer, como en una pantalla pornográfica, enlazados nuestros pálidos cuerpos en la imagen que nos devuelve el deslustrado espejo del cuarto de baño. Y después algo de características furiosas y obsesiva mudez, sin palabras polacas, ni inglesas, ni de ningún idioma, sólo con suspiros: el sesenta y nueve (recomendado por el doctor), en virtud del cual, después de asfixiarme un minuto tras otro, eyaculé por fin, logré el deseado espasmo con una intensidad tan prolongada y exquisita, después de una excitante demora, que estuve a punto de proferir algún grito a modo de arrebatado cántico de agradecimiento. Luego caí en un profundo sueño. Más que profundo. Con el pito totalmente frío. Anestesiado. Muerto.

Desperté con la cara bañada de sol, e instintivamente alargué la mano en busca del brazo, del pelo, de un pecho de Sophie..., lo que fuese. El reverendo Entwistle estaba, para decirlo con exactitud, dispuesto a amar de nuevo. Aquella exploración matutina a ciegas fue un

reflejo pavloviano que experimentaría a menudo en años sucesivos. Pero dejemos a Pavlov. ¡Sophie no estaba allí! ¡Se había ido! Su ausencia, después de la más completa (o quizá debiera decir sublime) promiscuidad carnal de mi vida, había dejado una atmósfera fantasmal, pero casi palpable a pesar del vacío que se notaba en la habitación. Era un vacío que aún tenía que ver con el olor de Sophie, que permanecía como un vapor en el aire: un olor genital almizcleño, todavía provocador y lascivo. Aún aturdido por mi súbita vuelta a la realidad, di una mirada al panorama de sábanas y mantas arrugadas que me rodeaba, incapaz de creer que después de aquella larga y agotadora batalla amorosa mi miembro hubiera vuelto a ponerse tan gallardamente tieso, como el único palo de una tienda de campaña cuyo toldo era mi deshilachada sábana. Pero con todo, mi pánico fue tremendo y definitivo cuando el espejo del cuarto de baño no me devolvió su imagen: Sophie tampoco estaba allí. En el momento de saltar de la cama, el dolor de cabeza de la resaca me golpeó el cráneo como un mazazo, y mientras me ponía a toda prisa los pantalones fui presa de un pánico aún más intenso, casi verdadero terror; sonaron fuera unas campanas y las conté... ¡Eran las doce del *mediodía*!. Mis gritos al decrépito teléfono no obtuvieron respuesta. A medio vestir, maldiciéndome y recriminándome a mí mismo, lleno de malos augurios y esperando las peores noticias, salí disparado de la habitación y galopé escalera de incendios abajo hasta llegar al vestíbulo, con su único botones que en aquel momento manejaba una fregona, sus tiestos con plantas de caucho, sus viejos sillones y sus rebosantes escupideras. El viejo que me había atendido a la llegada descansaba medio adormilado tras el mostrador de recepción aprovechando la calma de la hora. Al verme se despabiló, y procedió a revelarme lo que, simplemente, era la peor noticia que hubiese oído jamás.

—Bajó muy temprano, reverendo —dijo mi informador—, tan temprano que tuvo que despertarme. —Miró al botones—. ¿A qué hora calculas que se fue, Jackson?

—Serían las seis, poco más o menos.

—Sí, alrededor de las seis. Al amanecer. Tenía todo el aspecto de hallarse en un verdadero estado de... —Hizo una pausa, y con aire de disculpa, prosiguió—: Bueno, reverendo, quiero decir que me pareció que había bebido unas cuantas cervezas. Iba muy despeinada. Llamó enseguida por teléfono, este mismo; una conferencia interurbana, a Brooklyn, Nueva York. Aun sin querer, oí lo que decía. Habló con alguien, un hombre, creo. Se puso a llorar y dijo que se marchaba enseguida de aquí. Estaba realmente trastornada, reverendo. En cuanto a la persona con quien habló, la llamó varias veces Mason, o Jason. Algo así.

—Nathan... —dije, notando la vacilación de mi propia voz—. ¡Nathan! ¡Maldita sea!

Simpatía y preocupación —una amalgama emocional que de pronto me pareció típicamente sureña y trasnochada— fue lo que reflejaron los ojos del viejo empleado:

—Sí, Nathan. Eso es lo que dijo. Yo no supe qué hacer, reverendo —explicó—. Volvió a subir a la habitación y bajó en el acto con una maleta. Jackson la llevó a la Union Station. Como digo parecía muy trastornada, y pensé en usted y me pregunté... Pensé que podía llamarlo por el teléfono interior, pero era tan temprano... Y, además, no quise entrometerme. Quiero decir que no era asunto mío.

—¡Maldita sea! ¡Maldita sea! —seguí oyéndome susurrar, medio consciente de la interrogadora expresión que mostraba la cara del viejo, que, como miembro de la Segunda

Iglesia Baptista de Washington, no estaba probablemente preparado para escuchar tales impiedades de boca de un pastor.

Jackson volvió a llevarme arriba en el viejo ascensor, en cuya hostil pared de hierro colado me apoyé con los ojos cerrados en un estado de total estupefacción, incapaz de creer lo que estaba sucediendo o, aún más intransigentemente, de aceptarlo. «Seguro que cuando ahora vuelva a entrar en la habitación —pensé—, Sophie estará echada en la cama, con su dorado pelo brillando en un rectángulo de sol, con las manos extendidas hacia mí, invitándome a renovar nuestro deleite...»

En su lugar, encontré una nota insertada en lo alto del espejo del cuarto de baño. Garrapateada con lápiz, era un fiel testimonio del imperfecto dominio que Sophie tenía del inglés escrito, hecho del que se había lamentado recientemente, y también de la influencia del alemán, lengua que su padre le había enseñado muchos años antes en Cracovia y que —hasta aquel momento no lo advertí— se había empotrado en la estructura de su mente cual cornisas y molduras góticas:

Queridísimo Stingo:

Tan hermoso amante lamento abandonar y perdóname por no decirte adiós, pero he de volver con Nathan. Créeme encontrarás alguna maravillosa Demoiselle que te hará feliz en la Granja. Te aprecio tanto... No creas que con esto soy cruel. Pero cuando desperté me sentí tan mal y tan desesperada por Nathan... Quiero decir tan llena de Culpa y pensamientos de Muerte que era como Hielo en mi sangre. Así que tengo que estar con Nathan de nuevo signifique esto lo que sea. Puede que no vuelva a verte pero créeme lo mucho que conocerte ha significado para mí. Eres un gran Amante, Stingo. Estoy tan angustiada... Pero tengo que irme ahora mismo. Perdona mi pobre inglés. Amo a Nathan pero odio la Vida y a Dios. Me importan un pepino Dios y su Universo. Y también la vida. E incluso el Amor que pueda quedar en el Mundo.

SOPHIE

Jamás pudo saberse exactamente qué sucedió entre Nathan y Sophie cuando ésta regresó aquel sábado a Brooklyn. Gracias a lo que ella me contó tan detalladamente sobre aquel terrible fin de semana con Nathan en Connecticut el otoño anterior, he sido probablemente la única persona capaz de conjeturar lo que ocurrió en la habitación donde se vieron por última vez. Pero aun así, sólo pude imaginármelo; no dejaron ninguna nota de última hora que me diera una pista segura sobre lo sucedido. Como suele ocurrir en todos los casos de difícil explicación, el asunto suscitaba ciertas dudas —dolorosas, por supuesto— sobre las probabilidades y el modo de haber evitado tan dramático desenlace (aunque no creo que hubiese podido evitarse definitivamente). La más importante de estas dudas se refería a Morris Fink, quien considerando su limitada capacidad, se comportó más inteligentemente de lo que habría podido esperarse. Nadie pudo determinar con exactitud en qué momento de las treinta y seis horas de nuestra ausencia volvió Nathan. Parece extraño que Fink —quien con tanta asiduidad y constancia había vigilado las entradas y salidas de los vecinos de la casa— no se hubiera enterado de que Nathan había regresado para encerrarse en el cuarto de Sophie. Aseguró que no lo vio en momento

alguno, y yo considero que no había motivos para dudar de él, ni al afirmar que tampoco había visto a Sophie cuando ella entró en la casa. Suponiendo que no hubo retrasos ni accidentes durante el viaje en tren y metro, el regreso de Sophie al Palacio Rosado debió de tener lugar hacia el mediodía de la misma fecha en que dejó Washington.

La razón de que coloque a Fink en un punto tan crítico respecto a tales hechos reside en que Larry —que había vuelto de Toronto y se apresuró a ir a Flatbush para hablar con Morris y Yetta Zimmerman— encargó a Fink que le telefonara tan pronto como viera entrar a Nathan en la casa. Yo le había dado las mismas instrucciones y, además, Larry le prometió una espléndida propina. Pero sin duda Nathan (en un estado mental y con unas intenciones difíciles de imaginar) entró en un momento en que Morris estaba distraído o adormilado, y lo mismo pudo suceder cuando, más tarde, llegó Sophie. Sospecho también que Morris aún se hallaba acostado cuando Sophie llamó a Nathan por teléfono. Si Fink se hubiera puesto en contacto con Larry más temprano, el doctor habría llegado allí al cabo de algunos minutos; era la única persona del mundo que habría podido tratar adecuadamente a su hermano demente, y estoy seguro de que, si hubiera sido llamado a tiempo, el desenlace de esta historia habría sido diferente. Quizá no menos calamitoso, pero distinto.

Aquel sábado, el veranillo de San Martín descendió sobre la costa oriental, trayendo consigo un tiempo que invitaba a ponerse en mangas de camisa, junto con moscas y el buen humor de la gente, aparte de la absurda y engañosa sensación, experimentada por la mayoría, de que el invierno estaba aún muy lejos. Es lo que sentí aquella tarde en Washington (a pesar de que mi mente no se preocupaba del tiempo), como me imagino que lo sintió Morris Fink en el Palacio Rosado. El despistado portero dijo más tarde que, con gran sorpresa, se dio cuenta por primera vez de que Sophie había regresado cuando le pareció oír música en su habitación. Esto sucedió a las dos de la tarde. No conocía en absoluto la música que ella y Nathan habían puesto con tanta frecuencia; él sólo la identificaba como «clásica», y me había confesado que aun cuando era demasiado «profunda» para poder entenderla, resultaba más agradable que las porquerías populacheras de las radios y tocadiscos de los otros inquilinos.

Lo cierto es que se sorprendió —más bien se quedó pasmado— al descubrir que Sophie había vuelto. Su mente, aunque no demasiado ágil, relacionó en el acto aquel retorno con Nathan y consideró por un momento la necesidad de telefonar a Larry. Pero al no tener la seguridad de que Nathan se hallaba en la casa, y ante la posibilidad de que se tratara de una falsa alarma, no lo llamó. Por aquel entonces, Nathan le causaba un miedo tremendo (dos noches antes, cuando yo estaba hablando con éste por teléfono, se hallaba suficientemente cerca de mí como para oír el pistoletazo a través del auricular), y había estado a punto de llamar a la policía, al menos como protección. Desde el último arrebató de Nathan notaba algo en la casa que le ponía la carne de gallina, y en general el binomio Nathan-Sophie lo hacía sentirse tan nervioso e inseguro que poco le faltó para dejar la habitación que ocupaba (a mitad de precio a cambio de sus servicios de portero y hombre para todo) e irse a vivir con su hermana en Far Rockaway. Ya no tenía la menor duda de que Nathan representaba la forma más siniestra de *golem*. Pero Larry había dicho

que, bajo ningún pretexto, ni él ni nadie se pusiera en contacto con la policía. Por esto Morris esperó abajo, junto a la puerta de entrada de la casa, inquieto por el inopinado calor veraniego y la impenetrabilidad de la complicada música que manaba escaleras abajo.

Más tarde, maravillado, pudo ver cómo la puerta de la habitación de Sophie se abría lentamente y ésta se asomaba al rellano. No había nada anormal en su aspecto, según recordaría después; parecía quizás un poco fatigada y ojerosa, pero nada en su expresión revelaba infelicidad, pena, nerviosismo o cualquier otra emoción «negativa», como lógicamente habría podido esperarse después de la prueba por la que había pasado aquellos últimos días. Al contrario, durante el breve lapso de tiempo que permaneció a la entrada de su cuarto, acariciando con una mano el pomo de la puerta, un curioso y fugaz destello de satisfacción cruzó su rostro, como si fuera a reír; sus labios se separaron, sus dientes reflejaron el brillo de la luz de la tarde, y entonces él vio cómo la punta de su lengua recorría su labio superior interrumpiendo las palabras que iba a pronunciar. Morris advirtió que ella lo había visto, lo que provocó un retortijón en su barriga. La belleza de Sophie lo tenía chiflado; hacía muchos meses que estaba enamorado de ella sin otra esperanza que ocultar sus penas de amor y reprimir sus ataques de lujuria. Aquella muchacha merecía algo mejor que un *meshuggener*, que un loco como Nathan.

En aquel momento, le llamó la atención el modo como iba vestida. Lo que llevaba puesto parecía pasado de moda, anticuado, incluso para unos ojos tan poco expertos como los de él, pero sin duda hacía resaltar su extraordinaria hermosura: una chaqueta blanca sobre una falda de raso de color vino, un chal alrededor del cuello y una boina inclinada sobre la frente. Parecía una estrella de la pantalla, como Clara Bow, Fay Wray, Gloria Swanson y otras por el estilo. ¿No la había visto ya vestida de aquella manera en alguna otra ocasión? ¿Con Nathan? No lo recordaba exactamente. Morris no podía estar más desconcertado, no sólo por el aspecto de Sophie sino también por el hecho de que se encontrara allí. Sólo dos noches antes se había marchado precipitadamente y llena de pánico con su maleta y con... Aquel punto era otro motivo de desorientación. «¿Y Stingo?», estuvo a punto de preguntar. Pero antes de que pudiese abrir la boca, Sophie dio los pocos pasos que la separaban de la barandilla e, inclinándose, dijo:

—Morris, ¿te importaría traerme una botella de whisky?

Acto seguido le echó un billete de cinco dólares que bajó revoloteando y que él cogió entre sus dedos en el aire.

Fink anduvo cinco manzanas a lo largo de la avenida Flatbush y compró una botella de Carstairs. En aquel sofocante calor, se detuvo un momento al borde del parque para contemplar los campos de juego de los Parade Grounds, donde un buen número de muchachos jugaban a rugby lanzando alegres gritos y profiriendo obscenidades en la familiar y vocinglera jerga de Brooklyn; como no llovía desde hacía muchos días, el polvo se levantaba en remolinos cónicos y blanqueaba la hierba y el follaje del borde de los jardines. Morris, como solía sucederle con frecuencia, se distrajo fácilmente. Luego recordaría que había olvidado durante quince o veinte minutos el encargo que le habían hecho, y que volvió a la realidad cuando la música «clásica» que surgía a todo volumen de la ventana de Sophie a varios centenares de metros de distancia lo apartó de su vacía diversión. La música era estrepitosa y llena de algo parecido a trompetas; le recordó el

encargo que había dejado a medio cumplir y lo hizo volver apresuradamente al Palacio Rosado. Cuando corría por la avenida Catón escapó casi milagrosamente de ser atropellado (luego recordaría con toda claridad un sinfín de detalles de aquella tarde) por un camión amarillo de mantenimiento perteneciente a la compañía Con Edison. La potencia de la música crecía a medida que él se acercaba a la casa, lo que le hizo pensar que no sería desacertado rogar delicadamente a Sophie que bajara el volumen de la gramola, pero luego reconsideró su propósito: al fin y al cabo era de día, y sábado, y el resto de los inquilinos se hallaba fuera. La música podía esparcirse inocuamente por la vecindad. Que cada cual se divirtiera a su modo.

Llamó con los nudillos a la puerta de Sophie. Dejó la botella de Carstairs en el suelo y, escaleras abajo, se dirigió a su propio cuarto. Allí se entretuvo una media hora contemplando sus álbumes de librillos de cerillas. Morris era un coleccionista; su habitación estaba llena de cápsulas de botellas de refrescos. Después se entregó a su acostumbrada siesta; cuando despertó, caía ya la tarde y la música había cesado. Le sería difícil de olvidar la pegajosa tenebrosidad que notó en el ambiente; su aprensión se debía en parte al opresivo e inesperado bochorno reinante y le hacía pensar en el sofocante calor de una cámara de calderas, un calor que incluso a última hora de la tarde seguía como suspendido en el aire inmóvil y que lo bañaba en sudor. De pronto, el lugar quedó tan silencioso... En el más lejano horizonte del parque, zigzagueó un relámpago y poco después creyó oír un trueno. Volvió a subir las escaleras en medio del silencio y la creciente oscuridad que llenaban la casa. La botella de whisky aún estaba al pie de la puerta, en el mismo sitio en que él la había dejado. Volvió a llamar con los nudillos. La puerta, ya muy usada, tenía un juego que dejaba como una rendija entre su borde y su marco, y, además de su cerradura de cierre automático, había un pestillo que sólo podía abrirse y cerrarse desde el interior; a través de esa rendija, Morris pudo ver que el pestillo estaba echado, por lo que tuvo la certeza de que Sophie no había dejado la habitación. Gritó su nombre dos o tres veces pero todo siguió en silencio, y su perplejidad se convirtió en preocupación cuando se cercioró, mirando por la rendija, de que no había luz en el cuarto, aun cuando estaba oscureciendo con rapidez. Y entonces pensó que lo mejor que podía hacer era llamar a Larry. El doctor llegó al cabo de una hora, y juntos forzaron la puerta...

Entretanto yo, apurado en otra pequeña habitación de Washington, tomaba una decisión que dejaba fuera de mi influencia el ulterior desarrollo de los acontecimientos relacionados con Sophie. Ella me llevaba seis horas de ventaja; aun así, si hubiera salido tras ella enseguida, podría haber llegado a Brooklyn a tiempo de desviar el golpe que en aquel momento estaba cayendo. Fuera como fuese, mi angustia era tremenda y, por razones que aún hoy no comprendo bien, decidí continuar sin Sophie mi viaje a Southampton. Creo que el resentimiento influyó bastante en mi decisión: el amor propio herido por su defección, las punzadas de unos verdaderos celos y la amarga y desesperada conclusión de que, a partir de entonces, la chica, con su experiencia y decisión, bien podría arreglarse sola. ¡Aquel bestia de Nathan! Yo había hecho cuanto había podido. Que se fuera, pues, si tanto le gustaba, con su loco cariño judío, aquel maldito bastardo. Así que, tras hacer recuento de los menguados recursos de mi cartera (irónicamente, yo seguía subsistiendo

gracias al regalo de Nathan), abandoné el hotel lleno de vagos sentimientos antisemitas y, tras recorrer a pie en un selvático calor las incontables manzanas que me separaban de la estación de autobuses, llegué por fin a mi meta y compré un billete para el largo trayecto que me esperaba hasta Franklin, Virginia. Había tomado la resolución de olvidar a Sophie.

Serían por entonces las diez de la mañana. Apenas me di cuenta, pero lo cierto era que me encontraba en un momento de profunda crisis. En realidad, me había dolido tan intensamente aquella malvada deserción —¡aquella traición!—, que una especie de baile de San Vito había comenzado a apoderarse de mis piernas. Además, el malestar muscular y nervioso que me había dejado la resaca, me tenía como crucificado, mi sed era inapagable, y cuando el autobús empezaba a circular por el intenso tráfico de Arlington sufrí un ataque de ansiedad que todos mis detectores psíquicos comenzaron a mirar gravemente, lanzando señales de alerta por toda mi carne. En buena parte, esto tenía relación con el whisky que Sophie me había vertido en el gaznate. Nunca en mi vida había visto temblar mis dedos de modo tan incontrolable, ni podía recordar que hubiese tenido algún problema al encender un cigarrillo. Me afectaba también cierta sensación de pesadilla provocada por el paisaje lunar que veía a través de la ventanilla y que no hacía más que aumentar mi depresión y mis temores. Los lúgubres suburbios, las penitenciarías, el ancho Potomac viscoso a causa de las aguas de albañal, Cuando era un niño, no hacía mucho tiempo, aquellos arrabales dormitaban en un polvoriento encanto, en una cadena de bucólicos cruces de carreteras. ¡Dios mío, cómo estaban en aquel momento! Había olvidado la enfermedad que mi estado natal había sufrido; hinchada por el lucro de la guerra, la suciedad urbana indeciblemente fecunda de Fairfax County pasaba ante mis ojos como una alucinada recapitulación de Fort Lee, Nueva Jersey, y de la extensa plaga de hormigón que el día anterior creía haber dejado atrás para siempre. ¿No se trataría simplemente del carcinoma yanqui extendiéndose por el Viejo Dominio, mi querida Virginia? Sin duda las cosas mejorarían a medida que me adentrara más en el Sur. Con todo, sentí necesidad de apoyar mi tierno cráneo en el respaldo del asiento, atormentado por una combinación de miedo y agotamiento como no había conocido en mi vida.

El conductor anunció: «Alexandria». Sabía que allí tenía que abandonar el autobús. «¿Qué pensaría cualquier médico del hospital de esta ciudad —me pregunté— si la estrafalaria y demacrada aparición en que me había convertido le pidiera que me pusiese una camisa de fuerza?» (¿Fue en aquel momento cuando tuve la certeza de que jamás volvería a vivir en el Sur? Creo que sí, pero ni siquiera puedo estar seguro.)

Sin embargo, conseguí un razonable dominio de mí mismo y luché con éxito contra los duendes de la neurastenia. Mediante una serie de medios de transporte (incluyendo un taxi, que me dejó casi arruinado) volví a la Union Station, adonde llegué justo a tiempo de tomar el tren de las tres con destino a Nueva York. Hasta el momento de sentarme en el sofocante vagón, no me había permitido ningún recuerdo de Sophie. ¡Dios misericordioso! ¿Qué sería de mi adorada polaca, en su empeño de precipitarse hacia la muerte? Me di cuenta, en un sorprendente destello de clarividencia, que la había excluido de mis pensamientos durante aquella abortada correría por Virginia por la simple razón de que mi subconsciente me había prohibido prever o aceptar lo que mi mente sabía a ciencia cierta, la verdad en que ésta insistía ahora, por dolorosa que fuera: que algo horrible iba a sucederle a Sophie, y también a Nathan, y que mi desesperado regreso a Brooklyn no

podía ya alterar el destino que ellos habían escogido. No tuve conciencia de ello gracias a mis dotes de adivino, sino porque estaba volviendo a la normalidad después de un voluntario ataque de ceguera o atontamiento, o de ambas cosas a la vez. ¿No me había hablado con suficiente claridad su nota, un escrito cuyo significado hubiera podido adivinar una criatura de seis años? ¿Y no había cometido yo la negligencia, la vileza, podría decirse, de no salir corriendo inmediatamente tras ella en vez de hacer aquella insensata excursión en autobús a través del Potomac? La angustia volvía a atormentarme. A la culpa que ahora la estaba matando a ella con la misma seguridad que sus hijos fueron asesinados, ¿debía añadirse ahora mi propia culpa por haber cometido el pecado de ciega omisión que sin duda había ayudado a condenar a Sophie, y con ella a Nathan? De pronto me dije: «Dios mío..., un teléfono... He de avisar a Morris Fink o a Larry antes de que sea demasiado tarde». Pero mientras llegaba a esta conclusión el tren arrancó con un gran estremecimiento; y me percaté de que no podría comunicarme con ellos hasta...

Y así fue como tuve un ataque de religiosidad, breve pero intenso. La Sagrada Biblia —que llevaba junto a la revista *Time* y el *Washington Post*— venía acompañándome a casi a todas partes desde hacía años. Y, por supuesto, acababa de constituir el elemento principal de mi disfraz como reverendo Entwistle. No es que pudiera considerarme en ningún sentido una persona devota; las Escrituras eran para mí casi pura ayuda literaria, pues me facilitaban alusiones y citas para los personajes de mi novela, dos de los cuales se habían vuelto piadosos. Me consideraba a mí mismo un agnóstico, una persona suficientemente emancipada de los grilletes de la creencia y con valentía bastante para resistir la tentación de invocar a un ser etéreo como la Deidad, aun en tiempos de apuro y sufrimiento. Pero allí sentado —desolado, indescriptiblemente débil, totalmente perdido—, advertí que había dejado escapar todos mis apoyos, y que el *Time* y el *Post* no podían ofrecerme remedio alguno para mi tormento. Una dama negra de majestuosa corpulencia llenaba todo el asiento contiguo al mío y saturaba el ambiente de aromas de heliotropo. En aquel momento salíamos velozmente del distrito de Columbia. Me volví para mirarla. Me estaba observando con unos ojos redondos, castaños, húmedos y afectuosos del tamaño de bayas de sicomoro. Sonrió, carraspeó, y su rostro ofreció toda la preocupación maternal que mi dolorido y desesperado corazón anhelaba.

—Hijito —dijo—. Sólo hay un Libro Bueno. Lo tienes prècisâmes te en la mano.

Aceptadas mis credenciales, mi compañera de peregrinaje sacó una biblia suya de la bolsa de la compra que llevaba, y se dispuso a leerla con un suspiro de placer y un húmedo chasquear de labios.

—Cree en su palabra —me recordó— y serás redimido. Lo dice el santo Evangelio y es la Ley de la verdad. Amén.

—Amén —contesté, al tiempo que abría mi biblia exactamente por la mitad y recordaba, de mis estúpidos días de la escuela dominical, que encontraría allí los Salmos de David—. Amén —volví a decir. Y leí—: «Como mi corazón latía por los arroyos de agua, así latía mi alma por ti, oh, Dios... Las aguas nos habrían sumergido, un torrente habría pasado sobre nosotros, habrían pasado sobre nuestra alma aguas voraginosas».

De pronto sentí la necesidad de esconderme de todos los ojos humanos. Fui hacia los lavabos y me encerré dentro del pequeño compartimento. Me senté en el retrete y escribí en mi cuaderno de notas mensajes apocalípticos dirigidos a mí mismo; apenas comprendía

su contenido a pesar de que brotaban de mi agitada conciencia: los últimos boletines de un hombre condenado, o los desvarios de otro que, a punto de perecer encallado en la más remota e inaccesible costa, lanza botellas con precipitadas notas sobre el negro e indiferente fondo de la eternidad.

—¿Por qué lloras, hijito? —dijo la mujer cuando me dejé caer a su lado—. ¿Alguien te ha hecho daño?

No pude responder nada, pero ella hizo una sugerencia y, al cabo de un momento, mostré el mínimo de serenidad necesaria para leer al unísono con ella, con lo que nuestras voces se elevaron en un armonioso treno por encima del estruendo de las ruedas del vagón.

—Salmo ochenta y ocho —sugerí yo, a lo que ella contestó:

—Es un salmo muy bonito.

«Yahvé, Dios mío, a Ti clamo de día, y gimo de noche ante Ti; llegue hasta Ti mi oración, inclina Tu oído a mis suspiros. Porque mi alma de males está ahíta...»

Leímos en voz alta a través de Wilmington y Chester y hasta más allá de Trenton, pasando de vez en cuando al Eclesiastés, a Isaías y a Job. Después probamos con el Sermón de la Montaña, pero no me dio buen resultado. Luego, por habernos parecido más catárticas las penas del viejo y gran hebreo, volvimos a Job. Cuando, por fin, levanté los ojos y miré al exterior, vi que estaba llegando la noche. La oscura sacerdotisa, que se me había hecho muy simpática, bajó en Newark.

—Todo irá bien —predijo.

Aquella noche el Palacio Rosado parecía, desde el exterior, el escenario de una de aquellas intrigantes y brutales películas de detectives que yo había visto a docenas. Todavía recuerdo el sentimiento de resignación que me invadió cuando me dirigí hacia la casa. Al fin y al cabo, nada habría podido ya sorprenderme. Todos los símbolos de la muerte urbana estaban allí, precisamente tal como yo me los había figurado: ambulancias, camiones de bomberos, coches de la policía con palpitantes luces rojas. Era un exceso de servicios ante una mínima necesidad. Cualquiera habría creído que en el destartado edificio había tenido lugar una terrible y gran matanza, y en cambio sólo albergaba la muerte de dos personas que habían querido llegar juntas al último momento de su vida, procurándose un final casi decoroso: el de dormirse juntas y en silencio para siempre. Un reflector lo inundó todo de luz, pusieron vallas con el letrero PROHIBIDO EL PASO, y en todas partes se veían grupos de policías mascando chicle. Tuve que discutir con uno de ellos —un colérico y malcarado irlandés— para defender mi derecho a entrar, y de no haber sido por Larry hubiera tenido que quedarme varias horas fuera. Al verme habló bruscamente al irascible agente, gracias a lo cual se me permitió entrar en el vestíbulo de la planta baja. En mi habitación, cuya puerta estaba casi totalmente abierta, vi a Yetta Zimmerman, que medio echada y medio sentada en un sillón murmuraba algo en yiddish. Era evidente que acababan de informarla de lo sucedido; su vulgar y ancho rostro, por lo común una perfecta imagen del buen humor, estaba exangüe y mostraba la mirada vacía propia de una fuerte conmoción nerviosa. Un practicante llegado en una de las ambulancias se disponía a ponerle una inyección. Sin decir nada, Larry me condujo arriba

entre un grupo de investigadores de la policía y dos o tres fotógrafos que parecían reaccionar ante todo bicho viviente con explosiones de bombillas de magnesio. El humo de tabaco era tan espeso en el rellano que por un instante creí que había habido un conato de incendio. Cerca de la entrada de la habitación de Sophie, Morris Fink, más pálido aún que Yetta y con una expresión de auténtica congoja, decía algo a un policía con voz temblorosa. Esperé un momento para poder hablar con el desolado portero. Me contó someramente lo que había visto y oído durante la tarde, especialmente la música. Luego pude mirar al interior de la habitación.

Parpadeé sin poder distinguir nada a la suave luz coralina que iluminaba débilmente la estancia. Poco a poco, fui viendo a Sophie y a Nathan echados en la cama sobre el cobertor de color albaricoque. Estaban vestidos como el lejano domingo en que salimos juntos por primera vez (ella, con sus ropas deportivas de otros tiempos; él, con el anacrónico y canallesco traje de franela a rayas que otrora le había dado el aspecto de un próspero jugador de ventaja). Ataviados de aquel modo y entrelazados sus brazos, desde donde yo me hallaba parecían tan apacibles como dos amantes que se hubieran vestido alegremente para dar un paseo, pero que hubiesen decidido quedarse en el último instante para echarse a dormir un poco, besarse y hacer el amor o simplemente susurrarse cosas agradables, y se hubieran quedado petrificados de aquella manera para siempre.

—Yo, en tu lugar, evitaría mirarles la cara —dijo Larry. Luego, tras una pausa, añadió—: Pero no sufrieron. Fue cianuro sódico. Todo terminó en unos segundos.

Con vergüenza y disgusto, sentí que se me doblaban las rodillas, y no me caí porque Larry me sostuvo a tiempo. Entonces me recuperé y atravesé la puerta.

—¿Quién es éste, doctor? —dijo un policía, disponiéndose a impedirme el paso.

—Un miembro de la familia —respondió Larry, diciendo la verdad—. Déjelo entrar.

No había ni faltaba nada en la habitación que ayudara a explicar la presencia de la pareja en la cama. No pude mirarlos por más tiempo. Me acerqué al tocadiscos, que se había parado por sí solo, y observé el montón de discos que Sophie y Nathan habían puesto aquella tarde. *El trompeta voluntario*, de Purcell, el concierto de Haydn para violoncelo, parte de la sinfonía *Pastoral*, el lamento de Eurídice del *Orfeo* de Gluck... Eran sólo algunos de los discos de laca que yo saqué de la varilla del cambio automático. Había también dos composiciones cuyos títulos tenían para mí un significado especial. Una de ellas era un *larghetto* del concierto para piano en si bemol de Mozart —el último que escribió—; yo lo había escuchado varias veces en la habitación de Sophie, echada ella en la cama con un brazo sobre los ojos mientras los lentos, dulces y trágicos compases inundaban la estancia. Estaba Mozart tan cerca de la muerte cuando escribió aquella obra... ¿Quizá por ello (recuerdo que se preguntó cierta vez Sophie en voz alta) aquella música estaba llena de una resignación que era casi alegría? Y añadió que si hubiese tenido la suerte de ser una buena pianista, aquélla habría sido una de las primeras composiciones que hubiera deseado aprenderse de memoria, dominando cada matiz de lo que ella llamaba un sonido «eterno». Por aquel entonces yo no sabía nada de la historia de Sophie, cosa que no me permitió apreciar por completo lo que, después de una pausa, dijo sobre el concierto: que siempre que lo escuchaba oía voces de niños, de unas criaturas que, en su imaginación, jugaban en la penumbra mientras las sombras de la noche caían sobre un verde y tranquilo prado.

Dos empleados del depósito municipal de cadáveres con chaquetas blancas entraron en la habitación con unos crujidos procedentes de los sacos de plástico que llevaban. La otra obra musical había sido escuchada por Sophie y Nathan durante todo el verano. No quiero relacionarla más de lo necesario con ellos, considerando que hacía ya tiempo que habían abandonado la fe. Pero por haber hallado la correspondiente grabación en lo alto de la pila de discos ensartados por la varilla del cambio automático, mientras lo devolvía a su sitio no pude por menos de hacer instintivamente la siguiente conjetura: en su angustia final, o éxtasis, o cualquier otra absorbente revelación que los hubiera unido antes de la oscuridad, el último sonido que oyeron fue *Jesús, alegría de los anhelos del hombre*.

Estimo que las anotaciones que siguen, las últimas, debieron llamarse algo así como «Estudio sobre la conquista del dolor».

Enterramos a Sophie y a Nathan juntos en un cementerio de Nassan County. A pesar de las justificadas preocupaciones que surgieron sobre el aspecto legal del triste suceso, todo pudo llevarse a cabo con menos dificultades de las previstas. Al fin y al cabo, nada más que un judío y una católica que cumplieron un «pacto de suicidio» (según lo denominó el *Daily News* en un relato ilustrado de los hechos en la tercera página); dos amantes no casados que vivían en pecado, ambos de sugestiva belleza y buen aspecto; el instigador de la tragedia era un hombre joven con un historial de recurrentes trastornos psicóticos, y así por el estilo: con estos materiales se montó el superescándalo del año 1947. Pudo haber objeciones para un entierro doble. Pero fue relativamente fácil arreglar la ceremonia (gracias a la intervención de Larry), pues no debía observarse ningún requerimiento estricto de carácter religioso. Los padres de Nathan y Larry eran judíos ortodoxos, pero la madre había muerto y el padre, con más de ochenta años, se hallaba en un precario estado de salud y en la más completa senilidad. Y Sophie — ¿por qué no llamar las cosas por su nombre?, nos dijimos— no tenía más pariente próximo que Nathan. Estas consideraciones facilitaron a Larry una base razonable para establecer los ritos que se celebrarían el lunes siguiente. Hacía años que ni Larry ni Nathan habían estado en una sinagoga. Y en cuanto a Sophie, cuando Larry me pidió mi parecer, le dije que ella no habría deseado la presencia de sacerdotes ni los servicios de la Iglesia: una suposición blasfema, quizás, y una decisión que sin duda mandarían a Sophie al infierno, pero yo estaba seguro (y lo estoy todavía) de que cumplir sus deseos era lo más correcto. Además, ella iba a estar en condiciones de soportar cualquier infierno.

Por lo tanto, en un céntrico puesto de la empresa funeraria Walter B. Cooke se celebraron las exequias, que resultaron tan civilizadas y decentes como fue posible considerando las circunstancias aunque con su correspondiente hedor (al menos para el público que fisgoneaba en el exterior) de sucia y fatal pasión. La nota discordante fue a cargo del predicador; el hombre resultó un verdadero desastre, pero tuve el acierto, como pronto se verá, de no tomármelo en serio. Los asistentes al duelo no fueron muchos. La primera persona en llegar fue la hermana de Landau, mayor que él y casada con un cirujano; había venido desde St. Louis con su hijo adolescente. Blackstock y Katz, los dos quiroprácticos, lujosamente vestidos, llegaron con un par de mujeres más bien jóvenes que habían trabajado con Sophie en el consultorio; lloraban a lágrima viva con la cara

macilenta y la nariz enrojecida. Yetta Zimmerman, tambaleante de pesar, vino con Morris Fink y el gordo estudiante rabínico Moishe Muskatblit, que ayudaba a Yetta a sostenerse, pero que a juzgar por la palidez de su cara, el trastorno de que daba muestras y la inseguridad de su paso, era quien más apoyo necesitaba.

También asistieron al acto algunos amigos de Nathan y de Sophie. Eran seis o siete jóvenes profesionales y profesores del Brooklyn College que formaban lo que yo llamaba el «grupo Morty Haber», incluido el propio Morty. Era un erudito de hablar suave. Lo conocía, aunque ligeramente, y aquel día estuve charlando con él un buen rato. La ceremonia tuvo un marcado aire de solemnidad, sin que se colara el menor chiste o broma a que se prestan algunas defunciones: el silencio y los rostros sumamente apenados reflejaban bien a las claras la conmoción general, la realidad de la tragedia. Nadie se preocupó por la música, lo cual fue uya ironía y una vergüenza a la vez. Mientras los asistentes a la ceremonia salían en tropel hacia el vestíbulo entre destellos de bombillas de magnesio, oí un quejumbroso órgano Flammond que tocaba el *Ave María* de Gounod. Al pensar en lo que la música había significado para Nathan y sobre todo para Sophie, y en el amor que sentían por ella, aquella manifestación de improvisada vulgaridad me revolvió el estómago.

De todos modos, mi estómago ya estaba descompuesto, y no poco, así como mi equilibrio general. Después del viaje en tren desde Washington, apenas había disfrutado de un momento de tranquilidad o de sueño. Lo sucedido me había transformado en un ser insomne de andar maquinal y ojos arenosos; y al ver que el sueño no llegaba, llené aquellas tristes horas vagando por las calles y los bares de Flatbush sin cesar de preguntarme a media voz: «¿Por qué, por qué, por qué?», y bebiendo con obsesión, principalmente cerveza, que me mantuvo un tanto embriagado. Y medio bebido estaba, además de sufrirla más extraña sensación de agotamiento y desorientación (preludio de lo que habría podido ser una verdadera alucinosis, según advertí después), cuando me dejé caer en uno de los bancos de la iglesia de la empresa Walter B. Cooke y oí cómo el reverendo DeWitt «sermoneaba» ante los ataúdes de Nathan y Sophie. En realidad, lo del reverendo DeWitt no fue culpa de Larry. Consideró que necesitaba un sacerdote, de la clase que fuera, pero un rabino le pareció inapropiado, y un clérigo católico, inaceptable. Y entonces un amigo suyo le sugirió el reverendo DeWitt. Era universalista, un hombre de algo más de cuarenta años, con un rostro sintéticamente sereno, un pelo rubio y ondulado muy bien peinado y unos labios sonrosados, casi femeninos. Vestía un traje de color canela con un chaleco que ocultaba su naciente barriga. Llevaba en la solapa la llave de oro de la Omicron Delta Kappa, la famosa y selecta asociación de estudiantes universitarios.

Entonces ahogué la primera pero audible risotada, que causó un pequeño revuelo entre las personas más próximas. Yo nunca había visto llevar aquella llave a nadie mucho mayor que yo, especialmente fuera de los límites de un campus, lo que añadió otro rasgo de ridiculez a una persona que ya de entrada me había caído poco simpática. ¡Cómo se habría burlado Nathan de aquel *goy*, aquel gentil! Relajadamente hundido en el banco junto a Morty Haber, inhalando la almibarada fragancia de lirios de agua, llegué a la conclusión de que el reverendo DeWitt me incitaba (más que cualquier otra persona conocida) a exteriorizar el menor instinto homicida que yo pudiese tener. Hablaba con una monotonía casi insultante, invocando a Lincoln, Ralph Waldo Emerson, Dale Carnegie,

Spinoza, Thomas Edison y Sigmund Freud. Mencionó a Jesucristo una vez, y en términos más bien distantes, aunque a mí no me importó, claro. Fui hundiéndome más y más en mi banco, y me puse a sintonizar al calamitoso sermoneador de tal forma que mi adormilada mente sólo captara sus trivialidades y gansadas. ¡Esa generación perdida, víctima de una época de desenfrenado materialismo! ¡La pérdida total de los valores universales! ¡El fracaso de los anticuados principios de la confianza en uno mismo! ¡*La incapacidad para comunicarse!*

«¡Jodido rollista!», pensé, pero enseguida me di cuenta de que había hablado en voz alta, porque sentí que la mano de Morty Haber me daba una palmadita en la pierna y oí su suave «¡Chsss...!», casi mezclado con una risa medio apagada que me confirmó que él compartía plenamente mi parecer. Entonces debí de adormilarme —no hundiéndome en un sueño corriente, sino pasando a una especie de estado cataléptico en el que todo posible pensamiento huía de mi cerebro en el mismo momento de formarse—, porque mi próxima sensación fue la de dos ataúdes metálicos que rodaban por mi lado, pasillo arriba, en sus brillantes carretillas.

—Creo que voy a vomitar —dije, demasiado alto.

—¡Chsss...! —hizo Morty.

Antes de salir hacia el cementerio en la limusina, me escabullí para comprar en un bar cercano un cuarto de galón de cerveza —casi un litro— envasado en cartón plastificado. Pagué sólo treinta y cinco centavos, el precio de aquellos tiempos. Era consciente de mi falta de tacto, pero a nadie pareció importarle. Estaba ya completamente bebido. Cuando llegamos al lugar de la inhumación, algo más allá de Hampstead. Por una extraña casualidad, Sophie y Nathan figuraron entre los primeros moradores de aquella flamante necrópolis. Bajo el tibio sol de octubre, una inmensa extensión de césped virgen se perdía en el horizonte. Mientras nuestra procesión avanzaba hacia el distante emplazamiento de la sepultura, temí que mis dos queridos amigos fuesen enterrados en un campo de golf. Por un instante, mi impresión fue casi real. Había caído en una especie de enajenación llena de fantasías en la que todo estaba trastocado o modificado por un acto de prestidigitación, estado a que suelen llegar a veces los borrachos: veía una generación tras otra de jugadores de golf golpeando la pelota sobre la sepultura de Sophie y Nathan, gritando y corriendo de un lado a otro con sus palos mientras los cadáveres de los difuntos se revolvían bajo la vibrante tierra.

En uno de los Cadillacs, sentado junto a Morty, hojeé mi antología Untermeyer de poesía norteamericana que llevaba conmigo junto con mi cuaderno de notas. Había hablado a Larry de mi intención de leer alguna cosa en el momento del sepelio. Quería que, antes de nuestra despedida, Sophie y Nathan oyeran mi voz; la desvergüenza del reverendo DeWitt de pretender decir la última palabra era mucho más de lo que yo podía tolerar. Por eso busqué con diligencia el generoso espacio concedido a Emily Dickinson en la antología. Escogería las palabras más bellas que pudiera encontrar. Recordaba que fue Emily quien hizo que Nathan y Sophie se conocieran en la biblioteca del Brooklyn College, y por tanto consideré oportuno que fuera también ella quien les despidiera a los dos. La euforia y la alegría se apoderaron de mí de modo irresistible cuando encontré el poema perfecto, el más apropiado; estaba hablando conmigo mismo en el momento en que la limusina se detuvo junto a la sepultura; me lancé enseguida fuera del coche y sólo un

milagro me salvó de no caer extendido sobre la hierba.

El réquiem del reverendo DeWitt en el cementerio fue una versión resumida de lo que nos había dicho en la ceremonia anterior. Tuve la impresión de que Larry le indicó que procurara ser breve. El ministro dio un impropio toque litúrgico al acto en forma de un frasco de polvo que se sacó del bolsillo al terminar su intervención para vaciarlo sobre los dos ataúdes, una mitad sobre el de Sophie y la otra sobre el de Nathan a metro y medio de profundidad. Pero no fue la acostumbrada y humilde ceniza de la mortalidad. Dijo a los presentes que aquel polvo había sido recogido en seis continentes distintos del mundo, incluida la Antártida subglacial, y que simbolizaba nuestra necesidad de recordar que aquella muerte era universal, porque afligía a gente de todas las creencias, razas y nacionalidades. Me llegó de nuevo el vivo recuerdo de la poca paciencia que Nathan tenía, en sus períodos de lucidez, ante el tipo de imbecilidad de DeWitt. Con qué gracia y alegría se hubiera burlado de aquel pesado charlatán con una de sus geniales imitaciones... Pero Larry me hizo una señal con la cabeza y, correspondiendo a ella, avancé unos pasos. En el silencio de la tibia y brillante tarde, no se oía más que el suave zumbido de las abejas atraídas por las flores depositadas al pie de las dos tumbas. Vacilante y algo aturdido, pensé en Emily, y en las abejas, y en la inmensidad de su canto, su susurrante metáfora de la eternidad,

Haz amplia esta cama.
Haz esta cama con temor;
espera en ella el postrer juicio,
sereno y excelente.

Dudé unos momentos antes de continuar. Nada me costaba dar forma a las palabras, pero me detuvo la hilaridad, esta vez unida al dolor. ¿No tenía un significado oculto el hecho de que toda la experiencia que había vivido con Sophie y Nathan estuviera circunscrita por una cama ya desde el momento en que —con una lejanía que parecía de siglos— los oí en aquel fantástico circo de su amor y hasta el cuadro final en el mismo lecho? ¿Cómo era posible que no permaneciera en mí aquella imagen hasta que la excesiva vejez me quitara la memoria o la muerte la borrara de mi mente? Creo que fue en aquel momento cuando comencé a sentirme verdaderamente débil, titubeante y desamparado.

Sea recto su colchón,
redonda sea su almohada;
que ningún rayo dorado de sol
llegue a perturbar esta tierra.

Muchas páginas atrás, mencioné las relaciones de odio-amor que mantuve con el diario que llevaba en aquellos tiempos, los tiempos de mi juventud. Los pasajes más vividos y valiosos —precisamente los que me abstuve de tirar— me parecerían más tarde los más relacionados con mis castraciones, con mi frustrada virilidad y mis pasiones truncadas. Incluían mis noches de negra desesperación con Leslie Lapidus y Mary Alice Grimball, que en su momento ocuparon un legítimo lugar en este relato. En cambio, buena

parte del resto de mis notas se componía de inmaduras meditaciones, cursilerías seudognómicas y tontas incursiones por mundos filosóficos donde nada se me había perdido, por lo que decidí evitar cualquier posibilidad de que se perpetuaran haciéndolos objeto de un espectacular auto de fe en el patio trasero de mi casa, hace algunos años. Quiso el azar que algunas páginas se salvaran de la quema, pero las guardé menos por su valor intrínseco que por lo que podían añadir a mis testimonios históricos, es decir los testimonios de mi vida, de mí mismo. En la media docena de hojas que guardé de aquellos últimos días, por ejemplo —empezando por los frenéticos garabatos que hice en el retrete del tren cuando regresaba de Washington y terminando por lo que escribí un día después, del entierro—, sólo encontré tres líneas dignas de ser conservadas. Y aun éstas, lejos de tener algo que las haga imperecederas, conservan sólo el interés de que al menos, a pesar de sus defectos, fueron extraídas cual jugos vitales al exprimir un ser cuya supervivencia estuvo por algún tiempo pendiente de un hilo.

«Algún día comprenderé Auschwitz.» Era una afirmación muy valiente pero inocentemente absurda. Nadie comprenderá nunca Auschwitz. Lo que habría podido escribir al respecto con más cuidado y exactitud hubiera sido: «Algún día escribiré sobre la vida y la muerte de Sophie, y con ello quizás ayude a demostrar que el mal absoluto no se extinguió jamás en el mundo». Auschwitz mismo sigue siendo inexplicable. La síntesis más profunda que se ha hecho hasta ahora sobre Auschwitz no fue en absoluto una afirmación, sino una respuesta.

PREGUNTA: «Dígame, en Auschwitz, ¿dónde estaba Dios?».

RESPUESTA: «¿Y el hombre, dónde estaba?».

La segunda línea que he hecho resucitar del vacío, tal vez peque un poco de fácil, pero la guardé: «Dejad que vuestro amor fluya hacia todos los seres vivientes». Estas palabras, según el ángulo desde el que se miren, pueden tener el tono de una homilía. Sin embargo, son notablemente hermosas, y al verlas ahora en la página de mi diario, una hoja de papel de color narciso seco lentamente corroída por el tiempo hasta hacerla casi transparente, mis ojos se sorprenden ante la forma en que fue subrayada la frase —con laceraciones y arañazos—, como si el sufriente Stingo en que yo viví en otro tiempo o que otrora vivió en mí, al tener noticia, directamente y por primera vez en su vida adulta, de la muerte, el dolor, el fracaso y el tremendo enigma de la existencia humana, intentara excavar físicamente del papel la única verdad —quizá la única soportable— que le quedara por descubrir. «Dejad que vuestro amor fluya hacia todos los seres vivientes.»

Pero hay un par de problemas relativos a este precepto mío. El primero es, por supuesto, que no es mío. Brota del universo y pertenece a Dios, y los términos en que está expresado han sido interceptados —cazados al vuelo, por así decirlo— por mediadores como Lao-tsé, Jesucristo, Gautama Buda y miles y miles de profetas menores, incluido este narrador, que oyó la terrible verdad de aquellas atronadoras palabras en algún lugar entre Baltimore y Wilmington y las escribió con la furia de un loco dispuesto a esculpir las en la piedra. Treinta años después aún siguen fuera, en el éter; vi celebrarlas exactamente como yo las he escrito en una vibrante canción de un programa radiofónico de música popular mientras atravesaba la noche camino de Nueva Inglaterra. Y esto nos lleva al segundo problema: la verdad de las palabras; o, si no su verdad, su imposibilidad. Porque, ¿no obstruyó Auschwitz efectivamente el fluir de ese titánico amor, como una fatal embolia en

la corriente sanguínea del hombre? ¿Debemos alterar por completo la naturaleza del amor reduciendo al absurdo la idea de amar a una hormiga, a una salamandra, a una víbora, a un sapo o al virus de la rabia —o incluso cosas benditas y hermosas— en un mundo que permitió levantar el negro edificio de Auschwitz? No lo sé. Quizá sea demasiado pronto para decirlo. De todos modos, he conservado aquellas palabras como recordatorio de una frágil pero perdurable esperanza...

Las últimas palabras del diario que he guardado comprenden una frase poética mía. Espero que sean perdonables considerando el contexto en que surgieron. Porque después del entierro, como resultado del excesivo consumo de cerveza, mi borrachera me hizo alcanzar casi el máximo grado de amnesia momentánea que ese estado pueda provocar. Me dirigí a Coney Island en el metro con la intención de acabar con mi pena como fuera. Primero no sabía qué me había llevado de nuevo a aquellas calles tan llenas de vulgaridad, a un lugar cuyos atractivos no me parecieron nunca los mejores de la ciudad. Pero aquel atardecer el tiempo era tibio y agradable, yo me sentía infinitamente solo, y consideré que Coney Island era un sitio tan bueno como otro para perderme. El Steeplechase Park estaba cerrado, así como todas las demás diversiones, y el agua resultaba demasiado fría para los nadadores, pese a lo cual el lugar había atraído a muchos neoyorquinos gracias a su atmósfera sedante y a la suave temperatura del día. Caía el sol, y las luces de neón iluminaban unas calles llenas de haraganes y gente con ganas de divertirse. Me detuve frente a Victor's, el pequeño café donde mis gónadas se habían visto tan quiméricamente agitadas por Leslie Lapidus y su vacía lujuria. Luego seguí adelante, pero enseguida di media vuelta para volver al mismo punto. Sí, el lugar sólo me traía reminiscencias de derrota, pero me pareció tan bueno como cualquier otro para mi aflicción. ¿Por qué motivo se dan a veces los humanos tales punzadas de malos recuerdos? Sin embargo, pronto olvidé a Leslie. Pedí un jarro de cerveza, y luego otro, hasta sumirme en un infierno de alucinaciones.

Más tarde, en las estrelladas horas de la noche, me quedé solo en la playa, con la única compañía del frío vientecillo del otoño y la humedad del Atlántico. El silencio era total, y la oscuridad, salvo por las brillantes estrellas, de un negro envolvente. Extrañas agujas y minaretes, tejados góticos y torres barrocas se alzaban en delgadas siluetas sobre el resplandor crepuscular que bañaba la ciudad. La más alta de aquellas torres, una arácnica grúa con cables que colgaban en lo alto, era el «salto en paracaídas». Desde la más elevada plataforma de aquel vertiginoso artefacto me llegó cierta vez la risa de Sophie mientras se hundía hacia abajo con Nathan, en una alegre caída. Era a principios del verano anterior, pero en aquel momento los vi a una distancia increíble.

Fue entonces cuando comencé a derramar lágrimas; pero no como las de un borracho, sino unas lágrimas que, desde que tomé el tren en Washington para regresar a Nueva York, había contenido como un hombre, pero que ya no podía reprimir más. Y era tanta la energía acumulada, que las vertí en forma de calientes y pequeños arroyos que se desbordaban entre mis dedos. Fue el recuerdo de Sophie y Nathan en su alegre y lejano lanzamiento lo que abrió las compuertas de mi llanto, pero lo provocó también el desahogo de mi rabia y mi dolor por todos aquellos que durante los últimos meses habían agitado mi mente y ahora pedían mis muestras de aflicción: Sophie y Nathan, sí, pero también Jan y Eva —Eva con su osito tuerto—, y Eddie Farrell, y Bobby Weed, y Artiste,

mi joven salvador negro, y María Hunt, y Nat Turner, y Wanda Muck-Horch von Kretschmann, que eran sólo algunas de las criaturas apaleadas, asesinadas, martirizadas y traicionadas del planeta. No lloré por los seis millones de judíos, o los dos millones de polacos, o el millón de serbios o los cinco millones de rusos —no estaba preparado para llorar por la humanidad—, pero sí lo hice por todos aquellos que de un modo u otro se habían convertido para mí en seres queridos. Mis sollozos, pues, se oyeron en toda la playa sin que yo me avergonzara en absoluto de ello. Hasta que llegó un momento en que se me terminaron las lágrimas, y me agaché en la arena al doblárseme unas piernas que de pronto me parecieron extrañamente débiles y vacilantes para un hombre de veintidós años.

Y me dormí. Tuve unos sueños horribles, que eran como un compendio de todos los cuentos de Edgar Allan Poe. En ellos me vi partido en dos por monstruosos mecanismos, ahogado en un remolineante vórtice de cieno, emparedado entre piedras y, lo peor de todo, quemado vivo. Toda la noche tuve una viva sensación de desamparo, de mudez, de incapacidad de moverme o gritar contra el inexorable montón cada vez más pesado de tierra, que era lanzada con un sordo y reiterado ruido sobre mi cuerpo inmóvil en posición supina: un cadáver viviente al que estaban preparando para ser enterrado en las arenas de Egipto. El desierto era atrozmente frío.

Desperté a primera hora de la mañana. Yacía con la mirada fija en lo alto, en un cielo azul-verdoso con un translúcido chal de neblina; como una diminuta esfera de cristal, solitario y tranquilo, el planeta Venus brillaba a través de la calina sobre el plácido océano. Oí voces infantiles allí cerca. Me revolví. «¡Mira, se ha despertado!» «¡Parece increíble!» «¡Cómo se mueve!» Mientras bendecía mi resurrección, me di cuenta de que unos niños me habían cubierto de arena para protegerme y de que yacía tan seguro como una momia bajo aquella suave, protectora y envolvente capa. Fue entonces cuando grabé en mi mente: «Bajo la fría arena he soñado la muerte, / pero desperté al llegar la aurora para ver / en su gloria la brillante estrella matutina».

No era el día del juicio final. Sólo era la mañana. Una mañana cualquiera: serena y excelente.

Epílogo
de
JAVIER GARCÍA SANCHEZ

El osito y la flauta

Lector, acabas de leer una novela, o al menos eso es lo que crees. Y no, en absoluto estoy tratando de confundirte, aunque tal vez lo parezca. Más bien al contrario: intentaré que aclaremos juntos algunos conceptos sobre lo que has leído.

Quizá incluso pienses que has leído una *gran* novela. Eso, al mismo tiempo, es cierto y no lo es. Creo que te has enfrentado, acaso sin saberlo, a un *artefacto* endiabladamente perfecto en forma de novela. Has leído no sólo una de las obras capitales de la literatura norteamericana, sino posiblemente de las letras universales de cualquier época. Y quiero advertirte aquí de lo siguiente: tal vez pienses que fuiste tú quien manejó el artefacto literario con el nombre de *La decisión de Sophie*, pero en realidad temo que ha sido justo a la inversa: él te ha manipulado a ti en todo momento, y durante tantas y tantas páginas ha ido forzando o suavizando la presión emocional sobre tus sentidos de modo que ni te has dado cuenta. Pero de eso se trata: has (hemos) sido una especie de juguete ente las redes de su portentosa fantasía.

Piensa un instante, lector, si al acercarte al final de la novela has sentido esa doble sensación que por un lado te aboca a querer saber cómo concluye la historia y, por otro, ibas lamentándote interiormente conforme constatabas, mudo y afligido, que en efecto cada vez estaba más próximo a concluir *eso* tan especial, y temo inexplicable, que se dio entre tu persona y las vidas de aquellos sobre los que leiste. De ser así, no lo dudes, acabas de leer un clásico, y tal circunstancia, sospecho, se da en muy contadas ocasiones a la largo de la existencia.

Otras obras de William Styron, como *La larga marcha*, *Tendidos en la oscuridad*, *Esta casa en llamas* o *Las confesiones de Nat Turner* brillan con luz propia en el panorama reciente de las letras norteamericanas. Pero son novelas de esas que rellenan el periplo literario de un gran, aunque no prolífico, novelista. O que en el fondo tienen la misión de gravitar en torno a un gran y único sol. Eso sería *Sophie's Choice*, *La decisión de Sophie*, el novelón que acabas de leer y que, puedo asegurártelo, echarás mucho de menos a lo largo de los próximos años. Aunque, también te lo garantizo, podrás releer con renovado placer y emoción transcurrido el tiempo. Es lo que tienen los clásicos.

Artefacto más que novela, decía. De algún modo, mientras dura la lectura de esta cautivadora novela nos vemos obligados a actuar como si fuéramos técnicos artificieros, esas personas cuyo trabajo es, por lo general, desactivar explosivos. Otras, hacerlos estallar sin que nadie salga dañado. En mi opinión eso último es lo que logra *Sophie* en nuestro inconsciente: ya que resulta enormemente complicado «desactivar» *Sophie*, sólo resta la opción de hacer que estalle. Y ahí se da la implosión, maravillosa y aturdidora a un tiempo. Se trata de una explosión de ideas y sensaciones que se produce hacia dentro, hacia lo más remoto de nuestra conciencia. Uno no puede compartirlo con alguien que no haya leído también esta novela. Pero *Sophie* va dejando adeptos —me atrevería a afirmar que feligreses— a su paso. Al final, quienes sucumbimos a su influjo, quienes padecemos

su prolongada y extasiante implosión, tanto psíquica como intelectual, formamos una suerte de secta.

Sophie tal vez sea la última gran novela del siglo XIX que se escribe en el siglo XX. Posee todos los elementos tradicionales que caracterizan a esas obras de la centuria en la que eclosionó este género. Al mismo tiempo cuenta con características que la hacen profundamente innovadora, por lo que entroncaría con corrientes narrativas más propias de nuestra época. Para expresarlo claramente: *Sophie* es el vórtice —no el único, por supuesto, pero sí uno de los más brillantes— de todas las constelaciones novelísticas, pues siendo por vocación una novela, o un novelón como los de antes, se proyecta centripéticamente hacia el futuro, hacia la narrativa que se hará en el siglo XXI.

Vuelvo al principio, lector, llamando tu amable atención sobre un punto de este juego que supuso la lectura de *Sophie*: ¿eres consciente, lo eres en toda su dimensión, de cómo Styron ha ido manipulando (y no se vea una connotación peyorativa en esto, ya que tratándose de ficción es todo lo contrario, un atributo y un logro artístico) tu sensibilidad, tu capacidad de evocación, tus más nobles instintos, y a veces también otros no tan nobles? Porque, si no te has dado plena cuenta, a lo largo de las muchas páginas que conforman este rutilante fresco que es *Sophie*, su autor ha utilizado cuantas técnicas se usan al gestar una novela. El narrador, Stingo, es sólo una excusa, omnipresente y entrañable, pero excusa a fin de cuentas. Hay *flash-backs*, hay género epistolar, la transcripción de informes de lectura, disquisiciones acerca de las cosas más diversas y a veces antagónicas. Hay enormes dosis de humor. Hay dolor como en pocas obras literarias que hayamos leído nunca. Lector, ¿te imaginas lo que cuesta mezclar, precisamente, esos dos ámbitos narrativos, humor y dolor, con apenas unas páginas de separación? En *Sophie* se produce esa magia. Si nos hallamos ante un mar de humor, de repente nos vemos sumergidos —o rodeados— por un océano de dolor.

La novela tan pronto frecuenta lo coloquial, los diálogos realistas, como se eleva hacia cumbres de un lirismo sobrecogedor. Y, repito, todo ello en un mínimo espacio, comprimido, como ese artefacto que he aludido y que debemos desactivar o hacer estallar. ¿Cable rojo o cable azul..., cuál corto? Y así una página tras otra, un capítulo tras otro. *Sophie*, manipulándonos, nos configura a su imagen y semejanza, en el sentido de que, tras su lectura, todos somos un poco más Stingo, Nathan o la propia Sophie. Un dato: justo antes de que leamos la pavorosa escena del capítulo 15, cuando Sophie se ve obligada a elegir entre su hijo y su hija (¿cable rojo o cable azul?) en un instante, arrodillada en el andén de Auschwitz, frente al médico de las SS que la ha abocado a ese terrible dilema, insisto, apenas unas páginas antes de una escena tan demoledora, Styron nos arranca sonrisas con sus reflexiones sobre el sexo, o sobre los cacahuets que de la Virginia natal del narrador. De alguna manera la novela te lleva a bofetadas hasta el final. Y al final uno se apercibe de que lo que ha leído es, fundamentalmente, contradictorio. Se trata de la novela con las escenas más tristes que se pueda concebir, pues sus páginas son de una tristeza tenebrosa y concentrada. Más aún, al ser Auschwitz el auténtico protagonista de la obra (es decir, el Mal), *Sophie* se nos muestra como una verdadera y meticulosa vivisección del horror en su máxima expresión, pero simultáneamente, y de ahí el milagro de esta novela, todo en ella deviene un cántico al amor, a la belleza, a la vida. Narrativamente *Sophie* supone una de las mayores, si no la mayor, paradojas imaginables, ya que no es

bueno mezclar el agua y el aceite, pero aquí funciona. Y lo hace para que podamos pensarlo primero y soportarlo después. Aunque no salgamos indemnes. Tras la terrible escena del andén en la que Sophie debe elegir entre Jan y Eva, optando por el niño, con lo que la pequeña es conducida en el acto a las cámaras de gas de Birkenau, Sophie le confiesa a Stingo:

«Se fue con su osito y su flauta —dijo ella al terminar su relato—. Desde aquel momento nunca he podido soportar esas dos palabras. Oírlas o decirlas en cualquier lengua».

El osito y la flauta no dejan de ser dos metáforas sublimes, pues es de suponer que, siendo uno un juguete y lo otro un instrumento musical, acabarán por ir a alguna parte, a manos de a saber qué otros niños en qué otros lugares y tiempo. Esos objetos presumiblemente sobrevivieron en su mundo anímico, pero su dueña real, Eva, de apenas cinco años, fue gaseada en Birkenau.

Sophie es una supernova que explosiona, o implosiona, para nosotros cuando tiramos mentalmente del hilo, simplemente recordándola. Lo tiene todo: poesía, psicología, antropología, costumbrismo, filosofía, pero fundamentalmente tiene estilo. El monólogo de Stingo es esa voz que nos mece el oído y los sentidos, haciendo que nos entreguemos sin dudarle. Por eso considero que Styron como creador de ficción y *Sophie* como su obra más emblemática están a otro nivel, incluso a un nivel pionero y superior, de muchos narradores norteamericanos quizá más célebres. No es tan «sureño» como Faulkner ni como Flannery O'Connor, no es tan inocente, desnudamente puro y bello como Emily Dickinson, o tan agudo como Capote. Sobre todo, no es tan torrencial como su admirado Thomas Wolfe, pero Styron supo absorber (así se lo dice Nathan a Stingo) lo mejor de todos ellos, sin hacerle ascos a algo que la mayor parte de los narradores norteamericanos ignoran o desprecian: la cultura europea. Styron la conocía a la perfección, y eso se nota. En mi opinión como lector, pero también como novelista, me atrevo a afirmar que, excepción hecha del hercúleo Thomas Wolfe —inclasificable en sí mismo—, William Styron es uno de los tres grandes narradores norteamericanos del siglo XX. Él es el maestro de ese género indefinido de lo que vendría a ser la novela total. Stephen King lo sería en el género fantástico, y el enigmático Thomas Pynchon, en esa senda que podría definirse como literatura de vanguardia, la que siempre está en vanguardia. Los tres son clásicos.

Pero hay una evidencia respecto a la que quisiera llamar tu atención una vez más, lector: *Sophie*, como metanovela o como novela de novelas, demuestra que es precisamente este género (del que numerosos «expertos» han vaticinado a lo largo de décadas su inminente, cuando no consumada, defunción) el que puede y debe explicar hechos y cosas que ninguna otra forma de discurso se ve capaz de abordar. La auténtica Historia, el latido de las civilizaciones no lo contarán los historiadores, ni los psicólogos o los periodistas. Lo harán los novelistas. Me refiero al Mal, a Auschwitz.

Tuvo que ser *Sophie* la obra que, en mi opinión, diera al traste con dos teorías que, nacidas en el seno de la más selecta filosofía del siglo XX, parecían haberse convertido en fortalezas inexpugnables. A saber, dos frases-talismán que marcaron el compás intelectual de varias generaciones de pensadores y artistas. Una es la afirmación de Ludwig Wittgenstein al final de su famoso *Tractatus*, cuando sentencia críticamente: «De lo que no

se puede hablar, mejor es callarse». Con ese prurito aniquilador y sin salida concluía su obra más representativa quien quizá sea (como lo fue Nietzsche en el siglo anterior) el filósofo más ingenioso, lapidario y profundo del siglo XX. De ese Mal absoluto que simboliza Auschwitz no puede hablarse, porque cualquier intento de discurso lógico al respecto se descompone sobre la marcha. Como castillos de arena que el agua de las olas va desintegrándonos una y otra vez. Pues bien, *Sophie* nos demuestra que sí se puede pensar en Auschwitz (¡y cómo!) de manera descarnada pero necesaria para no enloquecer del todo.

La otra frase-ícono que Styron viene a demoler con su obra es aquella de Adorno cuando afirmó que era «imposible hacer poesía después de Auschwitz». Ahí está *La decisión de Sophie* para rebatirlo. Nunca la prosa lírica, la poesía camuflada de narrativa a fin de cuentas, alcanzó cotas tan elevadas. Y, lo auténticamente sorprendente, me atrevería a decir que prodigioso: Auschwitz nos es mostrado con nitidez, de modo que lo hacemos comprensible (para espanto nuestro, pero también como alivio, pues por fin somos capaces de asimilarlo) y, ahí la lección magistral, aprendemos a convivir con su presencia simbólica, lo que sin duda debe mejorarnos como personas.

Confieso aquí que llevo muchos años queriendo escribir una novela sobre el *tema*. El tema es siempre Auschwitz, el Mal. En mi casa hay decenas y decenas de libros sobre él. Pues bien, pocos textos como determinados párrafos de *Sophie* me han enseñado tanto de cara a acceder a través de una finísima grieta al núcleo del Mal, con todo su sistema de valores, con toda su complejidad. Por ello *Sophie* (escriba o no su novela) me acompañará siempre a modo de libro de cabecera.

Sophie, no lo olvides nunca, lector, es la historia de una mentira. O de sucesivas mentiras que van cayendo como piel de cebolla. El símil no es gratuito, pues por momentos notamos las lágrimas que pugnan por salir. La ficción, en teoría, es únicamente una forma de recrear mentiras, o sea, seres, cosas y acontecimientos que no existen. Por eso *Sophie*, gran monumento a la mentira, es la novela de la vida, porque nuestras vidas, no sólo la de los personajes de la novela, también están constituidas de zonas oscuras. En tal sentido, esta novela nos delata ante nosotros mismos. Y ello supone una catarsis de primer orden.

Pienso que toda la locura del nazismo, del Holocausto, del Mal como concepto y de Auschwitz como amarga y demencial realidad, lo resume una escena que tuvo lugar durante el juicio en Israel a Adolf Eichmann, uno de los mayores burócratas de aquella demencia exterminadora. En un momento determinado de la vista oral, durante la que Eichmann apenas había hablado, mostrándose en todo instante recatado y respetuoso, tomó de improviso la palabra para aclararle a uno de los jueces que finalmente lo condenarían a la horca: «Perdón, señoría, yo no fui antihumano. Yo sólo fui antisemita». Leyendo *Sophie* uno puede asomarse a ese abismo sin fondo.

También a nosotros, tras la lectura de la novela, nos será difícil enfrentarnos a esas dos palabras, «osito» y «flauta», sin acordarnos de la pequeña Eva y de lo que ésta significa en última instancia. Al releer la historia de Sophie es posible que cojamos nuestro osito y nuestra flauta, caminando sin mirar atrás por el andén que lleva a la nada, sí, pero también a la esperanza.